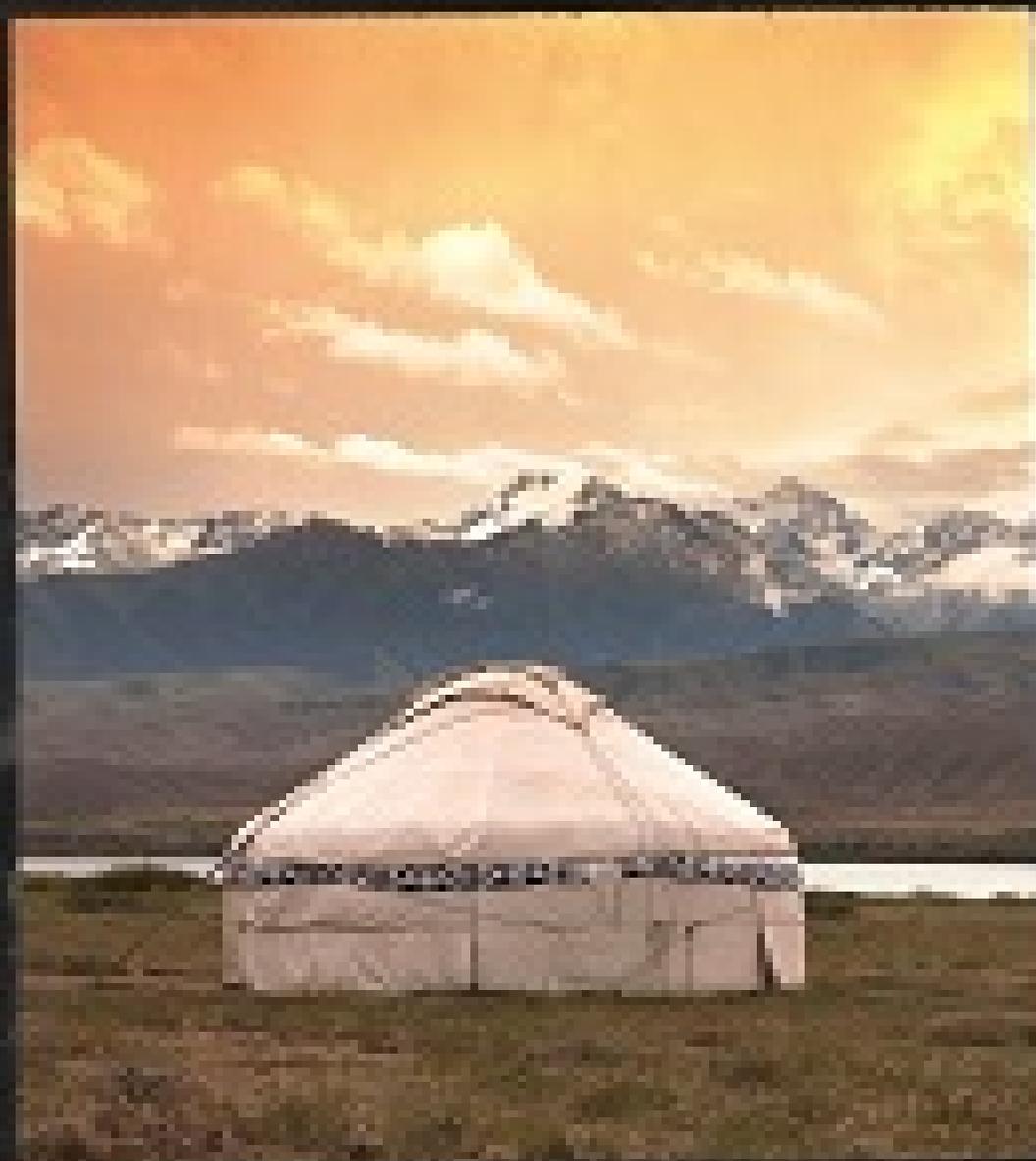


IAN MANOOK
YERULDELGGER
MUERTOS EN LA ESTEPA



Contenido

Portada

Dedicatoria

1. Una especie de felicidad...
2. «¡Ya me lo imaginaba!»
3. «¡...empezaremos buscando a la mujer!»
4. «¡Ve a recuperar tus pedazos de chino!»
5. «Así que todo en orden, ¿no?»
6. «...cómo vas a poder detenerlo»
7. ...la familia Perra de Cara Sucia...
8. ...ajenos al martirio de la pobre pequeña
9. «Dínoslo», replicó Oyun, ya impaciente
10. «¡Es Saraa!»
11. A la manera de él
12. «¡Lo adoro!»
13. «Ya puestos, ¿por qué no Bambi!»
14. «¡Vamos, retiraos los dos!»
15. ...le enrojeció los ojos y le calentó el cerebro
16. ...con delicadeza y agua fría el cuerpo de Saraa
17. «¡...más follón después del que montamos nosotros!»
18. ¡En el tercer piso!
19. ...bajo las luces enloquecidas de las sirenas
20. «¡Voy a tomarme el fin de semana para investigar!»
21. «¡Ya sería hora!», se burló Solongo
22. ...desnuda y despierta detrás del biombo
23. ...eso quería decir que lo había comprendido
24. ...el último y patético cartucho de un viejo perdedor
25. «¡Un domingo magnífico!»
26. ...en el corazón de un bosque de alerces bajo una luna insolente
27. ...velar a Saraa mientras pensaba en su padre
28. ...cuya alerta le anunciaba el mensaje de Oyun
29. «¡Hay un niño ahí abajo!»
30. «...va a intentar llegar al monasterio...»
31. «...a todos, allí donde estéis, a Saraa, a ti y a él...»
32. En cuanto supiera cómo encontrarlo...
33. ...una esvástica en lugar del yin y el yang...
34. «Decirlo es fácil», murmuró Saraa
35. El tatuaje arrancado al Tatuado

36. «No», dijo Oyun, y suspiró
37. «¡...por el del videojuego!»
38. ...como cuando uno se abandona a una muerte esperada
39. ...en un surco junto a la empalizada
40. ...al arrancar demasiado rápido
41. Subió a su coche y se dirigió a la yurta de Solongo
42. «¡Para ella y para nosotras!»
43. ...en voz baja para no despertar a Saraa
44. Los salvajes ya no eran lo que fueron...
45. «¡Todo es siempre complicado!»
46. ...en un sueño profundo, agradable y apacible
47. ...para hacer reír a la banda y que Oyun lo perdonara
48. Hacía mucho que estaba solo en la noche
49. ...se terminaban a morro las botellas esparcidas
50. ...que le impedía aplastar el cuerpo de Oyun al pasar
51. «¿...cuando todos te necesitábamos?»
52. Marcó el número de Erdenbat
53. ...tenía que comenzar por él...
54. ...él murmuró «gracias» antes de abrazarla
55. ...la hora incierta de la noche
56. «¡Averigua dónde está y dínoslo!»
57. ...y dadas las circunstancias, ¡eso ya era mucho!
58. Nadie sabía dónde se había metido Saraa
59. «¡No te preocupes, ella lo sabrá!»
60. ...en el valle que había frente a su rancho...
61. «¡Es algo que tienes que ver!»
62. «¡...para cenar en el Mongolian Barbecue!»
63. ...dos o tres cositas que podría necesitar
64. «¡Eso debe de volver locas a las chicas!»
65. «Y yo, Chuluum. ¡Yo también te lo advertí!»
66. ...más como un gesto de defensa que de arrogancia
67. «Tengo un largo camino por delante...»
68. ...e intentó llamar a Solongo
69. ...las sandalias de Kushi
70. ...otro borracho que estaba todavía más ebrio que él
71. ...pero no al ogro, que entretanto había sido devorado por una osa...
72. «Desde hace ya mucho tiempo, demasiado tiempo...»
73. Ahora tenía un plan
74. «¡Yo también, cariño, por supuesto que yo también!»

75. «Ningún rastro de Erdenbat...»
Créditos

IAN MANOOK

YERULDELGGER

MUERTOS EN LA ESTEPA



A Bus,
a Larroque y Salgado,
a Annabelle y Sylvie,
¡a mí!

1
Una especie de felicidad...

Yeruldelgger observaba el objeto sin entender. Al principio, había mirado, incrédulo, la inmensidad de las estepas de Delgerkhaan. Unas estepas que lo rodeaban como océanos de hierbajos que el viento agitaba con un oleaje irisado. Durante un buen rato, en silencio, había procurado convencerse a sí mismo de que estaba de verdad en aquel lugar, y sí, de verdad estaba allí. En medio de extensiones infinitas, al sur de la provincia de Hentiy y a cientos de kilómetros de cuanto hubiera podido justificar de algún modo la presencia incongruente de semejante objeto.

El policía de distrito se mantenía respetuosamente a un metro de distancia detrás de él. Los miembros de la familia nómada que lo habían alertado estaban enfrente, a varios metros. Todos lo miraban, esperando que diera alguna explicación satisfactoria a la presencia del objeto que sobresalía, inclinado, de la tierra. Yeruldelgger respiró hondo, frotándose el rostro fatigado con las anchas palmas de sus manos, y luego se agachó delante del objeto para observarlo mejor.

Se sentía vacío, agotado, consumido por aquella vida de poli cuyo control sin duda había perdido. Esa mañana, a las seis, lo habían enviado a investigar la aparición de tres cadáveres hechos picadillo en las oficinas de administración de una empresa china situada en los suburbios de Ulán Bator, y cinco horas más tarde se encontraba en la estepa sin comprender siquiera por qué lo habían enviado hasta allí. Hubiera preferido con mucho quedarse en la ciudad para investigar con su equipo el asunto de los cadáveres chinos. Sabía por experiencia, y por afición a la adrenalina, que la primera hora en el escenario de un crimen es crucial. No acababa de gustarle no estar allí, a pesar de que confiaba plenamente en la inspectora Oyun, a quien había dejado a cargo del asunto. Ella sabía qué hacer y lo pondría al corriente si fuera necesario.

El policía de distrito no se había atrevido a agacharse a su lado. Seguía de

pie, medio inclinado, con las rodillas flexionadas y la espalda encorvada. Pero, a diferencia de Yeruldelgger, él no intentaba comprender. Sólo esperaba a que el comisario de la ciudad lo hiciera. Los nómadas, por su parte, se habían agachado al mismo tiempo que él. El padre quizá fuera en realidad un abuelo, con el rostro arrugado por la luz del sol bajo un sombrero tradicional puntiagudo. Llevaba un *deel* raído de tela verde satinada con bordados amarillos y unas botas de montar de piel. La mujer vestía un abrigo azul claro de aspecto sedoso, ceñido con un cinturón largo de satén rosa. Y era mucho más joven que él. Los tres niños formaban una hilera roja, amarilla y verde: dos muchachos y una niñita al final. El comisario calculó que apenas había un año de diferencia entre cada uno de ellos. La familia mostraba un aire alegre, en sus caras de piel rugosa y enrojecida por los vientos de la estepa, la arena del desierto y las quemaduras de la nieve se dibujaban grandes sonrisas. Yeruldelgger también había sido un chiquillo de la estepa, como ellos, en una de sus vidas anteriores.

—¿Entonces, comisario? —se atrevió a decir el policía de distrito.

—Entonces, esto es un pedal. Un pedal de talla infantil. Supongo que tú ya habías visto un pedal, agente.

—Sí, comisario. Mi hijo tiene una bici.

—Qué bien... —dijo Yeruldelgger, suspirando—. ¡Así que sabes lo que es un pedal!

—Sí, comisario.

Enfrente de ellos, la familia de nómadas escuchaba su conversación, sonriente y agachada, formando una hilera. Detrás se veía su yurta blanca, y alrededor la estepa verdeante ondulaba bajo el viento hasta perderse de vista en el horizonte azul de las primeras colinas. Ni siquiera se distinguía la pista estrecha por la que el todoterreno ruso los había llevado traqueteando hasta la yurta.

Yeruldelgger apoyó con firmeza sus fuertes manos en los muslos, a la manera de los sumos japoneses, y hundió la cabeza entre los hombros para retener la ira que lo invadía.

—¿Y por esto me has hecho venir?

—Sí, comisario...

—¿Me has obligado a hacer tres horas de pista desde Ulán Bator por un pedal que sale de la tierra?

—No, comisario, ¡por la mano!

—¿La mano? ¿Qué mano?

—La mano que hay debajo del pedal, comisario.

—¿Cómo? ¿Hay una mano debajo de este pedal?

—Sí, comisario, ahí, debajo del pedal, ¡hay una mano!

Sin levantarse, Yeruldelgger torció el cuello para mirar al policía de distrito a la cara. ¿Aquel tipo se estaba burlando de él?

Pero el rostro del policía no reflejaba ninguna emoción. Ningún gesto que indicara que estaba bromeando. Ningún atisbo de inteligencia. Era tan sólo un rostro que mostraba respeto ante la jerarquía y satisfacción de su propia incompetencia. Para evitar una explosión de ira, Yeruldelgger se concentró en el objeto, cuya presencia cobraba ahora un significado mucho más dramático. Era el extremo de un pedal pequeño que sobresalía del suelo, despuntando apenas sobre el horizonte, pero ¡ahora tenía una mano debajo!

—¿Y cómo sabes que hay una mano ahí debajo?

—Porque los nómadas lo han desenterrado, comisario —respondió el policía.

—¿¡Desenterrado!?! ¿Cómo que desenterrado? —dijo con furia contenida Yeruldelgger.

—Los nómadas lo han desenterrado, comisario. Han excavado alrededor y han retirado la tierra. Los niños vieron el pedal mientras jugaban, excavaron para liberarlo y al hacerlo descubrieron la mano.

—¿Una mano? ¿Están seguros? ¿Una mano de verdad?

—Una mano de niño, sí, comisario.

—¿De niño?

—Sí, comisario, una manita. Pequeña, como la de un niño.

—¿Y dónde está ahora esa mano de niño?

—Debajo, comisario.

—¿Debajo? ¿Debajo de qué?

—Debajo del pedal, comisario.

—¿Quieres decir que han vuelto a enterrarla? ¿Han vuelto a enterrar la mano?

—Sí, comisario. Y el pedal también, comisario...

Yeruldelgger alzó la vista hacia la familia de nómadas, con sus *deel* coloridos, que seguía agachada en grupo y se recortaba contra el azul saturado del cielo. Ellos lo miraban y asentían con la cabeza mostrando grandes sonrisas para confirmar el informe del policía de distrito. El comisario torció de nuevo el cuello para observar desde abajo al poli local.

—¡Lo han enterrado todo! ¡Espero que les hayas preguntado por qué lo han hecho!

—Por supuesto, comisario: para no contaminar el escenario del crimen...

Yeruldelgger no hizo el menor movimiento; quería asegurarse de que había entendido bien lo que acababa de oír.

—¿¡Para qué!?

—Para no contaminar el escenario del crimen —repitió el policía de distrito, con un eco de orgullo en la voz.

—¡Para no contaminar el escenario del crimen! Pero ¿de dónde han sacado esa idea?

—De «CSI: Miami». Me han dicho que nunca se pierden «CSI: Miami» y que Horacio, el jefe de los CSI de Miami, siempre recomienda no contaminar el escenario del crimen.

—¡«CSI: Miami»! —exclamó Yeruldelgger.

Se irguió lentamente, con un movimiento cargado de fatiga y abatimiento, y buscó con la mirada la yurta, situada detrás de los nómadas, que se habían levantado al mismo tiempo que él. Temía ver aquello en lo que debería haber reparado nada más llegar. Alzó un poco la cabeza y distinguió en un costado, detrás del abuelo, una antena parabólica enorme apuntada hacia el cielo inmenso e inocente, donde, en algún lugar, invisible, estaba aquel maldito pájaro metálico que vertía sus estupideces ¡hasta en las yurtas de Hentiy!

—¡Por Dios! —gritó, resignado—. Y dime, ¿qué más te han contado?

—Nada, comisario. Estaban esperándolo a usted. Si quiere saber más, lo mejor es que hable con Horacio.

—¿Horacio?

—Horacio Caine, ¡ése es el nombre del jefe de los CSI! —dijo, jocosamente, el policía de distrito, señalando al viejo nómada con la barbilla.

Yeruldelgger se volvió hacia él y le clavó una mirada tan furiosa que se le borró de golpe aquella sonrisa idiota de la cara.

—Si vuelves a faltarle al respeto, te largas de aquí al galope atado a su caballo por la cola, ¿lo has entendido bien?

—Sí, comisario —dijo el policía, avergonzado.

—¡Por la tuya, no por la del caballo!

—¿Mi qué, comisario?

—¡Tu cola!

—Comprendido, comisario.

—¡Así me gusta!

En cuanto dio un paso en su dirección, la familia adoptó una divertida posición de firmes. Yeruldelgger se dirigió al anciano con amabilidad, mostrándole el respeto que le debía por su edad y según las tradiciones de los nómadas.

—Abuelo, voy a necesitar una pala para el policía y un cubo para mí. ¿Es posible?

El anciano lo miró un instante sin moverse. Luego se volvió enérgicamente hacia el mayor de los niños y le hizo un gesto para que fuera a buscar lo que el

comisario pedía. Cuando se lo entregaron, Yeruldelgger arrojó la pala al policía, que la atrapó a duras penas, y dio la vuelta al cubo para usarlo a modo de taburete y sentarse cerca del lugar de donde sobresalía el pedal. Sacó un iPhone del bolsillo de su abrigo e hizo una seña al mayor de los niños para que se acercara. El chiquillo corrió hacia él sonriente y se puso firmes.

—¿Sabes usar esto?

—¡Sí, comisario!

—¿También la cámara de fotos?

—¡Sí, comisario!

—¿Lo has visto hacer en «CSI: Miami»?

—¡Sí, comisario! ¡Y en «CSI: Las Vegas» también, comisario!

El chaval mentía más que un vendedor de motos y estaba a punto de echarse a reír. Yeruldelgger le enseñó cómo usar la cámara del móvil, y a continuación se levantó para dar órdenes.

—Hermana, voy a necesitar una tela blanca grande, por favor. Vosotros dos, volved a excavar como la primera vez. Coged la tierra con las manos y ponedla con cuidado sobre la tela que va a traer vuestra madre. ¿De acuerdo?

Los chiquillos y el abuelo asintieron con la cabeza.

—Tú vas a tomar fotos —continuó Yeruldelgger—. ¿Sabes contar hasta cincuenta?

—¡Sí, comisario! —respondió el chaval, de nuevo sonriente, en posición de firmes—. Uno, dos, tres, cuatro...

—¡Está bien, está bien, te creo! Cuenta hasta cincuenta mentalmente, tomas una foto y vuelves a empezar hasta que yo te diga que pares, ¿de acuerdo? Y de vez en cuando te pediré que hagas también una foto de lo que se vaya poniendo sobre la tela, ¿está claro?

—¡Está claro, comisario!

—Tú —dijo, dirigiéndose al policía—. Excava a unos cincuenta centímetros de distancia alrededor de lo que aparezca a medida que ellos lo vayan descubriendo, pero no muy hondo. ¿Puedes hacerlo?

—Esto... sí... creo que sí, comisario.

La muchacha volvió con una sábana blanca. Yeruldelgger, como si le fuera la vida en ello, la extendió a sus pies y dio orden de comenzar.

Todo ocurrió bastante deprisa. Los niños excavaron con las manos la tierra que ya habían removido y la echaron sobre la tela blanca, donde Yeruldelgger la esparcía para escrutarla. De vez en cuando, extraía con los dedos cosas que los demás no tenían tiempo de ver y las metía en bolsitas de plástico transparente que iba guardando en su bolsillo. Luego sacudía la tela, para arrojar la tierra, y volvía a extenderla sobre la hierba. Muy pronto, el abuelo se atribuyó esa última

actividad, orgulloso de poder ayudar personalmente al comisario, y Yeruldelgger no tardó en felicitarse por el trabajo de su pequeño equipo.

El pedal ya estaba desenterrado del todo. Se adivinaba que había estado cubierto de caucho blanco antideslizante. A continuación apareció la biela de cromo desconchado y, enseguida, una parte del plato dentado y un pedazo de hierro deformado del cuadro, pintado de rosa, del que sobresalía el extremo de una cadena. Yeruldelgger hizo señas a todos para que se detuvieran y se levantó para poder observar más de cerca. De nuevo respiró hondo, con la vista levantada al cielo, y luego exhaló despacio por la nariz, concentrándose en su descubrimiento. No le gustaba lo que veía. No le gustaba lo que deducía de ello y todavía menos lo que iba a tener que sacar de allí. Era la bici de una criatura. Una pequeña bicicleta rosa. De niña. De cuatro o quizá cinco años, no más. Por la altura del pedal podía imaginar el tamaño de las piernas que alegremente lo habían puesto en acción. Por la longitud de las piernas, la talla aproximada de la niña, y con todo eso, calcular una edad. El abanico es corto: de cuatro a cinco años. Una niñita. Una cosita despreocupada. Y ahora, un pequeño cadáver con la boca llena de tierra... No debía pensar en eso. Tenía que obligarse a olvidar. Concentrarse en lo que fuera, menos en eso.

Yeruldelgger dirigió su atención hacia la biela. La bici estaba enterrada de costado, y más profundamente por delante, en una posición que lo intrigaba. La forma del cuadro, incluso retorcido como estaba, le daba una idea de la máquina. El modo en que el pedal sobresalía, más bien inclinado hacia delante, lo confirmó en su idea. Intentó imaginarse mejor las partes todavía enterradas para adivinar el tamaño. Cuando creyó tener una idea más precisa, trazó el contorno en la tierra con el talón y ordenó al policía que excavara a partir de aquel límite hacia el centro. Unos minutos más tarde, una buena parte del armazón de la pequeña bici estaba a la vista. Yeruldelgger no se había equivocado mucho. No era una bici, sino un triciclo, lo cual explicaba su posición más hundida por delante. Ese descubrimiento hizo que su cólera aumentara. Una bici era algo de niños un poco tocapelotas y temerarios. Pero un triciclo... ¡eso es cosa de criaturas! Si los nómadas no habían mentido, debajo iba a encontrar a una niña muerta, puede que asesinada, cuyo cuerpecito sin vida había sido abandonado allí. No soportaba los crímenes de niños. ¡Ni siquiera la idea de que murieran!

—Comisario, ahí está la mano, justo debajo de eso —dijo el abuelo, señalando un pedazo de metal pintado de rosa.

Yeruldelgger se arrodilló al lado del agujero y se inclinó para mirar debajo del metal que uno de los niños todavía limpiaba con la punta de los dedos. Aquello era una manita, sin ninguna duda. Una minúscula mano tendida hacia él, con los dedos medios descompuestos, como en un gesto de súplica un poco

forzado.

—No te preocupes —murmuró Yeruldelgger—, ya estoy aquí, vamos a ocuparnos de ti. Ya no estás sola...

El comisario no tenía mucha fe, salvo en la paz de las almas. La vida era tan dura de afrontar y tan dura de sobrellevar que, según él, toda alma debía tener derecho a la paz, al reposo o al respeto cuando la abandonaba. Vamos, tampoco era mucho pedir a un Dios que dejaba que los niños murieran con la boca llena de tierra, ¿no? Que por lo menos reposen, como dicen tan lindamente los cristianos. Ésa era la única promesa que todavía le hacía tener esperanza en un posible más allá. La idea de reposar allí en paz.

—Bueno, que todo el mundo pare. Necesito otra tela. No importa el color. Los niños, que se aparten, salvo el que ha de seguir tomando fotos. Nosotros, los adultos, vamos a sacar el triciclo y a ponerlo sobre la tela blanca. A continuación, retiraremos el cuerpo y lo dejaremos encima de la otra tela, ¿de acuerdo? Después me llevaré todo tal cual a Ulán Bator, al Instituto de Medicina Forense. ¡Vamos a ello!

Se trataba de un triciclo y de un cuerpo pequeñito. Los desenterraron enseguida. Pusieron primero el triciclo rosa sobre la sábana blanca y Yeruldelgger lo examinó de cerca. Debido a la fuerza hecha por quien había apisonado la tumba, o a las lluvias de las terribles tormentas de verano que habían prensado el suelo, la tierra había penetrado en el interior de los tubos de metal del cuadro y el manillar. Yeruldelgger levantó las cuatro puntas de la tela y las anudó por encima de la máquina. El laboratorio tendría que apañárselas con aquello.

Acababa de anudar la sábana cuando los otros extrajeron el cadáver. Acurrucado como un niño que tiene miedo a dormirse. La carne estaba ya descompuesta y se veía una gran parte del esqueleto. Pero todavía se adivinaban algunos jirones de ropa y varios mechones de cabellos rubios y rizados. Dos de los dedos de la manita que él había visto se desprendieron. Por instinto, Yeruldelgger ordenó que pusieran más atención y buscó con la mirada la otra mano. La carne estaba mucho mejor conservada. El puño minúsculo de la pobre criatura estaba crispado y apretado, en un gesto que Yeruldelgger esperaba que fuese más de rabia que de terror. Aunque, bien pensado, eso no representaba ninguna diferencia.

Les había pedido que cavaran más amplia y profundamente, y que en la medida de lo posible extrajeran en un solo bloque el cuerpo de la ganga de tierra. Fue el abuelo quien se arrodilló junto a la tumba para meter los brazos y sacar el cadáver. Yeruldelgger se dio cuenta de que el viejo nómada lo transportaba como se lleva a un niño en brazos. En los gestos del hombre había amor por

aquel pequeño ser y respeto por la muerte. El anciano permaneció inmóvil un instante, en el borde del hoyo, con la niña contra el pecho. Yeruldelgger pensó que estaba rezando en silencio. Luego, el hombre se volvió, dio algunos pasos hasta la otra sábana, roja, que estaba extendida sobre la hierba verde, se arrodilló y depositó con suavidad y ternura los despojos en el centro de la tela. No eran más que un montón de huesos, jirones de piel y vísceras reseca manchadas de arcilla, pero aquello había sido una cabecita rubia, de risa alegre y cristalina, sobre un triciclo rosa.

Yeruldelgger se había quedado sorprendido al ver a la muchacha salir de nuevo de la yurta con una gran sábana roja. En todos los entierros que él había presenciado, los cuerpos iban siempre envueltos en sábanas blancas. El abuelo se dio cuenta de su turbación y se le acercó.

—Cuando la muerte no es natural, cuando es accidental, los lamas recomiendan envolver al muerto con un paño rojo.

—¿Por qué? —preguntó Yeruldelgger.

—Porque lo dicen los lamas —respondió el anciano como si fuera algo obvio; y sin apartar la mirada del pequeño cuerpo le explicó—: No te preocupes, estará bien así. Cuando te la lleves, ofrécele una cuna decente. Haz que tapicen el fondo de verde, para que repose sobre él como sobre la tierra de la estepa, y que el interior de la tapa sea de tela azul, como el cielo de la llanura. Que peguen también siete bolas de algodón en la tela azul del cielo, justo encima de su cabeza, para que las siete divinidades de la Osa Mayor colmen su alma de felicidad durante el viaje. No lo olvides: tú la has arrancado de la tierra; la tradición exige que la conduzcas al cielo.

—Tú sabes, abuelo, que no hay nada que indique que ella sea de aquí.

—Lo sé, pero ha muerto aquí y está sola. Así que ahora está en nuestra casa y eres tú quien tiene que ocuparse.

Yeruldelgger miró al anciano. Tenía las manos cortadas por las cuerdas y el frío, las mejillas curtidas por el viento de las tormentas, los ojos rasgados de luchar contra los inviernos. Estaba allí, a su lado, inmóvil, con su *deel* bien ceñido por un cinturón ancho y las botas de montar bien plantadas sobre la tierra. Y no había cólera en sus palabras. Esa cólera contenida que Yeruldelgger sentía crecer en su interior ante cada crimen odioso que debía afrontar, ante cada inocente asesinado, ante cada vida destrozada. Una cólera vengadora que cada día le costaba más reprimir, con los puños metidos en los bolsillos, el cuello hundido entre los hombros y el corazón en llamas. Pero el anciano no dejaba ver más que una calma profunda como un lago e infinita como la llanura. Yeruldelgger tuvo de repente la extraña sensación de que el nómada ya no estaba con ellos. Simplemente permanecía allí, como la estepa, como las colinas en el

horizonte, las rocas esparcidas y el viento que las erosionaba desde hacía millones de años. Pleno. Denso. Sólido. Todos se habían detenido y permanecían a la espera de algo, pero él no se movía. El tiempo parecía suspendido. Luego, una brisa los rozó, deslizándose entre ellos, alborotando la hierba, y tal como vino se fue, con un galope alegre por la estepa. Yeruldelgger sintió que toda aquella libertad le golpeaba el corazón, la libertad de aquella llanura salvaje de hierbas irisadas sobre la que corrían caballos enloquecidos. Cuando notó la mano del pequeño anciano sobre su manga, fue como si lo arrancaran de un sueño.

—Su alma está ahora contigo —dijo el nómada—. Os pertenecéis el uno al otro hasta que la lleves a donde debe ir.

—Lo siento, abuelo, voy a ocuparme de ella lo mejor que pueda, créeme, pero yo no le pertenezco. Yo no pertenezco a nadie —respondió Yeruldelgger, a quien no le gustaba que le vinieran con misterios.

Él respetaba las tradiciones y creía en cosas inexplicables. En influencias, en interacciones, en algún tipo de interferencias. Pero no quería ser más que un espectador. Si le costaba tanto mantener unidos todos los fragmentos de su propia existencia, ¿qué ocurriría si tuviera que aceptar que fuerzas ajenas a su propia voluntad se inmiscuían en ella para poner orden? Ya hacía mucho tiempo que su vida se había deslizado hacia una nada fría y muda. Había perdido a su adorada hija pequeña y a la mujer que amaba y que se la había dado. E iba camino de perder a su hija mayor, que odiaba todo lo que él era. Porque él no era precisamente un regalo.

El comisario Yeruldelgger Khaltar Guichyguinnkhen hacía tiempo que no era un regalo para nadie. ¿Cómo podía aceptar que el bienestar de una pequeña alma inocente dependiera de él?

Decidió regresar a Ulán Bator. No podía hacer nada más allí, ni por la pobre niña ni por la protección de las pruebas. No llevaba nada encima con lo que proteger el lugar de los hechos. Pidió a los nómadas que cogieran piedras blancas y delimitaran una zona alrededor de la tumba abierta, en el interior de la cual no debía entrar nadie hasta nueva orden. Quizá Solongo y su equipo de científicos querrían tener acceso a ella para buscar pruebas adicionales.

Yeruldelgger se sorprendió sonriendo para sí al evocar esa expresión. Por un segundo se imaginó al abuelo de pie, con las piernas separadas y las manos sobre las caderas, filmado en contraplano, con la cabeza echada a un lado y mirando por encima de sus Ray-Ban espejadas, ¡y además pelirrojo! Él también veía «CSI: Miami» cuando se tumbaba delante de la tele, por supuesto. Sabía quién era Horacio Caine. También él tenía una vida. Escasa, por la noche, de vez en cuando. Entre pesadilla y pesadilla.

—Escucha, abuelo, te prometo que haré lo que pueda, pero sólo soy un

comisario de la brigada criminal. Mi vida consiste en recoger cadáveres. No puedo hacerme cargo de las almas de todos los muertos que encuentro.

Yeruldelgger vio entonces que un perro amarillo había atravesado el perímetro y escarbaba en la tierra fresca de la tumba con una excitación obscena. Cuando vio que atrapaba con su voraz hocico uno de los dedos caídos del cadáver de la niña, agarró una piedra y se la tiró con tanta rabia y tanta violencia que todos se quedaron impresionados.

—Lo entiendo —respondió el anciano, volviéndose hacia él.

Se alzó un poco sobre la punta de sus botas, puso las manos rugosas sobre cada uno de los recios hombros del comisario y lo miró directamente a los ojos. Una amplia sonrisa iluminó su rostro, oscurecido por tantas estaciones en la estepa.

—Lo entiendo —repitió—, pero no eres tú quien decide. ¡Son las almas! Y las tres almas extranjeras que has abandonado allí abajo también te llaman. ¡No las olvides a ellas tampoco!

Mientras el policía de distrito conducía su vehículo traqueteando hasta la pista, Yeruldelgger vio en el retrovisor que la muchacha les bendecía el camino. Ésta mantenía levantada a la altura de los ojos una pequeña cazoleta que él sabía que había llenado con la última leche que habían ordeñado, y tras haber mojado en ella la punta de los dedos, estaba salpicando los cuatro puntos cardinales con un respetuoso gesto de creyente. A pesar del pequeño cadáver acurrucado que llevaba en el maletero y de los cuerpos mutilados de los tres chinos que lo esperaban en Ulán Bator, Yeruldelgger sentía una especie de felicidad por pertenecer a un país en el que se bendecía a los viajeros a los cuatro vientos y se nombraba con la misma palabra a los féretros y a las cunas. Una especie de felicidad...

2

«¡Ya me lo imaginaba!»

Oyun buscaba los testículos del chino.

Los testículos y el resto.

Todo su paquete, en realidad.

Por exigencias de la investigación, claro, porque a esas alturas la única certeza era que ese chino jamás volvería a necesitar su paquete. Tampoco el otro. Respecto del tercero, desnudo como los otros dos, Oyun no podía decir nada porque todavía no le habían dado la vuelta al cuerpo, que yacía boca abajo. No sabían qué hacer con la mitad del palo de escoba roto que tenía clavado en el

ano. Por lo demás, aquél era un escenario de crimen interesante. Tres cuerpos desnudos, con la frente agujereada por una bala. Eso era al menos lo que suponía Oyun, porque, al parecer, al tercer chino la bala le había salido por la parte posterior del cráneo. Los dos primeros tenían el pecho y el vientre salvajemente tajados, lo más probable era que se hubiera utilizado una cuchilla de afeitar o un cúter, y la espalda del tercero se encontraba en el mismo estado. Oyun estaba dispuesta a apostar que ése tenía en la frente el mismo símbolo que los otros dos: una especie de estrella grabada con la punta de un objeto cortante.

—¿Alguien sabe qué es eso? —preguntó la joven a la galería.

—Tú eres la pequeña genio, ¿no? —respondió otro inspector, que estaba concentrado en encontrar la mejor manera de desencular a la tercera víctima.

—¡Parece algo diabólico! —señaló una policía joven, mientras se ocupaba de inspeccionar las salpicaduras de sangre que había en las paredes del cuarto.

—¿Un crimen satánico?

—La sangre, la apariencia de ritual, el componente sexual, la «trinidad» de las víctimas... ¿Por qué no?

Oyun se inclinó sobre el cuerpo del primer chino. Era un hombre que andaba por la treintena, más bien delgado, tenía el esternón un poco hundido, a la manera de los tuberculosos, el rostro demacrado y el pelo liso, dos dientes de oro a pesar de su juventud y una fea cicatriz a la altura del apéndice. La perforación de la frente era neta y precisa, marca de un calibre pequeño cuya bala no había tenido tiempo de desequilibrarse. Un tiro a quemarropa. A bocajarro. El cuerpo estaba desplomado en una silla, con la nuca doblada sobre el respaldo alto y los brazos colgando a cada lado. Los cortes no respondían a ninguna lógica. Revelaban un arrebató de violencia, una histeria criminal más que otra cosa. Las piernas estaban estiradas del todo y muy separadas.

Oyun intentó imaginarse a un hombre aterrorizado, desnudo y sentado en una silla, bajo la amenaza de un arma apoyada en su frente y que abrió fuego. ¿Tensor y separar bruscamente las piernas sería un gesto reflejo para apartarse del arma? ¿Acaso no sería más bien el resultado de la convulsión por el impacto o el desplome del cuerpo sobre sí mismo? ¿O es que sus verdugos las habían mantenido apartadas para poder cortarle el paquete?

—Fueron varios asesinos —comentó ella en voz alta, dirigiéndose al resto del equipo—. Por lo menos tres, en mi opinión. Las víctimas no estaban atadas. Si los otros dos no hubieran estado amenazados cuando el primero fue abatido, habrían reaccionado. Los ejecutaron uno tras otro sin que pudieran defenderse. Las torturas y las mutilaciones fueron probablemente realizadas post mórtem. Es imposible mutilar así a una víctima que no esté atada. Incluso bajo la amenaza de un arma. Pero hay que confirmarlo...

El otro chino era un hombre de unos cuarenta años, bajo, un poco llenito, medio calvo, con los dientes y las uñas en mal estado. Su cuerpo estaba tirado junto a una silla caída, en una posición más obscena que la de la primera víctima. Boca arriba, con las piernas encogidas, los talones juntos, las rodillas separadas, y en medio el bajo vientre mutilado y sanguinolento.

Oyun no lograba apartar la mirada de aquella herida. Sin embargo, el cuerpo del chino no era más que un cuerpo. Había perdido buena parte de su identidad, como si el sexo representara por lo menos la mitad de lo que somos. ¿Acaso los asesinos, además de matarlos, habían querido borrar la mitad de lo que eran cortándoles sus partes?

La tercera víctima estaba tendida boca abajo encima de una mesa de madera. Los brazos colgaban a los lados, la cabeza se apoyaba en el mentón, y la nuca estaba rota. «Tal como se presenta una pieza de caza asada entera», pensó Oyun, que de inmediato se obligó a apartar de la mente aquella reflexión tan poco profesional. Ese hombre era más alto y más gordo que los otros, con gruesas pantorrillas y grandes nalgas amarillas y fofas en medio de las cuales estaba clavado el palo de escoba roto.

Oyun barrió con la mirada el escenario del crimen tratando de localizar la otra mitad de la escoba. La encontró debajo de la mesa. Al igual que en los otros dos cuerpos, los numerosos cortes no eran más que heridas superficiales que no podían provocar la muerte. Por otra parte, la posición del cadáver mutilado confirmaba su hipótesis. Parecía muy extraño que el tercer chino hubiera sido torturado boca abajo encima de la mesa y rematado después con una bala en la frente. Por eso deducía que lo habían matado de un balazo en la cabeza, habían dado la vuelta al cuerpo y lo habían sometido a aquellas sevicias post mórtem.

—Bien, escuchadme un momento —dijo, dirigiéndose a los otros policías presentes en el cuarto—. ¡Que todo el mundo se esté quieto y me escuche!

—Eh, ¿nuestra pequeña genio se cree ahora que es Yeruldelgger?

—Cierra la boca, Chuluum, y a ver si pones a trabajar las neuronas. A lo que iba: os pido que sigáis con vuestras averiguaciones teniendo en cuenta las siguientes hipótesis. Tres asesinatos o más, ejecuciones seguidas de ensañamiento post mórtem, dos modus operandi: sangre fría, precisión y determinación durante la ejecución a tiros, y violencia salvaje, puede que incontrolada, durante las laceraciones post mórtem. A lo cual hay que añadir un tercer modus operandi conectado con los dos primeros: una puesta en escena de tipo ritual, o que pretende hacer creer que es ritual, en lo que se refiere al símbolo sobre la frente y a las emasculaciones. Por supuesto, no hay que descuidar ninguna otra pista, pero grabaos esto en la cabeza.

—¿Y qué es lo que estamos haciendo según tú, pequeña genio? —preguntó

el inspector Chuluum con un tono de insolencia un poco excesivo, aunque sin atreverse a mirar a la cara a su colega.

—Lo habitual, Chuluum: cada uno se dedica por su lado a acumular montones de pistas a las que habrá que intentar encontrar una lógica durante montones de horas. Claro que esto afecta sólo a quienes se pasan montones de horas extras clasificando el caos de aquellos que los dejan plantados para largarse a su casa a ver la tele.

—Y qué quieres, pequeña genio, no todo el mundo tiene el mismo interés en quedarse hasta tarde por la noche con Yeruldelgger.

—Pedazo de...

El timbre de su móvil detuvo la cólera de Oyun. Era el comisario.

—¿Sí? ¿Dónde estás?

—En la carretera de Ondërkhaan, acabo de pasar el río Herlen. Estoy llegando a Arhust. Estaré ahí dentro de algo más de una hora. ¿Sigues aún en el escenario del crimen?

—Sí.

—¿Cómo va?

—Tengo a Chuluum pisándome el callo, como de costumbre. Aparte de eso, la historia es bastante retorcida. ¿Y tú, qué tienes?

—Una niña enterrada junto con su triciclo en la estepa, a treinta kilómetros al sur de Jargalkhaan, junto a la pista que va a Delgerkhaan.

—Vaya... Mierda, eso es feo. Es un lugar más bien desierto, ¿no? ¿Se trata de un enterramiento irregular?

—¿Con un triciclo?

—Mi abuelo pidió que lo enterraran con su caballo...

—¿Y lo hicieron? ¿Mataron al caballo para enterrarlo con él?

—Su caballo murió antes que mi abuelo. ¡Nos hizo prometer que lo desenterraríamos para enterrarlos juntos!

—¡Y por qué no! —exclamó Yeruldelgger—. ¿Qué hay de los chinos?

—Tienes que venir a verlo tú mismo, antes de que Chuluum y su panda de títeres lo revuelvan todo.

—Lo he visto esta mañana, antes de que me llamaran para lo del triciclo.

—Ya, pero deberías volver. Hay cosas que sólo tú entiendes.

—¡Oyun! Me han llamado a las seis por lo de los chinos, luego he tenido que hacer tres horas en una carraca para ir a lo de la niña del triciclo, y lo mismo para regresar. ¡Estoy roto! Ya no tengo veinte años. Además, he de llevar el cuerpo de la niña adonde Solongo, para la autopsia.

—Vale, pero de todos modos deberías venir. Tengo la sensación de que vamos a perder el control de este asunto. Si se presentan los chinos, va a ser

jodido para la investigación. Pasa sólo un momento. Mandamos a Chuluum con el cuerpo adonde Solongo y después te invito a cenar.

—Vale —suspiró Yeruldelgger—, pero olvídate de Chuluum. Yo llevaré el cuerpo.

—¡Por supuesto! —exclamó Oyun, burlona—. ¡Ya me lo imaginaba!

3

«¡...empezaremos buscando a la mujer!»

Los chinos llegaron por la noche. Dos grandes limusinas con las ventanillas ahumadas, y guardaespaldas armados en la primera. El director de la fábrica, aterrorizado, estaba en el interior de la segunda, apretujada entre dos representantes de la embajada furiosos. Un informador había prevenido a Yeruldelgger de su llegada y éste había salido a esperarlos delante del portal para impedirles la entrada. El primer chófer detuvo el vehículo a menos de un centímetro de las tibias de los dos inspectores. Oyun, que ya se lo esperaba y estaba decidida a no moverse, no pudo evitar dar un saltito atrás mientras maldecía. Yeruldelgger no se desplazó ni un milímetro. Miró a los dos canchales bajarse del primer coche y correr a abrirle la puerta al hombre de la embajada de mayor edad y menor estatura.

—¡Déjenos pasar! —ordenó el tipo, arrogante, embutido en su traje de falso corte inglés.

Tenía unos profundos cercos oscuros bajo los ojos enrojecidos y olía a la vez a agua de colonia alemana y a perfume francés. Yeruldelgger se dijo que aquel hombrecito panzón se había visto obligado a refrescarse a toda prisa tras una noche de amor para ir corriendo hasta allí. De ahí su cólera. En cuanto a la arrogancia, era la que acostumbraba a mostrar un chino en Mongolia.

—¡Déjeme pasar! —insistió, con la nariz a la altura de los pectorales del comisario.

—Imposible, señor, ¡esto es el escenario de un crimen!

—Esta fábrica es territorio chino. ¡Lo que ocurra aquí no entra en su jurisdicción! —protestó el representante de la embajada.

—Es una fábrica china en territorio mongol —lo corrigió Yeruldelgger—, y aquí se acaba de cometer un triple asesinato. Esto es de nuestra competencia.

—Usted no es más que un imbécil y un inepto —replicó el chino—. Todos los contratos de explotación de empresas de la República de China en Mongolia contienen una cláusula de extraterritorialidad para los crímenes y delitos que impliquen a ciudadanos chinos. Le ordeno imperativamente que nos deje entrar.

La seguridad del diplomático desconcertó a Yeruldelgger. Nunca había oído a nadie ordenarle «imperativamente» algo. Y aunque era cierto que había oído hablar de aquella cláusula de extraterritorialidad, hasta entonces nunca había afectado a ninguna de sus investigaciones. Fue Oyun quien acudió en su ayuda.

—Lo siento, señor, pero la identidad de las tres víctimas todavía no ha sido esclarecida. Es posible que uno de los tres cuerpos no sea de un ciudadano chino, sino mongol. En ese caso, los acuerdos prevén que el escenario del crimen permanezca bajo nuestra jurisdicción hasta identificar definitivamente las nacionalidades de las víctimas.

El hombre no quería, de ningún modo, tener trato con una mujer, aunque fuera policía. Se quedó delante de Yeruldelgger para responderle de hombre a hombre, pero el argumento de Oyun era de peso. Y cedió.

—Esto es inadmisibile. Voy a comunicárselo de inmediato a nuestro embajador. Protestaremos oficialmente ante sus superiores.

—Se lo ruego, hágalo —respondió el comisario, que ya les estaba dando la espalda, de regreso al interior de la fábrica—. Y no olvide recordarles que me deben dos meses de salario y cuarenta y siete días de vacaciones.

Las dos limusinas dieron media vuelta y los chóferes intentaron hacer chirriar los neumáticos sobre la carretera de tierra. Sólo lograron acribillar de gravilla el gran panel que explicaba que la fábrica estaba al servicio del desarrollo de los recursos mineros de Mongolia.

Por lo visto, era una fábrica de tejas y ladrillos destinados a la construcción de otras fábricas chinas en la región. Debía de dar empleo a varios centenares de obreros mongoles, mujeres y niños incluidos, bajo el control de capataces chinos. Probablemente eso eran los tres hombres que habían sido emasculados en el cuchitril que les servía de comedor.

—No estaba al corriente de esa excepción a la cláusula de extraterritorialidad —reconoció Yeruldelgger mirando a Oyun.

—¡Ni yo! —confesó ella—. Y él tampoco, por lo visto. Pero ¡el tiempo que le llevará verificarla nos da esta noche de margen!

—Escucha, ya te lo he dicho, ¡no tengo intención de pasar aquí la noche!

—¡Lo sé, lo sé! —bromeó Oyun—. Tienes que llevar de inmediato y en persona el cuerpo a Solongo. Lo he entendido perfectamente.

Él no respondió. Atravesaron un patio grande y mal iluminado de camino a la barraca donde se encontraban los tres muertos.

—¿Así que uno de los cuerpos no es de un chino? —preguntó con interés Yeruldelgger.

—Ah, ¿no lo es? —dijo Oyun, sorprendida, entre risas—. ¿Quién te ha dicho eso?

El comisario se detuvo para mirar a su compañera, rompió a reír y le pasó el brazo por los hombros para dirigirse juntos a el escenario del crimen.

—Oyun, tú no eres una pequeña genio, ¡eres mi gran genio!

Una vez dentro del pequeño salón comedor, los dos policías recuperaron de inmediato la seriedad y la actitud profesional.

—Ésta es mi teoría —resumió Oyun—: varios agresores entran durante la noche. Por lo menos tres. No es complicado colarse en la fábrica, pero falta saber cómo es que los tres chinos se dejaron sorprender. Los agresores van armados. Mantienen a las víctimas a distancia y las obligan a desvestirse. Todavía no sabemos por qué. Luego, los tres tipos son abatidos uno a uno, por disparos a bocajarro, sin que se defiendan, probablemente bajo la amenaza de otra arma. Las salpicaduras de sangre nos dicen que los dos primeros fueron abatidos en sus sillas y el tercero, sobre la mesa. Creo que la última víctima lo intentó todo para escapar a su suerte. Fue bloqueada, inmovilizada de espaldas encima de la mesa y ejecutada con una bala en la frente, como las dos primeras. Lo sabemos porque hemos encontrado la bala incrustada en la madera de la mesa. Todo esto se ve metódico, parece preparado y ejecutado a sangre fría. Ahora viene cuando la cosa se complica. A la tercera víctima le dieron la vuelta, la pusieron boca abajo sobre la mesa y la sodomizaron con un trozo de palo de escoba. ¿Venganza o humillación post mórtem? ¿Un ritual? ¿Sadismo étlico? Todavía no lo sabemos. Los otros dos fueron emasculados, por un diestro según las primeras evidencias. Acto seguido, otro agresor, es probable que zurdo, grabó sobre sus frentes este símbolo satánico. Luego se encarnizaron con los cuerpos a golpe de cúter. Los cortes muestran que fueron efectuados en cada cuerpo por varios agresores.

—Seguro que adivinas mi pregunta —la interrumpió Yeruldelgger.

—Por supuesto: ¿qué ha sido de sus paquetes?

—Exacto. ¿Y lo sabemos?

—No, pero mira las paredes. Ahí puedes ver las salpicaduras provocadas probablemente por las ejecuciones; ahí y ahí, varias huellas que sin duda dan testimonio de las mutilaciones y los movimientos de los agresores en su morbosa excitación. Pero allí, allí y también allí, ¿qué ves?

En los lugares que indicaba Oyun, Yeruldelgger distinguió manchas de sangre de la anchura de una mano, con salpicaduras en forma de estrella a su alrededor y largos goterones que descendían hasta el suelo. Al pie de la pared, debajo de cada mancha, al final de los goterones que chorreaban, el parquet también estaba manchado de sangre.

—¡Oh, no! —exclamó Yeruldelgger—. No me digas que...

—Sí. Los hijos de puta que han hecho esto se divirtieron arrojando contra

las paredes los paquetes que les habían cortado a los chinos. ¡Puede que hayan jugado incluso a tirárselos a la cara!

—Mierda... Eso no. ¡Eso no, no aquí, no en nuestra tierra!

—Ojalá me equivoque, pero ¡me temo que sí!

—Y yo. Aparte de eso, ¿has buscado huellas de presencia femenina?

—¿Mujeres? ¿Por qué?

—¿Sabes qué noche era la de ayer para los chinos? La del séptimo día del séptimo mes.

—¿Ah, sí? ¿Y qué?

—En China, la fiesta del séptimo mes es la de los enamorados. Normalmente, ese día la mujer debe demostrar todas sus cualidades domésticas al cabrón de su marido. Sin embargo, cuando el cabrón del marido está lejos de casa, la fiesta del séptimo mes es la ocasión perfecta para echar unas tradicionales canas al aire. ¿No sentiste los efluvios y el hedor a sexo que envolvían a nuestro buen amigo de la embajada?

—¿Quieres decir que los chinos habrían sido sorprendidos mientras echaban un polvo?

—¿Por qué no? Eso explicaría que no oyeran nada ni se lo vieran venir. ¡Y eso explicaría también por qué estaban desnudos!

—Pero, en ese caso, ¿dónde están las mujeres? ¿Crees que ellas podrían ser las agresoras? ¿Los chinos habrían caído en una trampa?

—¿Por qué no? A fin de cuentas, fueron emasculados, ¿verdad? ¿No es ésa una venganza femenina?

—¡Eh, esa afirmación es un poco sexista! Y además, no se ha encontrado ninguna pista en esa dirección. De todas maneras, Solongo nos dirá si hay restos de esperma, o de sangre que no pertenezca a los tres hombres.

—Ajá, veremos... —soltó Yeruldelgger, echando un último vistazo al escenario del crimen.

Un detalle al pie de un pequeño escritorio llamó su atención. Se acercó, se arrodilló, recogió algo con precaución, sujetándolo con la punta de los dedos índice y pulgar, y se volvió hacia Oyun sin levantarse.

—Y esto, ¿qué es?

Ella se le acercó y se inclinó por encima de su hombro.

—Un buen puñado de cabellos que el inútil de Chuluum debería haber consignado como pista.

—Exacto —confirmó Yeruldelgger mientras se levantaba—. Un puñado de bonitos cabellos largos y cuidados, arrancados de cuajo, a más de tres metros del lugar de la ejecución. Creo que había al menos una mujer aquí y que también ella ha pagado el pato. No veo cómo podría habérselos arrancado alguna de las

víctimas. El único que puede que se defendiera un poco es el tercero, el de la mesa, y está en la otra punta de la habitación. O la mujer estaba aquí antes de la tragedia y el puñado de pelos es el resultado de un arrebató amoroso demasiado violento, o su cuerpo está en alguna parte, o tenemos un testigo que ha conseguido escapar. En cualquier caso, ¡mañana por la mañana empezaremos buscando a la mujer!

4

«¡Ve a recuperar tus pedazos de chino!»

Solongo la había desmontado ya en ocho ocasiones para cambiar de barrio. No lograba decidirse a vivir en una casa, además de que su yurta no tenía nada que envidiar a las dachas neorrusas con las que pequeñoburgueses y nuevos ricos habían empedrado la periferia de Ulán Bator. En las cinco primeras trashumancias, como las llamaba ella, había ido acercándose a la ciudad, hasta levantar su yurta sobre una parcela de tierra alquilada en un patio, apenas a cincuenta metros del Hotel Hilton, en el corazón mismo del primer distrito. Su belleza resplandeciente, su yurta en el corazón de la ciudad y su trabajo de policía habían hecho de Solongo la musa de las nuevas noches salvajes de la renaciente capital. Podría haberse casado con cualquiera de los pretendientes ricos de esa época. Señores locales, oligarcas rusos reconvertidos, potentados chinos, todos soñaban con llevarla a cenar bajo los candelabros del Hilton y con tirársela luego a la luz de la vela de su choza. A ella, a la orgullosa y bella mongol que los desdeñaba.

Hoy tendría una dacha en las lindes de los bosques del norte y un campamento con caballos en el Terelj, un gran Toyota de cristales ahumados para desplazarse por la capital, e incluso por el campo, además de dos jovencitas de ciudad para hacer las compras. Casada con alguno de aquellos tipos ricos, lo acompañaría cuando él fuera a jugar al golf al Olympic Road, y lo esperaría, un poco más allá, jugando al tenis con algunas expatriadas caprichosas. Y le dejaría irse de caza a los montes de Altái para que se emborrachara con sus amigos y la engañara con putas rusas, mientras ella también disfrutaba a sus anchas de un amante occidental.

Pero ella había cambiado. Por su trabajo, sin duda, tanta muerte y tantos cadáveres, y la visión de todas esas almas que Yeruldelgger recogía para depositarlas sobre su mesa. Y el silencio de las autopsias, la serenidad de la muerte y la fealdad de los cuerpos. Y esas noches interminables examinando existencias despedazadas y preguntándose adónde iba la suya. Había creído que

podría eludir la respuesta dedicándose a vivir, deprisa y a cualquier precio. Y había necesitado que la muerte la alcanzara para darse cuenta de que huir no servía de nada. Una mañana, Yeruldelgger había entrado en la sala de autopsias con el cuerpo de una niña en los brazos. El de su propia hija. Su niñita. Su adorada Kushi.

El hombre al que ella admiraba era una roca y lo había visto romperse y sangrar su arena hasta convertirse en un yeso hueco. Yeruldelgger estaba allí, llorando delante de ella, y su silencio era de una violencia tal que diez años después, la tarde en que Solongo lo recordaba, todavía resonaba en ella.

Tras sus noches de loba, había huido a esconderse al norte, justo al principio de la Tokyo Street, dos callejones más allá del Altai Mongolian Barbecue. Plantó su yurta en un antiguo estacionamiento hasta que una expatriada, una de sus antiguas compañeras de juerga, se cruzó con ella al salir de un restaurante que se había puesto de moda con la llegada de los nuevos turistas. Entonces lo desmontó todo para instalarse en un lugar al que sus antiguos conocidos nunca irían. En el distrito número 6, entre la escuela número 79 y la corte de los milagros del mercado de coches. Un barrio de delincuentes, tratantes y ladrones donde sólo se adentraba Yeruldelgger, para visitarla y asegurarse de que estaba bien. Y eso le convenía. El comisario la había acompañado muchas veces por aquellas callejuelas de mala muerte para ir a comer a tascas de rufianes y a beber en tugurios que servían de bar a los mecánicos. Cada una de esas noches la sombra poderosa de Yeruldelgger la había acompañado de vuelta a casa por los callejones oscuros con la mirada clavada en los ojos de aquellos que se cruzaban en el camino. Cuando todo el mundo tuvo claro que la muchacha era la protegida de Yeruldelgger, quedó establecido que había que dejarla en paz. Ese arreglo incluso había logrado que los delincuentes más duros la protegieran de ciertos indeseables para evitarse problemas con el comisario.

Fue en aquella época cuando Solongo adquirió la costumbre de retenerlo en su casa por la noche. Para conjurar el miedo que, de vez en cuando, la sacudía como un sollozo.

Siempre había tenido una cama para invitados en su yurta, pero él agarraba tres o cuatro mantas gruesas y dormía en el suelo. Ella se acostaba de lado en su cama tradicional pintada de rojo y amarillo, y antes de dormirse miraba durante un buen rato la fuerte espalda de Yeruldelgger, que se agitaba regularmente con sonoros ronquidos. Su presencia en la casa era como la de una piedra sagrada en un jardín japonés. La respiración del comisario ahuyentaba sus miedos, temores, pánicos. Al poco rato, ella respiraba al mismo ritmo que él y caía en un sueño plácido y relajado. Habían hecho falta tres años para que Yeruldelgger aceptara

dormir en el mismo lecho que Solongo y sólo había aceptado con la condición de no convertirse en su amante.

—¿Ya te has levantado? —se sorprendió él.

—Sí. Hoy tengo a tu niña y a tus tres chinos, ¡no lo olvides!

—¡Es cierto! —exclamó Yeruldelgger, apartando las mantas.

Solongo bebía a sorbitos un té salado con mantequilla muy caliente que sujetaba con ambas manos. Se había puesto un vestido largo de estar por casa, rojo oscuro, que tenía bordado un motivo tradicional de nudos infinitos. Él pensó que era verdaderamente hermosa mientras ella lo miraba salir desnudo de entre las sábanas.

—Sin duda formamos una pareja bien curiosa, ¿no te parece?

—¿Por qué? ¿Porque dormimos juntos y desnudos sin hacer el amor?

—Sí, en parte es por eso, y por todo lo demás.

—A mí me está bien así —dijo Yeruldelgger al tiempo que corría la cortina de la ducha.

Solongo seguía siendo un misterio para el comisario. A veces, su pasión por la ciencia se traducía en desconcertantes comportamientos místicos que hacían que él se enamorase perdidamente de ella. Así sucedía con aquella reducida tabla de elementos químicos que ella llamaba su «tabla de Mendeléyev». Ésa era la única decoración que había tanto en su yurta como en su despacho del hospital. Él podía comprender su fascinación ante aquella lista exhaustiva del puñado de elementos químicos que compone el universo, pero ella decía sentir un vértigo de los sentidos ante aquellos símbolos. En realidad, él adoraba sentirse incompetente e inculto ante sus explicaciones y especulaciones científicas. Un día en que miraba estupefacto la hora en una pantalla traslúcida, incapaz de comprender el principio de la marcación digital, ella le había pedido que se lo imaginara como un banco de peces muy planos, como lenguados. Tan planos que de frente no se los veía, hasta que una sacudida eléctrica los obligaba a ponerse de perfil. Y así era como él veía ahora los marcadores numéricos, como bancos de peces sacudidos por descargas eléctricas. Y amaba a Solongo por obrar semejante magia.

Después de vivir en el barrio del mercado de coches, Solongo se había decidido al fin a no seguir huyendo de sus fantasmas y a instalarse en algún lugar de Ulán Bator donde le apeteciera vivir. Llegó a considerar la posibilidad de irse más al norte, a los bosques que hay en los contrafuertes de la montaña, pero quería quedarse en la ciudad. Fue Yeruldelgger quien la llevó por primera vez, un domingo, al este del barrio de Keshaar. Allí descubrió una ancha franja verde que la ciudad había respetado rodeándola por el sur. Tierras fértiles y blandas, demasiado esponjosas para los cimientos y demasiado húmedas para las

yurtas. Era el antiguo lecho de un afluente desbordado que serpenteaba de norte a sur y que, en otro tiempo, desembocaba en el río Tuul. Un desnivel suave excavaba la hondonada de aquella vasta pradera. Solongo encontró una parcela de terreno preciosa justo en el extremo occidental, al final del barrio de los locos, detrás del gran hospital psiquiátrico. Regaló su vieja yurta a un pariente lejano y se compró una nueva, mucho más grande, de esas que ahora se usan para instalar restaurantes en los campamentos para turistas. Por primera vez hizo que le pusieran pavimento y la acondicionó con todas las comodidades y disponiendo los espacios a la manera tradicional. Pero lo que más relajaba a Yeruldelgger, cuando estaba allí con Solongo, era el jardín que ella había creado delante, entre la yurta y la pradera. En aquella ciudad de piedra y polvo que ahora se estaba volviendo de cristal y hormigón, en aquel país que había cortado árboles hasta inventar desiertos, Solongo había hecho de su parcela de terreno un edén de verdor. Había plantado un tilo y un pino, y Yeruldelgger le había regalado un abedul blanco. Había plantado tomillo, un escaramujo y un rododendro, y Yeruldelgger le había regalado una planta de ruibarbo. Había escogido un arándano y un grosellero, y él una potentilla. Ella un ajenjo, gencianas y geranios, y él ásteres. Y, recientemente, ella había plantado un joven alerce y un pino de Escocia, y Yeruldelgger le había regalado tres álamos jóvenes. El jardín de Solongo era tan hermoso que los transeúntes, al ver asomar las flores y el follaje por encima de la balaustrada de madera, pensaban que el lugar albergaba un monasterio. Más al norte, los hortelanos trabajaban en un corredor verde donde cultivaban los tomates, los pepinos y la fruta con que se alimentaba la ciudad. Poco tiempo después, delante de su jardín exuberante aparecieron los bancales ordenados y multicolor de huertas y vergeles. Y Solongo se alegró de ello. Yeruldelgger, también.

—A mí me está bien así —repitió él, ya vestido, delante del jardín, cuando sonó su teléfono.

La pantalla mostró el nombre de Oyun.

—¿Sí, Oyun?

—¡He encontrado los cojones de nuestros chinos!

—¿Dónde?

—¡Ay, comisario, vas a tener que venir a verlo para creerlo!

—Vale, dime adónde.

—Escucha, que no se te ocurra desayunar. ¡No es algo agradable de ver!

—Demasiado tarde, estoy acabando.

—Entonces te aconsejo que lo vomites antes de venir. Es en el mercado de los contenedores. El que está después del mercado negro, cuando sales hacia el este. Justo enfrente del cercado de los transformadores eléctricos.

—Entendido. Me termino los arándanos con crema y voy.

—Déjalos donde están, comisario, ¡no me apetece verlos en mis zapatos!

Yeruldelgger volvió a entrar en la yurta. Solongo se había puesto unos tejanos y una blusa blanca.

—Han encontrado los pedazos que faltaban de mis chinos —dijo él mientras dejaba su taza sobre una pequeña cómoda.

—¡Querrás decir «mis» chinos! —replicó la forense al tiempo que recogía la taza para pasarla por agua y ponerla en el fregadero—. Supongo que hoy querrás tener muchas respuestas.

—Sí, y tú puedes ir preparándote para que te haga muchas más preguntas. ¿Por quién vas a comenzar?

—Por la niña, por supuesto. Eso es lo que quieres, ¿no?

—Sí —reconoció Yeruldelgger, sonriendo, contento de que lo conociera tan bien—. Cuida de ella, su abuelo me ha confiado su alma...

Solongo vio que un velo de tristeza oscurecía los ojos de su amigo y prefirió no comentar nada.

—Yo me ocupo. ¡Ve a recuperar tus pedazos de chino!

5

«Así que todo en orden, ¿no?»

Las dos mujeres estaban desnudas, con las manos atadas a la espalda, pero les habían dejado los zapatos. Botines de cuero amarillo, la más alta, zapatos de tacón rojos con lentejuelas, la más baja. Ni las botas ni los zapatos de tacón tocaban el suelo. Ambas mujeres estaban colgadas en el interior de un contenedor. Las dos tenían la cabeza ligeramente ladeada, pero no había suficiente altura para que la caída les hubiera roto la nuca. Habían sufrido y se habían asfixiado durante un buen rato antes de morir. El sol de los nómadas había curtido el rostro redondo de la más alta. Tenía los pechos llenos, pezones grandes y oscuros y las caderas anchas. Los muslos, un poco gruesos, le separaban las piernas, de pantorrillas musculosas, que ofrecían su sexo tupido a la mirada de la muchedumbre.

—¡Se meó encima! —se burló alguien a pesar del horror de la situación.

Yeruldelgger le soltó una colleja y le aconsejó que se largara.

La otra mujer tenía un cuerpo más bonito, pechos pequeños y firmes que se mantenían erguidos a pesar de su posición. También ella se había orinado encima, pero lo que fascinaba a los mirones eran las cabezas de ambas. Sus cráneos, mal rapados a tijeretazos, con numerosos cortes aquí y allá. Para el

gentío, eso era mucho más fascinante que el signo satánico que les habían grabado en el pecho izquierdo. Era el mismo que tenían los tres chinos de la fábrica de ladrillos. Yeruldelgger pensó que las habían golpeado antes de colgarlas, porque ambas tenían la cara ensangrentada.

—¡Te avisé! —soltó Oyun, acercándose al comisario, que atravesaba con rabia la compacta masa de curiosos.

—Haz que despejen todo esto —dijo él—. Quiero a todo el mundo fuera de este pasillo del mercado, también a los vendedores, y quiero a un hombre armado en cada extremo para sofocar el menor jaleo.

Oyun dio una voz a un policía, quien transmitió las órdenes. Enseguida aparecieron otros uniformados que apartaron a la multitud sin miramientos. Aquel mercado, como otros dos o tres de Ulán Bator, no era más que una sucesión de contenedores transformados en tenderetes. Al alba, los vendedores abrían las pesadas puertas metálicas de sus quincallerías, tiendas de ultramarinos y puestos de saldos. Algunos escondían en su interior cantinas de kebab, carnicerías o lecherías. Otros, salones de peluquería. Y, al atardecer, cada comerciante volvía a cerrar su pesada puerta y el mercado regresaba a su condición de depósito sombrío y silencioso.

—Di a Chuluum que vaya a pedir unas lonas a alguno de esos vendedores para aislar el escenario. No hay necesidad de humillar todavía más a estas pobres mujeres exhibiendo sus cadáveres.

El inspector Chuluum fue a regañadientes a buscar unas lonas grandes que tuvo buen cuidado de encontrar lo más tarde posible.

—¿Cómo te has enterado?

—El tipo abrió su contenedor para montar el tenderete y se encontró a las dos mujeres colgadas en el interior, justo detrás de la puerta. Nos avisó enseguida.

—¿Qué tenemos? Quiero decir, más allá de los signos satánicos.

—¡Esto! —dijo Oyun, señalando el mecanismo interior de la cerradura del contenedor.

—¿Qué es? —preguntó el comisario al tiempo que se acercaba.

—Según tú —respondió la joven inspectora—, ¿a qué se parece?

—¿Ésas son las pelotas de uno de los chinos?

—Las pelotas y la cosa, sí...

Yeruldelgger se inclinó para observar el triste trofeo que había quedado enganchado en la barra de la cerradura interior de la puerta.

—Supongo que el tipo lo ha aplastado un poco al accionar el mecanismo de apertura, pero, honestamente, ¡no veo que eso pueda ser otra cosa! —dijo Oyun, alzando la voz.

—¿Y cómo ha llegado hasta aquí?

—Ah, ahora es cuando el asunto se vuelve truculento. Como está en el mecanismo interior de la puerta, sólo ha podido quedar así atrapado al caer desde más arriba, en el interior del contenedor, cuando la puerta estaba todavía cerrada. Y con la puerta cerrada, quedaría justo debajo de la más alta...

Oyun levantó la vista hacia los cuerpos de las dos ahorcadas, y Yeruldelgger siguió su mirada.

—¡No puede ser! ¿Ella tenía el aparato de uno de los chinos? ¡Me niego a creer algo así!

—Pues lo siento por ti, comisario, porque tengo la prueba que demuestra este hecho tan macabro.

—¿Y dónde está? —preguntó, inquieto, Yeruldelgger.

—Ahí —respondió Oyun, señalando con el mentón a la otra mujer ahorcada.

Él alzó los ojos a su vez y al instante se dobló en dos para vomitar los arándanos con crema sobre los zapatos de su compañera.

Por encima de él, la mujer colgada tenía los carrillos tan llenos que entreabría la boca. No había duda alguna sobre qué era lo que sobresalía de entre sus labios goteando sangre...

—Coño, comisario, ¡te lo he advertido!

Yeruldelgger se apoyó con una mano en la pared del contenedor y se limpió con un pañuelo. Luego se frotó con rabia el rostro con las palmas de las manos abiertas, enderezó los riñones para recomponerse y se volvió hacia la inspectora.

—¿Y tú no has vomitado? —preguntó con asombro.

—Claro que sí, ¡encima de Chuluum!

—¡Ah, bueno, eso me tranquiliza! De modo que tenemos los dos paquetes que les faltaban a nuestros chinos, las dos mujeres del séptimo mes, los mismos símbolos satánicos, víctimas desnudas por todos lados y, además, dos cráneos rapados. Así que todo en orden, ¿no?

6

«...cómo vas a poder detenerlo»

Los mongoles no cuentan sus sueños.

Peor para el pobre Sigmund, por mucho que Occidente haya hecho florecer en Ulán Bator tantos psicoanalistas como McDonald's. Y mejor para los pocos amigos de Yeruldelgger, porque cada uno de sus sueños era una pesadilla.

Después de haber repasado las teorías del pretencioso austríaco en la

biblioteca de la Alianza Francesa, Yeruldelgger no paraba de preguntarse cuál sería la perversión sexual de su infancia que, según el viejo barbitas, explicaría su fascinación angustiada por las vastedades ventosas de la gran estepa. ¿Acaso Freud sabía montar a caballo de otra manera que no fuera en una calesa vienesa? ¿Podría haber permanecido tres meses a solas en una yurta sin interpretar el mundo en general y a los parientes de los que estaba sexualmente enamorado en particular? ¿Acaso había conocido el miedo, el de verdad, no el que se tiene a los hombres, sino a la naturaleza? ¿Qué sabía Freud de las torturas de su pasado, de su alma herida de nómada, del horror de los muertos que recogía? ¿Qué podría haber explicado, un siglo atrás, desde su pequeña capital europea de palacios de merengue? Cada mañana en la que se despertaba de una pesadilla, Yeruldelgger se levantaba mongol, heredero de un imperio vasto y vacío, donde los hombres eran libres de ser pobres para admiración pasajera de los turistas que iban, guía en mano, a enseñarles de nuevo su cultura. Y un segundo después, Yeruldelgger se embutía en su indumentaria de poli recogedor de almas abatidas y se atormentaba durante toda la jornada intentando comprender qué era lo que las había destruido. Sin duda, para no pensar más en ese imperio vasto y vacío a imagen de su vida.

El comisario estaba instalado en un despacho provisional, a la espera de una enésima reforma de las oficinas del Departamento de Policía. Un edificio postsoviético situado justo enfrente del Tribunal Supremo y pared con pared con la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, donde se topaba con coreanos y chinos, como para que luego digan que los mongoles no tienen sentido del humor. Yeruldelgger no podía ver el tráfico de la avenida ancha y arbolada desde la oficina que compartía con sus inspectores, tampoco la entrada del Tribunal Supremo. Los seis árboles que se alzaban sobre la acera del aparcamiento formaban una cortina que los ocultaba a su vista.

Yeruldelgger estaba ya metido en el papeleo, a la mañana siguiente, cuando Oyun entró en el despacho.

—¿Has dormido mal, comisario?

—¡Sí! —contestó con un ladrido.

—¡Mejor, eso me tranquiliza! —respondió ella, sin prestar atención al humor de su jefe—. No me habría gustado estropearte una mañana hermosa.

—A ver, ¿cuáles son esas malas noticias?

—Sólo una, comisario. Solongo afirma que hemos metido la pata con los chinos y que nos hemos equivocado en todo. Quiere que te pases por allí de inmediato.

—¡Ahora me da órdenes! —fingió enojarse Yeruldelgger.

—¡Tengo la impresión que lleva haciéndolo ya mucho tiempo! —se atrevió

a decir Oyun con picardía.

Yeruldelgger suspiró profundamente, echó un vistazo por la ventana y se dirigió hacia el ascensor.

—Dile que estaré allí en media hora.

—¿Vas a ir a pie a una urgencia? —replicó ella, haciendo de nuevo alarde de insolencia.

—Nunca hay urgencias con los médicos forenses, Oyun, es la única cosa buena de su trabajo —respondió el comisario mientras la puerta guillotínaba con suavidad sus palabras.

Al salir del departamento, giró a la izquierda, atravesó la avenida dejando atrás el Tribunal Supremo y llegó a un parque. Giró a la altura del Parlamento y de la plaza, tan monumental que los turistas se sienten desamparados y minúsculos en medio de sus mármoles claros. Caminó entre efluvios de gasolina de calidad pésima y mal quemada hasta oír el zumbido desagradable de la Peace Avenue. Siguió por la acera izquierda de la avenida y pasó por delante de la gran vela de vidrio y acero de la Blue Sky Tower.

El caos de la ciudad en construcción le sorprendía siempre, pero lo que le chocaba todavía más era la fealdad de las cosas del pasado. La monstruosidad de aquella arquitectura soviética, o mejor, de aquella no-arquitectura, se materializaba en esas moles de edificios altos y orgullosos que se construían en la actualidad. Una fealdad pretenciosa en los antiguos edificios oficiales, una fealdad cínica en los inmuebles de viviendas populares. Como si también la arquitectura hubiera participado en la anulación de la cultura mongola. En el aplastamiento de la lengua y de la escritura, en el aplastamiento de la tradición, de la fe y hasta de la simple noción de lo bello, bajo toneladas de hormigón, mediante la fealdad de las cosas cotidianas, de los bloques de edificios, de la negación del detalle y de la decoración. Cuando atravesaba la ciudad a pie, Yeruldelgger se preguntaba si no era por una sutil venganza por lo que no se destruían aquellos edificios. Una especie de revancha tácita que empujaba a dejarlos desmoronarse mientras alrededor de ellos surgía de la tierra una ciudad bella y luminosa.

Una vez pasado el Ministerio de Asuntos Exteriores, giró a la derecha y, veinte metros después, entró en el hospital número 1, donde Solongo llevaba el Servicio de Medicina Forense en la planta baja de un pequeño patio interior.

—Parece que quieres estropearme el día —dijo Yeruldelgger a espaldas de la forense, que estaba en el pasillo hablando con un interno.

Solongo se excusó ante el interno y se volvió hacia el comisario.

—No merece la pena, tus liebres lo hacen muy bien solitas.

—¿Mis liebres?

—¿No es así como llamas a tus investigadores?

—Sí, pero ¡tú no tienes por qué saberlo!

—¡Todo el mundo lo sabe!

—¿También ellos?

—¡También ellos!

—Bueno, entonces, ¿qué es lo que han hecho mis liebres? —dijo el comisario, impaciente.

—Lo que me ha puesto la mosca detrás de la oreja ha sido que Oyun me llamara esta mañana para preguntarme si había novedades sobre tus cinco «satánicos» —respondió Solongo.

—¿...?

—...

—¡Solongo!

—Pero ¡pregúntame por qué!

—¿Por qué qué? —replicó con desesperación Yeruldelgger.

—¡Por qué eso me ha puesto la mosca detrás de la oreja!

—Vale. ¿Por qué?

—Porque ha dicho «satánicos».

—¿Y? —preguntó él, esforzándose por mantener la calma.

—Y yo le he preguntado por qué me decía eso.

—¿Y?

—Y ella me ha dicho que por los signos que había en los cadáveres.

—¿Y?

—Y yo le he preguntado de dónde ha sacado ella eso.

—¿Y?

—Y ella me ha dicho que fue una joven inspectora la que reconoció esos signos.

—¿Solongo?

—¿Sí?

—¡Voy a perder la paciencia, venga!

—Vale, vale, de acuerdo, resumiendo: que tu joven inspectora... ¿se dice inspector o inspectora?

—¡Qué más da, Solongo!

—Bueno, pues que ha metido la pata. El emblema satánico es un pentagrama, una estrella de cinco puntas. Se supone que representa los cuatro elementos: el agua, el aire, el fuego y la tierra, más el espíritu. Están las cuatro puntas a los lados y la punta del espíritu del Maligno, siempre hacia abajo.

Ella lo tomó por el brazo y lo condujo hasta la sala de autopsias mientras proseguía con su explicación.

—También se dice que es la representación simbólica de Bafometo, el dios cabrío, con sus dos cuernos levantados, dos puntas situadas a cada lado junto a las orejas y la barba hacia abajo. Y por lo general el pentagrama está siempre dentro de un círculo que simboliza la unión y el dominio de todos los elementos.

La forense empujó la puerta de la sala de autopsias. Los cuerpos de los dos chinos emasculados estaban tendidos sobre dos mesas metálicas. Los del tercer chino y las dos mujeres estaban encima de unas camillas bien alineadas con las dos mesas. Yeruldelgger reparó de inmediato en que Solongo había cubierto los cuerpos de las mujeres para evitarles la vergüenza a sus almas.

—Mira —dijo ella, acercándose a la primera mesa de autopsia—. Esto no es un pentagrama. Esto se llama «escudo de David». Es un hexagrama compuesto por dos triángulos equiláteros que encajan entre sí. Lo negativo y lo positivo, que se penetran y se equilibran. Una especie de yin y yang a la occidental. También se la conoce como «estrella de Moloch» o «estrella de Saturno». O «estrella de David», desde que este símbolo fue adoptado por la comunidad judía de Praga en el siglo XVII. También es el símbolo usado por los francmasones, una poderosa sociedad secreta de Occidente. Pero, en realidad, este símbolo tiene su origen en la India. Sea como sea, no se trata de algo satánico, y tus chinos no fueron emasculados por adeptos del cornudo de la cola bífida.

Yeruldelgger permaneció un buen rato en silencio mirando los cinco cadáveres.

—¿Qué tienen que ver estos cinco infelices con una estrella judía? —se preguntó en voz alta—. Dime, Solongo, ¿son todas iguales?

—Todas iguales, exactamente el mismo símbolo.

—¿Ninguna diferencia?

—Ninguna, salvo que a las mujeres se lo grabaron en el pecho izquierdo.

—En el pecho izquierdo...

—Sí, en el pecho izquierdo. Ésa es la única diferencia con los hombres. ¡Aparte de la cabeza rapada, por supuesto!

—¡Rapadas, por supuesto! ¡Fueron rapadas! ¡Eso es! ¡Fueron rapadas! ¡Ya está, ya lo he entendido! Maldita sea, pero ¡es así! ¡Fueron rapadas!

—¿Puedo entenderlo yo también?

—¡Por supuesto, por supuesto! Tú también lo entenderás —respondió Yeruldelgger al tiempo que salía con paso apresurado de la sala de autopsias, seguido por la forense.

En cuanto llegaron al pasillo, él se puso a correr exhortando a Solongo a que lo acompañara.

—¡Ven y lo entenderás! ¿Tienes tu coche? Yo he dejado el mío en el

departamento. ¡Necesito un coche! Necesito que me acompañes para que lo entiendas. ¡Rápido!

—Yeruldelgger, espera, ¡tengo trabajo! ¿Adónde vamos?

—A la Alianza Francesa, ¡necesito que me acompañes inmediatamente a la Alianza Francesa!

Solongo ya había oído a Yeruldelgger canturrear extrañas cantinelas en francés. Algunas veces, mientras atravesaban la estepa en su todoterreno, él escuchaba durante horas a cantantes de voces y nombres extraños. Aznavour, Gainsbourg, Bashung... Pero ella no sabía que hubiera hecho ningún curso en la Alianza Francesa.

Llegaron allí en un cuarto de hora. Estaba situada casi al final de una línea recta en dirección norte, desde el hospital, no lejos de las grandes yurtas de hormigón decorado del monasterio de Dashchoilin.

Solongo siguió a su amigo, que atravesaba despachos minúsculos como si estuviera en su casa, saludando en francés con soltura y besando a la francesa a las mujeres con las que se cruzaba, y que parecían encantadas de verlo de nuevo. Ellas le permitieron entrar en la biblioteca, una sala pequeña y llena de estantes sobrecargados de libros usados. Yeruldelgger hizo una seña a Solongo para que se acercara hasta la estantería de libros de historia frente a la que él estaba y sacó de ella, sin dudar, un librito bastante nuevo cuyo título tradujo: *Mujeres rapadas*, con el subtítulo «Culpables, enamoradas, víctimas». El libro parecía reciente y estaba firmado por Julie Desmarais.

—Mira. De golpe me he acordado de esto. Después de la guerra, en Francia, cerca de veinte mil mujeres fueron rapadas por haber contemporizado con los alemanes.

—¿Contemporizado?

—Sí, o si lo prefieres, frecuentado, acostado, amado.

—¡Veinte mil! Nunca había oído hablar de eso.

—Qué quieres que te diga —comentó él—, en nuestro mundo suele darse aquello de que «cada quien tiene sus miserias». Según tú, ¿cuántos franceses saben que en los años veinte nuestro Barón Loco hizo escaldar o arrojar a las calderas de las locomotoras a miles de hombres y mujeres? Las guerras son sucias, y las victorias también.

Solongo miraba la cubierta del libro. En ella se veía a mujeres atemorizadas o resignadas, con el cráneo rapado, empujadas por un gentío alegremente cruel. Una de ellas llevaba en el pecho una cruz gamada.

—¿Por qué me muestras estas cosas horribles? —preguntó la forense.

—Porque creo que se trata de lo mismo. Nuestras dos muertas tienen el cráneo rapado por haberse acostado con los chinos.

—Pero ¡nosotros no estamos invadidos por los chinos!

—Cierta sector de la población piensa que sí. Que estamos bajo el dominio económico de los chinos, que se comportan como ocupantes.

—¿Tú piensas eso que dices?

—Yo no, pero hay muchos que están convencidos de ello. Las agresiones a chinos y coreanos se han duplicado desde el año pasado.

Solongo parecía abrumada por lo que oía. La violencia de las turbas y las ideas siempre la había espantado más que la violencia de los individuos. Tras colocar el libro de Julie Desmarais en el estante, recorrió con la mirada otras obras consagradas al mismo período y se detuvo en un libro sobre la deportación de los judíos.

—Mira —le dijo a Yeruldelgger—. Ésta es la estrella judía de la que te hablaba. El escudo de David. ¿Qué dice ahí? —preguntó, señalando con el dedo el pie de foto—. ¿Sabes traducirlo?

Yeruldelgger tomó el libro de sus manos y lo leyó una primera vez en voz baja. Luego se aclaró la voz, con la incomodidad de un estudiante que debe recitar, y fue deslizándolo por encima de cada palabra a medida que las traducía.

—«Octava ordenanza de la comandancia alemana en Francia, 22 de mayo de 1942: “Queda prohibido a los judíos, una vez cumplidos los seis años, aparecer en público sin llevar la estrella judía. La estrella judía tiene seis puntas, las dimensiones de la palma de una mano y los bordes negros. Es de tela amarilla y lleva, en letras negras, la inscripción ‘judío’. Deberá llevarse de manera bien visible en el lado izquierdo del pecho, sólidamente cosida a la vestimenta.”»

—Yeruldelgger, ¡las dos mujeres ahorcadas tenían la estrella grabada en el pecho izquierdo!

—Pero ¡eso no tiene sentido! —respondió—. ¡Es de idiotas denunciar a las mismas personas a la vez por judías y por colaboracionistas! No veo la relación, Solongo, ¡eso no se sostiene!

Ella no respondió de inmediato. Permaneció un instante con la mirada perdida moviendo de forma casi imperceptible la cabeza, como si no quisiera creer aquello que iba a decir.

—Claro que hay una relación, Yeruldelgger, y por desgracia esa relación es la estupidez. Esta barbaridad es obra de necios que lo mezclan todo. La unión de todo eso, los «ocupantes» chinos, las «rapadas» mongolas y la estrella judía, es la ideología nazi. Una especie de cajón de sastre de nazismo a lo mongol. El nacionalismo xenófobo que ha crecido en Ulán Bator. No se trata de un crimen satánico, Yeruldelgger, y casi hubiera preferido que lo fuera. Es un crimen racista y político, y eso, francamente, me da miedo, porque no veo cómo vas a

poder detenerlo.

7

...la familia Perra de Cara Sucia...

Hacía falta mucha ambición y suficiencia para escoger llamarse Águila Azul de Mongolia. Tres generaciones habían vivido sin apellido. El régimen anterior los había abolido para romper la organización en clanes de la sociedad. Antes de dicho régimen, las familias llevaban el apellido del clan al que pertenecían en cada provincia. Los clanes recibían el apellido de una tradición ancestral que nombraba a las familias sin avergonzarse. Estaba la familia Perro Amarillo, la Más Allá del Viento, pero también la familia Ladrones o la Siete Borrachos. El régimen anterior había prohibido todo eso al mismo tiempo que prohibía el alfabeto mongol y el chamanismo. Los nuevos camaradas no habían vuelto a llamarse por sus apellidos hasta 1990, con la caída del régimen. Las familias habían sido autorizadas entonces a recuperar unos apellidos que, en la mayoría de los casos, habían olvidado. Un diputado historiador se encargó de establecer la lista de todos los apellidos antiguos de los clanes, provincia por provincia, y cada cual, en función de su provincia de nacimiento, había tenido derecho a recuperar su antiguo patronímico o a escoger otro. Pero algunos patronímicos, una vez rota la filiación ancestral, no tuvieron quien los adoptara. ¿Quién podría querer pertenecer a la familia Siete Borrachos? ¡Sólo Yeruldelgger escogería reapropiarse del apellido Perra de Cara Sucia!

A los demás, el Gobierno simplemente les propuso inventarse un nuevo patronímico sacado del diccionario. Un herrero se hacía llamar Herrero, un amante de las carreras, Caballo de Terelj, y el primer astronauta mongol escogió llamarse Cosmos.

Cuando tenía veinte años, uno después de haber entrado en la policía, Sukhbataar, cuyo nombre significaba «el Héroe del Hacha», había decidido tomar el apellido Águila Azul de Mongolia. Ya lo había adoptado cuando Yeruldelgger, que llevaba por entonces diez años en la policía, lo vio llegar al departamento, lleno de ambición y certezas. Luego Sukhbataar acertó su nombre a Sukh, que se transformó en Mike a su regreso de una estancia en el cuartel general del FBI, en Estados Unidos. Cómo no, al instante todo el departamento empezó a llamarlo Mickey. Ahora era Mickey Águila Azul de Mongolia, mientras que Yeruldelgger era Regalo de Abundancia de la familia Perra de Cara Sucia...

...ajenos al martirio de la pobre pequeña

—Por cierto, la niña tenía esto bien apretado en su puñito —dijo Solongo, tendiendo la mano a Yeruldelgger.

Lo había acompañado de regreso al Departamento de Policía y había subido con él hasta la puerta de su despacho. Hablaban de pie en el pasillo. A Solongo siempre le costaba separarse de su amigo.

—¿Qué es? —preguntó él, inclinándose para ver lo que la forense sostenía en la palma de la mano, protegido dentro de una bolsita transparente.

—Un diente de dinosaurio en hueso.

—¿Un diente o un hueso?

—Un diente falso tallado en un hueso auténtico.

—¿Un hueso auténtico? ¿Un hueso auténtico de qué?

—Un hueso auténtico de dinosaurio.

Yeruldelgger permaneció unos instantes observando el trozo de hueso minúsculo sobre la palma de Solongo. No le gustaba tocar cosas viejas. Menos aún cosas que tenían sesenta y cinco millones de años de antigüedad. Le daba la sensación de que estaban repletas de miasmas. Solongo lo sabía y se aprovechaba de la situación.

—¿Lo quieres?

—¿Para qué? —soltó él, reculando instintivamente.

—¡Para la investigación! —respondió ella, como si fuera evidente.

—No. Dáselo a Oyun y que lo registre como prueba. ¿Has sacado algo de esa cosa?

—Tierra. Un tipo de tierra fácilmente identificable. Fue desenterrado en el desierto de Gobi, en los Flaming Cliffs. Por el estado del cuerpo de la niña, el caso se remonta a hace aproximadamente cinco años.

—¡Vaya! —exclamó el comisario, como si aquello fuera a complicarle más aún la vida—. Los Flaming Cliffs están a más de quinientos kilómetros de nuestro escenario del crimen. ¡Tendremos que ir a investigar allí! Y aparte de eso, ¿hay algo más?

—Sí —respondió Solongo, ahora con un tono menos jocoso—. El esqueleto de la pequeña está completamente fracturado. Pelvis rota, fémur y peroné también. Costillas, clavícula, hombro, brazo, todo roto y todo del mismo lado, el derecho. Tras observar la dispersión de las líneas de fractura, puedo decir que la niña no cayó. Fue golpeada.

—¿Con qué? ¿Tienes una idea?

—He encontrado dos esquirlas de vidrio grueso incrustadas en el caucho del pedal de la bici. A primera vista, yo diría que son fragmentos de faro. No tengo el material necesario ni acceso al banco de datos para averiguar la marca del vehículo, pero he hecho una copia en molde de las esquirlas y se la he enviado a mi contacto en la BKA, en Alemania. Tenemos una especie de protocolo de colaboración.

—¿Qué es eso de una especie de protocolo? —preguntó Yeruldelgger, inquieto, pues no estaba al corriente de dicho acuerdo.

—Es un amigo mío que trabaja allí. Yo le consigo permisos para hacer *trekking* en los montes Altái o en el Hentiy, y a cambio él me da acceso a sus materiales.

—Deberían nombrarte jefa de la Policía, Solongo. Métete en política y terminarás siendo ministra, ¡si no lo haces tú, acabará haciéndolo ese arribista de Sukhbataar!

La forense no respondió y Yeruldelgger intuyó que todavía tenía algo que decirle. Algo que le rondaba la cabeza.

—¿Qué más?

—No me atrevo a contártelo, te vas a enfadar.

—¡Por favor, Solongo!

—El cuerpo está bastante bien conservado. En cierto modo, como si lo hubieran momificado. He podido examinar parte de lo que queda de las vísceras. Y he encontrado tierra en ellas. La niña ingirió tierra antes de morir. Eso quiere decir que estaba viva cuando la enterraron. Inconsciente, espero, pero viva.

Yeruldelgger volvió a pensar en el descubrimiento del cadáver de la pequeña. En la manera en que se había arrodillado para mirar debajo del pedal, en la tumba irregular que habían descubierto los nómadas. Y en el momento en que vio la manita que salía de la tierra, tendida hacia él. Como una llamada de auxilio, muda y desesperada.

La rabia lo sobrevino de pronto; golpeó violentamente con la palma de la mano la pared del despacho. El ruido y la furia del gesto sobresaltaron a Solongo y a cuantos deambulaban por el pasillo, ajenos al martirio de la pobre pequeña.

9

«Dínoslo», replicó Oyun, ya impaciente

Yeruldelgger atravesó el bar, decorado con estandartes que tenían esvásticas estampadas y con retratos de Hitler. Empujó, sin prestarles atención, a

dos tipos con uniforme negro de la *Waffen Schutzstaffel* y se fue directo hacia el que sabía que era el dueño.

—¡Salud, Adolf! —le espetó.

—*Heil, Hitler!* —respondió el otro, todo sonriente, con un teatral saludo nazi.

Yeruldelgger le propinó una bofetada monumental que resonó en todo el local. El otro se tambaleó antes de perder el equilibrio y retroceder tropezando con las sillas.

—El nuevo Reich va a tener que arreglárselas sin ti durante algún tiempo, ¡*führer* de mis huevos! —dijo burlándose el comisario, mientras esposaba al tipo sin contemplaciones.

La policía llevaba ya varios años vigilando a aquel grupito que reivindicaba abiertamente su condición de nazi. Hacía cinco años, el que se hacía llamar *Adolf el Lobo* había comprado aquel bar en el centro de la ciudad y lo había decorado con los colores del Tercer Reich. A partir de entonces se había convertido en punto de encuentro de una fauna detestable y al mismo tiempo en lugar de visita turística obligada en el nuevo Ulán Bator. Había sido precisamente la reacción indignada de algunos turistas lo que había alertado a las autoridades, así como los artículos críticos que menudeaban en la prensa occidental y de los que daban cuenta cada vez más a menudo los servicios culturales de las embajadas de Mongolia en el extranjero. Pero no había nada en la legislación mongola que prohibiera un lugar semejante. Y a decir verdad, Yeruldelgger, como la mayor parte de los mongoles, no sabía nada de las brutalidades cometidas por los nazis en Europa. De hecho, la primera vez que se había dirigido a la Alianza Francesa había sido para documentarse, con la intención de comprender la violenta indignación de algunos turistas franceses. Lo que había visto y leído allí hacía que el hombre al que arrestaba ahora sin miramientos le provocara náuseas.

—¿Cómo podemos ignorar el holocausto de seis millones de judíos? —se había preguntado entonces, indignado.

—Porque no es nuestra historia —le había respondido Solongo con tristeza.

—Seis millones de muertos, ¿cómo no va a ser eso también parte de nuestra historia?

—Nuestra historia, la nuestra, está más cercana a los ochenta millones de muertos de Stalin y a los cientos de millones de muertos de Mao y de otros. La historia de los judíos no es la nuestra. ¡Su guerra tampoco era la nuestra!

—Pero ¡son seis millones de personas asesinadas!

—Lo sé —había respondido Solongo—. Soy consciente de ello, y no lo justifico. Sólo digo que si no sabemos nada de eso es porque no es nuestra

historia. En esa misma época, en la nuestra estaban masacrando monjes, destruyendo templos, prohibiendo nuestra lengua. ¿Cuántos europeos saben eso, Yeruldelgger? Y no hay que enfadarse con ellos, porque ésa tampoco es su historia.

El comisario aceptó con reticencia los argumentos de Solongo, aunque le costaba convencerse de que seis millones de muertos no fueran un problema de todos. Su amiga, con lágrimas en los ojos, había continuado explicándole que ahora la historia de los judíos era la de su relación con Palestina y que, para ellos, los tres millones de muertos de los jemeres rojos en Camboya y el millón de tutsis masacrados en Ruanda en esa época tampoco habían formado parte de su historia.

Yeruldelgger sentía escalofríos cada vez que pensaba en este mundo egoísta y cínico. A pesar de los argumentos de Solongo, no había podido desentenderse de aquel grupo neonazi y enseguida descubrió que era una banda de jóvenes ignorantes e incultos, más nacionalistas que fascistas, para quienes Hitler era un héroe exótico un poco brutal, igual que Gengis Kan para Occidente, pero que había dado grandeza y orgullo a su pueblo. Adolf *el Lobo* no veía en Hitler al genocida, de igual modo que los occidentales no veían en Gengis Kan al hombre del millón de muertos durante el asedio de Bagdad. Ni al tirano en honor del cual se había dado muerte a todos los seres vivos con los que se cruzaron a lo largo de los cientos de kilómetros que separaban el lugar en el que había fallecido, durante el asedio de Ning Hia, y aquel donde estaba su sepultura, ¡con el pretexto de que se sentirían felices y orgullosos de servirlo en el más allá! Ni al que había hecho destruir dos mil mezquitas en Persia y en Irak, con sus miles de libros y pergaminos de valor inestimable. Aquellos tarados neonazis a lo mongol ni siquiera eran capaces de situar Alemania en el mapa y creían a pies juntillas que Hitler había construido un Reich de mil años que sobrevivía a través del éxito económico de la actual Alemania.

Yeruldelgger había empezado a preocuparse por aquel grupo al detectar que, cada vez con más frecuencia, bandas de todo tipo se desplazaban desde Europa, o desde las nuevas repúblicas rusas, con el único objetivo de reunirse con él. Había comunicado su inquietud a sus jefes, sin éxito. Mongolia estaba descubriendo el turismo como segunda fuente de ingresos, después de la extracción de minerales, y de ningún modo quería empañar la imagen del país. La posición oficiosa de la jerarquía era que aquellas fanfarronadas no molestaban más que a unos pocos extranjeros y que esos grupos no hacían nada ilegal. Podían, pues, ser toleradas, siempre que no dieran pie a infracciones o delitos recogidos en las leyes mongolas. Yeruldelgger había recibido incluso la consigna por parte Mickey Águila Azul de no investigarlos. Según éste, una

presencia policial ostensible podría ser vista como discriminatoria y provocadora, con lo que podía causar el efecto contrario de empujar al grupo hacia la radicalización.

Sin embargo, Yeruldelgger se encontraba ahora con dos chinos emasculados, otro sodomizado y dos mujeres mongolas rapadas. Todos muertos y con estrellas de David grabadas en sus cuerpos. Suponía que esta vez sus jefes iban a tener que autorizarlo a investigar a aquella partida de imbéciles que se hacían llamar los Lobos Azules. Así que había organizado la redada en el bar dando por sentado que contaría con la aprobación de sus superiores.

Yeruldelgger pidió a Oyun que condujera a Adolf a la sala de interrogatorios y comenzara a trabajarlo sin decirle el motivo de su arresto. De hecho, no tenían nada contra él. Nada que lo vinculara ni de cerca ni de lejos con el asesinato de los chinos y de las dos mujeres, aparte de su pertenencia declarada a un grupo nazi y las estrellas de David grabadas en los cuerpos de las víctimas. Eso estaba lejos de ser la relación directa que exigía la ley. En aquel asunto, Yeruldelgger no hacía más que fiarse de su convicción de que se trataba de un crimen racista y de su ira contra un grupo de tarados del que lo habían mantenido apartado demasiado tiempo. Adolf era la mejor opción para dar una buena patada al hormiguero de los seguidores del Reich. Y a fin de cuentas, aquel tipo, que se tenía a sí mismo por un *führer*, era lo bastante idiota como para acabar confesando algo que les permitiera ponerlo a recaudo el tiempo necesario para profundizar en la investigación.

Oyun se encargó del interrogatorio junto con Chuluum. Adolf se mostró enseguida fanfarrón y arrogante, pero lo que instintivamente inquietaba a la joven era la confianza que vislumbraba detrás de sus fanfarronadas. Aquel tipo no tenía miedo. Al principio pensó que no tenía miedo de ella, en tanto que mujer policía. Mostrarse siempre como unos cretinos y machistas rematados formaba parte de la psicología de aquellos nacionalistas. Pero, a fuerza de preguntas y respuestas, Oyun comprendió que lo que no temía era la situación en que estaba. Aquel tipo no sentía miedo por haber sido arrestado violentamente, en público y sin motivo, por la pasma. Cuando uno es inocente, protesta. Él no. Incluso parecía divertirse, y Oyun conocía esa clase de comportamiento. O bien era el de los imbéciles integrales, o bien el de los culpables que fingen para ganar tiempo, o bien el de aquellos que se saben intocables.

—¿Estoy aquí por la paliza? —preguntó de pronto Adolf, sorprendiéndolos.

—Sí —respondió la inspectora, con oportunismo y todo el aplomo que pudo.

—¿Cuál de ellas? —dijo Adolf con sorna.

—¡Ya sabes cuál! —mintió Oyun.

—¡Ah, ésa! ¿El coreano de la otra noche? Se lo había buscado.

—¿Cómo que se lo había buscado?

—Escucha, ese guiri entró en mi bar para preguntar por una dirección. ¿No es eso provocar?

—¿Te parece motivo suficiente para apalearlo? —fingió indignarse Oyun, que seguía sin saber de qué riña se trataba.

—¡Ser coreano es el motivo suficiente! —espetó Adolf con un tono que no admitía respuesta.

—¿Y chinos? ¿Has apaleado a chinos? —aventuró ella.

—¿Chinos?, todas las noches apaleamos basura de ésa.

—¿Por qué?

—Porque son chinos, porque son invasores, porque nos roban la riqueza y pervierten nuestras tradiciones y porque son comunistas, como los del viejo régimen. ¿Os valen como razones? ¿O queréis más?

—Y anteayer por la noche, ¿apaleaste a algún chino?

—Anteayer... anteayer... ¿qué hice yo anteayer?

Adolf dudó, fingió que reflexionaba.

—Ah, no, anteayer no. Anteayer estuve tirándome a una tía.

—¿Ah, sí? ¿Hay chicas a las que les interesas?

—¡Y de qué manera! —presumió el fascistón.

—Me pregunto por qué —se burló Oyun.

—¡Bájate los pantalones y entenderás por qué!

La mano de Chuluum abofeteó el rostro de Adolf con un revés violento. El tipo se tambaleó sobre la silla y se agarró a la mesa para no caer.

—Sé educado con la inspectora y responde a sus preguntas. Por cada insolencia te llevarás una. ¿Entendido?

—Ella es la que quería saber... —fanfarroneó el fascista.

Se esperaba la misma bofetada, pero Chuluum le dio con la otra mano. Esta vez Adolf cayó de la silla y el inspector vio en sus ojos lo que buscaba: mucha sorpresa y un poco de miedo. Para Chuluum, su tranquilidad ante la situación también era molesta, pero la fuerza del tipo llegaba hasta ahí. Físicamente, aquel estúpido tenía miedo. Tenía miedo a los golpes. Y si salía a dar de palos, como le gustaba decir, seguro que no se ponía en primera línea. Era más bien de los que dan órdenes, dejan a los otros golpear y rematan a las víctimas en el suelo. Chuluum sabía cuál era el punto flaco del pelele que tenía enfrente. Oyun también, y reanudó el interrogatorio.

—Así que anteayer estabas con una chica.

—¡Sí! —ladró Adolf.

—¡Sí, señora inspectora! —corrigió Chuluum, al tiempo que levantaba una

mano bien abierta.

—Sí, señora inspectora —respondió el otro, conteniéndose la rabia.

—Y supongo que ella, esa apasionada de los héroes románticos, tendrá un nombre.

—¡Sí, señora inspectora! —respondió Adolf, con un punto de autocomplacencia en la voz.

—¡No te hagas el tonto y dínoslo! —ordenó Chuluum, alzando la mano de nuevo como amenaza.

—¡Quiero que deje de golpearme! —exigió Adolf, volviéndose hacia Oyun.

La palma abierta de Chuluum lo golpeó en toda la frente, el joven cayó hacia atrás con la silla.

—¡Demasiado tarde! —le espetó el policía mientras volvía a su lugar y miraba cómo se enderezaba—. Y ahora dale el nombre a la señora inspectora. ¡Y hazlo con educación, por favor!

—¡Eh, esto no estaba previsto! —gruñó Adolf, levantándose.

—¡Cállate y responde a la pregunta! —gritó Chuluum, que le soltó otra bofetada.

—¡Esto no estaba previsto! —repitió Adolf.

—¡Cállate! —gritó Chuluum, abofeteándolo de nuevo.

—¿Qué es lo que no estaba previsto? —preguntó su colega, inquieta por la violencia que estaba adquiriendo la situación.

—¡Qué importa! —dijo Chuluum, y volvió a golpear a Adolf—. Lo que quiero que nos diga es el nombre de esa chica, ¡si es que existe realmente!

—Dínoslo —replicó Oyun, ya impaciente.

10

«¡Es Saraa!»

Yeruldelgger examinaba las fotos del escenario del crimen de la niña en la pantalla de su iPhone. Oyun entró sin llamar.

—¿Qué? ¿Ha dicho algo?

—Se le han escapado cosas que nos pueden permitir retenerlo un rato, pero, por lo que se refiere a los chinos de la fábrica y a las mujeres del mercado, tiene una coartada.

—¿Ah, sí? ¿Una velada donde los Goering?

—¿Dónde? ¿Quién? —preguntó Oyun, sorprendida.

—¡Olvidalo! ¿Cuál es esa coartada?

—Una chica. Parece que pasó la noche con ella.

—¿Una chica? ¡Y hablas de coartada! Id a buscarla y que Chuluum la sacuda un poco para verificarlo.

—Escucha, Yeruldelgger, yo preferiría... preferiría que fueras tú mismo.

El comisario levantó la cabeza, pero ella evitó su mirada. Yeruldelgger nunca había visto una evasiva semejante de su parte.

—¿Qué significa eso, Oyun?

—No te enfades conmigo, Yerul. Es por la chica...

—¿Cómo, por la chica? ¿Qué pasa con ella?

—Pasa que es tu hija. ¡Es Saraa!

11

A la manera de él

—Eh, tú, ¿así que te escondes? ¡No tienes cojones! Te refugias ahí detrás. ¿Crees que no sé que estás ahí? ¡Como un policía mirón! ¿Qué, te repugna lo que ves? ¡Reconoce que te repugna!

Saraa daba vueltas en la sala de interrogatorios. Iba vestida de cuero negro, medio gótica, medio motorista, con aretes en los labios violeta y en las cejas, completamente depiladas. Sus ojos estaban oscurecidos con carboncillo, y su cabello negro, cortado a tijera, estaba fijado con gel en un peinado puntiagudo. Llevaba prendido de la camiseta negra el pin mítico de los Stones, el de la lengua fuera, de *Sticky Fingers*. Estaba horrible e iracunda, y parecía contenta de estarlo. Una ira grosera, una ira auténtica que intentaba controlar pero que la desbordaba cada vez que recordaba a quién se dirigía. En cada invectiva, apuntaba con el dedo al espejo, que bien sabía que no tenía azogue, y se forzaba a sonreír con crueldad, aunque sus ojos brillasen tanto por la cocaína como por las lágrimas y el odio.

—¡Eso te corroe, ¿eh?! ¡Que la sangre de tu sangre joda con un matón! ¡Eso te corroe! Pero al menos él jode, está vivo, es un tío, uno de verdad. ¡Él no se esconde detrás de una insignia y de una pistola para pegar! Así que sí, la niñita de papá hace que se la tiren él y toda su banda y todavía pide más. Porque ya no soy tu hija, soy su mujer, ¡que te den por culo! ¿Te acuerdas de lo que es una mujer, viejo maricón? Mira —dijo, desgarrando de pronto su camiseta con un gesto rabioso y provocador—, si todavía te queda un par de algo en algún lugar, esto debería ponértela dura, ¿no? ¡Tetas auténticas de mujer!

Y pegándose contra el espejo, aplastó en él sus pechos mientras buscaba los ojos de Yeruldelgger en el reflejo de su imagen.

—¿Te acuerdas de lo que son unas tetas de verdad? Espera, ¿y un coñito, te

acuerdas de lo que es un coñito?

En la antecámara de la sala de interrogatorios, detrás del espejo, hundido en la oscuridad, Yeruldelgger estaba paralizado. Sus ojos no se apartaban un instante de los de Saraa, no quería ver nada más. Sin embargo, Solongo, de pie a su lado, adivinaba la tensión en todo su cuerpo. Era granito a punto de estallar bajo el hielo. Podría morir en silencio en un segundo. Desmoronarse en un montón de guijarros de aristas cortantes. Porque sabía que él sólo significaba eso para su hija. Un montón de guijarros. Y los guijarros no lloran. Pero ¡Solongo sí! Le había puesto una mano sobre el hombro a Yeruldelgger. Sabía todo el amor que él guardaba dentro y todo el odio que brotaba de Saraa, y se preguntaba cuánto tiempo haría falta para que aquél saliera y éste se secase. Oyun también estaba allí, sin decir nada y observándolo todo.

Cuando Solongo vio que Saraa se bajaba los pantalones y se rompía las bragas para arquearse como un muchacho que mea y plantarles su sexo en la cara, se precipitó fuera de la antecámara y entró en la sala de interrogatorios.

—Saraa, te lo ruego, te lo ruego —suplicó Solongo mientras se acercaba a la muchacha.

La chica apenas la miró. Sólo le apuntó con el dedo índice, un gesto que suponía una amenaza inequívoca para detenerla, y se volvió de inmediato hacia el espejo.

—Así que no tienes siquiera huevos para venir, ¿eh? ¡Envías a tu puta! Dime, ¿cómo te lo hace? —preguntó, dirigiéndose de pronto a Solongo—. ¿Te mete su cacharro viejo entre las piernas a toda prisa, de pie, contra los armarios de los vestuarios? ¿Es así? ¿O te la mete por el culo a caballo sobre la fotocopidora en marcha?

Se volvió de nuevo hacia el espejo.

—Eh, ¿no tienes ganas de tirarte por una vez a una jovencita, en lugar de comerte a la vieja? ¡Venga, ven! Mira, ¡te espero! ¡Ven a joderme si te atreves, que te estoy esperando! ¡Te estoy esperando!

Sin embargo, Yeruldelgger ya no estaba detrás del espejo. Había entrado en la sala y estaba detrás de su hija. Cuando ésta vio su reflejo, se dio media vuelta y la bofetada de su padre la envió hasta un rincón, donde se desplomó como un títere. Ahora sí, las lágrimas cubrían la mirada del comisario, pero de todos modos pudo percibir algo en la de Saraa. El signo fugaz de un miedo confuso. Miedo a la cólera y la violencia de él, por supuesto, pero también, y sobre todo, miedo a sus propias palabras.

Solongo se precipitó a atender a la adolescente, que estaba semiinconsciente, y Oyun se interpuso entre su jefe y Saraa. Aunque en el fondo sabía que él no golpearía por segunda vez. Yeruldelgger no había golpeado a su

hija por enfado o por venganza, sino para proteger a las dos personas que amaba: a la propia Saraa y a Solongo. Oyun ya había sentido eso antes, en operaciones difíciles, las veces en que Yeruldelgger había usado sus puños al verla a ella en peligro. Y por eso le quedaba, en lo más profundo de su ser, la feliz sensación de ser amada también. A su manera. A la manera de él.

12

«¡Lo adoro!»

Mickey lo había convocado en cuanto se había enterado del incidente. Yeruldelgger empujó la puerta de su despacho mucho más tarde y entró sin llamar, interrumpiendo el dictado de un comunicado oficial y expulsando a una secretaria, a la vez coqueta y temerosa, que se largó de la habitación con reverencias asustadas. Yeruldelgger se dijo que todo el departamento debía de estar ya al corriente. Declinó la invitación a sentarse y permaneció de pie delante del escritorio de su superior, por el que no sentía mucho respeto.

—No merece la pena que me sienta, sé lo que vas a decirme.

Mickey había decorado las paredes con recuerdos halagadores de su vida, a la americana. Diplomas enmarcados y una pared entera de fotos de él con otros polis, él con futuros ministros, él con los ministros actuales, él en una entrega de medallas, él en todoterreno con una banda de coreanos con cascos, él de caza con un oso como trofeo, él de prácticas en el FBI de Quantico, él de prácticas en Moscú, él de viaje en Disneyworld en Florida, él por todos lados y siempre...

—No se pega a los sospechosos —dijo Mickey—. Menos aún a los testigos.

—¿Y tú me dices eso?

—No te hagas el tonto, Yeruldelgger. ¿No te cansas de pasarte la vida en el filo de la navaja? ¿Cuántas veces has estado a punto de llevarte una amonestación?

—No las he contado —respondió el comisario manteniendo la calma—. Para eso estás tú...

—Ya son cuatro —le recordó Mickey—. Y no se van a quedar en ésas. ¿Por qué la has golpeado?

—¡Tú no has oído lo que ha dicho!

—Eso no te da derecho a golpearla. Es una testigo.

—Es mi hija —corrigió Yeruldelgger.

—Aquí es una testigo. Si quieres considerarla tu hija, deja el caso.

—Tú eres quien decide.

—¿Con qué otra cosa estás en este momento?

—Con el cuerpo de la niña del enterramiento irregular en el Hentiy, entre Jargalkhaan y Delgerkhaan, al sur del río.

—¿Un enterramiento antiguo? ¿Otra historia de recuperación estúpida de ritos tradicionales?

—No, un crimen. O mejor dicho, un accidente.

—¿Por qué?

—Porque la niña tenía el esqueleto machacado y fue enterrada con su triciclo.

—¿Un triciclo?

Mickey se había levantado. Dio la vuelta a su escritorio, fue hacia Yeruldelgger y lo tomó del brazo para acercarse a un mapa del país que ocupaba toda una pared.

—Un triciclo, ¡menuda historia! ¿Dónde dices que ocurrió eso?

Yeruldelgger señaló el lugar en el que los nómadas habían encontrado el cuerpo roto de la pequeña.

—¡Ajá! —soltó Mickey—. ¡Eso está muy lejos de Bator! Te pasaste dos o tres horas dando tumbos hasta llegar allí, ¿no? Escucha, olvida ese asunto, voy a dárselo a Chuluum. Tiene el culo más pelado que tú —dijo, tratando de bromear—. Sigue con el caso de los chinos, pero no interrogues a tu hija, ¿entendido?

Y piensa en tomarte algunos días de descanso, ¿de acuerdo?

Lo acompañó hasta la puerta, guiándolo con la palma de la mano sobre la espalda, lo que era una manera casi elegante de echarlo del despacho.

—Lo siento de verdad por Saraa —dejó caer mientras cerraba la puerta—. ¡Cuídate!

Yeruldelgger se encontró en el pasillo.

«Mickey, ¡qué nombre tan ridículo!», pensó.

Un poco más adelante se cruzó con Oyun, que salía de la sala de interrogatorios.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—¡Tú primero!

—Lo ha confirmado, pero no ha dicho nada más.

—Yo he perdido el caso de la niña...

—¿Cómo?

—Mickey me lo ha quitado. Se lo va a pasar a Chuluum. Prefiere que me concentre en los chinos, pero no puedo interrogar a Saraa.

—¿Y qué vas a hacer?

—El alma de la pequeña está bajo mi custodia. El abuelo me la confió y así funcionan las cosas entre nosotros. No voy a devolverla a la tumba y a echarle

tierra encima. Me las arreglaré.

—¿Y...? —preguntó Oyun, que lo conocía demasiado bien.

—Voy a interrogar a Saraa.

Oyun le dio un puñetazo fuerte en el hombro, pero él no se inmutó.

—¡Adoro trabajar contigo! —dijo ella mientras lo seguía rumbo a la sala de interrogatorios—. ¡Lo adoro!

13

«Ya puestos, ¿por qué no Bambi!»

En su despacho, Mickey se concentró un buen rato antes de llamar al inspector Chuluum. Rara vez telefoneaba personalmente. Dar órdenes a una secretaria era uno de los placeres de su puesto. También marcaba su posición. Así mantenía cierta distancia con los hombres de su equipo que trabajaban sobre el terreno. Él ya no era uno de ellos. Eran ellos los que le pertenecían. Y él, de un tiempo a esta parte, pertenecía a la clase de los que mandaban. Debía mirar hacia arriba. Hacia lo más alto. Después de todo, había escogido ser un águila, ¿no?

Chuluum era un inspector joven que veía demasiadas series norteamericanas, sin duda a causa de su atractivo rostro, que le permitía identificarse con sus héroes. Se parecía un poco a Andy Lau de joven y no le faltaba prestancia con sus trajes cruzados azul marino. Mickey se había sentido instintivamente celoso de Chuluum cuando éste se integró en el equipo, pero no representaba ningún peligro para su carrera. No tenía la ambición de un ganador, como él. Al limitar sus movimientos, poniéndolo a las órdenes de Yeruldelgger, Mickey había neutralizado con rapidez sus pretensiones y canalizado su resentimiento contra aquel dinosaurio huraño que, él sí, podría haber entorpecido sus proyectos. Pero había sabido dejar que Yeruldelgger se empantanase en varios casos siniestros y en una vida privada caótica. De hecho, Mickey no había tenido que hacer nada. El viejo poli se había desmoronado solo después de la muerte de su hija pequeña. Desde hacía cinco años, cuando le confiaron el puesto que debería haber recaído sobre Yeruldelgger, el capitán se regodeaba viendo cómo el comisario chapoteaba en su vida deshecha, intentando permanecer a flote.

A día de hoy todo estaba en orden, sus ambiciones en regla y el departamento bajo control. Salvo Yeruldelgger, por supuesto, a quien siempre tenía que llamar en persona porque nunca respondía a las convocatorias de la secretaria y desembarcaba en su despacho en cualquier momento sin llamar a la

puerta ni hacerse anunciar. Pero todo eso no inquietaba a Mickey. Yeruldelgger no era más que un dinosaurio en vías de extinción que iba a ser arrastrado por su propia decadencia. Un día encontrarían su esqueleto en el barro, igual que se encontraban velocirraptores en las tierras rojas de Flaming Cliffs.

Mickey había autorizado a Chuluum a entrar en su despacho con un simple gesto, sin mirarlo. Pero aún no le había dirigido la palabra. Fingía estar absorto en la lectura de un expediente que Chuluum sabía insignificante. Todos estaban al corriente de que eso formaba parte del juego. El inspector permaneció de pie durante unos minutos que se le hicieron muy largos, a una distancia respetuosa del escritorio, con las manos en la espalda. Al fin Mickey cerró el expediente con brusquedad.

—Chuluum, he recuperado el expediente de la niña en el que trabajaba Yeruldelgger.

—Tú eres el jefe...

—Yeruldelgger ya no está al mando del caso. Tú te harás cargo de la investigación por mí.

—¡Como quieras!

—Eres el único que trabajará en él, y lo harás para mí, ¿entendido?

—Entendido.

—Quiero que me entregues un informe cada tarde. Yo tomo las decisiones y tú las ejecutas. Eso es todo.

Mickey retomó la lectura del expediente y de nuevo se quedó absorto. El inspector Chuluum comprendió que la reunión había terminado. Saludó al capitán, que no le respondió, y se dirigió a la puerta.

—¡Chuluum!

—¿Sí?

—Este caso no tiene especial importancia, no te equivoques. Te estoy probando a ti. Así que no me decepciones.

—¡No hay problema! —repuso el inspector mientras salía del despacho.

«Mickey, ¡qué nombre tan ridículo! —pensó al tiempo que miraba al techo con hastío—. Ya puestos, ¡por qué no Bambi!»

14

«¡Vamos, retiraos los dos!»

—Escucha, Saraa, no voy a pedirte perdón por lo que hice y tampoco te pido que lo hagas tú. Ahora lo que necesito es que me confirmes algunas cosas para la investigación.

Saraa estaba acurrucada en una silla, envuelta en la manta con la que Oyun la había tapado mientras estaba inconsciente y desnuda en el suelo en un rincón de la sala. Con los brazos cruzados se apretaba las piernas recogidas, las rodillas bajo el mentón, la mirada sombría y clavada en la de su padre. Sin decir palabra.

—¿Realmente estabas con ese tipo, aquella noche?

—...

—¿De qué hora a qué hora estuviste?

—...

—Estamos hablando de homicidios, Saraa. ¡Cinco! ¡Cinco asesinatos!

—...

—Homicidios, torturas y actos de barbarie. Eso sobrepasa nuestras rencillas familiares, ¿no crees?

—...

—Puede que estuvieras con él, y entonces ésa es tu historia. Pero si no lo estabas, la historia puede ser otra para ti. Podrías hundirte por mucho tiempo, Saraa, por muchísimo tiempo.

—...

—Escucha, Saraa, si crees que actuando de esta manera me haces daño, te equivocas. La única que va a sufrir en este caso serás tú. A mí me habéis hecho sufrir ya tanto entre todos que no me queda más dolor dentro, ¿puedes entender eso? No me queda nada. Sé que lo intentas, pero nunca podrás hacerme sufrir más de lo que ya he sufrido. No merece la pena que te impongas eso. Dime tan sólo dónde estabas aquella noche.

—...

Yeruldelgger suspiró profundamente. Luego puso en la mesa de interrogatorio un libro que había tomado prestado de la Alianza Francesa cuando fue con Solongo a consultar sus archivos. Lo abrió por una doble página. En ella se veían montones de cuerpos descarnados, apilados en los patios del campo de concentración de Dachau, en Alemania, durante el régimen nazi. El comisario pasó las páginas sin apartar la mirada de Saraa. En otra foto se veían los mismos cuerpos esqueléticos y desnudos bajo la nieve, fantasmagóricos, sin ningún sentido del pudor, haciendo fila de camino a las cámaras de gas. Y otras fotos más, en las que no se sabía si se mostraban muertos o supervivientes. En cada página, Yeruldelgger recitaba de memoria el pie de foto. Saraa intentó fijar la mirada obstinadamente en el techo, pero la letanía de su padre acabó por hacerle bajar la vista hasta el libro. Aunque no exteriorizaba ninguna emoción, Saraa no podía dejar de mirar las imágenes.

—Ese tipo patético con el que te acuestas, o con el que dices que te acuestas para protegerlo, se viste con el uniforme del hombre que concibió, ordenó y

organizó todo esto, Saraa. Ese dictador loco al que él admira tanto y al que reivindica hasta el punto de tomar su nombre, no sólo hundió al mundo en una guerra que causó sesenta y cinco millones de muertos, sino que, además, decidió, por puro odio, el exterminio de seis millones de seres humanos, hombres, mujeres, ancianos y niños. Son ellos los que ves en estas fotos.

A continuación, extendió encima de la última foto del campo de Dachau las imágenes de los dos escenarios del crimen, la de los tres chinos y la de las dos mujeres rapadas y ahorcadas.

—En estos momentos, el que se supone tu amante ¿es sospechoso de haber participado en esto! Así que ya ves, Saraa, que me digas que te has acostado con semejante tipo, o peor todavía, que pretendas haberlo hecho sólo para que se libre de mí, eso, viniendo de mi propia hija, debería romperme el corazón. Pero, ya te lo he dicho, no cabe más dolor en mis entrañas. Llevo muerto por dentro mucho tiempo. Nadie más puede herirme, ni siquiera tú, mi ángel.

Con gesto fatigado recogió el libro y las fotos, luego se levantó. Por primera vez, la muchacha siguió su movimiento hacia la puerta, con los ojos en sus talones, sin atreverse a mirarlo abiertamente. Una vez allí, Yeruldelgger se detuvo antes de abrir.

—Puedes guardar silencio, Saraa, no necesito tus respuestas. Ya vendrán con la investigación, y tú te quedarás a solas con tu odio, y yo me quedaré a solas con mis fantasmas. Puedes irte a donde quieras, eres libre. Él se queda aquí. En todo caso, esta noche no te acostarás con él. Ni de verdad ni en sueños.

Salió de la sala de interrogatorios sin querer ver las lágrimas que brillaban en los ojos de su hija. Y durante mucho tiempo se preguntó si aquel día ella había visto las que brillaban en los suyos.

Un poco más tarde, Yeruldelgger pidió a Oyun y a Chuluum que se reunieran con él para evaluar en qué punto estaba el caso. Les anunció que iba a hacer que soltaran a Saraa y que habría que liberar a Adolf al día siguiente por la mañana, puesto que la muchacha confirmaba su coartada. Les pidió que organizaran un seguimiento discreto durante las siguientes veinticuatro horas para ver con quiénes contactaban ambos al salir. Oyun aceptó seguir a Saraa y Chuluum se hizo de rogar para seguir a Adolf.

—Mickey me ha confiado el caso de la niña del triciclo —se quejó el inspector—. No puedo permitirme perder el tiempo en vigilancias inútiles. No hay nada contra ese tipo, ni una prueba, sólo tu intuición, Yeruldelgger, y eso porque hablas un poco de francés, Adolf es nazi y dos chicas han sido rapadas. ¡Sólo te falta seguirlo tú mismo!

—¿Qué pasa con la niña del triciclo? —lo cortó Oyun—. ¿Qué significa eso?

—Significa que Mickey le ha quitado el caso a Yeruldelgger para confiármelo a mí. ¿Eso te supone algún problema?

—¡Pues claro que me lo supone! El caso es suyo. Es él quien se ha tragado doscientos kilómetros de baches. Es él quien ha recogido todas las pistas y todos los testimonios. Tú ni siquiera conoces el escenario del crimen. ¡Hasta dudo de que hayas salido alguna vez de Ulán Bator, con tus bonitos trajes de engréido! —estalló Oyun.

—¡Iré a ver el escenario del crimen, y con las pruebas sé muy bien qué hacer! —replicó Chuluum.

—¿Ah, sí? ¿Vas a contaminar el escenario como hiciste en el de los chinos? ¿Te vas a olvidar las pruebas en el lugar, como hiciste con el mechón de pelo de mujer? Por suerte lo vio él; él, si no, ¡tal vez habríamos perdido el medio para establecer el vínculo material entre los dos crímenes!

—¡Ya está bien, vamos a dejarnos de estupideces! —la cortó Yeruldelgger—. Tú, Oyun, ocúpate de Saraa. Y tú, Chuluum, lo que te he dicho, sigue al nazi. Si quieres investigar el caso de la niña, haz como todo el mundo: mete horas extras. ¡Vamos, retiraos los dos!

15

...le enrojeció los ojos y le calentó el cerebro

No había nada de apariencia más postsoviética que el viejo Cube Nissan verde grisáceo, modelo 2004, de Oyun. Resultaba increíble que los ingenieros japoneses, famosos en el mundo entero por el arte con el que copiaban, hubieran reproducido en un solo diseño todas las incongruencias de los utilitarios rusos de la guerra fría. El resultado era un vehículo de cuatro puertas con forma de caja y sin alma. De frente, tenía la terrorífica neutralidad de un vulgar coche de la Stasi de la antigua RDA, y por detrás, la brutalidad ciega de un furgón militar de cualquier dictadura bananera. El Picachu de gomaespuma que colgaba del retrovisor no podía hacer mucho, era el coche de una poli. No había día que Oyun no se preguntara cómo había podido escoger semejante modelo. Ahora sólo le quedaba esperar a que se pasara de moda un poco más y se convirtiera al fin en *vintage*, a la manera occidental, como las viejas furgonetas UAZ.

Cuando vio a Saraa salir del edificio de la policía y atravesar el aparcamiento para dirigirse a la avenida, Oyun hizo como si buscara algo en la guantera para no cruzarse con su mirada. Allí encontró, despertando su glotonería, los restos de un paquete de bizcochos de leche agria que había comprado una semana antes a una pobre mujer en la explanada del Circo

Nacional. Dejó que la joven recorriera la acera a lo largo del edificio del Tribunal Supremo, mientras ella rebuscaba con la mano en el paquete, antes de contar hasta tres y arrancar para seguirla. La ventaja de Ulán Bator es que la circulación es tan anárquica que seguir a un peatón a distancia, en ralentí, no modifica el estado de furia del resto de los conductores. No había ningún riesgo de que Saraa se diera la vuelta atraída por las protestas coléricas. Oyun circuló hasta el nuevo edificio de cristal y acero del UB Bank, que conservaba la antigua puerta tradicional de madera, y giró hacia el sur para seguir en dirección a Peace Avenue. La adolescente marchaba con un paso tan violento y sombrío que ahuyentaba la mirada de los transeúntes. Sólo los ancianos la miraban, desconcertados, y después de cruzarse con ella se daban la vuelta para observarla negando con la cabeza. Saraa representaba para ellos ese mundo que emergía y a la vez se desmoronaba a su alrededor, edificios y almas en un mismo caos.

Un poco antes de llegar a la avenida, a la altura del Flower Center, que ni estaba céntrico ni florido, sino triste como una terminal de autobuses rusos, Oyun la vio echar a correr para subirse en marcha a un autobús azul. Se metió el bizcocho en la boca mientras maldecía y llenaba de migas el parabrisas y el salpicadero, y luego redujo para meter la marcha y seguirla, ahora en dirección este. Durante casi dos kilómetros, Oyun tuvo que hacer malabarismos con las marchas y el volante para mantener el contacto visual, mientras se atragantaba a cada poco con las migas secas del bizcocho. Pero Saraa, como todos los espíritus jóvenes y rebeldes, se había dejado caer en el asiento trasero del autobús y Oyun podía vislumbrar su espalda desde su Nissan. No tardó en ver que respondía a una llamada y que se había levantado, preparada para bajar. Lo hizo en la parada del número 25 de Ermiin San. Oyun aparcó de mala manera, subida al bordillo, porque no parecía que Saraa fuera a ir más lejos. Se había sentado en los escalones de hormigón de la entrada de una tienda y no se movió de ahí, con su mirada amenazadora clavada en el cemento resquebrajado de la acera.

Por suerte, ésta era lo bastante ancha como para que Oyun pudiera esperar sin hacerse notar. Se recostó en el asiento, se limpió la camiseta de migas de bizcocho agrio y se dispuso a vigilar a la adolescente. La vio responder a otra llamada y adivinó por los movimientos de su cabeza que decía con impaciencia que ya estaba allí, que estaba esperando. Luego se volvió bruscamente en dirección a Oyun, que no tuvo tiempo de agacharse. Pero Saraa no la miraba. Escrutaba la avenida, más allá del Cube, y la policía comprendió que aquel o aquella o aquellos a los que esperaba le habían anunciado su llegada por ese lado.

Algunos minutos más tarde, distinguió a dos hombres en el retrovisor. Saludaron brevemente a Saraa, pero ésta no les respondió. Oyun no los conocía.

Dos gamberros de poca monta, por la pinta, que sobrepasaron el Cube sin prestarle atención. Dos fulanos que se las daban de tipos duros, concluyó la policía. El más alto llevaba una bolsa Adidas que Saraa pidió e inspeccionó con mal gesto. Oyun la vio sacar dos botellas de vodka, que se guardó de inmediato, y después hacer un ademán con los hombros para indicar a los dos tipos que con eso bastaba. Luego los tres se fueron en silencio por una calle, a la derecha, que subía hacia el norte.

Era un barrio triste, con bloques enormes de edificios altos y rectangulares, rodeados de terrenos baldíos y zonas de estacionamiento. Oyun conocía un poco el lugar. Más arriba, a la izquierda, a ochocientos metros de allí, un poli de aduanas que la cortejaba la había invitado dos o tres veces al Altai Mongolian Barbecue. Y luego, más arriba aún, a la derecha, estaba el Mass Night-Club, donde había intervenido en una pelea con coreanos. Era un barrio malo. Justo después del Mass Night-Club, se extendían, a lo largo de distritos enteros, las zonas desfavorecidas de las yurtas del norte. Y como frontera del océano inmóvil de yurtas varadas en la ciudad, se alzaba ese inmenso complejo de edificios residenciales colectivos del distrito 12. Miles de apartamentos en una quincena de moles rectangulares de dieciocho pisos de altura, que en algunos casos tenían una longitud de centenares de metros. Viéndola sobre el mapa o en las fotos aéreas, todo el mundo intentaba encontrar un sentido a aquella arquitectura urbana. Algunos decían que, vista desde un Soyuz, la disposición de los inmuebles era un mensaje en cirílico para los astronautas. Otros veían en ella la insolencia oculta de la escritura mongola prohibida. Cada cual le buscaba un símbolo y, sin embargo, no era más que uno de esos grandes proyectos soviéticos sin alma y sin sentido, uno de aquellos amontonamientos de vidas deshumanizadas que machacaban a los recién llegados con su dureza y luego aplastaban sus vidas con su fealdad día tras día. Pero que, sin duda, habían hecho resplandecer con la felicidad del sueño socialista a los nuevos proletarios, creados por quienes pretendían poder explotarlos con docilidad con un mínimo confort.

Oyun siguió a Saraa y a los dos hombres hasta la ciudadela del distrito 12. Los inmuebles se alzaban en la no man's land de las construcciones eternamente inacabadas, de los aparcamientos de tierra desbaratados por las rodadas y de los edificios de hormigón agrietados, plantados como espaldares de gimnasia para los niños, cuyos hierros herrumbrosos emergían bajo la desconchada pintura. Una mole ancha y rectangular con forma de medio arco, con miles de apartamentos, defendía la entrada de esa ciudadela, y su interior hacía pensar en una fortaleza aislada y abandonada en la que sobrevivían unos resignados habitantes. La ventaja para Oyun era que su Nissan tipo Stasi encajaba a la

perfección en ese decorado siniestro y desolador.

Cuando vio que los tres se adentraban en el portal de uno de los inmuebles, dio marcha atrás y aparcó lo más lejos posible para tener una vista del conjunto. En el portal, entrevió a dos o tres chicos sentados. La tarde llegaba a su fin, oscurecida por una pesada amenaza de tormenta. Muy pronto estarían en penumbra. Oyun salió del coche, pero cambió de opinión y lo abrió de nuevo para agarrar lo que quedaba del paquete de bizcochos, cerró la puerta y se dirigió hacia el edificio. Los chicos la miraban con desconfianza mientras caminaba hacia ellos. Ella hacía como que no los veía, ocupada en comerse los bizcochos que picoteaba del paquete. Eran niños de la calle. Ladronzuelos, carteristas. Antes vivían todos bajo tierra, en las canalizaciones del agua caliente, para sobrevivir al invierno. Ahora se los toleraba en las entradas de los inmuebles de los que se habían apropiado. Oyun entró en el portal sin decir nada, se detuvo en el medio y miró a su alrededor con aire sorprendido.

—¿Dónde está mi amiga?

—...

—¡Mi amiga! Vestida de negro, con el pelopincho. ¿Adónde han ido ella y sus dos colegas?

Los chicos no se fiaban, pero uno de ellos no pudo evitar romper a reír.

—¡Qué pasa, es verdad! —dijo Oyun sonriendo al chaval, mientras fingía picotear los bizcochos, que los chicos miraban de reojo—. Parecen pinchos, rayos.

—¡Sí, como los de una explosión! —soltó el chico, que llevaba una gorra naranja y morada de los Vikings de Minneapolis.

Su risa desató la de los otros.

—¡Como las chispas de los fuegos artificiales! —dijo un segundo, exagerándolo.

—¡Su champú es como la bomba atómica! Por la mañana la enciende y ¡bum! ¡Ya está peinada!

Reían con ganas y Oyun lo aprovechó. Sin decir nada, tendió el paquete de bizcochos al que había reído primero, que no dudó un segundo en coger uno.

—Bien, entonces, ¿dónde está la bomba atómica? —preguntó ella.

—¡Ahí arriba!

—¿Ahí arriba, dónde? —se impacientó Oyun, tendiendo el paquete al que acababa de responder mientras miraba a los demás.

La pequeña tropa entendió el mensaje.

—¡Ahí arriba, en el último! —respondió otro mientras extendía el brazo para recibir su recompensa.

—¿Arriba, en el décimo? Uf, ¡yo no subo!

—¡Hay ascensor! —dijo el primero, ofreciéndose ya de buen gusto a acompañarla.

—¡Peor aún! —respondió—. ¡Soy claustrofóbica!

—¿Que eres qué?

—Me da miedo estar encerrada. Un ascensor hasta el décimo... ¡me muero! Los chicos estallaron en carcajadas, se burlaban de ella sin maldad.

—No, no, yo no subo. Peor para ella, ¡me marchó! Y los tipos también, peor para ellos. De todos modos, ¡no eran gran cosa! ¿Vosotros los conocéis?

—A esos no. Por aquí pasa demasiada peña. Ahí arriba está lleno de gente que viene a beber, fumar y lo que sea, ¡ya sabes lo que quiero decir, hermana! Es imposible conocer a todo el mundo. A ellos nunca los habíamos visto, pero a tu amiga sí, la vemos de vez en cuando.

—¡Pues esta tarde es ella la que no me va a ver a mí! Me largo. ¿Alguien quiere los bizcochos?

Los chicos se precipitaron hacia ella para intentar coger el paquete.

—¡Eh! ¡Tranquilos! Os los dejo si los compartís. Tú —le dijo al que había respondido en primer lugar—, tú los repartes.

Mientras se los disputaban, Oyun sacó un billete de su bolsillo y llamó al que acababa de designar como jefe de la banda.

—Eh, mira esto. Vosotros también tenéis derecho a hacer vuestra fiesta, ¿no? Toma, id a comprar algo de comer. Pero nada de alcohol o cigarrillos, ¿entendido?

El chico le arrancó el billete de las manos y en un segundo se dispersaron como un grupo de frailecillos a la puerta de un templo. Eso era lo que Oyun necesitaba. Esperó a que desaparecieran y volvió discretamente al Nissan. Al cabo de una hora caería la noche y era muy posible que tuviera que pasársela vigilando la entrada de aquel portal.

Visto el estado de su Cube, eso podía resultar menos confortable para ella que para el hombre que la vigilaba con unos prismáticos a través de los visillos amarillentos por el tabaco de un apartamento inhóspito del tercer piso de otro inmueble. Sobre todo porque él tenía por compañía una botella de vodka que aún estaba casi llena. De pie, arrastró un sillón viejo de escay de la era Kruschev, sin soltar los prismáticos ni apartar la vista del vehículo; se quitó la Makarov PM que llevaba metida en el cinturón y que le molestaba para sentarse, y se dejó caer en el sillón con el arma en alto, como si hubiera entrado en un jacuzzi y no quisiera mojarla. Una vez bien instalado sobre el cuero falso, puso la automática encima de un velador algo inestable y agarró la botella con la mano que por fin le había quedado libre.

«Espero que hayan tenido bastante para la hija del poli», se dijo.

Y bebió un trago largo que le enrojeció los ojos y le calentó el cerebro.

16

...con delicadeza y agua fría el cuerpo de Saraa

Oyun intuyó su presencia antes de distinguir el rostro pegado a la ventanilla. En un segundo, el miedo incendió su cerebro y la adrenalina la despertó. El chico al que había dado el billete estaba ahí, con la nariz aplastada contra el cristal, y le hacía un gesto para que permaneciera en silencio. Ella quiso abrir la puerta, pero él dejó caer todo su peso para impedirselo. Le hizo varios gestos con la mano antes de que Oyun adivinara lo que quería darle a entender y desconectara la iluminación automática del techo del coche. Cuando pareció estar seguro de que el interior no se iluminaría, el chico reculó y dejó que Oyun abriera la puerta.

—¿Qué quieres?

—Tu amiga va a salir. Los dos tipos la están bajando. Parece que no está en buenas condiciones.

Había caído la noche. La ciudadela monumental no era más que un caos paralizado de sombras y hormigón. Zonas enteras de bloques destartados se hundían en una oscuridad amenazadora sobre la que se alzaban los haces de luz pálida de los proyectores que agujereaban las tinieblas como torres vigías desde las esquinas de cada inmueble. Los que todavía se iluminaban. La luz verde de una luna asfixiada por la contaminación bañaba el resto de aquel desastre urbano sumergido en la noche. Oyun percibió un movimiento en el portal del edificio de enfrente.

—¿Son ellos?

—Sí —respondió el chico, pegado a ella como el héroe a su pesar de una mala película de espionaje.

—No han encendido la luz. Quieren pasar desapercibidos... —pensó Oyun en voz alta.

—No, fuimos nosotros, rompimos las luces para poder dormir tranquilos — la corrigió el chico.

—¡Como te vea hacer eso, te voy a dar una...! —bromeó Oyun sin apartar los ojos de las siluetas que salían del inmueble.

—¡Inténtalo, a ver! —dijo el chico para provocarla.

Oyun lo miró en la oscuridad durante un segundo, luego sonrió mientras lo empujaba cariñosamente con el hombro.

—¿Compañeros? —preguntó él con aire serio.

—¡Compañeros! —respondió ella—. Pero soy yo quien manda. Tú obedeces. Si la cosa se pone fea, te quedas aquí y vigilas el coche, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo!

La joven inspectora observó las tres siluetas. Saraa parecía caminar borracha entre los dos hombres que la sujetaban y tropezaba con la basura que había esparcida por el suelo. De hecho, más que sostenerla, daba la sensación de que la arrastraban, y a Oyun no le gustó la duda que empezaba a abrirse paso en ella. ¿Saraa estaba viva o no era más que un cadáver del que iban a librarse?

—¿Tienes idea de adónde van? —preguntó al chico en un murmullo.

—A las canalizaciones. Hay una boca de entrada por ahí abajo. Te apuesto lo que sea a que es ahí adonde la llevan.

—¡Yo no apuesto! —replicó Oyun—. ¿Dónde está esa boca?

El chico apuntó con el dedo hacia un lugar a unos treinta metros delante de ellos, en una zona medio iluminada.

—¿Adónde van a dar esas canalizaciones?

—A todas partes —respondió el chico—. Alimentan todo el distrito. Incluso están conectadas con las de otros distritos...

El chico tenía razón. Bajo la luz pálida, vio a los dos tipos arrastrar a Saraa hacia la entrada de las cloacas. Dudó. Estaban demasiado lejos y era una noche muy cerrada para que pudiera disparar o aproximarse a ellos sin peligro.

—¿Has visto si mi amiga estaba consciente cuando la han bajado?

—Deja de decir que es tu amiga. ¡La estás siguiendo y eres poli!

—¡Responde a mi pregunta, compañero!

—Ya lo creo que está viva, ha vomitado por toda la escalera. ¿Acaso no sabe que ahí dormimos nosotros?

—Me parece que en este momento no sabe demasiadas cosas —dijo Oyun—. ¿Qué hay en esas canalizaciones? ¿A qué van allí?

—¿Tú qué crees? —respondió el chico alzando las cejas ante la evidencia.

—Negativo, compañero. Si ellos quisieran hacer eso que piensas, lo habrían hecho ahí arriba, en el apartamento.

—Entonces es para deshacerse del cuerpo —rectificó el chico con tristeza.

—Pero ¡si has dicho que no está muerta!

—Claro, no van a complicarse la vida arrastrando un cadáver. Van más deprisa si la matan en el mismo lugar, bajo tierra, ¡ese truco es un clásico, en la tele lo hacen todos!

—¿Tú tienes tele? No, ¡pues chitón!

—¿Por qué no te los cargas? ¡Bang, bang! Y listo, salvas a tu amiga.

—No es mi amiga, ¡tú lo has dicho!

—Bueno, ¿y quién es entonces?

—La hija de un amigo.

—¿Un amigo poli?

—¡Un amigo poli!

—¡Pues vaya putada! —soltó el chico.

Y Oyun le dio una colleja para recordarle que debía ser educado.

El hombre que espiaba detrás de las cortinas manchadas de nicotina observó cómo los dos tipos metían de mala manera el cuerpo de la hija del poli en la boca de la cloaca. Esperó a que ellos entraran y, a continuación, barrió la penumbra con un amplio movimiento de los prismáticos, hasta enfocar con ellos el coche. Se sorprendió al ver la silueta de Oyun emerger en silencio de la negrura del aparcamiento. El interior del vehículo no se había iluminado. La vio rodear la entrada y esconderse detrás de un contenedor que debió de servir de cobertizo para una construcción que nunca se terminó. O que jamás comenzó. Comprendió que había escogido un ángulo de aproximación de cara a la luz, para que su sombra no delatara su presencia. Luego, se deslizó entre restos de balastradas y desapareció en la opacidad de un contraluz. El tipo lo apreció como profesional que era. Deberían haberlo previsto. La chica sabía lo que hacía.

Oyun no sabía qué hacer. O bien los tipos se llevaban a Saraa por las cloacas para salir en otra parte, y ella no debía seguirlos muy de cerca para no llamar su atención; o bien la habían metido bajo tierra sólo para cargársela y abandonar su cuerpo, y en ese caso era necesario que interviniera de inmediato. Tampoco quería desatar un tiroteo en un espacio cerrado y con Saraa borracha como una cuba de por medio. Cerró los ojos, se dijo que en su lugar Yeruldelgger habría abatido ya a los muy cabrones, y echó a correr agachada hacia la entrada de la cloaca. Estaba a punto de llegar al agujero cuando una silueta furtiva se precipitó sobre ella. Iba a disparar, pero un niño asustado se arrojó también a sus piernas, seguido de una mujer que suplicaba en silencio que los perdonara. Aparecieron sin hacer ruido, como fantasmas. Mientras ella intentaba comprender lo que quería decirle aquella mirada suplicante, otro niño le saltó encima para desarmarla. Oyun rodó por tierra, empujó al niño a un lado y acabó a caballo sobre él, apuntándole con el arma entre los ojos y tapándole la boca con la otra mano.

—¡No te muevas! Soy poli, no voy a hacerte daño. No grites cuando quite la mano y responde a mis preguntas, ¿de acuerdo? Luego te dejaré marchar, ¿entendido?

El niño asintió con la cabeza y Oyun retiró la mano.

—¿Qué está pasando ahí abajo? —preguntó ella en voz baja, con la cara pegada a la del chaval.

—¡Están locos! ¡Van a hacerle daño! Nos han echado de casa.

—¿Dónde están?

—En el gran colector, hacia el este. En el tercer desvío, a cien metros hacia el sur, hay una cámara de válvulas. Allí estábamos cuando se nos han echado encima.

Oyun soltó al niño, que desapareció de inmediato en la noche como si nunca hubiera existido. Dudó unos instantes. Nunca había intervenido en ninguna operación en lo que todo el mundo llamaba «las cloacas». La policía jamás iba allí para no tener que reconocer que el problema existía. La mejor respuesta era que en Ulán Bator no había cloacas. Sólo canalizaciones de agua caliente que corrían por debajo de toda la ciudad. Pero las televisiones occidentales, cuando levantaron la sustanciosa liebre del documental social, habían hablado explícitamente de «cloacas» para despertar de un modo más eficaz la compasión de su público, habituado al confort urbanita. Así que ahora todos hablaban de «cloacas», incluso los habitantes de Ulán Bator. Y las miles de personas sin hogar que allí vivían. La prensa extranjera hablaba de ello, las televisiones de otros países lo mostraban, pero la policía tenía la consigna de ignorarlo. Los mongoles, en general, suelen creer que aquello que se ignora no existe. Una ONG había cifrado recientemente en cinco mil personas los refugiados que pasaban el invierno en las canalizaciones, cuando la temperatura exterior descendía a menos cuarenta grados y la única manera de sobrevivir era arrojarse a los conductos de calefacción que recorren el subsuelo de la ciudad. Esa población estaba formada sobre todo por nómadas desarraigados que habían sido sacados de las estepas inmensas que los alimentaban y arrojados a los pudrideros de la ciudad, donde sobrevivían entre la inmundicia. Los rumores aseguraban que, en su miseria, habían conservado su código moral ancestral y que en aquella corte de los milagros se vivía respetando las tradiciones y a los ancianos. Ése era otro pretexto para que los gobernantes no hicieran intervenir a la policía. Oficialmente no había criminalidad subterránea. Ni siquiera delincuencia. Pero, desde hacía algunos años, una sucesión de crisis había ido empujando hacia la ciudad y lanzado a la calle a cada vez más desposeídos en su fuga de las estepas. Una población nueva, formada por granujas de medio pelo y bandas de huérfanos, había encontrado en las cloacas un refugio fácil y una escapatoria frente a sus perseguidores. La pestilencia y la oscuridad de los túneles mantenían en la superficie a policías y víctimas, que no se aventuraban a perseguirlos hasta allí. Las cloacas se habían convertido así en territorios a conquistar y defender para aquellas pequeñas bandas, que no dudaban en disputárselos a sus primeros ocupantes. Aunque las autoridades todavía fingieran ignorarlo, la criminalidad se había instalado bajo la ciudad, en laberintos y

alcantarillados de los que la policía no sabía nada.

Desde su ventana, el hombre apuró la última gota de la botella mientras esperaba a que la chica bajara. Cuando vio la silueta deslizarse por el agujero, se desincrustó con dificultad del viejo sillón, cogió el arma y se la metió de nuevo bajo el cinturón. Antes de salir, a oscuras, pasó por la cocina para refrescarse un poco la cara con agua.

El agujero de entrada era un estrecho cilindro vertical de hormigón. A través de él se descendía cinco metros por escalones herrumbrosos clavados en el cemento. Oyun se sintió agredida por el hedor en cuanto se adentró en él. El lugar apestaba a orina, a vómito y a podrido. Se maldijo por no haber cogido un pañuelo para taparse la nariz. Una vez que se sobrepuso al olor, con el estómago en la boca, la asaltó la angustia por la negrura y los bichos. A cinco metros bajo tierra, la claridad pálida de la calle no alumbraba nada. Oyun puso un pie en el suelo con toda la prudencia posible, en una oscuridad total, sobre una blanda alfombra de inmundicias. Rebuscó en los bolsillos y sacó el iPhone, en el que había descargado la aplicación de la linterna. En un primer momento, la imagen de la pantalla la tranquilizó lo justo para encontrar el icono que buscaba y activar la linterna. El interior de la galería se iluminó con una luz blanca y siniestra de vídeo casero y Oyun descubrió con horror el universo lóbrego de las cloacas.

La pantalla del iPhone alumbraba apenas los primeros metros de las tinieblas subterráneas. El colector principal se hundía, a uno y otro lado, perdiéndose en la oscuridad. Era una tubería de acero de más de un metro de diámetro compuesta por una sucesión de tramos atornillados que cada diez metros se fijaban a una plataforma de hormigón. El aislamiento de amianto colgaba por todas partes, desgarrado en sucios jirones por los que corrían decenas de cucarachas. Y allí donde había corrido el agua se veían tumores calcáreos encastrados entre los tubos llenos de óxido.

Superada la pestilencia, fue el calor lo que bloqueó la garganta de Oyun. El agua era propulsada a presión a más de ciento treinta grados desde dos monstruosas centrales térmicas soviéticas que el régimen anterior había plantado en pleno corazón de la ciudad. Fuera, miles de toneladas de tuberías erizadas por fumarolas y chorros de vapor escupían permanentemente al cielo de la ciudad penachos de humo acre y ocre. Abajo, un laberinto de kilómetros y kilómetros de tubos y conductos recorría toda la urbe distribuyendo el agua caliente y la calefacción a cada cual según su necesidad o, mejor dicho, repartiendo lo que quedaba después de las fugas, las roturas, los accidentes, las desviaciones, los despilfarros y las corrupciones.

Dentro del conducto principal, pegados al techo del túnel, corrían también otros tubos de menor diámetro que a cada metro estaban sostenidos por ganchos

metálicos. A pesar de la pestilencia y la oscuridad, Oyun hizo de tripas corazón y se tomó unos instantes para concentrarse y ubicarse antes de empezar a avanzar con prudencia por lo que pensaba que era el túnel este. No había andado diez metros cuando una cara pálida de ojos brillantes apareció frente a ella bajo la luz blanca. La figura salió de debajo de la tubería principal y pasó como la sombra de un gnomo entre sus piernas. Oyun trastabilló de miedo y lanzó un grito espantado del que inmediatamente se arrepintió, pero cuando intentó agarrarse al tubo recalentado, algo más cayó del techo y golpeó su espalda antes de desaparecer. Debido al susto, Oyun soltó el iPhone, que cayó con la pantalla hacia el suelo. Se encontró perdida en la oscuridad con la sensación escalofriante de que había cosas vivas que la acechaban en la negrura. Intentando oír a quienes no veía, reparó en el zumbido incesante de las moscas, como si el empujón hubiera despertado a un enjambre entero. Ni siquiera se atrevía a respirar para recobrar la calma; sentía que la atmósfera estaba saturada de miasmas. Permaneció unos segundos inmóvil, con el cuerpo en guardia, esperando a recuperarse.

En medio de ese silencio amenazador, Oyun oyó a lo lejos, en el túnel, lo que parecían unas voces ahogadas. Se concentró en la dirección de la que provenían y divisó un destello lejano, casi imperceptible, delante de ella. Imaginó a Saraa a merced de los dos hombres en aquella cloaca y un mal presentimiento la empujó a apresurarse. Se agachó para recuperar el teléfono, sus dedos rozaron cosas inmundas en la negrura. Por fin distinguió un resplandor débil justo a sus pies. Por los cuatro lados del móvil, se extendía a ras de suelo un hilo de luz que alumbraba las patas de una multitud de cucarachas. Oyun se forzó a cogerlo y lo sacudió tan fuerte como pudo. Cuando iluminó de nuevo el suelo, vio un bullir de centenares de cucarachas enormes y su estómago se retorció al imaginar que en la oscuridad había aplastado decenas de ellas a cada paso. Se puso de nuevo en marcha y en ese momento, al iluminar las tinieblas, los vio, bajo la luz pálida.

Parecían fantasmas, acostados sobre los tubos suspendidos, acurrucados en el conducto principal o de pie al amparo de los muros. Todos la miraban fijamente, en silencio, con ojos heridos por la luz demasiado cruda. Niños asustados, viejos desdentados, madres desfallecidas. Primero contó tres, después cinco, luego no tardó en tener ocho frente a ella, sin tener en cuenta los otros dos, si no eran más, que estaban a su espalda, en algún lugar. Pero pasado el primer escalofrío, Oyun no sintió miedo. Se adivinaba tanta resignación y tanto temor en sus miradas que no percibió la menor traza de odio o de ira. Les dio a entender con un gesto de la mano que no tenían nada que temer, pero que debían guardar silencio. Dirigió la pantalla hacia sí misma para iluminar su rostro y

miró hacia el fondo del túnel abriendo mucho los ojos para expresar una interrogación silenciosa. Cuando volvió de nuevo la pantalla hacia ellos, todos se habían reagrupado y acercado sin que ella lo hubiera notado.

Una mujer le hizo entonces un gesto discreto con la cabeza en dirección al túnel, luego colocó una mano sobre el hombro de un niño, como autorizándolo a que dijera algo. Éste apuntó con un dedo hacia el túnel, marcó con él tres saltos en el vacío y luego torció la mano en ángulo recto hacia la derecha. Oyun comprendió que debía pasar tres marcas y girar a la derecha. Supuso que allí debía de haber bifurcaciones para distribuir el agua en cada inmueble de cada barrio de cada distrito, y que debía pasar tres antes de dirigirse hacia el sur. Posó una mano sobre el hombro de la mujer, en señal de agradecimiento, y vislumbró en sus ojos ya envejecidos por la edad y la miseria toda la tristeza de las estepas perdidas y las cabalgatas interrumpidas. Aquellos ancianos habían sido nómadas orgullosos y libres, embriagados por el perfume de las inmensas llanuras. Oyun sintió una opresión en el pecho al pensar que aquellos niños no tendrían como recuerdos de infancia más que la peste y la oscuridad del túnel. La mujer colocó una mano sobre la suya y la miró profundamente, como implorándole que fuera prudente. Oyun parpadeó para prometérselo en silencio. Había decidido sacar su arma más adelante para no asustar a aquellos pobres fantasmas de las cloacas.

Encontró el primero de los tres desvíos apenas a unas decenas de metros de distancia. El túnel desembocaba en un búnker ciego de hormigón de unos pocos metros cuadrados, en el que el conducto central estaba anclado con firmeza a un enorme distribuidor en forma de cruz. En el techo, el cruce de las canalizaciones secundarias se complicaba en una maraña de derivaciones que bajaban casi hasta la altura de la cara. Entonces vio las ratas y desenfundó. Habían aparecido al enfocarlas por sorpresa y chillaban coléricas, con los morros purpúreos arrugados sobre los dientes afilados y amarillentos. Oyun tuvo que contener toda su fobia y su repugnancia para no reventar a tiros a aquellas alimañas, una por una. Pero éstas desaparecieron chillando en la oscuridad, tan rápido como habían aparecido. La joven aprovechó para pasar con rapidez bajo los tubos y alejarse por el túnel. Todavía sorprendió con la luz algunos rostros macilentos. Dos ancianos solos, algunas familias, una panda de niños apretados unos contra otros. Como ya estaban informados, le iban indicando el camino con un gesto o una mirada. Las cucarachas llenaban el túnel. Las ratas se habían apropiado de los distribuidores. Aquella pobre gente se refugiaba donde podía.

Oyun pasó el segundo distribuidor manteniendo a distancia a las ratas con la débil luz de su iPhone, haciendo muecas de horror. Una vez que se hubo adentrado en el nuevo tramo de túnel, se volvió un segundo para asegurarse de

que no la perseguían corriendo por los tubos suspendidos. Sintió un escalofrío ante la idea de que pudieran alcanzarla y saltar en la oscuridad sobre su espalda para morderle la garganta. Cuando se volvió de nuevo, los dos hombres estaban a pocos metros, iluminando el suelo ante sí con la luz débil de una linterna de bolsillo y tan sorprendidos como ella.

—¡Policía, no se muevan! —gritó Oyun, apuntándoles con el arma—. ¿Dónde está la chica?

La linterna la golpeó en plena frente. El golpe la pilló desprevenida y la desequilibró, luego uno de los hombres se precipitó hacia ella y la empujó antes de desaparecer en la oscuridad. Cuando estaba tratando de recuperar el equilibrio, entrevió el puño del otro lanzándose contra su cara. Lo esquivó, pero la alcanzó en el hombro con tal violencia que la hizo girar sobre sí misma. Necesitó algunos segundos para recuperarse y orientarse de nuevo. Por suerte, la linterna estaba en el suelo e iluminaba hacia donde habían huido. Los vio y les disparó, esperando no alcanzar a nadie más.

—¡Todo el mundo al suelo! ¡Todo el mundo al suelo! ¡Protéjense!

Oyun imaginó a aquella pobre gente aterrorizada mientras las balas rebotaban contra las paredes y los tubos. Aun así, disparó dos veces, luego recogió la linterna y se lanzó en persecución de los fugitivos. Escuchaba cómo corrían justo delante de ella, cómo chocaban y maldecían con rabia. Sus voces eran una referencia inestimable. Disparó una vez más al azar y oyó un silbido terrible seguido de un grito de dolor. Distinguió a mujeres y niños que corrían hacia ella en medio de una nube de humo.

—¿Estáis bien? ¿Estáis bien? ¿Algún herido?

—Sólo el hombre —respondió la mujer que le había cogido la mano—. ¡Sólo él!

Todos desaparecieron a su espalda. Oyun distinguió la silueta del herido, que se tambaleaba en una nube de humo blanco. Aullaba como para romperse la garganta, con las manos en la cara y dando tumbos. La inspectora se acercó para neutralizarlo y estuvo a punto de vomitar del horror. El hombre agonizaba en medio de un chorro de vapor que estaba quemándolo vivo. Uno de los disparos había perforado una cañería perpendicular que atravesaba el distribuidor a la altura del rostro en el momento en que el hombre había pasado por delante. Oyun no se atrevió a acercarse más; impotente, se quedó mirando al hombre, que, cegado y sin dejar de gritar, chocaba y volvía a caer bajo el chorro de vapor que estaba achicharrándolo. Al fin logró recular algunos pasos y alejarse del chorro, tambaleándose, y Oyun, agachada, aprovechó para agarrarlo por el faldón de la chaqueta y tirarlo al suelo. El hombre aullaba como un demente sin quitarse las manos del rostro. Al ver la carne cocida de sus manos, hechas

pedazos, la joven no se atrevió a imaginar lo desfigurada que debía de estar la cara que ocultaban.

Lo agarró por el cuello y lo arrastró sobre la espalda por el túnel para alejarse del vapor a presión. El calor se había vuelto insoportable. El hombre paró de gritar y Oyun se preguntó si estaría muerto. Apenas lo distinguía en la oscuridad. Había dejado caer al suelo la linterna para poder sacarlo del chorro hirviente. Se metió el arma bajo el cinturón y gateó hacia la linterna sin preocuparse de ratas ni de cucarachas. Agarró el aparato, que empezaba a fallar, y se dio la vuelta para iluminar desde lejos al herido. Las ratas habían ido por él. Los espasmos que sacudían su cuerpo todavía las mantenían un poco a distancia, pero las más audaces corrían ya sobre sus piernas. Él se quejaba ahora con gruñidos suplicantes. Oyun estaba levantándose para ahuyentar a las ratas cuando vio que su propia sombra se proyectaba a lo lejos, delante de ella, en el túnel de repente iluminado. Se dio la vuelta y la luz blanca y potente de una linterna la cegó. Su instinto le dijo que aquél no era el cómplice del herido.

—Ayúdeme, de prisa, se lo ruego. Este hombre tiene quemaduras muy graves. Se lo ruego, ¡ayúdeme!

—Lo lamento —respondió una voz con una calma que la petrificó—, pero la verdad es que no he venido a eso.

—Se lo ruego —insistió Oyun—. ¡Está sufriendo un martirio!

—¡Entonces esperemos que tú sufras menos que él! —respondió el hombre.

—Pero qué... —comenzó a decir ella, paralizada por el miedo.

El desconocido dejó la linterna en el suelo y avanzó de lado. La joven sólo veía su silueta en el contraluz artificial. Apenas distinguía nada de él, pero su gesto era inequívoco. El hombre apuntaba un arma en su dirección e iba a disparar. Intentó convencerse, sin lograrlo, de que estaba ahí para abatir al herido. Un tercer cómplice que no quería dejar testigos. Pero ¡el arma apuntaba a ella!

—¡Espere, soy policía! —gritó Oyun.

—Lo sé —murmuró él con sorna—. ¡Yo también!

La detonación sonó en el mismo momento en que Oyun desenfundaba. Todo empezó a parpadear a su alrededor. Una silueta había surgido detrás del hombre y había pateado la linterna. Las sombras y las luces se desplazaban a lo loco en todas direcciones, las ratas huyeron asustadas entre sus piernas y la atmósfera saturada de vapor de agua se hizo aún más densa con el olor a pólvora quemada. El desconocido se tambaleó, disparó una segunda vez al aire y luego cayó hacia Oyun, que rodó de costado entre las cucarachas para esquivarlo. En sus oídos resonaba aún el eco ensordecedor de los disparos y silbidos de las balas rebotando contra las tuberías. Estaba apenas recuperándose cuando

percibió otro movimiento. Se enderezó, sentada con las piernas bien separadas para estabilizarse, con el arma en una mano y la linterna del herido en la otra.

—¡Eh, tranquila, compañera!

El chico del portal, el de la gorra de los Vikings, estaba allí todo sonriente y a cuatro patas delante de ella.

—¿Qué haces tú aquí?

—¡Te he seguido, compañera!

—¿Y ese tipo?

—En realidad he seguido al tipo que te seguía.

—¿Desde cuándo me seguía?

—Desde que entraste.

—¿Sabes por qué? ¿Estaba con los otros dos?

—No, estaba con los polis, pero del lado malo.

—¿Del lado malo? ¿Del lado malo de qué?

—¡Pues del lado malo de los polis, está claro!

Oyun no intentó comprender lo que el chico decía. No mientras estuviera en un túnel de las cloacas, saturado de vapores hirvientes, con un hombre quemado vivo, un agresor en fuga y un policía corrupto en el suelo.

—¿Lo has matado? —preguntó, inquieta, mientras se levantaba.

—No —respondió el chico, con la barra de hierro en la mano—. Sólo lo he dejado inconsciente.

—Alúmbrame, tengo que registrarlo. Quiero saber quién es.

—¡Olvidalo! ¿Has encontrado a la chica?

—No, todavía no, pero no debe de estar lejos.

—Hay que encontrarla enseguida —la apremió el chico—. Si le han hecho lo que creo, tenemos que encontrarla ya.

Oyun no se lo discutió. La certeza en la voz del chico la había dejado alarmada.

—Me han explicado que debo girar por el túnel de la derecha después del próximo distribuidor —dijo ella.

—Es lo que imaginaba, debemos darnos mucha prisa. Ven, sígueme —le ordenó él.

Recogió el arma y la linterna del hombre al que había dejado sin sentido, y luego adelantó a Oyun para mostrarle el camino. Ella lo agarró por el hombro y le confiscó la pistola.

—Puedes llevar la linterna —le dijo.

—Eh, somos compañeros, ¿no? —le contestó sorprendido, pero sin dejar de sonreír.

—¡No hasta ese punto! —respondió Oyun en un tono que no admitía

réplica.

El chico se encogió de hombros y salió disparado por el túnel hasta el tercer distribuidor. Fueron a dar, a la derecha, a un colector idéntico al primero, pero cincuenta metros más adelante desembocaron en una sala más amplia que las anteriores. Esta vez, el búnker medía una buena decena de metros cuadrados. No era un distribuidor en cruz como los otros. El conducto terminaba en una especie de caldera industrial enorme, de otra época, a la que estaba atornillado sólidamente. A Oyun le pareció que el túnel se prolongaba del otro lado del búnker, y al dar la vuelta a la caldera comprobó que la conducción volvía a salir del recipiente macizo para hundirse en las tinieblas de otro túnel. Bajo la luz agitada de sus linternas, la caldera tenía el aspecto de una máquina infernal. Oyun comprendió que se trataba de una especie de turbina que reforzaba la presión a vapor. Cuando estaba mirando el cableado eléctrico que unía la máquina al techo, que era más alto que el de las otras salas, su pie tropezó con algo blando que la hizo trastabillar. Apuntó la linterna hacia el suelo e iluminó un pedazo de tela. Bajo la luz, algo lanzó un breve destello. Recogió el tejido y reconoció el pin de la boca con la lengua fuera de los Rolling Stones. Era la ropa de Saraa.

—¡Allí! —gritó el chico.

Oyun se enderezó y siguió con la vista el haz de luz que él dirigía por el conducto, hasta el punto en que éste salía de la turbina. Entonces vio el cuerpo desnudo de Saraa, a horcajadas sobre un tubo de acero herrumbroso, con la cabeza ladeada, la mejilla pegada al metal y los pies y las manos colgando a cada lado.

—¡Rápido! —gritó el chico—. ¡Date prisa, bájala de ahí!

Sin esperar a la inspectora, saltó hacia Saraa, la agarró del brazo inerte que pendía a un lado y tiró con todas sus fuerzas para hacerla caer al suelo.

—Eh, ¿qué haces? ¡Ten cuidado!

—No discutas y ayúdame. Hay que acostarla boca arriba, ¡rápido! ¡Ya!

Ella obedeció de inmediato, pues la voz del chico sonaba muy apremiante e inquieta. Saraa no se movía y Oyun sabía por qué: apestaba a vodka. Quiso tomarla en brazos e intentar que recuperase la conciencia, pero el chico le gritó una orden de un modo tan imperativo que interrumpió el ademán.

—¡No la toques! ¡Sobre todo no la toques! ¡Ven, ayúdame! Sube al conducto y palpa todos los tubos pequeños que corren por el techo. Cuando encuentres uno que esté bien frío me avisas.

Él estaba ya subido al conducto y palpaba uno por uno los tubos, a pesar de que le quemaban los dedos. Oyun lo imitó y, por suerte, el primero que tocó era el bueno.

—¡Aquí, éste está frío!

El chico se le acercó y saltó para agarrarse a la tubería, que cedió de inmediato bajo su peso. Un chorro de agua helada los salpicó y Oyun cayó al suelo. Mientras se levantaba, dispuesta a gritarle, el chico se había apoyado en el tubo para torcerlo y había desviado el chorro hacia el cuerpo de Saraa.

—¡Tú estás loco! —gritó Oyun, intentando arrancarle el tubo.

El chico la empujó con el pie con una fuerza inesperada.

—¡Está quemada! —gritó—. Querían achicharrarla. Hay que hacer correr agua fría sobre ella el mayor tiempo posible. ¡Por lo menos un cuarto de hora! Por favor, tienes que creerme. ¡Sé lo que le han hecho!

—De acuerdo, de acuerdo, pero apoyémosla al menos en la pared, ¡que no se quede tirada sobre el barro!

—No, hay que dejarla tumbada como está. Sin que se le hagan pliegues en el cuerpo. Hay que enfriarla del todo. No tiene quemada la espalda, el barro no la va a infectar, ¡confía en mí!

¿Cómo sabía aquel chaval todo eso? ¿Se lo estaría inventando? Oyun comenzó a dudar.

—¡No veo ninguna quemadura en su cuerpo!

—Levántate y toca el conducto —respondió él.

Oyun lo miró a los ojos para tratar de adivinar si algo no cuadraba.

—¡Levántate y toca el conducto! ¡Ahora! ¡Déjate de mierdas y no pierdas el tiempo!

—¡Eh, más educación! —gritó Oyun mientras se levantaba.

La inspectora puso la mano en la enorme canalización, justo donde habían colocado a Saraa. El acero estaba caliente como un radiador en invierno.

—¿Y bien? —preguntó el chico.

—¡Está caliente, pero es soportable! —respondió Oyun sin poder ocultar un tono desafiante en su voz.

—¡Déjala cinco minutos! —dijo el chico, devolviéndole el desafío.

Un minuto más tarde el calor se le hizo insoportable y la joven policía retiró la mano de golpe.

—Es como con el sol —explicó el chico—. Si te mueves se aguanta, pero cuanto más quieto te quedas, más te quemas. Esto es parecido, pero con el metal es aún peor. Si ha estado ahí más de una hora, ya debe de tener quemaduras internas graves.

Oyun regresó junto a él y lo miró hacer, perpleja. El chico se había quitado la gorra y hacía pasar el agua por ella para atenuar el chorro.

—Todavía no se ve, pero tiene toda la piel quemada. Es muy frágil. No hay que tocarla ni frotarla. ¡Si el chorro sale con demasiada fuerza, se la puede

arrancar! —explicó.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—No es la primera vez que ocurre algo así. Les pasó a dos hombres que estaban completamente borrachos y se quedaron dormidos sobre una conducción. Al día siguiente estaban cocidos. Incluso con la ropa puesta. Después del segundo caso, vino gente a las cloacas para informarnos. Extranjeros que trabajan para las monjas. Si una tubería está por encima de los cincuenta grados, nos dijeron, es como una cocción lenta. Cuanto más tiempo te quedas sobre ella, más te cueces. ¿Cuántos grados de quemadura hay?

—¿Qué quieres decir? No entiendo tu pregunta.

—Los extranjeros nos dijeron que tras cinco horas en una tubería a cincuenta grados, las quemaduras son de tercer grado.

—¡Ah! Hay tres grados. ¡El tercero es el peor!

—Nos dijeron también que cuanto más quemado estés, más riesgo tienes de morir. De ahí que esos tipos le sacaran la ropa a tu amiga. Si no la hubieras seguido, borracha como estaba, con todo lo que le habían hecho beber, se habría quedado por lo menos diez horas ahí, cociéndose lentamente toda la parte frontal del cuerpo. Además, lo peor con las quemaduras, según nos explicaron, son las infecciones. ¿Te imaginas en una cloaca? No habría sobrevivido.

Oyun miró el cuerpo inanimado de Saraa. Se dio cuenta de que en las zonas que estaban en contacto con el agua se formaban grandes ampollas blancas. Pensó en las partes de la adolescente que estarían quemadas. La habían colocado desnuda a horcajadas sobre la conducción ardiente. El interior de los muslos, la mejilla, el pecho, el vientre, el sexo...

—Escucha... Por cierto, ¿cómo te llamas?

—¡Gantulga!

—Yo soy Oyun. Bien, escucha, Gantulga, voy a darte mi teléfono y vas a salir para llamar a un número. Vas a repetir exactamente lo que voy a decirte y vas a explicarle a esa persona lo mejor que puedas la manera de encontrarnos. ¿Hay cerca alguna salida de las alcantarillas?

—No —respondió el chico—. Las hay, pero los vecinos de arriba las sellaron.

—Entonces dile a esa persona que traiga algo que nos permita transportar a Saraa.

—¿Tu amiga se llama Saraa?

—¡Eres un listillo! ¡No se te puede ocultar nada!

Oyun seleccionó entre los contactos de su iPhone el número al que Gantulga debía llamar y le dio el aparato. También le dio la linterna pequeña que llevaban los agresores de Saraa. Cuando el chico estaba a punto de irse, Oyun

recordó que habían dejado al otro agresor inconsciente en el túnel. Quizá se había recuperado y estaba esperándolos al acecho.

—Gantulga, ten cuidado. Puede que el otro tipo, al que dejaste inconsciente, todavía esté ahí...

—No te preocupes por mí, ¡podría pasar entre sus piernas sin que se diera cuenta!

No pudo contener la sonrisa ante el aplomo del chico.

—Ve, sal a pedir refuerzos y espéralos arriba, compañero. Mientras tanto, yo me ocupo de ella, esto son cosas de chicas.

—Si me envías fuera por eso, que sepas que ya he visto...

—¡Lárgate! —ordenó Oyun, entornando los ojos, risueños.

Durante más de una hora y hasta que reconoció la voz que por fin acompañaba a la de Gantulga, Oyun estuvo arrodillada en medio del barro, sin que le importaran ya ni el hedor, ni las ratas, ni las cucarachas, acariciando con delicadeza y agua fría el cuerpo de Saraa.

17

«¡...más follón después del que montamos nosotros!»

Solongo le había administrado un potente sedante. Saraa permaneció inconsciente mientras la sacaban de las cloacas y durante el trayecto en coche, pero la forense temía su despertar. Aquella muchacha no sentía más que odio y cólera hacia aquellos a quienes su padre amaba, aunque fuera de lejos. Solongo había desplegado un biombo y había acostado a Saraa, desnuda, sobre la cama de madera decorada que reservaba para los invitados, al fondo del lado izquierdo de su gran yurta. Se sorprendió al descubrir hasta qué punto la joven resultaba bella sin su uniforme de rebelde. Su cuerpo era esbelto y firme. Lo había rozado con la punta de los dedos para extender la grasa sin levantar la piel, cubierta de ampollas por las quemaduras. Grasa de oso de veinte años que sacaba de un frasco grande de cristal que le había enviado su madre. Mientras la extendía con suavidad por las partes martirizadas del cuerpo de Saraa, Solongo recordó con melancolía el día en que de niña aquella misma grasa la había calmado a ella. Por aquel entonces, su familia vivía en una yurta en un valle al pie de los montes de Khustain Nuruu. Tenía cinco años. Se estaba formando un temporal y los adultos habían salido para ocuparse del ganado. De repente estalló una tormenta seca; relámpagos rosados y silenciosos quebraban el cielo, que se había vuelto negro como noche sin luna. Los animales estaban electrizados. Mientras los hombres calmaban a los caballos y los yaks, su madre reunía las ovejas y ataba

los terneros. Pero uno de ellos era presa de un terror loco. Había comenzado a patear de costado, hasta que tiró a la madre de Solongo y, tras liberarse de la cuerda, se puso a correr coceando en todas direcciones. Y entonces fue cuando se produjo lo inimaginable. Una ráfaga de viento golpeó la puerta de la yurta y la abrió de par en par, el ternero enloquecido entró en la tienda y empezó a chocar contra los muebles. En una de las embestidas empujó a la pequeña Solongo y la envió rodando por el suelo hasta la estufa, en el centro de la yurta. Su madre y su abuela habían ordeñado temprano aquella mañana y habían puesto la leche a calentar. El animal desbocado sacudió de una coz la estufa y el caldero cayó al suelo. Solongo sufrió quemaduras en la mitad de la espalda. Todavía hoy se acordaba de la sensación que su grito le había dejado en el pecho. Había gritado de sorpresa, de miedo y de dolor, y lo había hecho más fuerte que la tormenta.

Como su madre no quería separarse de ella, su abuela partió a caballo bajo la tempestad en busca de remedios a casa de la madre de un chamán torgut, a dos horas de allí. Fue ella quien llevó la grasa de oso, muy apreciada por tener veinte años y ser líquida como el agua. Solongo estuvo tumbada boca abajo durante una semana. Dos veces al día y otras dos por la noche, recibía el consuelo de aquel ungüento, con los pies y las manos amarrados con cuerdas de lana al bastidor de la cama para no herirse.

—¿No te queda ninguna cicatriz? —se asombró Oyun.

—No, aunque eso no es gracias a la grasa. La grasa de oso calma y alivia, pero entre aplicación y aplicación mi madre me administraba otro remedio.

Solongo se inclinó para coger un frasco de cristal y se lo mostró a Oyun. Estaba lleno hasta la mitad de una pasta espesa y dorada.

—¿Miel? —preguntó la joven.

—No. Es savia de un árbol del norte. Se fluidifica con el calor de las manos y debe extenderse con cuidado. Es increíblemente cicatrizante.

—¡De una doctora me hubiera esperado más bien una capa de Biafine gruesa y espesa! —bromeó Oyun.

—Doctora, pero de Mongolia. —Solongo sonrió—. ¡La tradición primero, la medicina después!

Uno no entra en una yurta que no sea la suya. Uno se queda a algunos pasos de la puerta y llama a voces. La tradición pide que se haga una alusión a los perros. No se dice: «¿Hola?», porque los de la yurta ya hace un buen rato que saben que alguien viene. Tampoco se dice: «¿Hay alguien?», porque quien llega sabe ya, por mil detalles, que hay alguien en la yurta. Lo frecuente es decir: «¡Sujeta a tus perros!» o «¿Están bien alimentados tus perros?», como reflejo de una prudencia milenaria.

Yeruldelgger irrumpió en la yurta de Solongo sin anunciarse, como entraría

un elefante en una cacharrería. Abrió la puerta con una violencia suficiente para desencajarla y avanzó sin más, tirando a su paso un taburete.

—¿Dónde está? —gritó.

Sólo vio a Oyun, pero comprendió por su mirada que Saraa estaba detrás del biombo.

—¡No te acerques! —dijo la voz de Solongo.

—¡Dónde está, quiero verla! —gritó Yeruldelgger, precipitándose hacia el biombo.

Oyun se puso delante de él e intentó detenerlo, pero la cólera del comisario era tal que la envió volando al otro extremo de la tienda. Solongo salió de detrás del biombo para impedir que avanzara.

—¡No, Yeruldelgger, no! ¡No debes verla así! ¡No lo hagas! ¡No lo hagas, te lo ruego!

Ella se arrojó contra él, pero Yeruldelgger consiguió agarrar la esquina del biombo que quedaba por encima de su hombro y tirarlo al suelo.

Saraa estaba desnuda, inmóvil, tumbada con los brazos y las piernas abiertas, con el cuerpo y el sexo cubiertos de ampollas. La impresión dejó al comisario clavado en el sitio. Oyun se levantó y aprovechó para volver a poner el biombo en su lugar.

—¡Maldito idiota! ¡Serás cabezota! —maldijo Solongo al tiempo que lo abrazaba—. ¡Te lo he dicho! ¡Te lo he dicho! ¡Que no debías verla así! Cuando todo termine, cuando esté recuperada, no le digas que la has visto en este estado, ¿me oyes? ¡Nunca!

Solongo tenía los ojos llenos de lágrimas. Yeruldelgger permaneció de pie, paralizado, con los brazos desfallecidos bajo el abrazo de ella. Y Oyun no sabía qué hacer.

—Saldrá adelante —dijo—. Solongo tiene remedios milagrosos. A Saraa no le quedará ninguna cicatriz, ¡lo ha prometido!

—Oyun tiene razón. Si no se mueve y se deja cuidar, dentro de una semana podrá levantarse de nuevo y vestirse. Ven —dijo, tomando a Yeruldelgger de la mano—. Coged unos cojines y sentaos. Yo debo ir a curar a Saraa. Que Oyun te cuente lo que ha pasado.

Su subordinada lo informó de todo, desde el seguimiento de la adolescente a la salida del aparcamiento del Departamento de Policía hasta la llegada de Solongo, avisada y guiada por Gantulga. Yeruldelgger la escuchó sin interrumpirla y se quedó en silencio, incluso después de que Oyun terminara el relato.

—No entiendo nada —murmuró al fin con la mirada perdida en el vacío—. ¿De verdad que Saraa podría haber muerto?

—Solongo dice que sí. Hizo la autopsia de dos borrachos que murieron el año pasado de la misma manera. Según ella, se despertaron cubiertos de quemaduras de tercer grado y murieron tras sufrir horriblemente.

—Pero la quemadura la habría despertado, ¿no?

—No, con todo lo que le habían hecho beber, Saraa estaba casi en un coma etílico. Solongo me ha contado la historia de una mujer que cayó en la cama borracha como una cuba con un cigarrillo en la mano. El colchón se consumió por completo debajo de ella y no se despertó hasta que su cráneo estuvo ya medio fundido. Los que han hecho esto no sólo querían matar a Saraa, querían que sufriera.

—Pero ¿por qué? No entiendo nada de este asunto.

—¿Podría estar relacionando con el caso de los chinos y el pelele al que interrogamos? —aventuró Oyun.

—¿Cómo? —preguntó el comisario, perplejo—. Saraa le dio una coartada a ese tipo. Por más que yo sepa que es un cuento, eso va a hacer que lo suelten, ¿no?

—Puede que alguien tenga miedo de que se retracte. Su testimonio ha sido oficialmente registrado. Y supongo que un testimonio registrado sigue siendo válido después de la muerte del testigo.

—Tiene menos fuerza que un testimonio en vivo durante el proceso, pero sí, sigue siendo válido.

—Entonces, imaginemos que se hayan valido de algún medio para arrancarle a Saraa ese testimonio: si la eliminan, eliminarían también el riesgo de que ella se echara atrás. ¡Sobre todo después de tu numerito en la sala de interrogatorios!

—Precisamente, Oyun, nadie ha sido testigo de mi numerito, como tú dices. Nadie tiene motivos para pensar que ella podría rajarse. Además, eso no explica toda esta crueldad.

Yeruldelgger hundió la cabeza entre sus grandes manos abiertas. Al contrario de lo que hacía por costumbre, no restregó con ellas su pobre rostro asolado por la fatiga y la pena. Permaneció un buen rato inmóvil y su colega no se atrevió a interrumpir su silencio.

—Que Saraa hubiera sufrido un martirio antes de morir no habría cambiado nada para ella —afirmó mirando a los ojos a Oyun—. Pero lo cambiaría todo para mí. Creo que es un mensaje para mí. Un mensaje válido tanto si Saraa muere como si no. Creo que quienes han hecho esto querían que ella sufriera para herirme. Querían que yo la viera sufrir o que supiera que había sufrido. Buscan que me sienta responsable del dolor de alguien a quien quiero...

—Pero ¿cómo puedes decir eso? —respondió, alarmada, Oyun, que se daba

cuenta de que Yeruldelgger estaba completamente convencido de lo que decía.

—¡Porque ya lo he vivido! Ya he hecho sufrir a quienes más amaba. Y han muerto por ello, Oyun. ¡Y ahora está ocurriendo de nuevo!

—¡No puede volver a ocurrir, Yeruldelgger, no es posible! —intervino Solongo.

Había salido de detrás del biombo. Los había estado escuchando y conocía parte de los acontecimientos que evocaba su amigo.

—Pues estoy convencido de que sí lo es, Solongo. La historia se repite. Ninguna otra cosa puede explicar lo que acaba de suceder.

—¡Madre mía! —exclamó ella, abrazándolo—. Que Dios, o quien quiera que tenga el poder, te proteja, Yeruldelgger.

Oyun quiso apartar la mirada de aquella repentina escena de intimidad, pero sus ojos se encontraron con los del comisario y en ellos adivinó una brusca y salvaje determinación. Yeruldelgger había dejado de temer y de culpabilizarse. Su mirada revelaba ahora una decisión que ella ya compartía: no iba a permitir que lo convirtieran en su presa.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó la joven inspectora, echando un cabo al que esperaba que su superior se agarrara con ambas manos.

—Voy a cazar a quienes me buscan, voy a sacarlos de su escondite y voy a matarlos —masculó Yeruldelgger.

—¡Objeción, señoría! —respondió Oyun—. ¡Vamos a cazarlos, vamos a sacarlos de su escondite y te dejaremos matarlos!

Yeruldelgger iba a responder cuando oyó una voz a su espalda.

—¡Genial! ¿Puedo ir con vosotros?

Se dio la vuelta y descubrió a Gantulga, que lo miraba sonriente, con la gorra calada.

—¿Compañeros? —añadió el chico al tiempo que ofrecía a Yeruldelgger la palma de su mano para que el comisario le diera una palmada con la suya.

—¿Quién es éste?

—Te presento a Gantulga —dijo Oyun—. Un tipo divertido y mi compañero desde esta noche. Además, él es quien le ha salvado la vida a Saraa. Y a mí también.

—Bueno, ¿nos vamos? —se impacientó el chico.

—¿Adónde? —preguntó Oyun.

—A mi casa, en el noveno distrito. ¡Dicen que hay follón!

—Sí —se excusó Oyun, dirigiéndose a Yeruldelgger y encogiéndose de hombros—. ¡Tiene un sentido del humor particular!

—¡No, no estoy bromeando! —la cortó Gantulga—. ¡Ha habido más follón después del que montamos nosotros!

¡En el tercer piso!

El hombre recuperó la conciencia rodeado de oscuridad, con el hedor del túnel en la nariz. Necesitó unos segundos para recordar lo que había pasado, luego apartó las cucarachas de su rostro con un manotazo furioso. Todavía en cuclillas intentó encontrar al tacto la Makarov y la linterna, luego se levantó en medio de la negrura, golpeándose contra las tuberías. Se cagó en todo, rebuscó en los bolsillos y acabó por encontrar un Zippo. Hizo girar la ruedecilla a ciegas contra su muslo y la gruesa llama amarilla y densa del encendedor animó el túnel con resplandores de fuego y sombras danzarinas. Distinguió enseguida el cuerpo inanimado del imbécil de la cara quemada. Por los gruñidos que escapaban entre sus labios reventados por las quemaduras, comprendió que el tipo seguía vivo. Lo agarró del cuello de la chaqueta y lo arrastró a lo largo de todo el túnel, sin detenerse hasta llegar al agujero de entrada. El hombre no tenía la complexión de un luchador. Era más bien esbelto, pero debía de tener una gran fuerza muscular o una gran experiencia en el arte de manejar cuerpos inertes porque consiguió trepar hacia fuera izando al herido con un solo brazo. Aunque se sabía espiado en la oscuridad por los de las cloacas, que aguardaban para regresar a sus guaridas, no parecía que ello lo inquietara. Con gesto experto, como lo hacen los GI o los marines valientes en las películas de guerra norteamericanas, se arrodilló y cargó al herido sobre los hombros. Luego, con el fardo bien instalado sobre la espalda, atravesó de prisa las sombras oscuras y las luces pálidas de la ciudadela del distrito 12 hasta la entrada de su edificio, en el que se metió para trepar a zancadas las escaleras hasta su apartamento, en el tercer piso.

Algunos minutos más tarde, los de las cloacas lo vieron salir de nuevo del portal y echar a correr hacia el inmueble de enfrente con algo bajo el brazo. Entró en el vestíbulo de bombillas rotas y a continuación se precipitó por las escaleras, sin intentar iluminarlas. Salió diez minutos después disparado hacia su piso. No había hecho más que franquear la puerta del vestíbulo cuando un apartamento explotó y se incendió en el edificio que acababa de abandonar. En la décima planta.

Diez minutos más tarde llegaron los bomberos desde el cuartel central, situado junto al Departamento de Policía. Acababan de desenrollar sus mangueras y todavía intentaban controlar y canalizar al gentío en pánico que evacuaba el edificio y a los habitantes más indolentes de los otros inmuebles, que habían bajado a la calle a mirar, cuando otro apartamento explotó y se

incendió a sus espaldas, en el edificio de enfrente. ¡En el tercer piso!

19

...bajo las luces enloquecidas de las sirenas

—¿Qué se os ha perdido aquí? —preguntó, enfadado, Chuluum cuando vio llegar a Yeruldelgger y a Oyun, sin prestar atención al chaval que los seguía mirando fascinado, estirando el cuello, el espectáculo del incendio del décimo piso.

—¡Nada, nos hemos enterado y hemos venido! —respondió el comisario, encogiéndose de hombros.

—Yo soy quien lleva el caso. Mickey me lo ha dado —dijo Chuluum para prevenirlo, apuntando con un dedo hacia ellos.

—¡No hay problema, guárdate el arma! —exclamó Yeruldelgger—. Hemos venido sólo por el espectáculo. ¡Ni siquiera preguntaremos!

Gantulga tiró de la manga de Oyun.

—¡Eh, compañera!

—Ahora no, Gantulga, ¡ahora no! —dijo ella mientras se liberaba de su brazo sin mirarlo.

Una parte de los bomberos, sorprendidos por la segunda explosión, se ocupaba de evacuar a los habitantes del segundo inmueble. Los otros buscaban la manera de llegar hasta las llamas del décimo piso desde sus escalas, que sólo tenían la altura de tres y por tanto resultaban demasiado cortas. El solar se había convertido en un circo a la intemperie, con víctimas aterradas que corrían entre mirones inmóviles y bomberos atareados. Los testigos sobrios animaban a quienes combatían el fuego o confortaban a los supervivientes. Los que ya habían bebido demasiado insultaban a los bomberos por su incompetencia, les daban órdenes y consejos cada vez más alterados o se burlaban de ellos arrojando contra sus cascos las botellas vacías. Ya habían estallado varias peleas entre los borrachos o entre éstos y los bomberos, que los calmaban lanzándoles manguerazos de agua contra el estómago. En un instante, la atmósfera se había vuelto insufrible y los policías sintieron que la tensión subía de nivel.

—Eh, compañera —murmuró Gantulga, agarrando de nuevo la manga de Oyun.

Ella retiró su brazo con brusquedad y gesto agrio.

—¡Déjame, Gantulga! Se acabó el juego, ¿entendido?

Al igual que Yeruldelgger, ella buscaba entre la muchedumbre algún movimiento, o su ausencia; miradas que se apartaban o se sostenían, el paso de

quien huía o una inmovilidad provocadora. Intentaba retener la escena para poder representársela luego en busca de pistas. Los pirómanos se quedaban siempre fascinados ante la dimensión de su locura destructora. Los asesinos celosos huían en sentido contrario al de la multitud. Los responsables de accidentes caían de rodillas ante la tragedia que acababan de provocar. Los profesionales permanecían tranquilos como policías y se alejaban como espectadores...

Cuando Oyun se dio la vuelta, Gantulga ya no estaba, pero no tuvo tiempo de preocuparse: Yeruldelgger había llamado su atención con un codazo en el costado.

—¡Creo que tienen un cuerpo! —le dijo.

Un grupo de seis bomberos acababa de aparecer entre las llamas del segundo inmueble con un cadáver. El primero tropezó y cayó al suelo, se quitó la máscara y el casco para no ahogarse. Los demás también se dejaron caer y soltaron su carga. Otros bomberos se precipitaron a socorrerlos y los de la ambulancia se ocuparon del cuerpo. Evidentemente, lo consideraban ya muerto.

Yeruldelgger vio a Chuluum en el otro lado, al pie del primer inmueble, discutiendo con un mando de los bomberos. Hizo un gesto con disimulo a Oyun para que lo siguiera. Se acercaron a los de la ambulancia, que se disponían a cubrir el cuerpo carbonizado. Cuando el responsable de los Servicios de Urgencias les ordenó que se apartaran, sacaron sus identificaciones con discreción.

—¿Podemos echar un vistazo un segundo? —preguntó el comisario, educadamente.

—De todos modos, en el estado en que está, no podemos hacer nada por él. Si sois polis, ¡tendrá que ser vuestro forense quien lo vea! —respondió el hombre.

Yeruldelgger se agachó diciéndose que eso era justo lo que iba a hacer. ¡Ver aquello con «su» forense! Oyun se quedó de pie, pero sabiendo muy bien lo que él estaba buscando en aquel cadáver ennegrecido que apestaba a carne quemada y ceniza calcinada. Desvió la mirada, estaba inquieta por Gantulga. Antes había reaccionado por reflejo y al hacerlo quizá lo había ofendido. Miró a un lado y a otro para tratar de localizarlo y a punto estuvo de golpearse con la cabeza de Chuluum.

—¿Qué se os ha perdido también aquí? —gritó éste por encima de Yeruldelgger, que todavía estaba agachado.

—Ya nos has hecho esa pregunta —respondió el comisario, tranquilo, sin moverse.

—¡Sí, pero tú sigues todavía aquí, en mi escenario del crimen! —ladró

Chuluum.

—Ah, ¿así que confirmas que esto en realidad ha sido un crimen? —dijo Yeruldelgger, fingiendo sorprenderse e inclinándose para observar más de cerca la entropierna del quemado.

—Dos explosiones incendiarias concomitantes en dos inmuebles vecinos, ¿qué pueden ser, según tú? ¿Un bar mitzvá que se ha complicado? —se burló Chuluum.

—¡Un bar mitzvá! —dijo con asombro Yeruldelgger, que continuaba observando la entropierna del muerto, con la cabeza un tanto inclinada a un lado, como Vincent D’Onofrio en «Ley y orden»—. ¡Un bar mitzvá! ¿Oyes eso, Oyun? ¡Un bar mitzvá! Pero ¿de dónde saca éste palabras así?

La furia de Chuluum estaba a punto de explotar, pero no se atrevió a dirigirla contra su superior, que estaba levantándose. Así que se volvió hacia el gentío que se había acercado atraído por la disputa.

—¡Venga, despejen! ¡Despejen! ¡Dejen trabajar, panda de mirones borrachos!

Chuluum hizo venir a varios policías uniformados para que evacuaran el solar y mantuvieran acordonada la zona. Yeruldelgger tomó a Oyun del brazo y ambos se alejaron como si fueran una pareja que estuviera de paseo. Tras hacer un ademán a los enfermeros para que esperasen a llevarse el cuerpo, Chuluum se agachó. Se inclinó sobre el cadáver y se acercó a él a la altura de la entropierna, tanto como el horror y la pestilencia se lo permitieron, para intentar adivinar qué era lo que había estado observando el comisario con tanta atención.

—¡No hace falta que se la mames, Chuluum! —gritó Yeruldelgger sin darse la vuelta—. ¡Eso no va a reanimarlo y tú no vas a sacarle nada!

Oyun se volvió en el momento en que Chuluum se enderezaba entre las risas de los bomberos y las pullas de los enfermeros. De pura rabia, arrojó su cuaderno contra la ambulancia, que se aproximaba marcha atrás bajo las luces enloquecidas de las sirenas.

20

«¡Voy a tomarme el fin de semana para investigar!»

A la mañana siguiente, Yeruldelgger se dirigía a su despacho echando humo, todavía agitado por los acontecimientos de la noche anterior, cuando se cruzó con Mickey, que también andaba de mal humor.

—¡No tengo nada nuevo de los chinos! —gruñó el comisario.

—¡Está bien, yo sí! ¡A mi oficina, ahora mismo!

Yeruldelgger lo siguió hasta su pretencioso despacho preguntándose qué le iba a caer encima ahora. Cuando su superior abrió la puerta, lo comprendió de inmediato. El chino de la embajada que lo había amenazado en el escenario del crimen estaba sentado a la mesa de reuniones, flanqueado por dos perros falderos con traje, ex miembros del partido reconvertidos en una especie de abogados a la americana, rígidos como el respaldo de una silla de interrogatorio. Yeruldelgger se dijo que aquellos tres no iban a tener suerte, porque él no estaba de humor para recibir broncas. En cuanto a Mickey, eso dependía de la manera en que mostrara su juego: su estatus de jefecillo arribista tampoco lo ponía al abrigo de un estallido de cólera.

Los tres chinos estaban sentados del mismo lado de la mesa larga y rectangular, a modo de tribunal popular. Mickey se sentó en un extremo; lo hizo ruidosamente, para hacer notar su enfado y su exasperación. Ordenó a Yeruldelgger que se sentara frente a ellos y éste se dijo que aquello comenzaba muy mal.

—¿Con las manos en la espalda y los ojos vendados, tal vez? ¿Y tengo que dejar también la dirección de algún pariente para la factura de las balas?

Fue a sentarse al otro extremo de la mesa, para desmontar la puesta en escena de los chinos.

—¿Y bien? —preguntó a su jefe sin manifestar ningún respeto jerárquico.

Los rostros de los tres chinos, los mismos que lo habían visto desobedecer, se volvieron a la vez hacia Mickey.

—Comisario, estos señores están aquí para quejarse oficialmente de su conducta en el escenario del crimen del homicidio de tres de sus compatriotas.

Los tres rostros se movieron al mismo tiempo de izquierda a derecha, con la precisión mecánica de un grupo de gimnastas de la Compañía del Circo de Pekín.

—Eso está bien —afirmó Yeruldelgger—, está muy bien. Están en su derecho de quejarse. Es algo a lo que aquí tenemos derecho, mejor que lo aprovechen.

Su insolencia hizo que las cabezas de los tres chinos se movieran ahora de derecha a izquierda, a la espera de que el jefe devolviera la volea.

—¿Tiene usted algo que decir, comisario? —soltó Mickey con prudencia desde el fondo de la pista, tras adivinar que Yeruldelgger estaba listo para servirle un passing-shot de insolencias.

Y los chinos, de izquierda a derecha.

—¡No, nada! —admitió Yeruldelgger, abriendo las manos como si se excusara por aquella respuesta cortante—. ¿Puedo irme ya?

Apoyó con firmeza sus dos manos grandes y fuertes en la mesa y se levantó

lentamente, con la cabeza bien fría, para dar tiempo a intervenir a quien quisiera hacerlo. Hubo un rápido derecha-izquierda-derecha de los tres chinos y fue el segundo embajador quien reaccionó levantándose furioso, imitado enseguida por sus dos consejeros.

—¡El comportamiento de este policía es inadmisibles e insultante para la memoria de nuestros tres compatriotas asesinados! —gritó con una voz que quería ser potente y se quedó en chillona.

Yeruldelgger, que había llegado a su altura, del otro lado de la mesa, como si fuera a salir, explotó con una furia que los paralizó. Abatió las manos con todas sus fuerzas sobre la mesa, la hizo temblar, y se inclinó hacia delante para escupirles a la cara:

—No hay sólo tres chinos en este caso, señor de la embajada. ¡Hay también dos mujeres mongolas cubiertas de porquería de vuestros cadáveres en los muslos y por todas partes! Vuestros pobres fiambres modélicos transformaron su fábrica de esclavos en un folladero para vuestro San Valentín local. ¿Es eso lo que usted quiere encubrir impidiéndome investigar? Pues bien, ¡es lo que va a terminar por encontrarse en la primera página del Messenger o de La Nation si continúa fastidiándome con sus amenazas diplomáticas!

El chino, ultrajado, se volvió hacia Mickey, demudado y sin voz.

—¡Reitero aquí oficialmente la indignación de los representantes de la República Popular de China! ¡Le pido que retire a este policía corrupto de la investigación concerniente a nuestros compatriotas y que ésta nos sea confiada, de conformidad con los acuerdos establecidos entre la China Minging Corporation y su Gobierno!

—¿Policía corrupto? —repitió Yeruldelgger con los ojos clavados en los del chino, quien prefirió buscar con la mirada el respaldo de Mickey.

—¿A qué se refiere? —preguntó el jefe.

—Este policía intentó chantajear directamente al representante oficial de la embajada, que soy yo, para dejarnos entrar en el escenario del crimen. ¡Aquí tengo las declaraciones de dos testigos!

Uno de los dos aprendices de abogado sacó un par de fotocopias de un maletín de cocodrilo teñido. Se las entregó a Mickey, quien intentó tomarse un momento para leer los documentos, pero no pudo avanzar mucho.

—¡Esto está en chino! —exclamó, sorprendido.

—Recibirá una traducción oficial a su debido tiempo —respondió el chino, encolerizado, con tono procesal.

—Supongo que puedo saber cuál es el contenido.

—Por supuesto. Aquí queda confirmado por dos testigos que este hombre intentó que le entregara el equivalente al montante de sus salarios atrasados.

—¿De qué está hablando? —preguntó Mickey, un poco perdido, volviéndose hacia su subordinado.

Los tres chinos reanudaron la partida de ping-pong.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Yeruldelgger, con los ojos mirando al techo en un gesto de hastío—. Cuando puse en su lugar a esta marioneta, que pretendía sacarnos del escenario del crimen, me dijo que iba a quejarse a mis superiores. Yo lo animé a que lo hiciera y le rogué que aprovechara la ocasión para recordarles que me debían dos meses de salario y cuarenta y siete días de vacaciones.

—¡Eso es un llamado tipificado y explícito a la corrupción! —afirmó el chino, revestido de indignación—. Este corrupto fijó así el montante de la propina que reclamaba.

—Mickey, si no dices nada para cerrarle el pico a este tipo, yo mismo sacaré del despacho a estos partidarios de Mao pateándoles el...

—¡Esto es inaceptable! ¡Inaceptable! —gritó el chino de la embajada, alzándose sobre la punta de sus pies para parecer más alto—. Es un insulto al pueblo chino y a su Gobierno. Exijo sanciones contra este hombre.

—¿Que qué? —replicó de pronto Yeruldelgger—. ¿Tú exiges? ¿Tú exiges sanciones? Pero ¿quién eres tú para exigir nada? ¿Sabes dónde estás? ¿Sabes que estás en el departamento de la policía de Mongolia? ¿Se te ha olvidado que estás hablando con funcionarios de la policía de un Estado independiente y soberano? Tú no tienes nada que exigir, ni a él ni a mí. ¡Ni siquiera deberías estar aquí! ¡Ni siquiera estás en el marco de tu actividad diplomática! El incidente diplomático va a ser en sentido contrario, si continúas. Es nuestro ministro de Asuntos Exteriores quien va a pedir cuentas si sigues así. Venir a presionar al investigador encargado de un quintuple homicidio para ocultar las aberraciones de una panda de degenerados sexuales, ése es el escándalo, ¿me entiendes? Y eso y tu arrogancia es lo que va a inundar mañana las portadas de los diarios de Ulán Bator.

Yeruldelgger golpeaba la mesa a cada frase, y los tres chinos se sobresaltaban al mismo tiempo con cada golpe. El comisario quería asegurarse de que todos los que estaban fuera del despacho siguieran el incidente y de que toda la planta estuviera ahí cuando los chinos salieran pitando y profiriendo amenazas. Cuando creyó haber gritado el tiempo suficiente para haber atraído a todos los polis de servicio hasta el otro lado de la puerta del despacho de Mickey, Yeruldelgger subió de tono la provocación. Volcó la mesa que lo separaba de los chinos con un gesto feroz y dio un paso hacia ellos para gritarles a la cara mientras les señalaba, furioso, la salida:

—¡Lárguense! ¡Lárguense de aquí! ¡Esto es la República de Mongolia, es

nuestro país, nuestra policía y nuestra investigación! ¡Ustedes no tienen ningún poder diplomático aquí!

Mickey dudó dos segundos entre intentar controlar a Yeruldelgger y evacuar a los chinos, y como siempre había temido físicamente al comisario, se precipitó hacia la puerta invitando con la mano a los aterrorizados chinos a que lo precedieran. Cuando la abrió, todos los hombres del departamento formaban un muro compacto de testigos silenciosos.

—¡Ustedes son un insulto para mi país! —gritó todavía Yeruldelgger, regocijándose en su interior—. ¡Son un insulto a nuestra policía, a nuestras leyes, un insulto a nuestra democracia! ¡Esta injerencia en un caso criminal en curso es una abyección!

Los tres chinos eran presa del pánico, atrapados entre aquella furia y el muro de policías, silencioso y amenazante. Yeruldelgger adivinó al fin en sus ojos el brillo de miedo que esperaba para poder estar seguro. Un miedo físico, incontrolable, que de ahora en adelante permanecería en ellos, oculto en alguna parte, para resurgir ante cualquier incidente inesperado. Entonces decidió terminar.

—Vuelvan a sus canapés y sus bacanales de diplomáticos parásitos y déjenos hacer nuestro trabajo de polis. ¡Somos nosotros quienes encontraremos a los asesinos de sus chinos, no ustedes! ¡Fuera!

Y dio un portazo con todas sus fuerzas. Era una señal para que el gentío silencioso abriera a los tres chinos un pasillo amenazador hasta la salida. Y debería haber sido también un mensaje claro para que Mickey comprendiera que la representación había terminado.

—¿Y? ¿He estado bien? —preguntó Yeruldelgger con un tono perfectamente calmo y controlado.

Pero el capitán no tuvo la reacción prevista.

—¡No, tú estás loco, loco de verdad! ¿Sabes quiénes son esos tipos? ¿Te imaginas la cantidad de mierda que nos van a echar encima? ¿Que me van a echar encima? ¡Mira esto! —gritó, arrojando sobre el escritorio los periódicos del día.

Todos llevaban la masacre de los chinos y de las dos mujeres en portada. L'Oriflamme, el más popular y el más populista de los periódicos de Ulán Bator, le dedicaba toda la primera página, con un titular alarmista y amenazador: «China exige culpables.» Los otros dividían sus titulares entre lo que ellos llamaban «el caso de los chinos emasculados» y la visita de una delegación de industriales coreanos.

—Estoy cansado de tus comportamientos de sociópata, Yeruldelgger. ¡Harto, me oyes! ¡Hasta el gorro! Haces lo que te da la gana, nunca rindes

cuentas de nada a nadie, golpeas a los testigos... ¡Estoy hasta la coronilla de tus mierdas, ¿me entiendes?! ¡Hasta la coronilla! ¡Que estés alterado por lo que le ha sucedido a Saraa esta noche no es excusa! Es más, deberían haberte echado hace ya cinco años, porque estás completamente fuera de control. No puedes seguir creyéndote que todo te está permitido so pretexto de que alguien disparó a tu pequeña, ¿me oyes? Lo siento de verdad por Kushi pero...

Mickey no tuvo tiempo de terminar la frase. Yeruldelgger se lanzó sobre él y lo empujó contra la pared, agarrándolo con una mano por la solapa de la chaqueta de alpaca y con el antebrazo en posición de estrangulamiento. Con la otra mano sacó el arma y encajó el cañón en la mejilla de su superior.

—No vuelvas a pronunciar el nombre de mi hija delante de mí, ¿me oyes? ¡Nunca! Y deja de joderme en mis investigaciones. ¿Está claro eso también?

Yeruldelgger lo soltó y se dirigió hacia la puerta. Mickey se derrumbó contra la pared, pálido y tembloroso, antes de reponerse y de poner en orden su vestimenta. Fue prudente y esperó a que su subordinado saliera del despacho y se alejara algunos metros. Los demás inspectores fingieron estar absortos de nuevo en sus expedientes para no tener que ser testigos de lo que iba a suceder. Cuando juzgó que Yeruldelgger estaba lo bastante lejos como para saberse fuera de peligro, Mickey se plantó en el marco de la puerta intentando parecer lo más alto posible.

—¡Estás muerto, Yeruldelgger! —gritó de lejos—. ¿Me oyes? ¡Profesionalmente, estás muerto! Te quito todos los casos, ¿me oyes? ¿Me oís los demás? Yeruldelgger ya no trabaja para nosotros, ¿entendido?

Nadie de los que estaban de servicio rechistó, y sólo Billy, un joven inspector en prácticas, osó mirar al comisario con ojos como platos. Éste vio en ellos mucho asombro y un poco de admiración, y de repente el joven le resultó simpático. Luego Yeruldelgger llegó a su despacho, de pocos metros y en el otro extremo de la planta, y se encontró con Oyun, que lo esperaba.

—¿Qué has hecho ahora? —preguntó ella con más compasión de la que habría deseado.

—He estado a punto de disparar a Mickey —contestó él.

—¿Por culpa de los chinos?

—No. Por Kushi. Pronunció su nombre.

—¡Menudo cretino! —exclamó Oyun, sacudiendo la cabeza con tristeza—. ¿Qué más ha dicho?

—¿Tú has hablado con él de lo de esta noche? —repuso Yeruldelgger sin responder a su pregunta.

—¿De los incendios?

—No, de Saraa. De las cloacas.

—No.
—Entonces, ¿por qué está al corriente?
—¿Qué crees tú? —preguntó Oyun, señalando con el mentón el despacho vacío de su colega.
—¿Chuluum? ¿De verdad?
—¡Quién si no!
—¿Está por aquí? ¿Lo has visto esta mañana?
—No, pero le dijiste que siguiera a Adolf, y lo han soltado ya. ¡A lo mejor te ha obedecido!
—Sí, puede ser —reflexionó en voz alta Yeruldelgger—. Por cierto, ¡Mickey me ha quitado todas mis investigaciones!
—¿Todas tus investigaciones? ¿Y qué vas a hacer ahora?
—Lo único que sé hacer, por supuesto —respondió él mientras salía del despacho—. ¡Voy a tomarme el fin de semana para investigar!

21

«¡Ya sería hora!», se burló Solongo

Yeruldelgger le había encontrado plaza a bordo del vuelo ZY955 de la Eznis Airways con destino a Dalanzadgad, a las siete de la mañana. En aquel pequeño bimotor Saab 340, de sólo treinta y cuatro plazas, eso era un milagro. Por lo general, todo estaba reservado con semanas de antelación. Todavía más milagroso resultaba haber encontrado un pasaje de vuelta en el vuelo 956 de la tarde. A las cinco estaría de regreso en Ulán Bator.

A Solongo le encantaban los aviones de hélice. Sentía que el ruido de los motores y las vibraciones de la carlinga le daban la tranquilidad de una obstinación animal. El bimotor se agarraba al cielo como un coleóptero testarudo. Además, volaba tres o cuatro millas más bajo que los reactores, y una vez más Solongo comprobó que su Mongolia era hermosa. Cuando admiraba desde el cielo aquella desmesura serena, su corazón se henchía de felicidad por vivir y haber nacido allí.

Sobrepasaron Dalanzadgad para poder tomar pista desde el sur y su largo bucle los llevó por encima de las dunas de arena del desierto de Gobi. El avión se inclinó sobre el ala y ella mantuvo la frente apoyada en la ventanilla para ver cómo subía a su encuentro aquel mar inmóvil y dorado bajo la luz rasante de levante.

El aeropuerto de Dalanzadgad no tenía más que una única pista de tierra, corta y en un extremo de la estepa, y por toda terminal un edificio azul y blanco

situado al fondo, al lado de la carretera. La estatua incongruente de un camello de bronce, emplazada sobre un raquíptico césped resecaado por el viento y la arena, oficiaba como decorado.

—¿Tienes algo que hacer este fin de semana? —le había preguntado Yeruldelgger.

Solongo había imaginado que podrían pasar dos días juntos a solas, cuidando de Saraa y hablando en voz baja en el jardín. Él le respondió que encontraría a alguien que cuidara de su hija, pero que la necesitaba a ella, su amiga, para investigar el caso de la niña, cuya custodia le había sido confiada por el viejo nómada. Solongo dudó un buen rato, aduciendo que a la mañana siguiente debía terminar varios casos, entre ellos el de un homicidio involuntario, con Chuluum. Yeruldelgger le dio una excusa para cada uno de ellos. Y cuando ella terminó por aceptar, él ya lo había arreglado todo, incluido el alquiler de un coche.

Un hombre con facha de ladrón recibió a Solongo y le entregó las llaves de un todoterreno enorme sin decir palabra. El coche estaba aparcado de cualquier manera, con el capó apuntando a la ciudad. Solongo arrancó de inmediato, dio media vuelta haciendo saltar el vehículo sobre las rodadas, y partió en sentido inverso, dejando al hombre inmóvil en medio de una polvareda ocre. Quinientos metros más adelante, después de las últimas yurtas blancas, protegidas de las ventoleras de arena tras sus cercas de madera negra, la carretera explotaba en una profusión de pistas caóticas que se extendían hacia el nordeste, como si cada vehículo hubiera querido trazar su propia ruta a través de la estepa. Solongo escogió una de ellas sin preocuparse de las otras, que se cruzaban repetidamente como rieles en un intercambiador de trenes. Al cabo de una hora estaría en Bayanzag, donde había pasado gran parte de su juventud removiendo la tierra roja para desenterrar restos de dinosaurios.

Los barrancos de Bayanzag no tenían nada que ver con los precipicios descritos en las guías. No eran más altos que las dunas de arena de Khongor Els. Eran los restos de un frente de colinas de tierra roja erosionadas por el viento y las tormentas. Habían sido el fondo de un océano evaporado hacía sesenta millones de años y hoy se fundían bajo el sol y las excavaciones de los turistas. Sin ser auténticos precipicios, los Flaming Cliffs resultaban realmente flamígeros bajo la luz del atardecer. Solongo lamentó no poder quedarse hasta la noche. Le habría gustado ver aquel cañón en miniatura incendiarse bajo el sol rasante e imaginar los fósiles dormidos de los gigantes desaparecidos bajo esa tierra de fuego. Quizá en otra ocasión. Debía intentar llevar respuestas a Yeruldelgger, así que se adentró por la pista que discurría junto a la línea de la cresta en la que se habían instalado los vendedores de souvenirs y de huesos de

dinosaurio.

Cuando distinguió la primera yurta, un niño vestido con atuendo tradicional ya estaba esperándola. Pareció decepcionado al ver que era de Mongolia. Como no tenía más que ese día para investigar, decidió ir directa al grano.

—Buenos días, pequeñajo. Busco una cosa como ésta —dijo, mostrándole al chaval el diente falso de velociraptor que habían extraído del puño de la niña—. ¿Lo has vendido tú?

La pregunta era demasiado directa, incluso para un chico. Éste receló de inmediato y se encerró en un prudente silencio, sin quitarle ojo al diente.

—Soy guía en Ulán Bator —mintió Solongo—. Voy a traer a un grupo de veinte franceses y quisiera ofrecerle un diente a cada uno. ¿Sabes dónde puedo encontrarlos?

De pronto, el chaval dio media vuelta y echó a correr en silencio hacia su yurta. Solongo vio que una mano torpe había escrito «Dinosaur Museum» sobre la misma tela cruda, encima de la puerta abierta. Siguió al crío y descubrió en el interior un verdadero tesoro de huesos y fósiles, muchos de los cuales parecían razonablemente auténticos, así como huevos fosilizados dentro de un nido reconstruido.

—¿Todo esto es tuyo? —preguntó ella, extasiada—. ¿Los has encontrado tú?

El crío asintió con la cabeza, ocupado en hojear un ejemplar usado de la Encyclopedia Prehistorica of Dinosaurs, un libro infantil desplegable. Luego se volvió hacia ella y lo abrió delante de sus narices; las fauces voraces de un velociraptor aparecieron gracias a unos ingeniosos pliegues.

—Los dientes no son así, mira. ¡Eso no es un diente de raptor!

—Lo sé —dijo Solongo—. Veo que tú también sabes mucho de dinosaurios. En efecto, ¡esto ni siquiera es un diente!

—¡Ya! —respondió el chico, orgulloso—. ¡Es un hueso tallado en forma de diente! Los hacen allí, en las dos últimas yurtas de la segunda colina. Tienen un taller, pero ¡no un museo como yo!

—Gracias. Ahora debo ir a ese taller, pero volveré para visitar tu museo y mirar este libro contigo. Te lo prometo.

—¿Cómo prometiste venir con veinte franceses?

—Sí, es verdad, perdóname, he mentado un poco. Pero regresaré, ¡te lo juro!

—Uno no miente un poco —filosofó el crío, encogiéndose de hombros—. ¡Uno miente, eso es todo!

Solongo salió de la yurta. La estepa estaba todavía casi desierta. Los guías vendían las excursiones a los Flaming Cliffs para última hora de la tarde, por el

atractivo flamígero de los precipicios. Sólo un coche se aproximaba por el sudeste, por la misma pista que ella había tomado. Y a lo lejos, hacia el norte, en la cima de una colina, se veía a un jinete inmóvil.

Cuando se acercó a las dos yurtas, una mujer la aguardaba en la puerta abierta de la primera. Tenía un puesto de piedras y huesos. La otra yurta era más grande y Solongo oyó detrás de la puerta cerrada el silbido de una herramienta, una lijadora o quizá una piedra de afilar. En la parte de atrás, un caballo atado con una cuerda la miraba fijamente.

—Buenos días —dijo la forense—. Querría comprar una cosa como ésta. Tú eres quien las vende, ¿no?

—Ah, ¿eso? —dijo la mujer con desconfianza—. Eso lo encuentras por aquí en todas partes.

—No como éste. Es falso. Es un diente tallado en un hueso, como puedes ver.

—¡Cierto, sí! —dijo la mujer, aparentando no haberse dado cuenta—. Es un souvenir para turistas. No tenemos derecho a vender fósiles auténticos, ¡seguro que ya lo sabes!

—Sí. Entonces, tú eres quien los fabrica, ¿verdad?

La mujer no supo qué responder y, como suelen hacer los mongoles de la estepa cuando no saben qué contestar, se quedó en silencio delante de Solongo.

—Escucha, no he venido a crearte problemas, lo que quiero es encontrar a la persona que compró esto, nada más. Puede que seas tú quien se lo vendió. Fue hace cinco años. ¿Tú ya estabas aquí hace cinco años?

Quedó claro que la mujer no iba a decir nada. Se limitó a quedarse allí, inmóvil, cabizbaja. Solongo miró a su alrededor. El jinete volvió a aparecer. Fue como si la hubiera seguido a lo largo de la cresta de las colinas. Intuyó que las observaba desde allí arriba. La supervivencia de los nómadas había dependido siempre de su curiosidad, y Solongo no se sintió amenazada. Sin embargo, un mal presentimiento le hizo darse la vuelta. El coche que había divisado hacía un momento se había detenido a bastante distancia. El chófer estaba fuera, acodado en la puerta abierta, y hablaba por el móvil. También él parecía observarlas.

Solongo rodeó la primera yurta y se dirigió a la segunda. Abrió la puerta sin llamar. El interior era como el de todas las estancias tradicionales, con la estufa central y los muebles de madera pintada, pero al fondo a la izquierda, en el lugar que acostumbraba a estar reservado a los visitantes, un hombre trabajaba afilando y puliendo pedazos de hueso, en medio de un batiburrillo de cajas y herramientas, en una mesita improvisada.

—Buenos días —dijo ella sin darle tiempo a reaccionar—. Necesito que me prestes el caballo para dar una buena galopada. Te lo alquilo al precio que

quieras, ¿de acuerdo?

El hombre no respondió. Desconectó las dos pinzas que ligaban su herramienta a una batería de automóvil y la miró sin levantarse.

—No te preocupes —añadió Solongo—. Crecí aquí. Monto bien y respetaré a tu animal. Así que... ¿cuánto?

—¿Quinientos? —aventuró el hombre.

—Es caro, pero de acuerdo. Te dejo mi coche en prenda. Te pagaré a mi regreso. Cien más si la galopada es buena.

Solongo abandonó la yurta sin esperar una respuesta y la rodeó para ir a desatar el caballo. Lo lanzó al galope antes incluso de sentarse sobre la silla, para demostrar al hombre que la había seguido que ella era buen jinete. El caballo tenía el galope bien ritmado, corto y rápido, a ras de hierba. Se irguió sobre los estribos, azuzó al animal con el «chu, chu» tradicional de la estepa y lo dirigió hacia el jinete solitario.

El hombre, inmóvil, la miraba subir la colina para ir a su encuentro. Al acercarse a él, Solongo vio que tenía una urga sujeta bajo la axila. Por su postura sobre el caballo, adivinó que no era joven. Era un viejo jinete que vigilaba su ganado disperso. Caballos, sin duda, que los ganaderos nómadas perseguían y atrapaban con un lazo colocado en el extremo de su urga, una larga pértiga de madera de sauce. Mientras subía el último tramo de la pendiente, Solongo se dio la vuelta para buscar con la mirada al conductor del coche. No se había movido, y adivinó que seguía observándola.

El hombre del caballo era en efecto un viejo nómada, muy tieso sobre su silla de madera, ceñido por un deel grueso de algodón azul ajustado con un ancho cinturón naranja. Apreció la manera de montar de Solongo, quien detuvo en seco el galope de su caballo a pocos metros de distancia.

—Buenos días, abuelo —dijo ella, controlando al caballo, todavía nervioso por la carrera.

—Hay que desconfiar de los hoyos de marmota —respondió el viejo jinete—. ¡No han tardado en hacer tropezar a tu caballo!

—Tienes razón, abuelo, pero la tentación de una buena galopada era demasiado fuerte. No suelo tener ocasión de hacerlo en Ulán Bator.

—¿Has venido desde allí para hacer preguntas sobre un diente de dinosaurio?

—¿Cómo sabes por qué pregunto?

—¡El viento no sabe guardar secretos! —respondió el anciano con aire cómplice.

—¿Y qué más te ha dicho el viento?

—Que buscas a la persona que recibió el diente que guardas en el bolsillo.

—Por desgracia, quien tenía el diente ha muerto, abuelo...

—¿La niña rubia ha muerto?

—¿La conocías?

El anciano permaneció inmóvil unos instantes, con la mirada en el cielo azul inmaculado, las manos apoyadas en el fuste y la larga urga de madera bajo el brazo. Solongo se preguntó si estaría rezando por la pequeña o si intentaba recuperar sus recuerdos.

—Hace cinco años, en primavera. Una furgoneta UAZ 452 azul con ventanillas. Acamparon durante cuatro días al borde de los precipicios de Bayanzag, justo debajo de aquí. Una pareja joven, extranjera. No eran del este. Hablaban una lengua hermosa. No era inglés. Ni ruso. Ni alemán. La mujer era bella y rubia. Cabellos cortos, como de hombre. Alta. Lindos pechos. Él llevaba gafas. Mayor, más bajo, cabellos negros. Se interesaron por los dinosaurios. La niña tenía cuatro o cinco años. Bonita, graciosa, con rizos. Se pasaba el día jugando con un triciclo rosa que su padre sacó de la furgoneta. A menudo se quedaba atascada en los hoyos de marmota. Su risa tintineaba como los cascabeles. Yo los miraba desde aquí. Creo que eran felices.

—¿Recuerdas la matrícula de la UAZ?

—No, no exactamente. De Ulán Bator, eso seguro, y me acuerdo de la doble suerte: tenía dos nueves.

—¿Y quién les dio el diente?

—El viejo comerciante de abajo. El que los fabrica en su yurta.

—¿Cómo lo sabes?

—Era primavera. Llovió durante todo el cuarto día. Vi cómo su UAZ se atascaba al intentar regresar a la pista. Bajé a ayudarlos. El viejo comerciante intentó venderles alguna cosa más hasta el último momento. Puso el diente falso en la mano de la niña y dijo a los padres que era un amuleto tradicional de buena suerte y que protegería a su hija del miedo a la noche y a las pesadillas. No se atrevieron a rechazarlo y lo compraron.

—¿Es el mismo comerciante?

—Sí —respondió el viejo jinete, que adivinaba sus intenciones—, pero no te diré nada. Un hombre vino a regalarle herramientas nuevas. El viento dice que fue a cambio de su memoria...

—¿Hace mucho?

—Sólo unos días. ¡Exactamente dos!

—¿Qué hombre?

—El del Toyota de ahí abajo. Por eso he venido. Como he visto que te seguía, te he llamado para decirte lo que los otros no te dirían.

—¿Tú me has llamado, abuelo?

—Por supuesto, ¿por qué razón habrías venido a todo galope si no?

Solongo dudaba qué responder cuando el suelo resonó con un golpeteo sordo. El anciano se enderezó sobre los estribos para mirar por encima de su hombro, más allá de la colina, y distinguió a cinco jinetes que se aproximaban a rienda suelta.

—Ve por ahí —le aconsejó a Solongo, azotando a su caballo con la brida—. Ve derecha hacia el oeste y no te des la vuelta.

De inmediato, lanzó a su caballo hacia el norte acompañando su galope con los codos abiertos y desapareció detrás de la cresta. La forense oía ya el redoble brusco de los otros caballos que se aproximaban. No sabía lo que querían, pero adivinaba que era a ella a quien buscaban. Sin embargo, aún no sentía miedo. Los muchachos jugaban a menudo a ese juego idiota cuando ella era más joven. Se trataba de encabritar a sus caballos para espantar al suyo, para volverlo loco, hacer que la tirara y así reírse de ella. Pero ya se le había pasado la edad y a los jinetes también. No estaba tan segura de que fueran a contentarse con reírse de su caída.

Sus perseguidores aprovechaban el impulso de sus monturas para alcanzarla. Los oía azuzar a sus caballos, que tenían los ojos enloquecidos y baba en el morro. El miedo le atenazó el pecho y los latidos de su corazón hacían eco al golpeteo de los cascos. Se preguntó si no debía intentar algún truco, cambiar de ruta para sorprenderlos, pero seguramente se trataba de cuidadores de manadas habituados a perseguir caballos salvajes. No tenía más alternativa que

intentar distanciarse. Ellos habían empezado a galopar mucho antes que ella, y quizá tuviera la suerte de que sus caballos se fatigaran antes que el suyo.

De pronto vio que el abuelo regresaba, directo hacia ella, con su larga urga bajo el brazo como la lanza de un caballero. Debía de haber rodeado la colina. El instinto de Solongo hizo que comprendiera que debía cruzárselo sin reducir el galope. Se rozaron un segundo en medio del sudor de sus caballos y el redoble de los cascos. En cuanto lo dejó atrás, Solongo torció el cuello para seguir la carrera del anciano a su espalda. Lo vio talonear a su animal y lanzarse directo hacia la reducida tropa de sus perseguidores. Cuando estuvo casi encima de ellos, hizo pivotar su urga, la cruzó de través sobre su pecho y atravesó el grupo de jinetes, descabalgando a los dos primeros. Uno de los hombres cayó hacia atrás en su montura, alcanzado en plena frente por la pértiga de madera. El segundo se echó a un costado para evitarla, se enredó con las patas de otro caballo y lo hizo tropezar. Los dos últimos jinetes encabritaron a sus monturas para detenerlas y socorrer a los que habían caído, desinteresándose tanto de Solongo como del anciano.

Ella aminoró la marcha de su caballo para dar un largo rodeo a la derecha sin apartar los ojos de la cuadrilla de jinetes derrotados. Vio que uno de los heridos era incapaz de volver a subirse a la silla. Los otros dos, tocados, se levantaron tambaleándose. Ella detuvo a su muntura, y los vio reagruparse a lo lejos. Uno de ellos ayudó al herido a montar en la grupa y otro se ocupó del animal. Luego el grupo partió con un trote lamentable rumbo al sur, sin mirar atrás.

Entonces vio que el anciano regresaba con trote ligero hacia el lugar del choque. En dos o tres pasadas, inclinándose bruscamente sobre el costado, sin bajarse del caballo, recogió los pedazos rotos de su urga. Luego volvió a partir hacia el este sin una mirada y ella comprendió que no había necesidad de que se saludasen. Puso a su caballo al trote para ir a la yurta del vendedor. El viejo mentiroso y su mujer la esperaban, de pie cerca de la entrada; el otro coche, en cambio, ya no estaba. Solongo supuso que lo habían visto todo, pero lo único que contaba para aquel anciano era el dinero.

—Lo has espoleado demasiado. ¡Eso vale mucho más que un galope! — dijo con severidad cuando ella saltó de la silla para entregarle las bridas.

—Tienes razón, abuelo. Eso vale que te denuncie a mi regreso. ¿Qué prefieres? ¿Excavaciones ilegales? ¿Tráfico de objetos culturales? ¿Fraude?

—¿Cómo puedes faltarle al respeto a un viejo nómada como yo? ¿Así honras las tradiciones? —replicó el anciano para disimular.

—¡Qué respeto merece quien instala un taller en su yurta para engañar a los visitantes en el mismo lugar donde, según la tradición, debería acogerlos!

—¿Qué sabes tú de tradiciones? ¡Niña de ciudad, hija de lobo! Los jinetes tenían razón: mereces que te pisoteen.

—Pues bien, diles que sé quiénes son y que mañana enviaré a la policía para que los detenga.

—Conozco a la policía —respondió el anciano con arrogancia—, y es a ti a quien van a detener si no te largas de aquí.

—La policía soy yo, carcamal —dijo Solongo, irritada, al tiempo que sacaba su identificación—. Y si no me dices quién era el hombre del coche, ¡a quien voy a detener ahora mismo es a ti!

—¡No lo conozco!

—¿Te regaló herramientas nuevas y no lo conoces?

—No sé su nombre —se corrigió el anciano, que comenzaba a perder pie.

—¡Dime algo o te meto en chirona!

—Lo llaman el Lobo y trabaja con la policía. Eso es todo lo que sé. Por eso le obedecí.

Solongo los dejó allí, subió al todoterreno y arrancó de inmediato para alcanzar la pista de Dalanzadgad. Vio por el retrovisor que la mujer corría hacia la yurta y volvía a salir con una cazoleta de leche para bendecir los cuatro puntos cardinales y protegerla en su camino. El hombre, furioso, volteó la cazoleta con gesto colérico y levantó la mano para golpear a la mujer. Solongo hundió el pie en el freno y tocó el claxon, y el hombre congeló su gesto, dando tiempo a la mujer para alejarse. Luego, Solongo volvió a arrancar y el vehículo saltó entre las rodadas en medio de una polvareda amarilla.

En cuanto estuvo en la pista, Solongo intentó llamar a Yeruldelgger. Lo milagroso de aquel país era que el móvil tenía cobertura en los lugares más inesperados.

—¡Soy yo!

—¿Cómo estás? ¿Ha ido todo bien?

—Casi.

—¿Cómo que casi?

—Problemas, pero nada grave. Bueno, escucha, ¿tienes con qué anotar?

—Espera un segundo, estoy al volante... ¡Ya está!

—A ver, hace cinco años, una pareja de acampada con una niña. Es ella: un testigo se acuerda del triciclo rosa. Extranjeros, pero no asiáticos. Ni rusos, ni ingleses, ni alemanes. Él, un hombre con gafas, ella, una mujer guapa. Se quedaron cuatro días. Se interesaron por los dinosaurios. Llevaban una furgoneta modelo UAZ 452. Con ventanillas, color azul, matrícula de Ulán Bator, con dos nueves. Turistas occidentales, supongo. Aunque la ley los obliga a ir con un chófer, parece ser que no lo tenían.

—¿Eso es todo?

—No está mal, ¿no?

—¿Y los problemas?

—Alguien me siguió y un grupo de jinetes ha intentado darme un susto. También han comprado el silencio del hombre que vendió el diente falso.

—De acuerdo. ¿Regresas esta tarde?

—Sí, con el avión que llega a las cinco.

—¡Hasta esta tarde!

Solongo iba a cortar cuando el Toyota apareció detrás de ella y golpeó el todoterreno. El choque fue violento. Ella soltó el móvil para agarrarse al volante y maniobró para permanecer en la pista. Yeruldelgger oyó el golpe y maldecir a su amiga.

—¿Solongo?

El teléfono golpeó contra el salpicadero y rebotó en el asiento del copiloto. El altavoz no estaba conectado, pero al echarle un vistazo rápido, Solongo se dio cuenta de que seguía en línea. Quizá Yeruldelgger estuviera aún al aparato.

—¿Me oyes? ¿Me oyes? —gritó ella mientras vigilaba por el retrovisor al Toyota, que volvía a echársele encima—. Si me escuchas, es un Toyota verde oscuro. Land Cruiser de tres puertas. Chasis corto, parece. Un solo hombre.

Yeruldelgger oyó un nuevo choque y una sarta de insultos.

—¡Hijo de puta! —gritó ella—. Intenta empujarme hacia el precipicio... La matrícula, anota el número... 4826, Ulán Bator. No, no, 2648. 2648 Ulán Bator... Cristales ahumados... Parabrisas dañado... ¡Espero que estés anotando!

El comisario se paró en el primer lugar que encontró en el lateral de la Peace Avenue Road y apuntó en su cuaderno cada palabra de Solongo.

—¡Me está alcanzando, Yeruldelgger, me está alcanzando! ¡Está a mi altura por la izquierda, pegado a mí! ¡Oh, no, por Dios, va armado! ¡Me va a disparar!

Yeruldelgger soltó el cuaderno. Agarró el móvil y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Frena, Solongo, frena! Frena y déjalo pasar y mándalo por los aires por detrás. ¡Golpéalo en una esquina por detrás! ¡Solongo! ¿Solongo?

Cuando vio que el chófer le apuntaba con el arma, Solongo pisó el freno y sujetó el volante para mantener el todoterreno alineado con la pista. Su gesto lo sorprendió y le hizo frenar un segundo tarde, pero no pudo mantener la trayectoria de su vehículo, a causa del arma que tenía en la mano. El Toyota arañó el lateral izquierdo del todoterreno y le arrancó el retrovisor. En cuanto la sobrepasó, Solongo metió la marcha para recuperar potencia y salió de la pista por su izquierda, del lado opuesto al precipicio. El terreno subía en una pendiente bastante abrupta hacia un declive largo y salpicado de grandes rocas.

El todoterreno rugió al patinar sobre la hierba antes de volver a encontrar agarre y precipitarse saltando entre los guijarros y los hoyos de marmota. Por el retrovisor interior, iba vigilando al Toyota. El tipo tuvo que maniobrar para salirse de una rodada y dar media vuelta para continuar la persecución. Estaba apenas a diez metros de ella y Solongo calculó sus posibilidades. Seis o siete metros deberían ser suficientes para el efecto sorpresa. Cuando consideró que su agresor estaba a una buena distancia, dirigió el todoterreno directamente hacia una gran roca. Cuando llegó ante ella, la rodeó por la derecha e hizo como si fuera a refugiarse tras ella para convertirla en un obstáculo frente a su perseguidor. Cuando el Toyota se puso de través sobre la pendiente para rodear a su vez la piedra, Solongo dio un frenazo, metió marcha atrás y lanzó el todoterreno contra él. Apuntó a la rueda delantera derecha y puso toda la fuerza de su motor en el impacto. El Toyota estaba de lado y atravesado sobre la pendiente. El choque lo desequilibró y lo levantó por el lado derecho, luego cayó lentamente del otro costado y dio una decena de tumbos cada vez más rápidos hasta llegar a la pista. Saltó sobre una rodada, cayó del otro lado y desapareció en un barranco.

Solongo se asombró de no tener miedo. Observó la caída del todoterreno sin sentir la menor piedad por su conductor. Luego bloqueó el diferencial del todoterreno y dio media vuelta con cautela para regresar a la pista, agarrando bien las ruedas a la pendiente. Justo antes de llegar, distinguió el arma del conductor, que debía de haber salido expulsada por una ventanilla rota. Dio marcha atrás, se detuvo, la recogió por la portezuela sin bajarse del coche y luego arrancó en dirección a Dalanzadgad.

Unos cientos de metros después, tuvo dificultad para meter el embrague y se dio cuenta de que su teléfono había caído a sus pies y bloqueaba el pedal. Se inclinó para recuperarlo.

—¿Yeruldelgger? ¿Todavía estás ahí?

—Es a ti a quien habría que preguntárselo —respondió él.

—Me cuesta trabajo creerlo, pero diría que sí.

—¿Y el otro?

—En un barranco después de dar diez vueltas de campana.

—¡Bien hecho!

—No sé si habrá sobrevivido...

—¡Qué importa! Escucha, cuando llegues a la ciudad, pasa de largo el aeropuerto. Después de la curva a la derecha, a unos doscientos metros, justo antes del caserón de tejado azul, toma la calle de la derecha. Deja el coche en el corral de la cuarta casa, la del tejado verde. Estará abierto. Ve al aeropuerto a pie. Son apenas trescientos metros. ¿Entendido?

—Entendido, jefe —bromeó Solongo, que comenzaba a relajarse—. ¿Hay control de seguridad al embarcar?

—No. En los vuelos nacionales no. ¿Por qué?

—Tengo el arma del conductor del Toyota —murmuró ella, como si alguien pudiera escucharla dentro del todoterreno en medio del Gobi.

—¡Bien hecho! —dijo Yeruldelgger, y silbó—. Al final acabaré queriéndote, ¿sabes?

—¡Ya sería hora! —se burló Solongo.

22

...desnuda y despierta detrás del biombo

—¿Yeruldelgger no está? —preguntó Oyun.

—Ha ido al mercado de coches —respondió Solongo.

—¿Has traído algo de Flaming Cliffs?

—Una pista sobre una furgoneta UAZ. Ha ido a ver qué pesca.

—He oído que hubo jaleo...

—Sí, ¡la cosa estuvo un poco movida!

—Yeruldelgger se preocupó muchísimo. ¡Raras veces lo he visto así!

—...

—Dime, ¿hay algo entre vosotros dos? —preguntó Oyun con delicadeza.

—No creo que sea algo que te afecte —respondió Solongo, que apoyó suavemente una mano en el hombro de la joven.

—¡A veces creo que sí! Somos colegas y cuando nos encontramos en situaciones peligrosas a menudo tengo la sensación de que nada puede detenerlo y que acabará por arrastrarme más allá del límite. Me tranquilizaría mucho saber que hay alguien más importante para él que su propia vida, ¿lo comprendes? ¡Que lo haga aferrarse a la vida, vamos! ¡Que se aferre de verdad, aunque sea a la de otra persona!

Ambas estaban sentadas en dos taburetes bajos de madera pintados de vivos colores, al sol fresco del jardín, delante de la yurta. Solongo había echado el té en el agua burbujeante. Al primer hervor había añadido la leche y retirado la tetera del fuego, luego le había echado una pizca de sal. Oyun había observado con satisfacción cómo ejecutaba, en silencio y con elegancia, cada gesto de la tradición. A continuación, Solongo había aireado el té salado con leche ayudándose de un cucharón que guardaba sólo para eso, después añadió una cucharada de harina, como ambas habían visto hacer a sus madres en la estepa cuando eran niñas.

—Llevo mucho tiempo enamorada de él —respondió la forense después de un largo silencio—, pero me parece que él no lo está de mí. Creo que Yeruldelgger no puede amar a nadie desde...

—...

—...

—¿Desde?

—Desde que murió su pequeña Kushi y se fue Uyunga.

—¿Era su mujer?

—Sigue siéndolo —respondió Solongo con ternura y la mirada perdida en las volutas de vapor del té.

—¿Qué ocurrió?

—Ya te lo he dicho, ella se marchó. No soportó la muerte de Kushi. Se fue de verdad, en todos los sentidos. Abandonó a Yeruldelgger para reunirse con su familia, en los hermosos barrios del norte, pero está en otro lugar... Su espíritu se quedó con la pequeña Kushi. En su cabeza sigue viviendo con ella.

—¿Se volvió loca?

—¡Nunca digas eso! ¡No hay que decirlo! Uyunga se fue y está en otro lugar. Es el mundo a su alrededor el que se ha vuelto loco. El mundo que le quitó a su amada hija.

Oyun bebió un sorbo de té y los recuerdos de su infancia regresaron a perturbar su ánimo. Que surgieran al evocar la muerte de la hija de un hombre al que las dos amaban, cada una a su manera, hizo que las lágrimas acudieran a sus ojos. Giró la cabeza para ocultárselas a Solongo, que miraba al frente para no verlas.

—¿Cómo ocurrió?

—No lo sé. Fue cuando investigaban los grandes casos de corrupción, en el momento de la recompra de las tierras. Yeruldelgger iba tras la pista de unos grupos secretos y poderosos que querían echar mano a todas, probablemente para revenderlas a los oligarcas rusos o a los conglomerados chinos. Alguien secuestró a Kushi. No hubo petición de rescate. Tampoco exigencias. Al menos no se hicieron públicas. Se cree que actuaron así para presionar a Yeruldelgger para que abandonara la investigación. Los rumores dicen que no la abandonó. Se dice también que quienes habían secuestrado a Kushi la mataron para destruirlo a él, por no haber detenido su investigación.

—¿Y lo consiguieron?

—Sí. La muerte de Kushi lo destruyó. No estaba en condiciones físicas ni mentales de investigar. Lo apartaron de los casos importantes. Hoy debería estar ocupando el puesto de Mickey.

—¿Por eso ya no ama?

—Sí, aunque creo que todavía ama a alguien. Quiere a Saraa. Profundamente, más que a nada en el mundo. Pero no sabe cómo decírselo ni cómo demostrárselo. Creo que se le ha metido en la cabeza que tiene que aguantar todo lo que ella hace para martirizarlo, como si fuera un castigo. Y lo encaja. Es inimaginable cuántos golpes y cuánto odio puede encajar ese hombre... Pero nosotros no estamos juntos. Yeruldelgger no desea estar con nadie que no sea Saraa, ¡y ella no quiere! Mientras ella viva, él vivirá para ella. En cuanto a nosotras, contentémonos con que nos tenga cariño...

Ambas se sonrieron con tristeza, sin ocultarse los ojos, que ya tenían empapados en lágrimas. Como los de Saraa, que las escuchaba desnuda y despierta detrás del biombo.

23

...eso quería decir que lo había comprendido

Khüan *el Kazajo* había alineado cinco grandes contenedores en la acera de una de las calles que daban al mercado de coches de Da Khuree. Había hecho de ellos su taller mecánico. Los contenedores estaban instalados sobre unas plataformas y el Kazajo les había recortado el fondo de acero con soplete. Sus mecánicos y él se metían allí para retocar las suspensiones y los cardanes usados que revendía de segunda mano en el mercado, entre los miles de automóviles que había alineados en los inmensos aparcamientos. El mercado de coches estaba día y noche abarrotado de compradores y vendedores, de buhoneros, carteristas, mercaderes ambulantes, prostitutas, granujas de medio pelo, lamas mendigos, ejecutivos encanallados, traficantes y pardillos. El lugar se había convertido desde hacía algunos años en uno de los de peor reputación en Ulán Bator.

El taller del Kazajo parecía próspero. Los cinco contenedores estaban ocupados por vehículos que los mecánicos despiezaban a la luz de lámparas eléctricas portátiles, en medio de un denso olor a aceite de motor, herrumbre y gasolina.

—¿Khüan? —preguntó Yeruldelgger al trasero manchado de grasa de un hombre que tenía la cabeza hundida en una culata.

Una mano, armada con una llave inglesa, salió del motor para indicarle la dirección.

—Fuera, debajo del Lada.

Yeruldelgger se acercó a un Lada, cuyo tren delantero estaba suspendido en el aire por un gato neumático. Un hombre parecía querer reventarlo desde abajo

a martillazos. Estaba acostado boca arriba, entre dos traviesas de ferrocarril paralelas metidas bajo el automóvil.

—Sal de ahí, Khüan —ordenó el comisario, dando un golpe con el pie en la suela del mecánico.

—¡Yeruldelgger! —anunció sin sorpresa una voz de ogro a través del capó abierto.

—¡Sal de ahí o te bajo el gato! —volvió a ordenar el comisario.

—¡Desde tu última visita trabajo siempre con cuñas! —respondió la voz.

Yeruldelgger se agachó, cogió la primera cuña con las dos manos y tiró de ella para deslizarla lejos entre sus piernas.

—¿Estás seguro de que la cosa funciona también con una sola?

—¡Está bien! ¡Está bien! —dijo el ogro, que se afanaba en ordenar algunas herramientas antes de salir de debajo del Lada—. ¿A qué has venido esta vez?

—A almorzar...

El hombre desplegó toda su envergadura. Metido en su mono naranja manchado de grasa y abierto hasta el ombligo, le sacaba una buena cabeza a Yeruldelgger. Se limpió las manos con un paño negro de mugre, y los músculos de sus antebrazos se tensaron como los cables de un puente colgante.

—¿El barucho de la vieja sigue abierto en la calle de atrás? —preguntó el comisario.

—¡Claro! —respondió el Kazajo mientras se lavaba las manos, llenas de espuma de jabón líquido ruso—. ¿Caldo de borrego, como siempre?

—¡Más que nunca! Los restaurantes que sirven caldo de borrego y cuajo de yogur tibio deberían formar parte del patrimonio nacional.

El lugar no era más que una barraca de chapa y madera regentada por una anciana buriata originaria del norte del Hentiy. Viuda desde hacía cuarenta años, llevaba tanto tiempo cocinando para los rufianes del mercado que se había convertido en la abuela de todos ellos.

—¡Buenos días, abuela! —dijo Khüan con un tono brusco que apenas ocultaba su cariño por la anciana.

—¡Cuando el turco entra en tu hogar, el cliente se va! —replicó ella.

—Error, abuela, un cliente, ¡eso es justo lo que te he traído!

Ella levantó la mirada de sus calderos y de su cajón de frituras para ver quién acompañaba al Kazajo. Cuando vio a Yeruldelgger, su rostro apergaminado por la edad y los inviernos se arrugó aún más en una mueca de descontento.

—¿Ése? —dijo, agitando un colador brillante de aceite caliente—. ¡Ése vale por diez turcos para la clientela! ¡Escóndelo en un rincón si quieres que te sirva!

Los dos hombres obedecieron porque también a ellos les convenía la

discreción. Puesto que no podía hacer otra cosa, Khüan prefería no exhibirse demasiado en compañía de un policía. En cuanto a Yeruldelgger, visto que ya no estaba oficialmente a cargo de ninguna investigación y que el mercado rebosaba de informantes, siguiendo la gran tradición de las repúblicas postsoviéticas, también prefería ser discreto.

—Caldo de borrego y cuajo de yogur, supongo —dijo la anciana.

El Kazajo lo rechazó exagerando su repugnancia. Nunca había comprendido la predilección de Yeruldelgger por aquellos guisos de pobres. Menos aún, la costumbre de comerlos uno después del otro. Él prefirió empanadillas de cordero fritas y dos cervezas. Cuando la anciana se hubo alejado, mascullando algo contra esos turcos que no sabían lo que era bueno, Khüan hizo saber al comisario que tenía prisa y le preguntó qué quería.

—Una furgoneta.

—¿Te vas de vacaciones? —bromeó el Kazajo.

—Una UAZ 452, azul, con ventanillas, modelo antiguo —continuó Yeruldelgger, serio.

—¿Y qué más? —se burló Khüan.

—Desaparecida de la circulación hace cinco años y matriculada en Ulán Bator con dos nueves en el número de la placa.

—¡Ah! —dijo el Kazajo, recuperando la seriedad—. ¡Entonces no es para las vacaciones!

—No. Parece que quienes la conducían hace cinco años terminaron por tomarse unas vacaciones eternas.

—¡Ya veo! —soltó el Kazajo—. ¡Echaré un vistazo por ahí y te aviso si encuentro algo!

—¡Encuentra algo! —insistió Yeruldelgger.

—¡Eh, camarada, cómo te pones...! ¡Hablamos de un vehículo que desapareció hace cinco años, y ni siquiera me has dicho lo que saco yo con esto!

—No me tomes por idiota —respondió el policía, fingiendo contener la ira—. Ningún vehículo puede salir del país sin llamar la atención en un lado u otro de la frontera. En las estepas o en las montañas, ningún vehículo escapa a la curiosidad de los nómadas o los cazadores. Esa UAZ no aparece, tiene que haber pasado obligatoriamente por Ulán Bator, y si ha pasado por aquí, ha pasado a la fuerza por este mercado. O me la consigues, o me averiguas qué ha sido de ella.

—¿Y qué gano yo con esto?

—¡Lo tienes delante de ti! —respondió Yeruldelgger, señalando el plato de empanadillas de cordero chorreantes de aceite que la anciana buriata acababa de servir sobre la mesa sin mantel—. ¡Yo invito!

—¡Adónde van nuestros impuestos! —exclamó el Kazajo, que atacaba a

dentelladas la primera empanadilla dorada.

—¡Tú trabajas en negro!

—¡Adónde van nuestros impuestos en negro, entonces! —se corrigió Khüan.

Brindaron sin sonreírse, entrechocando sus botellas de cerveza Chinggis, y comieron en silencio. Salvo por Yeruldelgger, que sorbía ruidosamente cada cucharada del potaje para subrayar cuánto le gustaba, y para gran y oculta satisfacción de la anciana, a la que observaba con mirada cómplice. A él le gustaba complacer a la gente mayor. Es lo que se les debía por cuanto habían vivido y sufrido, lo mismo que aguardaba a los demás.

Se separaron al salir del bar. El ogro kazajo, que había encargado dos porciones de kuushuur a cuenta de Yeruldelgger, se fue, pero antes le prometió buscar información en cuanto su taller le dejara tiempo.

Khüan descendió hasta la gran plaza del mercado de coches, que ocupaba el espacio de varias manzanas de casas, y se deslizó entre dos contenedores. Detrás de lo que llamaba su «taller», sobre un rincón de tierra baldía, había plantado una yurta, vieja y sucia, que le servía a la vez de habitación, depósito y despacho. Fue directo hasta una mesita, sacó un iPhone de un cajón y llamó a un número de la lista de contactos. En el tiempo que su interlocutor tardó en responder, Khüan cogió un grueso motor de arranque de Land Cruiser que había sobre el escritorio y lo examinó.

—Hola. Soy yo. ¿Te acuerdas de la UAZ azul de hace cinco años? Un poli la busca...

—Lo mejor de vosotros, los kazajos, es que sois tan previsibles... Fuertes, sobornables, retorcidos, pero previsibles.

Yeruldelgger estaba allí, en la yurta, delante de la puerta, con las manos en los bolsillos del abrigo. Khüan se preguntó por qué no lo habían avisado. El mercado entero no era sino una red de códigos y mensajes. Alguien en los talleres tendría que haberlo prevenido aporreando cualquier cosa. En el Altai Car Service, la llegada de la poli eran tres golpes seguidos, un golpe aislado y otros dos golpes seguidos. En medio de cualquier alboroto, Khüan habría sido capaz de diferenciar aquel código de entre todos los otros códigos de los demás traficantes de poca monta y mercachifles del mercado de coches. Igual que lo había reconocido cuando lo habían avisado de la llegada del comisario, antes del almuerzo.

—¿Te crees que me he metido un almuerzo contigo sólo por tu cara bonita? Dejé mi abrigo a tus mecánicos y les dije que vendría a recogerlo después de comer para que pensarán que tú sabías que volvería. Por eso no te han avisado. ¿Creías que los polis no conocemos vuestros juegucitos de patio de recreo con

códigos secretos? Ahora vamos a dejar de jugar y...

El Kazajo alzó el motor de arranque que tenía en la mano para arrojárselo a Yeruldelgger, pero éste ya se lo esperaba. El comisario sacó su arma y disparó con tranquilidad contra la tibia del ogro kazajo, que se derrumbó gritando por el hueso que le había partido el impacto de la bala.

—¡Previsibles, te lo he dicho! —casi se excusó, encogiéndose de hombros.

Yeruldelgger recogió el iPhone del Kazajo para llamar a Urgencias y avisar a Oyun de lo que acababa de ocurrir. Marcó primero un número equivocado, maldiciendo por su torpeza, luego marcó los otros dos. Cuando colgó, se quedó con el móvil entre las manos y se puso a jugar con él, maravillado con la calidad del aparato y la multitud de funciones.

—¿Te duele? —preguntó al Kazajo, que hacía muecas.

—Claro que me duele, ¿qué pensabas? —gimió el gigante.

—¡Eso está bien, eso está bien! —dijo Yeruldelgger, sentándose en un taburete de madera pintada con las manos de nuevo en los bolsillos—. ¡Estás entrando en razón!

Los mecánicos se habían agrupado en el exterior de la yurta y miraban la escena sin atreverse a intervenir. El comisario les dijo que ya había avisado a Urgencias y que podían volver al trabajo. El lugar estaba amueblado con cualquier cosa y de cualquier manera, sin ninguna consideración por las tradiciones, mezclando taller y dormitorio, sin mostrar respeto por la circulación de la gente y los espíritus. Yeruldelgger se dijo que de todos modos los kazajos no eran mongoles. Ciudadanos de Mongolia puede que sí, pero mongoles no. Luego esperó a la ambulancia en silencio.

Justo antes de que las sirenas anunciaran a la americana la llegada de policías y auxilio, el comisario se inclinó sobre Khüan, que temblaba de dolor.

—He venido para comprar un vehículo de ocasión. Si les cuentas la verdad, vuelvo y te meto otra en un codo. Hemos discutido a propósito de la cuenta en el sitio de la anciana buriata, tú habías bebido y me has amenazado con la pieza del motor, y yo te he disparado para defenderme. Y no menciones la llamada, ¿entendido?

El Kazajo masculló un insulto en su idioma. Yeruldelgger le respondió que prefería pensar que con eso quería decir que lo había comprendido.

24

...el último y patético cartucho de un viejo perdedor

—Es un asunto privado —explicó Yeruldelgger.

Mickey se había enterado del incidente cuando estaba en el green, practicando al golf, con el diputado del partido gobernante que lo había invitado. A continuación iban a reunirse con un juez y con el ministro correspondiente para un cóctel de gala a beneficio de los huérfanos de las fuerzas del orden. Una oportunidad en la que trabajaba desde hacía mucho tiempo y que se anunciaba llena de promesas, léase de promoción...

—Tú estás loco, Yeruldelgger, tú estás loco —le dijo su superior con tono resignado—. De entrada, insultas a diplomáticos, luego me amenazas con tu arma y ahora disparas a un mecánico. Tú estás loco, estás para que te encierren, ¡te lo juro!

—Me amenazó, ya lo has oído, ¿no?

—¿Qué coño se te había perdido allí?

—¿Tú has visto al tipo? ¡Es un ogro! ¡Con un motor de arranque de Land Cruiser en la mano! Le disparé para defenderme.

—¿Qué estabas investigando? ¡Te he quitado todos los casos, Yeruldelgger!

—No investigaba nada. Estábamos hablando de coches, fuimos a comer allí al lado, él comió tres veces más que yo y no quiso compartir la cuenta. Le reclamé su parte, se negó, insistí, se encabronó, me amenazó y disparé. Punto.

—¡Con tu arma reglamentaria, con tu arma reglamentaria!

—Por supuesto que con mi arma reglamentaria, ¿con qué querías que disparase? ¡No tengo más arma que ésa! —mintió Yeruldelgger—. ¿Acaso eso cambia algo respecto de la legítima defensa?

—Escúchame bien, no me creo tu historia. No sé qué hacías allí ni qué le has dicho, pero lo sabré. Estás avisado. Si sólo dependiera de mí, ya estarías despedido. Mientras tanto, te quedas sin placa y sin arma durante el tiempo que dure la investigación interna. Es la rutina que seguimos cuando un civil resulta herido de bala, lo sabes. Después, digamos que oficialmente puedes seguir, puesto que ese imbécil te cubre, pero extraoficialmente, Yeruldelgger, y te lo digo a la cara, estás acabado. ¡Eso está escrito y eres tú quien lo ha escrito!

Mickey había adoptado el tono condescendiente de quien se está dirigiendo a alguien tan irrecuperable que ni merece la cólera de los demás. Yeruldelgger escuchó sin interés, con insolencia, las manos en los bolsillos del abrigo y la derecha jugueteando con el móvil del Kazajo. Sacó su placa y su arma, y las dejó sobre el escritorio de Mickey.

—Si está escrito... —dijo con tono fatalista.

Se dirigió hacia la puerta y se disponía a salir cuando el capitán lo llamó con el mismo tono condescendiente.

—¡El teléfono, Yeruldelgger!

—¿El teléfono? ¿Qué teléfono?

—¡El móvil del Kazajo!

—¡Ah, sí! ¡El móvil del Kazajo! Sí, por supuesto, el móvil del Kazajo...

Sacó el aparato del bolsillo del abrigo y se acercó para dejarlo también sobre el escritorio del capitán, que ya había metido su placa y su arma en un cajón con llave.

—¡Un día tendrás que dejar de creerte superior a todo el mundo y de tomar a los demás por idiotas! —soltó Mickey mientras recogía sus cosas para ir al cóctel.

—Ya —admitió Yeruldelgger de buena gana al tiempo que salía del despacho—. Puede que lo haga el día en que los demás sean menos idiotas.

A Mickey no le gustó ni la alusión de su subordinado, ni el tono en el que la había hecho. Adivinó en ella además una amenaza o una jugarreta, y dudó por un segundo si exigirle que le dijera a qué se refería con aquello. Pero era domingo y le esperaba un cóctel de gala presidido por su ministro. Para tranquilizarse, prefirió considerar el comentario de Yeruldelgger como el último y patético cartucho de un viejo perdedor.

25

«¡Un domingo magnífico!»

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Yeruldelgger, mirando hacia el biombo.

—Cicatrizas bien —respondió Solongo.

—¿Y tú? —dijo Oyun—. ¿Cómo estás tú?

—¡Más ligero! —bromeó él—. Ayer me quitaron todas mis investigaciones, ¡y hoy me han confiscado la placa y el arma!

—¡Oh, no! ¿Qué es lo que has hecho ahora? —preguntó con inquietud Solongo.

—Le disparé en la pata a Khüan, el kazajo del Altai Car Service del mercado de coches.

—¿Y el motivo? —preguntó Oyun.

—Quería romperme el cráneo con el motor de arranque de un Land Cruiser. ¿Tú sabes lo que pesa el motor de arranque de un Land Cruiser? ¡Unos nueve kilos! Nueve kilos impulsados por un ogro kazajo de dos metros, qué querías que hiciera, ¿eh?

—Quizá no poner furioso al Kazajo, por ejemplo —sugirió Oyun.

—Sí, pero cuando el Kazajo te oculta algo acerca de una furgoneta UAZ que puede que haya sido la última morada de una niña rubia sepultada con la

boca llena de tierra junto con su triciclo rosa en plena estepa, ¿no es él quien está furioso, soy yo!

—¿Qué? ¿Ya has encontrado la furgoneta?

—El Kazajo hizo una llamada en la que se refirió de manera muy explícita al vehículo que buscamos.

—Genial. Dame el teléfono, el lunes empiezo a investigarlo —dijo Oyun, entusiasmada.

—El teléfono lo tiene Mickey, junto con mi placa y mi arma.

—¡Mierda!

—Sí, pero aunque él tenga el teléfono, yo soy quien tiene el número bueno...

—¿Qué significa eso?

—Eso significa que mientras fingía extasiarme ante la maravilla tecnológica del iPhone del Kazajo, aproveché para manipularlo y ver cuál era el último número al que había llamado.

—Ya, pero Mickey lo tendrá también en el teléfono ¡y puede adelantársenos!

—Salvo que yo haya borrado ese número de la lista de llamadas.

—Mickey se dará cuenta, Yeruldelgger. En cuanto lo apriete un poco, Khüan le hablará de esa llamada.

—Por eso marqué un número falso justo antes de llamar a Urgencias. De ese modo, hay un número que corresponde a la llamada.

—¿Un número falso? ¿Qué número falso?

—Por casualidad, el del Departamento de Policía. Supongo que eso frenará a Mickey el tiempo necesario para que podamos rastrear la llamada buena.

—Bien hecho, pero cuando filtren las facturas darán con el verdadero número al que llamó el Kazajo.

—No te preocupes, Oyun, en lo que tarden en vincular nuestro caso con mi visita al garaje, habremos tenido tiempo de saber adónde lleva la pista de la UAZ.

Luego, volviéndose hacia su amiga, dijo:

—¿Qué has preparado, Solongo?

—Unas kuushuur —respondió ella con glotonería.

—¡Hum! —dijo Yeruldelgger, inhalando a pleno pulmón con los ojos cerrados—. ¡Éste sí que es un buen domingo!

—¿Puedo comer algo con vosotros? —preguntó Saraa con una voz todavía débil desde detrás del biombo.

—¡Por supuesto, mi ángel! —dijo Solongo—. Aún no puedes vestirte, pero no te muevas, iré a darte de comer y podrás hablar con nosotros a través del

biombo.

—¡Un buen domingo! —exclamó Yeruldelgger con lágrimas en los ojos—. ¡Un domingo magnífico!

26

...en el corazón de un bosque de alerces bajo una luna insolente

Yeruldelgger realizó varias llamadas telefónicas a propósito de Adolf. Las hizo sin discreción, tanto para sembrar el pánico entre los simpatizantes del grupo como para activar a algunos informadores. Luego llamó a Chuluum para saber si había hecho el seguimiento como le había ordenado, y éste lo envió a paseo: Yeruldelgger no tenía nada que hacer en ese caso, Mickey lo había suspendido y él no tenía por qué rendirle cuentas de nada.

—Voy a verte —contestó el comisario—. Intenta encontrar alguna respuesta mejor antes de que llegue, si no te faltarán dientes para contar cualquier cosa. ¡No te muevas, sé dónde encontrarte!

—Tranquilo —replicó Chuluum con una voz sorprendentemente relajada—. Si sabes dónde encontrarme, no me muevo y te espero...

Lo bueno, se dijo Yeruldelgger, era que por fin iba a administrar a Chuluum el correctivo que hacía mucho que se merecía. Lo malo, que lo obligaba a buscarlo durante toda la noche por bares, clubes y pisos francos. Decidió ir a pie, dispuesto a dedicarle la noche entera si hacía falta.

Comenzó por el Altai Lounge, la coctelería más lujosa a la que Chuluum acudía como parte de sus hábitos de poli dandi. Cuando reconoció la insignia rosa y blanca con el águila sujetando una botella de vodka entre sus garras, Yeruldelgger aflojó el paso. Distinguió enseguida el gran Lexus de color bronce con ventanillas ahumadas aparcado delante de la entrada del bar. Conocía ese coche. Todo el mundo en Ulán Bator lo conocía, pero él más que nadie. Comprendió que quizá debería prepararse para recibir una sorpresa dentro del bar, pero no tuvo tiempo de entrar. Cuando un pobre diablo vestido de obsequioso guerrero mongol se disponía a abrirle la puerta del local, el chófer del Lexus se bajó y dio un rodeo para abrir la puerta trasera del coche, la que daba a la acera. La mirada que dirigió a Yeruldelgger era más que una simple invitación. El comisario se acercó al vehículo y tuvo que esforzarse para disimular su sorpresa.

En el interior, su propietario estaba acompañado por el inspector Chuluum, que intentaba permanecer impassible, pero Yeruldelgger notó en su mirada un insolente destello de victoria.

—Déjanos, inspector...

Erdenbat, el hombre al que pertenecían el Lexus, la mitad de Ulán Bator y una gran parte de Mongolia, despachó a Chuluum sin más miramientos. El poli salió por el lado opuesto, dio la vuelta al coche sin apartar los ojos de Yeruldelgger y desapareció en el bar ante el saludo del guerrero mongol.

—Sube, Yeruldelgger, te lo ruego.

También eso era más una orden que una invitación, pero el comisario no tenía ninguna intención de escabullirse. Aunque no sentía mucha admiración por Erdenbat, le guardaba respeto por su edad y por ser el padre de quien era. Tomó asiento en el Lexus, bajo la mirada atenta del chófer, al que por fin Yeruldelgger reconoció. Había sido uno de los campeones más importantes de lucha, el deporte nacional mongol. Era lo menos que la seguridad y el orgullo del magnate exigían.

—¿Cómo estás? —preguntó el anciano, que puso una mano sobre la rodilla de Yeruldelgger en un gesto paternal.

—¿Qué hacía él con usted? —replicó el comisario.

—¿Me dicen que has perdido la placa y el arma?

—¿Se lo ha dicho él?

—Sabes muy bien lo que él es. Ese dandi no tiene nada que enseñarme. Lo supe incluso antes de que tú lo supieras.

Erdenbat se conservaba bien para la edad que tenía. Había sobrevivido a los campos del régimen anterior gracias a su fuerza física, fuera de lo común, y a un instinto de supervivencia desprovisto de remordimientos, y eso todavía se percibía. Luego se construyó una vida y una fortuna a base de puños, eso se decía, y de una ambición inquebrantable. Erdenbat estaba convencido de que todo podía pertenecerle, puesto que en otra vida habían intentado quitárselo todo. Yeruldelgger sabía bien que aquel hombre era tan inteligente como brutal. Eso era lo que lo hacía peligroso, incluso a su edad, y lo que había fundamentado su sólida y exitosa trayectoria. Era lo que, en diez años, había hecho de él una de las mayores fortunas del país y un político imprescindible. Hoy en día, era la sombra de todos los gobernantes y estaba al frente de una veintena de sociedades, dedicadas desde al alquiler de coches hasta a la explotación de minas de uranio. También había sido su suegro. De hecho, todavía lo era.

—Uyunga está bien, ¡ya que no me lo preguntas! —dijo Erdenbat después de un largo silencio.

—...

—Tú eres quien me inquieta, Yeruldelgger. Parece que estás perdiendo pie.

—No, todo va bien, señor, esté tranquilo.

—Te han retirado la placa, te han retirado el arma, te han apartado de todos tus casos, has golpeado a testigos, la embajada de China exige que te despidan, has disparado deliberadamente a un civil: ¿crees de verdad que se puede decir que todo va bien?

—Todo va bien, señor...

—¿Sabes al menos lo que te pasa, hijo mío?

—En realidad no, pero usted lo sabe, señor, usted sí, ¿no es cierto? Y va a decírmelo.

Erdenbat no respondió. Dejó pasar unos instantes mientras el Lexus, silencioso y cómodo, se deslizaba por el caos desatado de las calles de Ulán Bator. Luego llegaron a la Peace Avenue y enfilaron hacia el este.

—Esta noche eres mi invitado, vamos al Terelj —dijo Erdenbat, tendiéndole un móvil—. Avisa en casa de que no vas a ir esta noche.

—La verdad es que no me apetece ir al Terelj, y usted sabe que no tengo a nadie a quien avisar en casa —respondió Yeruldelgger.

—Entonces avisa al menos a esa mujer, la joven forense, para que le diga a Saraa que no se preocupe por ti.

Yeruldelgger volvió la cabeza hacia Erdenbat, que lo miraba con el teléfono en la mano. Le sostuvo la mirada. Una mirada mineral, inmóvil y sólida como la misma Mongolia. Aquel hombre podría permanecer durante horas sin ceder, observándolo, con el teléfono en la mano. El policía se sorprendió pensando que si tuviera que imaginar el verdadero rostro de Gengis Kan, con toda su grandeza y crueldad, se encontraría ante el de su suegro.

—Saraa hace mucho tiempo que no se preocupa por mí —acabó por contestar Yeruldelgger.

—¡Lo sé, hijo mío, lo sé! —respondió el anciano con un tono a la vez paternal y condescendiente—. Hasta parecería que yo soy el único que se preocupa por ti.

—Una vez más, no hay razón para hacerlo, señor.

—Yo creo que sí —insistió Erdenbat—. Mataron a tu hija pequeña, tu mujer ha caído en la locura, alguien se llevó a tu hija mayor y en cierto modo acaban de despedirte. Así que sí, yo creo que hay razones para preocuparse por ti.

—Quizá, señor, pero es mi vida y, si me lo permite, soy yo quien está a cargo de ella.

—Es tu vida, hijo mío, pero también era la de mi nieta, todavía es la de mi hija y la de mi otra nieta, y tu trabajo lo conservaste gracias a mí. Así que tu vida me concierne, te guste o no.

—Déjeme aquí —dijo con tranquilidad al chófer, que no lo obedeció y

buscaba con la mirada en el retrovisor la muda aprobación de su patrón.

—Venga, Yeruldelgger, ya hemos salido de Ulán Bator. Estamos en medio de ninguna parte. ¡Ven a acampar al Terelj y beberemos airag y vodka bajo las estrellas hasta olvidarnos de todo!

Pero Yeruldelgger sacó un arma del bolsillo y apoyó el cañón en la nuca del chófer.

—¡Para!

El hombre simuló mantener la calma, pero la sorpresa y la adrenalina hicieron que se desviara de forma imperceptible.

—No te pares —ordenó Erdenbat sin inmutarse—. No va a disparar.

—Ya has oído a tu patrón enumerar mis desgracias —dijo Yeruldelgger con el mismo temple en la voz—. Ya sabes que han matado a mi hija pequeña, que eso empujó a la locura a mi esposa, que mi otra hija ha sido agredida. ¿Quieres que te diga por qué me han apartado de la policía criminal? Porque golpeé a mi propia hija hasta dejarla inconsciente, porque le puse la pistola en la cara a mi superior y porque le metí una bala en la tibia a un tío que no era sospechoso de nada. Así que, si yo fuera tú, me diría que el tipo que ha puesto el cañón de su pistola en mi nuca está en verdad muy muy deprimido, al límite, completamente descontrolado, y que sería mejor que parase antes de que lo que me queda de cerebro fuera a estamparse contra el parabrisas.

—¿Señor? —dijo el chófer, interrogando a Erdenbat con la mirada a través del retrovisor.

—Está bien, está bien, para. Aparca en el arcén, caminaremos un poco.

El chófer aparcó sin prisa evitando los charcos y los baches. Yeruldelgger se bajó en silencio y se alejó en la noche, en dirección a Ulán Bator. Ya habían pasado Gachuunt y habían dejado el asfalto. Se encontraban a una quincena de kilómetros de los primeros distritos de la capital. El cielo estaba constelado de estrellas y subía un frescor vivificante desde el río que corría más abajo. Yeruldelgger se dijo que podría llegar a la ciudad al cabo de cuatro o cinco horas de marcha. En el peor de los casos, podría dormir en Gachuunt o en Schiltgin, que no estaban a más de cuatro o cinco kilómetros.

Erdenbat lo llamó a su espalda.

—¡Yeruldelgger, espérame!

Cuando se volvió, el chófer estaba ya junto a él, en mangas de camisa. El anciano, un poco más lejos, con la chaqueta del chófer doblada con esmero sobre su brazo. Yeruldelgger encajó un gancho tremendo en el hígado. El golpe lo quebró, y dos segundos más tarde el dolor se irradió por todo su cuerpo y lo hizo caer de rodillas. La patada lo hizo doblarse y caer de lado. Había peleado demasiado para no saber lo que le esperaba. El chófer iba a darle una tunda y no

estaba en condiciones de resistirse. El primer golpe lo había cogido desprevenido. Nunca podría recuperar la ventaja. Tendría que encajar los golpes minimizando daños hasta perder el conocimiento, o encontrar una ocasión para sorprender al otro. Pero el chófer sabía lo que hacía. Era un profesional de la paliza en toda regla, sin duda. Yeruldelgger se hizo un ovillo en posición fetal, rodillas y brazos plegados para proteger la cara y el vientre, y giró sobre sí mismo para no exponer ni la nuca ni la espalda a una patada que pudiera serle fatal. Cuando se percató de que el tipo golpeaba fuerte, pero nunca con la punta del pie ni con el talón, comprendió que se trataba sólo de un correctivo.

—¡Está bien, con eso basta! —ordenó la voz de Erdenbat—. Ayúdalo a levantarse y llévalo al coche.

El chófer agarró a Yeruldelgger por el bíceps y lo levantó sin esfuerzo con una sola mano para llevarlo hasta el Lexus, donde lo apoyó. Erdenbat se acercó a ellos y tendió la chaqueta al chófer, que le quitó el polvo y se la puso, estirando con esmero el cuello y las mangas antes de volver a sentarse al volante.

—No se saca un arma en mi presencia, hijo mío —dijo el anciano, reajustando la vestimenta de Yeruldelgger—. Y menos en mi coche y menos contra mi chófer. Y me ofendo fácilmente cuando rechazan mis invitaciones. Pensé que lo sabías.

Ayudó al comisario a instalarse en el vehículo y ordenó al chófer proseguir el camino hacia el Terelj. La pista viró muy pronto hacia el norte, entre colinas congeladas por la noche, y nadie dijo una palabra hasta llegar al rancho, emplazado en el corazón de un bosque de alerces bajo una luna insolente.

27

...velar a Saraa mientras pensaba en su padre

—¿Todavía no ha regresado? —preguntó la voz de Saraa desde detrás del biombo.

—No —respondió Solongo, que estaba preparando las pomadas.

—¿Y eso no te preocupa?

—No —mintió la forense—. Ésta es mi casa, no la suya. Él sólo pasa de vez en cuando, y siempre sin avisar.

—¿Has comprobado que no esté en su casa?

—No sé dónde está su casa. No sé siquiera si alguien lo sabe. Quizá Oyun. Seguro que alguna vez ha ido a buscarlo o lo ha llevado a casa, antes o después de una vigilancia.

—¿Puedes preguntárselo?

—Ya lo he hecho. No sabe dónde está. Cree que quería ir a hablar con el inspector Chuluum. Supongo que ella intentará localizarlo. Pero no te preocupes por tu padre. ¡Es indestructible!

—Dices eso porque lo quieres.

—Sí, pero si tú lo quisieras también un poco, él lo sería todavía más.

Solongo pasó al otro lado del biombo. Saraa seguía desnuda, tumbada de espaldas, con los brazos y las piernas ligeramente separados. La savia y la grasa de oso hacían maravillas. Sus quemaduras tenían ya el tinte rosado de la piel nueva. Pero Solongo adivinó en su mirada que estaba sufriendo y que esperaba con coraje el alivio y la calma que le proporcionaban sus cuidados.

—Saraa, ¿de verdad pasaste la noche con ese nazi? —preguntó mientras extendía con delicadeza el ungüento por su cuerpo.

—No —confesó la joven.

No se atrevía a mirar a Solongo y mantenía los ojos fijos en la abertura del techo de la yurta, por la que se veían las estrellas. Se sumergió en el recuerdo de una tarde de siesta en la yurta de su abuelo, en el Terelj. Yeruldelgger estaba tumbado en el suelo y la tenía sobre su pecho, también de espaldas, y ambos miraban cómo en lo alto de la yurta las nubes blancas aparecían y desaparecían en aquel redondel de cielo azul, empujadas por el viento. Ganaba quien les diera primero una forma y un nombre. «Marmota», «cabra», «manzana». En un momento dado, Yeruldelgger había gritado «¡Mamá!», y Saraa se había reído tanto que Uyunga había ido a tumbarse junto a ellos a reír también dando nombres a las nubes. Cuanto más absurda era la forma, más gritaba Yeruldelgger: «¡Saraa!» Y más se reían.

—No —repitió la adolescente—. Comencé a beber y a fumar con ellos, luego vino a buscarlos alguien a quien estaban esperando. Regresaron al alba, pero yo estaba colocada, y ellos demasiado agitados para ocuparse de mí. Adolf, ese al que arrestaron, vino a decirme que me convenía confirmar que había pasado la noche con él. De todos modos, yo estaba tan colocada que podría haber sido verdad.

—¿Te amenazó? —preguntó Solongo.

—No, no le hizo falta...

—¿Por qué lo hiciste, entonces?

—Dijo que eso le amargaría la vida a mi padre.

—¿Habló de Yeruldelgger? —se sorprendió Solongo, más interesada de pronto.

—Sí. Adolf esperaba ser detenido. Le oí decir a los otros que no se preocuparan, que formaba parte del plan.

—¿Del plan? ¿Qué plan?

—No lo sé, Solongo. Estaba drogada, ya te lo he dicho. Pero en un momento dado él vio que yo me despertaba de mi mal viaje y se acercó para decirme que no temía a mi padre. Dijo que estaba protegido por alguien más fuerte que él.

Solongo observó a Saraa, cuyos ojos bañados en lágrimas no querían mirarla, fijos todavía en el cielo estrellado de la abertura de la yurta. Acariciaba con ternura su frente libre de quemaduras cuando el móvil vibró anunciando un mensaje.

—No hay nadie más fuerte que Yeruldelgger —dijo, al tiempo que se incorporaba—. Ahora duerme, tengo que contestar.

Solongo le dio un beso fugaz en la frente, ajustó el biombo y se sentó a la mesita en la que le gustaba trabajar por la noche. También ella había esperado, en secreto, que fuera Yeruldelgger, pero el mensaje venía de Alemania. Era un e-mail sin texto con la palabra trekking como asunto y un archivo adjunto. Solongo transfirió el archivo a su ordenador y lo abrió en la gran pantalla de su Mac. Se trataba de un informe sobre la reconstrucción y el análisis del fragmento de cristal que habían encontrado incrustado en el pedal del triciclo y que la forense había enviado a su contacto alemán.

El fragmento provenía de un bloque óptico de fabricación china producido en una fábrica de Gongshu por la Wuyi International Vehicule Corporation Ltd., una empresa de montaje de Zhejiang. Esa fábrica producía componentes mecánicos para la marca coreana Chinwa. El modelo de faro había sido identificado como uno de los faros pequeños que hay en los laterales delanteros de un quad de doscientos cincuenta centímetros cúbicos, denominado por su fabricante con la referencia ZHST250-KS modelo 2007.

Solongo seleccionó el enlace y se abrió la imagen del quad. El aparato tenía un perfil futurista y elegante, con los amortiguadores a la vista, tres contadores cilíndricos de aire vintage sobre el manillar y un alerón un poco pretencioso detrás. Pero Solongo no podía apartar la mirada de una especie de parachoques de barras de acero negro, pequeño y con forma de proa, y de los dos faros, pequeños y romboidales, que había a cada lado del gran faro central integrado en la carrocería, que apuntaban hacia el centro como la mirada maligna de un héroe de manga. Ahí estaba lo que había arrollado a la alegre niña del triciclo rosa. Esa máquina ensordecedora surgida de ninguna parte había golpeado su pobre cuerpecito a toda velocidad. Todos sus huesos rotos no dejaban duda al respecto. Y su cabeza rubia debía de haber roto uno de los faros en el choque. Viendo en la foto la robustez de la máquina, probablemente aquél era el único destrozo que debía de haber sufrido...

Solongo dio vueltas durante un buen rato a la foto y a las preguntas que ésta

le despertaba. Ahora sabía sin ninguna duda cómo y qué había matado a la niña. Quedaba por saber quién. La tesis del accidente resultaba verosímil en lo referido al choque, pero no explicaba en absoluto por qué la chiquilla había sido enterrada viva. Ni por qué nadie había dicho nada. En medio de la estepa, una princesita rubia en un triciclo rosa y un quad rugiendo como un bólido; eso no pasaba desapercibido en el país mongol. Si el accidente había tenido lugar cerca de donde Yeruldelgger exhumó el cuerpo, entonces habría decenas de nómadas que lo sabrían y el alma de la pequeña nunca habría sido abandonada a los vientos de la estepa. Se habrían ocupado de ella en secreto. Por turnos.

Solongo fue convenciéndose poco a poco de que la tragedia no había tenido lugar allí. La niña había sido enterrada en aquel lugar, viva y a escondidas, pero el accidente había ocurrido en otra parte. Al menos ahora disponía de una pista material. Y un componente mecánico deja huellas de su paso. No necesariamente huellas materiales, al fin y al cabo habían transcurrido cinco años, pero sí otro tipo de huellas, útiles de todos modos. Recuerdos, testimonios, fechas, quizá fotos. Y también deja huellas administrativas, en el paso de la frontera, por ejemplo, puesto que el vehículo tenía que haber sido importado. No debía de haber cientos de quads coreanos ZHST250-KS modelo 2007 en el país. Y, teniendo en cuenta los años a los que se remontaba el accidente, seguro que en su momento ese modelo debió de ser toda una novedad.

Solongo se sintió confiada y decidió enviar una copia del mensaje a Yeruldelgger. Estuviera donde estuviese, sabría sacar provecho de él. También se lo remitió a Oyun, luego se preparó un té caliente salado con mantequilla. No tenía sueño. Había decidido velar a Saraa mientras pensaba en su padre.

28

...cuya alerta le anunciaba el mensaje de Oyun

A Yeruldelgger le gustaba el lugar, pero no el rancho ni el nombre que le había puesto Erdenbat. Un rancho no pintaba nada en aquellas colinas boscosas del Terelj. Por supuesto, lo que había mandado construir el magnate era impresionante. Una construcción alargada de viviendas adosadas, toda en madera y cristal, que unía con sus cincuenta metros dos colinas, como un dique diáfano en medio de un valle. De noche era como una barrera de madera rojiza y luces cálidas. Una hilera de salones, bibliotecas, bares y salas de billar que se abrían, por delante, a una ancha terraza de madera en forma de abanico. Como un albergue en Colorado. Pero lo que a Yeruldelgger le gustaba se ocultaba al otro lado, en un pequeño valle situado tras aquel muro transversal y luminoso.

Allí, entre bosques de alerces moteados de claros, había varias yurtas immaculadas, cuyo lujo y confort él conocía bien, diseminadas algo más arriba de las orillas de una laguna ancha, de aguas frescas y espejeantes. Erdenbat había recreado allí un auténtico paraíso, un remanso de paz, un refugio armonioso que nada tenía que ver con él y en el que recibía a huéspedes que no se lo merecían.

Llegaron al rancho iluminado en medio de la noche, siempre en silencio. Cuando el chófer, a la señal de su patrón, quiso ayudarlo a bajarse, Yeruldelgger lo disuadió con una mirada aviesa, a pesar del dolor sordo que le había dejado la paliza. Precedió al anciano para no tener que seguirlo, mientras el chófer iba a estacionar el coche. Cuando se abrió la puerta automática del garaje, Yeruldelgger distinguió varios coches de lujo y una decena de quads.

—Sigues teniendo tu yurta —dijo Erdenbat a su espalda sin hacer ningún esfuerzo para alcanzarlo—. Conoces el camino, puedes ir tú mismo...

Yeruldelgger entró en el gran salón de ceremonias y lo cruzó sin responder. Sí, conocía el lugar. El recibidor, la biblioteca, donde Kushi corría incordiando a Saraa, que estaba aprendiendo a leer, la sala de billar, donde él cogía a Kushi en brazos cuando ella no era lo bastante mayor para poder jugar contra su hermana... El despacho de Erdenbat, donde sorprendía con frecuencia a las niñas jugando con la peonza de un juego de adivinanzas que un coreano rico había regalado a su abuelo. Había que introducir unas bolitas de cristal en unos agujeritos señalados con ideogramas. A Kushi la volvía loca. Si Yeruldelgger o Uyunga no la veían fuera, sabían que la encontrarían allí, mirando fascinada las bolitas, que botaban y rebotaban y entrechocaban por la velocidad frenética de la peonza, apoyada en un eje puntiagudo.

Al salir al otro lado, frente a la laguna constelada de reflejos de estrellas, el comisario sintió en el corazón un golpe mucho más doloroso que los propinados por el chófer. Había vivido junto a esa laguna años tan felices con Kushi, Saraa y Uyunga... Noches de verano, tumbados sobre la hierba rasa, los cuatro apretados los unos al lado de los otros, inventando constelaciones y dando nombres idiotas a las estrellas. La emoción le rompió el paso y lo forzó a detenerse para recuperar el aliento. Adivinó la presencia de Erdenbat detrás de él y se volvió. La sombra lo miraba desde el rancho, inmóvil tras el inmenso ventanal de la biblioteca. Yeruldelgger comprendió en ese instante que lo había hecho ir allí para que sufriera de una forma aún más cruel que con los golpes propinados por un bestia. Aunque de todos modos, por no faltar a su reputación, no había podido dejar de hacer que le zurraran un poco. Sin duda, Erdenbat le explicaría, a la mañana siguiente, que había sido por su bien. Él siempre afirmaba que actuaba por el bien de los demás. Incluso cuando lo hacía en su contra. Incluso cuando decidía castigarlos.

La propiedad alrededor de la laguna se componía de una quincena de yurtas. Yeruldelgger reparó, por algunos murmullos y ronquidos, en que muchas estaban ocupadas. Se cruzó en la oscuridad con una silueta que se apoyaba en un árbol. El hombre fumaba un cigarrillo mientras meditaba bajo el cielo estrellado en medio de la belleza de aquella tierra alejada de su hogar. Yeruldelgger no podría haber dicho por qué sabía que aquel hombre era extranjero, pero lo sabía. Japonés o coreano, por su manera de sujetar el cigarrillo. Más bien coreano. No se dijeron nada y el comisario llegó a la yurta que le tenían reservada, un poco apartada de las otras, en mitad de una pendiente suave que descendía hasta la laguna negra. Esas yurtas eran mucho más lujosas que las de los nómadas. Por el lado de la laguna se prolongaban en una ancha terraza de madera. Yeruldelgger arrancó las mantas de las tres camas que había en el interior y las arrojó sobre el pontón para improvisar un lecho. Se envolvió en ellas hecho un ovillo bajo las estrellas y se hundió en un sueño plúmbeo, derrumbado por la fatiga, el dolor y la emoción. No oyó su iPhone, cuya alerta le anunciaba el mensaje de Oyun.

29

«¡Hay un niño ahí abajo!»

En medio del caos de los incendios, Gantulga reconoció de inmediato al Soyombo. Se había mezclado con aquellos a los que los bomberos estaban evacuando del segundo inmueble presos del pánico. Salvo que el Soyombo no mostraba pánico. Seguía tranquilamente la marea. Cuando un enfermero quiso curarle la herida que tenía en la parte posterior de la cabeza, lo apartó con un gesto brusco sin siquiera mirarlo y se dejó arrastrar por la muchedumbre. Poco a poco, en el anonimato, fue avanzando con prudencia fuera de la zona donde estaban las ambulancias. Gantulga había intentado varias veces alertar a Oyun, pero ésta lo había mandado callar.

Lo llamaban el Soyombo por su tatuaje. Gantulga nunca había visto la enseña nacional mongola que llevaba en el hombro, pero las chicas a las que el hombre subía a su apartamento le habían hablado del dibujo. Después de sus encuentros, en escaleras abandonadas o apartamentos vacíos, ellas se divertían hablando con Gantulga de las cosas del amor, y un día, una de ellas le dibujó el tatuaje con lápiz de labios sobre el vientre. En el centro del dibujo, allí donde el régimen anterior había sustituido el símbolo del yin y el yang por dos peces cuyos ojos siempre abiertos simbolizaban la vigilancia del pueblo, el hombre se había hecho tatuar una cruz extranjera con los cuatro brazos torcidos en ángulo recto. El tipo se comportaba como un cerdo despiadado con las chicas, pero era

un habitual, y entre ellas lo llamaban así, el Soyombo.

El Soyombo se había dado cuenta, acechando en el gentío, de que había ojos astutos que buscaban pistas. Lo había sentido mucho antes de ver a la joven a la que debería haber matado en el túnel de las canalizaciones. Dudaba de que ella hubiera podido ver su rostro en el contraluz de la linterna, pero alguien lo había dejado inconsciente y quizá ella había tenido tiempo de identificarlo antes de ir a salvar a la hija del poli. Los observó sin aflojar el paso y se preguntó si el hombre que estaba al lado de ella sería el poli en cuestión. Ese mismo pensamiento le hizo decirse que tendría que eliminar a una y e ir con cuidado con el otro. En medio del pánico que él había provocado, eran los únicos que mantenían la calma, verdaderos cazadores. Como él.

Se alejó, poco a poco, de las zonas iluminadas por los resplandores de los incendios y los proyectores de los equipos de salvamento, y se sumergió en un rincón en sombras para abandonar el papel de víctima evacuada. Cuando salió, era un mirón más. Se mezcló con la multitud de curiosos, yendo de grupo en grupo para dar su opinión sobre lo extraño de las explosiones y la incompetencia de los bomberos, apartándose cada vez un poco más de la escena. Cuando vio que tres hombres y una mujer se alejaban de regreso a sus casas, volviéndoles la espalda a los incendios, se les unió dándoles conversación. Se separó de ellos cuando llegaron al gran portal destartado del último inmueble de la ciudadela, dispuestos a subir a sus pisos. Intercambió una última burla sobre los inútiles de los bomberos y atravesó el vestíbulo para volver a salir por el otro lado del inmueble. Delante de él, el barrio de las yurtas, oscuro y ciego bajo la noche, parecía realmente el exterior de una ciudadela.

Se adentró en él sin miedo, con paso rápido y seguro, y Gantulga se las vio y se las deseó para seguirlo, saltando vallas en la oscuridad. Dos bloques más lejos, desembocaron a través de callejones en el lecho hormigonado del antiguo río, que ahora servía de desagüe a cielo abierto para las lluvias de las tormentas y el deshielo de la primavera. Gantulga se escondió al abrigo de una yurta para dar tiempo a que el Soyombo atravesara la ancha tierra de nadie del desagüe. Un perro gruñó en la oscuridad y un hombre lo regañó a gritos. El chaval saltó para pegarse a una valla al otro lado del callejón. Cuando se arriesgó a echar un vistazo para localizar de nuevo al Soyombo, éste había desaparecido. El chico se dispuso entonces a atravesar al descubierto una veintena de metros. Una pasarela de hormigón mal encofrado cruzaba el canal hasta la otra parte del barrio de las yurtas y su laberinto de vallas. Gantulga pasó por el puente corriendo, intentando adivinar detrás de cuál de ellas podía haber desaparecido el Soyombo.

Acababa de llegar a la calle que corría paralela al desagüe, cuando un quad surgió de la nada y se le echó encima. El chico sólo tuvo tiempo de reconocer al

Soyombo, antes de ser alcanzado violentamente por el vehículo y arrojado al suelo. Algo crujió en su pierna, y cuando intentó levantarse un dolor en el muslo lo fulminó allí mismo. Miró en busca de auxilio y sólo vio los faros traseros del quad, que se iluminaron de pronto. El Soyombo se detuvo, lo miró por encima del hombro y metió marcha atrás. Gantulga rodó sobre sí mismo hasta el borde del desagüe, cuyas paredes inclinadas se hundían en la negrura. Se dejó caer por ellas gritando de dolor con cada rebote sobre el hormigón, en el mismo momento en que el Soyombo pensaba aplastarlo. Pero, llevado por la inercia, el hombre no pudo controlar el quad y la máquina cayó también, con el motor rugiendo en el vacío. El Soyombo consiguió saltar del vehículo en marcha y se levantó de inmediato, con un arma en la mano. Corrió hasta el borde del desagüe, intentando localizar a Gantulga, que se había metido a rastras en la sombra de debajo del puente. El quad se había estrellado del revés y formaba, al pie del puente, una defensa inesperada detrás de la cual se había parapetado el chico. Pero el Soyombo no era hombre que soltara su presa. Gantulga vio con terror que se disponía a bajar para buscarlo y darle muerte.

Por suerte, en ese mismo instante se alzaron unas voces inquietas, acompañadas de ladridos de perros. El Soyombo dudó, miró hacia las yurtas, se inclinó para escrutar de nuevo el desagüe y maldijo con gesto colérico. Gantulga lo vio enderezarse, disparar una vez en dirección a las yurtas para ganar algunos segundos, y luego vaciar el cargador al azar contra las sombras del puente. Oyó cómo las balas penetraban en la carrocería del quad y rebotaban contra el hormigón, y le sorprendió el temor a que una de ellas inflamara el depósito. Luego oyó los pasos del Soyombo, que huía, voces encolerizadas que se lanzaban en su persecución, y percibió unos murmullos curiosos e inquietos que se acercaban.

—¡Llaman a Urgencias! ¡Hay un niño ahí abajo!

30

«...va a intentar llegar al monasterio...»

—Ya no eres el hombre que eras —dijo Erdenbat.

—Usted tampoco es el que pretende ser —respondió Yeruldelgger.

—Tal vez, pero todavía soy alguien, mientras que tú, poquito a poco, estás dejando de serlo.

—...

—No puedes continuar así, Yeruldelgger. Vas camino de perderlo todo. Te has convertido en un policía viejo, irritable y violento. Golpeas a los testigos, a

tu propia hija, disparas a tus informadores, no respetas ninguna jerarquía, sólo investigas para ti sin rendir cuentas a nadie...

Yeruldelgger se había despertado antes del alba, a la misma hora a la que los pájaros se despiertan para cantar. La escarcha de los bosques húmedos le había irritado la nariz y se le había agarrado a los riñones. Había admirado cómo el alba invisible plateaba la laguna y el horizonte, y cómo se sonrosaba después el cielo tras las brumas azulonas, para inundar al fin el valle con una luz cálida y dorada que hacía humear las orillas alrededor de la yurta. Luego había entrado a prepararse un té salado con mantequilla bien caliente y sacado un taburete bajo a la terraza de madera para sentarse de cara a la laguna, a la espera de Erdenbat. Su suegro había aparecido poco después, seguro de que el policía ya lo esperaba.

—Te van a echar, Yeruldelgger, ojalá te hayas dado cuenta. Ya se está cocinando. Y lo van a hacer pronto, ¡muy pronto!

—¿Cree que no lo sé? ¿Merecía de verdad la pena darme una paliza y arrastrarme hasta aquí para decirme eso?

—He hecho que te zurraran para forzarte a venir aquí porque eres cabezota como una mula, hijo mío, y porque está en juego tu vida. Lo que voy a proponerte no lo propondré más que una vez, aquí y ahora: deja la policía y ven a trabajar conmigo.

—¿Y si me niego?

—Si te niegas, tu vida se convertirá en un infierno.

—¡Oh, no! —se burló Yeruldelgger—. Mi vida ya es un infierno.

—Nunca subestimes las fuerzas del mal, hijo mío, siempre saben encontrar medios insospechados con los que hacerte sufrir todavía más.

—Es curioso, tengo la impresión de que la oferta suena un poco a amenaza. ¿Me equivoco?

—Te equivocas. Nadie necesita amenazarte con algo peor, tú ya sabes muy bien cómo atraerlo por ti mismo. Te propongo abandonar la policía y ponerte al frente de mi servicio de seguridad. Dentro de una semana tendrá lugar el gran naadam en Ulán Bator y voy a invitar a mucha gente importante. Espero a un grupo de extranjeros ricos y organizaré aquí mismo otro gran naadam privado. Tengo la intención de llegar todavía más lejos en política y en mis negocios, y necesito a alguien como tú. O más bien a alguien como el que tú eras y aún puedes volver a ser. Sé por lo que has pasado. No olvides que hemos pasado esa prueba juntos...

—No, yo he pasado mi prueba completamente solo. Usted puede que haya pasado una también, pero ¡la mía la he pasado yo solo!

—Como quieras. Es evidente que todavía no has enterrado tu cólera, hijo mío, pero, si aceptas, puedes quedarte aquí y hacerte cargo de la seguridad del

rancho y del naadam durante el tiempo que tardes en recomponerte. Vendrás conmigo a Ulán Bator cuando te sientas preparado. He aquí mi propuesta. Puedes quedarte el tiempo que necesites para pensar en ella.

—No merece la pena, señor. Voy a regresar a Ulán Bator. Gracias por su hospitalidad.

Erdenbat miró a Yeruldelgger sin responder. Aquel hombre no le desagradaba, con su poderío y su obstinación. Incluso su ira le parecía una fuerza brutal y preciosa. Iba a lamentar tener que acabar con él.

—Como quieras, hijo mío, es tu elección. Voy a hacer que te lleven de vuelta.

—No, gracias, regresaré por mis propios medios.

—¡Estamos al norte del Terelj, a cien kilómetros de Ulán Bator! —exclamó Erdenbat—. Aquí no vas a encontrar un taxi.

—Lo sé —respondió Yeruldelgger, con la mirada perdida en el reflejo de una grulla damisela que sobrevolaba con gracia la laguna—. Volveré a pie. Conozco el camino...

Dejó el té, se levantó y se dirigió a la laguna. Erdenbat lo miró alejarse en silencio. Intentó por última vez evaluar el estado psíquico y físico del comisario, pero se dio por vencido. Al fin y al cabo, la suerte estaba echada. Yeruldelgger ya no pertenecía a su mundo. Que se fuera al infierno, porque después de todo, fuera cual fuese el camino que tomara, ahí es donde iba a terminar: ¡en el infierno!

El anciano sacó el móvil de su bolsillo y marcó un número de la red interior del rancho.

—Se ha negado. Las cosas se complican. Ocúpate de él. Se ha ido a pie por el bosque. Creo que va a intentar llegar al monasterio...

31

«...a todos, allí donde estéis, a Saraa, a ti y a él...»

En cuanto la llamaron de las urgencias del hospital familiar del distrito 14, Oyun exigió que Gantulga fuera transferido al hospital número 1, donde trabajaba Solongo, y la avisó de inmediato. El traslado fue tan rápido que, cuando Oyun llegó al centro, Gantulga ya estaba en su habitación y con tratamiento.

—Lo más grave ha pasado —dijo Solongo, que estaba esperándola para tranquilizarla—. Tenía dos fracturas y múltiples contusiones, pero la operación...

—¿La operación? ¿Qué operación?

—Una de las fracturas ha sido por impacto de bala.

—¿De bala! ¿Le han disparado? ¿Qué ha pasado?

—Cálmate, Oyun, cálmate. Te repito que todo va bien. Si el hospital te ha llamado ha sido justamente porque estaba fuera de peligro y han querido que alguien se hiciera cargo de él.

—De acuerdo, está bien, me calmo, pero dime qué ha pasado.

—Lo encontraron en el desagüe, en el barrio de las yurtas, detrás de la gran ciudadela que ardió el otro día. Los testigos oyeron ruidos de motor y gritos y salieron, creían que había ocurrido un accidente. Se toparon con un tipo que vaciaba su cargador a ciegas en la oscuridad y que huyó cuando vio que llegaban varias personas. Cuando bajaron al desagüe, vieron la carrocería de un quad que había caído desde la calle, y detrás, oculto en las sombras, al chico desmayado. Ni siquiera llamaron a la ambulancia. Lo sacaron del desagüe y lo llevaron en brazos hasta las urgencias del hospital familiar, que sólo estaba a unos centenares de metros. Cuando él se despertó, parece que preguntó por ti, ésa es la historia.

—¿Y cómo está?

—En mejor forma desde que se despertó. Tuvieron un poco de miedo durante los primeros días porque...

—¿Los primeros días?

—Sí, ha estado cuatro días en coma. De hecho, llegó la noche del incendio.

—Oh, no —gimió Oyun al recordar aquella noche.

En el caos de los sanitarios y los bomberos, Gantulga había intentado llamar su atención en dos ocasiones y ella lo había rechazado.

Un médico salió apresuradamente de la habitación, seguido de una enfermera con rostro de cancerbero que, al verlas, les prohibió entrar levantando la mano.

—¡Ganbold! —llamó Solongo.

El médico se dio la vuelta y sonrió al reconocerla.

—¿Podemos verlo?

—Déjelas entrar —ordenó el médico a la ofendida cancerbera.

—Gracias —dijo Solongo al médico, que se alejaba ya por el pasillo y quitó importancia con un gesto de la mano.

—¿Y bien, compañero? —preguntó Oyun al entrar en la habitación.

Los ojos de Gantulga se iluminaron de felicidad al ver a la joven inspectora. Tenía la pierna derecha enyesada hasta el muslo y su brazo derecho formaba una escuadra sobre una tablilla. Se enderezó, ayudándose de cables y poleas, y las dos mujeres se precipitaron a ayudarlo a acomodarse sobre las almohadas.

—¿Lo han cogido? —preguntó Gantulga, muy excitado.

—¿A quién? ¿Al que te hizo esto? ¿Lo conoces?

—¡Claro! ¡Es el Soyombo! ¡El que quiso matarte cuando estabas en las cloacas!

—¿Estás seguro de eso?

—Mira, todo el mundo lo conoce ahí abajo. Es una especie de poli que tiene sus chanchullos con los del piso diez, los del apartamento que se incendió. Él vivía justo enfrente, en el tercero, el otro apartamento quemado. Desde ahí te vigilaba esa noche, y desde ahí lo seguí hasta las cloacas.

—Escucha, Gantulga, el tipo que le pegó fuego al apartamento del tercero murió dentro. ¡Su cuerpo está aquí, en la morgue!

—Eso es imposible, aquella noche lo vi a él, eso era lo que te quería decir. Lo vi largarse tranquilamente entre los que estaban evacuando del inmueble. Por eso lo seguí, ¡porque tú no querías escucharme!

Solongo y Oyun se miraron a los ojos durante el tiempo que tardaron en asimilar aquello que de pronto ambas estaban pensando. Cuando Solongo, guiada por Gantulga, fue en busca de Oyun y de Saraa, ya no había nadie en los túneles. Habían pensado que el herido de la cara achicharrada y el hombre del revólver habían conseguido huir, juntos o por separado. Ahora comprendían lo que había pasado en realidad...

—Te llamo enseguida —dijo Solongo mientras abandonaba la habitación—. ¡Te llamo en cuanto esté segura de ello!

Oyun vio cómo la forense salía corriendo por el pasillo y se volvió hacia Gantulga, sorprendida de la felicidad que le procuraba la visión de aquel buen chaval.

—Entonces, compañero, ¿cómo va eso?

—¿Crees que me darán una medalla? —preguntó él alegremente.

—¿Por haber actuado por tu cuenta y riesgo? ¿Sin tu compañera? ¿Sin cobertura? ¿Sin refuerzos? ¡Lo que te mereces más bien es una amonestación! —le soltó ella intentando mostrar un aire severo.

—¿Y eso? —respondió el chico con aplomo—. ¿No es así como funciona tu equipo?

Oyun miró el rostro de Gantulga, tan orgulloso de su insolencia. Negó con la cabeza, como para convencerse, y se rindió ante aquellos ojos burlones, que no esperaban otra cosa.

—Ni se te ocurra hacerme otra jugarreta como ésta, compañero, ¿entendido? Y dime qué más sabes.

Gantulga le contó todo lo que sabía sobre el Soyombo. Su tatuaje, las confesiones de las chicas, los rumores de que era un poli corrupto, el escondite del piso diez, que vigilaba desde su apartamento del tercero, los traficantes de

poca monta que lo frecuentaban y a los que protegía, las palizas que daba y las orgías que allí organizaba. Cuando mencionó de nuevo el tatuaje que una muchacha le había dibujado a él en el vientre, el instinto de Oyun se puso en alerta. El símbolo nacionalista mongol con una cruz gamada en lugar del yin y el yang: eso no podía ser una mera coincidencia. Pero cuando Gantulga recordó su agresión y el miedo que había tenido a que una bala hiciera explotar el depósito del quad, se levantó de un salto y se sacó el iPhone del bolsillo. «¡Eso sería demasiado bueno!», se dijo Oyun.

La inspectora buscó en los mensajes de entrada el que Solongo había enviado a Yeruldelgger y luego le había reenviado a ella, referido a los fragmentos de faro y al modelo de vehículo al que correspondían. Copió y pegó el nombre del modelo en el buscador y mostró al chico la imagen del resultado.

—Mira: ¿el quad del tipo se parecía a éste?

—No —respondió Gantulga de inmediato—. No exactamente, pero también era coreano, ¡de eso estoy seguro!

Oyun no pudo ocultar su decepción. Le habría gustado que las piezas del rompecabezas encajaran solas. Se disponía a hacer algunas llamadas para averiguar adónde había ido a parar la carrocería de la máquina, cuando la vibración del móvil le anunció una llamada entrante y en la pantalla apareció el nombre de la forense.

—Sí, Solongo. Dime que teníamos razón.

—Teníamos razón, reúnete conmigo en la morgue.

—¡Ya voy!

Oyun prometió a Gantulga regresar lo antes posible y se precipitó por los pasillos hacia el Servicio de Medicina Legal. Solongo la esperaba y la condujo a la segunda sala de autopsias, en la que había hecho preparar el cuerpo que los bomberos habían sacado del apartamento de la tercera planta. Era costra pura, calcinado y con los miembros retorcidos. La forense había cortado la cara en láminas alargadas.

—Sé que no es muy agradable —le dijo a Oyun—, pero mira el espesor de la piel. Hay dos quemaduras diferentes y superpuestas. Abajo está la carne cocida y arriba la carne calcinada. Este tipo es el de las cloacas, y con su cadáver el hombre del apartamento ha intentado hacernos creer que él había muerto en el incendio. El chico está en lo cierto: hay un asesino suelto que debe de tener unas ganas locas de eliminaros a todos, allí donde estéis, a Saraa, a ti y a él...

Oyun observaba a Chuluum, indolentemente atareado en su despacho al otro lado de la oficina. Yeruldelgger seguía sin dar señales de vida y ella había decidido no inquietarse por ello. Sin embargo, las cosas se habían precipitado y se acumulaba información nueva a la que había que dar seguimiento. La cuestión era hasta qué punto podía confiar en Chuluum. ¿Qué sabía él? ¿Acaso podía ella ocultarle sin correr peligro tantas cuestiones importantes?

Oyun siempre se había preguntado si había que creer en esas historias del sexto sentido. En todos esos trucos chamánicos en los que creía Yeruldelgger, pero a los que él llamaba por prudencia «instinto», porque no sabía cómo explicarlos. El hecho es que Chuluum levantó la vista y la vio observándolo, y con un movimiento de cejas le preguntó qué quería.

—Dime, Chuluum, ¿sabes dónde está Yeruldelgger?

—No —dijo el inspector, y tras sumergirse de nuevo en un expediente, añadió—: Y me trae sin cuidado.

—Ajá, eso puedo entenderlo. Es un poco imprevisible en estos momentos. ¿Sabes?, estaba pensando que, visto que no hay modo de dar con él y que de todas maneras tú te has hecho cargo de sus investigaciones, quizá deberíamos recapitular entre los dos lo que tenemos, para estar coordinados. ¿No te parece?

—¿Para que tú le informes cada noche a mis espaldas?

—¡Tú informas a Mickey cada noche!

—Sí, pero Mickey es mi superior.

—¡Y Yeruldelgger el mío! —respondió Oyun.

—Yeruldelgger ya no es nada —la corrigió Chuluum.

Oyun soltó un profundo suspiro. El inspector no supo decir si intentaba controlar su cólera o si se resignaba, desalentada del todo. Luego acercó una silla y se sentó frente a él.

—Escucha, podemos seguir así mucho tiempo, pero eso no va a llevarnos a ninguna parte. Personalmente, comienzo a estar harta de la guerra entre Mickey y Yeruldelgger. ¡Tenemos entre las manos dos buenos casos! ¿Por qué no trabajar juntos para resolverlos entre nosotros? Yo te digo lo que sé, tú me dices lo que sabes y avanzamos, ¿sí?

Chuluum la miró sin descubrir falla alguna en su aparente sinceridad. Dudó unos instantes antes de responder.

—Entonces comienza por decirme lo que me escondéis.

—De acuerdo. La niña fue golpeada por un quad de marca coreana. Lo hemos identificado a partir de los fragmentos del faro. Tenemos el modelo y el año. Yeruldelgger piensa que debió de ser víctima de un accidente y que luego se deshicieron del cuerpo en un lugar desierto.

—¿Qué más? —preguntó Chuluum, que quería mantener su ventaja, sin sospechar que con eso le hacía el juego a Oyun.

—La pequeña pasó por los Flaming Cliffs hace cinco años. Un testigo la ha identificado. Sus padres conducían una furgoneta UAZ 452 azul. Para intentar dar con el vehículo, Yeruldelgger fue al mercado de coches a sonsacar información a algunos de sus contactos.

—¿Le contaron algo?

—Cómo quieres que lo sepa, no ha aparecido desde entonces. Además, esa noche salió en tu busca. Te llamó. ¿Estás seguro de que no sabes dónde está?

—Estoy seguro, ya te lo he dicho. Y de los chinos, ¿qué hay?

—El cadáver calcinado que sacaron del apartamento del tercero no es el del incendiario.

—¿Cómo sabes eso? —se inquietó Chuluum, sorprendido por la primicia.

—La autopsia. El tipo estaba muerto antes de quemarse. Según un testigo, el verdadero inquilino del tercero se dio el piro aprovechando el pánico.

—¿Y habéis conseguido identificarlos, al fugitivo y al cadáver?

—No —respondió Oyun.

—¡Mientes!

—¡Si me dices que miento es porque tú sabes quiénes son y me has mentido también! Es más, ¿qué tal si me dices todo lo que sabes y todavía me ocultas? —insistió ella, apuntando con el dedo índice la solapa de la chaqueta de Chuluum.

El inspector se levantó apartando bruscamente con la mano el dedo de la joven. Se ajustó la chaqueta y le dio la espalda para mirar por la ventana y no tener que sostenerle la mirada.

—No te oculto nada —dijo a modo de torpe defensa—. Te estás volviendo tan paranoica como Yeruldelgger.

—Entonces, explícame una cosa, si estás jugando limpio: ¿qué relación hay entre los chinos y los incendios?

—¿Cómo? ¿Relación? ¿Qué relación? ¿De qué hablas? ¡No veo adónde quieres ir a parar!

Chuluum no había sido tan difícil de atrapar. Ahora tenía el anzuelo atravesado en la garganta y no iba a poder soltarse.

—¿No lo ves? ¿De verdad? Me preguntas si tengo novedades en la investigación sobre los chinos, yo voy y te suelto lo de la víctima de los incendios, ¿y tú no te extrañas? Qué quieres que deduzca, Chuluum, sino que tú sabes de ello más de lo que dices. Tú sabes qué relación hay entre esos dos casos y me la ocultas.

—¡Y qué! Claro que sé cosas que tú ignoras, soy yo quien dirige la investigación. Y soy yo quien decide quién debe saber qué.

—En eso llevas razón —admitió Oyun, levantándose para volver a su despacho—, sólo que te olvidas de dos cositas. La primera es que la relación entre la muerte de los chinos y la del tipo del incendio es la tentativa de asesinato contra Saraa, la hija de Yeruldelgger, y el día en que él venga a pedirte explicaciones no me gustaría estar en tu lugar. La segunda es que aún sabemos mucho más sobre los dos casos y sobre lo que tú no cuentas.

Chuluum se quedó sin voz, cosa que no sorprendió a Oyun, que no esperaba respuesta. Abandonó el despacho del inspector negando con la cabeza, y se disponía a entrar en el suyo cuando éste la llamó.

—¡Oyun, de acuerdo! ¡De acuerdo! Vuelve. Te lo explicaré.

Por supuesto, ella fingió dudar unos segundos, pero su colega realizó tantos aspavientos para mostrar su sinceridad que hizo como que no podía resistirse. Dio media vuelta y regresó al despacho. Chuluum le acercó la silla con un ademán demasiado galante para el machista que era, y se sentó detrás de su escritorio.

—Sabía lo del tipo del tercero. El tío gravita alrededor de esos chalados de los nazis y llevamos un tiempo vigilándolo. Trafica y maneja pequeños chanchullos en toda la zona norte de la ciudad. Tengo informantes en la ciudadela, claro, y ellos me alertaron del tiroteo en los túneles de las canalizaciones. Me enteré mucho más tarde de que Saraa estaba implicada en el asunto. Supongo que tendría que ver con su testimonio contra Adolf. Pero, sinceramente, creía que el tipo del tercero había muerto en el incendio.

—No era él —respondió Oyun—. ¿Es un poli?

—¡Qué va! —dijo Chuluum, indignado—. Es un informante ocasional, nada más.

—Sin embargo, él me dijo que lo era justo antes de intentar matarme. ¿Por qué mentiría alguien en esa circunstancia?

—Ese tipo está chalado, ya te lo he dicho. Con el pretexto de que son informantes y que los dejamos meterse en un par o tres de asuntos, enseguida se toman por polis y se vuelven incontrolables.

—¡Ya lo puedes decir! Incluso ha disparado a un testigo.

—¿Un testigo? ¿Un testigo de qué? ¿De qué caso?

—No estás de suerte, Chuluum, porque encima es un testigo directo de la tentativa de asesinato contra Saraa...

—¿Entonces? ¿Por qué dices que no estoy de suerte?

—Porque fue tu informante quien le disparó, Chuluum. Ese tipo estaba al corriente de lo que se tramaba contra Saraa, siguió a los dos asesinos por las cloacas, intentó matarme, borró las pistas provocando los incendios y ha intentado asesinar a un testigo directo. ¿Crees que a Yeruldelgger le va a gustar

todo eso? ¿Que fuera un informante tuyo?

El inspector se levantó de un salto, de pronto estaba muy nervioso, y se dirigió a Oyun con una mezcla de autoridad aterrada y falsa complicidad.

—Dime quién es ese testigo. Hay que mantenerlo a salvo. ¡Voy a ponerlo bajo protección!

—¿Bajo protección? —se burló ella, levantándose a su vez—. ¿Para que nos lo encontremos cocido a fuego lento en las canalizaciones...?

—Dime quién es ese testigo, Oyun, es una orden, ¿me oyes? —dijo Chuluum, cabreado y amenazándola con el dedo—. Si no...

—¿Si no, qué? —lo provocó la joven—. ¿Vas a llamar al Soyombo para que me dispare? ¿O a un tipo en un Toyota para que me empuje por los Flaming Cliffs?

—¿Qué? ¿Qué historia es ésa del Toyota?

—Sabes muy bien de lo que hablo. Aparte de Yeruldelgger y de mí, ¡tú eras el único que sabía que Solongo iba a ir a investigar allí!

—¿Solongo? ¿Investigar? Solongo es forense, no inspectora, ¡no tenía nada que hacer allí! Y te olvidas de lo que me acabas de reprochar hace un rato: todas las noches informo a Mickey. ¡Todas las noches, ésas son sus órdenes! Así que él también lo sabía, ¡él y todos aquellos con los que él haya podido hablar!

Esta vez Chuluum se había marcado un punto, y Oyun registró la información. Todas las fugas y jugarretas sucias de las que ella sospechaba que su colega podía ser responsable también podían ser, en efecto, obra de Mickey. Por qué motivo, ella no lo sabía, no más que en el caso de Chuluum, pero le parecía evidente que alguien dentro del departamento estaba corriendo muchos riesgos con tal de complicarles la vida. Un enemigo invisible, bien informado acerca de los diferentes casos, al que la confrontación que acababa de provocar con Chuluum iba a poner alerta y empujar a actuar. Tenía que prevenir a Yeruldelgger. En cuanto supiera cómo encontrarlo...

33

...una esvástica en lugar del yin y el yang...

Yeruldelgger conocía bien las montañas y los valles hasta Ulán Bator. La propiedad de Erdenbat estaba situada a ocho kilómetros al este del gran Lago Negro de Khar Nuur. Había pistas que conducían hasta allí y seguramente encontraría excursionistas o jinetes. Podría llegar a la orilla del lago en apenas tres horas de marcha y echarse sobre la arena dorada para ver las colinas iluminarse con el atardecer mientras las aguas profundas se hundían en la

oscuridad. Caída la noche, encontraría la hospitalidad de alguna yurta y compartiría el *airag* y las empanadas de manteca de cordero con cebolla con nómadas tímidos y respetuosos.

Pero prefirió virar hacia el sur. Aquella región del Khar Nuur, con sus lagunas, marcaba la línea divisoria de las aguas. Al norte, los ríos serpenteaban hacia Siberia y hasta el lago Baikal. En cambio, al sur, la mayoría corría hacia Ulán Bator, a través de una serie de valles orientados en diagonal al sudoeste. Sin embargo, justo al sur de la laguna, un macizo montañoso se alzaba como una fortaleza redonda de una decena de kilómetros de diámetro. En su perímetro se elevaban paredes rocosas de hasta mil ochocientos metros que protegían el corazón de valles encajonados y boscosos por donde discurría, de lado a lado y de norte a sur, el río Tuul. Yeruldelgger conocía el camino de memoria. Mucho antes de que el macizo del Terelj se convirtiera en parque nacional, algunos años antes de la caída del régimen anterior, cuando Erdenbat era todavía un disidente granuja encerrado en un campo, Yeruldelgger y Uyunga desafiaban los peligros del bosque y las prohibiciones de la familia para marchar hasta el Lago Negro en cuatro días y hacer allí una acampada romántica.

En aquella época, Yeruldelgger le contó a Uyunga la historia del monasterio al que su familia le había encomendado en secreto. Su padre quería conservar la tradición, a pesar de las persecuciones. En unas décadas, el régimen anterior había diezmado a los que llamaba «vagos y supersticiosos». De los cien mil monjes que había en Mongolia, pronto no quedaron oficialmente más que cien, en Ulán Bator, en el único templo autorizado y controlado por el poder. Más de dos mil templos habían sido arrasados a lo largo de todo el país por las milicias de voluntarios, la policía política o el ejército revolucionario. Menos de una decena habían sobrevivido a la erradicación, ocultos en los pliegues montañosos o escondidos en el corazón de la estepa. O protegidos por el miedo a las leyendas. Éste era el caso del monasterio de Yelintey. Los ancianos contaban —en voz baja, porque todavía desconfiaban y temían a los delatores y los espías— que sólo un monje había escapado a la razia de los revolucionarios y continuaba enseñando, entre las ruinas del templo, un pensamiento más lúcido y puro que el del budismo más ortodoxo. También se decía que los revolucionarios habían regresado en dos ocasiones para eliminar para siempre al supersticioso, y que habían sido derrotados dos veces por una fuerza invisible y misteriosa, como la calificó el único superviviente antes de encontrar la muerte, ejecutado por los suyos por traidor y supersticioso. Luego, en los años cuarenta, para darle la puntilla a la leyenda, el mariscal Tchoibalsan hizo que el ejército del aire soviético le prestara un Yak-9 y lo envió a ametrallar las ruinas del monasterio. El Yak-9 disparó los ciento veinte proyectiles de veinte milímetros de su cañón

de a bordo y lanzó seis misiles RS-82 en tres pasadas, pero nunca regresó a la base de Nalayh. Nunca se encontraron sus restos, pero se contaba que al día siguiente el mariscal había recibido un paquete pequeño, cuidadosamente elaborado con técnica origami, dentro del cual había una magnífica piedra negra, pulida y de una densidad extrema. Cuando el mariscal la tomó en la mano para deleitarse con su belleza increíble, la piedra se deshizo en una arena gris que se escurrió como agua entre sus dedos, dejándole en la palma un mensaje escrito en un pergamino enrollado alrededor de una varilla roja. «En eso se convertirán tu corazón y tu lengua», decía el mensaje. Los militares necesitaron varios días para identificar la varilla, se trataba del altímetro de un Yak-9, pero al mariscal le bastaron sólo unos minutos para prohibir, con un decreto secreto, toda acción contra el monasterio de Yelintey.

Yeruldelgger fue confiado a las enseñanzas de Yelintey durante cinco años, de los trece a los dieciocho, a finales de los años setenta. En esa época, el monasterio todavía era una ruina colgada en el borde de un barranco, en la escotadura de un pliegue de la montaña. Los alumnos más antiguos, convertidos en discípulos del maestro, habían reconstruido un dormitorio, un refectorio y una sala de oraciones, que mantenían los novicios. La comunidad agrupaba a cuatro discípulos y diez novicios alrededor del Nerguii, cuyo mismo título significaba «sin nombre».

Yeruldelgger no había necesitado mucho tiempo para comprender, a pesar de su corta edad, que las enseñanzas del Nerguii no tenían nada que ver con las de las tradiciones budistas. Según la leyenda, los nerguii eran descendientes directos del único superviviente de la batalla de la princesa Zengh. En el año 630, la princesa había conseguido unir a su rebelión contra el emperador Tai Tsung a las tribus mongolas de los djurtchet y los euleutes. En su desesperación, Tai Tsung hizo llamar a los famosos monjes guerreros de Shaolin. La leyenda cuenta que cinco monjes atacaron por sorpresa el cuartel general de los rebeldes, defendido por quinientos hombres armados. Todos los soldados murieron en combate cuerpo a cuerpo y los mandos apresados tuvieron que batirse en duelo, armados, con un monje guerrero desarmado. Ningún militar salió victorioso de los enfrentamientos y todos fueron decapitados. Excepto uno, un general que rechazó usar el arma y exigió, por una cuestión de honor, batirse a manos desnudas, igual que los monjes guerreros. Aunque estaban impresionados por su coraje, los monjes consideraron que semejante combate sería desigual y contrario a su código de honor. Así pues, propusieron al valeroso mongol que fuera su prisionero el tiempo que tardara en aprender sus técnicas de combate. El día en que se sintiera preparado, podría desafiar a uno de ellos a un combate a manos desnudas, y así morir o ganar su libertad. Como cada monje tenía un

sobrenombre de su elección, decidieron no darle ninguno al prisionero, que fue bautizado como Sin Nombre.

Entretanto, el emperador había otorgado a los monjes guerreros numerosos privilegios, así como cinco monasterios dentro de los territorios del imperio. Y éstos se hicieron más guerreros que monjes, más poderosos que sabios, más codiciosos que generosos, al punto de ser conocidos en poco tiempo como «los monjes bandoleros de Shaolin». El único sentimiento de honor que les quedaba era el de la palabra dada, como les recordaba Sin Nombre cada vez que tenía ocasión. Al reprocharse a sí mismo el no haber alcanzado todavía los conocimientos de sus carceleros, el mongol había conseguido evitar, con astucia, batirse en duelo con sus maestros. A éstos, sin embargo, encorsetados como estaban por la edad, la opulencia y los compromisos políticos, cada vez les resultaba más evidente que Sin Nombre, que se entrenaba día tras día desde hacía años, era ya muy superior a ellos en el arte de la guerra y la meditación. Los novicios lo tenían como ejemplo, y muy pronto ningún maestro ni alumno nuevo podría enfrentarse a él, pues había incorporado las mejores enseñanzas de los cinco monasterios. Entonces, los cinco monjes se reunieron para convocar al fin el esperado combate y proponerle, en caso de victoria, además de salvar la vida, el deber de regresar a Mongolia y fundar allí el sexto monasterio. La leyenda cuenta que Sin Nombre se deshizo de su adversario con un único golpe tan rápido que ninguno de los monjes fue capaz de describirlo. Había matado a su rival proyectando su cuerpo a una distancia de treinta pasos, sin haber dado él uno solo. Su adversario, el mejor monje guerrero de los cinco monasterios de Shaolin, había muerto sin perder sangre, como exigía la tradición mongola.

Sin Nombre declaró entonces que tomaba oficialmente el nombre de Nergüi, y sin pedir más que un caballo partió hacia el norte, sin armas ni comida. Los maestros no tardaron en borrar sus huellas de la leyenda de Shaolin, igual que la existencia del sexto monasterio.

Yeruldelgger se sabía esa historia de memoria, y también su continuación. La epopeya del Nergüi le daba un coraje y una fuerza inesperados. Hacía dos horas que caminaba. Los zapatos de ciudad le resbalaban en los pedregales y el abrigo se le enredaba con las matas, pero no le faltaba el aliento. Había decidido atravesar la fortaleza montañosa siguiendo el valle angosto del Tuul; andaba por la ladera de la montaña, aprovechando los senderos abandonados que los cazadores, prudentes, habían trazado a una respetable altura y distancia del río. Con los lodazales del deshielo, o bajo las titánicas tormentas de verano, las aguas podían invadir el valle, al ganar varios metros de altura, y extenderse un centenar de metros a cada lado del curso. El suelo casi plano de la ribera estaba horadado y deshecho, y sobre él sólo lograban crecer unos hierbajos azules y

tozudos. Luego, el terreno se elevaba en una pendiente suave, recubierta de una hierba más espesa y florida. En el límite entre esa hierba tupida y los arbustos desparramados entre rocas dispersas era donde serpenteaban los senderos de los cazadores. Más allá, el paisaje se volvía abrupto, perforado por valles cubiertos de pinos y alerces.

Yeruldelgger marchaba hacia el sur. Cuando atravesara la fortaleza, desembocaría en el gran valle rocoso que la cercaba. Al otro lado, a cinco kilómetros, se alzaban los contrafuertes de otro macizo, más ancho e imponente, cuyo corazón abrigaba el magnífico parque natural del Terelj. El monasterio de Yelintey estaba allí escondido, a la sombra de un pliegue rocoso. Yeruldelgger calculó que necesitaría tres horas más para llegar hasta el valle, pero había salido al alba y no iba a faltarle tiempo.

Caminaba feliz de recuperar instintos olvidados. Redescubría sensaciones que creía perdidas. Se asombró de que su cuerpo, gastado por la ciudad y su oficio, lo llevara todavía con tanta facilidad a través de la montaña. No sentía ningún miedo. Ni a la inmensidad embriagadora que lo rodeaba, ni a los animales salvajes que poblaban aquellos bosques protegidos, ni a la noche o al frío que estaban al acecho. No sentía más que la inmensa serenidad de estar allí, al fin solo, olvidado de todos, empapándose con el esfuerzo de aquel mundo vivificante que volvía a apoderarse de él. Ése era exactamente el sentimiento que lo embargaba en aquel momento. Yeruldelgger había pertenecido a aquel mundo, había comulgado con él de una manera tan profunda que lo había transformado. De él había sacado una fuerza que ya no tenía, pero que ahora recordaba. Con frecuencia le daba la impresión de que había estado vivo, antes. Mucho más vivo que hoy. Y tal vez podría volver a estarlo.

En ese momento sintió el peligro. No un peligro cercano, ni salvaje. No era un oso. No eran lobos. No era una amenaza natural. No anunciaba una avalancha inminente ni una de esas tormentas repentinas. No era un enjambre ni una víbora. Era un peligro frío. Un peligro lejano. Una amenaza relacionada con el paisaje que se ocultaba en alguna parte, lejos, delante de él. Yeruldelgger prosiguió su camino sin apartar la vista del horizonte cerrado. Imperceptiblemente, fue alejándose del sendero de cazadores y remontando en diagonal hacia la linde del bosque. El peligro lo vigilaba. Lo observaba. Se secó con exageración la frente con la manga y fingió estar fatigado. Se quitó el abrigo con un gesto amplio, lo extendió en el suelo sobre el tapiz de agujas de pino y se dejó caer encima como si estuviera agotado. Una vez en el suelo, rodó detrás de un tronco, al amparo de algunos matorrales, y escrutó el otro lado del valle.

El valle que había seguido atravesaba la montaña de norte a sur e iba a unirse a otro, casi a la salida del macizo, que era más estrecho, pero más

frecuentado, y que descendía oblicuamente desde el Lago Negro. El entronque de ambas cuencas estaba algunos cientos de metros más al sur y allí era donde Yeruldelgger intuía que aguardaba la amenaza. Alguien o algo lo esperaba allí, emboscado. Alguien que debía de haber emprendido su caza demasiado tarde para seguirlo y atraparlo al descubierto en este valle, y por eso había escogido rodearlo y anticipársele en el siguiente. Estaba convencido de ello: alguien lo esperaba allí para matarlo. Pero seguía sin tener miedo.

La bala le rozó el hombro mientras aún intentaba adivinar dónde se había apostado su cazador, y alcanzó a un sauce joven que estaba detrás de él. Dos segundos después, la segunda se incrustó en el tronco del gran alerce tras el que se había refugiado. Sintió resonar el golpe en la madera en su cráneo. El hombre disparaba balas de caza mayor, probablemente con un fusil de mira con el que podía vigilarlo con tanta nitidez como con unos prismáticos. Sin embargo, era un cazador penoso. Mal rastreador, demasiado impaciente, acababa de perder el efecto sorpresa. Yeruldelgger, atrapado en el ángulo de tiro, tampoco lo tenía mejor. El terreno a su espalda ascendía en una pendiente empinada. No podía escapar a través del sotobosque sin exponerse.

Como el hombre sólo podía alcanzarlo si él se desplazaba, Yeruldelgger decidió no moverse. El asesino terminaría por perder la paciencia y buscar otro ángulo de tiro. En el tiempo que tardara en dar los pasos necesarios, no podría mantener el arma contra su mejilla con precisión y Yeruldelgger aprovecharía para saltar y ponerse a cubierto más arriba, en el bosque. Si tiraba por acto reflejo, el hombre, con el arma que había escogido, sólo tendría una posibilidad ínfima de acertarle. Un grado de desvío, a semejante distancia, desplazaría su tiro varios metros.

Yeruldelgger se puso a pensar mientras vigilaba la otra vertiente del valle. El asesino no podía haberlo seguido la víspera desde Ulán Bator. Erdenbat prácticamente lo había secuestrado a la fuerza a bordo de su Lexus, y nadie podría haberles ido detrás por las pistas desiertas del Terelj sin que se dieran cuenta, aunque sólo fuera por la luz de los faros en la noche. Además, si ese tipo venía del norte, era porque sabía que Yeruldelgger había pasado la noche en el rancho. Así que lo más probable era que se tratara de un hombre del rancho. Y en el rancho nadie hacía nada sin que Erdenbat se lo hubiera ordenado. Así que, ¡el magnate había dado la orden de que lo abatieran!

Yeruldelgger se disponía a repasar las consecuencias de esa conclusión cuando percibió un leve movimiento del otro lado del valle. Se arriesgó a echar una ojeada prudente bien pegado al tronco del alerce y vio al hombre del fusil, que se arrastraba entre los matorros, descendiendo hacia el río. Yeruldelgger comprendió que buscaba un ángulo mejor para poder disparar en contrapicado

hacia el interior del bosque. El comisario se irguió de inmediato y se lanzó lo más rápido posible al asalto de la pendiente más empinada para que el follaje de los primeros árboles cerrara el ángulo de tiro del cazador. No prestó atención a las dos detonaciones. Unos segundos después estaba al abrigo, un poco más arriba en el bosque, pero esta vez sentía miedo y el corazón le latía como si quisiera salirse del pecho. Se sentó en una gran piedra para recuperar el aliento un minuto o dos, pero fue una mala idea. Ya se oía el zumbido del todoterreno, que salía del río y se lanzaba pendiente arriba.

Pronto oyó al pie del bosque las ruedas del todoterreno, que trataba de abrirse camino lo más alto posible entre los troncos. Luego vio la parte inferior de la puerta, que se abrió con fuerza y golpeó contra un árbol, y un par de pies calzados con botas militares que se disponían a perseguirlo. Gracias al ángulo de la pendiente, el hombre no podía ver todavía a Yeruldelgger, pero no estaba a más de cincuenta metros de él, mejor calzado, mejor equipado y, además, armado. Yeruldelgger se lanzó cuesta arriba y en su precipitación provocó la caída de algunos guijarros, que rebotaron hasta abajo chocando con los troncos. Al instante, el hombre disparó por instinto en su dirección. No podía alcanzarlo y su tiro a ciegas no tenía otro propósito que espantarlo y provocar que cometiera un error. Yeruldelgger lo sabía y debería haberse controlado, pero tenía el miedo metido en las entrañas. Reemprendió la ascensión, asustado, tropezando cada tanto en la empinada pendiente, tan empinada que tuvo que empezar a ayudarse con las manos para avanzar. A cada metro, volvía la cabeza a uno y otro lado para intentar distinguir quién lo perseguía, y no ver nada le daba cada vez más miedo. El hombre podía estar en cualquier lado. El disparo podía sorprenderlo y abatirlo como una bestia en cualquier momento. Yeruldelgger sudaba a mares, a causa tanto del miedo como del esfuerzo, y el sudor le escocía en los ojos.

De pronto, por encima del hombro, vio que el hombre no estaba más que a unos veinte metros más abajo, a su izquierda. Se quedó paralizado unos segundos. El tirador se había puesto en posición de disparar y apuntaba con calma y precisión. Aterrado, Yeruldelgger saltó hacia delante para esconderse detrás de un gran alerce. En el momento del disparo, algo cedió bajo sus pies, y cayó al vacío. Oyó la bala silbar junto a su oreja y vio los troncos de los árboles, el cielo entre las cimas y las peñas que se solapaban sin ton ni son mientras él caía rodando al otro lado de una colina en la que no había reparado. Un segundo rebote lo lanzó de espaldas al fondo de una quebrada, un agujero húmedo y sin salida sobre el que se abría un óvalo de cielo azul en el que se recortaban las copas oscuras de los alerces. Una emoción fugaz se apoderó de él ante aquella belleza inesperada y se sorprendió diciéndose que aquella iba a ser su última

visión del mundo. Estaba acorralado, con el cuerpo magullado y herido por la caída, sin fuerzas para levantarse y luchar, y sin ninguna posibilidad de huir. Levantó la cabeza y vio al hombre de pie en el borde de la zanja, a diez metros apenas por encima de él. Con el fusil bajo el brazo y el cañón apuntando hacia el suelo, lo miraba detrás de unas gafas ahumadas. No había inquina en su actitud. El hombre estuvo mirando un buen momento a Yeruldelgger, maltrecho en el fondo de la quebrada, como si dudara en tomar una decisión. Luego se cambió el fusil de mano, sacó una pistola automática que ocultaba en su espalda, se puso ligeramente de lado, con las piernas separadas, y apuntó.

Yeruldelgger se esforzó en resignarse a la muerte. Iba a morir y no podía hacer nada. La idea de que una diminuta ojiva de metal, al rojo vivo por la explosión de la pólvora, fuera a destrozarle el cráneo, lo aterrorizó. Con la mano delante del rostro para esconder la imagen de su asesino, tan sólo pudo adivinar el movimiento furtivo de una sombra por encima de la quebrada mientras el estruendo del disparo explotaba bajo el cielo azul. Cuando retiró la mano, Yeruldelgger tuvo tiempo de ver que el hombre ya no estaba allí y que su fusil daba vueltas en el cielo. Vio el arma desaparecer detrás de él, la oyó rebotar en algún lugar contra una piedra y recibió la culata en plena frente cuando volvió a caer. Aunque estaba semiinconsciente, oyó el golpe sordo de una caída, el ruido de los guijarros rebotando y chocando unos con otros y una tela que se desgarraba en una rama rota. Un cuerpo se derrumbó encima de él, con todo su peso muerto, dejando un brazo sobre su rostro tumefacto. Justo antes de perder la conciencia, a través de la tela desgarrada por la caída, Yeruldelgger distinguió un tatuaje en el hombro que tenía pegado a su ojo. Era el de un soyombo con una esvástica en lugar del yin y el yang...

34

«Decirlo es fácil», murmuró Saraa

Cinco años antes, a principios de otoño, cuando por las mañanas el frío ya punzaba y los días eran todavía calientes, el buriata había ido muy temprano al mercado de coches, cuyos aparcamientos ilegales dibujaban un triángulo enorme en el distrito 17, al este de la ciudad. Había subido por la calle Dorj y, como todos los provincianos, había aparcado junto a la acera, en la punta sur del mercado. No era cuestión de adentrarse en el lugar y correr el riesgo de invadir el territorio de alguien aún más ladrón que él. La poca sabiduría que todavía conservaba de su antigua vida de nómada le recomendaba hacer lo único que podía hacerse: esperar. Se puso de cuclillas delante del radiador de la furgoneta,

como hacen los nómadas cuando intercambian tabaco en la estepa, y se perdió en la contemplación de aquel océano de carrocerías, a la espera de llamar la atención.

Había distinguido al Kazajo por su manera de moverse y las miradas que lanzaba de reojo. Los jinetes jóvenes, aún arrogantes, cuando reúnen a las manadas y vigilan a los animales, los buscan con la mirada y se fatigan. Ponen nerviosos a los caballos, que se agitan y hacen que su tarea sea aún más difícil. Pero los jinetes expertos dejan perder su mirada justo por encima del lomo de los caballos, hasta no ver más que una masa en movimiento. En ese movimiento distinguen a los caballos con carácter, a los que se mostrarán tercos y a los sumisos, a los más fatigados, que se dejan arrastrar por la masa, y a los heridos, que frenan el movimiento del grupo. Cuando un jinete experto reconoce a un caballo herido, sólo lo mira a él y no lo pierde ya de vista, sea cual sea el movimiento a su alrededor. El animal enseguida lo nota y el hombre puede acercarse a él por más que los otros caballos estén agitados. El caballo lo espera, para someterse o para defenderse, pero lo espera.

En medio de la multitud todavía encogida por el frío de la mañana, la mirada perdida del buriata había reconocido los andares del Kazajo entre los coches alineados. Mostraba la lentitud de los visitantes, pero no su paso dubitativo. Mostraba la seguridad de los vendedores, pero no su diligencia. Y contrariamente al movimiento general, que a esa hora se dirigía hacia el interior del mercado, los pasos del Kazajo lo llevaban a dar vueltas en torno a los cuatro o cinco primeros vehículos del aparcamiento. El buriata había reparado también en que fumaba mientras fingía deambular, cuando en realidad allí los hombres se detenían para hacerlo. Varias veces dejó que la mirada del Kazajo se deslizara sobre él, de reojo, desde abajo, como hacen los caballos. Luego, cuando sintió que el hombre, al otro lado de la calle, estaba listo para el encuentro, el buriata lo miró directamente a los ojos.

Alto y delgado, el Kazajo iba vestido de cualquier manera, con un chándal Nike que le venía grande y una sudadera en honor a Madonna que asomaba por la cremallera abierta de un chaleco metalizado. Había reparado en el raído deel azul del nómada, en los botones de madera y el amuleto que le colgaba del cuello. ¡Todos brujos! Luego, en cuanto su mirada se cruzó con la del buriata, tiró el cigarrillo y atravesó la calle para ponerse en cuclillas a su lado. Sacó una cajetilla de tabaco de un bolsillo del chaleco metalizado, la abrió con precaución y se la ofreció con ambas manos al nómada, que no le quitaba ojo. Éste la cogió con la mano derecha, sosteniendo su muñeca con la otra mano, para mostrar que él también respetaba las tradiciones. Después de haberse servido una pizca de tabaco, devolvió la tabaquera del mismo modo que la había recibido. El Kazajo

se sirvió a su vez y cada cual lio un cigarrillo poniendo cuidado de no cruzar la mirada con la del otro. Pasado un buen rato, después de que el humo acre y azul hubiera quemado sus gargantas y calentado sus pechos, el Kazajo hizo una alusión al excelente estado de la furgoneta, delante de la cual permanecían acucillados, mientras observaba a lo lejos a un vendedor que estaba a punto de hacer morder el anzuelo a un bobo. El buriata agradeció el cumplido y confirmó el buen estado del vehículo y la reticencia que tenía a separarse de él; a su vez, miraba a la derecha, hacia dos hombres que se pasaban billetes entre dos coches. Luego negociaron la venta, el buriata se excusó por no tener los papeles. El Kazajo mostró comprensión, pero a cambio le pidió que entendiera que estaban hablando de un mercado con reglas diferentes, y el buriata aceptó que eso implicara un sacrificio en el precio...

A pesar de toda la palabrería del nómada, el Kazajo se olía el enredo. No obstante, la furgoneta se encontraba en buen estado y él había intuido que su vendedor estaba allí más para librarse de ella que para venderla. Había cerrado pues un buen negocio, aunque la furgoneta era una patata demasiado caliente y él demasiado conocido por la policía como para guardarla mucho tiempo. En cuanto el buriata hubo desaparecido, el Kazajo llamó a un número desde su móvil e intercambió algunas palabras en su idioma. Diez minutos más tarde, Khüan, otro Kazajo, que tenía montado un pequeño taller mecánico en los viejos contenedores rusos, pasó para comprar la furgoneta en metálico.

—¿Qué hizo Khüan con ella? —preguntó Oyun.

Había dado con el vendedor gracias al número del móvil de Khüan que Yeruldelgger había borrado. Por ese lado, al menos, todavía tenían cierta ventaja sobre Chuluum. Localizó al tipo rápidamente, en el barrio del mercado de coches, donde éste seguía dedicándose a cazar provincianos arruinados. Por discreción, así como para ponerlo un poco bajo presión, Oyun lo había metido en su Nissan Cube y se lo había llevado hasta un descampado, al norte del mercado.

—No lo sé. Se supone que la vendió. ¡Después de todo, se dedica a eso!

—¿Y tú? ¿No te dedicas a timar a viejos nómadas endeudados?

—Escucha, el tipo era cualquier cosa menos un viejo nómada endeudado. Quería librarse de la furgoneta, ¡eso era evidente!

—¿Y te crees que con eso se arregla el que se la hayas comprado? ¿Sabes para qué han utilizado la furgoneta?

—Yo no sé nada —respondió él con desparpajo—. ¿Para traficar con marmotas? ¿Para transportar huevos de dinosaurio? Qué sé yo...

—Pues te lo voy a contar, para que no mueras como un idiota en la trena, que es donde vas a terminar: podrían haberla utilizado para transportar el cadáver de una niña extranjera de cinco años.

—¡Eh! —exclamó el Kazajo, pálido de golpe—. ¡Yo no tengo nada que ver con eso! ¡Yo sólo le compré la furgoneta al buriata! ¡Eso es todo lo que he hecho! ¡Yo no he matado a nadie!

—¡A saber! —le soltó Oyun, contenta de haber abierto una brecha en su arrogancia—. De momento, sólo te hemos echado el guante a ti, así que, si no quieres cargar tú solo con un peso demasiado grande para tu espaldita, ¡te interesa contarme más sobre ese vendedor!

—Pero si yo no sé nada sobre el buriata... —gimió el tipo, asustado—. Ya sabes cómo son; chamanes, no hay forma de saber lo que piensan, ¡apenas hablan! Al tipo le pagué y desapareció.

—¿Por dónde?

—¡No sé! ¡Por ahí, hacia el norte, hacia el hospital psiquiátrico!

Los nómadas nunca toman una dirección al azar. La calle que subía hacia el norte, rumbo al hospital psiquiátrico, sólo llevaba al barrio de las yurtas. La única razón por la que un nómada de paso por Ulán Bator tomaría esa dirección en vez de otra es coger el camino que, más allá del hospital, baja a lo largo de cuatro kilómetros, bordeando el río y hacia el sudeste, hasta la fábrica donde habían sido emasculados los tres chinos, y donde se unía al final con la carretera principal, que recorría el este del país. Desde ese lado, el hombre podía haber llegado de las grandes estepas desiertas del sudeste, por la ruta de Choyr, o del este, por la ruta de Undur Khan. Pero también podría haber llegado de las montañas boscosas del Terelj, al nordeste, o incluso del Hentiy, todavía más al norte. Y esas tres rutas convergían en un punto situado a pocos kilómetros al norte del lugar donde Yeruldelgger había encontrado a la niña.

—¿Te dijo algo que pueda ayudarnos a deducir de dónde venía? ¿Qué aspecto tenía? ¿De qué hablasteis? ¿Cómo iba vestido?

—Ya te lo he dicho: con un deel viejo, me parece que azul, botas, un sombrero buriata... ¡Como un buriata, vamos!

—¡Algo! ¡Dame algo! —insistió Oyun.

—¡Qué quieres que te diga! ¡Yo estaba allí para comprarle la furgoneta, no para sacarle una foto!

La joven desenfundó su arma y la incrustó en la mejilla del Kazajo al tiempo que gritaba:

—¡A la pequeña la enterraron viva! ¿Entiendes? ¡Así que recuerda algo antes de que me cabree de verdad!

—¡Los botones! ¡Los botones de su deel! ¡Eran de asta de ciervo, estoy seguro! Los había visto antes: botones de asta de ciervo para protegerse. También llevaba un tubito de asta de ciervo sujeto al cuello con una cinta de cuero negro. Es una de esas cosas de brujería que protege contra las

enfermedades. ¡Llevaba uno, lo vi!

Quizá Oyun había dado al fin con una pista que podía ser el inicio de algo. El ciervo era una de las figuras importantes del bestiario sagrado de los animistas. En particular el maral, el ciervo rojo del Cáucaso, del que los chamanes extraían el velludillo con el que trataban una buena cincuentena de enfermedades. Era el tejido vivo que se formaba en la cornamenta nueva del animal antes de que la calcificación la endureciera. Los curanderos lo utilizaban desde hacía dos mil años. Hacía dos, un guarda forestal, bastante guapo y muy hablador, le había contado a Oyun todo eso y muchas otras cosas para hacer tiempo y recuperar fuerzas debajo del edredón, en su yurta, en el corazón del parque nacional del Hentiy. Oyun había leído también en algún sitio que un investigador ruso había identificado su principio activo, la pantocrina, que parecía estar destinada a desempeñar un importante papel en la lucha contra el envejecimiento, la fatiga y los problemas de cicatrización. Pero lo que más le interesaba a Oyun era que esa pista reducía el campo de sus investigaciones. En aquella región del país tan sólo se encontraban ciervos maral al norte del Terelj. Probablemente, el revendedor de la furgoneta venía de aquella región. Del Terelj o del Hentiy, al nordeste de Ulán Bator.

—Está bien —dijo ella, guardando el arma—. ¿Qué más puedes decirme?

—¡Nada! Cuando se iba, le pregunté si tenía otras cosas que vender, para hacer negocio...

—¿Y?

—Y me dijo que preguntaría.

—¿Que preguntaría? ¿A quién?

—A su hermano...

Oyun hizo bajar de malas maneras al Kazajo del Cube y arrancó en estampida, dejándolo solo en medio del descampado. Pero un instante después pisó el freno y metió marcha atrás para regresar donde él estaba, envuelta en una nube de polvo salpicada de gravilla. Se inclinó en el asiento del copiloto para bajar la ventanilla y llamó al Kazajo, que no se había movido.

—¿Cuándo fue eso?

—¡Hace cinco años, ya te lo he dicho!

—Hace cinco, pero ¿cuándo exactamente?

—Justo después de los juegos del gran naadam. Una semana más tarde, diría yo.

Todas las provincias, hasta los pueblos más pequeños, organizaban juegos a lo largo del verano. Pero la fiesta más importante de los tres juegos viriles, el gran naadam de Ulán Bator, se celebraba todos los años del 11 al 13 de julio, para coincidir con las conmemoraciones de la independencia. Eso cuadraba con

la hipótesis de que una familia de turistas hubiera viajado en furgoneta desde los Flaming Cliffs hasta Ulán Bator para asistir al naadam nacional. A lo mejor habían tenido un encuentro desafortunado con unos brutos que iban hasta arriba de vodka, o sufrido un robo que había terminado mal. O un accidente con un quad...

A Oyun le habría gustado compartir con Yeruldelgger sus descubrimientos, pero éste seguía sin aparecer. Delante de Solongo y de Saraa le quitaba importancia y mentía afirmando que solía esfumarse cuando se sumergía en investigaciones difíciles. Pero cada día estaba más preocupada por lo que pudiera haberle ocurrido a su superior. Una asociación de ideas que la hizo sentirse inquieta la llevó a pensar en Chuluum y decidió no pasar por el departamento. Se fue directa a la yurta de Solongo, que quedaba a menos de un kilómetro de allí. Ella no estaría, pero Oyun podría ocuparse de Saraa y de Gantulga, a quien la forense también había acogido. Cuando entró en la yurta, Gantulga estaba de pie, con una pierna y un brazo escayolados, y empujaba el biombo con la punta de una de sus muletas para hacer rabiar a Saraa.

—¿Así que es verdad? ¿Estás acostada en pelotas detrás de esta cosa sin poder moverte? ¿Te imaginas que se cae?

—¡Vuelve a tocar ese biombo otra vez y yo seré lo último que veas en tu corta vida!

—Oye, una chica en pelotas, con las piernas abiertas y que no puede defenderse, por eso puede valer la pena correr el riesgo, ¿no?

—Disculpa, compañero, que te interrumpa así —dijo Oyun a su espalda—, pero creía que estabas perdidito por mí y lo que acabo de oír podría ponerme muy celosa. Y en mi caso, los celos pueden llegar a manifestarse de un modo muy violento, ¡no sé si entiendes lo que quiero decir!

—¡Qué quieres! —respondió Gantulga, dándose la vuelta para mirarla con cara de granuja de buen corazón—. Es la llamada de la naturaleza, ¡no puedo evitarlo!

—Bah, ¿qué naturaleza? —se burló Oyun mientras dejaba su bolso—. ¡No eres más que un corderito! Se te aprieta la cosa y lo que te sale es la papilla del biberón.

—¡Bien dicho! —soltó Saraa con voz risueña desde el otro lado del biombo.

—Venga, vamos, vete de aquí y date una vuelta por el jardín —ordenó Oyun—. Tenemos que hacer cosas de chicas.

—¿Ah, sí? ¿Encima sois bolleras? —bromeó Gantulga al tiempo que iba brincando con ayuda de sus muletas hasta la puerta.

Oyun agarró la primera cosa que tenía a mano y se la lanzó a la cabeza; él

esquivó la taza por poco.

—No, pero ¿qué lenguaje es ése para la edad que tienes? ¡Le debes respeto a esta yurta, ¿me oyes?! ¡A quienes han vivido aquí y a quienes viven hoy! Cuando haya terminado con Saraa, vendrás a excusarte con ella.

—Déjalo —dijo la muchacha con voz indulgente—. ¡No es más que un niño!

—Sí, pero un niño maleducado —replicó Oyun con falsa firmeza.

No quiso ceder demasiado pronto ante la sonrisa engatusadora de Gantulga, que se burlaba de ella en silencio desde fuera.

—¿Sabes algo de él? —preguntó Saraa mientras la joven le untaba la grasa de oso sobre el cuerpo.

—No, pero no me inquieta. Ya me ha hecho esta jugarreta muchas veces, en otras investigaciones —respondió Oyun sin atreverse a mirarla.

—Mientes —dijo con calma la adolescente—. Te lo veo en los ojos, te lo escucho en la voz, te lo noto en las manos...

—Él es así, Saraa, no se puede hacer nada. Siempre actúa igual, sólo piensa en él, sólo hace lo que se le pasa por la cabeza, ¡sin tener en cuenta a los demás! Por supuesto que estoy preocupada, pero, cada vez que lo he estado, reaparece como si nada. Tienes que confiar en él.

—Decirlo es fácil —murmuró Saraa.

35

El tatuaje arrancado al Tatuado

El hombre encargado de la seguridad del rancho estaba de pie, a una distancia respetuosa, en la ancha terraza frente al lago. Erdenbat entendió que estaba a su espalda cuando vio a su invitado coreano mirar por encima de su hombro. El hombre supo instintivamente que su patrón iba a darse la vuelta y se cuadró en un acto reflejo.

—Habla —ordenó el magnate al hombre, que no se atrevía a mirarlo a la cara.

—El Tatuado no ha regresado todavía...

—¡Ah! —exclamó Erdenbat, que se volvió hacia el lago y se quedó de repente pensativo.

—Y va a anochecer dentro de dos horas...

—¡Lo sé!

Sólo se fiaba de sí mismo. No confiaba en nadie. Los años en el campo y en el gulag habían arraigado en él un instinto de supervivencia que se basaba en la

desconfianza hacia los demás. Hacia todos los demás. Del Tatuado desconfiaba un poco menos, probablemente por haber compartido con él, en tiempos del régimen anterior, dos tentativas de evasión y las represalias que siguieron a ambas. No obstante, su desconfianza lo empujaba a pensar en una traición o en un abandono. Después de todo, las cosas estaban tomando un mal camino y eso podía asustar a espíritus menos templados que el suyo. Incluso a un ser tan frío y violento como el Tatuado. Si era el caso, tendría que ocuparse de ello y adoptar las medidas necesarias, por radicales que fueran. Pero lo atormentaba otra duda. Más sorda, más inquietante: la de no haber desconfiado lo suficiente de Yeruldelgger. ¿Era posible que se hubiera librado del Tatuado? Erdenbat lo había visto irse a pie por la montaña, con zapatos de ciudad, sin arma y maltrecho tras la paliza de la víspera. El Tatuado había partido en coche tras sus pasos, armado con un fusil de mira telescópica, con el plan de adelantarlo y tenderle una emboscada cuando llevara varias horas de marcha. ¿Yeruldelgger podía realmente haberse escapado? Y si el Tatuado aún no había regresado, ¿era porque todavía lo perseguía o porque el poli había logrado deshacerse de él?

Erdenbat no creía en la magia. En todas esas historia de chamanes que confundían los espíritus simples de nómadas y cazadores. Pero era supersticioso y sí creía en el instinto. El suyo lo había salvado de las jaurías de perros que los celadores habían lanzado tras él; de los cuchillos que los deportados afiebrados querían meterle en las costillas para robarle la cantimplora o los cordones; de las aguas heladas en las que había tenido que sumergirse para esconderse; de las miradas sádicas de los comisarios políticos cuando escogían a los hombres que iban a ejecutar como escarmiento. Su instinto nunca lo había traicionado hasta el presente, pero lo que le decía ese día era confuso. El Tatuado estaba muerto, lo sabía, pero no podía explicar por qué. Lo sentía.

El coreano contempló con perplejidad a Erdenbat, que tenía la mirada perdida más allá del lago, más allá del bosque, hacia el horizonte, con el cuello estirado, la nariz dilatada, como si olfateara a lo lejos el olor del peligro.

—A problem? —preguntó.

Erdenbat no respondió. Si el Tatuado estaba muerto, ¿qué habría sido de Yeruldelgger? Todo su cuerpo estaba en tensión mirando hacia el sur, en dirección al Terelj, hacia donde se había dirigido el poli. Se podía pensar que olfateaba el viento, como un animal al acecho, inmóvil. Inquieto, o listo para cazar.

El coreano no se atrevió a repetir la pregunta. Erdenbat tendió su copa al hombre que había ido a prevenirlo y que permanecía prudentemente a su espalda. Puso una mano en el hombro de su huésped, sin apartar los ojos del cielo más allá del bosque.

—I'll be back before night. Make yourself comfortable —le dijo.

Se volvió hacia su empleado, que seguía inmóvil, con la copa en la mano:

—Un coche y un fusil cargado con municiones. Ya. Que el mayordomo se ocupe de mis huéspedes.

El hombre obedeció, contento de poder eclipsarse, y cinco minutos más tarde el magnate partía al volante de un Land Rover tras los pasos del Tatuado.

Después de una hora escasa de rastreo atento, distinguió, entre los troncos rectos de los alerces, el vehículo al otro lado del valle. Al salir de la pista para detenerse, reparó en unas huellas de neumático sobre la hierba. Bajó del Land Rover con prudencia de cazador, con todos los sentidos alerta. Antes de cruzar el valle para camuflarse entre los árboles, el coche del Tatuado había permanecido estacionado en el mismo lugar que el suyo. Erdenbat observó los alrededores. El valle descendía desde el norte y canalizaba un río caprichoso de riberas amplias y floridas. El Tatuado había aparcado en el flanco este, al abrigo de las miradas de quienes bajaran por el valle. Él también habría elegido ese lugar para una emboscada. A través de la arboleda, el tirador tenía tiempo de seguir a su objetivo junto a la linde del bosque, del otro lado, en la vertiente oeste. Yeruldelgger sólo podía haber tomado aquella pista. Por encima de la cresta, el sol de la tarde, todavía alto sobre el valle, debía de haber inundado de luz la vertiente oriental. Demasiado luminoso para un hombre que caminaba desde hacía horas, demasiado caluroso para un hombre mal equipado, y demasiado expuesto para un hombre atrapado. El Tatuado había decidido esperar a su objetivo al abrigo de aquella arboleda y Yeruldelgger debía de haber avanzado bastante hacia arriba por el otro lado, justo en el límite del bosque de alerces, al frescor de la sombra de los altos árboles. Entonces, ¿por qué no se veía por ninguna parte su cuerpo envuelto en un zumbido de moscas negras? ¿Y por qué había desaparecido el Tatuado y había abandonado su coche en la entrada del bosque?

Erdenbat escrutó despacio el paisaje, como un cazador que intenta descifrar una pista. Las ruedas del coche habían abierto dos surcos profundos a través de la hierba alta y de los arbustos, pero el anciano supo instintivamente que el Tatuado no se había lanzado a una persecución en coche a través del bosque. Eso era dar demasiada ventaja a su presa. Volvió a echar un vistazo a los alrededores y encontró un camino de hierbas aplastadas que rodeaba la arboleda y descendía hacia el río. ¿Por qué su hombre se había puesto al descubierto de ese modo? De inmediato temió la respuesta.

Observó el suelo en torno al Land Rover, extrañado de no encontrar nada, luego se fijó un instante en su coche, en silencio, antes de agacharse para mirar debajo. Vio el casquillo. Había ocurrido lo que pensaba. El Tatuado había

disparado desde allí y, por alguna razón que se le escapaba, no había acertado a Yeruldelgger, que había corrido hacia el bosque para ponerse a cubierto. El otro se había desplazado entonces hacia el fondo del valle en busca de un ángulo de tiro que le permitiera penetrar más alto y más profundamente a través de los árboles. Erdenbat siguió el camino de hierbas aplastadas. En el lugar en que éstas estaban de nuevo tiesas y floridas, encontró sin tener que buscar mucho otros dos casquillos. El Tatuado había vuelto a fallar y había regresado por el mismo camino a su coche para conducir hasta la otra vertiente con mayor rapidez y rastrear a Yeruldelgger en el bosque. ¿Lo había herido? ¿Le seguía el rastro todavía? En un bosque, la persecución podía durar horas.

Erdenbat volvió a su coche, cargó la recámara del fusil y cruzó el valle, al acecho, hasta llegar al otro coche. Se acercó al vehículo con prudencia, con el arma apuntada hacia la puerta abierta, y echó una mirada cautelosa al interior. En el asiento del copiloto vio una cantimplora, unos prismáticos y una caja de balas de fusil. Entró con cautela e inspeccionó la guantera con la punta del cañón. La segunda MKV automática del Tatuado seguía allí. Yeruldelgger no había echado mano del arma y el equipamiento para escapar, ni había dejado abandonado el cuerpo del Tatuado en el coche.

De nuevo Erdenbat observó minuciosamente la linde del bosque. Y recuperó de inmediato sensaciones que eran a la vez espeluznantes y excitantes. ¡A él lo habían perseguido a muerte tantas veces en su vida...! También había sido perseguidor y había matado. Había rastreado para comer, para sobrevivir, para vengarse. En el desorden bien ordenado de la naturaleza, pronto reparó en un montón de guijarros que no deberían haber estado al pie de un árbol. Buscó con la mirada desde dónde podrían haber rodado hasta allí y, poco a poco, intuyó el rastro. Éste subía entre los árboles y Erdenbat lo siguió con paso prudente hasta que vio el primer resbalón. Luego, otro más profundo un poco más arriba. Conocía bien esos rastros. Eran los de un animal que se cree a salvo e intenta fundirse, a toda costa, un poco más, en su camuflaje, pero que de pronto es localizado por el cazador y huye aterrado hacia delante.

Erdenbat aceleró el paso para remontar la pendiente y estuvo a punto de caer del otro lado de una cresta enmascarada por un arbusto. Se agarró como pudo al tronco de un abedul joven, pero justo en el momento en que se dio cuenta de que la base del árbol había sido mordida por una bala, el tronco se partió y el anciano cayó rodando varias veces sobre sí mismo hasta el fondo de un barranco de unos diez metros de profundidad.

En cuanto recuperó el sentido, bocarriba, de cara a un óvalo de cielo enrojecido ribeteado por las puntas de los alerces, fue consciente de que había una presencia amenazadora a su lado. Giró la cabeza despacio y ante sus ojos, en

una piedra plana cuidadosamente depositada en el suelo, vio el dibujo. El símbolo de la bandera mongol con una esvástica en lugar del yin y el yang. El tatuaje arrancado al Tatuado.

36

«No», dijo Oyun, y suspiró

Solongo miraba a Saraa dormir, desnuda, sobre el lecho detrás del biombo. Desde que la cuidaba en su casa, equilibraba los fármacos contra el dolor con sedantes naturales a base de peonía china. Su mejilla quemada recuperaba día a día una piel lisa y rosada. Pese al suplicio, Saraa lograba caer en sueños largos y apaciguadores. Solongo la miraba dormir y pensaba en Yeruldelgger, su padre. Cavilando en una cosa y otra, le dio por pensar en los padres de la niña del triciclo. No habían prestado mucha atención a los padres en aquella investigación. ¿Dónde estaban? ¿Yeruldelgger se había preocupado de eso?

—¡Sujeta a tus perros! —gritó Oyun desde el exterior de la gran yurta.

Entró sin esperar la respuesta de Solongo.

—¿Cómo está? —preguntó la joven inspectora.

—Duerme.

—¿Y tú?

—Bien. Voy tirando.

—¿Seguimos sin noticias?

—Sí, pero no me preocupo.

—No sé cómo lo haces —le confesó Oyun—, ya han pasado tres días. Yeruldelgger nunca había estado tanto tiempo si dar señales de vida.

—Está vivo, no te inquietes.

Oyun se quedó impresionada por la calma de Solongo y se preguntó si se trataba de confianza o de autopersuasión. A menos que...

—Solongo, no me ocultas nada, ¿verdad? ¿No sabrás dónde está ni qué ha ido a hacer?

—Te doy mi palabra.

—Quiero creerte, pero pareces más bien preocupada para ser que confías en que está bien.

Solongo tomó a Oyun por el brazo y la guió suavemente hacia la puerta de la yurta. Fueron a sentarse al jardín.

—Es que estaba pensando en los padres de la niña. Según tú, ¿dónde están? ¿Por qué no hay rastro de ellos?

—Yeruldelgger y yo ya pensamos en esa cuestión. Sólo hay tres hipótesis.

La primera, la más triste, es que sigan vivos en algún lugar y que mataran a la pequeña, quizá por accidente. En ese caso, serían ellos quienes la enterraron para que nadie la encontrara y luego regresaron a su casa, lejos de aquí.

—¿Cómo puede alguien imaginar algo así? ¿Cómo podrían unos padres vivir con eso?

—¡Vete a saber! Quizá estén escondidos en alguna parte, destrozados por la pena, destruidos por su reacción tras el accidente. O bien se esconden en otro lugar, cómplices, y rehacen su vida fingiendo olvidar su crimen... La segunda hipótesis es que fallecieran al mismo tiempo y en el mismo lugar que su hija. Muertos en el mismo accidente o por aquel que lo provocara y que no quiso dejar testigos. Pero los nómadas no encontraron cerca de la tumba de la pequeña ningún otro enterramiento irregular. O al menos, no se ha encontrado todavía.

—¿Y la tercera hipótesis?

—La tercera es que murieran, pero en otra parte, y no al mismo tiempo que la niña, y ésta es la más dramática.

—¿Por qué?

—Porque eso implica cosas mucho más sórdidas, mucho más atroces...

Permanecieron unos instantes en silencio, mirando los árboles del jardín y el cielo azul, donde en lo alto se desplazaban veloces unas nubecillas blancas.

—En los Flaming Cliffs, el viejo jinete habló de una pareja con una sola hija. ¿No se pueden verificar las entradas y salidas del país y ver si hay alguna pareja que haya entrado con una niña y que no haya salido?

—Sí, Yeruldelgger ha pedido a Aduanas que lo verifiquen. Estamos esperando su respuesta. Ya sabes, ¡la aduana trabaja a su propio ritmo!

—¿No tenéis nada más?

—Puede que yo tenga una pista sobre la furgoneta. Un buriata procedente del Hentiy podría haberla vendido en Ulán Bator.

—¿Cómo lo sabes?

—Un testigo me lo ha descrito. Su deel tenía botones de asta de ciervo y llevaba un amuleto del mismo material, probablemente con polvos de asta. Eso es propio de los buriatas del Hentiy, ¿verdad?

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó Solongo, asombrada.

—Hago muchas excursiones en quad en cuanto puedo escaparme de la ciudad. Me encanta. Hace dos años, durante un viaje, pasé un fin de semana salvaje en el Hentiy con un guarda forestal —respondió Oyun, que levantó los ojos al cielo como para excusarse.

—¿Un fin de semana salvaje con un guarda forestal? ¿Y eso cómo es? —dijo Solongo para tomarle el pelo.

—¡Salvaje!

—Salvaje, ¿de acuerdo! ¿Y qué pasó con los chinos?

—Nada. La coartada que Saraa proporcionó al otro tarado nos cerró la pista de los nazis, y no tenemos otra. Yeruldelgger está convencido de que fueron ellos, o de que al menos participaron en ello. Eso es lo que cree en el fondo, pero una convicción profunda no es gran cosa y la de un fantasma cuenta todavía menos, sobre todo si lo han retirado de forma oficial de todas sus investigaciones, y a mí también en la práctica, aunque no sea oficial.

—Y entonces, ¿qué vais a hacer?

—Él, no sé, pero yo sigo la pista de los quads. Está el que probablemente atropelló a la pequeña y el del tipo que disparó a Gantulga, y eso es más que una coincidencia.

—¿Eran el mismo?

—Casi. En todo caso, ambos coreanos.

—Es poca cosa, ¿no?

—Sí, pero ¡es todo lo que tenemos!

—Adolf vende quads... —dijo Saraa a espaldas de ellas.

Oyun y Solongo se volvieron a la vez. Saraa estaba de pie en el arco de la puerta, desnuda, con la piel salpicada de placas rosas y brillantes, y las piernas y los brazos algo separados para evitar el rozamiento.

Solongo se precipitó hacia ella, pero se detuvo de golpe sin saber qué hacer. No podía poner ni una tela ni un vestido sobre aquel cuerpo herido, ni cogerla en brazos, ni llevarla...

—Sólo puedo estar tumbada. Tengo que moverme un poco. Me he levantado y os he escuchado. El año pasado, poco antes del gran naadam, Adolf ganó bastante dinero vendiendo quads de ocasión. Por lo visto, aquélla no era la primera vez, y en los últimos meses ha comentado en varias ocasiones el montón de pasta que iba a ganar muy pronto.

—¿Por qué no nos lo has dicho antes? —preguntó Oyun con desesperación.

—Eh —intervino Solongo—, suave con ella, ¿de acuerdo?

—Es la primera vez que oigo hablar de quads en este caso —se excusó Saraa, al borde de las lágrimas.

—No pasa nada, no pasa nada —se excusó también Oyun—, lo siento. Perdóname, estoy de los nervios, no te enfades conmigo. Pero ¡es una información muy importante! ¿Qué más sabes?

—Nada, por desgracia. El año pasado yo aún no iba con ellos. Sólo les oí hablar de eso en dos o tres ocasiones, cuando estaban borrachos o drogados.

—No importa —dijo Oyun para tranquilizarla—. Dime, ¿Adolf y su banda también conducen quads?

—Sí. A veces hacen salidas de dos o tres días.

—¿Los has acompañado alguna vez?

—No, nunca. Esos viajes son siempre de tíos. Nunca hay chicas.

—¿Y sabes adónde van?

—Les he oído hablar de un pueblucho cerca de los manantiales de Selbe, a unos veinte kilómetros al norte de Ulán Bator. Parece que Adolf tiene allí su rancho, con pistas para quads.

—¿Su rancho?

—Así es como él lo llama.

—¿Y va allí con frecuencia? ¿Con quién?

—Hay...

De repente, una sombra de ausencia atravesó los ojos de Saraa y su mirada se perdió en el cielo. Luego le fallaron las piernas, que cedieron de golpe, y Solongo apenas tuvo tiempo de colocarse tras ella y cogerla, intentando no desgarrar sus quemaduras.

—Se ha desmayado —diagnosticó la forense—. Rápido, cógela por las pantorrillas, sin tocar la piel quemada, y ayúdame a llevarla de nuevo a la cama. Es sólo por haberse puesto de pie después de tantos días tumbada. No es grave, puedes irte, yo me ocupo.

—¿Qué quieres decir con que puedo irme? —dijo Oyun, ofuscada, mientras la ayudaba a tender delicadamente el cuerpo inerte de Saraa sobre la cama—. ¿Me estás echando?

—No, pero ¿no habría que investigar de inmediato lo de esos quads de Adolf?

—¿Está bien, jefe! —dijo, burlándose, la joven.

—Quiero decir: ¿no es muy importante que te pongas a ello de inmediato?

—¿Encima eso! ¡De verdad que estáis hechos tal para cual, Yeruldelgger y tú!

—¿Cómo que tal para cual?

—Ya, ya, ¡yo me entiendo! —exclamó Oyun, que estaba a punto de salir de la yurta—. A propósito, no he visto a Gantulga. ¿Adónde ha ido?

—No lo sé. Sólo ha dicho que se iba a investigar.

—¿A investigar? ¿Con dos muletas y un brazo escayolado?

—¡Eso es lo que ha dicho!

—¿Y has dejado que se fuera?

—¿Acaso tú has logrado que ese chico te obedezca?

—No —dijo Oyun, y suspiró.

«¡...por el del videojuego!»

—¿Dónde está Yeruldelgger? —gritó Mickey mirando a Oyun.

Era la primera vez que la llamaba a su despacho. En el departamento, Mickey pasaba por ser un misógino. Muy pocas mujeres entraban en su espacio, al que todo el mundo llamaba el Club de los Varones. Un poco por los espectaculares ataques de cólera con que paralizaba a sus subordinados, y un mucho por el whisky de su «bar», en el que abrevaba a sus superiores y sus invitados selectos. Y aunque en alguna ocasión se había visto salir de allí a alguna inspectora female —como a él le gustaba llamarlas, en inglés—, hundida y entre lágrimas, humillada por lo que le había dicho y toda la planta había podido oír, nadie del departamento recordaba que hubiera convocado a alguna para tomarse una copa. Para aquellas con las que quería tener un poco de sexo, en troca de un cambio de horario o de destino, estaba lo que todo el mundo llamaba Mickeyland: un picadero rústico en el edificio del Irish Pub, en la Seoul Street. En cuanto a las demás, simplemente no existían en su universo de musculación, deportes de motor y arribismo político. Salvo como vía de escape para su frustración.

Oyun lo sabía y no estaba dispuesta a llorar por ello. Recordaba la escena que le había contado Yeruldelgger y estaba dispuesta a hacer lo mismo. Si Mickey la acosaba demasiado, sexual o jerárquicamente, iba a plantarle el cañón de la pistola en la mejilla y a preguntarle cuál de los dos, Yeruldelgger o ella, le parecía más capaz de matarlo.

—No lo sé, Sukhbataar —respondió ella, llamándolo a propósito por su nombre mongol.

—¿Cómo que no lo sabes? Tú eres su colega, siempre andáis juntos, ¿cómo podéis trabajar si tú no sabes dónde está?

—Le has quitado todos sus casos, no tenemos trabajo —dijo Oyun con calma y la mirada perdida por encima de Mickey, que era un poco más bajo que ella, mientras a su espalda sujetaba el arma que había metido bajo el cinturón.

—¡No lles tu insolencia demasiado lejos, Oyun! —amenazó él, fuera de sí y alzando la voz para que se le oyera bien a través de la puerta y el tabique—. ¡A ti no te he apartado de nada!

—Sukhbataar, era Yeruldelgger quien me daba las órdenes. Sin órdenes, no tengo nada que hacer...

—¡Coño, soy yo quien da las órdenes aquí! —explotó él, con el rostro encendido—. ¡No ese patético viejo psicópata!, ¿me oyes? Yeruldelgger ya no es nada, está acabado, muerto, ¿comprendido?

—Comprendido, Sukhbataar. A lo mejor por eso no está aquí. Debe de

haber comprendido que ya no sirve para nada.

—¡No me tomes el pelo, Oyun, no me tomes el pelo, o te entierro a ti también con él! ¡Te lo juro por lo que más quiero!

—¡Eso es peligroso, Sukhbataar!

—¿Qué? ¿Qué es peligroso?

—¡Jurar por lo que más quieres!

—Qué es lo que...

—Tú sólo te quieres a ti mismo, Sukhbataar. A tu personita de jefecillo arribista. Así que jurar por eso, ¡es peligroso para ti!

—Pedazo de puta de mierda...

Mickey se precipitó hacia ella con la mano levantada y Oyun pensó que había llegado el momento de plantarle el cañón de su arma en la mejilla, pero el teléfono lo detuvo en pleno movimiento.

—¡No te muevas! No te muevas ni un centímetro, ¡todavía no he terminado contigo! —le gritó mientras volvía a su escritorio para levantar el auricular—. ¡Sí! —ladró al descolgar—. Oh, perdón, ¡disculpe, disculpe!... No, no, sólo un repaso a una subordinada incompetente... ¿Perdón?... ¿Qué? ¿Cuándo ha sido eso?

Oyun detectó de inmediato la molestia en la voz de Mickey y en las miradas furtivas que le dirigía. El jefe bajó el tono de voz hasta el murmullo y se puso en el extremo opuesto de su escritorio para darle la espalda. Ella aprovechó para romper la posición de firmes, desgarbada e insolente, que había adoptado, y se alejó para perderse en la contemplación de las fotos de la pared. Cuánto Mickey en la plenitud de su vanidad: en el polo, en el golf, esquiendo, en quad, de caza, de pesca en el mar... Medallas, honores, discursos, diplomas... Oyun se detuvo delante de cada imagen, examinando cada detalle, cada rostro, con el único propósito de captar algo de la conversación del capitán. Cuando su móvil vibró en el bolsillo, prefirió no contestar para permanecer concentrada en lo que éste decía.

—¿Estás seguro de que es él?... ¿Y el otro es...? ¿Pistas?... ¿Necesitas hombres?... ¿Un helicóptero?...

Oyun sacó su teléfono discretamente del bolsillo, reactivó el sonido y puso la alarma antes de guardárselo de nuevo. Un minuto más tarde, el móvil sonó, sobresaltando a Mickey, que le lanzó una mirada furiosa. Ella se encogió de hombros a modo de excusa, a continuación metió la mano en el bolsillo para sacar con exageración el aparato, apagar la alarma y ponerlo en la esquina de la mesa de reuniones como si depositara un arma, con precaución. Vuelta la calma, Mickey le dio la espalda de nuevo.

—Lo sé, lo sé perfectamente... Soy consciente de ello... También lo sé...

Creo que podríamos...

Se calló de golpe. Mantuvo unos instantes el auricular en la oreja, luego lo puso delante de sí mirándolo con aire ausente. Oyun lo observaba con el rabillo del ojo mientras seguía fingiendo estar absorta en la contemplación de las fotos. A todas luces, a Mickey acababan de colgarle en las narices y a Oyun no le preocupaba en absoluto la inquietud que ensombrecía su rostro. Ni mucho menos; eso había servido para romper su arranque de cólera y permitirle a ella recuperar la iniciativa tranquilamente.

—¿Problemas, jefe?

—¡Nada que te incumba!

—¿Y en cuanto a Yeruldelgger?

—¿Qué pasa con Yeruldelgger?

—¿Qué tengo que hacer en cuanto a Yeruldelgger?

—Nada, no te preocupes por él. Sigue adelante con sus casos y no informes a nadie más que a mí, directamente.

—¿Igual que Chuluum con sus investigaciones?

Oyun estaba llevando su insolencia un poco lejos, pero quería probar la reacción de Mickey y ver hasta qué punto aquella conversación misteriosa lo había afectado.

—Lárgate y obedece las órdenes. ¡Limítate a hacer tu trabajo!

Ella se dirigió a la puerta y salió sin despedirse. Mickey la llamó justo antes de que la cerrara.

—¿Oyun?

—¿Sí?

—¡Olvida a Yeruldelgger!

Mientras cerraba, vio que Mickey marcaba un número en su teléfono. Si la planta no hubiera estado llena de lameculos todavía paralizados por los gritos, Oyun habría pegado con gusto la oreja a la puerta para espiar al capitán, pero no tenía necesidad. Permaneció unos instantes delante de todos los enchufados, que no se atrevían a mirarla directamente, pero que la vigilaban de soslayo.

—¿Qué, sabuesos, al lobo no se le grita? ¡Sed salvajes, chicos, al menos por una vez en vuestra vida! Todos sabemos que tenemos ganas de matar a ese enano, ¿quién se armará de coraje, eh? No soy yo quien ha de tener los cojones de hacerlo, ¿no?

Luego Oyun negó con la cabeza y se dirigió a la otra punta de la planta. Sentía las miradas clavadas en sus nalgas. No por su forma, aunque ella la sabía tentadora, sino por el arma que llevaba en el cinturón.

En cuanto consideró que se había alejado lo suficiente como para que la tensión cediera un poco, se dio media vuelta bruscamente y se dirigió de nuevo

con paso decidido al despacho de Mickey. Con su visión periférica adivinó siluetas que abandonaban sus mesas a toda prisa, o que se ocultaban tras ellas haciendo como que buscaban algo; dos o tres se enderezaron adoptando una postura prudente y vigilante, prestos a desenfundar, pero nadie osó interceptarla antes de que llegara a la puerta. Se plantó frente a ella en pocas zancadas y la abrió sin llamar, sorprendiendo a Mickey en plena conversación telefónica. Éste se sobresaltó como un estudiante al que han pillado copiando, con ojos como platos de miedo y estupefacción, pero Oyun lo ignoró y fue directa al rincón donde había estado mirando las fotos.

—Mi móvil —murmuró, imitando el gesto de telefonar y señalando la mesa de reuniones en el fondo del despacho.

Antes de que él pudiera reaccionar, ella recuperó su teléfono y se dirigió de nuevo a la puerta. Hizo como si marchara de puntillas, como si no quisiera molestar en absoluto a Mickey en su conversación, alzando en silencio su móvil para que él viera que lo había recuperado. Luego se encogió de hombros mientras separaba las manos, en un gesto mudo de disculpa, y se largó, cerrando la puerta con cuidado, sin ruido.

—¡Pum! —soltó burlona a la tropa, atónita; todos habían creído que Oyun había vuelto para pegarle un tiro al jefe.

Tan sólo un joven inspector en prácticas se atrevió a reír abiertamente. Un tipo más bien guapo que siempre buscaba sus ojos cuando se cruzaban. Le parecía recordar que se llamaba Shinebileg, pero que lo apodaban Billy. Oyun abandonó los despachos. En cuanto estuvo en la escalera, fuera de la vista de los demás, pausó la función grabadora de su móvil. Después, una vez en su oficina, adjuntó el archivo de audio a un mensaje y lo envió a Yeruldelgger con copia a Solongo. Luego borró el archivo del aparato y el rastro de los dos últimos envíos. Un segundo más tarde, Mickey empujaba la puerta de su despacho.

—Oyun, todavía no hemos terminado nuestra conversación de antes. No quiero que tomes a mal lo que voy a decirte. No tengo nada contra ti, tampoco contra Yeruldelgger, pero él ha perdido la cabeza y va a arrastrar consigo a todos sus allegados. Lamentaría que tú estuvieras en ese barco porque eres una buena policía. Eso es todo, si he perdido un poco los estribos, discúlpame, pero ese tipo tiene el don de sacarme de mis casillas, ¡incluso cuando no está!

Ella no respondió. Había dejado su móvil sobre el escritorio y vio de inmediato que Mickey se había dado cuenta. Éste dudó unos segundos, en un silencio incómodo, luego se dirigió hacia la puerta.

—Mierda —dijo, volviendo bruscamente sobre sus pasos—, he olvidado anular una cita. ¿Puedo usar tu teléfono? El mío está sin batería.

Oyun no tuvo tiempo de responder: él ya había agarrado el aparato y

marcaba un número.

—¡Sí, por favor! —dijo de todos modos.

Mickey le hizo una señal con la mano para indicarle que alguien le contestaba.

—Gloria? Yes, how are you, sweety? Excuse me but...

Tapó con la mano el micrófono del móvil y se dirigió a Oyun articulando cada sílaba en una especie de alfabeto mudo:

—Discúlpame, pero esto es un poco private, no sé si me entiendes — murmuró exagerando el tono cómplice—. Te lo traigo en dos segundos.

Luego salió del despacho con el guiño de quien ha sido descubierto como un ligón impenitente, pero orgulloso de serlo. Oyun fingió creerle, dejó que saliera sin responderle y se recostó en su sillón, contenta de su ardid.

—¡A ése no habría que llamarlo Mickey, sino Cretino Rabbid, por el del videojuego!

38

...como cuando uno se abandona a una muerte esperada

Lo primero que Yeruldelgger sintió fue el perfume cálido de la corteza de los alerces, luego el más polvoriento de la tierra fina que el sol radiante calentaba por debajo de una hierba escasa y amarilla. Después reconoció la punzada fresca y azulona de las fragancias de la sombra del sotobosque. El olor agridulce de los abedules jóvenes...

Abrió los ojos y comprendió que estaba tirado bocabajo en un claro. Se obligó a permanecer inmóvil, por instinto y por prudencia, intentando percibir el menor ruido, pero no oyó nada. Tenía la mejilla contra el polvo y veía un lado del claro inclinado. Hizo un esfuerzo para enderezar la cabeza y devolver la verticalidad al paisaje, luego la giró lentamente para tratar de saber dónde se encontraba. Fue en ese momento cuando recibió el primer golpe.

Yeruldelgger intentó apoyarse en las rodillas, pero el cuerpo, todavía dolorido por la paliza y la caída, tenía voluntad propia. En el instante en que se supo vulnerable, sin aliento, magullado, a cuatro patas, el segundo golpe le barrió el brazo y cayó de bruces en la tierra. Aunque ya estaba viejo y cansado, Yeruldelgger conservaba la misma voluntad salvaje de hacer frente. Se arrodilló, dejando las manos libres para responder, cuando recibió un tercer golpe, esta vez en los riñones, y mientras se volvía gruñendo para plantar cara a su agresor, un cuarto lo alcanzó en la sien derecha. Vaciló y estuvo a punto de derrumbarse, pero logró ponerse en pie dando tumbos. El golpe le barrió las dos piernas de

una sola pasada y cayó pesadamente de espaldas, con el aliento cortado por el impacto, como si el choque le hubiera desprendido los pulmones del pecho. Necesitó unos segundos para recuperar la respiración y el ánimo. Los aprovechó para localizar a sus adversarios, pero el claro permanecía tan calmo e inmóvil como cuando despertó.

Sin embargo, sentía su presencia por todos lados. Adivinó que estaban jugando con él. Los golpes no eran propinados para herirlo, menos aún para matarlo, eran tan sólo para acosarlo, para hacerle perder la cabeza. Para asustarlo. Iban a golpearlo de nuevo, desde donde no podía verlos. Rodó sobre su vientre, pero sólo vio una sombra blanca que saltaba por encima de él. Cuando intentó sentarse para hacerle frente de nuevo, recibió otro golpe en la sien y cayó en el polvo. Mientras caía, otro golpe lo alcanzó en el hígado. Dos segundos más tarde, el dolor irradiaba todo su cuerpo. Sin embargo, Yeruldelgger se levantó de nuevo, tambaleándose en medio del claro, como un borracho asediado por gladiadores invisibles.

—¡Dad la cara! —gritó.

Un golpe más violento que los otros lo alcanzó más arriba, entre los omoplatos, y lo proyectó hasta el otro extremo del claro. Cuando creyó que iba a desmayarse entre la maleza, alguien lo agarró por detrás a la altura de los hombros y lo volvió sobre sí mismo. Mientras trataba de ver quién lo agredía, la sombra se deslizó por debajo de él y lo tiró por los aires. Yeruldelgger experimentó ese sentimiento aterrador que empuja a abandonarse ante lo ineluctable. A bajar la guardia, a bajar los brazos, a renunciar a todo y a dejarse golpear, recibiendo los golpes como sea, a la espera del que, con su fuerza y precisión, ponga fin a la paliza. Pero todavía le quedaba el instinto de poli y agarró por la manga al que lo sujetaba. Fue en vano. En cuanto estuvo tirado en el suelo, su agresor lo apresó con una llave sin que él lograra verlo, poniéndolo boca abajo otra vez, antes de desaparecer como si hubiera alzado el vuelo.

Yeruldelgger se encontró exactamente en la misma posición que al despertar y cometió el mismo error tozudo de intentar levantarse. Recibió el mismo golpe que barrió sus brazos y que le hizo volver a caer con la cara en el polvo. Entonces la rabia se apoderó de él y, saltando como pudo sobre sus pies, gritó colérico:

—¡Dad la cara! ¡Dad la cara, no os tengo miedo! ¡Dad la cara!

Se tambaleó con el cuerpo dolorido, como un boxeador grogui, y se volvió sobre sí mismo tratando de sorprender a sus adversarios.

—¡Dad la cara!

—Es un poco presuntuoso pensar que obligatoriamente tenemos que ser varios, ¿no te parece?

Yeruldelgger dio media vuelta para ver quién había hablado a su espalda. Lo hizo de un modo tan brusco que a punto estuvo de perder el equilibrio, y no vio más que una sombra que lo rodeaba, poniéndole la zancadilla al pasar. Aún tuvo los reflejos de saltar para evitar el barrido, pero apenas había caído sobre sus pies cuando un golpe detrás de la rodilla lo hizo vacilar. Esta vez anticipó la caída y se lanzó hacia delante con una voltereta de la que se levantó inmediatamente, bien asentado sobre las piernas flexionadas, los brazos en guardia, dispuesto a golpear a su asaltante.

La sombra blanca había desaparecido, pero el instinto de Yeruldelgger lo llevó a volverse con rapidez para lanzar un golpe a la altura del rostro. Un anciano seco como la madera petrificada bloqueó su puño con la palma abierta de una sola mano. Si Yeruldelgger hubiera golpeado una pared de mármol, ésta se habría movido más. Luego, sin que el anciano hubiera hecho el menor gesto, una energía tremenda levantó al comisario del suelo y lo proyectó hacia atrás. Cayó sentado y aturdido tres metros más lejos, como barrido por una explosión.

—¡Demasiada cólera! —sentenció el anciano, que se reajustaba el quimono blanco.

—¿Quién eres? —preguntó Yeruldelgger, enderezándose para sentarse frente a él.

—¿Tanto has olvidado que ya no lo sabes?

Yeruldelgger concentró toda la atención de su cuerpo machacado en el anciano, como si intentara reconocerlo.

—Tú eres... tú eres Batbayar, ¿es eso? Eras uno de los hermanos mayores del monasterio, ¿me equivoco?

—¡Te equivocas! —confirmó el anciano.

—No, te reconozco. Eres Batbayar. Me enseñaste a cazar marmotas, argalis y ciervos, lo recuerdo.

—Hubieras hecho mejor en recordar lo que aprendiste sobre el combate.

—¡Entonces eres Batbayar!

—No, ahora soy el Nerguii.

—¡El Nerguii! —exclamó Yeruldelgger al tiempo que se levantaba—. ¿Desde cuándo?

—Hace casi tanto tiempo como el que tú has necesitado para olvidar quién era yo antes de ser yo.

—Yo nunca he olvidado el monasterio ni al Nerguii —mintió Yeruldelgger.

El golpe lo hizo girar en el aire y caer pesadamente boca abajo a espaldas del anciano. Pero cuando Yeruldelgger se encorvó para levantar la cabeza, los pies desnudos del Nerguii estaban ya plantados en la tierra delante de él.

—Está bien —protestó el comisario sin levantarse—. ¡Ya he aprendido la

lección!

—No has aprendido nada y esto no es una lección. Si lo hubiera sido, no habrías tenido ninguna posibilidad de levantarte.

—Entonces, ¿qué es? ¿Una demostración?

—Una llamada de atención.

—¿Atención sobre qué?

—Atención sobre aquello en lo que te has convertido: un hombre colérico. Los hombres coléricos no son buenos hombres ni buenos combatientes. Mírate, sientes cólera incluso hacia tu cuerpo. Estás gordo, pesado y lento. ¡El más joven de nuestros novicios te dejaría fuera de combate en tres patadas!

—¡Eso es porque no tiene otra cosa que hacer! —gruñó Yeruldelgger, ofendido—. La vida fuera del monasterio es un poco más complicada, Nerguii. Más allá de este bosque está la jungla. Día tras día investigo horrores. Una niña enterrada viva, tres chinos emasculados... ¿Qué te crees? ¿Que eso me deja tiempo para la meditación y para practicar los katas del kempo?

—Te muestras muy arrogante para ser un hombre que acaba de rodar por tierra. Pero, dime, ¿acaso tu cólera te ha permitido resolver el caso de la niña o el de los chinos? ¿O nos has llamado para que te ayudemos a lograrlo?

—¿Yo? Yo no he llamado a nadie, Nerguii. Y menos a vosotros: hace lustros que os olvidé.

—Eso es lo que tú te crees, Yeruldelgger, pero tu dolor y tu cólera son tan desesperados que resuenan entre el follaje de cada árbol de este país. Tu consternación recorre las estepas con el lamento del viento día y noche desde la muerte de tu hija pequeña...

—¿¿Cómo sabes eso?! No pronuncies el...

—Ya sé que oír el nombre de tu hija te provoca cólera. Nosotros te hemos seguido en el vértigo de tu consternación, en el abismo de tus miedos. Nos ha dolido cada una de tus heridas, cada golpe recibido, cada esperanza desvanecida.

—¿Por qué no vinisteis entonces a ayudarme?

—¿Por qué no lo pediste?

—¡Has dicho que lo había hecho!

—Lo hiciste hace apenas unos días. Cuando pegaste a Saraa. Ese día sentimos que por fin tu corazón pedía auxilio y te hemos guiado hasta aquí para que reencuentres tu camino. ¿Te acuerdas de este claro?

—Sí —respondió Yeruldelgger, de repente emocionado, mirando a su alrededor—. Tú eras mi hermano mayor de armas y aquí me adiestrabas en el kempo. ¿Has sido tú quien ha neutralizado en el bosque al hombre que quería matarme? ¿Qué ha sido de él?

—Ha bastado con un novicio. Él también era un hombre colérico. Sentía

una cólera fría que guardaba dentro de sí desde los tiempos de la crueldad. Ha muerto y nosotros nos hemos ocupado de su alma.

Yeruldelgger se sentía de pronto cansado y vacío de toda fuerza. Se acuclilló, con el rostro entre las manos, y frotó vigorosamente sus ojos con la yema de los pulgares.

—Estoy fatigado, Nerguii, no puedo más. Te pido hospitalidad, por favor. ¡Te lo ruego!

—El sexto monasterio de los Shaolin es siempre el hogar de aquellos que recibieron en él sus enseñanzas. No tienes que pedirme hospitalidad, estás en tu casa. Pero la enseñanza es la misma para todos: deberás participar en las tareas, en los entrenamientos y en las meditaciones.

—Te lo ruego, Nerguii. No lo resistiré. Estoy demasiado agotado. Ya no me quedan fuerzas, ninguna fuerza...

—La fuerza siempre está en ti, Yeruldelgger. Es tu espíritu el que es débil. Vas a dormir dos días y dos noches seguidos durante los cuales deberás volver a conectar con tu tótem. Luego combatirás contra los diez novicios y los cuatro maestros durante cinco días y cinco noches, y a continuación regresarás a tu casa.

Yeruldelgger no oyó las últimas palabras del Nerguii. Se durmió, agotado, encorvado sobre el polvo blanco del claro, insensible al perfume cálido de las cortezas de los alerces, al más polvoriento de la tierra fina que el sol radiante calentaba bajo una hierba escasa y amarilla, a la punzada fresca y azulona de las fragancias de la sombra del sotobosque, al olor agridulce de los abedules jóvenes... Había caído en un sueño agotado como cuando uno se abandona a una muerte esperada.

39

...en un surco junto a la empalizada

El sol llegaba a su cénit y Solongo miraba el jardín inmóvil. No había el menor soplo de aire. Estaba en medio de los árboles, con los pies desnudos sobre la hierba cortada y una taza caliente de té salado con mantequilla entre las manos. Parecía que estaba rezando y casi era así: pensaba en Yeruldelgger, que llevaba ya cinco noches sin aparecer.

—Está vivo...

Solongo se dio la vuelta, sorprendida, y descubrió a un anciano a caballo que estaba a unos pasos detrás de ella. Era el viejo nómada que la había salvado de los jinetes en los Flaming Cliffs.

—¿Qué has dicho?

—El hombre en el que estás pensando está vivo.

—¿Lo has visto?

—No, pero lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí, y tú también. En el fondo no temes por su vida, sino por lo que hace.

O por lo que no hace, ¿no es cierto?

Solongo lo miró. El anciano echó pie a tierra con un movimiento que reveló tanto lo larga que había sido la cabalgata como los achaques de su edad. Pero su semblante no reflejaba ningún dolor. Mostraba una sonrisa maliciosa, que también podía no ser más que el gesto arrugado que las tormentas heladas y el sol cegador habían grabado en su rostro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Solongo—. ¿Cómo me has encontrado?

—Esta vez has sido tú la que me ha llamado —respondió el anciano—. Como tenía que acudir al mercado de caballos del gran naadam, he venido un poco antes para responder a tu llamado y traerte lo que necesitas.

Ella lo miró en silencio, divertida por la tranquila seguridad del buen hombre. De aquel anciano emanaba un optimismo calmo y confiado del que ella se sentía ya impregnada.

—¿Puedo ofrecerte un té?

Él aceptó con un gesto de la cabeza. Cogió de su montura un paquete pequeño y envuelto en una tela sujeta con dos tiras de cuero. Por el cuidado con que lo introdujo bajo su cinturón, Solongo adivinó que lo había traído para ella. Tal como exige la tradición, él la dejó entrar primero en la yurta.

—¡Que tu caballo no se coma los árboles! —le advirtió ella.

—Lo he educado bien, no los tocará.

—¿No lo atas?

—Está bien adiestrado, no se moverá.

Solongo no pudo evitar una risita y se volvió para verlo entrar en la yurta. Debía de haber cabalgado durante mucho tiempo al paso, bajo el sol, con el calor asfixiante de la ciudad sobre la cabeza, entre las encrucijadas de las aceras y los baches del asfalto deteriorado. Se había remangado las mangas del deel, pero por respeto a los espíritus se las bajó hasta las muñecas antes de franquear la puerta. Se ajustó el sombrero, tuvo buen cuidado de atravesar el umbral de la puerta con el pie derecho y de ponerse en el lado izquierdo, el reservado a los invitados, esperando a que ella lo invitase a avanzar. En virtud del mismo código tradicional, había dejado su delgada fusta apoyada en las cuerdas que tensaban la tela de la yurta, en el exterior. A Solongo le gustaba que la gente mostrara respeto y tuviera sentido de la tradición. Desde hacía algún tiempo, todos esos

gestos iban convirtiéndose en algo folclórico, por la falta de fe de aquellos que los repetían. Por el contrario, para Solongo representaban un equilibrio lleno de sentido, como muestra del respeto que se debían los unos a los otros.

Invitó al anciano a adentrarse en la yurta, que era mucho más grande que una yurta tradicional. Se percató de que éste, impresionado por las dimensiones del lugar, aprobaba la forma ritual en que estaba dispuesta. Tal como Solongo esperaba, prefirió sentarse en el suelo, y ella hizo lo mismo.

—¿Así que yo te he llamado? —preguntó, curiosa y sorprendida a la vez.

—Sí, a mí o a alguien que pudiera ayudarte, pero parece ser que soy el único que te escuchó.

—¡Parece ser! —repitió ella, divertida.

—Quieres saber más sobre lo que sucedió en los Flaming Cliffs y también estás preocupada por varias personas a las que quieres.

—¿Varias personas?

—Sí. Aquel que ya te he dicho que está vivo y aquella a la que estás cuidando y para la que te he traído esto.

El anciano se puso frente a ella para tenderle con las dos manos el paquete enrollado en la tela. Solongo esperó hasta que él le pidió que lo abriese, y lo hizo con gesto delicado y sin apresurarse. Contenía dos botes de vidrio, el primero con lo que reconoció como grasa de oso, tan añeja que parecía agua clara, y el segundo con resina de polen.

—¿Puedo ver a la muchacha? —preguntó el anciano.

—¿Cómo sabes tú que es una muchacha?

—Por la manera en que la piensas —respondió él como si fuera algo obvio.

Se levantaron y ella plegó el biombo tras el que dormía Saraa. Ahora que sus quemaduras lo permitían, Solongo la había cubierto con un ligero velo azul de muselina de seda. El anciano se aproximó al lecho y levantó el velo. Saraa dormía de espaldas, con las piernas y los brazos ligeramente separados.

—Es una mujer muy bella —apreció el viejo nómada—. Sus pechos son firmes y sus muslos también, aunque sus caderas todavía no son lo suficientemente redondas...

—No creo que hayas venido hasta aquí para esto... —lo cortó Solongo.

—Tienes que cambiarle el velo —prosiguió el anciano—. Tú la cubres con el cielo porque el cielo es ligero y su soplo calma, pero lo que le hace falta es un velo verde como una tierra rica y fértil. Eso es lo que necesita su nueva piel, la nutrirá como la nutres tú con la grasa de oso. Cambia de color.

—¿Y eso es todo?

—No, debes preocuparte sobre todo por esto.

El anciano señaló la mejilla de Saraa, moteada de placas de piel rosada y

nueva, lisa y brillante. Llamó la atención de Solongo sobre el contorno de algunas de ellas, sobre el fino ribete púrpura o amarronado que las orlaba.

—No debes dejar que eso se afiance si quieres que siga siendo bella y que vuelva a gozar de buena salud. La infección puede nacer ahí y propagarse. Prepara una infusión de té blanco, que infusione unos pocos minutos, déjala enfriar y lava bien a la chica con ella. A continuación, sal al jardín al amanecer, busca telarañas, tantas como puedas, y ponlas sobre las pequeñas heridas una vez que estén limpias. Cicatrizarán más rápido y mejor.

—Haré lo que dices —respondió Solongo, confiada.

Pero el anciano ya no la escuchaba. Se había colocado detrás de Saraa, le había puesto las manos en las sienes y se concentraba, con los ojos cerrados y la cabeza levantada hacia la abertura del techo de la yurta. La forense observó su rostro tallado por la intemperie y sus mejillas limadas por la arena de los vientos, y adivinó de pronto en él una fuerza y una voluntad extraordinarias que hasta ese momento no había notado, pues se había contentado con tomarlo por lo que aparentaba ser: un viejo nómada excéntrico. Acababa de comprender que era mucho más que eso.

—Las quemaduras se le curarán —dijo él sin abrir los ojos—, pero necesitará mucho más tiempo para sanar de sus otras heridas, y tú nada podrás hacer para curárselas. Le espera un destino atormentado. Tendrás que dejarla sufrir, pero sin olvidarla nunca. Todos sufriréis, pero ella mucho más, y a veces por culpa de algunos de vosotros.

La mirada de Solongo había pasado del rostro del anciano al de la muchacha, y las lágrimas acudieron a sus ojos. Supuso que aquellas palabras concernían tanto a Yeruldelgger como a su hija.

—No llores —dijo el anciano para consolarla—. De ese sufrimiento nacerá una felicidad que tendréis que aprender a compartir.

El anciano miró por última vez el cuerpo desnudo de Saraa, luego echó sobre ella el etéreo velo de seda.

—Sin duda, es una mujer hermosa. No olvides cambiar el velo.

Volvieron a sentarse ante sus tazas de té y el pequeño anciano permaneció en silencio hasta que Solongo le planteó al fin la cuestión:

—Entonces, dime, ¿por qué has venido?

—Has estado llamando en todas direcciones. Te has pasado horas haciéndote preguntas sobre crímenes atroces y yo las he escuchado. Así que he venido para decirte lo que sé.

—¿A propósito de qué?

—A propósito de lo que ocurrió en la quebrada, por ejemplo. Debes saber que el anciano que vendió el diente falso a la niña ya no está allí.

—¿Se ha marchado?

—Ha muerto. Al parecer, se resbaló buscando fósiles en un lugar donde nunca se han encontrado.

—¿Crees que lo han matado?

—Su miedo todavía impregna la tierra y las rocas del lugar donde cayó. Yo ayudé a la anciana a desmontar sus dos yurtas. Le he prestado caballos y se ha ido para instalarse más al este, cerca del campamento del marido de una de sus hermanas.

—¿Y el hombre del Toyota?

—Tomé prestados sus papeles —dijo el viejo nómada, extrayendo una cartera de piel del paño cruzado de su deel.

Solongo la abrió, ojeó el contenido y sacó uno a uno los documentos que había dentro. Dos fotos de una familia en la que el marido tenía exactamente la misma cara amable y sonriente del tipo que había intentado matarla, un permiso de conducir y un carnet de identidad con el mismo nombre, la tarjeta de un servicio de taxis de Ulán Bator, la de un restaurante de Dalanzadgad con un número de teléfono escrito al dorso...

—¿Cómo le tomaste prestado esto? —preguntó Solongo.

—Vi cómo empujabas su coche por la pendiente y escapabas hacia Dalanzadgad. Me acerqué para ver. Él estaba inconsciente, pero todavía vivo. Lo registré, luego galopé hasta el «museo» del chico y le pedí que fuera a avisar a los jinetes que te habían perseguido. Vinieron al galope, volvieron a colocar el Toyota sobre sus ruedas y dos de ellos llevaron al hombre al hospital de Dalanzadgad. Es inútil que lo busques porque desapareció después.

Por unos instantes Solongo se quedó pensativa, buscando una respuesta satisfactoria a la pregunta que le rondaba la cabeza.

—¿Por qué ese tipo intentó matarme allí, si yo me interesaba por la muerte de una niña asesinada hace cinco años a seiscientos kilómetros de ese lugar?

—Ésa no es la pregunta —respondió el anciano entre dos sorbos reconfortantes de té caliente.

—¿Ah, no? ¿Tienes tú una mejor?

—Tengo una —respondió él.

—...

—...

—¿Entonces? ¿Tu pregunta?

—¿Por qué ese hombre te esperaba ese día en ese lugar?

—¿Y por qué esa pregunta es más pertinente que la mía?

—Porque a la tuya se le pueden dar muchas respuestas: él es el asesino, es el cómplice del asesino, no es el asesino pero sabe algo, está actuando por

encargo... El hilo que pretendes sacar de ese ovillo puede salir de cualquier lado: de la niña, de sus padres, de su asesino, de testigos, del hombre que cayó por el barranco, de su esposa, que se ha ido, del hombre del Toyota... Complicado, ¿no? Por el contrario, mi pregunta no exige más que una sola respuesta: entender cómo sabía él que tú ibas a ir. Y ahí, el hilo eres tú. ¿Quién lo sabía? Uno de los que lo sabían lo previno. Es más simple, ¿no?

—Sí, visto así... —dudó Solongo—. Y en cuanto al hombre que me has dicho que está vivo, ¿sabes algo más?

—Regresará, pero con el alma y el corazón ensangrentados por monstruos que sólo tú sabrás mantener atados.

—¿Qué significa ese galimatías, abuelo? Yo sólo quiero saber si está bien y cuándo regresará.

—Gracias por el té —respondió el viejo nómada, dejando su taza en el suelo para levantarse, tieso como un chaval demasiado educado—. De donde él vuelve, no se regresa del todo. Puede destruirlo, o devastar todo a su alrededor, o reconstruirlo. Es algo demasiado fuerte para un viejo chamán como yo. Ahora es preciso que me vaya, llega alguien.

El anciano la saludó juntando las manos y salió de la yurta. Revisó las cinchas del arnés, subió a la silla e hizo dar media vuelta al caballo. Se alejó sin una palabra ni una mirada, pero con el corazón alegre de saber que Solongo estaba detrás de él rociando los cuatro puntos cardinales con unas gotas de la leche que sacaba de una cazoleta para desearle un buen viaje. Al pasar la valla, vio un utilitario gris aparcando en un surco junto a la empalizada.

40

...al arrancar demasiado rápido

—¿Quién era ese anciano que iba a caballo? —preguntó Oyun.

—¿Te acuerdas del mal trago que pasé en los Flaming Cliffs? Él es el viejo nómada que me salvó de los jinetes y los puso en desbandada.

—¿Ese anciano? ¿Y qué ha venido a hacer aquí?

—Me ha traído ungüentos para Saraa y esto: la cartera del hombre del Toyota, el que quiso empujarme al barranco.

Oyun cogió la cartera que le tendía Solongo y examinó cada compartimento.

—¿Te ha dicho quién es ese hombre y qué papel desempeña en esta historia?

—El abuelo dice que el mejor medio de saberlo es averiguar cómo supo el

tipo que yo iba a los Flaming Cliffs.

—No se equivoca. Sería un buen poli. ¡El mejor hilo del que tirar en esta madeja sigues siendo tú!

—¡Eso es exactamente lo que él ha dicho! —se asombró Solongo.

—Entonces no sería un buen policía, ¡sería un policía excelente! Espera, ¿qué es eso? Me recuerda a algo... Lo he visto antes...

—Es la tarjeta de un restaurante de Dalanzadgad. ¿Lo conoces?

—No —respondió Oyun—, pero conozco ese número... Mira, es de Ulán Bator. ¿No te dice nada?

—¿Debería? —se inquietó Solongo.

Oyun no respondió. Se metió la mano en el bolsillo y sacó el iPhone. Buscó en la pantalla hasta dar con sus contactos, los hizo desfilas con el pulgar y luego apoyó el mismo dedo en un nombre para abrirlo. Primero verificó el número que estaba escrito en la tarjeta, luego, una vez segura, volvió la pantalla del iPhone hacia Solongo. Cuando ésta leyó lo que estaba escrito, Oyun vio el estupor que reflejaba su mirada, ensombrecida luego por un miedo sordo.

—¡Es imposible! —murmuró.

En la pantalla, debajo del número, aparecía con todas las letras el nombre del contacto: Sukhbataar.

—Mickey —murmuró de nuevo Solongo—. ¡Es imposible, él no!

—Es más que posible y por eso he venido —respondió Oyun—. Tienes que escuchar algo. ¿Puedo utilizar tu ordenador?

—Toma mejor esto —dijo Solongo, ofreciéndole su iPad.

La joven inspectora cogió la tableta y pulsó la pantalla para abrir el correo. Luego seleccionó un mensaje con un archivo de audio adjunto y se sentó al lado de la forense.

—Grabé esto con mi móvil en el despacho de Mickey, hace apenas una hora. Escucha...

Solongo reconoció de inmediato la voz del capitán. Parecía estar a la vez ansioso y colérico.

—¡Está furioso! —vociferaba Mickey—. ¡Y tú sabes de lo que es capaz ese tipo cuando se lo lleva la cólera!

En el corto silencio que siguió, ambas adivinaron que el interlocutor de Mickey, asustado, le preguntaba qué era lo que se esperaba de él.

—Quiere cargarse al otro. Que se lo quiten de en medio de una vez por todas, ¡y ése es tu trabajo!

Al otro lado del hilo, el interlocutor de Mickey debía de estar ahora quejándose de que no era él quien debía ocuparse del asunto, que estaba demasiado lejos, que no quería...

—Eh, cierra el pico, Adolf, y escúchame bien...

—¡Ha dicho Adolf! Eso es lo que ha dicho, ¿no?

—Sí —confirmó Oyun—. ¡Es exactamente lo que ha dicho! El cabrón de Mickey llama a escondidas a nuestro principal sospechoso en el caso de los chinos. Pero espera, espera...

—Escucha bien lo que voy a decirte. Ha enviado ya al Tatuado y cree que el otro se lo ha cargado, ¿me oyes? Cree que el otro se ha cargado al Tatuado y que ahora anda por ahí, en cualquier parte, decidido a venir a por nosotros, uno tras otro. Así que tienes que encontrarlo primero y liquidarlo, ¿me estás escuchando? Si no, se sentirá amenazado y empezará a cortar las ramas que tiene a su alrededor para que el otro no pueda subir hasta él, ¿lo pillas? Y déjame que te diga una cosa: ¡te interesa pillarlo deprisa porque las primeras ramas que cortará somos nosotros!

Adolf debía de seguir protestando y quejándose al otro lado del auricular, pero el tono de Mickey no le dejaba elección.

—Sí, tienes razón, ¡todo esto es porque a ese viejo imbécil le dio por desenterrar el cuerpo de la niña!

—¡¿Qué?! —gritó Solongo—. Un momento, para, para, pon pausa. ¿Tú has oído eso?

—Sí, yo también me he quedado de piedra: Adolf habla del cadáver de la niña. Está relacionado con ese crimen, ¡y nosotros, en cambio, lo investigábamos por lo de los chinos!

—¡Además eso! —resopló Solongo, desconcertada—. Entonces, ¿el asesinato de los chinos y el de la pequeña están relacionados? ¿Habiendo pasado cinco años entre uno y otro?

—Quizá no directamente —explicó Oyun—. Por el momento, los únicos vínculos entre los dos casos son Adolf, que está implicado de un modo u otro, y Mickey, que lleva las dos investigaciones, y ahora sabemos que Adolf y él están en contacto, por lo menos en lo que se refiere al caso de la niña.

—¿Dicen algo más? —preguntó Solongo, inquieta.

—No, cuelgan unos instantes después —respondió Oyun, poniendo en marcha el final de la grabación.

—Deja de lloriquear y escúchame si es que quieres que salgamos de ésta. Voy a localizar al otro y te diré dónde pillarlo para que te lo cargues. Entretanto, ve a ocuparte de nuestros amigos, que ya están de camino. Él ya está furioso por culpa del otro, que no se le estropee esto también. En cuanto los hayas recogido, llamas aquí, ¿entendido?

Adolf debía de estar muerto de miedo y probablemente intentaba decir que prefería huir, desaparecer, dejarlo todo...

—Escúchame bien, cabrón: da un paso y seré yo quien te mate. ¿Te ha quedado claro? ¡Cuelga ya!

Clic.

Solongo se levantó para preparar un té sin decir palabra. Sirvió a Oyun en silencio y ambas permanecieron un buen rato pensativas, reflexionando sobre todo lo que acababan de averiguar.

—Sería lógico pensar que le debo a Mickey mi aventura en los Flaming Cliffs —razonó Solongo en voz alta—. Él era uno de los pocos que sabía que iba a ir allí. Estábamos trabajando juntos en el mismo caso y tuve que buscar una excusa para posponerlo. Estaba obligada a prevenirlo. No le dije el verdadero motivo, pero me preguntó si estaría localizable y le respondí que sería difícil porque tenía que ir por los Flaming Cliffs. Por otra parte, el tipo del Toyota tenía su número de teléfono en la cartera... Y ahora llegamos hasta él con la llamada a Adolf en la que hablan de la niña. Así que todo encaja: Mickey tiene algo que ver con la muerte de la pequeña. Esto es nuevo, pero está claro.

—Por otro lado, también ha quedado claro que Adolf y él están compinchados. El tipo que está furioso y quiere la cabeza del que llaman «el otro» los asusta. ¿Y si Mickey no es más que un poli corrupto que limpia los trapos sucios por encargo de alguien, de un tipo en apariencia poderoso? Pero ¿de qué modo estaría implicado un tipo poderoso en la muerte de una criatura?

—De una niña y probablemente también de sus padres, no te olvides. Seguimos sin saber qué fue de ellos. Quizá la pequeña no haya sido más que una víctima colateral en un asunto tipo ajuste de cuentas, tráfico mafioso, espionaje industrial... ¡Si por lo menos supiéramos qué familia era!

—Y el otro, según tú, ¿quién es? ¿Crees lo mismo que yo?

—¿Qué crees tú? —se escabulló Solongo, que no quería oír lo que Oyun iba a decirle.

—Ya lo sabes, ¿verdad? ¿No has pensado en Yeruldelgger?

—Sí, por supuesto que sí —respondió la forense, nerviosa.

—Por otra parte, eso también quiere decir que está vivo.

—Es lo que supone el tipo que mandó a un asesino detrás de él —corrigió Solongo.

—Sí, se supone que está vivo, si lo prefieres...

—Supuestamente vivo, aunque un poderoso desconocido que manipula a policías corruptos y a nazis tarados ha puesto precio a su cabeza.

—Cierto —admitió Oyun—, pero, de todos modos, ¡se supone que está vivo!

—La verdad es que el viejo chamán también me ha dicho que estaba vivo en algún lugar —dijo Solongo, sonriendo con tristeza, como para tranquilizarse.

—¡Ah, lo ves! —exclamó Oyun, con un tono demasiado optimista para ser sincero—. Ahora sólo queda...

El bip de su iPhone interrumpió su elocuencia voluntarista. Cogió el teléfono y miró la pantalla con aire sorprendido. No era una llamada, sino el aviso de un mensaje.

—¿Me has enviado algo? —preguntó a Solongo sin levantar la vista del aparato, en el que deslizaba ya los dedos.

—Sí, te reenvié un archivo de mi contacto en Alemania. Una foto del quad identificado a partir de los fragmentos de faro...

—Ah... —se limitó a decir la inspectora mientras abría la imagen—. ¡Oh, mierda!

—¿Qué? —se inquietó Solongo al verla saltar y salir de la yurta a la carrera.

—¡Ya he visto ese quad! —gritó Oyu—. He visto ese quad y...

El resto de la frase se perdió tras el rugido del motor de su Cube y la metralla de gravilla que proyectó contra la empalizada al arrancar demasiado rápido.

41

Subió a su coche y se dirigió a la yurta de Solongo

Oyun subió hasta la planta donde estaba el despacho de Yeruldelgger. Desde allí tenía una mejor vista del conjunto del departamento y del acuario donde Mickey se enclaustraba tras unos estores pasados de moda. Cada tanto, él introducía los dedos índice y corazón entre dos láminas para apartarlas y vigilar a su tropa, más para asegurarse de que estuviera ahí que para empujarla al trabajo. Oyun tenía que encontrar a alguien. Dudó si poner sus miras en Billy, el inspector en prácticas joven y guapo que la contemplaba con devoción cada vez que ella pasaba delante de su escritorio. Iba a acabar con su carrera, ¡y eso la entristecía! En ese momento, un tipo alto y desgarrado de rostro demacrado golpeó el marco de la puerta.

—¿Eres tú quien lo reemplaza?

—¿A quién?

—¡A Yeruldelgger!

—El comisario no está muerto, ¡que yo sepa!

—¡No es eso lo que quería decir!

—¿Y qué querías decir?

—Joder, ¡vuestras historias son demasiado complicadas! —dijo, suspirando

como una gran marioneta de gesto desarticulado—. Él está aquí, ya no está aquí, lo echan, regresa, desaparece... ¿Y qué hago yo con los análisis de balística?

—¿La balística de qué? —preguntó Oyun, de repente interesada.

—Del asesinato de los chinos, de una Makarov que entregó Yeruldelgger y de las balas que me pediste analizar el otro día.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? ¿Por dónde empiezo?

—Por las balas...

—Todas de 9 milímetros...

—¡Vaya noticia!

—Todas de 9 milímetros por 22 Special, soviéticas, disparadas por pistolas Makarov PM. Ya sabes, la munición que tiene un diámetro un poco más ancho que la de 9 milímetros, ¡por si los cabrones de la OTAN echaban mano a los arsenales del Ejército Rojo! Además, tiene el muelle recuperador que impulsa a la vez el martillo y el gatillo, y da un golpe percutor muy...

—¡Me importa un carajo! —lo cortó Oyun—. ¿Qué más?

—¡Gracias por mostrar tanto interés, camarada! ¿Qué más? Eh, pues... ¡nada más!

—¿Y la pistola?

—¿La pistola? Una Makarov PM soviética, ¡evidentemente!

—¿Y eso es todo?

—Sí, salvo que... ¿tú te acuerdas de la desbandada rusa de principios de los años noventa? ¿Choyr, 1992?

—¿Cuando los rusos regresaron a su casa? Sí.

—Entonces los gallitos se fueron con el rabo entre las piernas y los bolsillos vacíos, después de meses sin cobrar. Vendieron casi toda la base por piezas en el mercado negro, y las armas por cajas enteras. La Makarov PM era el arma corta reglamentaria del ejército soviético. Había miles de ellas en Choyr, y prácticamente todos los soldados se marcharon sin su arma en el cinto. Hoy en día, la Makarov es una de las armas cortas más buscadas en Estados Unidos y te garantizo que su tráfico ha hecho muy rico a más de uno en Ulán Bator.

—¿Qué tiene que ver eso con nuestros casos?

—Tú eres muy joven para acordarte de la paranoia de los soviets. Su Estado Mayor modificó de forma imperceptible cada lote de percutores para poder reconocer un arma a partir de un casquillo. La marca de todos los casquillos que me entregaste es la misma. Todas las armas que percutieron sobre esos casquillos proceden del mismo lote. Uno de doscientas Makarov PM que se compró en el mercado negro de Choyr y revendieron aquí los intermediarios de los grupos nacionalistas. Creo incluso que fue tu amigote Yeruldelgger quien

identificó esas armas antes de... en fin, ya sabes, ¡la tragedia de su cría!

—¿Intentas decirme, si he entendido bien, que todas esas investigaciones tienen como punto en común que las armas identificadas fueron las mismas que acabaron en manos de los grupos nacionalistas? ¿Es eso?

—¡Eso es exactamente lo que te acabo de decir!

Oyun se quedó pensativa un buen rato mientras el larguirucho alzaba cada vez más las cejas al punto de juntarlas casi con el cabello para señalar primero su sorpresa... después su espera... y por fin su impaciencia.

Oyun se acordó de pronto de él.

—Está bien, ¡puedes irte!

—¿Qué, eso es todo? ¿Así sin más? ¿Como a un perro?

—¿Y qué quieres? —se irritó Oyun—. Es tu trabajo, ¿no? ¡Encima esperas medallas!

—Menuda mierda que Yeruldelgger te haya echado a perder el carácter de esa manera, porque como mujer estás muy bien, pero francamente no tienes remedio, muchacha, ¡no tienes remedio!

Dio media vuelta bajo el dintel de la puerta, como un contorsionista que emerge de un cajón, y se disponía a salir cuando Oyun lo paró en seco.

—¡Eh, espera! ¡Quieto ahí!

—¡Oye, que sólo era un cumplido, Oyun! —se excusó él, prudente—. ¡Tómalo como un cumplido!

—Paso de lo que me has dicho. Piensa lo que quieras de mí. Lo que yo quiero es que te quedes aquí con tus informes, en este despacho, durante el rato que yo esté hablando con Mickey. ¿Entendido?

—¿Mickey? ¿Qué tengo yo que ver con Mickey?

—¡No te preocupes y no te muevas!

Oyun salió del despacho con paso decidido. Tenía que intentarlo ahora. Las plantas estaban vigiladas por vídeo y el despacho del capitán quedaba cerrado con llave en cuanto éste se iba del departamento. Un rumor afirmaba que incluso había instalado una alarma y micrófonos por si acaso. Así que tenía que hacerlo ya. Después de lo que el viejo nómada y el tipo de balística le habían contado, tenía que echarle morro al asunto e intentarlo ahora.

Oyun cogió su iPhone, seleccionó algo en la pantalla táctil y se dirigió directamente al despacho de Mickey, sin dar tiempo a la secretaria para que reaccionara. Abrió la puerta a la vez que golpeaba en ella, y sorprendió a su superior leyendo un informe que intentó esconder de inmediato bajo otros papeles.

—Pero qué es esto...

—Tenemos que hablar, Sukhbataar. Es muy importante.

—Te prohíbo que entres así...

—Escucha, cállate, ¿quieres? ¡Es una cuestión de vida o muerte para el departamento!

—¿Qué? ¿Qué quiere decir eso? ¿Qué estupidez es ésa?

Oyun permanecía apartada del capitán, que se vio obligado a levantarse para acercarse a gritarle a la cara. Y eso era exactamente lo que ella quería.

—Escucha, Sukhbataar, el tipo de balística, ese alto desgarbado, está en el despacho de Yeruldelgger. Se pasea con informes que son dinamita, ¡te lo juro!

—¿De qué informes hablas? —preguntó él con inquietud, bajando un poco la voz, preocupado por el tono alarmista de ella.

La secretaria creyó oportuno asomar la cabeza para excusarse por haber dejado entrar a Oyun, y Mickey le ladró que volviera a sus papeles.

—Sukhbataar, ¡el tipo ha cruzado varios casos y me estaba explicando los vínculos que hay entre robos de armas en las antiguas bases rusas, grupos nacionalistas y polis! Ahí, en el despacho de Yeruldelgger, en medio de la oficina, delante de todo el departamento, ¡te das cuenta!

—¡Puto imbécil! —gritó Mickey, saliendo del despacho, con los músculos del cuello contraídos por la cólera y los puños apretados.

Oyun sólo tuvo unos segundos para alzar su iPhone, que había programado en modo vídeo, y filmar la pared de fotos de la que había tenido buen cuidado de no alejarse. Cuando se disponía a salir detrás de Mickey, vio que la secretaria la miraba.

—¡Como le digas algo de esto, vuelvo para cortarte los pezones con un cúter! ¿Me has oído bien? —le susurró, arrimándose a su oreja.

Sin esperar respuesta, se precipitó fuera y alcanzó al capitán en el momento mismo en que éste irrumpía en el despacho de Yeruldelgger y soltaba un rabioso puñetazo en la cabeza al pobre tipo de balística, que no se lo había visto venir.

Para cuando tres inspectores consiguieron controlar a Mickey y éste hubo recogido los informes desperdigados y hubo gritado a todo el mundo que él era el jefe y que todos los informes, sin excepción, debían serle entregados a él y sólo a él, Oyun había llegado ya a la terraza del Dorgio Club, en la placita sin árboles situada tras los edificios del Tribunal Supremo y del Ministerio de Obras Públicas. Pidió una cerveza, buscó un poco de sombra bajo un parasol y reprodujo el vídeo que había grabado a escondidas en el despacho. No necesitó mucho tiempo para encontrar la foto que buscaba, pero, al observarla de cerca, se dio cuenta de que era peor todavía de lo que había imaginado.

Se levantó en el momento en que el camarero le servía la cerveza, la pagó sin bebérsela y se fue corriendo hasta el aparcamiento del Departamento de Policía. Subió a su coche y se dirigió a la yurta de Solongo.

«¡Para ella y para nosotras!»

Era el mismo quad que el de la foto de catálogo que había enviado el contacto de Solongo en Alemania. Sólo que, en marcha, con un piloto al volante, parecía aún más potente. Hay que decir que el conductor no era muy alto. Un coreano, rico y arrogante a todas luces, orgulloso de estar allí, ataviado como un modelo de ropa deportiva, con un Rolex de oro y un anillo en el dedo anular derecho como los que llevan los ex alumnos de las universidades o de las grandes escuelas norteamericanas. Sonreía al objetivo, blandiendo una botella de vodka, con el brazo por encima del hombro de un Mickey también encantado de estar allí, como un fan al lado de su ídolo. Un tercero posaba junto a ellos, aunque un poco más atrás; también era coreano.

—Conoces a ese tipo, ¿verdad? —preguntó Oyun a Solongo.

—Su cara me suena...

—Es de la delegación coreana invitada al gran naadam. Salieron en todos los periódicos. Creo que es el representante oficial de la patronal coreana o algo así.

—Espera, podemos verificarlo —dijo Solongo tecleando en su iPad.

El motor de búsqueda le propuso ciento ochenta mil resultados para «jefe, patronal, Corea». Redujo el número a doce mil añadiendo «visita Mongolia», luego filtró aún más los resultados añadiendo «naadam» a la búsqueda, hasta obtener ciento ocho. Entre los enlaces propuestos, escogió el del diario popular L'Oriflamme. En la pantalla apareció la foto de una delegación oficial de la patronal coreana de visita en Ulán Bator con motivo de la fiesta.

—¡Es él! —dijo Solongo, señalando al hombre que salía en la portada del diario como jefe de la delegación—. Mira el reloj y el anillo, son idénticos.

—Sí —confirmó Oyun—, pero él parece diferente. Está mucho más joven en esa foto.

—Es verdad. Yo diría que es de hace seis o siete años, más o menos.

—¡Pues yo diría que de hace cinco años justos!

—¿Qué tiene que ver Mickey con el accidente del triciclo rosa de una niña cuyos padres están desaparecidos y el quad de un magnate coreano?

Las dos mujeres se concentraron de nuevo en la foto, como si los rostros viriles y felices del capitán y el hombre de negocios pudieran revelarles alguna cosa más. La foto no estaba muy bien encuadrada. Era una instantánea de la salida o la llegada de una carrera, en algún lugar del bosque. En el borde

derecho, el fotógrafo no había conseguido quitar completamente de cuadro a una persona de la que se distinguía un pedazo de hombro. Del otro lado, un brazo tendía una lata de cerveza a alguien a espaldas del coreano. Al seguir ese gesto, Oyun reparó en el personaje que estaba en segundo plano, entre las cabezas de Mickey y el empresario extranjero.

—¡Mira quién está ahí! —exclamó, y silbó apuntando con el dedo al personaje.

—Parece...

—Sí, es él. ¡Es el tarado de Adolf!

—¿Qué significa esto? —preguntó Solongo—. ¿Adolf, Mickey y lo que podemos considerar como el arma del crimen, en la misma foto y con el añadido de un representante oficial coreano?

—En mi opinión, en esa época él debía de ocupar un puesto menos oficial que el de hoy en día. Es probable que ya fuera rico, pero ¡seguramente no tenía tanta autoridad!

—Resulta tentador pensar en esos Rambos, de juerga, con sus grandes cilindradas, y en la fiesta acabando en un accidente por conducción temeraria.

—Pero eso no explica dónde están los padres de la niña. ¡Uno no mata a tres personas de un único golpe con un quad!

—A menos que alguien haga limpieza después del accidente para evitar problemas a un pez gordo extranjero.

—¿Y tú crees que Mickey podría ser el hombre de la limpieza?

—¿Por qué no? ¿No te parece que ha metido ya bastantes palos en la rueda de la investigación como para merecerse que sospechemos de él?

—Quizá, pero eso no nos da suficiente munición como para ir a preguntarle directamente. ¡Y todavía menos al coreano!

—Ya, pero está Adolf, a él sí que podemos hacerle algunas preguntas. ¡Y de las violentas, no sé si me entiendes!

—¿Qué es eso de las preguntas violentas? —preguntó Gantulga.

Las dos jóvenes se volvieron a la vez para ver al chaval, que avanzaba a saltitos sobre sus muletas.

—¿De dónde vienes tú?

—Investigación sobre el terreno —respondió Gantulga con falso aire misterioso—. Entonces, ¿qué es eso?

—Son preguntas tipo las que intentó hacerte a tiros ese tío la otra noche.

—Si quieres mi opinión —respondió el chico, acercándose a ellas—, ¡el tipo de la otra noche no tenía ninguna intención de hacer preguntas! ¿Qué es esa foto?

Sin esperar respuesta, sujetando una muleta con la axila, Gantulga agarró el

iPhone de Oyun y examinó la imagen.

—Eh, a él lo conozco, es vuestro jefe, ¿no? Y ése es el Tatuado, el tipo del incendio.

Oyun le arrancó el iPhone de las manos. Él saltó sobre un pie para recuperar el equilibrio y Solongo, que estaba sentada, lo aguantó por las nalgas para que no cayera.

—¡Eh! ¡Controla tu libido, hermana mayor! —bromeó el chaval.

—¿Mi libido? ¿De dónde aprendes tú palabras como ésa?

—¡Basta de tonterías! —lo cortó Oyun, concentrada—. ¿Dónde está tu Tatuado?

—¡Ahí! —dijo él, señalando algo pero sin conseguir inclinarse a causa de las muletas—. A la derecha, ese brazo, se ve el tatuaje.

—¡Estás de coña, no se ve casi nada!

—Te digo que ése es su tatuaje. Un soyombo tradicional, pero con la cruz torcida en medio. Mira, ¡se ven perfectamente los dos brazos torcidos de la cruz!

El chaval tenía razón. Ellas podían imaginarse el tatuaje del símbolo nacional con la cruz gamada en lugar del yin y el yang.

—¿Quién te ha dicho que ése es el tipo del incendio? —preguntó Solongo—. Puede ser el símbolo de una banda o una pandilla, y tal vez haya varios que la lleven.

—Eso no cambia nada —murmuró Oyun, de repente perdida en sus pensamientos—. Sea él o uno de su banda, el tipo del tatuaje es parte de la investigación sobre los chinos, no sobre la niña. Esto puede confirmar el vínculo entre ambas, pero ¡enreda más que otra cosa!

—De todos modos, confirma nuestra elección: el Tatuado está por ahí, el coreano es intocable, éste no es momento de buscarle las pulgas a Mickey, así que el único cocotero a sacudir esperando que caiga algo es ese tarado de Adolf.

—Cuenta conmigo —dijo Oyun, al tiempo que se levantaba—. Mientras tanto, ¿podrías seguirle la pista al coreano, averiguar algo más sobre él? Trata de enterarte también de quién es el otro tipo que posa con ellos.

—¡Yo me ocupo de eso! —respondió Solongo, levantándose a su vez para acompañarla hasta la puerta.

—A propósito —dijo Oyun, volviéndose en el último momento—, ¿cómo va Saraa?

La voz de la muchacha le respondió desde el otro lado del biombo:

—¡Saraa se pregunta por qué el insensato de su padre ha vuelto a desaparecer una vez más, abandonando a todas sus mujeres en la mierda!

Oyun y Solongo intercambiaron una mirada inquieta y resignada. En la voz de Saraa asomaban de nuevo la rabia y la provocación que la desgarraban por

dentro. Y que las hería a ellas también.

—¡Eh, que yo soy un tío y también estoy en la mierda! —bromeó Gantulga para intentar distender la atmósfera.

—¡Vete a cojear a otra parte, mierdecilla! —replicó la adolescente sin rastro de humor en la voz.

Solongo se encogió de hombros para dar a entender a Oyun que no había nada que hacer y la acompañó hasta el coche.

—¡Sería bueno para ella que él regresara ya! —dijo.

—Sí —respondió Oyun—. ¡Para ella y para nosotras!

43

...en voz baja para no despertar a Saraa

—¿Qué color es éste?

Solongo se volvió y vio a Saraa de pie detrás de ella, envuelta, desnuda y sin pudor, en un velo transparente de seda verde. Algo había cambiado en ella. En el tono seco de su voz y en el brillo oscuro de su mirada.

—Un amigo me recomendó el verde para sanar mejor tus quemaduras —respondió Solongo con la voz de quien está ya resignada a la confrontación.

—¿Y tú crees en esas estupideces de charlatán?

—Yo creo en la sabiduría y en la experiencia de los mayores —respondió la forense, que intentaba ser paciente.

—¿Por qué crees que los mayores son sabios? Ese viejo cabrón nos ha abandonado de nuevo, ¿crees que lo ha hecho por sabiduría?

—No hables así de tu padre. Él no se ha ido, ha desaparecido. ¡No sabemos lo que le ha ocurrido!

—No me digas, él se ha pirado y sólo espera a poder reaparecer haciéndose el pobre héroe lastimado por el destino...

—¿Y acaso no lo es?

—¿Él? ¿Bromeas? Es un cobarde que se oculta detrás de una insignia en lugar de enfrentarse de verdad a la vida. Dejó morir a Kushi en vez de renunciar a su investigación, dejó a mi madre hundirse en la locura en vez de permanecer a su lado, y a mí me ha dejado hundirme y destruirme sin tenderme nunca una mano.

—La verdad es que tú no necesitas a nadie para destruirte, Saraa, y en cuanto al resto, sabes muy bien que te mientes a ti misma. Fue Erdenbat quien, después de acoger a tu madre, prohibió a Yeruldelgger que se acercara a ella. ¡Y nadie ha sabido nunca cómo y por qué murió Kushi!

—¡Eso es, defiéndelo! ¡Ya hablaremos el día que te deje caer como ha hecho con nosotras!

—¡Tienes razón! —dijo Solongo secamente para poner fin a la conversación—. Hablaremos de ello ese día, si es que llega. Entretanto, ¡no quiero oírte hablar así de él bajo mi techo!

—No te preocupes, voy a largarme de aquí muy pronto.

—¡No era eso lo que quería decir!

—¡Pues yo sí he dicho justo lo que quería decir! —replicó Saraa, y se acostó de nuevo.

Solongo la vio desaparecer detrás del biombo y permaneció unos instantes inmóvil, con la mirada triste y perdida. Luego se volvió hacia su ordenador portátil y se sumergió otra vez en sus investigaciones.

Park Kim Lee era un nombre habitual, el motor de búsqueda anunciaba cuarenta y siete millones de entradas, pero mediante algunas palabras clave relativas a negocios, fortuna y empresas, Solongo eliminó a actores, jugadores de fútbol y demás. De ese modo aisló unos miles de resultados antes de hacer clic sobre la opción de imágenes. No sólo fue a dar en la primera página con un retrato de quien buscaba, sino que, dos renglones más abajo, aparecía la misma foto en la que se lo veía con Mickey montado en el quad. Al clicar sobre el pie de foto, fue dirigida a la web de los WKR, que ella terminó por identificar como los Wild Korean Riders, una asociación de amantes de las carreras salvajes cuyo fundador y principal promotor parecía ser Park Kim Lee. El coreano había abandonado siete años atrás la dirección del Departamento de Comunicación del primer constructor de automóviles de Corea, en el momento más fuerte de su cotización, con dos millones de dólares en venta de acciones, y lo había aprovechado para crear su propia agencia de comunicación. En el país de la industria, capitalizarse en el sector terciario lo había beneficiado, y hoy en día estaba a la cabeza del primer grupo coreano de medios de comunicación y servicios, el cuarto de toda Asia. Un grupo valorado en siete mil millones de dólares, situado a tres mil millones del principal accionista de Samsung. A Park Kim Lee le había costado cinco años llegar hasta allí y colocarse en el puesto cien de la lista de millonarios más ricos del mundo. A sus cuarenta y cuatro años, no cabía duda de que en los próximos veinte todavía podía avanzar algunas decenas de puestos en esa clasificación tan halagadora.

Veterano en la industria del automóvil, el hombre mostraba también cierta predilección por los deportes de motor. Buscando al azar en webs y blogs, se lo veía a bordo de toda clase de bólidos aterradores, tanto en tierra como en el mar, sobre la nieve o sobre el hielo. Tenía incluso en su historial récords tan idiotas como el de cero a cien, el de aceleración o el de fuerza g en el arranque, entre

otros «trofeos viriles». Por lo demás, tenía una cara más bien simpática, de chico de oro asiático a quien todo se le da bien, y Solongo se preguntó si detrás de aquella sonrisa escondía dientes de tiburón, los que sólo semejantes fortunas se pueden permitir.

Buscó en otras fuentes, para profundizar mejor en su historia personal y en su ascensión profesional, y se dio cuenta de que, se mirara por donde se mirase, todo estaba perfectamente cuadrado y calibrado. Se adivinaba enseguida la mano del comunicador detrás de cada palabra y de cada imagen.

Volvió entonces a la web de los Wild Korean Riders y encontró aquello que su intuición la había empujado a buscar. Park Kim Lee era por encima de todo un fanático de los quad y cada año se concedía dos semanas «sin horarios y desconectado del mundo», como le gustaba decir, para participar en raids salvajes en lugares inaccesibles donde «desafiar lo prohibido y retar al peligro».

También ese texto había sido sometido a la criba semántica de la autopromoción. Los calificativos tan sólo se aplicaban a la persona y nada permitía identificar ni los lugares ni las épocas. Las fotos incluso habían sido retocadas con Photoshop; sin embargo, eso fue lo que puso sobre la pista a Solongo. La que lo mostraba en compañía de Mickey y que figuraba en los sitios oficiales había sido reencuadrada y retocada si se comparaba con la que Oyun le había mostrado. El hombro del Tatuado que se veía a la izquierda y el brazo tendido con la botella de vodka habían desaparecido, y el rostro de Adolf, entre Mickey y Park Kim Lee, había sido reemplazado por un «copiar y pegar» del follaje. Sin embargo, Solongo había visto la foto original en el muro del motor de búsqueda. Así que tenía que estar en algún lugar de la red.

Después de unos minutos, siguió un enlace que no llevaba a la página de los Wild Korean Riders, pero que hablaba de él. Al seleccionarlo, se abrió un sitio dedicado a un joven que parecía haber fallecido de una meningitis fulgurante contraída en el curso de un viaje de negocios por el sur de China. Era el otro coreano de la foto, el que posaba un poco más atrás junto a Park Kim Lee y Mickey. La web era sobria y sin pretensiones, concebida por la madre del joven desaparecido como un pequeño templo budista, donde falsas velas de animación Flash iluminaban a un Buda dorado sonriente y próspero. Algunas imágenes en tres dimensiones decoraban la página con ofrendas y flores, y otra animación hacía bailar el humo azul de los palillos de incienso. Una sola foto aparecía en la pantalla, como si el Buda la sostuviera entre las manos, sobre las rodillas. Era el retrato del joven desaparecido, no la foto que buscaba Solongo. No obstante, si los enlaces la habían conducido hasta las imágenes de aquel sitio, era porque la foto se encontraba en alguna parte de él. Solongo buscó el medio de acceder a otras páginas, pero parecía que aquel pequeño templo de oración era la única que

conformaba el sitio.

Fue al recorrer al azar la pantalla, y al pasar sobre el retrato del joven, cuando Solongo vio la flecha del ratón transformarse en una mano. Clicó sin pensarlo y se activó un diaporama en el lugar que ocupaba la foto. Las diapositivas mostraban a una familia feliz y a un ser sonriente, que iba convirtiéndose paso a paso en bebé, estudiante, enamorado, deportista... En cada ocasión, aparecía encima un texto corto, con frecuencia reducido a un apellido, un nombre, un lugar y siempre una fecha. Cuando salió la foto que buscaba, Solongo tuvo tiempo de leer: «Wild Korean Riders, Hentiy, Mongolia, 2007.» Reinició de inmediato el diaporama para asegurarse de haberlo anotado todo, luego se quedó inmóvil, con la mirada perdida en la del fallecido, ese joven sonriente entre los brazos del Buda. Un joven muerto por enfermedad, pero que había conocido a Park Kim Lee y participado con él en un raid salvaje en el Hentiy. Un joven cuyas fotos no habían sido retocadas por una madre rota por la pena, permitiendo así a Solongo situar a Park Kim Lee al volante del quad en el Hentiy, en la supuesta fecha del accidente que había provocado la muerte de la niña...

Después de un buen rato, Solongo salió lentamente de sus pensamientos y telefoneó a Oyun en voz baja para no despertar a Saraa.

44

Los salvajes ya no eran lo que fueron...

El teléfono sonó de nuevo. Esta vez los dos niños estaban bien despiertos y el bebé lloraba.

—Por el amor de Dios, ¿no puedes responder tú, Batnaran? ¡Vas a terminar por despertar a todo el barrio! —dijo la mujer en un gemido, todavía aturdida por el sueño y agobiada por las protestas de los niños.

Se enderezó de mala gana para apoyarse en la pared, sujetó al bebé llorón contra su pecho grande y oscuro, y le encajó el pezón grueso y malva en la boca para hacerlo callar. El lactante se atragantó con un llanto goloso, luego mamó de la joven con gusto mientras ésta se frotaba los ojos para no quedarse dormida.

—¡Como si fuera por mi culpa! —dijo el hombre mientras protestaba y pasaba por encima de los cuerpos amodorrados sobre el colchón, plantado directamente en el suelo—. ¡No sé quién me llama! ¡A lo mejor es para ti!

—¡No discutas y responde, te lo ruego!

—¡Está bien, está bien, ya voy! —protestó el hombre.

Rebuscó en los bolsillos de su ropa desperdigada en busca de su móvil.

—¿Sí? ¿Quién es? ¿Oyun? ¿Qué Oyun? ¡Ah, esa Oyun! Dime, ¿qué quieres? ¿Has visto la hora que es? No me importan tus excusas, has despertado a los críos, ¡y a mi mujer también!

—¿Quién es esa Oyun?

—¿Qué? ¿Urgente? ¿No me has llamado en dos años y ahora es urgente? ¿Qué tontería es ésta? ¡Son las dos de la madrugada!

—Batnaran, ¿quién es esa Oyun, eh?

—¿Raids a través del Hentiy? ¿Qué diablos te importa que hagan raids en el Hentiy? ¿Ahora eres guarda forestal o qué? Sí, ya sé que eres poli, pero de todas formas tus preguntas a las dos de la madrugada me molestan.

—A ver, di, Batnaran, ¿quién es esa amiguita que te llama a las dos de la madrugada?

—¡Ah! ¡No me jodas! No, no es a ti, es a mi mujer, a la que has despertado... Bueno, ¿qué quieres saber exactamente? Sí, en el Hentiy se organizan raids salvajes... Por supuesto que sé que es un parque nacional protegido, ¿por quién me tomas? ¡Yo trabajo en el Hentiy!... Pues porque están organizados para extranjeros ricos por ricos de los nuestros y muy poderosos, ¡no es complicado de entender!

—Eh, dile a tu amiguita que cuelgue, ¿me oyes? ¡Podrías decirles a tus putas que no te llamen cuando estás con los niños!

—¡No es una puta, es policía! ¿Quieres que la invite a tomar té en casa? —dijo Batnaran, enfadado—. Dile que eres una poli, no una puta.

Puso el teléfono en la oreja de su mujer, que volvió la cabeza con un movimiento tan brusco que el bebé soltó el pezón. Irritada, se agarró el pecho para enchufárselo de nuevo en la boca.

—Yo soy poli, señora, no soy una de las putas de Batnaran... —explicó Oyun con un tono que pretendía sonar apenado y lo más comprensivo posible.

—Sí, está bien, soy yo —dijo Batnaran, que había vuelto a ponerse al teléfono—. De todos modos, no te quiere escuchar. Bueno, te cuento y luego me dejas en paz, ¿de acuerdo? En el Hentiy se celebra al menos un raid al año. Vienen de Rusia, después de estar de juerga en el Baikal, y bajan hasta Ulán Bator. Van con guías de aquí y están protegidos desde muy arriba por alguien con mucho peso, no sé si me entiendes... Ah, ¿no me entiendes? ¡Pues desde tan arriba que ni siquiera intento saber de quién se trata! Aparecen como lunáticos con toda su parafernalia y por lo general se marchan y no se llevan nada. Así pagan a los guías y al resto... ¡Por supuesto que en quads! En quads y en motos, ¿con qué otra cosa crees que se puede atravesar el Hentiy?... ¿Eh? ¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? Según tú, ¿por qué nos han dado vacaciones a todos la semana que viene? Por supuesto que es ahora. Siempre es en esta época...

Espera, espera... ¿No puedes meterle algo en la boca para que se calle? —dijo, dirigiéndose a su esposa.

La mujer se había levantado y maldecía a Oyun. Ahora iba y venía por los escasos metros de la habitación y mecía al bebé, que lloraba y no quería mamar más.

—Bueno, escucha, ya estoy harto, voy a colgar porque esto de aquí es un infierno, ¿lo pillas? Nada que ver con mi bucólica yurta en el parque, no sé si me entiendes. Entonces, sí, deben de estar a punto de llegar, porque normalmente se lo montan para terminar su raid con una gran fiesta durante el naadam, en Ulán Bator o en casa de algún pez gordo forrado de pasta. ¿Te vale así?

—Sí —respondió Oyun—, gracias, y perdona por haberte despertado de esta manera...

—¿Sí? No me digas. Después de dos años es toda una sorpresa... A propósito, dime, ¿sigues viniendo a acampar cerca de...?

Oyun había colgado. Permaneció unos instantes tratando de imaginar la escena del otro lado del hilo; ella había visto desnudo a aquel hombre que la había tomado salvajemente dentro y fuera de su yurta perdida en el corazón del Hentiy. Quizá aún se mostrara rudo y fuerte como el buen leñador de músculos fibrosos que era, pero qué decepción haberlo escuchado hablar de aquella manera. Los salvajes ya no eran lo que fueron...

«¡Todo es siempre complicado!»

La sala del Nido de Águila estaba llena y bullía con una agitación más salvaje y eléctrica de lo normal. Excepto algunos turistas despistados y todavía sorprendidos de su propia audacia por atreverse a cenar bajo el retrato de Hitler, la mayor parte de los clientes extranjeros mostraba un orgullo provocador al ser atendidos por hombres que llevaban el uniforme negro de las Waffen SS. Gantulga distinguió desde la calle a la banda de habituales. Parecía más numerosa y festiva que de costumbre, cosa que no iba a hacerlo renunciar en absoluto a su plan. Los primeros chinos que pasaran, con edad de correr lo bastante deprisa, le servirían. Pero, como no pasaba ningún chino por el barrio desde hacía más de media hora, Gantulga asaltó a dos estudiantes japoneses que trataban de orientarse con una guía y que tuvieron la mala idea de pedirle ayuda.

Sin darles tiempo a reaccionar, Gantulga blandió una de sus muletas y golpeó al más alto profiriendo insultos contra los chinos y contra toda su raza. Los estudiantes no comprendieron nada de lo que sucedía y no se atrevieron a defenderse de un chaval con un brazo y una pierna escayolados. Gantulga se aprovechó de ello y gritaba insultos racistas cada vez con más fuerza, convocando a los vecinos, poniendo a los «buenos mongoles» por testigos, pidiendo socorro, auxilio. Los clientes del Nido del Águila, alertados por un camarero, no tardaron en salir a ayudarlo.

—Run away, run away now! —les dijo entonces Gantulga en su mal inglés a los dos desconcertados japoneses—. They gonna kill you! They gonna kill you! Run now, don't stop! Now!

Los japoneses tuvieron un momento de duda, el tiempo que tardaron en interpretar el inglés de emergencia de Gantulga. Pero el kill you asociado a la imagen de una multitud furiosa que se precipitaba hacia ellos apretó el botón del pánico. Se escabulleron en silencio y Gantulga aprovechó para tirarse de inmediato al suelo gritando y enviando a paseo las muletas. La mitad del tropel se detuvo para prestarle auxilio y los otros se lanzaron en persecución de sus pretendidos agresores.

Cuando éstos regresaron al Nido del Águila, excitados pero con las manos vacías, ya estaban atendiendo allí a Gantulga. Lo habían instalado en una mesa de la que habían expulsado a una pareja de turistas italianos con camisetas del Lazio. Tenía la pierna escayolada bien horizontal, apoyada en la silla de enfrente, y bebía una cerveza mientras recibía elogios de los habituales.

—¡Esos mierdas de chinos se negaron a darme un dólar para comer! ¡Los cabrones se creían que les pedía limosna! Yo a los chinos no les pido nada, se lo quito. ¡Soy mongol, lo de aquí es mío, no de ellos, y todo lo que ellos tienen es porque nos lo han robado!

—¡Bien dicho, chaval! ¡Tienes razón, has hecho bien! ¡Son todos unos putos ladrones!

—¡Yo vivo en las cloacas y ellos, que ni siquiera están en su casa, viven en mansiones! ¿Os parece normal?

—No, no tienen nada que hacer aquí. ¡Sólo han venido para arruinarnos!

—Antes de vivir en las cloacas, vivía en la tierra de nuestros ancestros, cerca de Oyu Tolgoi, ¿y vosotros sabéis lo que son hoy nuestras estepas? ¡Una mina de cobre china a cielo abierto! ¡Nos roban hasta las entrañas de la tierra! ¡Es una vergüenza! ¡Un día tendríamos que echarlos a todos de aquí, que se vayan a su casa a vivir entre su mugre! ¡O, si no, que les corten los cojones como a los del periódico! ¡Eso es lo que habría que hacer!

—¡Bien dicho, chaval! ¡Tú sí que eres mongol de verdad! ¡Un auténtico hijo de Gengis Kan! ¡Aquí estás en tu casa!

—¡Sí, aquí está en su casa!

—¡No vas a seguir viviendo en las cloacas!

—¡Quédate con nosotros!

—¡Sí, que se quede aquí!

—¡Ahora formas parte del clan!

—¡Sí, eso es, serás nuestra mascota!

—¿Cómo te llamas?

—Gantulga.

—¿Corazón de Acero? ¡Te sienta bien!

—¡Por Corazón de Acero! —soltó alguien, levantando una cerveza.

—¡Por Corazón de Acero! —gritó el gentío, brindando en honor de Gantulga.

—¿Sabes una cosa, Corazón de Acero? Mañana te vienes con nosotros. ¡Eh, muchachos, mañana nos llevamos a la mascota al campamento! Vas a ver, chaval, dos o tres días entre tíos, con cerveza, vodka y una pista de quads infernal, ¡te va a encantar!

—¿Está lejos? ¿Podré ir hasta allí con esta pierna?

—A unas dos horas, en Selbe, al norte. Iremos hasta allí en quad, ya verás.

—¿En quads coreanos?

—No, no, los coreanos son para el campamento, allá arriba. Aquí usamos quads americanos, de los grandes, chaval, ¿qué te crees? ¡Vendrás conmigo, como si viajaras en un sillón!

—¿Y vamos a ir todos? —preguntó Gantulga, que se esforzaba en adoptar un aire entusiasmado.

—No todos a la vez, pero iremos llegando en pequeños grupos a lo largo de la noche, y Adolf se nos unirá más tarde.

—¿Y eso? ¿Dónde está?

—Chaval, eso no es asunto tuyo. Adolf se ha ido como cada año a hacer algunos negocios y no tienes por qué saber ni adónde ni cómo. Pero tranquilo, ¡que regresará forrado y lo celebraremos a lo grande!

Entrada la noche, Gantulga abandonó el Nido del Águila, donde el ambiente había derivado hacia la borrachera, con el pretexto de que debía ir a tomarse los medicamentos para la pierna. Pidió permiso para utilizar un teléfono y alguien le dejó un móvil. Para hablar tranquilo, salió del restaurante mientras echaba pestes por el ruido.

Oyun descolgó y el chico le preguntó si podía ir a buscarlo en su coche. Ella quiso protestar por lo intempestivo de la hora, pero él la cortó con determinación, explicándole que había pasado la noche en el Nido del Águila y que tenía informaciones que merecían que ella se meneara un poco.

—Eh, sé educado, ¿quieres? —respondió ella de mal humor.

—¿Qué te pasa, te molesto? ¿No estás sola?

—¿Qué te importa eso, morbosos? Ocúpate de tus asuntos.

—Bah, discúlpame —sobreactuó el chaval—. ¡No puedo evitar ponerme celoso de mis amiguitas!

Consiguió hacerla reír y quedaron en el aparcamiento del restaurante Havana, en el cruce de la Seoul Street y la Peace Avenue.

—Eh, Gantulga, ¿desde dónde me llamas?

—Desde el móvil de un tipo.

—¡No te olvides de borrar mi número!

—¡Bien, jefe!

Gantulga colgó y luego tecleó en la pantalla del móvil para borrar el número de Oyun de la lista de llamadas enviadas.

—¿Qué buscas, chaval?

El chico se sobresaltó y su corazón se detuvo por un instante. El tipo que le había prestado el teléfono se inclinaba por encima de su hombro.

—¿Qué estás rebuscando en mi móvil?

—Oye, yo no rebusco nada, estoy borrando el número al que acabo de llamar.

—¿Lo estás borrando? —preguntó el tipo con tono suspicaz—. ¿Se puede saber por qué?

—Perdona, tío —dijo Gantulga, sobreactuando de nuevo al haber sido

pillado a contrapié—. ¡No puedo evitar ponerme celoso de mis amiguitas!

Aquel tipo era menos vivo que Oyun. Permaneció inmóvil sin entender nada y Gantulga se vio obligado a precisar.

—Hermano, ¿tú crees de verdad que he llamado a mi enfermera en plena noche para que me cure la pata? —insistió Gantulga con aire cómplice, agarrándose con la mano sus partes por encima del pantalón—. No es de mi pierna de lo que necesito que ella se ocupe, y eso está bien porque no es precisamente enfermera, ¡no sé si sabes a lo que me refiero!

El otro tardó unos segundos en pillarlo, luego se echó a reír. Recuperó su teléfono negando con la cabeza y regresó al restaurante para contar a la panda que el chico se había ido con su pata chula a conseguir un polvo.

La anécdota no hizo reír a Oyun. Estaba furiosa porque Gantulga hubiera corrido tanto riesgo, pero el chico reaccionó ofendiéndose.

—Dime entonces, compañera, ¿lo de la excursión en quad no es una buena información? ¿No eres tú quien está buscando por todos lados quads coreanos? ¿Y quién te ha localizado al menos una docena de ellos recién calentitos en un campamento a dos horas de aquí? He sido yo, ¿no?

—Sí, pero tú no eres poli, Gantulga, ¡y esos tipos no son ángeles! Con Yeruldelgger perdido por ahí, todo esto se vuelve demasiado peligroso para ti, ¿lo entiendes? Así que voy a dejarte en casa de Solongo y no te moverás de ahí, ¿de acuerdo?

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer tú?

—Gantulga, ¡acabo de decirte que dejes este asunto!

—Sí, pero de todos modos puedo preocuparme por ti, ¿no?

—Sí, puedes, pero no vale la pena, porque ni yo misma sé todavía lo que voy a hacer.

—Entonces, ¿por qué no te quedas con nosotros en casa de Solongo?

—Porque... ¡porque tengo que hacer algo!

—Hum... lo tuyo es bien complicado.

—Sí, Gantulga, es complicado. ¡Todo es siempre complicado!

46

...en un sueño profundo, agradable y apacible

Aquella noche, Solongo se despertó sudando, sobresaltada por un extraño sueño. Ella volaba alto, por encima del paisaje, pero no era ella. Habitaba el espíritu de una persona que volaba como un águila, y sabía quién era, aunque no conseguía llegar a verlo ni ponerle nombre. Ella volaba dentro de él por encima

de valles y bosques, y sabía que estaba en el Hentiy. Juntos sobrevolaban praderas inmensas, tornasoladas de reflejos azules y jaspeadas de bosques oscuros. De pronto, a ras de suelo, mecidos por el oleaje de la hierba silvestre, se adentraban en un valle verde que expandía el paisaje. Una serpiente de plata brillaba entre la hierba reluciente y se transformaba en un río alegre y caudaloso. El hombre estaba allí, justo debajo de ellos, de rodillas cerca del curso, inmóvil y feliz. Se había remangado el *deel* y tenía los brazos desnudos. Pensaba en aquellas a las que amaba mientras observaba a una pareja de carpas que perdía sus escamas en una poza fría y sin ondas. El hombre, cuyo rostro ella seguía sin ver, iba contando las escamas a la deriva mientras reía de buena gana. Al llegar a la ochenta y uno, hundió en el agua cristalina un brazo, estirándolo como pico de garza. El río se encabritaba y se enroscaba en él, y el hombre, con el corazón acelerado de miedo y cólera, lo sacaba con violencia fuera de aquel nido de víboras furiosas. Tenía sangre desde el codo hasta el puño con el que estrangulaba una muñeca asustada. Todo chorreaba sangre: la muñeca, su brazo y el río, que se desbordaba e inundaba la ribera y le mojaba las rodillas. Entonces el hombre levantaba al cielo una cara sin mirada, alzaba la muñeca gritando y un águila se abatía sobre ella y le arrancaba los ojos, luego hundía el pico en el pecho de la niña, cuyo grito largo y ahogado dejaba al hombre paralizado y llorando. Sus lágrimas se convertían en una bandada de cuervos que hundían a su vez sus picos negros en el pecho de la hija, para devorarle el interior e impedirle llorar. Solongo habitaba ahora el alma de aquel hombre aterrorizado al ver que la ropa se deterioraba y la hija se hacía pedazos para convertirse en polvo en su propio pecho, y todo, todo se volvía negro de golpe. Un viento invernal cargado de arena lo azotaba oblicuamente por la izquierda, y el hombre que ella era levantaba hacia el viento la vista cegada por el polvo. Entonces, del otro lado, caía una lluvia de sangre abrasadora y viscosa que se abatía sobre él y transformaba todo el paisaje en colinas de ceniza. Un lago se desbordaba, arrasaba las estepas con su agua y la tierra se echaba a temblar. El hombre que lloraba corría hacia lo alto de la colina, con el corazón desgarrado por una pena sin límite y una mujer rota en sus brazos. Detrás de él, la estepa se desmoronaba en brechas de carbón de las que emergían fragmentos fríos y metálicos. Cuanto más avanzaba el hombre, que a cada paso se hundía hasta las rodillas en el lodo negro, más se convertía la colina que tenía delante en una montaña negra e infranqueable a cuya cima, en la que intentaba buscar refugio ante el derrumbe que lo perseguía, parecía que nunca iba a lograr llegar. Luego la tierra se abrió en dos delante de él y de la falla salía una manada de ciervos marales, enormes y con astas afiladas como cuchillos, que entrechocaban con un estruendo metálico. Con sus pezuñas rompían la rocalla, que crepitaba como

metralla a su galope y atravesaba al hombre con destellos brillantes, mientras éste se hundía en la tierra a cada paso y gritaba con desconsuelo. Luego surgieron lobos de mirada enloquecida que corrían delante de esos ciervos atroces y les abrían camino. De pronto, una niña sonriente aparecía entre las patas de los venados. Se divertía con esa carrera rugiente y asesina, aunque, poco a poco, la fue invadiendo un terror insondable. Entonces irrumpía un hombre cubierto de ochenta y una escamas que agitaba un orbe real en la mano de cuatro dedos. Golpeaba a la pequeña, tropezaba y dejaba caer el globo, que rodaba bajo la manada y se convertía en una pelota roja y azul tras la que corría la niña, que reía de nuevo ante el llanto de rabia y desesperación del hombre, cuya mujer rota se descomponía en pedazos azotada por el viento violento del galope. Los lobos ya no corrían delante de los ciervos, ahora eran cuatro caballos sin cola, que pasaban y volvían a pasar mirando a Solongo con los ojos llenos de locura. Cuando la niña atrapó la pelota y la apretó contra sí acurrucándose de miedo para protegerse de las pezuñas que la pisoteaban, su cuerpo se marchitó de inmediato y se llenó de bichos. Vomitó tierra y de su boca salieron gusanos. La pequeña intentaba atrapar su triciclo rosa, que se le escapaba y que se precipitó por la pendiente para ir a estrellarse contra el pecho del hombre, que estaba plantado en el lodo. Éste no pudo evitar el choque y se protegió la cara con el cuerpo de la mujer muerta, que se rompió contra sus dientes ahogándolo con una polvareda ácida. En el momento en que el choque lo arrastraba, el hombre se convirtió en Yeruldelgger, y a quien tenía en sus brazos era a su adorada Kushi, que reía creyendo que todo aquello no era más que un juego. Ella miraba entusiasmada el collar de diecisiete dientes de dinosaurio que llevaba colgado del cuello y su risa reverberaba en el cielo, ahora puro y azul como un bloque de cristal. Cuando la niña se le escapó, Yeruldelgger cayó de espaldas y vio el mundo bascular despacio a su alrededor. Justo antes de desmayarse, vio que un oso se comía el vientre de la mujer. Abrió los ojos de nuevo, turbado por una sensación idéntica a la del inicio del sueño, pero al revés. Él flotaba bajo un cielo que se bamboleaba y un pastor vestido con una piel de oso le tendía la mano para que se levantara. Pero los dedos del pastor se prolongaban en garras que se hundían en la carne del brazo de Yeruldelgger para obligarlo a mirar cómo su manada de lobos despedazaba a su hija. Kushi gritaba y le pedía auxilio sin comprender nada. El comisario arrancaba su brazo de las garras del pastor y alejaba a los lobos gritando con una rabia aterradora, pero Kushi ya no estaba allí. Sólo quedaba la muñeca en medio de un charco de sangre en el que se reflejaban la luna y una estrella. El grito de desesperación de Yeruldelgger fue lo que sacó a Solongo de su pesadilla...

La forense se enderezó en la cama, como un autómatas movido por un

resorte demasiado tenso, con el cuerpo empapado de terror, y se llevó las manos a la cara para recuperar el aliento. Antes de separarlas, tuvo la extraña impresión de que, pese a estar sola en la yurta, una mirada de una pureza infinita estaba observándola. Cuando era niña, Solongo había tenido en dos ocasiones aquella misma sensación. Una noche de fiebre, después de las quemaduras, y en el crepúsculo de una tarde, cuando su madre había muerto a miles de kilómetros de distancia de ella.

Solongo abrió los ojos y vio al monje, sentado al pie de la cama, que la miraba con una benevolencia luminosa.

—Eso no ha sido un sueño tuyo, hermana menor —explicó con una voz apenas audible que se introdujo en el corazón de Solongo como el soplo tibio de un atardecer estival.

—Lo sé —respondió ella, más tranquila—, y sé quién me lo envía.

—Nadie te lo envía. Los sueños no pertenecen ni a quienes los tienen ni a quienes los leen. Son tan sólo un vínculo invisible entre las almas y los corazones.

—Lo sé —repitió Solongo, sonriente—. Expresan aquello que se esconde dentro de nosotros.

—O dentro de aquellos a quienes amamos —completó el monje—. Quien esconde dentro de sí todos esos tormentos está sufriendo mucho.

—¿Está vivo?

—La respuesta depende de ti, hermana menor. ¿Crees que él es lo bastante fuerte?

—Sí —respondió Solongo, convencida—, lo creo.

—Entonces todo depende de lo que él haga con ese sueño o de lo que tú puedas ayudarlo a hacer. Cierra los ojos y no me mires partir.

Solongo cerró los ojos, como la figura del monje le había pedido. Escuchó un buen rato su corazón, que latía despacio y volvía en sí. Cuando abrió los ojos, la figura del monje ya no estaba. Levantó la cabeza hacia la gran abertura central en lo alto de la yurta. El agujero dibujaba un redondel de noche constelada de estrellas por el que, sin realmente creerlo, le agradó imaginar que el espíritu del monje había salido volando.

Ahora tenía la certeza de que Yeruldelgger estaba vivo en algún lugar, y protegido por el espíritu de los monjes. Sabía también que estaba sola en la yurta, lo que significaba que Gantulga y Saraa habían partido durante la noche. No fue a comprobarlo. Solongo creía en los espíritus. En los vínculos que se tejen entre seres distantes. No creía en supersticiones ni en ciencias adivinatorias. Tan sólo en el misterio de esas conexiones todavía inexplicadas entre lo que está dentro de nosotros y lo que ignoramos. Muchas de las imágenes

de su pesadilla empezaban a hablarle y ella sabía que encontraría su significado con facilidad. Sólo la intrigaba la imagen de la estepa que se abría y se desmoronaba detrás del hombre que llevaba en brazos a la mujer muerta. La tierra destripada y el collar de dientes en el cuello de Kushi. ¿Por qué diecisiete? ¿Por qué el inconsciente de Yeruldelgger quería llamar su atención sobre esa cifra en concreto?

Pero la serenidad del monje, incluso si no había sido más que una ilusión, la cubría ya como miel cálida. Solongo se acostó de espaldas, con la mirada puesta en las estrellas a través del techo abierto de la yurta, y cayó en un sueño profundo, agradable y apacible.

47

...para hacer reír a la banda y que Oyun lo perdonara

Oyun no había dormido mucho. La noche anterior, después de haber dejado a Gantulga en la yurta de Solongo y de haber charlado un poco con ella en voz baja, en el jardín, para confesarle su inquietud acerca de Yeruldelgger, se había marchado en su viejo Cube rumbo al sur, hasta la Peace Avenue. Luego había virado al este por la carretera de Nalayh, después por la bifurcación, hacia el norte, la salida de la ciudad en dirección a Shiligeen, por la carretera del Terelj. De hecho, Ulán Bator se extendía hasta allí y ella se detuvo apenas dos kilómetros más allá de la bifurcación, justo enfrente de la antigua base militar rusa del distrito 17. Su hermano menor vivía allí con su esposa y sus tres hijos, en un barrio de yurtas cercado de empalizadas de madera descoloridas por el hielo y el sol. Oyun sentía siempre que se le encogía el corazón de tristeza cuando veía la yurta en aquella minúscula parcela de terreno, encerrada dentro de sus empalizadas. La tienda tradicional de fieltro y madera parecía prisionera y triste en su recinto, como un animal en un zoológico cutre. Una yurta es hija de las estepas, se decía, nadie debería encerrarla así. ¿Les quedaba algo de la ilusión por emprender travesías y vagabundeos felices a quienes se habían enterrado allí, anclados para siempre en la capital, con la única esperanza de conseguir sobrevivir en ella?

Como pedía la tradición, Oyun había llevado un regalo útil y su cuñada le sirvió a voluntad té salado, denso y caliente. Luego, la joven inspectora dijo que había ido por el quad y su hermano la acompañó al exterior. La máquina estaba oculta bajo una lona, y su hermano le dijo que era a causa de los niños, para que no jugaran con ella. Oyun comprendió, al mirarlo, que él no se atrevía a confesar que era por los ladrones y que se avergonzaba de aquello en lo que se había

convertido el espíritu de las estepas en aquel barrio pobre. Así pues, aunque la máquina era suya y su hermano se limitaba a guardársela, le pidió permiso para tomarla prestada unos días. A cambio le propuso dejarle el Cube durante su ausencia. Media hora más tarde, Oyun partía a lomos del quad mientras su cuñada, a pesar de su joven edad y de vivir en aquel barrio podrido, rociaba los cuatro puntos cardinales con unas gotas de leche para bendecir y proteger su viaje.

Oyun no regresó a su casa. Se dirigió al centro de la ciudad y luego torció hacia el norte, junto al río Selbe. Tres kilómetros después de haber abandonado el distrito 12, se detuvo en el Sukhbataar Ambulatoire, un hotelito en el que había reservado una habitación, justo enfrente del parvulario 109, en el barrio donde las isbas rusas comenzaban a reemplazar a las tradicionales yurtas.

La habitación era también de estilo soviético y Oyun se preguntó qué improbable clientela permitía que sobreviviera un hotel de ese tipo. Era demasiado tarde para buscar una respuesta entre los huéspedes, todo el mundo dormía ya, incluso el vigilante nocturno, que no era sino el propietario. Éste se despertó de mala gana y masculló algo incomprensible cuando ella le pidió que le garantizara que su quad no corría ningún peligro. Luego Oyun cogió las llaves y entró en una habitación del segundo piso. Apestaba a cerrado, a sábanas viejas y a tabaco húmedo.

Por la ventana, bajo la luz glauca de algunos neones dispersos, Oyun observó unos instantes aquel arrabal plano y sin alma en el que las yurtas, emplazadas en los patios de atrás, sólo servían como almacenes o talleres. Lamentó no haberse provisto de té caliente en un termo y se dejó caer en la cama. El somier crujió y el colchón se quedó hundido. Se sacó el arma del cinto y la puso al alcance de la mano sobre la tambaleante mesita de noche, al lado del móvil.

Eran las dos de la madrugada. Esperaba poder dormir al menos tres o cuatro horas antes de que su informador la previniera de la partida de los quads de la banda del Nido del Águila. Entrelazó las manos bajo la nuca e intentó dormirse sin pensar en Yeruldelgger.

Se despertó al día siguiente sin necesidad de que la llamaran. Esa mañana sucia, la habitación le pareció todavía más miserable. Fue a la ventana y apartó la cortina gris para echar una ojeada fuera. Dejando aparte el nuevo corazón de Ulán Bator y la perfección infinita de las estepas y las montañas, Oyun se preguntaba con frecuencia por qué su bella Mongolia parecía tan en ruinas. Cuando atravesaba los arrabales y los pueblos, siempre se llevaba una impresión extraña, como de abandono resignado. Como si la vida cotidiana de la gente, en aquel país inmenso y magnífico, se hubiera tornado mezquina en un presente

raquítico, sin más ambición que sobrevivir al paso de los días. No sabía decir si el interior del país era una obra abandonada o una construcción en descomposición. Y siempre la perseguía esa certeza inquietante de que un pasado y un futuro sin vida habían condenado a esa pobre gente a un presente sin ambición, hecho de mínimas esperanzas cotidianas. O de mínimas desesperanzas...

No había nada para desayunar. El hombre del hotel, el mismo al que había despertado la noche anterior y que dormía en un sofá en el espacio que servía como recepción, le indicó de mala gana el camino hacia el monasterio de Dambadarjaalin, alrededor del cual podría encontrar cantinas donde tomar té salado caliente y empanadas fritas. Oyun se dirigió allí en el quad. Nunca había visitado aquel templo del que había oído hablar con frecuencia. Una fundación que llevaba el mismo nombre trabajaba militantemente en todo el país por la renovación del arte religioso tradicional.

Llegó al monasterio por la parte sudeste del gran recinto. La entrada principal, que se abría en el lado sur del templo, ya no se utilizaba. Oyun recorrió el muro hasta la puerta este, que estaba abierta a los visitantes, pero no encontró ningún lugar donde comer. Dio media vuelta para volver al cruce, frente a la esquina del recinto, donde había visto algunas tiendas. Eran tres o cuatro trampas para turistas cubiertas de reclamos y carteles publicitarios, y delante de cada comercio había una terraza con tres mesas y sombrillas de Coca-Cola. Oyun aparcó justo al lado de una de las mesas y tomó asiento mientras miraba un autobús grande y lujoso, lleno de chinos, displicentes y arrogantes, que se acercaban torpes como patos por el asfalto deteriorado.

—¿Qué quieres?

La mujer, de edad incierta y sin formas, era amable como una madrastra.

—Un té con mantequilla, pan, crema de leche y mermelada de arándanos.

—¿Dónde te crees que estás?

—En Mongolia, ¿no?

—¡Yo no tengo nada de eso!

—¿Ah, no? ¿Y qué tienes?

—Cucuruchos, chocolatinas y refrescos.

—¡Eso no es un desayuno!

—Es todo lo que tengo.

—Me extraña. ¿Qué has desayunado tú?

—Té salado, pan, crema de leche y mermelada de arándanos.

—¡Ah, lo ves!

—Sí, pero eso es para mí, no para ti.

—¿Por qué? ¿Porque soy turista?

—No, ¡porque viajas en eso! —dijo la mujer, señalando el vehículo de Oyun con un seco y despreciativo gesto del mentón.

—¿Por mi quad?

—Por toda tu banda de matones. Cuando aparecen por aquí, nunca es bueno para el negocio.

Oyun se enderezó, de repente interesada, y abandonó el tono irónico e indiferente que había escogido para enfrentarse con aquella mujer.

—Yo no pertenezco a ninguna banda —dijo sonriente—. Viajo sola. ¿De qué matones hablas?

—De esa pandilla de lobos que sube varias veces al año un poco más al norte, hasta su campamento, y que se divierte aterrorizando a todo el mundo.

—¿Tú los conoces?

—Sí. Hacen lo que les da la gana allí a donde van. El año pasado le dieron una paliza a mi marido. Y cuando fue a quejarse a la policía, los polis lo apalearon de nuevo. Son intocables y ni siquiera respetan el templo.

—Escucha, yo no tengo nada que ver con ellos y tengo hambre. Sé amable, prepárame lo que te he pedido. Si quieres me lo como dentro, para que los turistas no lo vean. Voy a intentar hablar con alguien del templo. Vuelvo enseguida. Dejo ahí mi quad, ¿de acuerdo?

La mujer no respondió, pero Oyun comprendió que aceptaba. La joven inspectora se levantó y se dirigió hacia la entrada del templo. Acortó por el medio del gran parque de hierba rasa y árboles secos, metiéndose entre los cuatro pabellones tradicionales que estaban plantados en él como centinelas, antes de llegar al edificio grande y alto en forma de U, cuyo amarillento jardín interior estaba cerrado por un monumental pórtico con columnas. En el pórtico encontró a un novicio al que informó de su deseo de hablar con alguno de los monjes encargados del monasterio. Esperó unos instantes, luego un hombre de edad incierta se le acercó sin apresurar el paso.

—Quería preguntarle qué es lo que sabe de la banda de motoristas que, al parecer, aterroriza a la gente de la región.

—¿Qué le interesa saber?

—Dicen que no respetan el templo, ¿eso es verdad?

—Es verdad. Arman jaleo, se burlan de los novicios y los persiguen cuando se los encuentran en el exterior, tiran las ofrendas que están en los jardines, y el verano pasado escribieron en el muro norte, el que no tiene puerta.

—¿Qué escribieron? —preguntó Oyun, que caminaba al lado del viejo monje.

—Frases acerca de la gloria eterna de Mongolia, invocaciones al gran Gengis Kan, al que llaman El Guía, símbolos chamánicos, cabezas de lobo, de

ciervos y de águilas...

—Pero ¿por qué la toman con ustedes, con el templo? Ustedes son un símbolo del renacimiento de la religión nacional, ¿no?

—No para ellos, hija mía, no para ellos. A sus ojos, el budismo, por su no violencia, es una debilidad. Nos acusan de minar el fervor guerrero nacional, de ser el origen de la decadencia del imperio del Kan, y de habernos dejado exterminar por los comunistas sin resistirnos con las armas. Para ellos, somos el enemigo interior.

A Oyun le gustaban los monjes por el vínculo que representaban con el pasado. También conocía la red tan particular que tejían por todo el país, no sólo entre los templos, sino también entre las familias de los novicios y alumnos que acogían.

—Dicen que hay una banda que se reúne cada cierto tiempo más al norte. ¿Sabe usted dónde quedan?

—Sí. Se habla de un campamento en el bosque a veinticinco kilómetros de aquí, del lado de Sanzai, cerca del nacimiento del Selbe. A unos diez kilómetros de aquí, a la altura de un pueblo, la carretera del norte gira hacia el oeste, justo frente a un edificio verde de pocas plantas, tienes que seguir todo recto por la pista hasta que ya no veas el Selbe, que estará a tu derecha. Su campamento está ahí, en alguna parte a la derecha, a un kilómetro o dos, bosque adentro.

—Gracias —dijo Oyun, despidiéndose del monje respetuosamente.

—Eres muy joven y bonita para ser policía —le dijo él con un tono un tanto malicioso.

—Es usted muy observador y muy piropeador para ser monje —respondió ella, sonriente.

Oyun abandonó el parque por la puerta sur, para gozar de la perspectiva del templo desde detrás, y se fue a desayunar al puesto de la mujer de la terraza, que la recibió en el interior, en la caótica y atestada trastienda. Disfrutó de una rebanada gruesa de pan fresco, untado con una capa espesa de crema de leche de yak, sobre la que extendió toda la mermelada de arándanos que quiso. Luego se bebió el té, se despidió de la mujer pagándole generosamente, trepó a su quad y reemprendió el camino hasta el desvío que conducía a la carretera del norte.

Cuando estaba a punto de llegar, le sonó el teléfono. En la pantalla apareció el nombre de uno de sus informadores y se detuvo para responder.

—Acaban de salir. Una docena, en ocho quads.

—De acuerdo, gracias.

—Espera, esta mañana salió otro grupo más temprano, por lo que les he oído decir. No sé cuántos serían. Todavía no había empezado a vigilarlos.

—De acuerdo.

—Oyun, no podía saberlo...

—Vale, vale, lo entiendo, no te preocupes, eso no es un problema.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Voy a colgar, tengo que irme.

Antes de partir, Oyun reflexionó sobre la situación. Si el grupo había salido temprano esa mañana, quizá ya hubiera llegado. Debían de haber pasado mientras ella estaba en el templo o mientras tomaba el desayuno. De todos modos, eso no cambiaba en nada sus planes. Cogió la ruta norte, hasta la bifurcación que le había indicado el monje. Vio la casa verde y la carretera que torcía hacia el oeste a su izquierda, mientras una mala pista de tierra continuaba recto hacia Sanzai.

Sin embargo, decidió esperarlos antes del desvío, para asegurarse de no perderlos. Dio marcha atrás para localizar un buen lugar, luego dio media vuelta para dirigirse de nuevo hacia el norte. Veinte metros antes del desvío, se detuvo a la altura de una dacha amplia y de tejado azul. El lugar era perfecto.

Se bajó del quad, se agachó cerca de la rueda trasera izquierda y la deshinchó. Mientras esperaba la llegada de la banda, tuvo que rechazar la ayuda de tres lugareños borrachos que se felicitaban de haber encontrado delante de aquella dacha azul a una linda chica con el quad averiado.

Los motoristas llegaron una hora más tarde. Rodaban en grupo, con los faros encendidos a pesar de ser de día y con el pelo al viento, en medio de un remolino de polvo. Oyun se puso en pie y desde lejos empezó a saltar agitando los brazos con gesto desesperado. Una joven con un quad, era imposible que no se fijaran en ella. Un minuto después la rodeaban con el escándalo de sus motores y sus bromas sexistas. Decidió ignorarlos y dirigirse tan sólo al que parecía ser el jefe de la jauría. Le explicó que se le había pinchado la rueda trasera y que no tenía con qué repararla. El tipo se burló de su Kymco Green Line 400MXU. ¡Un cacharro chino propio de tías! ¡Va bien para cortar el césped!

—Vaya, ¿y tú, con tu tractor yanqui, te burlas de mí? —lo provocó Oyun.

—¿Estás de broma, tía? Tú no has visto un Arctic Cat en tu vida, ¿o qué?

—¿Un «felino», dices? ¡Mejor un ternero! Dime adónde vas y te esperaré en la puerta. ¡Hasta puede que tengas derecho a un besito si no llegas demasiado tarde!

La arrogancia de Oyun excitó la hilaridad machista del grupo. Algunos hacían ya apuestas en las que daban por ganadora a la muchacha para provocar al otro. Molesto, pero poniendo buena cara, el jefecillo sacó un aerosol antipinchazos de un maletín y se lo arrojó a Oyun, que lo atrapó con una calma provocadora.

—Repara tu rueda e intenta seguirnos si es que puedes —dijo él, arrancando el motor.

—Dime de todos modos adónde vais, para cuando me vea obligada a esperarte.

—Todo derecho hacia el norte. Hay un muro grande en medio del camino a la salida de Sanzai. ¡No te esperaremos más de una hora!

El grupo partió entre el petardeo de los motores y las risas de los bromistas. Oyun infló la rueda con su propio aerosol antipinchazos y se lanzó de inmediato a su persecución. Los alcanzó al cabo de pocos minutos. Su Kymco chino tenía la misma potencia que el Arctic Cat, veinte caballos, pero pesaba cincuenta kilos en lugar de los trescientos treinta del quad americano. Esa ventaja, sumada a la diferencia de peso entre Oyun y el gordo nazi hinchado de cerveza y de empanadillas fritas, no le dejaba al pobre tipo ninguna posibilidad. Éste vio cómo la chica lo sobrepasaba y se distanciaba sin poder hacer nada, ante las pullas de su banda. Eso sin contar con que Oyun les pareció a todos un piloto digno de respeto.

Tres kilómetros después, Oyun llegó a una especie de murete que parecía cerrar el camino. Tuvo de todas maneras buen cuidado de no parecer que llegaba con demasiada anticipación. Cuando la alcanzaron, la banda mantuvo un silencio prudente a la espera de la reacción del jefe. Ella no se había bajado de su quad, para no humillarlo sin necesidad, y no había cerrado el contacto, para poder reaccionar ante cualquier circunstancia. Él se le acercó en su vehículo, sin apagar tampoco el motor.

—No está mal. Síguenos. Allí donde vamos, podremos medirnos con máquinas iguales y veremos entonces quién es el mejor.

—¡No serán de esas yanquis grandes y pesadas, espero!

—No —respondió el otro—. Son coreanas. Sólo coreanas.

«¡Bingo!», se felicitó mentalmente Oyun, e hizo una señal al motorista para indicarle que iba a incorporarse a la fila para seguirlo.

El muro era una larga empalizada que cerraba el paisaje inexplicablemente y a través de la cual pasaba la pista como por un portal. El grupo se adentró por él y continuó hacia el norte remontando aún un buen kilómetro hasta llegar a un camino corto de tierra que se hundía a la derecha en el bosque. Treinta metros después desembocaron en un gran claro. Cinco quads estaban ya estacionados cerca de la entrada. A la izquierda, Oyun vio dos barracones largos de madera que dominaban el claro desde una pendiente suave. Uno de los edificios era ciego, como un hangar o un establo. El otro, visto desde fuera, parecía un refectorio. Del otro lado, distinguió bajo los árboles cuatro cabañas pequeñas y muy sencillas, construidas tras una yurta montada sobre una base de hormigón.

Por todos lados había huellas profundas que convergían en lo que le pareció el inicio de un circuito todoterreno para quads.

En medio del claro había un grupo de hombres bebiendo cerveza alrededor de una fogata. Se levantaron para saludar a los recién llegados con la camaradería con que unos guerreros victoriosos acogen a su retaguardia. Un tronco de alerce había sido troceado en cuatro pedazos que servían de bancos. Cuando Oyun rodeó el fuego, para satisfacer la curiosidad de todos, y vio a Gantulga, fingió tropezar para camuflar su pánico.

—¡Eh, pequeña, ten cuidado! No vayas a romperte la pata como Corazón de Acero...

—¿Corazón de Acero? ¿Llamáis Corazón de Acero a un culicagado como ése? —replicó Oyun, fusilando con la mirada a Gantulga, que estaba apoyado en sus muletas y tenía las escayolas decoradas con cruces gamadas.

—Eh, suave con nuestra mascota, pequeña. Este chaval ya ha zurrado a chinos. ¡Es uno de los nuestros!

—¡No me digas! —soltó ella, intentando recuperarse de la sorpresa—. Los críos no son lo mío. ¡No cuentes conmigo para cambiarle los pañales! ¡Mejor enséñame tus máquinas!

El tipo llevó a Oyun hacia el barracón ciego, riéndose. Mientras le hablaba de los quads que iba a ver, ella intentó hacerse a la nueva situación. La presencia de Gantulga, medio inválido, alteraba todos sus planes. O mejor, alteraba la situación, porque no había trazado muchos planes mientras buscaba cómo introducirse en el campamento. Aparte de tener suerte y dar con el quad correcto.

—Eh, Corazón de Acero, vamos a hacer una carrera corta con la dama. ¡Prepara una cerveza para el vencedor!

—¡Y una cerveza para la dama, una! —gritó Gantulga, para hacer reír a la banda y que Oyun lo perdonara.

48

Hacía mucho que estaba solo en la noche

—Lo supiste, pero lo has olvidado —dijo de pronto el Nerguii con una voz extraña y serena, apenas perceptible entre las sombras de la noche que descendían de las colinas boscosas hasta el corazón oscuro del claro—. Los sueños son un lenguaje. No son adivinatorios ni premonitorios. No hacen otra cosa que intentar decirte aquello que no te atreves a confesarte. Todo lo que aparece en tu sueño está ya en ti. Está hecho de detalles enterrados, de

intuiciones fugaces, de deducciones reprimidas que él te restituye con una lógica distinta a la de tu pensamiento. Lo supiste y lo has olvidado, pero has comprendido su primer mensaje, espero. Has vuelto a conectarte con tu animal tótem. Has vuelto a ser el águila dorada de alas jaspeadas que estaba entre nosotros. Es ella quien te lleva por encima de la estepa al inicio de tu sueño, y eso es una buena señal. Sobrevuela la estepa, abarca el problema, y eso indica tu voluntad de intentar comprender...

Yeruldelgger estaba sentado delante de ellos, en el centro del claro donde adiestraban sus cuerpos en la resistencia, la fuerza y el sufrimiento. Permanecía en cuclillas, como exigen la tradición y el respeto hacia los monjes, delante de cinco rocas pequeñas en equilibrio sobre las que estaban sentados los novicios, de cara a él. Tenía un recuerdo muy preciso de los ejercicios y de los entrenamientos con los que había aprendido a aguantar sobre aquellas piedras gastadas. El Nerguii estaba sentado a su izquierda, un poco apartado, en la penumbra, a medio camino entre los novicios y él. Guardaba silencio.

—El hombre que está en pie en tu sueño es doble —explicó susurrando el primer novicio—. En nuestras tradiciones, el río simboliza a la mujer y a la madre. El hombre que mira en paz a la pareja de carpas en el agua clara es el padre. Ese río alegre evoca a una mujer feliz, y el hombre, de rodillas cerca de ella, es su amante compañero. La muñeca es la única hija que tienen. Pero el hombre que penetra a esa mujer-río con un brazo tendido y ensangrentado no es el mismo hombre. En esa imagen aparece el símbolo de la violación y el homicidio. Tu sueño no le da un rostro para hacer de él un desconocido que mata. Es desconocido para ti, y tú piensas que es un desconocido para el padre y su familia, o mejor dicho, que les es extranjero. Eso es lo que piensas y lo que tu sueño te empuja a pensar...

—En toda Asia —continuó el segundo novicio—, las carpas representan la leyenda de los dragones. Los dragones de Occidente son criaturas terrestres que escupen fuego, pero los de Oriente son criaturas acuáticas. Es siempre la carpa sagrada la que les da sus escamas para protegerlos, y ésa es la razón de que aparezca en tu sueño. El dragón de las ochenta y una escamas es el dragón coreano. Todo tu sueño intenta llamar la atención sobre ese país. Cuando tu sueño convoca a un viento de tierra que desciende de izquierda a derecha y luego a una lluvia de sangre abrasadora que se abate de derecha a izquierda, te da como pistas los trigramas de la bandera del país de la mañana tranquila: Kun, el cielo, en lo alto a la izquierda, y Kon, la tierra, abajo a la derecha; y en la otra diagonal, Kam, el agua, en lo alto a la derecha, y Yi, el fuego, abajo a la izquierda. Ése es el significado de tu sueño. En Asia, sólo el dragón coreano está representado con un orbe real en su pata, de cuatro garras. Y cuando el orbe cae,

tu sueño lo convierte en una pelota roja y azul como el yin y el yang que aparece en el centro de la bandera coreana. En el fondo, intuyes que un hombre poderoso, porque va vestido con armadura, venido de Corea, ha provocado la muerte de la niña.

—La provocó en el curso de una furiosa estampida —prosiguió la historia la voz del tercer novicio, hundida en la noche, que ya había caído—. Los ciervos que surgen del bosque son todos machos enormes. Una manada entera de grandes machos salvajes que rompen la montaña con sus pezuñas y que, sin embargo, no huyen de los lobos. Al contrario, los siguen. Podemos pensar que los ciervos son todos coreanos y que los lobos les abren el camino para su gran estampida. En nuestros sueños, los lobos representan siempre bandas de individuos unidos, fuertes y salvajes. Temerosos de las poblaciones. Es difícil comprender lo que tu sueño intenta decirte, pero hay un detalle que debe atraer tu atención. Tu sueño transforma a los lobos en cuatro caballos sin cola y no es porque sí. Cuando las hordas de Gengis Kan arrasaban el mundo, los jinetes seguían el estandarte del emperador: una llama blanca orlada de oro y coronada por un tridente dorado adornado con cuatro colas de caballos blancos, que simbolizaban los cuatro puntos cardinales sobre los que se extendía su reino. En tu sueño, los lobos no son coreanos, son mongoles orgullosos de serlo.

—Según tú —continuó la voz del cuarto novicio, que había desaparecido en la noche oscura—, la niña fue arrollada por la estampida viril de una banda de coreanos guiados por mongoles. A partir de la armadura y de los ciervos, se puede pensar que te imaginas a los coreanos ricos y poderosos, y a partir de los lobos, que ves a los mongoles más bien salvajes y nacionalistas. Ésa es la idea que llevas dentro. Asimismo, crees que a los padres de la niña también los mataron, pero curiosamente no en el mismo lugar, ni de la misma manera, ni la misma mano. El oso que los mata sólo sale en tu sueño para matarlos. No parece tener relación ni con los ciervos ni con los lobos y desaparece de inmediato. Sin embargo, para ti él es culpable de otro modo. Es el vínculo con tu propia historia y la muerte de tu hija. A causa de él aparece Kushi, y su piel lo relaciona con el personaje del pastor.

—En los sueños, éste no interpreta a un simple pastor inocente —prosiguió la voz del último novicio—. Es el guía, el jefe, el que dirige. En tu sueño, comanda a los lobos, que abren camino a los coreanos. Es alguien tan cercano a ti como para llevarte del brazo y tan cruel como para desgarrártelo. Es alguien que te ha obligado a ver morir a Kushi. La relación que tu sueño establece entre la niña y Kushi no es casual. En el año 1071, en la batalla de Manzikert, en Armenia, las tropas del sultán vencieron a las del ejército de Bizancio. Cuando recorrió entre muertos el campo de batalla, después de los combates y caída ya la

noche, el sultán percibió el reflejo de la luna y de Venus, la estrella del pastor, en un charco de sangre. Esa imagen es la que le habría inspirado el dibujo de la bandera turca. Tu pastor es un pachá, un hombre de gran poder, y no es ajeno a la muerte de la pequeña ni a la de tu propia hija. Eso es lo que dice tu sueño...

Se hizo un silencio eterno en la noche. Yeruldelgger aguardaba la continuación de las explicaciones. Todo lo que las voces de los novicios habían expresado tenía sentido. Él sabía que todo conducía a él mismo. No había nada nuevo en ello, salvo que ahora las cosas habían sido dichas. Pero ¿y el resto?

—¿El número diecisiete tiene algún significado? —preguntó al fin en la oscuridad—. ¿Por qué intento llamar mi atención con ese número? ¿Y por qué todo se rompe bajo las pezuñas de los ciervos? ¿Por qué la tierra abre sus entrañas al principio de mi sueño? ¿Y por qué el hombre y yo nos hundimos en ellas?

La noche era tan cerrada que Yeruldelgger ya no distinguía el cielo negro de las sombras profundas de los árboles. Ninguna estrella, ningún reflejo de luna. De pronto tuvo la sensación de flotar en un abismo de tinieblas. Más allá del claro, un bosque inmenso se extendía hasta las montañas y los lagos, hasta las estepas y, más allá aún, hasta otros países y otros océanos tenebrosos, por el mundo entero, en medio de un universo vacío y sideral. Le pareció que sólo él seguía vivo en aquella nada gigantesca. Sin embargo, estaba dispuesto a permanecer solo en un universo extinto si ése era el precio a pagar por las respuestas que aguardaba. Pero no resonó ninguna voz en la noche. Ningún murmullo. Ninguna palabra. Y de repente, el frío y la fatiga le atenazaron la espalda.

—¿Nerguii?

Yeruldelgger no recibió respuesta. Hacía mucho que estaba solo en la noche.

49

...se terminaban a morro las botellas esparcidas

—¿Qué haces tú aquí? —dijo Oyun, irritada.

—¿Y tú, compañera? ¡Tú tampoco me dijiste que ibas a venir!

—¡Yo estoy haciendo mi trabajo! ¡Como lo echas todo a pique, acabaremos mal los dos!

Oyun regresaba después de dos horas de todoterreno a través de las tierras del campamento. Otros cuatro tipos se habían unido a ella y al que se las daba de jefe. Ella había tenido buen cuidado de no distanciarse de ellos. Se esforzó en

quedar sólo en segunda posición, quienquiera que fuese el primero, para despertar su admiración sin humillarlos. A su regreso, había silbado a Gantulga como se silba a un sirviente para que vaya a ayudar.

—Si quieres saber dónde están los quads coreanos, mira dentro del hangar —murmuró el chaval con aire cómplice para hacerse perdonar.

—¡No me digas, qué sorpresa! —se burló Oyun—. ¿De dónde crees que ha salido el quad coreano que he conducido durante dos horas?

—No es eso lo que quiero decir, me refiero a que hacen el viaje de ida y vuelta a Ulán Bator en quads americanos, y los coreanos los dejan siempre aquí, en el hangar.

—¡Uau! —se burló de nuevo Oyun—. ¿Y qué deduces de eso?

—Bueno, no sé... ¿A ti no te parece extraño?

—¿Por qué? Alardean con esos americanos grandotes y recorren los terrenos abruptos con los coreanos, pequeños y potentes, eso tiene lógica, ¿no?

Oyun echó una mirada discreta a su alrededor. Dos o tres tipos la observaban disimuladamente. Tiró un paño a Gantulga, pidiéndole que por lo menos hiciera como que limpiaba su máquina.

—De hecho, lo que me gustaría saber para comenzar es de dónde vienen esos quads coreanos.

—¡Sólo tenías que decirlo! Los trae Adolf. Por eso hoy no está. Ha ido al Hentiy a buscar los nuevos.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Eh, escucha, yo soy Corazón de Acero, su mascota. ¡Y uno se lo cuenta todo a su mascota!

—¿Y qué más sabes?

—No mucho. Hay otro grupo que llegará por la tarde, y por la noche quizá venga el gran jefe.

—¿Adolf?

—No. Ya te he dicho que Adolf está en el Hentiy. El gran jefe es más importante que Adolf...

Oyun iba a responder cuando uno de los motoristas apareció detrás de ellos con dos latas de cerveza en la mano.

—Eh, Corazón de Acero, sólo hay una mujer en todo el campamento y, como comprenderás, ¡no te la vamos a dejar a ti, amiguito! ¿Una cervecita, guapa?

Al ver que estaba mellada, Oyun se dijo que el tipo debía de abrirlas con los dientes. Si todos empezaban a beber, había el riesgo de que enseguida se pusieran pesados. Por otra parte, no veía cómo iba a impedir a una panda de motoristas de fin de semana que se emborracharan. Pero, como le había oído

decir a Yeruldelgger, el único modo de manejarse en un río demasiado rápido es remar más rápido que la corriente. Así que...

—¿No tienes algo más fuerte, Bambi?

—¡Por supuesto que sí, mi reina, para el fiestón de esta noche!

—Entonces, ¿qué? ¿Te lo guardas en el bolsillo y esperas hasta la noche?

Durante toda la jornada, Oyun había intentado mantener las distancias con aquella banda cada vez más alcoholizada. Era una mujer sola en medio de una veintena de motoristas fachas con el cociente intelectual de un molusco. No debía subestimar nada. Ni la violencia brutal que intuía en cada uno de ellos, ni el efecto de grupo que de golpe podía desatar una histeria colectiva, ni su machismo primario, ni quizá el espíritu retorcido y perverso de depredador solitario de cualquiera de ellos. En cuanto pudo, los animó a beber más y más deprisa para que cayeran completamente inconscientes antes de que llegara el resto. Lo último que quería era que ellos controlaran su borrachera.

Gantulga comprendió enseguida cuáles eran sus intenciones y se puso a jugar a hacerse el cantinero. Había echado mano de las botellas de vodka malo e iba de un tipo a otro sirviéndoles tragos bien largos, incluso directamente en sus bocazas abiertas. Se aprovechaba de su condición de mascota, de su carita de ángel astuto y de sus muletas para desafiarlos a beber cada vez más, y funcionaba.

Por su parte, Oyun aprovechaba cada reto en quad para adentrarse en la pista y alejarse del grupo. Cada vez que volvía, Gantulga se le acercaba para hacer ver que la ayudaba, y Oyun fingía beber a morro un trago largo de vodka. Gantulga estaba a sus anchas con toda aquella comedia, y Oyun sintió de nuevo un gran cariño por aquel chico.

—¿Por qué has venido, Oyun? —preguntó él, preocupado—. Yo podría haberte dado todas las informaciones que buscas, ¡y lo sabes!

—¿Ah, sí? —respondió ella, con un tono un poco frío para no arriesgarse a desvelar ante los otros la relación que los unía—. ¿Y cómo podría haber sabido yo que tú ibas a estar aquí, cabeza de chorlito?

—Bien, de acuerdo, tendría que haberte avisado, pero ahora que estamos aquí los dos, puedo ayudarte, ¿no? ¿Qué buscas exactamente?

—Un quad coreano, pero no uno cualquiera. Un modelo de 2007. El famoso ZHST250-KS, ¿lo recuerdas? —dijo ella, mostrándole con discreción la foto del vehículo en su iPhone.

—Están casi todos fuera, y no he visto nada que se parezca a tu ZHS como se llame. Pero hay algunos en el taller, creo...

—Pues éstos son los que quiero ver.

—No hay problema, pero tendremos que esperar un poco. Iremos esta

noche, cuando estén todos como cubas. Con lo que les estoy sirviendo, no deberían tardar.

Gantulga mostraba un aplomo increíble. Oyun se preguntó si de verdad era consciente del riesgo que corrían. Ella sentía que con aquella panda de borrachos la situación podía degenerar de manera dramática en cualquier momento, y los acontecimientos iban a darle la razón.

Sin embargo, tuvo un instante de gracia, durante el crepúsculo, cuando una sombra malva se derramó sobre la región de Sanzai. Las colinas erosionadas ondulaban suavemente bajo el anochecer, cubiertas de pinos y salpicadas de alerces azules, y moteadas de praderas plateadas, vastas e inmóviles. Encima del campamento, el cielo se inflamó de rosa y púrpura, recorrido en trazos oblicuos por nubecillas violetas. La hoguera de leña iluminaba el centro del claro y cada uno escuchaba caer la tarde bajo el crepitar de las llamas y los silbidos de las brasas.

La banda se había reagrupado, un poco aturdida por el alcohol y las carreras de quads a través del bosque, además de embriagada por la inmensidad de aquellas extensiones magníficas y por la emoción de saber que más allá del horizonte seguía extendiéndose el país, orgulloso y bello, hasta los confines de otros mundos. La mayoría de los hombres estaban tirados por el suelo. Un par se había sentado en unos troncos. Luego, un motorista se puso a cantar, y no una canción guerrera ni un canto de bebedores. Aquel hombre con fisonomía de bruto se enderezó, sentado delante del fuego con las piernas cruzadas, y entonó con los ojos cerrados un canto difónico tradicional. Su sonido mágico llegó al corazón de todos en el crepúsculo. Dos melodías en la misma voz, una en el pecho, ronca y baja, y la otra en la cabeza, sinuosa, ondulada, cambiante, como el galope de los caballos libres sobre la hierba agitada por el viento.

Oyun se dejó llevar por la belleza del canto. Gantulga se había acurrucado junto a ella, los otros estaban callados, nadie bebía, todos escuchaban con emoción aquel conjuro a la hermosura del mundo...

Luego alguien gritó que llegaban los demás y el encanto se interrumpió de inmediato con un tumulto de vivas y de botellas entrechocadas. Unos instantes más tarde, un grupito de motoristas aparecía en el claro. Eran cinco hombres, montados sobre tres máquinas, que fueron acogidos como hermanos de armas y que no tardaron en preguntar acerca de la presencia de la joven. El que hasta entonces había asumido el papel de líder se la presentó al que guiaba a los recién llegados. El nuevo tomó de inmediato el mando del grupo y Oyun se preguntó si sería el famoso jefe que esperaban.

Éste evidenció enseguida su hostilidad hacia ella. Aquel campamento era un refugio de tíos, no un salón de té para hembras. Le explicaron que Oyun se

había revelado como una piloto fuera de serie y que había hecho sudar la gota gorda a la mayor parte de los muchachos. Respondió que quienes perdían su tiempo y sus fuerzas midiéndose con una mujer no eran más que una panda de maricas chinos. Luego el nuevo jefe ignoró a Oyun y atrajo virilmente a sus brazos a Gantulga, la nueva mascota de la pandilla.

Detrás de él, dos de los nuevos no quitaban ojo a la joven, que comprendió que la situación acababa de volvérselo desventajosa. Todos los esfuerzos que había realizado durante la jornada por integrarse en el grupo de repente habían sido barridos por la llegada de los nuevos motoristas. Como ya había caído la noche, no podía hacer demostración de su talento de piloto para engatusarlos. De golpe, era de nuevo una simple mujer en medio de una banda de motoristas machos y ebrios. Oyun decidió adoptar un perfil bajo y hacerse olvidar, dejando que los hombres hablaran entre ellos sin hacerles preguntas ni interrumpirlos.

Su estrategia terminó por dar fruto. En torno al fuego y con la ayuda del alcohol y la oscuridad, las lenguas se desataron. Oyun se enteró muy pronto de que Adolf, el patrón del Nido del Águila y presunto jefe de aquel grupito de neonazis, había partido en su viaje anual al Hentiy y regresaría muy pronto con algunos quads nuevos. Alguien habló también de un tal campamento del Oso, adonde había acompañado a Adolf en una ocasión, y de unas chicas atemorizadas a las que se había tirado allí junto con los coreanos. Otro lo confirmó y muchos bromearon sobre la suerte que tenía Adolf de regresar a ese lugar cada año.

Oyun grababa todo aquello en su memoria. Los nombres y las fechas. Permanecía sentada, con las piernas encogidas y la cabeza apoyada en las rodillas, como si estuviera borracha o fatigada, pero concentrada en la información que estaba recabando. Ésta completaba buena parte del rompecabezas que la obsesionaba desde la desaparición de Yeruldelgger. Comenzaba a establecerse una relación material auténtica entre aquella banda de fascistas y la muerte de la niña. Una relación que pasaba por el Hentiy, por Adolf, por los quads coreanos y por ese campamento del Oso del que aún no sabía gran cosa.

Oyun se incorporó y fingió dar un trago largo de la botella de vodka. El fuego abofeteaba el cielo oscuro con sus llamas vigorosas y amarillas. Cuando un tronco se desplomaba en la hoguera, saltaban ramilletes de cometas incandescentes formando volutas que se elevaban para unirse a las estrellas. El fuego hacía bailar alrededor del claro las desmesuradas sombras de los hombres inmóviles.

Al limpiarse los labios con el dorso de la mano, exagerando su gesto de borracha, Oyun vio a uno de los motoristas que se había quedado mirándola

cuando llegaron. Todavía la observaba. Levantó la botella hacia él, como para brindar en la distancia, luego dejó caer otra vez la cabeza contra las rodillas, como si estuviera bien cocida. De nuevo se esforzó por escuchar a los otros. Reconoció la voz de Gantulga, que continuaba, imperturbable y alegre, con su misión de emborrachar a los hombres lo más rápido posible. Luego escuchó a alguien hablar de la llegada del jefe, más tarde durante la noche, y por primera vez el miedo desató en ella la adrenalina. No pudo resistir la necesidad de verificar el estado de la banda para evaluar la situación, pero cuando levantó la cabeza sus ojos se toparon con los del tipo, que seguía observándola. Trató de corresponderle aletargando su mirada, después hizo como si ni siquiera pudiera levantar en alto la botella. Pero la actitud del hombre no dejaba lugar a dudas: no quería brindar con ella.

Oyun volvió a apoyar la cabeza en las rodillas. Por primera vez, se concentró más en lo que podía ocurrir que en lo que se estaba diciendo. Redibujó en su mente la geografía del lugar y esbozó planes de fuga, por si la situación tomaba un mal camino. Había previsto que algún pesado con la mano demasiado suelta pudiera toquetearla y había ido sin arma para no llamar la atención. En caso de urgencia, ¿tendría que hacerse con una! Pero cualquiera que fuera la retirada que imaginaba, seguía estando sola frente a una veintena de hombres. Aparte de la hipotética posibilidad de llegar hasta un quad, arrancarlo antes de que la atraparan y escapar en la noche, no veía otra salida muy optimista para ella si la situación con aquella banda de motoristas empeoraba.

De pronto, se dio cuenta de que algo había cambiado alrededor del fuego. Se concentró de nuevo en la conversación y sintió que se le paraba el corazón cuando comprendió que estaban hablando de ella. No levantó la cabeza de inmediato, intentando comprender antes de actuar.

—¡Vaya, Galsan está que revienta, muchachos!

—¡Con el rato que lleva mirándola así, debe de haberse aliviado en los pantalones!

—Eh, Galsan, ¿quieres que te enciendan el cirio?

Oyun se incorporó. Todos los hombres se habían enderezado y el que había estado mirándola desde su llegada se dirigía hacia ella. Se dijo que si la tocaba, si hacía el menor gesto fuera de lugar, lo rociaría de vodka, se dejaría caer de espaldas y lo proyectaría sobre el fuego con los pies para que fuera a quemarse al infierno. Transformado en antorcha humana, seguramente provocaría algunos segundos de pánico que ella podría aprovechar para huir.

Lo vio venir bajo las alusiones mordaces y burlonas de toda la banda. Comprendió una décima de segundo demasiado tarde que él no buscaba su cuerpo. Sin dudar y sin decir una palabra, el tipo le dirigió una mirada de odio y

le asestó un puñetazo que le reventó el pómulo y la envió rodando fuera del círculo de luz.

—¡Es poli! —gritó—. ¡Esta zorra es poli! ¡Estaba en el túnel de las cloacas cuando le quisimos dar lo suyo a la hija del otro madero!

Oyun intentó enderezarse para defenderse, pero la sangre que manchaba sus ojos le impedía calibrar la situación. El hombre se encarnizó con ella a patadas y Oyun rodó sobre sí misma para evitar que le alcanzara en la cabeza o el vientre. La banda se había levantado como un solo hombre y varios motoristas intentaban contener al agresor. De momento, había conseguido evitar lo peor. Se encogió en posición de protección hasta que cesaron los golpes, luego se incorporó. Pero permaneció sentada en la tierra.

—¡Vuestro amigo está chalado! —se lamentó, limpiándose la sangre y las lágrimas del rostro con la palma de la mano; mejor hacerse la chica borracha que no entiende nada, que la víctima inocente que se rebela.

—¿Eres poli o no? —preguntó el que había adoptado el papel de jefe.

—¿Acaso tengo cara de poli? —lo provocó ella.

—¿Qué cara tienen los polis?

—¡Y yo qué sé! Pregúntale a ese desquiciado, tiene pinta de saberlo. ¡Tal vez sea él quien se codea demasiado con la pasma!

—¿Por qué ha dicho que te vio en el túnel? ¿Estabas allí?

—¿Estáis todos pirados o qué? ¿Qué se me puede haber perdido a mí en las cloacas? Apestan y sólo hay miseria. Además, ¿a qué va él allí, a pincharse o a hacerse pajas?

Por un instante, Oyun creyó haber dado la vuelta a la situación. Vio varias caras sonrientes que se burlaban del que la había golpeado. Incluso el jefe, después de dudar, esbozaba una sonrisa. Pero otra voz puso fin a sus esperanzas.

—Galsan tiene razón, es poli. Yo también la vi cuando el Tatuado le pegó fuego al piso franco y a su apartamento. Ella investigaba junto al otro madero, el padre de la chica de Adolf.

—¡No sabes lo que estás diciendo! —lo cortó Gantulga—. Yo también estaba allí la noche de los incendios. Vivo allí ¡y nunca la había visto!

—¿Estás de coña o qué? Te conozco, te he visto con la panda de los chavales del barrio. Acuérdate, esa noche estabas pidiendo limosna. Intentaste sacarle una moneda. ¡Y aunque le tiraste de la manga varias veces, ella te mandó a paseo!

—¡No es ella, la reconocería!

—Te digo que es ella. Estoy seguro, es poli, muchachos, ¡podéis creerme!

—¡Puta poli! —gritó una voz en la noche.

Oyun intentó levantarse para huir, pero una bota la golpeó en el mentón.

Cayó de espaldas y se dio con la nuca en el suelo. Medio mareada, con la boca llena de sangre, sintió que la agarraban por los pies y la arrastraban a la luz del fuego. Intentó revolverse, pero una patada en el hígado la paralizó. Antes de que pudiera sobreponerse al dolor, varias manos habían cogido las suyas para apartarlas mientras otros le arrancaban la chaqueta y la ropa. Sintió sus pechos al aire, fuera de la tela desgarrada. Alguien le apretaba uno con todas sus fuerzas mientras una boca que apestaba a alcohol le mordía el otro hasta hacerle sangre. Oyun gritó y se retorció para liberarse, pero un hombre se arrodilló sobre sus brazos y la inmovilizó mientras otro, sentado en su pecho, se la desenfundaba e intentaba metérsela en la boca. Otro le separaba los maxilares con las manos para forzarla a mantenerla abierta. Ella consiguió liberar una de sus piernas y golpeó con un fuerte rodillazo en la espalda al hombre que estaba a horcajadas sobre su pecho. Éste se derrumbó sobre ella y su miembro se hundió en su garganta. Oyun se atragantó y vomitó todo el vodka en la barriga del violador y en su propia cara ensangrentada. En cuanto el tipo recuperó el equilibrio, manchado de sangre y vómito, se enderezó y la aturdió con dos puñetazos. Medio inconsciente, sintió entonces unas manos que desgarraban sus vaqueros y sus bragas, y la cólera, más que el miedo, se apoderó de ella. Los que la sujetaban, asqueados por el vómito, habían aflojado un poco la presión. Ella liberó los brazos y con un movimiento violento del torso se enderezó y golpeó con la cabeza la nariz del que estaba encima de él, que cayó a un lado, completamente abatido, soltando un chorro de sangre caliente que se derramó sobre Oyun. Pero otras manos ya la retenían contra el suelo y entonces vio delante de sí sus propias piernas desnudas, separadas en el aire por otros tipos, y su sexo abierto al del jefe de la banda.

Gantulga estaba paralizado. Todo había degenerado muy rápido. Todo se había hundido en el horror en unos minutos y no había podido hacer nada. En lo que dura un segundo, el tiempo en que sus miradas se cruzaron mientras la violaban, Oyun le hizo comprender que no debía delatarse de ninguna manera. Tenía que quedarse fuera de todo aquello. Quieto. Gantulga deseó arrojarse contra ellos, golpearlos con las muletas, rociarlos de vodka y prenderles fuego, pero sabía que eso no serviría de nada. La mirada de Oyun le decía que debía protegerse y él intentó convencerse de que tenía razón, algo ocurriría que le permitiera salvarla.

La banda se encarnizaba ahora con la joven y los motoristas se disponían a violarla por turnos, mientras otros le meaban encima y mordían sus pechos y sus nalgas a dentelladas.

—¡Putá poli! —escupió el jefe, abrochándose—. ¡Si cree que va a librarse desmayándose... le voy a meter algo que la va a despertar!

Se dirigió al fuego y agarró una rama que prendió hasta la mitad. Por un lado, la madera, todavía verde, humeaba y exudaba una espuma blanca. Por el otro, era un tizón incandescente que brillaba rojo en la noche. El hombre se puso un guante de motorista, agarró la antorcha, se la mostró a los demás con orgullo y se acercó de nuevo al cuerpo inanimado de Oyun. Adivinando el horror que se avecinaba, los otros enmudecieron de inmediato, fascinados por la humillación a la que iban a asistir. El jefe sujetaba la antorcha en alto y se preparaba para hundirla entre los muslos separados de la mujer.

—¡Esto, puta poli, es el falo ardiente de la nueva nación mongola!

El tipo estaba soplando las brasas para reavivarlas cuando Oyun despertó de su desmayo gimiendo. Todos los hombres miraban la antorcha, hipnotizados por la brasa, que resplandecía en la noche, pero la perversión de su jefe aún no había terminado. Había ido demasiado lejos. Y ellos esperaban ahora a que se atreviera a ejecutar aquello que había sugerido que era capaz de hacer. Sin embargo, tenía la falta de coraje de los cobardes. De hecho, estaba a la espera de algo que lo reafirmara en su derecho a atreverse a hacer aquel gesto último, o que por el contrario le permitiera soltar la antorcha sin perder la credibilidad. Pero ninguno de sus hombres intentó retenerlo y Oyun, que había recuperado la conciencia, le ofreció lo que esperaba, al murmurar en un ronquido apenas audible con sus labios tumefactos:

—Banda de putas...

—¡Encima eso, pues tú lo has querido! —soltó el hombre, encantado con el pretexto.

Gantulga golpeó con la muleta la antorcha humeante, que se escapó de la mano del bestia. La brasa giró en el aire y cayó sobre la espalda de otro motorista, que lanzó un grito en la noche.

—¡Qué te pasa! —dijo el jefe, extrañado.

—¿Tú te das cuenta de lo que vas a hacer? ¡Es poli, coño!

—¡Ya sé que es poli! ¿Por qué crees que le estamos dando una paliza, chaval?

—Piensa un poco: si ella es poli, ¿no te interesa saber por qué está aquí? ¿Qué ha venido a hacer? ¿Qué busca? ¿Qué tiene contra vosotros, eh? Dime.

—¡Y yo qué sé! —respondió el otro, de repente más inseguro.

—No sabes nada aún y vas a matarla sin intentar averiguarlo, ¿sólo por el placer de meterle esa cosa encendida? Te voy a decir algo: si yo fuera el gran jefe, me gustaría saber con todo detalle por qué esta tía se ha infiltrado en mi banda, ¡eso es lo que me gustaría saber! Y más aún, si se merece que la jodan con un tizón, ¡no permitiría que cualquier otro lo hiciera en mi lugar! ¡Eso es lo que yo haría si fuera el jefe!

—¡Es cierto! —dijo una voz en la oscuridad.

—Sí, es verdad, estoy bastante de acuerdo con él. No sé si al big boss le gustará esto... —dijo otro.

El tipo miró fijamente a los ojos a Gantulga, como si intentara descubrir en él una sombra de traición o un exceso de arrogancia. Alrededor, el grupo iba alineándose con los argumentos del chico, tomando conciencia de pronto de lo que habían hecho y de lo que se disponían a hacer. El jefe permaneció un buen rato callado. Fue Gantulga quien decidió romper el silencio.

—Oye, tío, para esto está la mascota: ¡para evitar tonterías!

—Coño, este chico tiene razón. No vamos a matar a la poli sin hacerle confesar qué la ha traído hasta nosotros. El boss decidirá qué hacer con ella después.

—Estoy contigo —reconoció Gantulga—, pero en el estado en que la has dejado, no va a poder decir gran cosa ahora. Yo en tu lugar la dejaría en remojo para el gran jefe. Seguramente querrá interrogarla él mismo, ¿no crees?

—Ajá, tienes razón. ¿Qué hacemos entonces?

—Encerrarla en algún lugar hasta que él llegue.

El jefe ordenó a dos tipos que se llevaran a Oyun, a la espera del momento de entregarla. La arrojaron al suelo del barracón y la ataron con las manos a la espalda a uno de los postes que sostenían el cobertizo.

Gantulga tiró discretamente de una de las mangas del jefe y le hizo una seña para que dejara que los otros dos se adelantaran y fueran alejándose.

—¿Qué pasa ahora? —dijo el tipo, inquieto.

—Oye —empezó el chico, con un aire de duda y vergüenza—, me da cosa pedirte, pero... En fin, ya ves... Es que casi todos lo habéis hecho, todos menos yo...

—¿Por qué no aprovechaste? Nadie te lo impedía, chaval, ¡sólo tenías que hacer como nosotros si te apetecía!

—Bueno, justamente es eso, ¿sabes? Eso es lo que me incomodaba, ¿me entiendes?

—No, no lo pilló: ¿dónde está el problema?

—Escucha, es embarazoso. Prométeme no tomarme el pelo y no decir nada a los otros, ¿de acuerdo?

—Está bien, está bien, lo prometo. ¡Vamos, suéltalo!

—Vale... A ver si me entiendes, yo soy un chaval, no quería hacer el ridículo con mi cacharrito, ¿lo pillas? Todos vosotros la tenéis enorme, de motorista, y yo... en fin, ¡no sé si me explico! Y además menuda pinta de idiota hubiera tenido con las escayolas, ¿lo entiendes ahora? Eso es lo que me incomodaba, por eso no lo he hecho. Pero, claro, imagínate, ¡con todo esto me

han entrado unas ganas que no veas!

—Lo entiendo, chaval, pero ¿qué quieres que haga?

—Pues me preguntaba si ahora que está ahí dentro, en pelotas y atada, yo podría... En fin, ya sabes.

—¿Te la quieres tirar? ¿Ahí? ¿Ahora? ¿Ahí dentro? Pues claro, chico, ¡no hay problema! Tíratela tantas veces como quieras, te lo has ganado, enséñale que tú también eres un guerrero, ¡un verdadero mongol!

—¡Bua, gracias! ¡Muchas gracias, tío! Pero enróllate y no digas nada a los demás, ¿de acuerdo? A mi edad ya resulta difícil contenerse, así que si vienen a cachondearse de mí, ¡no lo conseguiré!

—¡Soy una tumba! —exclamó el tipo, con aire cómplice.

—Y deja que me tome mi tiempo, ¿de acuerdo? Con la pata y el brazo escayolados, no va a resultar fácil ir deprisa. Además, tengo ganas de aprovecharlo al máximo: ¡una poli! ¡Eso no pasa todos los días!

—Aprovecha tanto como puedas, nadie vendrá a molestarte hasta que salgas a gatas. Tienes mi palabra.

—¡Gracias, tío! —dijo, dándole un buen golpe de muleta en el hombro.

Gantulga dio media vuelta saltando sobre una pierna y empujó la puerta del cobertizo.

—¡Eh, picha de acero! —susurró el tipo a su espalda—. ¡Si te la ves muy pequeña, ayúdate con la muleta!

Y riéndose fue a unirse a los hombres que se habían reagrupado alrededor del fuego. La violación y todo el alcohol que Gantulga les había servido habían hecho mella en ellos. Muchos se había ovillado cerca de las brasas y dormían con el rostro al calor del fuego y la espalda contra el frío de la noche. Otros cabeceaban, sentados en un equilibrio inestable, mientras se terminaban a morro las botellas esparcidas.

50

...que le impedía aplastar el cuerpo de Oyun al pasar

Gantulga lloraba de pie en la penumbra del cobertizo atiborrado de herramientas, mesas de trabajo y quads viejos desmontados. Había todo un bazar suspendido de las vigas, y en la pared de madera una bici también vieja colgaba de dos ganchos de hierro. En medio, encogido sobre la tierra, estaba el cuerpo martirizado de Oyun. Su rostro tenía las marcas de los golpes. La carne de su pómulo reventado se había hinchado alrededor de las heridas y uno de sus dientes rotos le había lacerado y deformado el labio. Estaba tumefacta y tenía la

piel en carne viva por todas partes, desde el vientre y las rodillas hasta el interior de los muslos. Sus pechos y sus nalgas estaban desgarrados por mordiscos que iban del malva al amarillo. Uno de aquellos cerdos casi le había arrancado un pezón. Allí donde había sido retenida a la fuerza, en cada brazo, en las piernas, en las muñecas, en los tobillos, en los hombros, en la cadera, se habían formado unos hematomas enormes que viraban al marrón violáceo. Sus cabellos tenían sangre pegada por culpa de las patadas y sus dedos estaban azulones por haber sido machacados con los talones de las botas.

Gantulga estaba paralizado. No podía hablar ni hacer el menor movimiento. Sólo lloraba, imaginando que la tenía muerta allí delante.

—Dime, guapo —farfulló Oyun sin conseguir mirarlo—, ¿es mi cuerpo de ensueño lo que te tiene en ese estado?

Él sabía que se hacía la fuerte para protegerlo. Se esforzaba en bromear para no dejarlo pensar en su sufrimiento.

—¿Estás bien? —preguntó él, tontamente, sin atreverse a acercarse.

—¿Qué haces aquí, compañero?

—Escucha, no te enfades conmigo, Oyun, pero les he dicho que yo también quería mi parte...

—¿Tu parte de qué?

—Bueno... mi parte de ti... quiero decir... les he hecho creer que quería... ya sabes, ¡que yo también quería violarte un poco!

Ella intentó sonreír, pero sus labios hinchados deformaron su rostro con un gesto doloroso.

—¿No estás siendo algo pretencioso en lo que se refiere a ese asunto, compañero?

—Bueno, sí, pero ha sido a propósito. Les he dicho que en realidad nunca lo he hecho. Que soy demasiado tímido y vergonzoso para hacerlo delante de todo el mundo. Por eso me han dejado a solas contigo y nadie nos vigila...

—Bien hecho, chaval. Entonces, tenemos que darnos prisa en salir de aquí.

—Espera, no tenemos tanta prisa, hay tiempo para pensar un poco.

—¿Tú crees? No van a tardar mucho en venir a verificar tu hazaña, hazme caso.

—Pues te equivocas. Les he dicho que, por mi edad, mis partes son bastante pequeñas y que la cosa podía llevar su tiempo. ¡Eso sin tener en cuenta las muletas y las escayolas! Así que me han dicho que lo comprendían y que podía tomarme todo el tiempo que quisiera, la noche entera si hacía falta.

—¡Sin duda, eres un lince, compañero! Pero eso no te da derecho a mirar tanto. Desátame y tráeme algo para evitar que mi cuerpo de ensueño termine por excitar tu cosita.

—¡Eh, he dicho «pequeñas» sólo para ganar tiempo, eso es todo! Porque...

—De acuerdo, de acuerdo, ya hablaremos de eso más tarde. Tráeme ropa, o cualquier cosa para taparme, y desátame.

Gantulga la soltó con los ojos llenos de lágrimas por ver sus brazos hinchados de hematomas. Oyun prefirió levantarse sola y rechazó su ayuda; por pudor, lo envió a registrar el cobertizo en busca de ropa. Tenía todo el cuerpo magullado, los músculos se le agarrotaban de dolor y al dar los primeros pasos sintió como si se le desgarrara el vientre.

—Ten, he encontrado esto —dijo Gantulga, que sujetaba un mono de faena militar, viejo y lleno de manchones de grasa—. Han debido de usarlo para hacer trabajos de mecánica.

—Esto sirve —dijo ella, apoyándose en un banco de trabajo—. Me lo pondré cuando llegue el momento. Si vienen, tienen que encontrarme desnuda, si no...

—¡Si vienen, los mato! —juró Gantulga.

—Yo también, tenlo por seguro, pero para ello nos conviene encontrar alguna cosa que pueda servir de arma.

El chico registró el cobertizo de nuevo y apartó algunos destornilladores y un bidón de gasolina. Luego, al levantar una lona, descubrió un quad viejo y polvoriento medio desmontado.

—Eh, compañera, ¿no es éste tu quad?

—¿Mi quad?

Oyun se agarró a todo lo que pudo para mantenerse de pie e ir a ver la máquina. Lo que descubrió bajo la lona le devolvió parte de la fuerza y el coraje. Aquél era el modelo que buscaba. Estaba ya bastante desmontado y dedujo que se servían de él para obtener piezas de recambio. Aunque el faro delantero izquierdo, visto su estado, no podría reemplazar nada. El cristal estaba roto y el casco hundido. Oyun estiró penosamente la mano hacia él, pero sus piernas la traicionaron y cayó de rodillas contra el viejo quad. Gantulga iba a precipitarse para levantarla cuando oyó que alguien se acercaba y aporreaba la puerta.

—Eh, picha de acero, ¿puedes tú solo o quieres que te ayude a terminar?

—No dejes que me hagan más daño, compañero, por favor —suplicó la joven.

—Cuenta conmigo, y perdóname.

—Perdonarte, ¿por qué?

—Por esto —dijo Gantulga, agarrándola por el pelo.

—Pero ¿qué haces? —gimió ella al descubrir que el chaval se había bajado los pantalones hasta los tobillos.

Cuando el motorista empujó la puerta de una patada, vio a Gantulga de

espaldas, con el culo al aire y pegado al trasero de la joven mientras tiraba hacia atrás de su pelo con la mano para obligarla a arquear la espalda.

—¡Eh, lárgate! ¡Me prometiste que nadie vendría a molestarme, así que lárgate! —gritó el chaval, fingiendo enfado.

—¿Qué hacéis contra ese quad? ¿La has desatado?

—¿Es que te crees que había manera de hacerlo estando ella atada a ese poste y yo con mis muletas y la escayola? Hago lo que puedo, ¡así que déjame en paz y lárgate!

—¡Vale, vale! —dijo el tipo, excusándose—. Sólo venía a decirte que todo el mundo está dormida y que yo no voy a tardar en caer. Cuando hayas terminado, no olvides volver a atarla bien. Llámame si necesitas ayuda, ¡o déjala sin sentido si te da problemas!

El tipo cerró de golpe la puerta del barracón y Gantulga permaneció inmóvil en la misma posición obscena hasta que se convenció de que se había ido a dormir la mona.

—Oye, ¿no te parece que te estás aprovechando un poco? —murmuró Oyun a cuatro patas, con las nalgas contra el vientre del chico y la espalda arqueada.

Gantulga saltó de inmediato hacia atrás con el pantalón bajado.

—¡Eh, perdóname, perdóname! —se disculpó atropelladamente—. Yo no quería... en fin, quería lo contrario... en fin, entiéndeme...

—¡Qué cabroncete, menudo obseso estás hecho! —dijo ella, levantándose con dificultad.

—¡No, no, Oyun, te lo juro! Era sólo para... Además, yo ni siquiera te he...

—¡Estoy bromeando! —exclamó ella para tranquilizarlo—. Eres increíble. Has estado impecable. Como cada vez desde que nos conocimos, por cierto. Te debo otra. ¡Gracias, compañero!

Una emoción repentina y violenta ahogó esas últimas palabras en la garganta de Oyun. Era una locura lo que empezaba a sentir por aquel chaval. Ternura mezclada con admiración y un deseo de protegerlo y sentirlo a su lado al mismo tiempo. ¡Lo entendía todo tan rápido...! ¡Tanto a las personas como las situaciones!

—¿Era esto lo que buscabas? —dijo él, tras arrancar con los dedos algunos fragmentos de cristal encajados en la junta del faro roto—. Supongo que Solongo podrá confirmar si pertenecen al mismo faro que el fragmento encontrado en la bici de la niña, ¿no?

—Supones bien, compañero, pero ahora que sabemos que nadie va a venir, ¡podrías pasarme la ropa en lugar de ponerte a hacer mi trabajo!

Gantulga le tendió el mono de faena y la ayudó a ponérselo. Ella se apoyaba sin vergüenza y sin pudor contra él cada vez que un movimiento

provocaba descargas repentinas en su cuerpo. Después de encontrar la posición de pie que le resultaba menos dolorosa, propuso a Gantulga pensar en un plan de fuga. De momento, todos parecían dormir, tirados por ahí, desmayados por el vodka. Pero ella no olvidaba que esperaban la visita de un jefe que podía llegar en cualquier momento. Urgía huir rápidamente y cuanto antes.

Oyun recorrió el cobertizo ayudada por Gantulga. Reunió cuerdas, un soplete, una caja de cerillas del Nido del Águila, una caja enorme de clavos de tres puntas, un bidón de gasolina, un cúter para moquetas... Acordaron un plan completamente desesperado, y el chaval se deslizó enseguida fuera del barracón con las cuerdas y los clavos. Cuando regresó, Oyun había revisado de nuevo el viejo quad. Había encontrado la matrícula de la máquina y la había forzado con un destornillador grueso, luego se la había metido en el bolsillo del pecho de su mono de faena. Ella habría querido intentar recuperar su teléfono, que debía de estar cerca del fuego, entre su ropa desgarrada, pero decidieron que era demasiado peligroso. Gantulga descolgó la bici y la empujó fuera en silencio, luego regresó a buscar el bidón de gasolina y desapareció en la noche. Por suerte, en ese momento unas nubes negras y densas ocultaban la luna.

Oyun salió y caminó hasta el quad que estaba más cerca de la entrada del campamento. Detrás de ella, Gantulga zigzagueaba entre las otras máquinas, vaciando tras él el bidón de gasolina.

—¿Qué haces ahí, chaval?

El chico se dio la vuelta. El tipo que lo había dejado solo con Oyun estaba de pie detrás de él, con los brazos en jarras. No podía ver su rostro en la oscuridad, pero Gantulga adivinó la sospecha y la amenaza en su postura.

—¿Qué quieres que haga? ¡Meo! ¿Nunca te dan ganas de mear después de hacerlo?

—¿Meas? —repitió el otro—. ¿Con un bidón de gasolina en la mano?

—¡Pues sí! —dijo él como si fuera algo evidente, pillado a contrapié.

—¡Espera, eso además apesta! Pero ¿qué intentas...? Pedazo de hijo de puta, lo que quieres es quemar nuestros...

Su frase terminó en un gorgoteo incomprensible. Oyun lo había sorprendido por detrás y le había cortado la garganta con el cúter. La sangre de la carótida salpicó incluso el rostro de Gantulga, que saltó hacia atrás con repugnancia. El bidón golpeó contra las barras de protección de un quad y el ruido resonó en la noche.

—Eh, ¿qué jaleo es ése?

Oyun dejó caer a sus pies el cuerpo sin vida del tipo y agarró a Gantulga por los hombros.

—No hay tiempo para más trucos, compañero. ¡Le prendemos fuego y nos

largamos!

En medio de la noche, del lado del claro, los hombres, todavía borrachos, se iban despertando desordenadamente. La joven vio los haces de sus linternas barrer nerviosos el cielo y el bosque, luego se organizaron poco a poco para apuntar en dirección a ellos.

—¡Suelta el bidón y ponte a cubierto! —exclamó ella—. ¡Rápido, esto va a explotar!

Gantulga desapareció corriendo en la oscuridad. Oyun prendió fuego a la caja de cerillas y la lanzó hacia uno de los quads rociados de gasolina. Pero su brazo herido la traicionó y las cerillas cayeron demasiado lejos de la máquina como para poder incendiarla. Los hombres ya corrían hacia ella. Gritando para liberar su rabia y su dolor, Oyun subió a la silla del quad que se había reservado y oyó la voz de Gantulga, aunque sin conseguir verlo.

—Oyun, arranca sin faros y ocúltate en el bosque a tu izquierda. ¡Y sobre todo baja la cabeza!

El chaval había mostrado hasta ese momento tanta seguridad e inventiva, que ella lo obedeció sin pensar. Con los faros apagados, echada contra el manillar a pesar del dolor, se lanzó hacia la penumbra de los árboles. Al mismo tiempo, vio a lo lejos, a su izquierda, un quad que se dirigía hacia la salida del campamento con las luces encendidas. Luego vio a Gantulga que corría al encuentro de la banda sin intentar ocultarse.

—¡Es la chica, se escapa! ¡Es ella, ha robado un quad, hay que atraparla!

De inmediato, la jauría furiosa se reagrupó para organizar la caza. Escondida en el bosque, Oyun miraba salir los primeros quads, que creían lanzarse en su persecución. Unos segundos más tarde, oyó en el vacío el estruendo de los motores forzados al máximo y vio las luces de los faros recortados desordenadamente contra el cielo en medio de gritos e insultos. Los primeros perseguidores acababan de chocar contra las cuerdas que había tensado Gantulga a media altura en mitad del camino.

De pronto, Oyun vio que él estaba a su lado.

—¡Buen trabajo, compañero!

—Y espera, eso no es todo...

—Tenemos que irnos o nos descubrirán. Puede que alguno me haya visto entrar en el bosque cuando se han encendido las luces traseras al frenar.

—Seguro que no, ¡porque las he roto a golpes con las muletas! —dijo el chico.

—¿Has hecho eso?

—Sí, y algunas cosas más, pero no podrás verlas todas. Tienes que aprovechar este momento de pánico para huir. Has rebanado el pescuezo al

único tipo que podía delatarnos. Los otros no sospechan que soy tu cómplice, y nadie sabe que llevas un mono de trabajo. Únete a ellos. Aquel quad los arrastrará hacia delante, todo recto, hasta el otro lado de la pista. Tú sólo tienes que llegar a la pista y girar a la izquierda para bajar hasta el pueblo. Apaga el motor y las luces, y desciende a ciegas en punto muerto. Nos reuniremos en alguna parte allí abajo.

—Pero ¿quién va en el quad que se los lleva al otro lado?

—Nadie: acelerador y dirección bloqueados. ¡Espero que siga recto hasta llegar lo más lejos posible para darte tiempo!

—¿Y tú, qué vas a hacer?

—¿Yo? Dentro de poco nadie pensará en mí, no te preocupes: he dejado el soplete al lado de los otros bidones en el barracón. Ah, y ve del lado del bosque que da a la salida del rancho. Al otro hay clavos por todas partes. ¡Hasta luego, compañera!

Oyun quiso hacer algo más, abrazarlo, darle las gracias, hacerle prometer que iría con cuidado, pero él ya había desaparecido en la noche. Ella arrancó y salió del bosque justo detrás de otras tres máquinas rugientes cuyos pilotos lanzaban insultos contra el quad que creían que ella pilotaba allí a lo lejos.

El primero volcó cuando su neumático delantero derecho reventó al dar con un puñado de clavos. El segundo lo evitó por poco y el tercero se volvió hacia ella para avisar de que había clavos por todos lados. En una fracción de segundo, Oyun vio cómo la mirada del tipo pasaba del estupor a la furia al reconocerla. Pero no tuvo tiempo de gritar llamando a los otros porque en ese mismo instante el barracón explotó, proyectando contra el cielo restos en llamas que cayeron desperdigados sobre todo el claro. Una astilla de madera encendió el reguero de gasolina, cuyas llamas corrieron de inmediato entre los quads que tres tipos coléricos todavía intentaban poner en marcha. Hombres y máquinas comenzaron a arder, y en lo que el tipo que había reconocido a Oyun tardó en darse cuenta del horror, él mismo se había convertido ya en una antorcha.

Oyun aprovechó de inmediato el caos. No había nadie detrás de ella que pudiera sorprenderla, y los otros que estaban delante, excitados por la explosión, se alejaban persiguiendo al señuelo.

En cuanto llegó a la pista, aceleró para tomar impulso, luego apagó los faros y el motor para descender en punto muerto la pendiente que llevaba al pueblo, dos kilómetros más abajo. Sin la retención del motor, el quad golpeaba en cada bache y saltaba sobre cada surco, torturando el cuerpo herido de Oyun, que lloraba de dolor. Ahora lo que quería era auxilio, quería que la cuidaran, que alguien la protegiera, que alguien la pusiera a cubierto. Esperaba que Yeruldelgger, allí donde estuviese, hubiera recibido sus mensajes. Que supiera

dónde se encontraba y que acudiera en su ayuda. Necesitaba que llegase, ahora. Tenía que salvarla.

De pronto, distinguió dos faros que barrían la noche. No había otra pista. El coche sólo podía ir hacia ella. Frenó el quad bruscamente, pero la máquina empezó a derrapar. La emoción de ser al fin socorrida le dio fuerzas para controlarla hasta que la detuvo. Se bajó del asiento gimiendo y se plantó en medio de la pista, de cara al coche que iba directo hacia ella. Era una berlina alemana grande. Frenó apenas a cinco metros de Oyun, con los faros encendidos. El conductor dejó el motor en marcha y esperó un buen rato antes de bajarse. Una vez fuera del coche, permaneció al lado de la puerta abierta. Cegada por los faros, Oyun tardó un momento en reconocerlo.

—¿Mickey? Por Dios... Pero qué es lo que...

La bala golpeó en medio del pecho a la joven, que cayó hacia atrás sobre el quad. El capitán la había alcanzado de pleno en el corazón, pero no quería correr ningún riesgo. Cuando se acercó al cuerpo para darle el tiro de gracia, un fantasma surgido de la noche con un traqueteo de chatarra destartada lo empujó y desapareció de inmediato detrás del coche. Mickey perdió el equilibrio y se volvió para disparar a ciegas, pero entonces vio unos faros que remontaban la pista a gran velocidad. Profirió unos cuantos insultos, colérico, subió al coche y salió en tromba, maldiciendo al quad que le impedía aplastar el cuerpo de Oyun al pasar.

51

«¿...cuando todos te necesitábamos?»

Al pasar el murete, a la salida de Sanzai, Yeruldelgger creyó ver el rayo de una tormenta seca detrás de las copas de los alerces. Durante unos segundos, el chispazo manchó su parabrisas con una película de polvo opaco y amarillo. Cuando la oscuridad volvió a dibujar los contornos del paisaje a ambos lados de la pista, comprendió que el resplandor que ardía sobre la cima de la colina no era el de una tormenta. Era una explosión. Distraído un instante por aquellos resplandores que lo intrigaban, de pronto vio un vehículo detenido en medio del camino, delante de él. Algún viajero al que también había sorprendido la explosión, supuso. Redujo la marcha y adivinó la silueta del conductor de pie al lado del coche. De inmediato tuvo la sensación de que ocurría algo extraño. El hombre había dejado encendidas las largas. Bajo la luz que proyectaban, Yeruldelgger distinguió una moto, o algo parecido. De repente, un cacharro inverosímil surgió de la noche y empujó al hombre, que trastabilló de lado. En

ese momento, Yeruldelgger reconoció la forma de un arma en la mano del tipo y vislumbró un cuerpo caído encima de la moto. Pero la cosa que había irrumpido antes estaba ahora delante de sus faros y se arrojaba sobre él.

El comisario tuvo tiempo de dar un volantazo brusco para evitar a Gantulga, que avanzaba desbocado encima de una bicicleta vieja y sin frenos con sus escayolas y sus muletas agitándose en todas direcciones. Una de ellas le rompió el retrovisor izquierdo y a continuación el cacharro fantasmagórico voló por encima del coche y se detuvo con una caída acrobática. Yeruldelgger vio por el retrovisor interior cómo la noche, enrojecida por las luces de freno de su vehículo, se tragaba al chico. Corrió de inmediato en su ayuda y lo encontró a veinte metros, de espaldas, en un surco.

—¡Gantulga! ¡Gantulga! ¿Estás bien?

—¡Oyun, ha matado a Oyun!

—¿Qué? ¿Qué dices? —dijo Yeruldelgger, volviéndose hacia el cuerpo desplomado encima de la moto—. ¿Ésa es Oyun?

—¡Sí! La ha matado. ¡El tipo del coche le ha disparado!

Yeruldelgger giró la cabeza a tiempo de ver que el otro vehículo desaparecía en la noche.

—¡No te muevas! Sobre todo no te muevas, ahora vengo a ocuparme de ti. No te muevas ni un centímetro, ¿me oyes?

El comisario corrió hacia el cuerpo de la joven inspectora. Cuando descubrió su rostro tumefacto, se esforzó en aguantar las lágrimas para mantenerse lúcido. Ella estaba inconsciente, con una herida en el corazón que no sangraba mucho. Yeruldelgger intentó recordar si aquello era una buena señal o no, y decidió no preocuparse por ello. Buscó el pulso en su muñeca, pero no lo encontró. Probó en la yugular, y tampoco lo encontró. Insistió, buscando la mejor arteria, el menor flujo, y al fin dio con un latido débil.

—¿Está muerta? —preguntó Gantulga a su espalda.

—¡Te había dicho que no te movieras! ¿No tienes nada roto?

—Sí, una escayola y una muleta. ¿Está muerta?

—No, todavía vive. Ayúdame, rápido, nos la llevamos. Ya me explicarás qué ha pasado.

—Podría tardar un rato —dijo Gantulga, suspirando, mientras trataba de ayudar a Yeruldelgger a acostar a Oyun en el asiento trasero del coche.

—No hay problema, tenemos al menos una hora de camino.

—¿Crees que aguantará? ¿No podemos detenernos antes, donde sea? ¿En un dispensario o algo así?

—No, la llevaremos al hospital de Solongo. En este momento sólo confío en ella.

—Es grave, ¿verdad?

—No lo sé. Tiene una bala en la zona del corazón y no sangra mucho.

—¿Ésa es una buena señal?

—No lo sé. ¡No tengo ni puñetera idea!

El chico subió con dificultad al asiento del copiloto, con las escayolas y las muletas retorcidas. Antes incluso de que pudiera cerrar la puerta, Yeruldelgger maniobró en la oscuridad entre dos zanjas y dio media vuelta para regresar hacia Sanzai.

—¿Has visto al que disparó a Oyun?

—No, lo siento, estaba intentando controlar esa puta bici.

—¡Eh! Controla también tu lenguaje cuando hables conmigo, ¿entendido?

—¿Tú sabes quién es?

—¿Quién?

—El que le ha disparado.

—¿Crees que te lo preguntaría si lo supiera?

—¡No lo sé! A lo mejor para tener una confirmación ocular.

—¿Una confirmación ocular? Pero ¿de dónde has sacado tú eso?

—Bueno, testigos oculares es lo que buscan siempre en las series de policías de la tele, ¿no?

—Esto no es la tele, chaval. Esto es la realidad. ¡La puta realidad! —maldijo Yeruldelgger, que echó de inmediato una mirada a Gantulga—. Lo sé, no digas nada, ni se te ocurra decir nada. Yo soy yo y tú eres tú. Y yo digo lo que quiero, ¡tú no!

—¡No he dicho nada! —dijo el chico, ofuscado.

—¡No, pero ibas a hacerlo!

—Entonces no sabemos quién ha disparado a Oyun.

—No, y no tenemos muchas pistas para encontrarlo. Conducía un cochazo alemán. Un Mercedes, si he visto bien, pero ni siquiera se me ha ocurrido anotar la matrícula. La verdad es que no tenemos gran cosa...

—¿Y crees que esto nos puede ayudar?

Yeruldelgger echó un vistazo sorprendido a la mano vacía que le tendía Gantulga. Estaba a punto de decirle que aquello no le parecía divertido cuando el chico, sacudiendo su escayola, hizo rodar algo hasta su palma. Era un casquillo, de 9 milímetros probablemente...

—¿Dónde has encontrado eso?

—Un poco más lejos detrás de ti, en el suelo, cuando le buscabas el pulso a Oyun.

—¿Es el casquillo de la bala que el hombre ha disparado?

—¿Qué otra cosa podría ser? ¿Has visto tú algún tiro al plato o algún

parque de atracciones por aquí?

—Eh, guárdate tu insolencia, amigo, ¿entendido? Conmigo, nada de eso. Responde a mis preguntas y no hagas comentarios, ¿de acuerdo?

—Sí, señor. ¡Es probable que sea el casquillo de la bala que ha disparado el hombre, señor! —gritó Gantulga a la manera de los marines.

Yeruldelgger contuvo la risa ante el aplomo del chico. Aquel chaval simplemente era admirable.

—Ésa es una buena pista material, compañero, ¡espero que saquemos algo de ella! —dijo con aprecio, como si fuera un héroe americano.

—La metí en la escayola empujando con una piedrecita. Puede que mi transpiración haya contaminado los posibles restos de ADN del que la manipuló, pero no sus huellas.

Yeruldelgger se volvió hacia él y no pudo ocultar su asombro. Aquel chico, aquel país, incluso el mundo entero, nunca dejarían de asombrarlo. Ahora resultaba que todo dios, incluso en las estepas y los bosques salpicados de yurtas, hablaba como un experto de la policía científica de Las Vegas o de Miami.

Luego el silencio se instaló en el coche y, con lágrimas en los ojos, sólo pensaron en Oyun, cuyo cuerpo estaba tirado en el asiento trasero. Después de un rato, Yeruldelgger pidió a Gantulga que le contara lo que había pasado. El chico se lo explicó con todo detalle, con una voz sin emoción aparente, como si se refugiara tras el relato de los hechos, sobre todo para no caer en el recuerdo del horror que había sufrido la joven. Yeruldelgger lo escuchaba sin apartar los ojos de la carretera que surgía de la nada bajo la luz de los faros. Sólo sus mandíbulas, contraídas ante cada detalle violento, delataban su cólera.

—¡Supongo que el hombre que ha disparado a Oyun en la pista era el jefe que esperaban! —dijo, sorprendiéndose de estar hablándole al chaval como a un auténtico compañero.

—Supongo —confirmó el chico.

—¿Estás seguro de no poder reconocerlo?

—Sí, estaba a contraluz de los faros.

—Si te acuerdas de algún detalle, tú...

—¡Por supuesto que te lo diré! —gritó Gantulga—. ¡Qué te crees! ¡Por quién me tomas! ¡Estamos hablando de Oyun! Ese tipo le ha disparado al corazón, ¿crees que yo no tengo ganas también de pegarle un tiro?

Yeruldelgger pisó a fondo el freno, durante un trecho largo el coche derrapó de través y el comisario a duras penas logró controlar el vehículo.

—Eh, cálmate, Gantulga. No lo dudo ni por un segundo, ¿entiendes? No conozco a muchos policías aguerridos que se hubieran comportado tan bien

como tú lo has hecho allí, así que no te rompas ahora, ¿de acuerdo? La resaca de todo esto te va a sacudir durante mucho tiempo, amigo, pero vas a tener que aguantar, porque aún no ha terminado, ¿entendido?

—¡Oh, mierda! —soltó el chico, mirando hacia el asiento trasero sin responderle.

Yeruldelgger miró a su vez por encima del hombro y se dio cuenta de que el violento frenazo había lanzado el cuerpo de Oyun a los pies del asiento. Saltó del coche para abrir la puerta de atrás mientras Gantulga, impedido por las escayolas y las muletas, intentaba salir del coche. Cuando abrió la otra puerta trasera, trataron de subir entre los dos el cuerpo de Oyun al asiento. Yeruldelgger deslizó un brazo bajo la espalda de la joven para levantarla sin correr el riesgo de tocar la herida, pero no estaba en una buena posición ni tenía un buen apoyo para hacerlo. Decidió meter los brazos bajo sus axilas y cruzar las manos por delante del pecho.

—¡Espera! —dijo a Gantulga, que intentaba levantar los pies de Oyun con su único brazo útil—. ¿Qué es esto?

Yeruldelgger tiró ligeramente de la joven para pegar su cuerpo contra él y deslizó una mano por su escote, sobre su pecho izquierdo, a la altura de la herida.

—Aquí tiene algo...

El policía bajó la cremallera del mono de faena, por encima del hombro de Oyun, que seguía inconsciente. Luego introdujo la mano bajo la tela áspera para descubrir, un poco incómodo, que estaba desnuda y le acariciaba el pecho. Pero no sintió más que una piel firme y suave desgarrada por llagas ensangrentadas. Lo que había notado bajo los dedos, lo notaba ahora en el dorso de la mano. La sacó con rapidez del mono, vio el bolsillo en el pecho y abrió el velcro que lo cerraba. Allí encontró una placa de metal deformada y agujereada por el impacto.

—¿Qué es esto? —preguntó a Gantulga.

—¡Creo que es la matrícula del quad coreano que estaba buscando! Se la llevó como pista —empezó a explicar el chico antes de detenerse en seco—. ¡Bua! Tú crees que...

—Espero que sí, Gantulga, espero que sí —murmuró Yeruldelgger, bajándole la cremallera del mono de trabajo y dejando su torso al desnudo.

Al ver su cuerpo magullado, sus pechos desgarrados por mordiscos de color púrpura, las marcas erosionadas de los golpes, los hematomas coloreados de amarillo y violeta, se detuvo un momento. Lo que descubrió le arrancó un grito de esperanza.

—¡Así es, amigo, así es, mira! Mira ahí: ¡ese cabrón disparó a la placa!

¡Qué casualidad! ¡Es increíble! ¡Qué suerte! Mira, ¡la bala casi no ha penetrado!

Yeruldelgger lloraba de alegría. El golpe del impacto había impreso en la carne de Oyun, por encima de su pecho izquierdo, el dibujo de la placa de metal. Un poco descentrada, allí donde la bala había atravesado la matrícula, descubrieron una herida irregular con los bordes rajados por los pedazos de metal. Pero la masa aplastada de la bala, todavía visible en el interior de la herida entre la carne lastimada, no había penetrado más que un centímetro dentro del cuerpo de la joven.

De inmediato, Yeruldelgger tomó a Oyun por la cintura para echarla en el asiento trasero con la ayuda de Gantulga. Luego volvieron a subir al coche y se dispuso a arrancar, con el corazón aliviado. El chico lo detuvo con un gesto y se volvió con dificultad, deslizó su mano entre los asientos hasta el cuerpo inanimado de Oyun y subió la cremallera del mono de trabajo para ocultar su desnudez y preservar su dignidad, aunque estuviera inconsciente. Yeruldelgger miró a aquel chaval tan responsable y tan fuerte. Lo despeinó para no mostrar demasiado su emoción.

—¡Bien hecho, chaval, bien hecho! —dijo, arrancando por fin.

Transcurrieron algunos instantes en silencio, durante los cuales el policía condujo a toda velocidad mientras pensaba en lo feliz que se sentía de contar en su vida, de una u otra manera, con personas como Gantulga, Oyun y Solongo...

—Yeruldelgger, ¿puedo preguntarte una cosa?

—¡Por supuesto, colega! ¿Qué?

—¿Por qué no estabas ahí cuando todos te necesitábamos?

52

Marcó el número de Erdenbat

Mickey estaba hundido. Aquello se había convertido en una pesadilla. Contempló la magnitud del desastre entre el resplandor de las llamas del campamento incendiado. Había al menos dos muertos. Un tipo quemado vivo y otro degollado. Otros, que tenían quemaduras, yacían aturdidos sobre la hierba chamuscada. Cerca de los quads calcinados descubrió a otro tipo tirado por tierra, muerto también, con la cabeza casi arrancada. Él mismo había matado a Oyun. Le había metido una bala en el corazón a una colega, ¡a una poli del equipo de Yeruldelgger! Y estaba aquel chico salido de la nada, que quizá lo había visto y al que ahora iba a tener que eliminar. Y luego, todos aquellos fascistas incontrolables que no iban a soportar la presión y lo cantarían todo al primer interrogatorio. Tenía que avisar a Erdenbat. Necesitaba su protección. El

viejo se la debía. Todo lo que estaba ocurriendo no era sino consecuencia de lo sucedido cinco años antes, cuando él, Mickey, los había sacado del apuro a todos, a Erdenbat y a los coreanos. Había llegado el momento de que le pagaran con la misma moneda.

Después de que apareciera el otro coche, había recorrido tan sólo unos cientos de metros y se había parado, con las luces apagadas, para vigilar lo que pasaba. Estaba tan asustado por el crimen que acababa de cometer, que habría matado a tiros a todos los testigos si el vehículo hubiera subido hasta donde él estaba. Pero había visto al coche dar media vuelta y bajar hacia Sanzai. Por el resplandor de los faros, comprendió que el conductor no se había detenido en el pueblo y que continuaba en dirección a Ulán Bator.

Subió entonces hasta el campamento y descubrió la dimensión de los destrozos. Luego su instinto de poli se impuso. Reunió a los hombres más válidos e hizo que le contaran lo ocurrido. A continuación, ordenó que todo el mundo se reagrupara en el centro del claro, muertos incluidos, para contarse y asegurarse de que estaban todos.

—No quiero saber lo que habéis hecho. Os voy a decir qué es lo que ha pasado y lo que va a pasar, y todos os lo vais a aprender de memoria, ¿entendido? De entrada: nadie habla de la chica. Esa chica no ha estado aquí. No existe. Al primero que lo olvide y hable de ella hago que se lo carguen de inmediato, ¿está claro? Lo siguiente: la explosión ha sido un accidente, ¿de acuerdo? Meted a los muertos entre los restos del barracón y poned al lado los quads quemados. Del informe de la policía científica me hago cargo yo, para salvar vuestro culo. Además: nadie ha perseguido a nadie, ¿me escucháis bien? Estabais borrachos, como de costumbre, alguien hizo el idiota en el barracón cerca de los bidones y todo saltó por los aires, eso es todo. Y en cuanto a mí: no me conocéis. No me habéis visto esta noche. Oficialmente, llegaré dentro de una o dos horas para dirigir la investigación. El primero que diga lo contrario está muerto, ¿queda claro?

Mickey supervisó el desplazamiento de los cuerpos y de las carrocerías de los quads, luego inspeccionó el estado de los heridos. Tres estaban muy graves, con quemaduras en casi todo el cuerpo. Se dirigió a dos de los pocos tipos que habían salido indemnes y llamó su atención sobre el peligro que representaban los heridos.

—Estos tíos pueden hablar en cualquier momento si los torturan o bajo el efecto de los medicamentos, y si hablan, sois vosotros quienes pagaréis. De todos modos, sufrirán horrores y quedarán desfigurados para el resto de sus vidas.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó uno de los hombres, que no se atrevía

a admitir lo que Mickey daba a entender.

—Quiere decir que más les vale a ellos y a vosotros que mueran ahora, antes de que yo llegue de forma oficial con la policía.

—Quieres decir...

—Ajá. Eso es lo que quiero decir. Ahogadlos. Los quemados suelen morir asfixiados. Ya deben de haber respirado bastante porquería, yo me las apañaré con las autopsias. Son tres. Ponedlos aparte, fingid que son los primeros a los que vais a prestar auxilio y ahogadlos. Podéis dejar los cuerpos en el mismo lugar. Decid que alejasteis del incendio a los heridos y que a los muertos los pusisteis juntos en el exterior del barracón. Voy a reunir a los otros un poco más lejos, para daros tiempo. Y no lo olvidéis: si ellos no mueren, lo haréis vosotros. Este follón lo habéis armado vosotros por violar a la chica, así que vais a tener que pagar para salir de él.

Mickey les encomendó esa misión horrible y desvió la atención de los demás con el pretexto de explicarles su plan. Iba a llamar a la policía y a esperar a que llegasen los polis locales, luego volvería de inmediato para hacerse cargo de la investigación. Él sería quien procedería a interrogarlos y más les valía recordar lo que acababa de contarles.

Cuando los dos tipos se unieron al grupo, él supo que lo esencial estaba hecho y que había conseguido controlar lo que había de controlable en la situación. Llamó a la policía para informar de una explosión accidental con numerosas víctimas. Antes de ir a ocultar su coche más allá de la entrada del campamento, para dar la impresión de que llegaba después de que lo hicieran los primeros auxilios, se dirigió a toda la banda por última vez:

—No quiero ningún rastro de esa chica. Si la habéis violado como los salvajes que sois, no quiero que los polis encuentren el menor indicio. Ni bragas, ni sujetador, ni ropa, nada. Si hacéis lo que os digo, saldréis de ésta. Que hable uno, ¡y todos pasaréis veinte años en chirona! Así que buscad sus cosas y quemadlas bien. Tenéis una hora antes de que comience el gran circo.

Luego Mickey se marchó para esconderse con su coche un poco más lejos. Reconocería la llegada de las ambulancias por el ballet de faros y sirenas. Ahora tenía que cubrirse las espaldas. Marcó el número de Erdenbat.

53

...tenía que comenzar por él...

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Mickey, con el rostro demacrado por una noche de angustia.

—¡Le han disparado! —respondió Yeruldelgger.

—¡Oh, mierda! ¿Está muerta?

—No...

—¿No?

—No, está en coma...

Mickey se había plantado en el hospital temprano por la mañana. Yeruldelgger había pasado la noche allí, pero el capitán lo había encontrado sorprendentemente tranquilo para ser un poli cuya compañera acababa de morir.

—¿Ha dicho algo sobre quién le disparó? —preguntó Mickey, inquieto.

—Está en coma, ¡ya te lo he dicho!

—Sí, pero ¿y antes? ¿Ha dicho algo antes de entrar en coma? ¿Ha tenido tiempo de dar alguna pista a quienes la auxiliaban?

—¡La auxilié yo! Casi vi a ese cerdo dispararle bajo la luz de mis faros. Yo estaba justo detrás de él.

—¡Estabas allí! ¿Lo has visto? ¡Tú lo has visto! ¿Tienes algo?

—No... Podría haberlo perseguido, pero el chaval me cayó encima con la bici.

—¿El chaval? ¿Qué chaval? ¿Hay un testigo?

—No, dice que el tirador estaba a contraluz de los faros y no pudo ver nada.

—¡Qué mala suerte! —mintió Mickey, aliviado y de repente calmado—. ¿Qué dicen los médicos de Oyun?

—Pronóstico reservado...

—Mierda, de verdad que lo siento, Yeruldelgger...

—Gracias. Y tú, ¿qué has encontrado ahí arriba?

—Un desastre total. Una banda de anormales borrachos han pegado fuego a su taller de quads y lo han volado por los aires. Hay cinco muertos. Me pregunto qué es lo que Oyun iba a hacer allí.

—¿Y eso?

—Me han dicho que la cosa ocurrió en la pista que lleva hasta el campamento, ¿no?

—Yo tenía más bien la impresión de que ella regresaba de allí...

—¿La viste regresar del campamento?

—No, el tirador y ella estaban en medio de la pista. Él iba en dirección al campamento, pero ella, no sé. Sólo tengo la impresión de que...

—Qué va. No hay rastro de ella allá arriba. Lo he peinado al detalle. Más bien parece que era una fiesta entre tíos. Si iba allí, le dispararon antes de llegar.

Yeruldelgger miró a los ojos a Mickey, fijamente. Durante un buen rato...

—¿Y tú cómo explicas eso? —preguntó.

—No lo sé. Llegué al lugar de noche, unas dos horas después de la

explosión. Había un quad averiado un kilómetro antes del campamento, pero con las prisas no le presté atención. Luego estuve metido en la investigación. Ya sabes cómo es eso: ¡cinco muertos, colega! Al alba, de regreso a Ulán Bator, me detuve al lado del quad accidentado en la pista. Pensé en una caída. Alguno de los tipos que huía de la explosión o que había estado haciendo el idiota durante las carreras y había regresado a pie al campamento después de darse un cacharrazo. Ni se me hubiera ocurrido que habían matado a alguien, y menos aún que se tratara de Oyun. Fue de regreso al departamento cuando me enteré de lo sucedido.

—¿Regresaste?

—¿Adónde, al departamento?

—¡Allí arriba!

—No, estoy hecho polvo. Tengo previsto ir más tarde, durante el día.

—Y cuando te paraste al lado del quad, ¿encontraste algún indicio, alguna cosa, lo que sea, un casquillo?

—¿Un casquillo? No, ¿por qué un casquillo? ¿Tú has encontrado uno?

—No. No pude ver nada, era noche cerrada...

—¿Quizá bajo la luz de los faros?

—¡Mickey, tenía a Oyun en los brazos con una bala en el corazón!

—¡Sí, sí, es verdad!

Los dos permanecieron unos minutos en silencio, durante los cuales el capitán, receloso, no apartó los ojos de Yeruldelgger.

—De todos modos, qué casualidad que pasaras por allí en plena noche —acabó por decir.

—No fue una casualidad, Mickey. Durante mi ausencia, Oyun me dejó varios mensajes en el móvil para tenerme al corriente de lo que hacía. El último decía que iba al campamento para investigar a una banda de nazis.

—¿En el marco de qué caso? —se inquietó Mickey.

—Creo que en el de los chinos —mintió Yeruldelgger.

—No entiendo qué buscaba donde esos tipos. Son sólo una banda de tarados ultranacionalistas. Cuando veo la planificación y la puesta en escena tan minuciosa del crimen de los chinos, y la manera en que esos imbéciles han conseguido volar por los aires ellos solos, me pregunto qué relación podría haber establecido Oyun entre ellos y los asesinatos.

—Ni idea —respondió Yeruldelgger, suspirando—. Oyun iba a contármelo, pero alguien le disparó antes.

—Por cierto —dijo Mickey—, recuerda que te quité todos tus casos y que estás a punto de que te pongan en la calle. Te acuerdas, ¿verdad?

—Por supuesto que me acuerdo...

—Entonces, ¿qué coño hacías allí arriba y dónde te has metido en los últimos diez días?

—Estaba allí tan sólo para dar apoyo logístico a mi compañera. Los últimos diez días los he pasado haciendo un curso de crecimiento personal...

—Ya —rezongó Mickey, sin creérselo—. En todo caso, quédate al margen de todo esto, ¿entendido? Yo me encargo de la protección de Oyun.

—¿Su protección? ¿Piensas que hay que protegerla?

—Escucha, alguien fue hasta allí para meterle una bala en el corazón y ella no ha muerto. Y aunque tú y el chaval no habéis visto nada, ella sí que debió de ver al tirador porque lo tuvo enfrente. Así que, ¿cuánto te apuestas a que intentará terminar su trabajo?

—Tienes razón, pero no te rompas la cabeza con eso. ¡De la protección de Oyun me encargo yo!

—¡Ni hablar! —replicó Mickey—. Tú te largas. Ya casi ni eres poli, así que no quiero verte en ningún escenario de crimen, ni a menos de cien metros de una víctima o de un testigo. ¿Lo has entendido?

—Que te jodan, Sukhbataar. Aunque no sea yo quien la lleve a cabo, la protección de Oyun la organizo yo, ¡lo quieras o no! Además, ellos ya están aquí...

Mickey siguió la mirada del comisario y se asombró al ver a dos monjes caminando hacia ellos. Yeruldelgger saludó al Nerguii con el debido respeto a su rango, marcando así la diferencia con el novicio que lo acompañaba. Les indicó con un gesto la habitación de Oyun y se dirigieron hacia ella en silencio. El Nerguii entró y se sentó bien derecho en una incómoda silla metálica, cerca de la cabecera de la cama sobre la que Oyun reposaba inconsciente, conectada a cables y tubos.

—No hay duda, lo tuyo es grotesco, mi pobre Yeruldelgger —dijo el capitán, que suspiró negando con la cabeza ante el espectáculo de aquellos bonzos flacos de pies desnudos y togas amarillas—. Y ahora, ¿qué circo es éste?

—Van a vigilar su cuerpo y su espíritu. Tanto si muere como si despierta, ellos estarán ahí —explicó Yeruldelgger al tiempo que se alejaba.

—¡Eh, espera! ¿Adónde crees que vas?

—Tú lo has dicho, Mickey. No puedo estar a menos de cien metros de una víctima o de un testigo. Me voy a casa.

—¿Te vas a casa? ¿Cómo, así? ¿Y Oyun?

—Contigo y con los bonzos está en buenas manos, ¿no?

Mickey lo miró alejarse sin saber qué pensar. Aquel tipo tenía el arte de pillar a contrapié a todo el mundo. ¿Acaso sospechaba algo respecto de Oyun? ¿Por qué no había hablado de la violación? Y él, ¿había hablado de más? ¿Se

había delatado? Acaso... ¡Por Dios, el chaval! Iba a tener que eliminar al chaval, además de a Oyun. Y como no había peligro de que ella hablara mientras estuviera en coma, tenía que comenzar por él...

54

...él murmuró «gracias» antes de abrazarla

—Lo siento —dijo Yeruldelgger.

—¿Por qué? —preguntó Solongo.

Su pregunta no era un perdón, sino que tenía algo de desaliento por la lista tan larga de cosas que su amigo efectivamente debía lamentar.

—Por todo lo que ha sucedido. Por Oyun, por mi ausencia...

Yeruldelgger había ido a casa de Solongo a la salida del hospital. Ella no estaba, seguía atrapada en el trabajo. Él le envió un mensaje y la esperó. Estaba sentado en el suelo de madera de la gran yurta, apoyado en la cama, bajo el cartel con los elementos del mundo, con las piernas extendidas y poniendo buen cuidado de no apuntar con sus pies hacia la estufa central para no ofender a los espíritus de quienes habían vivido allí antes que él, y sonrió. Había sonreído con la dicha de quien encuentra refugio en la tormenta, por el perfume a vida que lo inundaba en aquellos días de muerte, por los lazos indestructibles que ahora lo ligaban a Solongo, Oyun, Gantulga, el Nerguii, los novicios y, quizá, a Saraa. En unos pocos días en el monasterio, había abandonado la cólera y recuperado la fuerza. No se aprende solo, y el adversario también es un compañero. Su fuerza alimenta la nuestra, esa fuerza que destruye aquello que la cólera sólo logra arrastrar. ¿Cómo había podido alejarse de aquel modo de la verdad de las enseñanzas? Esperaba haber recuperado aquella riqueza interior. La capacidad de sentir tanto como de reflexionar. Evitar los combates inútiles, que son prueba de ineficacia más que otra cosa, pero nunca recular una vez que el combate ha empezado. Avanzar siempre, sin cólera, siempre a su ritmo. Mantener la fuerza. No intentar evitar los golpes retrocediendo sino avanzando siempre, pero cambiando de perspectiva. Penetrar en el ataque del otro, mejor que atacar. ¿Cómo había podido olvidar todo eso? ¿Qué cólera había conseguido perturbar hasta ese punto su juicio sobre sí mismo? Yeruldelgger lo sabía bien: había sido la muerte de Kushi. Al matar a su inocente y querida hija, habían destruido la serenidad de su espíritu y él se había lanzado a la venganza. Ante el fracaso de sus investigaciones, finalmente acabó vengándose en sí mismo por no poder vengar a su pequeña. Pero ya no sentía cólera. Ni deseo alguno de vengarse. Ni por Kushi, ni por Saraa, ni por Oyun. Sólo lo inundaba el deber íntimo, sereno,

calmo de quitarles la vida a quienes habían quitado o intentado quitar la vida a aquellos que amaba. Esa plenitud absoluta era lo que aún le hacía sonreír cuando, mucho más tarde, Solongo fue a su encuentro.

—Para mí, tú no estabas ausente —dijo ella, arrodillándose a su lado y besándolo en la frente—. Compartí uno de tus sueños y se me apareció un monje para decirme que estabas vivo.

—Lo sé, durante aquella horrible pesadilla sentí tu cálida presencia. El Nergüii dice que los sueños no son premonitorios, que lo único que hacen es sacar a flote desordenadamente todo lo que ocultamos en el fondo de nosotros mismos.

—Entonces, ¿regresaste al monasterio?

—Sí, de pronto eso me pareció algo obvio, y creo que ellos también me estaban buscando. Había olvidado todo lo que me habían enseñado. Me han acogido el tiempo necesario para recuperarlo. Por suerte, las enseñanzas del Nergüii nunca desaparecen. Uno puede esconderse, fingir que las ignora o que las ha olvidado, pero las llevamos con nosotros para siempre. Me hacían falta esos diez días para reencontrarme y comprender por qué Erdenbat intentaba matarme.

—¿Erdenbat ha intentado matarte?

—Sí, estoy convencido de ello, habrá que buscar su imagen en mi sueño. Pero su amenaza me ha venido bien. De repente he comprendido que mi cólera me dejaba sin fuerzas, que dispersaba mi voluntad, que abortaba mis intuiciones. La cólera, y el miedo que va con ella. Hui, corrí, olvidé todo lo que me habían enseñado en el monasterio. Cuando caí en la quebrada y el tipo apareció en el borde, con su fusil apuntando hacia mí, el miedo me paralizó, pero no sentía miedo hacia él. Sentía miedo hacia aquello en lo que me había convertido.

—¿Y los monjes te sacaron de allí?

—Supongo. Vislumbré una sombra que cruzaba el cielo. El hombre vaciló, fue empujado al vacío y cayó sobre mí. La culata de su fusil me dejó sin conocimiento y me desperté en el monasterio.

—¿Ellos se ocuparon de ti?

—Sí —respondió Yeruldelgger, con humildad—. Me arrojaron al suelo, abatido, magullado, me hundieron moralmente, me quebraron físicamente, y luego me guiaron para que me reconstruyera y me reencontrara.

Solongo estaba sentada pegada a él, con la cabeza apoyada en su hombro. Llevaba un deel de seda azul. Él sentía el aroma fresco de la tela bordada en oro, el olor azucarado de su nuca, la fragancia discreta de un perfume de mujer, el roce sedoso de sus cabellos en la oreja.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Ahora? Voy a pedirte perdón... Voy a pedirte que me dejes estar en tu casa, quedarme contigo, cerca de ti, voy a pedirte permiso para ser tu amante, para abandonarme en tus brazos e ir juntos a cabalgar a las estepas. Voy a pedirte...

Solongo se había vuelto hacia él, con la cara radiante. Montó sobre sus piernas extendidas, frente a él, y le puso un dedo en los labios.

—Chis, no pidas nada más. Comencemos por lo que acabas de decir.

Ella desabrochó la larga ristra de botoncitos dorados que sujetaba su deel y dejó que la tela le resbalara por los hombros. El movimiento, que arqueó su espalda e irguió sus pechos, turbó a Yeruldelgger, sorprendido y ansioso. Solongo llevaba un sujetador negro que le pidió que le quitara.

Sin saber por qué, él murmuró «gracias» antes de abrazarla.

55

...la hora incierta de la noche

La idea de que Oyun pudiera despertarse y hablar estuvo corroyéndolo todo el día. La posibilidad de aquella catástrofe lo persiguió durante todo el tiempo que pasó recorriendo la ciudad para encontrar al chaval. A pesar de las amenazas y los gritos que había lanzado a sus soplones, no halló rastro alguno del chico. Peor aún, el pequeño mundo del hampa del centro de la ciudad no parecía temerlo ni sentirse obligado a ayudarlo.

Mickey no era el mejor poli del mundo, pero conocía lo suficiente el oficio para sentir que sucedía algo. El rumor corría más deprisa que las investigaciones. Todo aquello que él podía tapar oficialmente con sus informes, se sabía ya de manera extraoficial en las calles y los callejones. En el mercado de coches debían de resonar como un susurro los ecos de la noche anterior. Un traficante de poca monta, al que apremiaba para que lo ayudase a encontrar al chico si quería salvar el culo, le respondió que más bien debía pensar él en salvar el suyo. Nunca es bueno que un soplón se vuelva respondón, es señal de que teme a otro más que a ti.

Mickey sentía que la situación se le iba de las manos y que eso lo ponía en peligro. Intentó protegerse dando el cerrojazo a todo. Envió a un hombre al hospital con la misión de que nadie, incluidos los agentes de servicio, se aproximara a Oyun. También le dio la orden de acompañar a los médicos cuando entraran en la habitación y de guardar secreto absoluto si ella se despertaba.

Luego, a mediodía, Mickey salió como un loco hacia el campamento calcinado para verificarlo todo de nuevo y ver cómo podría explicar la presencia

de Oyun en el lugar en el que la había abatido. Pasó más de una hora inspeccionando la pista y las cunetas en busca del casquillo, y cuanto más buscaba más se convencía de que Yeruldelgger lo había encontrado. Volvió a ponerse en el lugar exacto desde el que pensaba que había disparado la primera vez y disparó dos veces más, para ver en qué dirección saltaban los casquillos y hasta dónde rebotaban. Pero no encontró nada.

Mickey volvió como una tromba a Ulán Bator y, abandonando toda prudencia, se presentó directamente en el Nido del Águila para interrogar a los motoristas y saber de dónde había salido aquel chaval. Un bruto, todavía en estado de shock, le explicó la historia de la pelea con los chinos y cómo habían hecho de Gantulga su mascota. No sabía nada más del chaval, pero ahora Mickey conocía al menos su nombre. Volvió a hacer el tour de los soplones con esa nueva información y luego se presentó en el hospital. Antes de bajar del coche, enroscó un silenciador al cañón de su pistola y se la deslizó en el bolsillo.

En el servicio de reanimación encontró a su hombre recostado en una silla y lo enderezó de un puntapié en las botas. El agente se levantó de un salto e hizo una especie de saludo. El novicio, que estaba a su lado, de pie, sin tocar la pared con la espalda, no se había movido ni un milímetro en toda la mañana. Mickey interrogó con la mirada al policía, que se encogió de hombros. Luego vio al Nerguii en la habitación y se enfureció.

—¿Qué hace ése ahí dentro?

—Ya estaba ahí cuando llegué —se excusó el policía.

—¡Dije: nadie en el interior! Nadie, ¿tú sabes lo que eso quiere decir? ¡Nadie!

Empujó al guardián para entrar en la habitación y se dirigió directamente hacia el Nerguii. Pero, a dos metros del hombre inmóvil, una fuerza invisible lo detuvo en pleno movimiento. Mickey nunca había sentido algo así. Tuvo la impresión de que acababa de chocar contra una masa de energía antes de darse cuenta de que aquella fuerza no era mecánica y de que no había nada que le impidiera avanzar, sino él mismo. El monje, sentado en la silla, rígido e inmóvil, justo en la misma posición que hacía cinco o seis horas, tenía la mirada clavada a la altura de su pecho. Mickey casi podía sentir el calor irradiando por su cuerpo a partir de aquel punto.

—Eso no es lo que quieres —afirmó el monje sin levantar los ojos.

—Escucha, monje, soy...

—Sé quién eres. Y te repito que eso no es lo que tú quieres.

—¿¡Qué!? —se irritó el otro—. ¿Qué es lo que no...?

Esta vez el monje levantó los ojos hacia él y Mickey sintió que el miedo lo petrificaba. La mirada del monje era a la vez negra y luminosa, densa, mineral,

sólida. Pero, sobre todo, de una energía tan continua y brutal que su explosión helada podría proyectarlo a través de la pared.

—No es eso lo que quiero, es verdad, perdóname —murmuró el capitán, reculando con prudencia—. Puedes quedarte. Quédate tanto como quieras.

Mickey salió de la habitación y desapareció por el pasillo apretando el paso, con las manos en la cara y lágrimas en los ojos, dejando que el policía de guardia se encargara de cerrar la puerta.

En cuanto salió del hospital, prosiguió la búsqueda de Gantulga con el ánimo hecho un caos. Había que cortar por lo sano, eliminar los lazos que lo unían a aquel maldito asunto que lo perseguía desde hacía cinco años. Sobre todo, debía proteger a Erdenbat, porque si el Turco se sentía amenazado, sería su muerte, la muerte de Mickey, lo que garantizaría su protección.

Más tarde, por la noche, sin novedades y furioso por ello, el capitán regresó al hospital para eliminar a Oyun. Pero los dos monjes seguían allí. Inmóviles.

—No se han movido —le dijo al oído el vigilante, suspirando—. Ni para beber un vaso de agua. ¡Ni para mear!

Mickey lo echó de malas maneras y se quedó en el hospital para aprovechar el mínimo descuido de los monjes en su vigilancia. Oyun estaba allí, tumbada y vulnerable en su cama de hospital. Bastaría con desenchufar algo, meterle una burbuja de aire en una vena, ahogarla con una almohada o dispararle por encima de ella... Sólo necesitaba tres minutos. ¡Tres minutos de nada! Aquellos jodidos bonzos también tendrían que mear, como todo hijo de vecino, ¡aunque fuera de vez en cuando! Pero también podía esperar a que fuera plena noche para matar a todo el mundo, a Oyun, a los dos bonzos y a cualquiera que pasara por allí. Después de todo, llevaba silenciador y la planta estaría casi desierta.

Decidió quedarse por los alrededores. Fuera como fuese, la inspectora tenía que estar muerta al alba. No podía correr el riesgo de que hablara, si no quería tener que enfrentarse a la cólera de Erdenbat. Actuaría a eso de las tres de la madrugada, la hora incierta de la noche.

56

«¡Averigua dónde está y dínoslo!»

Yeruldelgger no había querido hablar de los casos con Solongo. Ella tampoco había querido que lo hiciera. No cuando acababan de encontrarse después de tanto tiempo de conocerse. Habían hecho el amor en silencio, habían reposado sin decir palabra y Yeruldelgger se había ido sin que Solongo se preocupara por ello. Ahora sabía que siempre volvería a ella.

Hacia mediodía, Yeruldelgger pasó por el hospital para ver cómo se encontraba Oyun. Entró en la habitación ignorando las objeciones del policía y habló durante un buen rato con el monje. Antes de irse, agradeció al policía su guardia con un golpe amistoso en el hombro. Éste le había contado que Mickey había pasado por el hospital y que luego se había ido en busca de un testigo. Había dejado la consigna de que lo avisara si Oyun se despertaba: acudiría de inmediato. Yeruldelgger fue directamente del hospital a su despacho en el departamento y convocó a Billy, el joven inspector que estaba colado por su compañera.

Cuando Chuluum llegó a la oficina, encontró a los dos hombres en la sala de reuniones, ocupados escribiendo en una pizarra una lista de pistas y preguntas.

—¿Qué se os ha perdido aquí? —quiso saber.

—Estamos revisando los casos tal como deberíamos haber hecho desde el principio.

—¿Qué casos?

—El de los chinos y el de la niña. Los dos —respondió Yeruldelgger mientras seguía hojeando los expedientes.

—¿Mickey te ha puesto de nuevo con eso?

—No.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

Yeruldelgger paró de escribir en la pizarra y lo miró a los ojos.

—Mi trabajo. ¿Crees que alguien puede impedírmelo?

Su mirada era tan dura y tranquila a la vez, tan determinada, tan resuelta, que Chuluum perdió pie.

—No, no creo que...

—¿Quizá tú?

—¡No, no, yo no! Después de todo, tienes razón, haces tu trabajo.

—Entonces, ¿Mickey?

—Tampoco...

—Mejor así, porque, verás, sé que Mickey está implicado de una u otra manera en ambos casos. Por eso busco pruebas y confirmaciones. Si quieres unirte a nosotros...

Chuluum no dudó un segundo. Se quitó la chaqueta, la dobló cuidadosamente sobre el respaldo de una silla y se acercó a la pizarra.

—¿Cómo estáis procediendo?

—Hacemos listas con los puntos sobre los que tenemos confirmaciones y con los que están sin respuesta.

—¿Por ejemplo?

—¿Qué ha sido de los padres de la niña? ¿Por qué no conseguimos saberlo?

—¿Porque murieron? —sugirió Chuluum.

—Yo también lo pienso —respondió Yeruldelgger, trazando una cruz al lado de la palabra «padres»—. Pero ¿cuándo?

—¿Cómo que cuándo?

—¿Antes o después de la muerte de la pequeña?

—¿Eso qué cambia?

—Bueno, si partimos del principio de que la chiquilla fue atropellada por un quad, puede ser que sus padres estuvieran ya muertos, lo que explicaría por qué andaba sola y sin vigilancia en una ruta de quads, o puede ser que los que la atropellaron asesinaran a los padres a continuación para no dejar testigos.

—¿Y qué diferencia tiene eso para nosotros?

—Capital. Los asesinos no serían los mismos. En el primer caso podría ser cualquiera y por cualquier razón, en el segundo serían sin duda los motoristas, para eliminar testigos del accidente. Es absolutamente necesario encontrar los cuerpos de los padres.

—También hay otra respuesta —apuntó Billy—. Los padres dejan a la niña sin vigilancia, los motoristas no se detienen después del accidente, los padres recogen el cuerpo de su hija, están traumatizados por su responsabilidad, se sienten culpables, la entierran y desaparecen marchándose a su casa.

—Es materialmente imposible que hubieran actuado así. He hecho verificar los visados de entrada y salida. Y no hay ninguno de entrada que no se corresponda con el de esa familia.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó el joven inspector.

—Desde 2002, el servicio de tramitación de visados está informatizado y centralizado. Un programa informático señala cualquier visado de entrada que no se corresponda con uno de salida dentro del plazo legal. Si alguien entra y no sale, se acaba por saber.

—El problema es que nadie está encargado de controlar ese archivo —intervino Chuluum—. Conozco bien ese servicio. Cuando estaba destinado en Choyr, tuve que gestionar los problemas con los rusos. Los soldados, sus familias, sus amantes, sus putas, todas aquellas personas tan maravillosas a las que habían hecho entrar a escondidas con los transportes militares y sin visado. Allí conocí a Sukhbataar. Él me ayudó muchas veces a solucionar situaciones bien retorcidas.

—¿Mickey trabajó en ese servicio?

—No exactamente. Él trabajaba en el control de fronteras. Con frecuencia le bastaba con llamar por teléfono o enviar un informe amañado para señalar una falsa expulsión, y el nombre desaparecía del archivo.

—¿Hay algún modo de ver el registro histórico de los archivos, de encontrar la huella de una manipulación?

—No, no creo...

—Pero ¡Mickey podría haberlo hecho!

—Podría, pero no hay nada que...

—Billy, hay que buscar en ese archivo a una pareja con una niña de cinco años que aparezca en «salidas», entre julio y septiembre, hace cinco años.

—Por otro lado —continuó Chuluum—, el país está en medio de un continente de nómadas. Las fronteras son coladores. Los padres pueden haber salido sin que nadie les haya preguntado nada.

—No lo creo. Un testigo los identificó como de tipo europeo, y probablemente no rusos. No me imagino que una pareja que está ocultando la desaparición de su hija prefiera volver a su casa desde Rusia o desde China antes que desde aquí. Para mí que están muertos y enterrados en algún lugar de nuestra tierra. Les pedí a los nómadas que encontraron a la niña que buscaran otras tumbas, pero no hallaron ninguna en la región. Si las tumbas de los padres existen, están en alguna otra parte del país. En cualquiera, pero yo me inclino más por algún sitio cercano al lugar del accidente.

—¿Qué más sabemos? —preguntó Chuluum.

—Oyun ha hecho un gran trabajo al recoger los fragmentos de faro. Solongo trabaja para establecer la relación de éstos con los que se encontraron en la bici de la niña. Con la matrícula podremos llegar al número de registro. Billy, hay que verificarlo todo y ponerle nombre al propietario de ese quad.

—¡De acuerdo, jefe!

—La furgoneta. También hay que encontrar la furgoneta. Yo llegué hasta Khüan, el kazajo del mercado de coches, y Oyun siguió la pista hasta un revendedor probablemente originario del Hentiy. Después de que Mickey pusiera patas arriba esta investigación, nadie se ha ocupado de buscar la furgoneta. Hay que hacer hablar al Kazajo y seguir la pista hasta el comprador para echar mano a la furgoneta. Incluso cinco años después, puede que todavía esconda algún indicio.

—Yo me ocupo de eso —dijo Chuluum.

—Preferiría que te ocupases de los chinos —lo interrumpió Yeruldelgger.

—¿De los chinos? ¿Por qué?

—Porque todas las armas que han sido identificadas proceden de un mismo lote comprado en el mercado negro a los militares rusos corruptos de la base de Choyr, la ciudad donde estuviste destinado. Seguramente tú podrás ayudarnos a comprender por qué hemos encontrado balas disparadas con armas de ese lote en los cráneos de los tres chinos. Y por qué se usó también el mismo tipo de arma

para disparar a Solongo en los Flaming Cliffs, a Oyun en las cloacas y a Gantulga en el canal de desagüe. Hay una relación entre esas armas y los chinos. Quiero saber cuál.

—Eso podría llevar tiempo...

—No puede llevar tiempo, Chuluum. La investigación sobre los chinos, como la de la niña, se ha hecho de cualquier manera desde el principio. No sólo nadie ha intentado formularse las preguntas adecuadas, sino que nadie ha hecho un trabajo de base. Si Mickey hubiera querido sabotear ambas investigaciones, habría actuado justo así. Billy, quiero que indagues a fondo sobre los tres chinos: adónde fueron desde que llegaron a Mongolia y dónde estuvieron los tres años precedentes. También quiero más información acerca de las dos mujeres.

El joven inspector se daba prisa en apuntar la lista de peticiones en su portátil. Yeruldelgger observó con satisfacción que, al mismo tiempo, iba anotando aparte los nombres de los departamentos o de las personas que podían ayudarlo a encontrar las respuestas adecuadas.

—Ah, Billy, también quiero saberlo todo del chino de la embajada que vino a pedirle mi cabeza a Mickey al comienzo de las investigaciones. Ese tipo parecía estar muy furioso, pero en realidad se cagaba de miedo ante la idea de perder algo, y quiero saber qué era.

—Estás yendo un poco lejos con eso —lo cortó Chuluum—. No estoy seguro de que sea una buena idea buscar bronca con los chinos. Esa gente tiene la mitad del país y del Gobierno, ¡no lo olvides!

—Qué bien, eso me deja la otra mitad para defenderme. No te preocupes por mí. Mejor ocúpate de Adolf.

—¿Adolf? ¿Por qué Adolf?

—Porque él es el vínculo entre los dos casos. Su banda de nazis se dedica a apalear chinos por placer y tiene una especie de campo de entrenamiento en el que esos fascistas se divierten haciendo carreras con quads coreanos. Es demasiada coincidencia, ¿no?

—Sí, pero puede que no sea más que eso, una coincidencia... De todos modos, Adolf no está en la ciudad en este momento.

—Tal vez. ¡Averigua dónde está y dínoslo!

57

...y dadas las circunstancias, ¡eso ya era mucho!

Erdenbat lo miraba hundirse en la arena de la gran duna de Khongor Els. El polvo de piedra, caliente y áspero, se le metía en la garganta y ahogaba sus gritos

cada vez que aullaba de terror. Ya sólo tenía la cabeza fuera de la arena. A unos centímetros de sus ojos, entre las botas de hierro de Erdenbat, el Olgoi Khorkhoi, el legendario gusano asesino del desierto de Gobi, se arrastraba hacia él por la arena. Cada tanto, su cuerpo sin cabeza, grueso como un brazo blando y cebado de sangre, salía a la superficie. De repente el monstruo se irguió y le escupió a los ojos su ácido mortal, que lo paralizó con una descarga de varios miles de voltios. Mickey se sacudió por el sobresalto y su cuerpo convulso cayó del sillón en el que la pesadilla lo había hundido.

—¿Estás bien, Mickey? —preguntó Yeruldelgger.

—Qué es lo que... ¡Ay, joder, qué pesadilla! ¡He debido de quedarme dormido! —dijo el capitán, todavía agitado—. ¿Qué hora es? ¿Qué haces aquí?

—Son las cinco. Oyun ha muerto.

—¡Mierda! —soltó Mickey, que se levantó de inmediato.

Estaban solos en el pasillo. Los monjes habían desaparecido. En la habitación de Oyun, la cama estaba deshecha. Las dos velas que habían traído los bonzos ardían solitarias.

—¿Qué ha pasado?

—Su corazón se paró... —explicó el comisario.

—¿Hace mucho?

—Apenas una hora...

—Lo siento, Yeruldelgger. ¿Estás bien? ¿Podrás aguantar el golpe?

—Lo haré. He transferido el cuerpo al servicio forense de Solongo. Ella va a prepararla para que esté presentable. Si no te importa, quisiera ocuparme en persona de entregar el cuerpo a la familia, del papeleo...

—Sí, lo comprendo —respondió Mickey, adoptando el aire más apesadumbrado que pudo—. Tómame el tiempo que haga falta. ¿Solongo ha hecho la autopsia?

—Todavía no. Precisamente, había pensado que quizá...

—Sí, sí, por supuesto. Le diré que haga lo mínimo. Incluso podríamos prescindir de ella. No merece la pena complicar las cosas a la familia. Que declare muerte accidental, yo me las apañaré con el expediente. Pero, eso sí, cuando echemos mano al que le ha hecho esto, créeme, Yeruldelgger, con expediente o sin expediente, yo mismo le pegaré un tiro. ¡Te lo prometo!

—¡Gracias, Sukhbataar! —respondió el comisario, dándole un apretón de manos.

Mickey se dirigió hacia la salida, con el corazón de repente aliviado y lleno de desprecio hacia Yeruldelgger. Acababa de salvar la mitad de su pellejo, y dadas las circunstancias, ¡eso ya era mucho!

58.

Nadie sabía dónde se había metido Saraa

Yeruldelgger comprendió de inmediato que todo el mundo estaba al tanto. Aunque ella trabajara con él, Oyun era apreciada por la mayor parte de los polis del departamento. Era una joven hermosa y una policía valiente que sabía hacer frente a Mickey y a sus lacayos. Muchos la admiraban por eso, y también por ser capaz de trabajar con el comisario. ¡Sobre todo por ser capaz de soportarlo!

Desde la muerte de Oyun, Mickey había desaparecido de la circulación. Había pasado por la morgue al amanecer sólo para ver el cuerpo y para decirle a Solongo que no valía la pena hacerle la autopsia, por el respeto que se debía a una colega y a su familia. Solongo le confirmó que ya había realizado todos los trámites para que Yeruldelgger pudiera entregar el cuerpo a los suyos un poco más tarde, ese mismo día. Mickey no tenía problemas con la idea de la muerte, pero toleraba mal la imagen que ésta ofrecía. Sin embargo, había insistido en ver a Oyun, y cuando la forense destapó el cuerpo desnudo y rígido de la joven, no pudo soportar la visión de todas aquellas heridas. Miró unos segundos la que le perforaba el pecho, a la altura del corazón, luego autorizó a la forense a que cerrara de nuevo el cajón de la cámara fría. Solongo le mostró entonces el certificado de defunción, que concluía, como él le había sugerido, que se trataba de una muerte por traumatismo debida a un accidente de quad. Mickey se fue y no se le volvió a ver por las oficinas en todo el día.

Yeruldelgger hizo una señal a Billy para que lo acompañara a la sala de reuniones, donde nadie se atrevería a molestarlos.

—¡Espero que tengas novedades! —gruñó el comisario.

—Sí, pero antes quería decirte que...

—Deja. El mejor homenaje que podemos hacerle es resolver estos dos casos.

—De acuerdo, de acuerdo —musitó el joven inspector, muy afectado—. Bueno, pues sí que tengo novedades sobre los chinos.

—¡Ah, eso está bien! ¿Has logrado que hable alguien de la embajada?

—¡No, no, nada de eso! Busqué sus nombres en internet, estuve visitando webs y blogs chinos no oficiales. Mira lo que encontré en un sitio de Hong Kong.

Billy reprodujo un vídeo en la pantalla. En él se veía el ataque sorpresa de unos militantes de una ONG contra una delegación china en una capital africana.

—¿Qué es eso? —preguntó Yeruldelgger.

—Militantes de Pure Earth en Libreville. La emprenden contra una

delegación de técnicos chinos que regresa de una prospección en el norte de Gabón para explotar minas de magnesio.

—¿Y qué tienen que ver esas imágenes con nuestros chinos?

—Las imágenes, nada, pero unos disidentes chinos que utilizaron las imágenes de Pure Earth publicaron en el sitio la lista con los nombres de los técnicos que componían la delegación china. Dos de nuestros fiambres aparecen en ella. Esos tipos eran expertos en geología minera.

—Bien hecho, Billy. ¿El tercero también?

—No, el tercero figura en la web oficial de la embajada como agregado cultural, pero de hecho aparece en muchos otros sitios occidentales y de disidentes chinos como representante directo de altas instancias del Partido. Era una especie de comisario político, cuyo nombre surge sobre todo cuando están en juego grandes negociaciones económicas. Ya estuvo destinado en Nigeria y en la República Democrática del Congo cuando los chinos negociaron allí importantes derechos de explotación minera.

—¿Los chinos también están allí?

—¡Cinco mil millones de dólares en inversiones en cada uno de los dos países! —respondió Billy sin consultar sus notas.

—¡Bravo, muchacho! Todo eso cambia un poco la perspectiva de la investigación. ¿Y en cuanto al chino de la embajada...?

—Es el agregado comercial en Ulán Bator. Por lo general, ese puesto sirve de tapadera a agentes del décimo o del decimoséptimo consejo del Ministerio de Seguridad chino, es decir, agentes encargados de recabar informaciones científicas o tecnológicas, o meramente económicas.

—Una especie de espía económico oficial. ¿Eso es lo que quieres decir?

—No, más bien sería el responsable oficial de varias operaciones oficiosas: obtención de información, lobbying, infiltración política y económica... En mi opinión, es el que dirigía a los otros tres.

—Entonces deberíamos tener una charla con ese señor, ¿no?

—Eso va a ser difícil. Fue repatriado con carácter de urgencia al día siguiente de vuestro encuentro en el despacho de Mickey. Yo creo que a estas alturas ese pobre tipo está ya en un centro de rehabilitación.

Yeruldelgger acercó una silla y se sentó al lado del joven inspector.

—Dos geólogos y dos espías chinos, tres muertos y un ex infiltrado, ¿en qué te hace pensar eso? —preguntó.

—En historias de prospecciones, de especulación, en una guerra de concesiones, ¡en ese género de cosas!

—¡Estoy de acuerdo! —aprobó Yeruldelgger, a quien cada vez le gustaba más el carácter del joven inspector—. Y voy a decirte una cosa, ¡todo esto me

trae muy malos recuerdos! Pero a ver, entonces, ¿para qué habrán servido los asesinatos y toda esa puesta en escena?

—Para apartar a los chinos del mercado, para meterles miedo y presionarlos durante una negociación. O puede que hayan sido represalias relacionadas con algo que hayan hecho. ¡O que se hayan negado a hacer!

—Si fue en represalia, habríamos tenido noticias de un negocio anterior similar, con otras víctimas.

—No necesariamente. Cuando los negocios son por miles de millones de dólares, crímenes como éstos pueden cometerse para hacer pagar cosas inmateriales, incluso abstractas: una cláusula, una exclusividad, ¡cualquier cosa de ese tipo!

—Pero ¿por qué emascular a esos tipos? Con matarlos habría sido suficiente. Por otro lado, Oyun insistió acertadamente en el doble modo de operar. Podría pensarse que hay un doble mensaje en esos crímenes: la ejecución de los chinos, para presionar a sus compatriotas, y el ensañamiento con los cuerpos, para impresionar al público.

—El mensaje de la ejecución para mí está claro —murmuró Billy, reflexionando—, pero el mensaje de la carnicería no lo veo. Quizá querían alimentar el odio generalizado contra los chinos, pero no había necesidad de eso. ¿Por qué no puede ser una ejecución con un mensaje dirigido a los chinos, y disfrazada de racismo salvaje para distraer la atención del público y de la policía?

—Bien podría ser... —concedió Yeruldelgger—. ¿Y qué sabemos de las chicas?

—Dos prostitutas. Ocasionales, no profesionales, según un colega del departamento de Antivicio. Una puede que fuera un poco más profesional que la otra. Según él, tenían un circuito restringido adonde iban a pescar incautos. Por lo general, en el Mass, en el distrito norte, o en el Altai Lounge. Ellas levantaban a los tipos y luego telefoneaban a una o dos amigas para formar la fiesta. No eran chicas de alto standing.

—¿El Mass y el Altai, dices? —lo cortó Yeruldelgger, que había dejado de escuchar al joven inspector—. ¿El Mass no está a dos pasos de la ciudadela en la que prendieron fuego a dos apartamentos?

—Sí, justo antes del bloque grande de apartamentos, un poco al este...

—Y el Altai está en la Peace Avenue, ¿sabes a quién pertenece eso?

—No, pero puedo averiguarlo enseguida —se excusó Billy, pillado en falta.

—No te preocupes, no era una pregunta: ese club pertenece, bajo cuerda, a Erdenbat, y algo me dice que nuestro amigo Chuluum hace trabajitos de seguridad allí. Interesante, ¿no?

—Sí —reconoció Billy—. Y si estoy pensando lo mismo que tú, te respondo que sí: podría ser interesante darse una vuelta por allí, para ver a quién conocían o frecuentaban las señoritas.

—Exacto. Entonces, yo voy al Altai y tú al Mass. Pero antes dime si tenemos alguna confirmación sobre la matrícula del quad. ¿Podemos llegar hasta su propietario?

—No, todavía no. Al parecer, lo importaron de forma temporal con matrícula de Corea, pero los servicios de matriculación coreanos no se están dando mucha prisa en ayudarnos con este asunto.

—Intenta encontrar una manera de meterles presión. Tenemos que saberlo pronto, ¿de acuerdo? Mientras tanto, me largo al Altai. Nos vemos más tarde. Sólo tengo una cosita que arreglar antes...

—¡De acuerdo, jefe! —dijo el joven inspector, concentrándose de nuevo en el ordenador.

—¡Billy!

—¿Sí?

—Quiero decir una cosita confidencial, ¿me entiendes? Algo para lo que necesito estar a solas en el despacho.

—¡Ah, perdón! ¡No lo había pillado, jefe! ¡Disculpa, me voy! ¡Me voy de inmediato! —respondió Billy, que se enredó los pies con los cables del cargador de su portátil al intentar desaparecer a toda prisa.

Cuando estuvo solo y el inspector hubo cerrado bien la puerta de la sala de reuniones, Yeruldelgger hizo una decena de llamadas breves desde su móvil. En cada ocasión, la respuesta fue la misma. Nadie sabía dónde se había metido Saraa.

59

«¡No te preocupes, ella lo sabrá!»

Mickey pidió un White Russian. Había decidido hacer de él su cóctel preferido después de ver *El gran Lebowski*. Le parecía que tenía clase. Le gustaba recibir las miradas de sorpresa cuando lo pedía. También le gustaba el ligero toque provocador que causaba la palabra *russian* en la nueva Mongolia. Chuluum pidió un whisky «como de costumbre», sin agua ni hielo.

—¡No sabía que eras un habitual aquí! —dijo Mickey, asombrado.

—Hago trabajos para Erdenbat. El club es suyo —explicó Chuluum.

—¿Qué tipo de trabajos?

—Seguridad, persuasión, protección... Las mismas cosas que cuando estoy

de servicio, pero en privado. Exactamente como tú.

—¿Qué quieres decir con «exactamente como yo»? ¿Qué insinúas?

—¡Mickey, Mickey! Tus escapadas al Hentiy, tus actividades de operador turístico para coreanos adinerados en busca de aventuras todoterreno también son «trabajos», como los míos, y te voy a decir una cosa, ¡no hay nada de malo en ello, créeme! ¡No estoy en condiciones de reprochártelo!

—Vale, ¿y por qué querías verme, Chuluum? ¿Qué pasa ahora?

—Nada, Mickey. Es sólo que parece que estás metido en la mierda y hay gente que querría evitar que la esparcieras.

—¿Eso es una amenaza? ¿Tú sabes quién soy yo? ¿Se te ha olvidado acaso que soy tu superior?

—Cálmate, Mickey, que no es una amenaza. Sólo me ha pedido que te haga llegar un mensaje y que vea si necesitas que te echen una mano.

—¿Quién, Erdenbat? ¿Es un mensaje de Erdenbat? ¿Es eso? Entonces dile que no necesito ayuda. Límitate a recordarle que hace cinco años que protejo su culo, y que ésa es la única razón por la que ahora estoy de mierda hasta el cuello. Por protegerlo, a él y a sus amigos coreanos. Tú no lo entiendes, pero lo entenderás, ¡te lo aseguro!

—Puede que seas mi superior, pero yo soy poli, así que no me vengas con cuentos del tipo «tú no puedes entenderlo». Tu historia con el coreano me la sé al dedillo, Mickey, y también lo que has hecho por Erdenbat, y él te está verdaderamente agradecido por ello. El problema, a ver si lo pillas, es que el imbécil de Yeruldelgger desenterró a la niña, ¡y eso complica mucho las cosas! Además, el coreano no es sólo un tipo al que le gusta soltar la pasta para hacer raids en quad, se ha convertido en un mandamás de la economía de su país. Un peso pesado, muy pesado, y Erdenbat tiene grandes proyectos con él. El coreano ha venido a Mongolia para arreglar las cosas. Lo habrás visto en los periódicos, ¿no?

—¡Por supuesto que lo he visto! —dijo Mickey, ofuscado y forzando el tono para recuperar el aplomo.

A una señal de Chuluum, una camarera de ademanes un poco exagerados y sonrisa golosa depositó sobre la mesa otro White Russian y otro Lagavulin solo.

—Puedes decirle a Erdenbat que estoy haciendo lo que tengo que hacer para enterrar este asunto de la mejor manera.

—¡No has perdido el sentido del humor! —dijo, riendo con sorna, el inspector.

—¿A qué viene eso?

—¡Enterrar! —insistió Chuluum—. Enterrar el asunto de la niña enterrada viva: ¡eso es tener sentido del humor!

—¿Así que te parece gracioso?

—No, ¡a mí lo que me da risa es el equipo de inútiles que montaste para ocuparte de los coreanos! Adolf, ¿en qué pensabas? ¿De dónde lo sacaste?

—En esa época eran tan sólo una banda de motoristas, de pirados del quad que servían perfectamente para el caso —explicó Mickey, bajando la voz—. ¡Todavía no se habían convertido en esa especie de nazis tarados que son hoy en día!

—De todos modos, ¡tu Adolf ya era lo bastante estúpido como para no darse cuenta de que la niña que estaba enterrando seguía viva!

—¿Y qué cambia eso? No la encontraron porque estuviera viva. ¡Él no podía preverlo!

—¿Ah, no? ¿Y no sabía que estaba enterrándola en un pedazo de estepa inundable, empapada por las lluvias y las crecidas del río? ¡No sé si te das cuenta de que el tipo recorrió doscientos kilómetros para enterrarla lo más lejos posible del lugar del accidente, y resulta que lo hizo en uno de los pocos sitios en los que el cuerpo podría reaparecer! Y además, ese vago podría haber cavado más profundo, ¿no? Mira, Mickey, Erdenbat te está agradecido por lo que has hecho por él y el coreano, pero lo que no te perdona son todos esos detalles ¡porque la han cagado!

—¿Qué es eso de que no me lo perdona?

—Compréndelo. Cuando lo llamaste, la noche del accidente, le prometiste ocuparte de ello. Y ahora descubre que en lugar de hacerlo tú mismo, de un modo profesional, se lo encargaste al primer imbécil que encontraste y ahora él tiene a Yeruldelgger tras sus pasos.

—Bueno, dime, ¿cuál es exactamente el mensaje de Erdenbat? —preguntó Mickey, irritado.

—El mensaje es: «haz limpieza y arregla el problema».

—¿Y si el problema es Yeruldelgger?

—¡Haz limpieza y arregla el problema!

—Coño, Chuluum, tú sabes que Yeruldelgger también ha empezado a limpiar por su lado, ¿no? Conoces al Tatuado, ¿verdad? ¿Sabes que ha desaparecido?

—Razón de más para hacer limpieza y arreglar...

La misma camarera de caderas anchas que les había servido se inclinó y campaneó sus pechos mientras dejaba encima de la mesa otro White Russian y otro Lagavulin solo.

—¡No he pedido nada! —dijo Chuluum, volviéndose hacia la chica.

—¡Yo tampoco! —se defendió el otro alzando las manos.

—Los invita el tipo de ahí —murmuró la camarera, mostrando sus dientes

anchos y separados.

Los dos se volvieron a la vez y se dieron de narices con Yeruldelgger, que se acercaba con un vaso de Perrier en la mano para sentarse a su mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Mickey, que trataba de ganar tiempo para reponerse de la sorpresa.

—Agua con gas —respondió Chuluum, anticipándose al comisario—. ¿Qué haces aquí?

—¡Ahogo las penas! —dijo Yeruldelgger, blandiendo su vaso de agua.

—¿Cuándo es lo de Oyun? —preguntó Mickey, que se apresuró a aprovechar la ocasión.

—¡No va a ser! Nadie está invitado. Me llevo su cuerpo a casa de sus padres, en la estepa, van a enterrarlo a la antigua en cualquier lugar y se acabó.

—Sabes que lo de las sepulturas a la antigua está prohibido... —se atrevió a decir Chuluum, mirándolo a los ojos.

—¿Crees que alguien me lo va a impedir?

—No, no lo creo —respondió Chuluum, mirando ahora a Mickey.

—¡De todos modos, pondré atención! —prosiguió el comisario.

—¿Atención a qué?

—¡A enterrarlo lo suficientemente hondo para que no salga a la superficie! —replicó Yeruldelgger, lanzando una mirada risueña a los ojos asustados del capitán. A continuación, levantó su vaso y propuso un brindis—. ¡Por Oyun!

—¡Por Oyun! —clamó Chuluum.

—Por Oyun —murmuró Mickey.

—Bueno, creo que voy a pagarme una chica —dijo Yeruldelgger sin tocar su vaso.

—¿Que vas a qué? —preguntó el capitán, indignado.

—Una noche que estábamos de vigilancia, Oyun me hizo prometerle no llorar por ella si moría en acto de servicio. Quería que me ocupara de todo y que a continuación me pagara los favores de una chica en recuerdo de todo lo que no habíamos hecho juntos. Creo que estaba colada por mí...

—¿Y vas a hacerlo de verdad?

—Soy un hijo de la estepa, Mickey. Allí, una promesa es una promesa. ¡Y lo que se promete a una muerta es un deber!

—¡Entonces, el deber te llama! —resopló Chuluum al tiempo que le señalaba a una muchacha a la que acababa de hacer una seña discreta.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Mickey, ofuscado pero aliviado de poder largarse—. ¿De verdad vas a hacerlo? Oyun ni siquiera está enterrada, ¿y tú vas a hacerlo? Os dejo, ¡no quiero verlo!

—¿Sabes de algún lugar adonde podamos ir? —preguntó Yeruldelgger al

inspector, mientras la mano de la chica se deslizaba bajo su camisa.

—¡No te preocupes, ella lo sabrá!

60

...en el valle que había frente a su rancho...

El apartamento daba por un lado a los tejados en terraza del hospital de medicina familiar del distrito 14 y a su césped polvoriento, y por el otro a las aceras anchas y llenas de tiendas del bulevar, a la altura del Happy SanSar Center. El bloque de apartamentos se alzaba como un acantilado a treinta metros de la calle ruidosa y de sus viandantes, siempre incomodados por la contaminación del tráfico. Entre ambos, como hacían los restaurantes de playa en otros países más afortunados, se alineaban grandes comercios de cualquier cosa, como cubos de colores yuxtapuestos, que terminaban por dar a las aceras situadas junto a los aparcamientos el aspecto de paseos comerciales.

Yeruldelgger miraba a la muchedumbre despreocupada, que deambulaba bajo el sol, desde la ventana del sexto piso. Estaba en un apartamento de dos habitaciones diminuto, recargado de muebles y de adornos, con juguetes de niño amontonados en un rincón, que olía a viejo, a polvo y a dulces de leche agria. La chica había probado varias llaves antes de dar con la buena y luego había comenzado a desnudarse antes incluso de dejarlas sobre el mueble de la tele, como se hace cuando una entra en casa para sentirse a gusto. Pero el instinto de Yeruldelgger no le había fallado. No estaban en casa de la chica y él había interrumpido su gesto con la voz más dulce que fue capaz de poner.

—No te molestes...

Ahora estaban los dos en la penumbra del pequeño apartamento. Ella había vuelto a vestirse de mala manera, sentada en un destartado sillón de cuero agrietado y cubierto por una pieza fina de croché. Él, pensativo, miraba por la ventana aquella ciudad desordenada que no conseguía detestar. Yeruldelgger percibía el olor del lugar y el perfume de la chica. Le vino a la mente la muerte de Marilyn Monroe, que decía que dormía desnuda, vestida tan sólo con su perfume. La chica debía de intentar hacer lo mismo: mostrarse desnuda ante sus clientes y embriagarlos con su perfume. En la calle, él había tenido la impresión de que al caminar junto a ella atravesaba una ciudad demasiado contaminada dentro de una burbuja demasiado perfumada.

—No es nada personal. Eres hermosa, ése no es el problema. ¡Es sólo que no he venido para eso!

—Eres poli, ¿no?

—Sí.

—¡Mierda! ¡Chuluum podría haberme prevenido al menos!

—Trabajo con él. Los dos estamos a las órdenes del otro tipo que estaba en el Altai con nosotros —dijo Yeruldelgger sin darse la vuelta, cautivado por el caos calmo de Ulán Bator visto desde lo alto.

—Chuluum no está a las órdenes de nadie —respondió la chica con una pizca de provocación—. ¡En el Altai, cuando no está el Turco, es él quien manda!

—¿El que tú llamas el Turco es Erdenbat?

—¿Quién si no? Está claro que no conoces a Erdenbat. Si vieras el aspecto que tiene, ¡comprenderías que el apodo el Turco le va como un guante!

—Conozco bien a Erdenbat. De hecho, en otra vida estuve casado con su hija.

—¡Mierda! —soltó la chica, cubriéndose sus pechos enormes con la tela fina del escote—. Eres Yeruldelgger, ¿verdad? ¿El poli que está loco?

Él dejó caer la cortina gris, que sujetaba con un dedo, y se dio la vuelta.

—¿Eso es lo que te han dicho de mí? —preguntó sin alterarse—. ¿Que estoy loco?

—¡No me hagas daño, te lo ruego!

—No tengo intención de hacértelo —dijo con un resoplido, dejándose caer en el sofá que había al lado de una mesa baja y maciza—. ¿Dónde estamos? Ésta no es tu casa, ¿me equivoco?

—No. Antes vivíamos en un apartamento en un décimo piso, en la ciudadela, detrás del hospital, pero se quemó.

—¿En el doble incendio de hace unas semanas?

—Sí —respondió ella, que se puso de inmediato a la defensiva.

—¿Sabes qué ocurrió?

—¡El poli eres tú, no yo!

—Da igual, de todos modos no es eso lo que me interesa. Quiero hablarte de las dos chicas ahorcadas, las que estaban con los chinos.

—¡No sé a qué te refieres! —dijo ella, cerrándose en banda.

Yeruldelgger no insistió. Se contentó con mirarla fijamente en silencio, y lo que ella vio en sus ojos no tardó en hacerla ceder. No era una amenaza, sólo una determinación inquebrantable. Una fuerza que se enraizaba en aquel hombre como una roca lo está en la estepa.

—Te lo ruego, ¿para qué complicar las cosas? Tómame, date el gusto, ¡haz lo que quieras! ¿Por qué hablar de ellas?

—¿Y por qué no?

—Porque, si lo hago, Chuluum se enterará y nunca más podré ir a trabajar

al Altai. ¿Cómo voy a ganarme la vida entonces?

—Y si no lo haces, no podrás volver a trabajar, punto. ¡En ningún sitio! — dijo Yeruldelgger con voz sosegada.

La joven permaneció en silencio, cabizbaja y con lágrimas en los ojos, luego se sacudió los cabellos azabache, como si ni ella misma pudiera creer lo que iba a hacer. Tenía el rostro redondeado de las mujeres mongolas. Sin maquillaje, podría haber sido una nómada en su yurta, alegre y con una vida dura entre la estepa y el cielo inmenso. Pero ella no había querido esa vida. Ahora tenía una carencia de sentido y de horizontes, en medio del humo y del hormigón, que le parecía menos penosa. Bueno, ¡al menos mientras no se cruzara en el camino de tipos como Yeruldelgger!

—Las conocía, eran ocasionales. Alguna vez trabajamos juntas en el otro apartamento, con algún grupo. Eran valientes. No sé por qué gustaban tanto a los chinos. El tipo de la embajada siempre quería que acudieran a sus fiestecitas. ¡Es horrible lo que les hicieron!

—Aquella noche, ¿quién organizó la fiesta en la fábrica? ¿El tipo de la embajada?

—No, era el San Valentín chino. Los de la embajada habían organizado algo en un apartamento para celebrarlo, en el barrio de las embajadas.

—¿Tú estabas allí?

—No —respondió la chica demasiado deprisa, mirando de pronto hacia la ventana.

—¿Quién llevó a las chicas con los chinos? ¿Fue Chuluum?

—No. El otro, tu jefe, es el que siempre se ocupa de las chicas.

—¿Mickey?

—No se llama Mickey, se llama Sukhbataar.

—Lo sé, Mickey es como lo llamamos en la policía. ¿Estás segura de lo que dices?

—Completamente. Él llevó a las chicas. Por lo general, se queda un rato. Mira los striptease y luego se va.

—¿Cómo sabes tú eso?

—En alguna ocasión me escogió a mí también para ir con los chinos. Y además, hablamos entre nosotras, nos contamos cómo nos ha ido, por si...

Yeruldelgger se quedó mirando a la chica un buen rato. Ella intentó sostenerle la mirada unos segundos, luego empezó a rebuscar, nerviosa, en su bolsito para sacar un cigarrillo, que encendió con mano temblorosa. Enseguida fijó la vista en el humo azul, que exhalaba fuerte hacia arriba, por encima de la cabeza.

—¿Fue también Mickey quien pasó a buscaros después?

—Pero ¿qué dices? ¡Ya te he dicho que yo no estuve allí aquella noche!

—¿Qué perfume llevas?

—¿Qué? ¿Por qué quieres saberlo?

—¿Qué perfume llevas?

—¡Uno francés!

—¡No me digas! ¡Francés de Shenzhen!

—¡Da igual mientras a mis clientes les guste!

—Justo la noche de la masacre, cuando el chino llegó a la fábrica en la limusina de la embajada, apestaba a ese perfume. Estuviste con él aquella noche, ¿no es verdad?

—¿Porque olía a mi perfume? ¿Ésa es la única prueba que has podido encontrar? ¡Pensaba que eras mejor policía!

—¿Y tú te crees que he ido al Altai porque sí, por casualidad? Me he empollado vuestros expedientes antes de ir. En la calle te haces llamar Colette, a la francesa, porque siempre llevas el mismo perfume francés. Has pasado varias noches en comisaria por haber intentado arrancarles los ojos a chicas que trataron de levantarse al mismo tipo que tú. ¿No es cierto?

—...

—Entonces, ¿estuviste con el chino?

—Escucha, ¿no puedes aflojar un poco? Van a matarme por tu culpa, ¡y encima estoy segura de que lo sabes y te da igual!

—No te ocurrirá nada —dijo Yeruldelgger mientras rebuscaba en sus bolsillos para sacar un puñado de billetes—. Toma esto y vete diez días a descansar al campo en algún lugar de la estepa; cuando regreses, ya no tendrás nada que temer.

La chica miró unos instantes el fajo de billetes. Luego exhaló el humo hacia un lado, aplastó el cigarrillo en un cenicero robado del hotel Mongolia y cogió los billetes para contarlos. Había más o menos diez veces la cantidad que sacaba de media en una jornada. Se preguntó si el poli estaba hasta ese punto bien informado sobre ella o si había sido sólo una casualidad.

—¿Suficiente? —preguntó él.

La chica miró al techo hastiada y puso los billetes sobre la mesa para encenderse otro cigarrillo, con un gesto menos febril que con el primero.

—Entonces... ¿fue Mickey, quiero decir Sukhbataar, quien pasó a buscaros aquella noche?

—No, pero vino dos veces por allí. La primera, lo vi reflejado en un espejo. Comprobaba que todo estuviera yendo bien. La segunda fue mucho más tarde, cuando ya habíamos terminado. Todo el mundo dormía, menos yo. Ese cerdo casi me violó a toda prisa en el cuarto de baño. De repente me empujó contra la

pared y despertó a los chinos. Luego se marcharon deprisa y corriendo y no los volví a ver. Él tuvo el tiempo justo de decirme que reuniera a las otras chicas y desapareciera rápido.

—¿Crees que acababa de contarle al chino lo de la masacre de sus compatriotas en la fábrica?

—¡No sé qué otra cosa podría haber asustado tanto al chino y haber hecho salir corriendo así a Sukhbataar!

—Y en cuanto a las dos chicas muertas, ¿qué comentasteis entre vosotras?

—Que cada vez es más peligroso tener clientes chinos. Cada vez hay más gente que los odia y eso nos afecta.

—¿Dirías que las mataron por eso?

—¿Tú qué crees? —lo provocó ella—. Con las pelotas de los chinos metidas en la boca, ¿ves acaso otro mensaje?

Yeruldelgger no respondió. Se levantó, miró a la chica, que lo miró a su vez con ojos inquietos, irritados por el humo, y se acercó a la ventana. No le sorprendió ver el coche de Chuluum mal aparcado delante del Happy SanSar Center. Dejó caer la cortina y se dirigió a la puerta.

—Me voy. Llama a Chuluum y dile que ya me he marchado. Y, hazme caso, lárgate enseguida.

La chica no respondió. Sentada en el sillón destartado, se quedó inmóvil mirando el cielo sucio a través de la cortina gris de nicotina. Cinco minutos más tarde, oyó una llave deslizarse en la cerradura y la puerta se abrió. Aplastó el cigarrillo en el cenicero, metió los billetes en su bolsito, que apretó contra el vientre, y se dirigió hacia la puerta.

—¿Y bien? —preguntó Chuluum desde el umbral.

—Ha sido como pensabas, me ha hecho preguntas —respondió ella mientras salía al descansillo.

—¿Y tú que le has dicho?

—He mentado, como me mandaste.

—¿Te ha creído?

—¿Has intentado adivinar lo que piensa ese tipo? No lo sé. Le he dicho lo que me dijiste.

—¿Le has hablado de Mickey?

—¡Te lo repito, le he dicho lo que me dijiste!

—¿Te ha pagado?

—Sí...

—¡Déjame ver!

—...

—¡Déjame ver!

Chuluum le arrancó el bolso de las manos y sacó el fajo de billetes. La chica decidió adelantarse.

—No le he pedido nada, es él quien me ha pagado para que me fuera a descansar al campo durante unos días. ¡Te juro que es para eso!

—Te creo, ese memo es capaz de una cosa así.

—¿Me los devuelves?

—Estás soñando, ¿no? Venga, nos largamos.

Chuluum la tomó del brazo y la llevó con firmeza hacia las escaleras. Los falsos zapatos de tacón parisinos de la chica resonaron contra los peldaños de hormigón.

Yeruldelgger esperó a que hubieran descendido dos plantas para bajar a su vez del piso al que había subido para espiarlos. De todo lo que la chica le había contado, sólo había podido mentir sobre una cosa: el papel de Mickey. Por tanto, Chuluum estaba echándole el muerto al capitán. Eso era interesante.

El comisario se aseguró de que hubieran partido antes de salir del edificio, luego llamó a Billy para saber cómo iba con la otra chica. El joven inspector se excusó por no haber podido pasar por el Mass a causa del papeleo atrasado de otra investigación. Yeruldelgger lo tranquilizó. Había averiguado lo que quería saber. Quedaron más tarde, por la noche, en un restaurante muy conocido, el Mongolian Barbecue, y aprovechó el sol de verano para ir a pie hasta el hospital donde trabajaba Solongo. De paso, compró el diario a un chaval que apenas tendría cinco años y que intentó venderle cigarrillos de contrabando. Toda la primera página estaba dedicada a los preparativos del gran naadam, con un recuadro consagrado al naadam privado que organizaba Erdenbat en honor de la delegación coreana en el valle que había frente a su rancho...

61

«¡Es algo que tienes que ver!»

Mickey regresó a la morgue cuando se enteró de que el cuerpo de Oyun iba a ser trasladado. Asistió desde lejos a la introducción del cadáver en el ataúd y se sorprendió al pensar que incluso con el rostro lívido y tumefacto, Oyun seguía siendo bella. Se preguntó si Yeruldelgger se la habría tirado. Luego Solongo autorizó a los encargados para que se llevaran el féretro y se acercó al capitán. Él la tomó del brazo y la acompañó a la puerta.

—Siento meterte prisa, Mickey, pero aún tengo que terminar dos autopsias, de una pelea de borrachos. ¡Ya sabes cómo son los días que preceden al gran naadam! En cuanto a la pobre Oyun, Yeruldelgger se ha ocupado de los trámites.

Va a llevar el cuerpo a la familia. Son nómadas, están en algún lugar al este de Bor Undur.

—¿Qué piensa él de todo esto?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, vosotros tenéis confianza, ¿no? ¿Te ha dicho ya lo que piensa de todo esto? ¿Va a seguir investigando? ¿Sabes si tiene alguna pista interesante?

—Sukhbataar, tú eres su superior y le has quitado todos los casos, ¿cómo puedes hacerme semejantes preguntas?

—¡Porque todo el mundo sabe que él no escucha a nadie y que hace lo que le da la gana! Te lo digo por su bien, Solongo. Han matado a Oyun, ¡y a él podría ocurrirle exactamente lo mismo!

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Está en peligro? ¿Sabes algo?

—No, no, lo que quiero decir es que alguien que no ha dudado en matar a un poli podría matar a otro, ¡eso es todo! ¡Tenemos que protegernos!

—No te preocupes por Yeruldelgger, ya es mayorcito. Por cierto, no me han llegado los cadáveres de tu caso del campamento de motoristas.

—Ya, como pensé que preferirías ocuparte de Oyun, he confiado mis cinco fiambres al forense del hospital número 7. Así podrás ir al entierro, si quieres.

—Gracias, qué amable, pero no irá nadie aparte de Yeruldelgger. Parece que Oyun y él lo habían hablado durante una vigilancia. Ella no quería que fuera nadie. Sólo él, su familia y una tumba en la estepa para quedarse a solas con su Creador

y nunca recibir visitas. Ése era su rollo.

—¿Se había vuelto mística ella también?

—¿Por qué dices eso?

—Yeruldelgger se pasea ahora con bonzos, ¿no te has fijado?

—Sí, creo que durante los diez días que desapareció estuvo retirado por ahí, en un templo. El caso de la niña le ha dado duro, ya sabes. Le recuerda demasiado a la muerte de Kushi.

—Ah, a propósito de niños: ¿alguien sabe qué ha sido del chaval que fue testigo del asesinato de Oyun? Parece que era la mascota de la banda, ¿no?

—Ya sabes... yo puedo decirte cómo murieron los muertos, pero lo que ocurre con los vivos ¡se me escapa un poco! Oye, tengo que dejarte. He de ponerme ya a despedazar a mis borrachos.

Mickey arrugó la nariz y se preguntó cómo una mujer tan capaz había podido escoger aquel oficio. Ya puestos, se preguntó si Yeruldelgger se la tiraba a ella también.

La forense lo acompañó hasta el pasillo y se aseguró de que hubiera

abandonado la planta antes de regresar a la morgue y llamar a su amigo con el móvil.

—Soy yo. El féretro de Oyun acaba de salir de aquí. Mickey ha venido a ver cómo la metíamos dentro.

—¿Ha dicho algo?

—Que no eres prudente y que deberías tener cuidado. También ha preguntado por Gantulga.

—¿Sabe quién es?

—No, pero sabe que era la mascota del grupo.

—No te preocupes. Está en un lugar seguro.

—¿En el monasterio?

—¿Y si estás bajo escucha?

—¿Crees que llegarían a ese extremo?

—¿No te parece que han ido ya bastante lejos?

—Es verdad... A propósito de Gantulga, ¿cómo se ha tomado lo de Oyun?

—Es un chaval inteligente.

—¿Qué quiere decir eso?

—¡Que es un chaval inteligente! Por cierto, esta noche voy a cenar al Mongolian Barbecue con Billy. ¿Quieres venir con nosotros?

—¿Como tu forense o como tu amante? —preguntó Solongo, con una sonrisa en la voz.

—Como mi compañera, ¿te parece bien?

—¡Te quiero!

Yeruldelgger esperó a que ella colgara para decirle que él también la quería. Aún debía combatir ciertos pudores y prudencias antes de volver a amar sin reservas.

Al comisario le quedaba un último punto por aclarar y cruzó la ciudad en un bus recalentado con un antiguo motor pasado de revoluciones. El hombre que abrió la puerta del miserable apartamento supo de inmediato que no debería haberlo hecho.

—¿Batnaran?

—¿Quién eres tú? —preguntó el hombre, desconfiado.

—Soy poli. Un colega de Oyun.

—¿Oyun? ¡Imposible! Ya se lo conté todo a ella, ¿de acuerdo? ¡No tengo nada que añadir!

—El problema es, precisamente —prosiguió Yeruldelgger con calma—, que las cosas se le han complicado un poco desde que hablaste con ella.

—¡Se lo advertí! Le dije que podría ocurrirle algo, ¿qué ha pasado?

—Una bala en el corazón —anunció Yeruldelgger, sin dejar escapar

ninguna emoción.

Batnaran también intentó permanecer lo más imperturbable posible. Temía que la calma del policía anunciara algo todavía peor.

—¿Y? —preguntó con resignación anticipada.

—¡Bingo! ¡Tú eres el último que habló con ella! Así que ahora es a ti a quien se le complican las cosas.

El hombre hizo entrar a Yeruldelgger en su minúsculo apartamento de paredes de madera desvencijadas. Le ofreció un whisky malo chino o un té salado, y su invitado optó por el té. Batnaran respondió que para hacer el té había que esperar a que su mujer volviera, pero que no iba a tardar. Luego, a petición del policía, contó de nuevo lo que sabía sobre los famosos raids de los coreanos.

Yeruldelgger lo dejó hablar. Cuando se detenía, no lo animaba a continuar. El otro intentó varias veces permanecer en silencio, pero Yeruldelgger se limitaba entonces a mirarlo con aplomo. Sin decir una palabra, bajo la amenaza de su silencio, lo obligó a precisar cada vez más. Después de veinte largos minutos, supo que acababa de dar con otro hilo en el caso de la niña. En tres ocasiones, a lo largo de su relato, el guarda forestal había mencionado un campamento para turistas que, al parecer, era la última parada en diferentes raids. Yeruldelgger tomó las riendas de la situación y, sin hacer preguntas directas, empujó a Batnaran a que se lo contara todo acerca del campamento del Oso, dónde estaba, cómo se llegaba, cuántas yurtas había, cuántas cabañas. Se enteró de que una anciana se encargaba de cocinar, ayudada por dos mujeres más jóvenes, de que tres o cuatro chavales de los pueblos vecinos se ocupaban de la limpieza y el servicio y de que una bestia patibularia lo controlaba todo.

Yeruldelgger se convenció enseguida de que la descripción del lugar y las circunstancias cuadraba con la idea que se había hecho del accidente. Por primera vez en el rompecabezas de aquel caso, las trayectorias de la niña, el coreano, Mickey y Adolf coincidían en un punto concreto. Un lugar donde, probablemente, podría encontrar huellas de los padres desaparecidos. Y, sobre todo, un lugar cuya descripción le recordaba muchísimo al escenario de su pesadilla.

Según Batnaran, a los guardas les habían dado vacaciones una semana más tarde; eso significaba, según él, que el raid tendría lugar en el campamento del Oso la víspera del gran naadam y no una semana antes, como en los años precedentes. Yeruldelgger se guardó para sí la intuición de que la presencia de la delegación coreana no era ajena a aquella cita y se despidió del hombre antes de que su mujer regresara y les preparara el té.

En cuanto salió, el comisario llamó a Billy para confirmarle la cena en el

Mongolian Barbecue.

—Qué bien que me llames —respondió el joven inspector—, tengo dos buenas noticias. La primera es que sólo ha faltado que la matrícula del quad que Oyun llevaba encima se pusiera a hablar.

—Hermano, dime ya que está relacionada con el coreano.

—¡Exacto! Los servicios de matriculación de Corea nos han respondido. El quad se registró allí a nombre de la sociedad Korean Vanguard. Accionista mayoritario: el holding de Park Kim Lee, que es también su director ejecutivo...

—¡Bien hecho, Billy!

—Ningún mérito, jefe. Fue Oyun quien envió todas las solicitudes antes de... en fin... Bueno, un cuarto de hora después de recibir la respuesta, la embajada de Corea llamó al departamento para preguntar cuáles eran las razones de nuestro interés por la Korean Vanguard. Querían hablar con Mickey, pero, como él no estaba, yo respondí a la llamada. Les dije que habíamos dado con los restos de un quad robado y que intentábamos identificar a su propietario. En mi opinión, empezarán a sospechar pronto.

—No importa, con eso tenemos suficiente para establecer el vínculo con Park Kim Lee.

—Otra cosa, también respecto de los fragmentos de cristal que Oyun recogió del quad del campamento: un primer examen rápido permite confirmar que provienen del mismo faro que el trozo que tú encontraste en el pedal del triciclo de la niña. Solongo ha contactado con su colega alemán para que se lo confirme, pero su respuesta podría tardar un poco. De todos modos, nuestra policía científica es categórica: uno de los fragmentos del triciclo encaja a la perfección con uno de los del campamento.

—Ésa es una buenísima noticia, Billy. No sólo hemos vinculado a Park Kim Lee con el quad, sino que también hemos establecido una relación entre el quad y el accidente. Salvo que se demuestre que el coreano no iba conduciendo la máquina, él fue quien mató a la niña. Y por si fuera poco, Oyun consiguió una foto suya subido al quad. Parece que tenemos a nuestro asesino. ¡Buen trabajo, muchacho!

—Espera, espera, ¡hay más!

—Creía que sólo había dos buenas noticias...

—Sí, pero la matrícula y el faro tienen que ver con el quad, así que son la misma cosa. Ésa era la primera buena noticia.

—¡¿Cuál es la otra, entonces?!

—Dime mejor dónde estás y paso a buscarte. ¡Es algo que tienes que ver!

«¡...para cenar en el Mongolian Barbecue!»

—¿Para esto hemos hecho tres horas de pista?

Billy estaba muy emocionado por lo que quería mostrar a Yeruldelgger y había conseguido no decirle nada durante todo el trayecto. Habían salido de Ulán Bator por el oeste, tomando la Yaarmag Road, antes de dejar el aeropuerto Gengis Kan a la izquierda y girar hacia el sudeste en dirección al parque nacional del Khustain Nuruu. Algunos kilómetros más adelante, el asfalto había dejado lugar a la pista y habían continuado a través de la árida estepa.

Billy conducía a gusto. De vez en cuando las rodadas de los coches se abrían en abanico y él continuaba como un rastreador por la que debía seguir para evitar partir un eje en algún agujero o caer en alguna quebrada seca. Podía alejarse varios cientos de metros de la pista principal, vigilando de reojo a lo lejos el amplio penacho de polvo amarillo de otro vehículo que había preferido seguir una rodada diferente. Al final, todas las rodadas convergían de nuevo en la pista y se encontraba persiguiendo a la misma velocidad al mismo coche a través de una nube de tierra roja. Yeruldelgger había dejado hacer a Billy porque le encantaban aquellas escapadas locas por la estepa. Aunque éstas acabaran siendo también rutinarias, le recordaban las galopadas en libertad.

Dos horas después, distinguieron las primeras empalizadas de Altanbulag, deterioradas por la intemperie. La pista iba a dar a una cuadrícula de diez calles paralelas formadas por cercados hechos de tablones, cada uno de los cuales albergaba una yurta gris o una cabaña en su interior. Para entrar en Altanbulag, el conductor podía escoger cualquiera de las diez calles e introducirse por ella como a través de un portón. Y justo después de hacerlo, desembocaba en un pueblo sin orden, con casas plantadas en cualquier lugar, un terreno tan vago como la estepa que lo rodeaba. Todas las pistas explotaban entonces en un laberinto de rodadas que unían todas las casas entre sí con un trazado indescifrable.

En pleno centro del pueblo, Billy había girado bruscamente hacia el sur sin reducir la velocidad. Con una anchura de trescientos metros, las pistas enfilaban hacia una antigua base soviética cuyos edificios se vislumbraban a lo lejos como una alfombra tendida sobre la estepa. No levantó el pie del acelerador hasta que hubo pasado la base, en la que algunos hombres vestidos con uniformes desgastados se movían con indolencia alrededor de pesados camiones rusos entoldados. Luego había girado a la izquierda por una pista estrecha que se desviaba para llegar hasta un puñado de yurtas situadas a dos pasos de las traseras del cuartel. Allí era donde los esperaba el hombre. La idea de recibir en

casa a policías de la ciudad parecía aterrorizarlo, por eso Yeruldelgger decidió dirigirse a él como «abuelo», para que se relajara. En cuanto los hizo entrar en el mercado, con un abatido gesto de la mano, les mostró la furgoneta. O, más bien, lo que quedaba de ella...

—¿Estás seguro de que se trata de la nuestra? —preguntó Yeruldelgger, sorprendido.

—Sin duda. El abuelo conserva la matrícula. No se quemó con el resto.

—¿Cómo llegó hasta aquí?

—Es un poco chatarrero, como te habrás dado cuenta por la escombrera que tiene ahí fuera. Trabaja sobre todo con el cuartel, pero también tiene contactos en la ciudad y conoce a los mercachifles del mercado de coches. Le pasan las patatas calientes para que las trocee y las haga desaparecer, o las disperse como piezas de chatarra por las cuatro esquinas del país. Probablemente fue así como se agenció la furgoneta.

—¿Cómo que «probablemente»? ¿No estás seguro?

—No. Creo que Oyun seguía una pista. Estaba a punto de dar con el vendedor, un tipo del Hentiy, y los primeros compradores: un buriata que se la había revendido al kazajo al que le pegaste un tiro en la pierna.

—¿Khüan?

—Sí, eso es. Sé que Oyun le tenía echado el ojo, pero no fue así como localizamos la furgoneta.

—¿Cómo fue, entonces?

—Hace tres noches, alguien le pegó fuego. El abuelo no quería armar jaleo por eso, pero, como ocurrió cerca del cuartel, los militares vinieron a ayudarlo a apagar el incendio e hicieron un informe. Oyun había puesto una alerta para todo lo relacionado con una furgoneta de ese tipo y de ese modelo, y de un modo u otro el informe llegó hasta nosotros esta mañana.

—¡Genial! —exclamó Yeruldelgger—. ¡Sin duda, genial!

Allí estaba la carrocería calcinada de una furgoneta UAZ 452. De su furgoneta UAZ 452. En medio de ninguna parte, en el corazón de Mongolia, bajo un cielo alto e inmóvil, con los contrafuertes del Khustain Nuruu a su izquierda, con toda la inmensidad de la estepa detrás de él galopando hasta el Gobi, con los contornos macizos del sagrado Bogokhan al otro lado y las montañas que subían hasta el Baikal delante, a lo lejos. Por primera vez desde el inicio de aquella investigación, sintió que su corazón latía esperanzado por poder cumplir la promesa que le había hecho al abuelo de la estepa: ocuparse del alma de la niña.

—¿Le echamos un ojo más de cerca? —le dijo, contento.

—¡Vamos a verla! —exclamó con aprobación el joven inspector.

En su momento, Khüan se había dado cuenta enseguida de que la furgoneta era un vehículo «caliente». No tenía documentación y había descubierto restos de sangre mal lavada en el interior. Sin embargo, el que la había puesto a la venta en el mercado de coches había intentado limpiarla. Khüan supuso que la furgoneta había estado equipada para ir de acampada, con una cama y algunos armarios, y probablemente con una cocinilla para los días de lluvia. Estaba vacía cuando él la compró, pero quedaban las marcas de las fijaciones y las conexiones. Se la había vendido al abuelo porque sabía que era chatarrero. El anciano iba a cortarla en pedazos, desguazarla, desmantelarla y revenderlo todo. Khüan había incluso negociado un precio que le dejaba un beneficio razonable, pero haciéndole ver al abuelo que era un negocio estupendo para convencerlo de que se llevara la furgoneta lejos del mercado de coches de Ulán Bator y de su Altai Car Service. Y para estar seguro de que no volvería a verla nunca más y empujar al abuelo a convertirla en chatarra, Khüan se las había apañado para trucar el motor y que no pudiera soportar hacer más de cien kilómetros.

Eso es lo que Khüan contó mucho después, una vez que el caso estuvo cerrado, y él se hubo convencido de que el incendio de la furgoneta había sido voluntario. Pero ya aquel día, el abuelo les confió que sospechaba que el Kazajo había saboteado el motor. Cuatro días después de haber llevado el vehículo a Altanbulag, la junta de la culata había pasado a mejor vida a la altura del cuartel, cuando regresaba del pueblo. Los soldados lo ayudaron a remolcarla hasta el cercado de su yurta y a empujarla dentro. Un soldado se había interesado por las ruedas y las había desmontado, calzando la furgoneta con bloques de cemento. Luego, otro había ido a buscar piezas de motor con las que reparar su propio vehículo, y fue al ver aquella linda furgoneta azul, inmóvil, sin ruedas y sin motor, plantada sobre sus bloques de cemento dentro del cercado, cuando el abuelo tuvo la idea de conservarla para poner en ella una mesa de trabajo.

—¡Qué suerte! —murmuró Yeruldelgger, todavía incrédulo—. ¡Qué suerte! ¿Tienes con qué tomar muestras?

—Sabía lo que te traía a ver, así que no he venido con las manos vacías —dijo Billy, fanfarroneando y mostrándole un maletín.

Bajo la mirada divertida del joven inspector, Yeruldelgger se puso los guantes de látex que éste le tendió.

—¡Como digas que me parezco a Horacio Caine te pongo a hacer guardia en la frontera sur del Gobi!

—¡No me digas! —se burló Billy—. ¡Tú acabarás allí mucho antes que yo!

No había duda de que se trataba de un incendio voluntario. Encontraron un bidón de plástico derretido entre la furgoneta y la empalizada de madera. Pero el pirómano se había precipitado. Sin duda por miedo a ser descubierto, o quizá

porque la explosión había sido demasiado brutal. No había repartido bien la gasolina y la furgoneta no se había quemado del todo. En gran parte porque el abuelo había instalado en el interior un suelo de madera de planchas tan gruesas que habían resistido a las llamas y protegido el suelo original. Yeruldelgger encontró restos de sangre y otras sustancias cuando desmontó lo que debían de haber sido las fijaciones de la cama. Y Billy encontró más al retirar el soporte de la matrícula posterior. La sangre había corrido a lo largo del maletero y se había secado en las barras que fijaban la matrícula a la carrocería. También hallaron cabellos allí donde había sangre. Recogieron con cuidado todas aquellas pruebas en bolsitas que mandarían al laboratorio.

—Espero que comprendas la importancia de lo que tenemos delante de nuestros ojos —dijo Yeruldelgger.

—Es la furgoneta en la que vivía la familia cuya hija mató el coreano. La supuesta identidad de su primer vendedor conocido, el buriata que la llevó al mercado de coches, sitúa el vehículo en algún lugar del Hentiy, justo donde pensamos que tuvo lugar el accidente...

—Exacto. Lo que vuelve a plantear la cuestión de qué fue de los padres, o mejor dicho, quién los mató y cómo, porque apuesto mi salario de Horacio Caine a que la sangre y los cabellos que acabamos de encontrar son de ellos. ¿Qué harías tú en mi lugar ahora?

—¿Yo? Iría a detener al coreano, sin duda, y a continuación me daría una vuelta por el Hentiy para ver si alguien reparó en una furgoneta UAZ 452 azul con ventanillas y una pareja y una adorable niña rubia de cinco años a bordo.

—¡Exacto! Pero, primero, ¡no olvides que tenemos más de dos horas de pista antes de llegar a Ulán Bator a tiempo para cenar en el Mongolian Barbecue!

63

...dos o tres cositas que podría necesitar

Hacía un día magnífico para celebrar el gran *naadam*. Un sol radiante había cristalizado el cielo de un azul intenso como si fuera un vitral emplazado sobre las cañadas verdes y amarillas del Terelj. Visitantes y concursantes habían llegado pronto por la mañana para plantar sus yurtas blancas. Se habían desparramado por el valle que había delante del rancho, distanciados un poco los unos de los otros. Unos niños de semblante adusto, vestidos con casacas de colores vivos, aguardaban a sus caballos mientras miraban, envidiosos, cómo se entrenaban los luchadores. Éstos eran todos hombres jóvenes, altos y fornidos,

corpulentos, pero sin músculos marcados. Con sus cuerpos lisos y sin pelo y sus caras redondas de angelote parecía que estuvieran gordos en lugar de fuertes, aunque la gente, tanto hombres como mujeres, sólo tenía ojos para ellos. Llevaban un calzoncillo ajustado, rojo o azul, escotado por encima de las caderas, y el sombrero tradicional, de terciopelo bordado y con forma de cono puntiagudo, sobre los cabellos recogidos a la manera de los sumos. Iban calzados hasta la mitad de la pantorrilla con botas de cuero de tacones de goma, trabajadas con motivos y símbolos de gran belleza. Llevaban cubierta la espalda con una chaquetilla del mismo color que el calzoncillo. Anudada con una cuerda fina sobre el vientre, la ligera vestimenta dejaba todo el pecho y la barriga al descubierto para evitar una humillación legendaria como la de la princesa que se hizo pasar por luchador, aplastando sus pechos con un pañuelo apretado bajo la túnica cerrada, y derrotó a todos los machos viriles que aspiraban al título de «titán».

Habían plantado palos pintados de blanco para colgar guirnaldas con pendones amarillos y blancos, los colores de Gengis Kan, y por los grupos de altavoces sonaba música tradicional y fragmentos sinfónicos de Enkhtaivan Agvaantseren. La mesa de los jueces, alrededor de la cual se agolpaban los luchadores para inscribirse y poder participar en el sorteo, estaba situada entre dos postes. Los espectadores y los apostadores dejaban sus vehículos en el aparcamiento improvisado sobre la hierba, para reagruparse en torno a los concursantes. Todos llevaban sus deel de colores más hermosos, bordados con motivos tradicionales. Un poco apartadas, las mujeres calentaban calderos con aceite para echar pronto las empanadas de cordero cebado. Al abrigo del hedor de la fritura, alejada del escándalo nasal de los altavoces, se había instalado una mesa, cubierta con un mantel blanco, debajo de un dosel de seda amarilla. Aunque una tradición olvidada pretendía que no se bebiera delante de los luchadores, la mesa estaba cubierta de champán francés y vodka polaco. Las cervezas estaban al alcance de la mano, debajo de la mesa, dentro de las neveras.

Erdenbat se pavoneaba en medio de sus invitados ilustres y de la delegación de empresarios coreanos. La media docena de periodistas, enviados por el periódico y la cadena de televisión de los que era propietario el señor del lugar, delataba su presencia con sus equipos y sus prisas diligentes.

De pronto trajeron los caballos y la excitación se apoderó de los asistentes. Los chicos se convirtieron en el centro de interés de la muchedumbre, incluidos los luchadores, que los animaban a montar. Los jinetes tenían entre cinco y doce años. A veces los luchadores se divertían haciéndolos montar a lomos de sus animales con una sola mano. Luego los chicos formaron varios círculos para entretener a sus caballos y excitarlos, entonaron cantos estridentes y agrídulces,

se pusieron en línea y a la señal de un anciano respetable lanzaron sus monturas a galope tendido a lo largo de una quincena de kilómetros, acotados por los todoterrenos suicidas de parientes y seguidores, que asustaban a los caballos tanto como animaban a los niños. El inicio de la carrera despertó el fervor de la multitud. El ganador regresaría al cabo de una o dos horas, si es que su caballo lograba evitar meter las patas delanteras en algún hoyo de marmota que lo enviara a partirse la crisma contra el suelo. Sólo los arqueros y arqueras, bien apartados y de espaldas al resto para no poner en peligro a nadie, continuaban ajustando sus tiros de sesenta y setenta y cinco metros de distancia.

A Yeruldelgger le gustaban los arqueros. Él había sido el mejor del monasterio. Le gustaba sentir la tensión de los músculos cuando preparaba el arco y lo sujetaba, y el vacío absoluto que uno debía crear en su interior para que la mano no temblara. Él tenía la corpulencia para haber sido un buen luchador, pero prefería el arco. En el naadam, sin embargo, éste se había convertido en el deporte de las mujeres. Los hombres tiraban cuarenta flechas a una diana situada a setenta y cinco metros. Las mujeres, menos de la mitad de las flechas a dianas emplazadas a sesenta metros. Pero los hombres que tiraban eran todos viejos. Pocos jóvenes querían practicar aquel deporte femenino. Y ningún arquero conseguía plantar todas sus flechas en la diana. Era raro que un concursante escuchara, a cada tiro, el canto agudo del juez que gritaba su puntuación.

Al final del primer año en el monasterio, Yeruldelgger clavaba todas sus flechas en la diana. Era un arquero sin parangón. Para entrenarlo, el Nerguii de la época colocaba dianas al fondo del bosque y Yeruldelgger debía encontrar la línea recta que lo atravesara entre troncos y ramas. No había tocado un arco en mucho tiempo, pero tras su última estancia en el monasterio sabía que la potencia y la precisión de su tiro permanecían intactas. Eso era lo que había vuelto a enseñarle el Nerguii: «Todo permanece siempre en nosotros, somos nosotros quienes olvidamos.» Observó por última vez la escena desde lo alto de la colina: un naadam en el campo como los que había frecuentado durante su juventud. Cada mongol guardaba dentro de sí algún recuerdo inolvidable del naadam: la primera curda, el primer beso, el primer amor, la primera pelea, la primera herida, una ruptura, la soledad infinita en medio del gentío... No había duda de que ese naadam iba a marcar también la vida de Yeruldelgger.

El comisario fue visto en cuanto salió de la sombra del bosque, en lo alto de los pastizales, frente a los arqueros. Le gritaron que se apartara, que saliera del campo de tiro, pero él no hizo nada. Descendió con tranquilidad, pasó entre las dianas y los jueces sin responder a sus reprimendas, continuó hasta los arqueros, sobrepasándolos, dejó atrás las primeras yurtas con sus aromas de empanadas fritas, atravesó el gentío agitado de los luchadores escandalizados y se dirigió a

la gran mesa oficial, directamente hacia el jefe de la delegación de los empresarios coreanos, bajo la mirada fulminante de Erdenbat.

—Señor Park Kim Lee, queda detenido por la muerte de una niña todavía no identificada a la que atropelló con su quad durante un raid deportivo ilegal en julio de 2005 en el parque nacional del Hentiy.

El coreano hizo que le tradujeran y repitieran lo que se le acababa de decir a una intérprete demasiado bonita y asustada. Yeruldelgger vio aparecer el miedo en la mirada del tipo cuando asimiló el significado de sus palabras. La traducción pasó de boca a oreja a lo largo de la exigua delegación coreana y enseguida todas las miradas se volvieron hacia Erdenbat. Se hizo el silencio en la multitud, lo que volvió todavía más incongruente la música que escupían los altavoces. Tras una señal imperceptible del propietario del lugar, alguien se encargó enseguida de cortarla.

—¿Qué es este circo, Yeruldelgger? ¿Acaso no sabes dónde estás y quién soy?

—Estoy en tierras públicas de la República de Mongolia, donde tengo derecho a actuar, y usted es un ciudadano mongol sometido a la ley mongola.

—¡No estás en tu jurisdicción y lo sabes!

—Los jueces decidirán sobre la legalidad de esta detención.

—Nadie decidirá nada. Estas personas son mis invitados y no tengo la menor intención de dejar que te acerques a ellos.

—Este hombre es un criminal que arrojó a una niña de cinco años, la dio por muerta y la enterró o la hizo enterrar estando viva. Si sigue encubriendo a este criminal, lo detendré a usted también.

—Tú no detendrás a nadie, ni a mi invitado ni a mí, Yeruldelgger. Y no volverás a hacerlo. Ya no formas parte de la policía. Te han apartado de todas tus investigaciones.

Erdenbat se levantó y se dirigió a la multitud aterrorizada:

—Este hombre ha disparado en una pierna a un simple sospechoso para hacerle hablar, ha golpeado a testigos durante los interrogatorios, incluyendo a su propia hija, ha investigado ilegalmente a ciudadanos extranjeros, ha apuntado con un arma a su superior en los mismos despachos del Departamento de Policía, ha abandonado a todos sus subordinados durante más de diez días en plena investigación. Este hombre está enfermo, nunca se repuso de la muerte de su hija pequeña y ahora construye en su cabeza conspiraciones infundadas. ¡Es a él a quien hay que detener!

Varios luchadores se acercaron al comisario. El primero que le puso la mano encima salió propulsado sin conocimiento a varios metros de distancia sin que nadie tuviera tiempo de entender lo que había pasado. Pero el respiro duró

poco.

—Déjate de historias, Yeruldelgger —dijo la voz de Mickey a su espalda.

—Si yo fuera tú, lo obedecería —confirmó la voz de Chuluum.

Yeruldelgger se volvió y vio a los dos polis, que lo apuntaban con sus armas. En la mesa oficial, la aparición de las armas provocó el pánico y el repliegue de la delegación coreana, a la que Erdenbat hizo acompañar atropelladamente hasta sus vehículos. Por el contrario, la multitud se contentó con ampliar el círculo, prudente pero curiosa por observar la detención del comisario. Chuluum le puso las esposas y lo condujo hacia un coche. Mientras esperaba en el asiento trasero, Yeruldelgger vio a través del cristal ahumado que Erdenbat convocaba a Mickey con un gesto de la mano y le decía algunas palabras al oído. Luego éste volvió corriendo al coche, se instaló al volante y arrancó; para acortar, atravesó los prados hasta llegar a la carretera de Ulán Bator. Algunos centenares de metros más adelante, el convoy de los coreanos los forzó a tener que circular por la cuneta para sobrepasarlos y lanzarse a toda prisa hacia la capital. Yeruldelgger contó tres coches, incluido el de Erdenbat.

—¡Espero que haya confiscado las cintas de vídeo! —dijo el comisario después de que Mickey alcanzara la carretera.

—¡Él sabe lo que se hace! —replicó éste.

—¡Espero que vosotros también!

—¿Que nosotros también qué?

—¡Espero que vosotros también sepáis lo que hacéis!

—¡Lo sabemos, no te preocupes! —masculló Mickey.

Un cuarto de hora más tarde, después de haberse asegurado varias veces mirando por el retrovisor, Mickey giró con brusquedad a la derecha por una pista estrecha que se hundía en una garganta estrecha y boscosa. Unos cientos de metros más allá, redujo para comprobar que no eran visibles desde la carretera y se detuvo. Bajó del coche, miró de nuevo a su alrededor para asegurarse y luego hizo una señal a Chuluum para que dejara salir a Yeruldelgger.

—¡Avanza por ahí!

Chuluum empujó al comisario, esposado delante de él, hacia una senda que discurría a través de arbustos de arándanos, al pie de un grupo de abedules blancos. Yeruldelgger se sorprendió al pensar que aquél no era un mal lugar para morir y que el arándano que había regalado a Solongo para su jardín era tan hermoso como aquellos arbustos silvestres hacia los que lo empujaban para matarlo.

—¡Esto te enseñará a no hacer el imbécil! —dijo Mickey a su espalda, con una voz maligna y sin remordimientos—. ¡Sin duda, se puede decir que tú te lo has buscado!

Yeruldelgger escuchó el clic del martillo de un arma, pero permaneció extrañamente calmado. Sin embargo, no era más que la fuerza de la energía concentrada en el impacto que vendría con el próximo segundo. La alerta de todos sus sentidos lo empujaba a actuar ahora. Tenía buen apoyo, equilibrio, sus músculos estaban en tensión sin estar paralizados, y la adrenalina agudizaba sus reflejos y la claridad de su juicio. Había evaluado la distancia exacta que lo separaba del arma. Visualizaba el gesto de su cuerpo para desplazar la pierna derecha y golpear con el pie la mano armada...

Pero la voz de Chuluum reclamó a Mickey.

—¡Espera, mira!

Yeruldelgger sintió la duda del capitán ante la llamada de Chuluum. Adivinó la distracción ínfima de su atención, su mirada oblicua, y decidió golpear.

El disparo sonó seco en el aire caliente. Yeruldelgger se asombró de no oír ningún eco en la quebrada, de no sentir ningún golpe, el fulgor penetrándole el cráneo, dolor. Luego notó que lo empujaban por la espalda, que algo le caía encima y se deslizaba pesadamente hasta sus talones, y cuando comprendió que no estaba muerto, ni siquiera herido, miró por encima del hombro y vio el cuerpo del capitán rodar sobre la hierba a sus pies, con un agujero sanguinolento en lugar del ojo derecho. Chuluum estaba dos metros detrás de él, un poco a la derecha. Yeruldelgger comprendió que se había apartado para no correr el riesgo de alcanzarlo si la bala atravesaba el cráneo de Mickey.

—¡Había venido a ejecutarte! —soltó Chuluum.

—¿Tú no?

El inspector no respondió. Se contentó con regresar hacia el coche. El comisario lo siguió en silencio, preguntándose por el propósito de aquella reacción sin dar con él.

—Sube delante —dijo Chuluum—, tenemos cosas de las que hablar.

Yeruldelgger se sentó en el lado del copiloto. El inspector arrancó marcha atrás para llegar a la carretera y abandonaron el cuerpo de Mickey al pie de los arbustos, entre los arándanos.

—¿No dices nada? —preguntó al fin a Yeruldelgger—. Admiro tu calma, para ser un tipo que ha estado a dos dedos de morir.

—Yo también me admiro —respondió el comisario, casi sincero.

—No estaba previsto que salieras de ésta —continuó Chuluum—. Pero he pensado que no era necesario que murieras para poder arreglarlo todo.

—¿Y Mickey sí?

—Mickey dejó que ciertas estupideces lo desbordaran, y creo que tú casi has comprendido cuáles son.

—¿Las historias con los coreanos?

—Sí. Erdenbat organiza desde siempre raids deportivos salvajes para extranjeros ricos. Es su manera de sellar amistades propicias para hacer buenos negocios. Esos tipos adoran lanzarse a todo trapo, como si el que la tiene más grande bajo el pantalón mereciera ser más rico y más poderoso que el resto. Hace cinco años, Park Kim Lee participaba por tercera vez en uno de esos raids y no dejaba que nadie se pusiera en cabeza. Cuando estaba llegando al campamento del Oso, fue a dar a la salida de un desvío con una niña en triciclo que estaba en mitad del camino y la golpeó a toda velocidad. No pudo hacer nada. De verdad, no pudo evitarlo. Fue un accidente. ¡Inexplicablemente, la niña estaba ahí en medio!

—Mickey se encargó de arreglar las cosas, ¿es eso?

—Sí. Erdenbat lo untaba para que limara asperezas con los guardas forestales, con los guardas de los parques nacionales, con todos aquellos que quisieran protestar, y que muy pronto adoptaron el hábito de sacar tajada, como el propio Sukhbataar.

—Pero la niña fue enterrada viva a cientos de kilómetros de allí. ¿Cómo explicas eso?

—No me enteré de que estaba viva hasta que leí el informe de la autopsia, después del descubrimiento del cuerpo. De hecho, ellos creían que estaba muerta. El grupo se quedó a pasar la noche en el campamento del Oso para no levantar sospechas, y Mickey envió a un tipo a enterrarla lo más lejos posible.

—¿Adolf?

—Sí. Había reclutado a Adolf para llevar el coche de seguridad en los raids. No sé dónde lo conoció. Puede que fuera uno de sus informadores. ¡Qué estupidez! Ese tipo tiene el cerebro de un mosquito. Fue incapaz de enterrar bien a la niña, y encima ni siquiera estaba muerta.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Aprendí a leer los expedientes adecuados.

—¿No te lo ha contado Erdenbat?

—También, lo reconozco.

—¿Qué interés tiene en todo esto?

—Eso no lo sé y no quiero saberlo. ¡Complacer a los coreanos, supongo!

—¿Y los padres?

—De eso no sé más que tú. Nadie lo sabe, y como su silencio convenía a todo el mundo, nadie ha querido saberlo.

—¿Y los chinos?

—¿Qué chinos?

—Los tres emasculados de la fábrica.

—Ah, ¿ésos? Ni idea. No tienen nada que ver con el caso de la niña.
—¡Eso crees tú!
—¿Por qué dices eso? ¿Tienes pistas?
—Los dos casos tienen en común a Adolf, ¿no?
—Tú no tienes nada contra Adolf en el caso de los chinos.
—Me lo dice mi instinto, Chuluum, que vale por todas las pruebas.
—Ya, ¿el mismo instinto que no te ha revelado nada del papel de Mickey en todo este desastre? ¡No me hables de instinto!
—También está el Tatuado.
—¿El Tatuado? ¡Él no pinta nada en la historia de la niña!
—Lo sé, pero ¿por qué das por hecho entonces que tiene algo que ver con los chinos?

Por un momento, Chuluum no supo qué responder y se quedó con la mirada clavada en la de Yeruldelgger.

—¿Qué? ¿Te salvo la vida y tú quieres hacerme caer en una trampa?
—Ni Oyun ni yo mencionamos nunca al Tatuado en ningún informe.
—¿Te crees que erais los únicos que investigabais?
—Sí, éramos los únicos que investigábamos. Pero seguramente no éramos los únicos que estábamos implicados.
—¿Qué quiere decir eso?

—Que tú eras el encargado de soltar a Adolf, quien nos conduce a los dos tipos que intentaron matar a Saraa, a los cuales Oyun siguió por las cloacas, donde el Tatuado intentó eliminarla antes de prender fuego a vuestro escondrijo y de intentar matar al chaval de un tiro y, de paso, también a mí.

—Puede que Mickey tuviera razón después de todo. Puede que al final resulte que estás chiflado. Echarme encima todo eso... ¡a mí, en mi coche, esposado y sin tu arma! Si tuvieras razón, debería haber sido yo quien te hubiera metido un tiro en la cabeza bajo los arbustos, entre los arándanos.

—¡Atrévete a decirme que estoy equivocado acerca del Tatuado!
—El Tatuado es un fanático, un tipo incontrolable, un pobre matón que está algo tarado. Mickey lo controlaba. Honestamente, me cuesta creer que él tenga algo que ver con la historia de tu hija. Más bien me da la impresión de que iría detrás de sus dos agresores. ¿Tu hija no estaba un poco colgada? Creo que la encontraste borracha como una cuba aquella noche. Deberías controlar un poco mejor a sus amistades.

Yeruldelgger no respondió. Esta vez fue él quien dirigió a Chuluum una mirada de una dureza increíble. Como nunca había visto antes el inspector. Pura fuerza, sin emoción, sin cólera. De una densidad mineral que podría pulverizarlo al menor roce.

—¡Si te digo eso es por ti, eh! —exclamó Chuluum, volviendo la vista a la carretera para no tener que soportar más la del comisario.

—Entonces no lo digas —replicó Yeruldelgger, con voz categórica.

—¡De acuerdo, disculpa! Sea como sea, el Tatuado es un tipo incontrolable...

—¡Pues yo lo he controlado!

—¿Tú lo has controlado? —preguntó Chuluum, inquieto—. ¿Qué quieres decir con eso de «lo he controlado»?

—Que lo he controlado y ya nadie más tendrá necesidad de hacerlo.

—¡Oh, no, coño, no puede ser verdad! No me digas que lo has... ¿Sabes al menos para quién trabaja...? —dijo el inspector.

—¿Para quién trabajaba? Sí, para Erdenbat, tu jefe.

—¡Eh! ¡Erdenbat no es mi jefe!

—Tú estabas allí el día que me cogió para darme una paliza, tú estabas ahí hace un rato en su naadam privado... ¡Me parece que estás demasiado a menudo ahí donde él está para ser alguien que no trabaja para él!

—¡También le hago algunos trabajos! —admitió Chuluum—. Mickey fue quien me metió en esto. Servicio de orden y seguridad, guardaespaldas, algunas investigaciones privadas ocasionales, nada serio. ¡Eso no lo convierte en mi jefe!

—No, sólo en tu patrón.

—¡Ocasional! ¡Mi patrón ocasional!

—También es el jefe de Adolf, ¿verdad?

—¿Qué crees tú que ese tarado de Adolf podría hacer por Erdenbat?

—No sé, ¿enterrar niñas o trocear chinos, tal vez?

—Pero ¡qué dices! Erdenbat es dueño de la mitad del país. ¿Cómo va a estar implicado en esos crímenes de enfermos sexuales?

—Yo sé mejor que nadie de dónde viene Erdenbat y lo que ha hecho para levantar su fortuna. Ese hombre ha sido capaz de lo peor. ¿Por qué no podría serlo de encargar lo peor también ahora?

—Le tienes demasiadas ganas, Yeruldelgger. ¿Qué interés podría tener él en hacer castrar a tres chinos?

—No lo sé todavía, pero existe una relación entre ellos, ¡y sabré cómo hacer que Adolf hable!

—¿Ahora vas a ponerte con Adolf?

—Evidentemente, dado que tú no lo hiciste cuando debías hacerlo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tú debías soltarlo y no quitarle los ojos de encima, y aquí lo tienes, suelto en pleno Hentiy, pilotando en un raid salvaje para una banda de coreanos arrogantes, ¡mientras su banda de tarados violaba a mi colega!

—...

—Quiero decir nuestra colega.

—Eso es lo que iba a decir —farfulló Chuluum—. Eso es lo que iba a decir.

—Ah, sí —dijo Yeruldelgger—, ibas a decirlo, pero ¡no lo has hecho!

Chuluum se encerró entonces en un silencio largo y obstinado. Al comisario eso lo divirtió al principio, luego lo ignoró y se dedicó a mirar fijamente al frente, a la pista que desembocaba en la carretera asfaltada rumbo a Ulán Bator. Él tampoco pronunció una palabra más hasta que se vieron inmersos en el tráfico caótico de la capital. Sin ninguna razón premeditada, tan sólo para sembrar inquietud en el ánimo de Chuluum, le pidió que lo dejara delante de la entrada de la fábrica china donde habían tenido lugar los crímenes. Pero al inspector eso no pareció perturbarlo. Aunque durante buena parte del trayecto éste no había podido ocultar su inquietud, ahora mostraba de nuevo una especie de confianza que preparó a Yeruldelgger para un golpe bajo.

En cuanto hubo estacionado delante de la fábrica, hizo una seña a Yeruldelgger para que se diera la vuelta, le quitó las esposas y lo invitó a bajar. El comisario salió del coche, dudó un momento, luego rodeó el vehículo para acercarse por el lado de Chuluum, que había bajado el cristal.

—¿Puedo irme, entonces? —preguntó.

—¡Por supuesto! ¡Olvida la detención, olvídale todo!

—¿Y puedo recuperar mi arma?

—¿Tu arma? ¡Claro que sí, por supuesto, ten! —dijo Chuluum, al tiempo que buscaba en sus bolsillos.

Sacó de uno un arma y se la tendió.

—Ésta no es la mía —dijo Yeruldelgger, que comenzaba a atar cabos.

—¡Ups! —soltó el otro, fingiendo una vergüenza exagerada—. Es verdad, ¡ésta es la mía! ¡Mierda, entonces he debido de pegar un tiro a Mickey con la tuya y la he olvidado allí, junto al cuerpo!

Luego miró a los ojos a Yeruldelgger para asegurarse de que lo estaba comprendiendo bien.

—¡Corres el riesgo de que esto se vuelva en tu contra! Así que espero que seas algo más comedido con todo el mundo. De hecho, mucho más comedido. Y también un poco menos arrogante, estaría bien que fueras un poco menos arrogante con todo el mundo. ¡Venga, salud, viejo!

Chuluum arrancó para unirse al tráfico, pero tuvo que esperar el paso de un convoy de camiones pesados cargados de carbón. Cuando estaba a punto de perder la paciencia, vio por el retrovisor a Yeruldelgger, que se dirigía tranquilamente hacia su coche. Iba a pie y desarmado, y sin duda aturdido por saber que su arma lo implicaba en el asesinato de un superior. Sin embargo, por precaución, Chuluum sacó la suya y la sujetó con la mano derecha, pegada al muslo.

—¡Creo que me he quedado sin saldo! —dijo Yeruldelgger, alzando las cejas, desde lejos.

—¿Qué dices?

—Mi saldo —repitió, mostrando su teléfono abierto—, creo que lo he agotado. Una hora y cincuenta y siete minutos, ¿has visto? ¡Hemos hablado una hora y cincuenta y siete minutos!

—No cuela. Ese aparato no permite grabar durante tanto tiempo. ¡No me tomes por imbécil!

—¡No, no, por supuesto que no! ¡La grabadora me habría dejado sin batería, no sin saldo! ¡Lo que ha durado una hora y cincuenta y siete minutos ha sido la llamada! Es que tenías cosas que contar, camarada. Cosas interesantes, ¿verdad, Solongo? —dijo Yeruldelgger, llevándose el móvil a la oreja.

Luego se lo tendió al inspector para provocarlo.

—¿Quieres decirle algo a Solongo, Chuluum? ¿Un saludito? ¿Quieres que ella grabe tu desmentido?

Chuluum pensó que la arrogancia del comisario lo empujaba a la imprudencia y decidió sacar partido de ello inmediatamente. Blandió su arma sin sospechar que eso era lo que esperaba Yeruldelgger, quien pegó su espalda contra el coche mientras, soltando el teléfono, metía la mano derecha por la ventanilla abierta para mantener la mano armada del otro en el interior. La primera bala atravesó la puerta. Yeruldelgger orientó el segundo disparo y forzó a Chuluum a dispararse en una pantorrilla. Éste aulló de dolor y soltó el arma.

Antes de que pudiera comprender cómo, Yeruldelgger estaba sentado en su lugar, al volante, y lo aplastaba contra el borde del asiento del copiloto. Cuando volvieron a arrancar, el inspector estaba maniatado a la espalda con sus propias esposas.

—¡Hijo de puta! —soltó con un gesto de dolor mientras apretaba las mandíbulas.

—Sé educado —respondió Yeruldelgger, tranquilamente—, no olvides que eres un poli y que has hecho de mí, de forma brillante, un asesino de polis. ¡Así que no me fuerces a usar ese talento!

Se adentraron por la Peace Avenue y condujo a Chuluum al hospital donde trabajaba Solongo. La llamó para prevenirla, de modo que ella ya estaba esperándolos cuando él se detuvo a la altura de Urgencias. Al ver el estado de la pierna del herido, ella reclamó una camilla de inmediato y avanzó a su encuentro.

—El inspector Chuluum se ha disparado en el pie —explicó Yeruldelgger con una gran sonrisa—. Es tan torpe que vamos a dejarle puestas las esposas en la sala de operaciones, ¿de acuerdo?

La forense no se creyó una palabra y quiso ayudar a Chuluum a tumbarse en la camilla, pero él la rechazó con un golpe de hombro, molesto. Yeruldelgger le puso una mano en la nuca al inspector, que no pudo liberarse de ella. El dolor lo partió en dos y se desplomó en la camilla.

Solongo le indicó con la cabeza que debía llevarse al herido a Urgencias y Yeruldelgger se apartó para dejar pasar al enfermero. Pero, cuando éste se alejaba, le pidió que esperara un instante. Pensándolo bien, la historia de Chuluum no se sostenía. Dejar su arma al lado del cadáver de Mickey no aportaba nada. Volvía a implicar al comisario de forma automática y demasiado deprisa, lo que no tenía ningún interés para aquel corrupto. Chuluum sabía hacerlo mejor. Manipulaba a Mickey desde hacía meses. Años, quizá. Había construido con mucha habilidad su personaje de poli enchufado y superficial, con sus bonitos trajes a la última. Había sabido esperar, leer los expedientes adecuados, llegar a Erdenbat. Acababa de implicarse matando a otro poli, a su propio superior: no era un tipo de los que sueltan su mejor baza en la primera mano...

Yeruldelgger los alcanzó justo antes de que franqueasen la puerta de Urgencias. Registró con rapidez a Chuluum, quien, debido al dolor, permanecía clavado a la camilla, y enseguida encontró lo que buscaba: tenía su arma en uno de los bolsillos. Yeruldelgger la cogió y verificó el cargador. Como se temía, faltaba una bala. Chuluum, en efecto, había matado a Mickey con su arma, pero, como también se temía, había guardado el arma para poder presionar a

Yeruldelgger, incluso para chantajearlo si se daba la ocasión. Le había hecho creer que la había dejado a propósito cerca del cadáver de Mickey para desestabilizarlo, y sobre todo para evitar que Yeruldelgger intentara recuperarla quitándosela. Poco después, lo habría amenazado con hacerla reaparecer.

El comisario se metió el arma en el cinturón y sacó la de Chuluum.

—Ahora soy yo quien tiene tu pistola. Si me buscas, la haré reaparecer. No estoy seguro de si Erdenbat apreciaría, por ejemplo, que se encontrara una de tus balas en la cabeza del Tatuado. O en el cuerpo de alguno de los tipos de la matanza del campamento de la otra noche. Eso pondría patas arriba lo que te queda de carrera, ¿no crees? Así que en adelante me dejas tranquilo. Da igual a quién tenga que buscar para poner fin a este embrollo de casos, tú quédate al margen. Ya te has metido una bala en el pie, Chuluum, ¡no vayas a acabar metiéndote una en la boca!

Hizo una señal al enfermero para indicarle que podía irse y se quedó mirando cómo empujaba la camilla hacia Urgencias, seguido de Solongo, que se volvió para mirarlo en el último momento. Como si viera en él algo nuevo. Luego, cuando ella desapareció en la penumbra del vestíbulo, Yeruldelgger regresó al coche de Chuluum. Pensó en el suyo, que se había quedado aparcado en el Terelj. Necesitaría cuatro horas para ir a recuperarlo, pero era imprescindible que fuera, aunque eso le hiciera regresar de noche. A menos que... Echó a correr detrás de Solongo para pedirle prestadas dos o tres cositas que podría necesitar.

64

«¡Eso debe de volver locas a las chicas!»

—Es el miedo el que te agota, muchacho, y el miedo se alimenta del fuego de tu ignorancia —dijo Yeruldelgger, agachado justo al borde de la fosa y sin alcanzar a ver a aquel al que hablaba en la negrura de la noche.

El hombre estaba aterrorizado. El hombro le ardía. Era un dolor que lo atenazaba día y noche, además del pavor que no lo abandonaba desde que fue arrojado a aquella fosa profunda como una tumba y grande como una habitación. Llevaba días enterrado a cielo abierto, no sabía cuántos exactamente.

Primero se despertó en un calabozo. Permaneció allí, en secreto, varios días, en la oscuridad total, entre cuatro muros de piedra sin ninguna abertura. Sombras furtivas le daban de comer sopa a través de una trampilla ubicada en la puerta. Él supuso que lo hacían de noche, porque la trampilla abierta no dejaba entrar luz alguna. Durante el que según él fue el primer día, gritó amenazas e

insultos contra quienes lo tenían apresado. Luego intentó dormir, a pesar del dolor y la rabia. Durante el que según él fue el segundo día, gritó menos y reflexionó mucho sobre quiénes podían ser sus carceleros. También exploró con las manos, en la oscuridad, cada milímetro de los muros de piedra de su prisión, desde el suelo de tierra batida hasta el techo excavado en la roca. Al tercer día, quizá, se abrió un agujero minúsculo en el techo, que dejó caer un fino rayo de luz recto y rígido como un bastón luminoso. Bajo esa luz descubrió el vendaje ensangrentado que tenía en el hombro, y mientras lo miraba sin entender nada, una sombra deslizó un cesto de mimbre por la trampilla. La luz que de repente inundó su mazmorra le agredió los ojos con tanta fuerza que perdió el equilibrio y se golpeó el hombro contra el muro. El dolor lo paralizó. A cuatro patas, recogió la cesta y la arrastró a la luz para examinar su contenido. Dentro había una tela limpia y cuidadosamente doblada, algunos pedazos de cordón de cáñamo, como el que sujetaba la tela manchada sobre su herida. También había un tarrito de barro cocido lleno de un unguento pastoso de color ámbar, y dedujo que tenía que cambiarse el vendaje. Al retirar la venda sucia que llevaba pegada al hombro, recibió el primer golpe de espanto en pleno corazón: le faltaba un rectángulo ancho de piel, perfectamente cortado, justo donde lucía su gran tatuaje. La carne viva supuraba. Un soplo gélido de pánico le atravesó el cerebro. Al instante, se le calentó y perló la frente de gotas gruesas de sudor. ¡Esos tipos estaban locos! ¡Le habían cortado! ¡Le habían cortado la piel del brazo! Después de ese macabro descubrimiento, permaneció durante un buen rato tirado frente a lo que sabía que era una puerta, presto a saltar para defenderse, dispuesto a morir antes que dejarse cortar de nuevo. Luego, debilitado por el dolor sordo de su hombro, había tirado hacia sí del cesto. La crema le calmó el dolor de inmediato. Se había aplicado una capa generosa, luego había enrollado la tela limpia en torno al brazo y anudado el vendaje con la ayuda del cordel. Después, bajando la guardia, cayó en un sueño agitado, de repente agotado por la violencia que acababa de descubrir.

Cuando estaba en ese sueño perturbado por las pesadillas, la puerta se abrió bruscamente. Antes de que pudiera reaccionar, unas sombras lo agarraron y lo sacaron fuera de la mazmorra. Contó al menos a tres, que lo arrastraban demasiado rápido como para que pudiera debatirse. Emociones violentas le trastornaban los sentidos: el miedo, el olor de la noche, la furia, la frialdad de las sombras, el dolor del hombro, la fuerza tranquila de sus torturadores, el ruido sedoso de sus vestimentas, sus alientos sin fatiga, sus pies sobre la tierra... No mostró siquiera un atisbo de resistencia cuando cayó en aquella fosa a la que las sombras lo arrojaron.

Ocho pasos de ancho por doce de largo. Dos veces la altura de un hombre.

Suelo y muros tallados en la tierra, impecablemente lisos y verticales. Se quedó despierto toda la noche, encogido en un rincón, luego gritó durante toda la jornada siguiente, plantado en el centro de la fosa. Cien veces intentó escapar de ella. Probó a escalar, a saltar hasta el borde tomando impulso, a excavar escalones en los muros de tierra, a apoyarse en los dos muros en escuadra... Cada vez volvía a caer maldiciendo a las sombras invisibles que lo observaban sin que él las viera. Luego perdió el coraje, pero no quiso admitirlo, prefirió convencerse de que las atraparía en su propio juego, y se echó en medio de la fosa, con las manos en la nuca, para ver pasar las nubes. Justo en ese momento ellos le arrojaron las primeras serpientes...

—¿Quién eres? —gimió la voz desde el fondo de la fosa.

—Si tú eres quien yo creo, entonces yo soy aquel cuya hija intentaste matar y al que trataste de liquidar luego.

—¿Yeruldelgger? Eres tú, ¿verdad? —dijo la voz, ganando un poco de fuerza—. Si eres tú, has de sacarme de aquí. ¡Esos tipos están locos, tienes que protegerme! ¡Eres poli, no puedes pasarlo por alto! ¡Me han cortado un pedazo entero de piel! ¡Lo han hecho, Yeruldelgger, te juro que lo han hecho!

—¿Quieres decir que te han quitado ese tatuaje insultante con la cruz gamada en lugar del yin y el yang de un soyombo?

—...

—A propósito, ¿cuántas hay? —continuó Yeruldelgger.

—¿Cuántos? No sé, ¡nunca se muestran!

—No, cuántos no, cuántas. Las serpientes.

El hombre se puso a chillar de espanto en el foso. El policía lo escuchó patear la tierra.

—¡Están locos! ¡Están locos! —gritó la voz—. ¡Me han echado serpientes encima! ¡Esto está lleno, Yeruldelgger! ¡Sácame de aquí! ¡Sácame de aquí, te lo suplico!

—¿Qué quieres decir con que está lleno de serpientes? ¿No sabes cuántas hay exactamente? ¿Cómo vas a protegerte de ellas si no sabes cuántas hay? —dijo con calma Yeruldelgger—. Te lo he dicho, el miedo se alimenta de tu ignorancia.

El hombre gritó de nuevo. Un aullido largo de terror que debió de desgarrarle el vientre y paralizarle el cuello.

—Intenta acordarte —lo animó la voz sosegada del policía—. ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Por lo menos sabes si son peligrosas? Las serpientes venenosas tienen las mandíbulas más marcadas justo detrás de la cabeza, los flancos rectos, y los cuerpos terminan de forma más brusca, menos afilada... Aunque como ahora es de noche, no puedes verlas y...

—¡Para! —gritó la voz desde el fondo de la fosa—. ¡Para, Yeruldelgger, te lo suplico, para! ¡No juegues con eso! ¡Por favor, no juegues con eso! Están ahí, las noto a mi alrededor. ¡Yeruldelgger, te lo suplico!

—Tienes miedo, te comprendo. Deberían haberte hecho beber. Borracho no serías tan consciente del peligro. Ni siquiera lo habrías sentido en caso de que te mordieran. ¡Como Saraa, que no sintió que se estaba cocinando viva, despacio, sobre la canalización de agua caliente!

—Por favor, Yeruldelgger... Yo no sabía lo de Saraa. Sólo me encargaron guardarles las espaldas a dos tipos. No sabía qué iban a hacer.

—¿No sabías que iban a matarla?

—...

—¿Tú no sabías que iban a matarla?

—Sí, lo sabía, perdóname, Yeruldelgger, lo sabía y me arrepiento, me arrepiento, ¡te lo juro! ¡Sabía que iban a hacerlo, pero no cómo, no cómo, te lo juro!

—Pero sí sabías que la habían emborrachado para matarla, ¿verdad?

—Sí —gimió la voz, devastada—. Lo sabía, tuve que hacerlo. Me obligaron. No pude hacer otra cosa. ¡Me habrían matado, Yeruldelgger, me habrían matado!

—¿Quiénes? ¡Dime quiénes!

—¡No! ¡No puedo! ¡Son demasiado poderosos, me encontrarán!

Se hizo un largo silencio.

—Son víboras —prosiguió con calma Yeruldelgger.

—¿Qué? ¿Qué dices?

—Las serpientes, son víboras. Esta fosa les sirve para entrenarse.

—¿Entrenarse para qué? —preguntó la voz, entrecortada, como si temiera escuchar la respuesta.

—Para controlar el miedo, desarrollar el valor, afinar los reflejos... El maestro los mete en esta fosa y les arroja víboras, y ellos tienen que resistir el miedo. No pueden matarlas. Deben quedarse tres días y tres noches en la fosa, con las serpientes. ¿Cuánto tiempo llevas?

—¡Para! ¡Para, Yeruldelgger! ¡Sácame de aquí! ¡Sácame de aquí!

—Lo primero que debes hacer, lo primero de todo, es conservar la calma. Es lo más prudente. Puede que a las serpientes les pase como a los perros, que las atraiga el olor del miedo. ¿Quién sabe? Debes localizarlas, saber dónde están, y ponerte a salvo. ¿Has aprovechado la luz del día para observarlas con atención? ¿Sabes que una serpiente sólo puede impulsarse para morder a una distancia de dos tercios de su longitud? Necesitan el otro tercio para apoyarse en el suelo. ¿Recuerdas su longitud?

—¡No sigas! ¡Te lo suplico, no sigas! Estoy agotado, Yeruldelgger, estoy agotado y tengo miedo de dormirme y que me muerdan mientras tanto. ¡Estoy muerto de miedo, Yeruldelgger!

—Lo sé perfectamente, muchacho, pero ¡no quieres decirme quién quería matar a Saraa!

—No puedo, Yeruldelgger. Me matará...

—¡Ellas también! —dijo el comisario—. Deberías haberlas atrapado de día. ¡Así ahora no tendrías miedo de que se te acercaran por la noche!

Del abismo negro de la fosa salió un gemido quejumbroso. Luego, el hombre se dejó llevar por el llanto...

—Cuando era más joven —prosiguió Yeruldelgger, con un tono de confianza, en cuclillas al borde de la fosa ciega, en plena noche—, recuerdo haberme encontrado en tu lugar. Yo era mucho más aguerrido que tú, eso es verdad. El instinto me llevó a aplastar la cabeza de la primera serpiente con el talón desnudo. Me castigaron, y el maestro hizo que me echaran encima dos serpientes más. Entonces aprendí a atraparlas al vuelo, sujetándolas con una mano justo detrás de la cabeza. Luego me desnudé por completo, hice un saco con mi toga y las encerré. Dentro de un saco, cualquier serpiente se vuelve inofensiva, ¿lo sabías? A las que no atrapaba al vuelo, las agarraba por la cola y tiraba de ella, después las pillaba por detrás de la cabeza como a las otras. Ningún animal sabe defenderse cuando se le tira de la cola. Y las iba metiendo en el saco. Más tarde aprendí a dormir con ellas. Dormir sin miedo, sin moverme, de pie...

El hombre seguía gimiendo en el fondo del agujero. Una queja de niño aterrado que llora a sobresaltos.

—A propósito —dijo Yeruldelgger, después de permanecer un rato en silencio—, según tú, ¿qué es más seguro? ¿Quedarse en el centro para poder huir en todas direcciones o pegarse a un rincón para poder vigilar toda la fosa? ¿Las serpientes son capaces de actuar en grupo? ¿Crees que podrían rodearte en medio de la fosa o hacerte recular hasta un rincón para atacarte?

—Te lo ruego, para, te lo ruego. Fue... fue Chuluum quien me cubrió en lo de Saraa...

—¿Te refieres a Sukhbataar?

—No —murmuró el hombre, hipando—. Fue Chuluum.

—Pero si él te cubría, ¿quién lo cubría a él?

—¡Ya lo sabes! —dijo el hombre con un soplido.

—No —respondió Yeruldelgger, que, sin embargo, empezaba a atar cabos.

—¡La misma persona que me ordenó que te matara!

—¿Qué? ¿Erdenbat? ¿Quieres decir que Erdenbat está detrás de la tentativa

de asesinato de Saraa? Pero ¡eso no tiene ningún sentido! ¿Por qué encargaría él algo así?

—Para detener la investigación de los tres chinos. Para que Saraa no se desdijera de su testimonio a favor del jefe del Nido del Águila, para destrozarte y alejarte de la investigación como...

Yeruldelgger encendió una cerilla y pegó fuego a una antorcha de resina. El cilindro de madera ardió de inmediato y una llama anaranjada iluminó la fosa produciendo sombras temblorosas. El hombre lanzó un grito de terror cuando las víboras escaparon entre sus piernas para encontrar refugio en los rincones oscuros. Estaba despavorido, deshecho por noches de miedo e insomnio. Había perdido toda soberbia, toda arrogancia. Cada cual vive con sus miedos, por más valiente que crea ser. A él lo aterraban la noche y los reptiles. Por unos instantes, Yeruldelgger lo vio dar vueltas sobre sí mismo para intentar vigilar a todas las víboras a la vez. Daba pena, pero el policía no sentía lástima alguna. Tiró la antorcha al foso y el hombre se apoderó de ella con avidez, apuntándola de inmediato hacia cada serpiente que lo inquietaba. Una víbora se enderezó apoyándose en la cola enrollada, preparada para morder, y el hombre saltó con tanta fuerza hacia atrás que casi aplastó a otra que estaba a su espalda. Ahora que las veía, el pánico le corría por las venas...

—¿Por qué ordenó Erdenbat matar a esos chinos?

El hombre no respondió de inmediato. Saltaba en todas direcciones, para amenazar con su antorcha temblorosa a las serpientes, que lo miraban inmóviles. La fosa era como un agujero de fuego en medio de la noche. Una puerta del infierno.

—No lo sé. Mandó hacerlo, eso es todo lo que sé, y Chuluum lo organizó.

—¿Tú hiciste el trabajo?

—¡No! ¡No! ¡Te lo juro!

—¡Mientes! ¡Esos crímenes parecen tuyos!

—Yeruldelgger, te juro que no tuve nada que ver. ¡Yo no maté a los chinos!

—Entonces fuiste tú quien ahorcó a las mujeres...

—Ésas fueron las órdenes de Chuluum. Te juro que ésas fueron sus órdenes. Quería maquillarlo todo para que parecieran crímenes sexuales. Algo que golpeará a la opinión pública. Quería echar mierda encima de los chinos.

—¿Y los paquetes de los chinos en la boca de las chicas?

—Chuluum fue a la fábrica con los tipos del Nido del Águila. Se cargó a los chinos mientras los otros les apuntaban. Después nos dio órdenes de estrangular a las putas y les dijo a los otros que se divirtieran como quisieran con los cuerpos de los chinos. Nosotros dos colgamos los cuerpos de las chicas en el contenedor del mercado. ¡Era él quien daba las órdenes, Yeruldelgger, fue Chuluum bajo las

órdenes de Erdenbat!

El comisario no conseguía comprender cómo se podía ser tan cobarde después de haber sido tan cruel. Todavía agachado al borde de la fosa, a la luz cambiante de la antorcha que el hombre aterrorizado agitaba en todas direcciones, escondió el rostro entre las manos durante unos segundos, luego se frotó los ojos con las grandes palmas abiertas, como si intentara borrar todo lo que acababa de oír e imaginar.

—¿Por qué Saraa? —preguntó de nuevo—. ¿Por qué esa tortura tan cruel?

—Ya te lo he dicho, Yeruldelgger: Erdenbat quería apartarte de los casos. Quería hundirte otra vez...

—¿Qué es eso de otra vez?

—...

—¿Qué es eso de otra vez? —repitió.

—¡No diré más! —murmuró el hombre, agachado, antorcha en mano, para vigilar a las serpientes—. No diré nada más. Ya he dicho demasiado. Me van a matar. Van a venir y me van a matar, van a matarnos a todos. Son demasiado fuertes, Yeruldelgger, no puedes luchar contra ellos.

Algo cayó a la espalda del hombre, que se volvió y saltó de inmediato hacia atrás, con la garganta rota por un grito de terror.

—Ésta es una cascabel del Gobi —explicó Yeruldelgger, refiriéndose a la serpiente que acababa de lanzarle—. Las víboras son miedosas, pero la serpiente de cascabel es guerrera.

En la fosa, el hombre, muerto de miedo, hizo frente a la cascabel, que ya estaba en posición de ataque. Esa serpiente lo aterrorizaba todavía más que las otras. De cuerpo más ancho, más sólido, más fuerte, tenía la cabeza más rugosa y con una especie de cuerno sobre las fosas nasales. Y en los ojos, amarillos, que lo miraban fijamente, una raja negra. Con el cuerpo dispuesto para saltar al ataque, la cascabel agitó las escamas huecas de la cola para emitir su siniestra advertencia. De la garganta del hombre, seca y estrangulada de repente, salió una larga súplica, quejumbrosa y desesperada, que no conmovió a Yeruldelgger.

—Cuando yo era novicio, éste era el entrenamiento que más temía: desafiar a la serpiente de cascabel. Abre tanto sus fauces que no te muerde. Te planta los colmillos en la carne prácticamente en horizontal. Un consejo: no intentes ser más rápido que ella. Una décima de segundo es algo que ni siquiera apreciarás. Cuando veas que va a atacarte, ya te ha atacado y estás fulminado.

—No digas eso —suplicó el hombre, petrificado en la fosa—, no digas nada más, te lo ruego, ayúdame a salir de aquí, ten piedad, Yeruldelgger. ¡Ayúdame a salir de aquí!

—Mi maestro me enseñó a reconocer el instante que precede al ataque. Yo

tenía que tender la mano hacia la serpiente hasta provocar su ataque, y retirarla en cuanto se lanzaba para que no me mordiera. Entrenabas horas y horas, con la mano protegida por un guante de cuero relleno de zinc. Y cuando te sentías preparado, te lo quitabas. ¡En esta misma fosa!

—Ten piedad, Yeruldelgger —imploró el hombre—, te lo ruego, ten piedad...

—Es un animal temible —continuó el comisario—, sin embargo, debes saber que puedes subyugarlo hasta el punto de adormecerlo tan sólo con mantenerlo al revés y acariciarle el vientre, de esta manera...

El hombre alzó la mirada y gritó. Por encima de él, todavía agachado al borde de la fosa, Yeruldelgger tenía en su mano otra cascabel. La sujetaba por la mitad del cuerpo, vuelta hacia arriba, y le acariciaba el vientre escamado. La serpiente ondulaba de forma casi imperceptible, como drogada por las caricias.

—Otra cosa —continuó—. Si quieres agarrarla, debes saber que las serpientes pierden toda capacidad cuando se las sujeta por la mitad del cuerpo. No saben doblarse, ni enrollarse, ni morder. Mira, puedes sujetarla así...

Había colocado al reptil en equilibrio sobre su mano, con el brazo extendido por encima de la fosa. Las dos mitades del animal, de igual largura, colgaban a cada lado de su muñeca. El hombre, enmudecido de nuevo por el terror, se alejó reculando del borde mientras amenazaba a las otras serpientes con la antorcha.

—Lo complicado —prosiguió Yeruldelgger— es saber cuándo soltarla para que no tenga tiempo de morderte. Así...

Retiró la mano con violencia y la cascabel cayó a la fosa. El hombre gritó como un loco y se arrojó encima de la serpiente para aplastarla con la antorcha. Cuando oyó el golpe de la boca del animal contra la madera de la antorcha, reculó de inmediato.

—¿Qué me hizo Erdenbat que ha intentado volver a hacerme con el sufrimiento de Saraa? —preguntó el policía con voz calmada y firme, pero ahora más amenazante.

—Destrozarte, destrozarte como con Kushi.

El nombre de su hija desató de inmediato en Yeruldelgger una descarga de ira. Tuvo que hacer un esfuerzo terrible para controlarse y no saltar a la fosa a estrangular al hombre.

—¿Qué has dicho? Te aviso: si no me lo explicas todo de inmediato te lanzo la próxima cascabel directamente a los hombros para que se te enrolle al cuello y te clave los colmillos en los ojos. ¿Me oyes?

—¡Prométeme que me sacarás de aquí si hablo, Yeruldelgger, te lo suplico, prométemelo!

—Lo único que te prometo es lo que acabo de decirte. Si no hablas, te tiro la próxima cascabel a la cara.

—¡Espera! ¡Espera! Cuando investigabas las ventas ilegales de tierras y secuestraron a tu hija, la llevaron a casa de Erdenbat.

—¡Mientes! —gritó Yeruldelgger—. ¡Mientes! ¿Cómo puedes decir eso?

—¡Porque la vi, te juro que es verdad! Estaba allí. ¡La vi! La tenía Erdenbat. Al principio, en una yurta cerca de su rancho en el Terelj, luego se la llevaron a otra parte, al Hentiy.

—¿Adónde?

—A casa de un antiguo compañero de la época en que estuvo deportado. Cuando comprendió que no cederías al chantaje y que continuarías con las investigaciones, prefirió enviar a tu hija lejos. Acuérdate, tú fuiste varias veces a verlo al rancho en aquellos días. Él te recibía en su yurta, ¿recuerdas? Kushi estaba en otra de las yurtas del rancho. Por eso la envió lejos...

Yeruldelgger recibió la noticia como un mazazo. Había removido cielo y tierra para encontrar a su hija, y ahora se enteraba de que había estado varias veces a dos pasos del lugar donde la tenían retenida, en casa de su propio abuelo.

—¿Qué tuvo que ver Erdenbat con el secuestro? ¿Quién mató a Kushi? ¿Fue él?

El desconcierto de Yeruldelgger devolvió algo de arrogancia suicida al cautivo en su desesperación. El hombre puso en el tono de su voz más provocación de la que hubiera querido, aunque luego habló con firmeza, ignorando por primera vez a las serpientes para enfrentarse al policía desde el fondo de la fosa.

—¡Qué imbécil eres, Yeruldelgger! ¡Tú, que te creías el mejor poli de Ulán Bator, ni siquiera fuiste capaz de salvar a tu hija cuando la tenían escondida delante de tus propias narices! Acuérdate: ¿quién dijo que había recibido la orden de los secuestradores de que abandonarás las investigaciones? ¿Eh? ¡Dime!

El comisario no respondió. Aguardaba estupefacto lo que ya imaginaba de las revelaciones que estaban por venir. El hombre se envalentonó con su silencio.

—¿Quién dijo que había recibido la orden? —gritó desde el fondo de la fosa, demasiado contento al ver vacilar a Yeruldelgger ante su pregunta.

—Erdenbat... fue Erdenbat —murmuró éste, aturdido por la conclusión—. Nunca olvidaré ese día, esa madrugada, cuando me llamó para decírmelo...

—¿Y después quién resultó ser el mayor comprador de tierras? ¿Eh?

—Erdenbat —repitió Yeruldelgger, con un suspiro final—. Erdenbat y sus sociedades pantalla...

—¿Y tú, el mejor poli de todos los polis, no te diste cuenta de todo eso?

—Pero ¡Kushi era su propia nieta! ¡Y la muerte de Kushi hizo enloquecer a su propia hija!

—¡Erdenbat, fue Erdenbat! Recuerda también quién dijo entonces que tú no cederías al chantaje. Todo el mundo se enfadó contigo y arremetió contra ti, pero ¿alguna vez dijiste eso? ¡Nunca! Recuerda que apareció en L'Oriflamme, ¡el diario de Erdenbat!

—Pero ¡esa información sólo podía destruirme si Kushi ya estaba muerta!

—¡Ahí está, por fin lo entiendes! Te ha llevado tu tiempo. Erdenbat pensaba que el secuestro de Kushi te mantendría ocupado día y noche y que dejarías la investigación sobre la compra de tierras. Cuando comprendió que seguirías con las dos, con toda tu estúpida obstinación, se sintió acorralado por la historia del secuestro. Había previsto hacerse el héroe, que te sintieras en deuda con él. Yo tenía que fingir que él me había encargado encontrar a Kushi, liberarla y traerla, y él te la entregaría. Y si tu investigación acerca de las tierras te llevaba hasta él, te habría recordado lo que le debías. Comenzó mandando a Kushi lejos, a un campamento un poco apartado que un compañero de deportación tenía en las montañas del Hentiy. Pero la pequeña murió.

—¿Cómo? ¿Cómo murió? ¡Dime cómo murió!

La súplica apareció entonces en la voz de Yeruldelgger, pero el hombre estaba demasiado metido en su revancha como para sacar partido de ella. Podría haberle exigido que lo ayudara a salir de la fosa para seguir hablando, pero prefirió ver cómo el rostro del comisario se descomponía al hilo de sus revelaciones.

—Partimos hacia el Hentiy en un coche que yo había robado. Sólo Erdenbat, tu hija y yo. Nadie más conocía el secreto. Ni si quiera sus guardaespaldas. La carretera era larga y la chiquilla empezó a encontrarse mal. Nos detuvimos para que tomara el aire y en un momento de distracción se nos escapó. Estábamos en una pista de montaña, por la zona de Arhust. Resbaló, cayó por un barranco y se rompió el cuello. Llevaba unos zapatos nuevos, creo, y le molestaban al andar...

—Es verdad, llevaba unas sandalias nuevas... —farfulló el comisario.

Yeruldelgger lloraba en silencio. La mañana del secuestro de Kushi, Uyunga le había prometido un regalo a cambio de que se portara bien. Kushi estaba muy emocionada con la idea de pasar unos días en la yurta de su abuelo. El angelito de cabellos negros se había sentado en el borde de su cama, con las manos entre los muslos, y había esperado a que su madre volviera, con una bonita caja rosa. Uyunga la abrió, ante los ojos brillantes de deseo de Kushi, y sacó el papel de seda. La niña se lo apropió riendo para arrugarlo entre sus

manitas. Luego Uyunga sacó de la caja un par de sandalias rosas de piel que llevaban el dibujo de una cabeza de gato graciosa y estilizada. «¡Hello Kitty!», dijo Kushi al reconocerla. Y besó sus sandalias nuevas con su boquita roja y redonda como una cereza, luego las apretó con fuerza contra sí encogiendo los hombros y abriendo mucho los ojos. Todos se echaron a reír, felices...

La pena reavivó con brusquedad la cólera de Yeruldelgger. Se esforzó por contenerla, pero no consiguió enmascararla con el tono de voz.

—¿Qué hicisteis después? ¿Por qué apareció estrangulada?

En la fosa, el hombre comprendió en ese instante que había dejado escapar su oportunidad de liberarse y que el comisario se había recuperado.

—Fue idea de Erdenbat. ¡Fue suya, te lo juro! Como tu hija estaba muerta, pensó que podía aprovecharlo para destruirte. No debía parecer un accidente. Tenía que ser un crimen, una ejecución, como castigo por tu empecinamiento. Me pidió que llevara el cuerpo lo más lejos posible, por la ruta de Ondärkhaan, a algún lugar donde tardaran uno o dos días en descubrirlo, y durante ese tiempo dictó el famoso artículo que salió en su periódico. Dos días después, tú eras el cabrón más miserable del país, habías preferido permitir que ejecutaran a tu hija antes que abandonar una investigación. Y eso es lo que continúas siendo hoy para la mayoría de la gente...

—Pero las marcas de estrangulación alrededor del cuello...

—...

—¿Quién la estranguló? ¿Quién fue de los dos?

—¡Ya estaba muerta, Yeruldelgger! ¡Estaba muerta!

—¿Quién fue de los dos? —repitió con un bufido de odio.

—Yo no fui, Yeruldelgger, no podía... yo conducía, te lo juro. De todos modos, estaba muerta. Eso no cambiaba nada. Te lo ruego, Yeruldelgger, te lo ruego...

Desde el fondo de la fosa, vio al policía de pie recortado contra el vacío oscuro de la noche, con el rostro manchado de luces y sombras por las llamas de la antorcha y la ira, y con otra cascabel en la mano. El horror lo congeló.

—¡No, eso no! ¡Te lo ruego, eso no! ¡Perdóname! ¡Por favor!

Yeruldelgger clavó sus ojos negros en los del hombre, sin emoción alguna, lo cual fue todavía peor que saberlo colérico. Cuando dio un paso atrás, pareció que la noche se lo tragara y el hombre no vio más que su brazo iluminado soltando la serpiente en la hierba, en lo alto de la fosa. Los sollozos provocados por la emoción que lo embargaba atenazaban su garganta y le impedían dar las gracias al comisario, que se alejaba.

Pero de pronto, ya invisible, volvió a oír su voz en la noche:

—¡Al cuello, compañero, al cuello!

El hombre se quedó petrificado, sólo agitaba la antorcha para intentar iluminar los bordes de la fosa. El resplandor se reflejó en un objeto metálico, pero cuando comprendió lo que estaba sucediendo era ya demasiado tarde. Con la punta de la muleta, Gantulga le echó encima la cascabel y desapareció también en la oscuridad. El hombre gritó hasta desgarrarse la garganta para deshacerse de la serpiente. Dejó caer la antorcha, que se apagó cuando, presa del pánico, la pisó con los pies desnudos. Y redobló el terror de su grito cuando, en la oscuridad, la cascabel le clavó los colmillos en la mejilla y los labios.

—Sientes mucha cólera todavía... —juzgó la voz del Nerguii en la noche.

—Ya me arrepentiré de ello más tarde —respondió la de Yeruldelgger.

—Y al niño, ¿le enseñarás también a arrepentirse?

—En este momento sería incapaz de hacerlo, y lo sabes. ¿Puedes acogerlo un tiempo más, hasta que la situación se arregle?

—Si respeta nuestras reglas, puede quedarse.

—¡Genial! —exclamó Gantulga—. Oye, ¿y podrías enseñarme el truco ese de acariciar a las serpientes en el vientre? ¡Eso debe de volver locas a las chicas!

65

«Y yo, Chuluum. ¡Yo también te lo advertí!»

Yeruldelgger regresó del Terelj en el coche de Chuluum. Había abandonado el monasterio con un alba rosada que tornaba azules los alerces. Llegó a Ulán Bator a la hora en que el despreocupado caos del tráfico se animaba, y se dirigió hacia el hospital donde trabajaba Solongo. Estacionó el coche en el aparcamiento de visitantes y, como esperaba que sucediera desde hacía días, en cuanto se dirigió a la entrada de Urgencias vio a los inspectores. Uno estaba en el exterior, de espaldas a él, para no ser reconocido y poder seguir las órdenes silenciosas de otros dos que se hacían pasar por pacientes en el interior. Había un cuarto, de cobertura, detrás del comisario, en el estacionamiento, que acababa de bajarse de su vehículo. Distinguió otras dos siluetas demasiado curiosas detrás de los ventanales de la planta baja. Seis. Eran muchos para una simple detención, a pesar de que sabían que iba armado. Yeruldelgger sospechó que su arresto iba a ser violento y prefirió tomar la iniciativa.

En cuanto atravesó la puerta levantó las manos para mostrar buena voluntad y disposición a cooperar. Pero el inspector que se escondía fuera y que le pisaba los talones había previsto la operación de otra manera. Se le lanzó encima por la espalda e intentó tirarlo al suelo. Al caer hacia delante, lejos de Yeruldelgger, rompió una fila de sillas, al otro extremo del vestíbulo, y paralizó a sus colegas.

Con gesto unánime, todos desenfundaron las armas y apuntaron al comisario, que levantó las manos de nuevo.

—¡No voy armado, no tengo intención de resistirme, me rindo! —gritó con voz fuerte y calmada.

Aprovechando que sus colegas le apuntaban, tres polis se echaron sobre él y lo tiraron al suelo sin miramientos para esposarlo. El amago de pelea había alertado al personal del hospital. Dos enfermeros se ocupaban ya de atender al que Yeruldelgger había enviado volando contra las sillas. Algunos médicos se mostraron indignados por aquella intrusión policial, pero los polis los devolvieron a sus estetoscopios apuntándoles con las armas. Parecían demasiado nerviosos. Demasiado para una simple detención.

—¿Qué pasa, muchachos, me he saltado un semáforo en rojo? —preguntó Yeruldelgger mientras lo sujetaban violentamente contra el suelo para registrarlo y confiscarle el arma.

—Lo que pasa es que han encontrado el cuerpo de Sukhbataar con una bala tuya metida en el cráneo, cabrón. Y para nosotros sólo hay algo peor que un asesino de polis, un poli asesino de polis —le murmuró al oído, con odio, el hombre que estaba aplastándolo contra el suelo con la rodilla clavada en sus riñones.

—¿Y cómo sabes que la bala era mía, iluminado?

—¡Porque tenemos un testigo directo, imbécil!

—Bah, los testigos, ya sabes...

—Sí, pero para tu desgracia, éste es uno de nuestros inspectores, y creo que más bien le creeremos —replicó el poli mientras levantaban a Yeruldelgger del suelo.

—¡Yo también soy inspector! —respondió éste.

—¡Sí, lo sé! Un inspector al que todos hemos visto apuntar con su arma a Sukhbataar, precisamente. Ya ves que eso te complica las cosas: tenemos antecedentes y un móvil, un poli como testigo y una de tus balas en el cráneo de la víctima. Y ahora, tu pistola para verificarlo con balística. En el peor de los casos acabarás tus días en chirona, y en el mejor, ¡uno de nosotros te pegará un tiro por lo que has hecho!

—Tienes razón —soltó Yeruldelgger—. ¡Me da tanto miedo que por una vez tengáis las cartas correctas para resolver este caso...!

—Aprovecha ahora para hacerte el listillo —le dijo al oído uno de los policías que lo había levantado—. ¡No tendrás la oportunidad durante el interrogatorio que te tenemos reservado!

Solongo y Chuluum llegaron al mismo tiempo por dos puertas diferentes. Con un gesto de la cabeza, este último ordenó a sus hombres que impidieran

acercarse a la forense, luego se dirigió hacia Yeruldelgger, al que tres polis sujetaban delante de él.

—¿Te duele? —preguntó el policía esposado, señalando con un movimiento del mentón la pierna vendada de Chuluum, que caminaba apoyado en una muleta.

—Te noto demasiado arrogante para ser un asesino de polis que está en manos de polis.

—Puede que sea porque yo también soy poli, como ya les he explicado aquí a tus amiguitos.

—Han traído el cuerpo de Mickey esta mañana, Yeruldelgger. Está aquí, en la morgue, con una bala en el cráneo, y yo te he visto dispararle esa bala con esta pistola que te hemos encontrado encima. ¡Fanfarronea ahora!

—Yo no fanfarroneo, Chuluum, sólo estoy nervioso. Pienso en el interrogatorio porque tus hombres han prometido golpearme hasta la muerte, y estoy un poco nervioso. Es normal, ¿no? Además, ¡quizá la bala haya atravesado el cráneo de Mickey entre sus dos orejas y ya no esté ahí! ¡Quizá todavía tenga una posibilidad de librarme con la autopsia, vete a saber!

—Pobre Yeruldelgger... he visto el cuerpo. ¡Una herida de entrada, sin herida de salida! ¡No tienes ninguna posibilidad!

—Pero se le va a hacer la autopsia de todos modos, ¿no? Eso es lo que prevé el procedimiento, ¿verdad?

—Si insistes... Y puesto que tu forense favorita está justo aquí, incluso podríamos confiarle a ella el trabajo, así no cuestionarás el resultado.

—Eso es muy muy inteligente de tu parte, Chuluum, pero prefiero que vayamos un poco más allá. Tú, yo y dos inspectores que tú elijas asistiremos a la autopsia, así no habrá problemas.

Chuluum intentó comprender el juego de Yeruldelgger. Tal vez sólo intentaba ganar tiempo. Al verlo dudar, Solongo supo que debía intervenir.

—Bien, pues ya que todo el mundo está de acuerdo, vamos a ello —dijo, dirigiéndose hacia el pasillo reservado al personal—. El cuerpo ya está listo y en la sala de autopsias. Extraer la bala es cuestión de apenas diez minutos.

Yeruldelgger adoraba que ella actuara así, por instinto, sin siquiera comprender por qué. Chuluum, desconcertado, dudó unos instantes. No podía dejar que Solongo, tan cercana al comisario, se aproximara al cuerpo de Mickey sin vigilancia. Por otro lado, tampoco podía parecer que se negaba a hacer la autopsia con testigos. Sobre todo cuando los que habían sido propuestos eran sus propios polis. Terminó por dar media vuelta sobre su muleta, con gesto de dolor, y designó a dos de sus hombres para que llevaran a Yeruldelgger a la sala de autopsias.

Solongo lo entendió todo mientras reexaminaba el cráneo del muerto. Hizo radiografías que confirmaron la presencia de la bala, y decidió de inmediato no intentar extraerla con unas pinzas por el orificio de la herida. Después de ver la radiografía y comentar la herida de entrada del proyectil, retiró la tapa del cráneo con la sierra para buscar la bala en el cerebro. En cuanto la hubo sacado del amasijo de meninges perforadas, la mostró a los cuatro testigos, de manera que la vieran bien, con la punta de su instrumento. Chuluum, con el estómago un poco revuelto por la visión del cerebro deshecho de Mickey y deseoso de terminar pronto, hizo una señal a uno de los polis para que entregara a Solongo una bolsita de plástico transparente para guardar pruebas. La forense depositó allí la bala, con ostentación, como un ilusionista muestra al público un objeto que va a hacer desaparecer ante sus narices, y a continuación el inspector selló la bolsita.

—Llévala a balística de inmediato y compárala con el fichero de armas oficiales. Esto tiene prioridad absoluta, ¿lo has entendido? Yo aún he de hacerme aquí algunas curas y pruebas. En cuanto tengas la confirmación, te unes a ellos y comenzáis el interrogatorio como os dé la gana. Yo iré en cuanto pueda.

Luego Chuluum se volvió hacia el comisario, que seguía esposado, impassible y entre sus dos cancerberos.

—¡Te lo advertí, Yeruldelgger!

—Y yo, Chuluum. ¡Yo también te lo advertí!

66

...más como un gesto de defensa que de arrogancia

El que se había quedado con él en la sala de interrogatorios pretendía ser el más cabrón. No obstante, Yeruldelgger percibió que era sólo el más colérico y que bullía de impaciencia por partirle la cara.

El comisario lo había observado al inicio de ese cara a cara prolongado y silencioso. El otro no aguantaba quieto. Era demasiado corpulento para el trabajo. Y tenía un punto débil en la pierna izquierda. Pensó que podía deberse a alguna necrosis leve de la cadera por culpa del vodka adulterado, pero el tipo no tenía ni pelo ni piel de alcohólico. Era más probable que fuese artrosis en la rodilla, o bien un menisco fuera de sitio. Y además le faltaba el aliento. Respiraciones demasiado cortas. Fumador, sin duda. Un comilón también y cero deportista. A ése había que entrarle de cara. Levantarse delante de él sin mirarlo a los ojos, sino al plexo o la nuez. De repente, clavar la mirada un poco por encima de él, a su derecha. Provocar un imperceptible balanceo de su cuerpo,

forzarlo a apoyarse en su pierna débil, romperle la rodilla con un golpe de talón y, con el mismo movimiento, mientras caía desequilibrado, golpearle el plexo con la rodilla para cortarle la respiración. Y una vez en el suelo, patearle el hígado con la punta del pie para provocarle ese dolor terrible que se irradia a continuación por todo el cuerpo y deja fuera de combate a cualquiera.

—¿Qué miras? —vociferó el poli gordo.

—Tus bonitos ojos, ¿te importa? —respondió Yeruldelgger.

Siempre había querido introducir esa respuesta en una situación como aquella. La había sacado de una película francesa que había visto durante la época en la que acudía al cineclub en la Alianza Francesa.

—¡Pedazo de hijo de puta! —gruñó el poli, volviéndose hacia él con los puños apretados para destrozarlo.

Pero, en ese instante, el tipo alto y desgarrado de balística abrió la puerta y entró en la sala, seguido por todos los inspectores, ávidos de poder interrogar también a Yeruldelgger.

—¡No es suya! —exclamó el tipo de balística.

—¿Cómo? ¿No es suya?

—¡No! ¡La bala que ha matado a Mickey no fue disparada con el arma que él llevaba encima! No se corresponde con su arma. ¡No es suya!

—Pero entonces, ¿no sabemos quién disparó a Mickey?

—Sí lo sabemos... —respondió el tipo de balística, arrojando un expediente encima de la mesa.

La carpeta contenía dos fotos y una hoja dactilografiada.

El inspector que quería reventar a Yeruldelgger se apropió del expediente y comparó las dos fotos antes de echar un vistazo a la hoja.

—¡Menuda mierda!

—¡No me lo creo! —gritó otro mostrando los documentos a los demás.

—¡No! Entonces, a Mickey lo disparó...

—Chuluum. La balística concuerda. La bala que se ha extraído del cráneo de Mickey fue disparada con el arma de servicio de Chuluum...

El silencio cayó a plomo en la sala de interrogatorios en medio de un malestar palpable. Lentamente, las miradas de todos los inspectores se posaron en el comisario.

—Chuluum mató a Mickey. Yo estaba delante. Mickey vino a matarme, y Chuluum le disparó primero.

—¿Por qué?

—No tengo ganas de explicárselo a una panda de tipos que se disponían a apalearme.

—¿Y el arma? ¿Dónde está el arma?

—Buscad bien. En su coche, probablemente. Si tenéis a alguien ahí abajo, aparte de a Chuluum, que vaya a cogerla deprisa antes de que se deshaga de ella.

—Tú eras quien conducía su coche esta mañana. ¿Podrías haber puesto ahí su arma para acusarlo!

—Hubiera podido, es verdad, pero ¿por qué iba yo a tener el arma de Chuluum? Y olvidáis lo que ha dicho hace un momento. Ha declarado delante de vosotros que me vio disparar a Mickey con mi arma de servicio, no con la suya. ¿Os parece que ésas son cosas que uno puede confundir? Hacedle el test de la pólvora en las manos, ¡ya veréis!

—Entonces, ¿qué significa esto?

—Significa que ha mentado sobre mí y que ha sido él quien ha matado a Mickey, ¡no yo! Él disparó a Mickey y ha querido librarse cargándome a mí el muerto.

—¡Eso no explica por qué aceptó una autopsia con testigos, si sabía que una de sus balas era la que estaba en el cráneo de Mickey!

—Eso es verdad —dijo Yeruldelgger—, no lo explica. Pero sí aclara por qué pedí que hubiera testigos. Sin testigos, como él proponía al principio, el resultado de la autopsia o, mejor dicho, el informe, habría sido diferente, ¡quién sabe!

—Si se os han pasado ya las ganas de lincharlo, ¡tal vez podríais quitarle las esposas y dejarlo en paz! —sugirió una voz desde el exterior de la sala.

Yeruldelgger reconoció a Billy y se volvió; éste se acercaba a través del grupo de polis. Todos parecían consternados por el giro que habían tomado los acontecimientos, y un rumor lleno de repugnancia salió del cubículo de interrogatorios y se expandió por todos los despachos del departamento.

—¿Estás bien? —preguntó el joven inspector, que se dispuso a retirar las esposas que martirizaban las muñecas de Yeruldelgger.

—No tengo coche. ¿Puedes llevarme a casa de Solongo y llamar al hospital para decirle que se nos una allí?

—¿No te quedas a arreglar cuentas con Chuluum?

—¡Ellos se encargarán muy bien de hacerlo! —dijo Yeruldelgger, sonriendo al tiempo que señalaba con el mentón al grupo de inspectores—. ¡Nosotros nos vamos!

Cuando estaban llegando a los ascensores, la puerta de uno se abrió y apareció Chuluum, apoyado en su muleta.

—¡Eh! ¿Qué hace éste aquí? —dijo Chuluum, indignado—. ¿Adónde va?

Sus gritos paralizaron a todos los polis de servicio, que se volvieron hacia los ascensores y vieron a Yeruldelgger y a Billy, en silencio y sonrientes, pasar cada uno por un lado de Chuluum, que estaba loco de rabia y les gritaba que

regresaran. Ambos entraron en la cabina de la que él acababa de salir, apretaron el botón y esperaron a que las puertas se cerraran delante de sus ojos. Cuando el timbre indicó que la cabina descendía y que Yeruldelgger se había largado libre ante sus narices, Chuluum se quedó paralizado unos instantes. Luego se volvió y se encontró con el muro que formaban todos sus colegas del departamento.

—¿Qué? —gritó, blandiendo con rabia una muleta amenazadora hacia ellos.

Entonces percibió la expresión de odio y cólera de sus rostros.

—¿Qué? —repitió.

Pero esta vez el miedo le quebró la voz, y cuando blandió de nuevo la muleta, lo hizo más como un gesto de defensa que de arrogancia.

67

«Tengo un largo camino por delante...»

—¿Para eso eran los instrumentos?

—Sí...

—¿Has sabido cómo hacerlo?

—Ya lo creo...

—Pero al final, ¿le disparaste con el arma de Chuluum?

—No, era demasiado complicado. La trayectoria, los restos de pólvora, todo eso...

—Y entonces, ¿la bala que extraje?

—Es la que Chuluum se disparó durante nuestra pelea en el coche. Le atravesó la pantorrilla y yo la recogí de la alfombra. Después de extraer la mía, metí la suya en el cráneo de Mickey.

—Has tenido suerte de que haya sido yo quien ha practicado la autopsia. La bala no había llegado al final del agujero que había abierto la primera.

—Te lo agradezco. ¿Cómo te diste cuenta?

—No lo sé. Fue instintivo. Será verdad que tenemos una conexión especial...

—Sí. ¡Será verdad! —respondió él, mirándola.

Billy volvió a servirse té, para romper el momento de intimidad que se había creado entre Yeruldelgger y Solongo.

—¿Cómo se te ocurrió algo tan retorcido? —preguntó Billy con un tono que demostraba demasiado interés.

—No lo sé. Iba a regresar al Terelj con el coche de Chuluum para recuperar el mío, y de golpe lo vi claro.

—¿El qué? ¿Qué viste claro?

—Que Chuluum no iba a esperar para tratar de endosarme la muerte de Mickey. Que intentaría algo por la mañana y yo sólo tenía esa noche para actuar.

Billy dejó pasar unos instantes antes de preguntar de nuevo. Esta vez su curiosidad fue sincera.

—¿Qué pasó exactamente?

—¿Con Chuluum?

—No, quiero decir desde el principio de todo esto. La niña, los chinos, los motoristas.

—Son dos historias que se entrecruzan, Billy. Hace cinco años, un coreano atropella a una niña durante un raid salvaje de quads que se celebra en el parque nacional del Hentiy. El patrocinador del raid llama a Mickey, que suele hacerle trabajos en plan servicio de orden y seguridad, para que arregle el asunto discretamente. Mickey envía a un motorista tarado, que sirve de guía a su pequeña expedición, para que entierre a la niña lejos del lugar del accidente. La niña no está muerta y el otro necio la entierra viva y no lo bastante profundo. Cinco años más tarde, unos nómadas encuentran el cuerpo de la criatura. En cuanto a la otra historia, para hacerlo simple: tres geólogos chinos y dos putas de aquí son masacrados durante el San Valentín chino. Los sospechosos más obvios son el tarado de la primera historia y su banda de nazis a la mongola. Y en esta ocasión es otro poli, Chuluum, quien intenta hacer limpieza, por lo visto, para el mismo patrocinador.

—¡Vaya con Mickey y Chuluum...! —dijo Billy, negando con la cabeza mientras suspiraba.

—Es siempre lo mismo —respondió Yeruldelgger—. La tentación, el trabajo de mierda, el fin de mes, los divorcios a causa de las vigilancias, las malas compañías... Y un instante de ilusión de impunidad, querer manejar todos los hilos. ¡Hilos que, de hecho, nos atrapan en sus redes! Es el agua la que nos hace sacar la cabeza fuera del agua, muchacho, nunca olvides eso, y la que nos ahoga es la misma que nos sostiene cuando nadamos.

—Y el patrocinador, como tú lo llamas, es Erdenbat, ¿no? —apuntó Solongo con voz suave.

—Sí —respondió Yeruldelgger—, pero con verdugos como Mickey y Chuluum, va a ser difícil llegar hasta él en estos dos casos.

—Pero si Erdenbat es el patrocinador —preguntó Billy—, ¿cómo pudo ordenar aquella tentativa horrible contra Saraa?

—Por ahí podríamos pillarlo. Si analizamos bien este asunto, nadie tenía motivos para ensañarse con ella. Saraa había declarado a favor de Adolf, a mí me odiaba, quería hundirme: no podía tener ningún interés en eliminarla. De

hecho, ¿su objetivo era yo!

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—¿Tú estás al corriente de lo de mi hija pequeña, Kushi?

El otro apartó de inmediato la mirada. La pregunta no era realmente una pregunta. Yeruldelgger era consciente de que todo el mundo, sobre todo en la policía, conocía la historia del secuestro y la muerte de Kushi. Pero Billy sabía, porque había sido testigo de ello, que cualquiera que nombrara aquella desdicha en presencia de su padre desataba su cólera.

—Sí... —respondió en voz baja el joven inspector.

—Ayer por la noche conseguí que uno de los matones de Erdenbat confesara. Lo hice por unos medios que me hacen pensar que me contó la verdad. Según él, Erdenbat organizó el secuestro de Kushi. En aquella época, yo investigaba los tejemanejes que había alrededor de las ventas de tierras, que permitieron a algunos especuladores del Gobierno echar mano, a precios ridículos, a miles de hectáreas que sabían que estaban destinadas a ser concedidas a precio de oro a grandes multinacionales. Erdenbat estaba metido en eso. Al parecer, había organizado el secuestro de Kushi para obligarme a abandonar la investigación, y Kushi murió de forma accidental cuando consiguió escapar de sus secuestradores. El hombre me dijo que, con Saraa, Erdenbat intentaba hacer lo mismo de nuevo. ¡Teniendo en cuenta en lo que me convertí después de la muerte de mi hija, es fácil adivinar lo que pretendía! Pero eso demuestra una cosa: uno de los dos casos esconde intereses tan importantes como los del escándalo de las ventas de tierras. ¡Acordaos de los millones de dólares que obtuvieron quienes hicieron chanchullos para apropiarse de aquellas tierras con el único propósito de revenderlas como concesiones de explotación minera a los rusos o a los chinos! Uno de nuestros casos oculta un dineral similar. Y en esa dirección debemos reorientar nuestras investigaciones.

—¿Y tú crees que nos van a dejar hacerlo? ¡Erdenbat es dueño de parte de las teles, gran parte de la prensa, tiene comprados a la mitad de los diputados y probablemente a tres cuartas partes de la policía! —dijo Billy, inquieto.

—Me importa un carajo toda esa gente. En cuanto a la jerarquía, Mickey está muerto, Chuluum debe de estar a estas horas en detención preventiva y el departamento estará desorganizado durante algunos días. Hay que aprovechar la situación para volver a la carga. Billy, elige a dos o tres inspectores de confianza y sigue todas las pistas de los dos casos en busca de cómo y dónde puede estar implicado Erdenbat. Pero, antes, quiero que Solongo y tú recuperéis el expediente de Kushi. Tenéis dos días para revisarlo todo, pieza a pieza, prueba a prueba, testimonio tras testimonio, y para establecer una relación con Erdenbat. Solongo, repasa todos los elementos de las pruebas, y tú todos los testimonios.

Quiero un vínculo con Erdenbat, ¿me oís? Quiero uno. ¡Tiene que haber uno seguro!

Billy y la forense guardaron silencio. Lo que los impresionaba era la calma y la fuerza de las palabras de Yeruldelgger. No estaban ante un hombre colérico, sino ante alguien sólido, seguro, convencido.

—Solongo, quiero que recuperes también el expediente de la autopsia.

—¡Yeruldelgger, la hice yo! —se quejó ella.

—Lo sé, pero vuelve a repasar las causas de la muerte, por favor.

—¡La estrangulación era evidente!

—No hay nada evidente en este caso. El hombre al que interrogué me habló de una muerte accidental consecuencia de una caída y maquillada como estrangulación. ¡Compruébalo, por favor!

—Y ese hombre al que hiciste hablar, ¿no podría ser el vínculo que buscas para acabar con Erdenbat? —preguntó Solongo.

—Podría serlo, ¡si no fuera porque está muerto!

—¿Lo has matado?

—No, yo no.

Solongo lo miró a los ojos como si esperase otra respuesta, pero Yeruldelgger permaneció impasible y le sostuvo la mirada con una sonrisa imperceptible en la comisura de los labios.

—¡A propósito, Gantulga te manda besos! —dijo él finalmente, sin dejar de observarla.

De nuevo un momento de intimidad unió sus miradas, mientras Billy, con los ojos fijos él también, pero concentrados en el suelo, intentaba poner orden en su cabeza a todo lo que acababa de vivir y escuchar.

—Hay una cosa que sigo sin comprender —les confesó de pronto—. ¿Qué fue de los padres de la niña?

—Eso no tardaré en saberlo —respondió Yeruldelgger al tiempo que se levantaba—. ¡Quizá mañana por la mañana!

—¿Te vas? —dijo Solongo, sorprendida.

—Sí. Tengo un largo camino por delante...

68

...e intentó llamar a Solongo

Por supuesto, como Chuluum le había confiscado los billetes, Colette no había podido irse a descansar al campo. Le bastó con sentir su perfume, que flotaba en el pasillo y hacía volver la cabeza a los turistas que hacían la ronda,

para que Yeruldelgger supiera que estaba en el Altai. La vio en el bar y se dirigió derecho a ella para agarrarla por el brazo y sacarla fuera.

—Vamos, querida, nos marchamos de vacaciones...

—¡No estoy segura de que a Chuluum le vaya a gustar la idea! —dijo con sorna la chica, resignada, mientras andaba a trompicones sobre sus zapatos de tacón.

—No te preocupes, él ya se las ha cogido. ¡Veinte años por lo menos, a costa del Estado!

—¿Está en chirona?

—Lo estará. Para empezar, ya no es nada. Ni poli, ni chulo. ¡Así que puedes tomarte unas vacaciones!

—¿Contigo?

—¡Conmigo!

Eso fue todo lo que se dijeron antes de empezar a circular en silencio. Yeruldelgger salió de Ulán Bator por el este, de nuevo en dirección al Hentiy. Primero tomó la carretera de Bayandelger, luego fue derecho hacia el norte hasta el pueblo de Möngönmorit y después hacia el nordeste por pistas solitarias que los llevaron a unos veinte kilómetros al norte del rancho de Erdenbat.

Yeruldelgger disfrutó de cada segundo de aquella larga cabalgata por los espacios salvajes del Hentiy. La montaña había sido esculpida por mil riachuelos que habían acabado desapareciendo en vertiginosos barrancos. La sinuosidad de la pista buscaba los pasos y las brechas para ir de un valle a otro. La taiga abría vastos claros floridos en las penumbras de los bosques de pinos y alerces. De vez en cuando, distinguían una yurta blanca plantada en plena naturaleza. Una mujer con un deel de satén azul que se ocupaba de las ovejas; un hombre inmóvil a caballo que los miraba pasar, con su larga urga horizontal bajo el brazo, y niños curtidos por el sol frío que corrían detrás de un perro amarillo con el rabo entre las patas. O bien se cruzaban con una moto sobre la que iba un hombre con vestimenta tradicional y un casco de cuero, como un pionero de la aviación. En todas las ocasiones, Yeruldelgger daba un rodeo para saludarlos, informarse de las novedades y preguntar sobre su camino. El hombre de la moto se había quitado las gafas de aviador y le respondió con un murmullo, con el rostro estriado por el viento y la arena, luego arrancó, y se carcajeaba cuando su moto derrapaba en alguna rodada. Los niños, silenciosos, habían detenido su juego sin atreverse a sonreír, y la mujer había entrado en la yurta para buscar leche y bendecir su camino cuando ellos se alejaron. En medio del caos que eran su vida y su país, Yeruldelgger encontraba en aquellos instantes suspendidos una felicidad infinita que expandía su corazón con la emoción del orgullo.

Por la tarde divisaron por fin el campamento, cuatro horas después de su

partida. Atravesaron primero un pueblo triste y desierto, sombrío, lleno de cercados y cabañas amontonadas, con algunas yurtas manchadas por las lluvias. Era un lugar lúgubre, en el que las yurtas iban desapareciendo, pero donde no se veían aún las isbas rusas. Era un lugar de cabañas y barracas. Vieron el campamento a unos dos kilómetros a vuelo de pájaro, desde la cima de una colina, sobre una pradera extensa que descendía hasta una laguna oscura y fría. La sinuosa pista que llevaba hasta allí tricotaba su camino entre claros y bosques, y luego desembocaba en una planicie tapizada de hierba espesa, que servía de estacionamiento a las motos y de pasto a los caballos. El cielo estaba desvaído por la lluvia y preparado para inundarlo todo de nuevo. Bajaron del coche, él prestando atención a lo que los rodeaba, y Colette, a sus zapatos rojos. Por todos lados, los charcos plateados ondulaban bajo el viento y entre la hierba embarrada. A la izquierda, el campamento se componía de tres hileras de dos yurtas cada una, prolongadas por cuatro cabañas de madera adornadas con un discreto porche, que descendían escalonadas hacia la laguna. En lo alto, enfrente de las yurtas, una casa baja de troncos de madera, ancha y sólida, debía de servir de área común, cocina y refectorio. Era tan maciza que uno la imaginaba anclada al suelo enlodado por su propio peso. A pleno sol debía de ser un lugar hermoso. Después de cuatro horas de camino, bajo un cielo de algodón gris embebido de lluvia, resultaba siniestro y frío.

Del otro lado de la casa salió un hombre de una de las letrinas plantadas a veinte metros del refectorio. Debía de haber oído llegar el coche y salido precipitadamente, porque se detuvo para mirarlos sin siquiera abrocharse la bragueta. Llevaba una chaqueta de piel, muy pesada, y un pantalón militar que caía sobre unas botas de caucho. Yeruldelgger esperó unos segundos antes de dirigirse hacia él, seguido de Colette, que caminaba como una garza mirándose los pies para evitar el barro, con los brazos casi en cruz y las manos en alto. El hombre no dio un paso hacia ellos. Era una bestia. Un bruto. Sucio, fuerte, borracho. Sin ninguna duda, el dueño de aquel lugar, que tanto se le parecía.

—¡Una cama para dos noches! —dijo Yeruldelgger al llegar a su lado, sin siquiera preguntarle si le quedaba alguna.

—¡No tengo nada libre! —ladró la bestia.

—¡Ésa nos sirve! —respondió Yeruldelgger, dirigiéndose hacia la primera yurta.

—¡Está reservada, ya se lo he dicho! —amenazó el hombre, que lo había seguido.

Yeruldelgger se volvió con fuerza para hacerle frente. El hombre, sorprendido, se encontró justo a su lado, con los ojos del comisario clavados en los suyos. Yeruldelgger había acertado: fuerte, bestia, embrutecido, tiránico y

cobarde. Por su parte, el hombre había chocado contra su mirada como uno se golpea contra un muro de granito. Ninguno apartó la vista, pero el comisario adivinó en el otro ese movimiento imperceptible de cabeza hacia el hombro izquierdo que por lo general indica la intención de retirarse. La mayor parte de los hombres da media vuelta echando hacia atrás en primer lugar el pie izquierdo. Supo entonces que el hombre iba a ceder y se mantuvo firme. Algunos segundos más tarde, el tipo se dio la vuelta con brusquedad.

—Dos noches, no más —le ladró para quedar bien delante de las mujeres que habían salido de la cocina a ver qué pasaba.

Colette quiso entrar en la yurta antes que Yeruldelgger, pero éste la agarró con fuerza por el brazo y tiró de ella hacia sí.

—Eh, ¿qué te pasa?

—Nunca con el pie izquierdo, ¿o es que no te acuerdas?

—¿Tú crees en esas tonterías de viejo?

—Sí —confirmó él—, y tú también deberías.

—¿Cómo? Entrar con el pie derecho en primer lugar por el arco de la puerta, no arrojar nada al fuego, circular por la izquierda, no apuntar con los pies hacia el fuego... ¿Todavía crees en eso?

—Por lo menos lo recuerdas, no está mal... Así que empieza a respetar las tradiciones porque, si no, podría enfadarme.

—¿Ah, sí? ¿Y el peor insulto a las tradiciones no es acaso entrar en una yurta con un arma, aunque sea una fusta o un bastón? Dime, ¿qué llevas en la cintura? ¿No será por casualidad una pistola? ¡Eso no dice mucho de tu respeto por las tradiciones!

—Entrar armado en una yurta —respondió Yeruldelgger con calma— es el peor insulto para quienes viven en ella. Estas yurtas son para turistas. Nadie vive aquí. Ningún espíritu de los ancestros.

—Está bien. Entonces, ¡si el señor está dispensado, yo también lo estoy! —dijo Colette, burlándose, jocosa.

—Vale, pero esto lo haremos según marca la tradición, ¡porque tú estás aquí para hacer lo que yo quiera!

—¿Ah, sí...? ¿A eso hemos venido? Pues le estoy dando vueltas desde el otro día, ¡y yo pensaba que no me deseabas!

—¡Y sigo sin desearte! —respondió Yeruldelgger—. Repito, no es nada personal, pero ¡no te deseo!

—Bien, entonces, ¿a qué he venido?

—A dar gato por liebre. Fingimos. Hacemos como si hubiéramos venido aquí a eso, pero sólo de cara a la galería. ¿Entendido?

—¿¡No me digas, sólo para la galería!?! Pues gracias por las vacaciones!

¿Puedo dormir, por lo menos?

—¡Duerme! —aceptó Yeruldelgger, contento de abandonar la yurta saturada de aroma a perfume malo. Acababa de hacerse cuatro horas de carretera en un incensario, necesitaba aire puro.

Su llegada había despertado la curiosidad. Tres mujeres trabajaban en la cocina con la puerta de servicio abierta de par en par para poder espiarlos en silencio. El policía se acercó a ellas con un andar bonachón, olfateando los perfumes y aromas. El aire húmedo de lluvia enfriaba los olores de la carne cruda y de las verduras.

—¡Hum, kuushuur! —dijo con la nariz al viento, suspirando.

Las tres mujeres se echaron a reír como niñas. Una anciana desdentada de rostro hermoso y redondo como una luna de sangre, y otras dos más jóvenes. Sus hijas, quizá. Yeruldelgger se quedó un poco alejado, bien plantado sobre sus piernas, mirándolas trabajar. La anciana cortaba a cuchillo filetes delgados de cordero cebado sobre un tajo ancho de madera al que el uso había ido horadando en el centro. Una de las jóvenes troceaba sin llorar unas cebollas blancas de gran tamaño mientras la otra aplastaba dientes de ajo. La cocina era un indescrutable caos de tazones, sartenes y calderos. Las mesas de trabajo más bien parecían bancos de carpintero, y el horno a la antigua, hecho de piedras gruesas, se calentaba con el fuego de madera que ardía en un nicho.

Yeruldelgger reparó en la bola enorme de masa de kuushuur que reposaba en un rincón. Miró el tazón de la abuela y lo que le quedaba todavía de carne para picar. Allí había fácilmente diez kilos. De cebollas, lo mismo. También de ajo. ¿Para cuántas personas estaban cocinando?

—¡No te equivoques de especia, abuela: para el kuushuur, sólo comino!

—¡¿Por quién me tomas, joven pretencioso?! Por supuesto que comino.

—¡Y nada de pimentón!

—¡Nada de pimentón, que estropea el sabor del cordero!

Cerró los ojos y aspiró de nuevo el olor de la cocina. Sintió la madera verde que humeaba agria y el hollín frío y graso, el sudor almizclado de las mujeres, el agua de la vajilla sin jabón, era como si se embriagara con el perfume de un delicado manjar, y ellas volvieron a reír, orgullosas y halagadas por ser cortejadas sin disimulo por aquel extranjero guapo, fuerte y robusto.

—¿Y quién va a comerse todo eso?

—¡Tú no! —se burló una de las jóvenes.

—¿Y por qué yo no? —preguntó Yeruldelgger.

—¡Porque es sólo para esos perros coreanos!

—¿Cómo? ¿Coreanos aquí, comiéndose mi kuushuur? ¡Puag! —dijo él, ofendido, fingiendo escupir al suelo.

—¡Puag! —lo imitaron las tres mujeres, escupiendo a un tiempo, y de verdad, al suelo de la cocina.

—¿Dónde están esos ladrones de kuushuur? ¿Dónde están para que les haga vomitar empanada a empanada?

Las mujeres no se rieron esta vez. Bajaron la cabeza y retomaron el trabajo en silencio. La anciana lanzó una mirada por encima de Yeruldelgger, para prevenirlo, y éste se dio la vuelta. El hombre estaba detrás de él, con el rostro peludo y terco cerrado como un cofre. Llevaba en la mano un puñado de marmotas muertas, sujetas con un cordel por las patas traseras.

—¡Qué! —dijo Yeruldelgger, indignado—. ¿Esos perros coreanos van a tener derecho además a un boodog de marmota? ¡Yo también quiero!

—Eso sólo para los coreanos. Ellos pagan.

—Yo también pago. ¡Y quiero de eso!

—¡Veinte mil tugriks!

—¿Cómo? ¿Veinte mil tugriks? Por ese precio, en Ulán Bator como en un mexicano con mariachis y margaritas.

—¡Veinte mil tugriks! —repitió la bestia, que nunca había probado un margarita.

—Veinte mil, pero con los kuushuur.

—Cinco mil más por los kuushuur.

—De acuerdo, veinticinco mil tugriks, pedazo de ladrón. Tu almuerzo de cazador furtivo me va a salir por veinte dólares, pero ¡eso menos que tendrán los coreanos!

El hombre era en realidad el tarugo que parecía ser, o intentaba sacar demasiado provecho de su suerte, porque le tendió la mano y dijo:

—¡Cincuenta mil tugriks!

—¿Cómo que cincuenta mil tugriks?

—Tú y la mujer. Dos veces veinticinco. Cincuenta mil.

Yeruldelgger lo agarró por la solapa de su chaqueta vieja de cuero, le hizo dar una vuelta a su alrededor y lo empujó contra el muro de madera de la cocina. Le apretó el cuello con el antebrazo al mismo tiempo que le aplastaba una rodilla contra la pared con la suya y deslizó la mano entre sus muslos para apretarle los testículos y triturárselos con puño de hierro. El bruto se quejó de rabia más que de dolor, y Yeruldelgger tuvo que apartar el rostro para protegerse de su aliento pútrido. Sabía que le estaba haciendo daño; sin embargo, el hombre no pedía merced. Estaba curtido. Soltó el manojito de marmotas, pero no intentó zafarse del apretón del policía con las manos ahora libres. Como si se supiera capaz de encajar todos los dolores del mundo sin rechistar.

—Escúchame bien, por veinticinco mil, pago por comer. Por cincuenta mil,

como sin pagar. Eso te enseñará a no tomarme por un coreano. Quiero que se nos sirva a la dama y a mí en la yurta. Pero no tú, porque me enfadaré. Envía a una de las mujeres de la cocina.

Yeruldelgger soltó las partes del bruto, lo agarró por el cuello de la chaqueta con las dos manos y volvió a girar sobre sí mismo para enviarlo lejos. El hombre apenas tropezó. ¡Estaba curtido y encima tenía unas piernas fuertes! El comisario percibió que se sentía humillado, por su manera de fusilar con la mirada a las tres mujeres, que hundieron de inmediato la cabeza en sus pucheros. Y lleno de odio, sin duda. Era peligroso.

—¡Es una bestia! —murmuró la anciana, escupiendo en la dirección por donde el tipo había desaparecido.

—¡Es basura! —dijo una de las jóvenes, escupiendo en la misma dirección.

—¡Es un cerdo! —dijo la otra, escupiendo también.

—¿Ése es tu marido, abuela? —preguntó Yeruldelgger a la anciana, mientras recogía las marmotas aún calientes por el esfuerzo de haber intentado escapar del cazador.

Ella bajó la mirada y la emprendió con la carne con fuertes golpes de cuchillo.

—Fue mi marido cuando yo era joven. Ahora es el marido de todo el mundo. Coge a las que quiere y a las que no quieren, las golpea. Es un enfermo. Sólo piensa en eso. Viejas, jóvenes, embarazadas, sean de su familia o no, coge todo lo que quiere. Incluso chiquillas. ¡Incluso niñas! ¿Has visto lo fuerte que es? ¿Quién puede ofrecerle resistencia?

—Yo puedo, abuela, pero, claro, ¡quizá de mí no quiera nada!

Las tres mujeres rompieron a reír y se apartaron para hacerle un poco de espacio cuando él les acercó las marmotas a la cocina. Buscó un tajo, un cuchillo de carnicero bien afilado, otro puntiagudo, un recipiente grande para las vísceras, y se instaló con ellas.

—¿Las preparo para el boodog? —preguntó.

—Si sabes hacerlo bien, ¿por qué no? —dijo, tomándole el pelo la anciana.

—Si tienes las piedras adecuadas, ¡te haré el mejor boodog de la estepa!

La anciana metió la punta de su cuchillo en el hogar que había bajo el fuego de piedra. Había tapizado los lados del ruidoso fuego con brasas enrojecidas sobre las que se calentaban piedras grandes y redondas.

—Destrípalas y no perfores las tripas, ¿de acuerdo?

—Las destripo y no perforo las tripas —repitió Yeruldelgger.

—¡Y limpia bien los intestinos y ponlos a un lado!

—¡Y limpio bien los intestinos y los pongo a un lado! —repitió de nuevo mientras destripaba la primera marmota.

—Después, frota bien el interior con sal.

—¡Después, froto bien el interior con sal! —cotorreó Yeruldelgger, guiñando un ojo a las jóvenes—. A propósito, ¿cuándo llegan los coreanos?

—Dentro de tres horas estarán aquí. Comerán una hora más tarde, si es que ésa era tu pregunta —respondió la anciana con malicia.

—Ésa era mi pregunta —reconoció Yeruldelgger—. ¿No es un poco pronto para preparar las marmotas?

—¡Tú eres quien ha querido ponerse a ello! —replicó la buena mujer—. El boodog sabe mejor cuando las marmotas están recién cazadas, pero también hay que dejarlas reposar un rato después de muertas para que la carne se ablande. Y además, hay que preparar diez...

Yeruldelgger sonrió sin responder. Había conocido en su juventud a viejas y jóvenes como aquéllas, bajo otros cielos, en otras estepas infinitas, pero alrededor del mismo fuego y las mismas tradiciones. Preparar las marmotas, abrirles el vientre e introducir en su interior piedras gruesas y ardientes, coserlas para que la carne se cociera por dentro y acercarlas al fuego para cocinarlas por fuera. De niño, había visto a los mayores seguir aquellos pasos muchas veces, luego había aprendido a hacerlos él, quemándose los dedos por la torpeza y los labios por la gula. Equilibrar los dos calores, evitar que la cocción del interior suelte demasiado calor y vapor, no vaya a romper la costura o a hacer reventar al animal. Retirarlo del fuego, abrirlo con gestos rápidos de los dedos, coger las piedras cubiertas de grasa caliente y pasárselas deprisa de una mano a otra para que el calor y la grasa le den fuerza y vigor. Y por fin cortar el roedor y clavar los dientes en la carne tierna y jugosa todavía humeante...

Los extranjeros dicen que el boodog sabe a pato salvaje. Yeruldelgger no estaba de acuerdo. El boodog es el boodog, un manjar mongol que no se parece a ningún otro, cuyo sabor viene tanto de la caza del pequeño animal de las estepas, de su preparación entre amigos, de la elección de cada piedra o de las tradiciones de su cocción, como de la grasa de su interior, que unta la carne caliente.

—¡Cuando pienso que vas a servir todo esto a unos coreanos, abuela...!

—¡Una banda de perros, que vienen a pisotear nuestros parques y montañas y que están tan borrachos de vodka que terminan siempre por vomitar los kuushuur y el boodog!

—¿A eso llegan?

—¡Ni te lo imaginas! Cada año invaden el campamento, meten sus máquinas de cualquier manera, descargan cajas de vodka ruso que compran antes de cruzar la frontera, enchufan sus karaokes y berrean horrores con sus micrófonos. Animan la noche rompiendo botellas y calientan el ambiente diciendo cochinas que no entendemos, en su lengua, y cuando vayamos a

servirles, nos meterán las manos entre los muslos y nos pellizcarán el culo. Cuando estén borrachos, intentarán echarnos un polvo en el suelo como si no valiéramos nada, ante las risas de los otros, que bailarán a nuestro alrededor rociándonos con vodka. ¡Incluso conmigo, con una vieja como yo, incluso conmigo van a intentarlo! ¡Te lo puedes creer! Un año, una pobre chica a la que habían rociado de vodka se prendió fuego por correr demasiado cerca de la fogata cuando intentaba escapar de ellos. ¡Eso les hizo reír todavía más y uno de ellos incluso gritó que estaría más rica que el boodog y que se pedía el culo! ¡Ya ves lo que son esos coreanos!

—¿Y tu jefe no dice nada?

—¿El jefe? ¡Esa basura gana en una noche más de lo que podría esperar ganar en toda una vida! Esos coreanos arrogantes están forrados de dinero, y el que organiza sus cabalgatas infernales es más rico todavía. Date cuenta de que durante las dos semanas que dura su raid del demonio, todos los guardas forestales y los policías del Hentiy están casualmente de vacaciones. ¿Tú podrías pagar eso?

—¿Y vienen a menudo?

—No, por suerte sólo vienen una vez al año, la semana antes del naadam. El que paga todo esto les organiza un naadam privado en el Terelj. Pero este año ese naadam privado ya lo han celebrado, ¡y me da miedo que esa banda de perros arrogantes se quede más de una noche!

Yeruldelgger había terminado de preparar las marmotas. Sus cadáveres destripados yacían sobre una mesa robusta de madera cuya superficie había sido tallada del tronco de un solo árbol. La anciana había terminado de picar la carne para el kuushuur, y las dos jóvenes la mezclaban a mano con la cebolla, el ajo y el comino. Aplastaban la mezcla con los puños y la carne especiada se asomaba en tiras entre sus dedos. Ante aquella imagen, Yeruldelgger sintió que el corazón se le encogía por la nostalgia de los tiempos felices de su infancia, cuando a él le permitieron hacerlo por primera vez. Luego, cuando el relleno estuvo listo, la anciana se levantó y despejó un extremo de la mesa. Cogió la pasta, que reposaba sobre un trapo húmedo, y fue arrancándole pedacitos que amasaba en bolas y salpicaba de harina para que no se pegaran al plato grande donde las amontonaba. Cuando hubo terminado, extendió todas las bolas con un tubo de hierro hueco que alguien debía de haber arrancado de una obra o de un sistema de calefacción de Ulán Bator. Yeruldelgger apreció la destreza de la anciana. La pasta no debía quedar ni demasiado espesa ni demasiado fina, para que al guisarla el jugo de la carne no se vertiera en la grasa de la fritura. A continuación, depositó una cucharada de relleno sobre cada redondel y dobló la pasta en forma de empanada.

Como Yeruldelgger la observaba sonriente, la anciana se apartó de la mesa invitándolo a continuar en su lugar.

—A ver, ¡enseñame lo que sabes hacer, en vez de quedarte detrás de mí vigilándome! —le dijo ella para provocarlo.

Yeruldelgger sabía cómo salir airoso de la emboscada que ella le tendía. Incluso se lo había enseñado a Saraa cuando ésta era mucho más joven. Se acercó a la mesa, volvió a cerrar el último kuushuur de la anciana, que fingió ofenderse, preparó otra empanada y comenzó a cerrarla bien, apoyando los dos pulgares en los extremos y desplazándolos hacia el centro. Pero antes de hacer una última presión para cerrarla del todo, dejó un agujerito en el centro, apretó con cuidado con la mano abierta sobre la empanada para sacarle el aire, y luego la selló bien con una presión final.

—¡Menos mal! —La anciana sonrió, aplastándole las mejillas entre sus dos manos blancas de harina—. ¡Todavía quedan auténticos mongoles en el país!

—Por favor, abuela, cuécelas en la grasa de la carne, no en aceite, y guárdame dos raciones generosas para esta noche, ¿quieres?

—¡Seis kuushuur para cada uno, y puedes elegir tu marmota!

La presencia de Yeruldelgger las ponía de buen humor; el calor de la cocina y el olor intenso de la caza preparada, también. La anciana hizo una señal a una de las jóvenes para que le trajera al visitante una cerveza de la nevera. Ella sacó una botella de Chinggis, con sus dos caballos encabritados perlados de agua helada, pero Yeruldelgger la rechazó con educación.

—Gracias, querida, pero ¿no tendrás mejor, escondida en alguna parte, una buena leche de yak destilada con la que entonarme el estómago y abrir el apetito?

—¡El arkhi se lo esconde esa bestia debajo de la cama! Sólo puedo ofrecerte airag, pero está bueno. Lo hago yo misma. Ordeño a la yegua ocho veces al día durante el verano, coso el odre de piel de buey en el que se deja fermentar la leche y la bato durante dos horas todos los días con la espumadera porque el hombre de la casa no es digno de hacerlo.

—¡Ve a por esa leche de yegua fermentada! —cedió alegremente Yeruldelgger.

Una de las mujeres le sirvió un vaso de airag grande como una jarra y Yeruldelgger se lo llevó a los labios con glotonería. Ahora que se había ganado su confianza, consideró que podía abordar el asunto por el que se había acercado a ellas.

—¿Sabes, abuela?, respecto de lo que has dicho hace un rato sobre las borracheras de los coreanos y su falta de respeto hacia vosotras, estate tranquila: ¡esta noche no os tocarán, y mañana se habrán ido!

—Escucha, no dudo que seas valiente, hijo mío, pero ellos son una veintena, con los ánimos desquiciados por el vodka y haciéndose los conquistadores en una tierra que piensan que está ocupada por salvajes inútiles. Además, nosotras estamos incluidas en el precio que han pagado para divertirse. Así que tu oferta es generosa, pero no prometas lo que no puedes cumplir.

—Mírame, abuela —insistió él, tomando sus dos manos entre las tuyas para tenerla enfrente—. Mírame a los ojos. ¿Crees que no soy capaz de hacerlo?

La anciana iba a responderle de inmediato cuando su mirada se cruzó con la de Yeruldelgger. De pronto vio en sus ojos una certidumbre inquebrantable. Una evidencia. Como una roca.

—Sí, quizá seas capaz. ¡Es muy posible! Pero desconfía del Oso. Es un traidor, astuto y rencoroso, y también él es fuerte y robusto. Y tiene mucho que perder si estropeas la fiesta a los coreanos.

—¿Tú lo llamas el Oso?

—El campamento se llama «del Oso» por él.

—Creía que era por los osos salvajes.

—También los hay en los bosques de los alrededores, sobre todo en esta estación. Les vuelven locos los arándanos y las bayas que tapizan los claros. Pero son menos peligrosos para nosotras que esa bestia borracha.

—¿Han ocurrido más desgracias aparte de la pobre chica que ardió como una antorcha?

—¿Más desgracias? —replicó la anciana, como si la hubieran picado—. ¡Nuestras vidas son una desgracia diaria por su culpa!

—Perdón, me refería a otros accidentes con los coreanos.

—¿Con los coreanos? —se sorprendió ella, mostrando una sombra de sospecha en la mirada—. ¿Por qué con los coreanos?

—Un accidente, hace cinco años. Una niña fue atropellada por un quad...

—Ah, ¿eso? Sí. ¡Una pequeñita quedó toda magullada! Uno de los motoristas la llevó a Ulán Bator. No volvimos a tener noticias de ella. ¡Espero que se haya repuesto!

—No... —dijo Yeruldelgger, con la mirada clavada en la anciana, que bajó la cabeza.

Ella volvió a mirarlo y él percibió una tristeza inmensa en sus ojos, que poco a poco fueron presa del pánico, producto del miedo que la invadía. Comprendió que ella sabía algo más y que no iba a decírselo.

—¿Por qué no fueron sus padres los que la llevaron a Ulán Bator en su furgoneta rusa azul?

La anciana se recompuso de repente. Se limpió las manos con un paño que llevaba colgado a la cintura y se levantó con rapidez, el rostro inescrutable, bajo

la mirada inhibida de las otras dos.

—Deberías irte, los clientes no pueden estar en la cocina.

La mujer empujó a Yeruldelgger fuera y lo miró regresar a su yurta. Cuando éste se volvió por última vez, ella le sostuvo la mirada, sin flaquear, pero también sin cólera.

En el interior de la yurta, Yeruldelgger sorprendió a Colette casi desnuda. Su cuerpo era firme y sus pechos colgaron un poco cuando se inclinó para ponerse las bragas.

—¡Eh, por lo general esto se paga!

—Me parece que he pagado por diez días, ¿no? —replicó Yeruldelgger sin acritud.

Ella se cubrió los pechos desnudos con una camiseta amarilla y malva, los colores de la Lathrope High School, de Alaska, y contoneándose introdujo sus bonitas nalgas en un vaquero demasiado apretado.

—Tengo que contarte una cosa —dijo ella, aún de espaldas a Yeruldelgger—. En la última cabaña de abajo, al lado de la laguna, hay cuatro chicas que esperan para servir a un grupo de coreanos...

—¿Y qué?

—Que son niñas. De catorce o quince años, diría yo. Juegan entre ellas como los niños de su edad. Hay colchones por el suelo y bailan encima escuchando música, se parten de risa y se divierten haciendo guerras de almohadas...

—¡Por favor, ve al grano! ¿Qué quieres decirme?

—Lo que intento decirte —respondió la mujer volviéndose hacia él, de pronto muy seria— es que he visto en sus ojos miradas que conozco bien. Están muertas de miedo. Alborotan para ocultar su pánico. Conozco esas miradas, puedes creerme. Estoy en una buena posición para reconocerlas. Esta noche, esas niñas harán algo más que servir a los coreanos, y lo harán forzadas.

—¿Estás segura?

—A ver, dime, ¿a qué me dedico?

—De acuerdo, te creo. ¿Quieres que me ocupe de ello?

—No dejes que esas niñas caigan en eso.

—¿Sabes quién las controla?

—El jefe de todo esto, un tipo al que ellas llaman el Oso y que las aterroriza. Yeruldelgger, he visto algo más en sus ojos.

—¿Qué?

—Que ya han pasado por esto. Ese tipo ya las ha violado para desvirgarlas y forzarlas a hacerlo. Se ve en sus miradas de niñas, ¿sabes?, ese destello de inocencia destruida...

—¿Tienes idea de dónde vienen?

—Del pueblo de abajo. Por lo que he entendido, una de ellas es la hija de un tendero.

—Bien, sujeta esto —dijo él, sacando el arma que llevaba a la espalda, metida en el cinturón—. ¿Sabes usarla?

—Tranquilo, tengo la mía —dijo ella, sacando a su vez una Makarov de su bolsito de piel de marmota.

—Muy bien, entonces vigila y no dudes en disparar si te sientes en peligro, ese tipo es un bestia.

—No te preocupes por mí. Ocúpate de ellas...

Yeruldelgger se guardó el arma y salió de la yurta. Vio que la anciana lo vigilaba de lejos desde la puerta abierta de la cocina. Dos muchachos habían preparado una hoguera enorme en medio de la explanada. Cuando arrojaron una caja de cerillas encendida, Yeruldelgger comprendió que habían apilado la madera sobre estopa empapada en gasolina. El aliento cálido e invisible de la combustión se extendió por todo el campamento, luego pareció que se contraía, aspirado por el fuego de la hoguera, y salía propulsado hacia el cielo húmedo formando espirales de humo densas y negras que los dos muchachos contemplaban riéndose, todavía un poco colocados por la vaharada.

Yeruldelgger dudó por un momento si patearles el culo por no tener siquiera el valor de encender la hoguera pegando fuego a unas ramitas, pero la mirada de la anciana, a lo lejos, lo empujó a seguir su camino. Subió a su coche y partió de inmediato en dirección al pueblo. Justo antes de entrar en la primera curva del bosque, vio que el Oso también lo miraba, plantado en medio del pastizal.

Cuando llegó al pueblo, abordó a la primera alma que se encontró para preguntarle dónde estaba la tienda de comestibles. La anciana lavaba arándanos en una cubeta grande de hierro y le indicó el camino. Dos minutos más tarde, entraba por la puerta abierta de un pequeño almacén. Siguiendo la tradición mongola, y contrariamente a lo que sucedía ya en Bator, la mujer que estaba detrás del mostrador no se apresuró a preguntarle lo que quería. Yeruldelgger había entrado sin saludarla, y ella se había contentado con mirar con disimulo a aquel extranjero imponente.

El lugar ofrecía un revoltijo de hortalizas mustias, ropa americana, productos de limpieza caducados, herramientas, pilas, cuerdas, leche, agua y refrescos, conservas y caramelos de colores chillones. Y, suspendidos del techo, cestos artesanales, maletas japonesas, baldes de hierro y teteras. Yeruldelgger lo observó todo en silencio, bajo la mirada que le lanzaba la mujer de reojo desde detrás del mostrador, y luego se dirigió hacia ella.

—¿Tu hija trabaja ahí arriba, en el campamento?

—Sí... —respondió, desconfiada.

—¡Ve a buscar a tu marido!

—¿Qué? ¿Por qué?

—Ve a buscar a tu marido de inmediato.

La mujer, asustada, desapareció en la trastienda y regresó enseguida con su marido. El hombre se mostraba demasiado amable y sonriente, para ocultar su inquietud.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Tú no puedes hacer nada por mí, gusano, pero puedes salvar el pellejo, si me obedeces.

—¿Qué? Pero qué es lo que...

—Cierra el pico y escucha. ¿Conoces a las niñas que están con tu hija donde el Oso?

—Sí —farfulló el hombre, desconcertado—, sí, las conozco, ¡las conozco a todas!

—Entonces envía a tu mujer a buscar a sus padres y que vengan. ¡Quiero verlos a todos aquí dentro de cinco minutos!

Los tenderos se quedaron detrás del mostrador, paralizados por el miedo que reflejaban sus ojos espantados.

—¡Ahora! —gritó Yeruldelgger, golpeando el mostrador con las palmas de las manos.

La pareja se sobresaltó y la mujer se metió en la trastienda como una cucaracha en su agujero. El comisario permaneció inmóvil y en silencio frente del aterrorizado hombre, hasta que la mujer regresó con los otros padres. Aquella pobre gente, que andaba por unos cuarenta años mal llevados, tenía las manos y los rostros ya desgastados por una vida ingrata y dura, estaban acostumbrados a doblar el espinazo y bajar la mirada. Pero ninguna de las vicisitudes de sus vidas justificaba lo que habían aceptado.

—Aquí estamos —se atrevió a decir el tendero, intentando sonreír—. ¿Qué quieres de nosotros, hijo mío?

—¡Yo no soy tu hijo, así que no vuelvas a llamarme de ese modo! —gritó Yeruldelgger, agarrando al hombre por el cuello de su deel raído—. No quiera Dios que sea yo tu hijo. ¡Ni tuyo, ni de ninguno de vosotros!

Todos retrocedieron un paso y las mujeres, por instinto y por miedo, apretaron los puños contra sus pechos con un gesto implorante.

—Pero ¿qué hemos hecho? —gimió el hombre, al que el policía sujetaba todavía tan fuerte por el deel que tenía que permanecer de puntillas para no ahogarse.

—¡Habéis enviado a vuestras hijas al Oso! ¡Vuestras propias hijas, la carne de vuestra carne! —gritó Yeruldelgger.

—¡Nuestras hijas van allí a trabajar! —respondió la mujer del tendero.

—¿Ah, sí? ¿Y qué trabajo creéis que hacen allí arriba?

—Trabajan en el campamento —dijo otra, envalentonada—, limpian las yurtas y las cabañas, ayudan en la cocina, sirven a los turistas...

—¡Patrañas! —la cortó Yeruldelgger, soltando al hombre, que se derrumbó como un saco de patatas—. ¡Patrañas! ¡Vuestras hijas sirven de putas a los coreanos que están de paso, y lo sabéis perfectamente!

—¿Cómo te atreves a decir semejante cosa? ¿Cómo te atreves?

—Me atrevo porque las he visto —respondió, apuntando amenazadoramente con un dedo hacia el rostro del hombre que acababa de hablar—. ¡No es difícil leer en la mirada de una niña que ha sido violada y que se la fuerza a serlo de nuevo! Y no os hagáis los hipócritas conmigo. ¡Todos sabéis de sobra lo que pasa en el campamento! ¡Me dais asco! ¿Me oís? ¡Me dais asco y os destrozaría por lo que sois! ¡Os destrozaría a vosotros, vuestras casas y vuestros negocios! ¿Cómo puede uno vender a su propia hija?

Yeruldelgger blandía con rabia un puño por encima del grupo, que se encogía, dispuesto a dejarse machacar sin ofrecer resistencia.

—Espera, espera —dijo entonces el tendero, levantándose—, tú no sabes cómo es esto, no conoces nuestra miseria. El campamento es lo único que nos ofrece algo de trabajo. ¡No podemos rechazar lo que el Oso nos propone! Tú no lo conoces, ¡es un monstruo! ¡Por Dios, es un monstruo! Es fuerte como una bestia. Yo lo intenté, lo intenté, te lo juro. Te juro por lo que más quiero que intenté no enviarle a mi querida Odval. Al día siguiente vino y mató a una de mis cabras de un puñetazo delante de mí. ¡De un puñetazo, te lo juro!

Los demás asintieron con la cabeza, apretados los unos contra los otros a causa del miedo.

—¿Y qué? —masculló Yeruldelgger—. Uno muere por sus hijos, ¿me oyes? ¡Un hombre muere por sus hijos! En eso consiste el honor, ¿me estás escuchando? ¡Un hombre muere por sus hijos! ¿Acaso tu hija vale menos que una cabra? ¿Temes por tus cabras? ¿Dónde están? ¡Dime dónde están tus cabras!

Los empujó hacia la trastienda y atravesó habitaciones miserables, tirando muebles y vajillas a su paso, hasta encontrar la puerta trasera de la casucha, que daba a un cercado. La tropa lo siguió corriendo a pasitos cortos y rogando al cielo que los perdonara y fuera clemente con ellos.

—¿Éstas son tus cabras? ¿Son tus cabras? —gritó él, saltando una barrera baja que retenía un rebaño escaso—. ¡Pues mira lo que hago yo con tus cabras!

El animal no tuvo tiempo de brincar de miedo. Yeruldelgger lo golpeó con

el puño allí mismo y cayó sin vida sobre el barro en el que chapoteaba. De rodillas en el barro, del otro lado de la barrera, el hombre imploraba al policía, devastado.

—¡Te lo ruego! ¡Te lo ruego! ¡Son todo lo que tenemos para sobrevivir! ¡No las mates! ¡No mates a mis cabras!

Yeruldelgger se inclinó, lo agarró por el deel y lo arrastró por encima de la barrera para meterlo dentro del cercado, como a una brizna de paja en medio de una manada enloquecida.

—¿Tú me suplicas por tus cabras y dejas que violen a tu hija por un puñado de dinero? ¿Eh? ¡Dime, dime cuánto sacas con eso, dímelo o mato a todos tus animales a puñetazos, uno a uno!

El hombre se quedó postrado a los pies de Yeruldelgger, que se alzaba sobre él como una montaña. Lloraba y gemía, con el cuerpo sacudido por los sollozos, sin la menor vergüenza.

—¡Nada! —exclamó el hombre, lamentándose—. ¡Nada! ¡Le he dejado a mi pequeña Odval por nada! ¡Por nada! ¡Por nada!

Su mujer pasó por debajo de la barrera y fue a socorrerlo. Yeruldelgger vio al fin en sus ojos lo que esperaba de ellos. Ella se arrodilló en el barro, al lado de su marido, lo tomó por los hombros y lo obligó suavemente, con ternura, a levantarse. Pero era a Yeruldelgger a quien ella miraba.

—Por nada, ésa es la verdad. Por nada y por miedo. Por miedo hemos dejado a nuestras niñas a ese cerdo y ahora somos peores que él. ¡Hace meses que vivo con esa vergüenza en el corazón, cada noche es una pesadilla, cada silencio una confesión!

—Es cierto —dijo otra mujer, que acudió a ayudarla a levantar al hombre, mientras éste se secaba las lágrimas—. Me he sentido tan humillada que la vergüenza ha nublado mi juicio. Cómo hemos podido...

—¡Cómo ha podido él! —gritó otro hombre, cruzando la barrera—. ¡Cómo ha podido obligarnos a semejante abyección!

—¡Basta ya! —exclamó Yeruldelgger—. Dejad de lloriquear por vuestras miserias. ¡Nunca os perdonaré lo que habéis hecho, nunca! Pero todavía podéis recuperar algo de vuestra dignidad o salvar al menos la poca que os queda. Subid al campamento a buscar a vuestras hijas. Los coreanos aún no han llegado, estáis a tiempo. Id a buscarlas, traedlas a casa y cuidad de ellas. ¡Y si el Oso se cruza en vuestro camino, rompedle el cráneo! ¿Me habéis entendido?

—Estoy de acuerdo —dijo un hombre, volviéndose hacia las mujeres—. Preparad la casa para acogerlas, nosotros tres iremos allí y...

—¡Nada de eso! Nosotras también vamos —lo interrumpió la tendera—. Y si hay que partirle el cráneo al Oso, ¡dejadnos que lo hagamos las mujeres!

—¡Eso! —dijo otra—. ¡Y cuando regresemos con nuestras hijas, iremos a partírselo también al Chatarrero!

—¿Al Chatarrero? —se extrañó Yeruldelgger.

—Sí, el hermano del Oso. Vive a la salida del pueblo. Tiene una especie de garaje. Repara las motos y las máquinas. Se hace el duro con nosotros porque es el hermano pequeño del Oso. Nos espía y nos aterroriza en nombre de su hermano. Él escogió a nuestras hijas, pero ¡esto se ha terminado!

—Id a por vuestras hijas y no tengáis miedo, que yo me ocupo del Chatarrero —dijo Yeruldelgger, llevado por una intuición repentina.

Hizo que le indicaran el camino y se encontró delante de un desorden de cercados y barracas de madera, todo alrededor de una gasolinera que estaba pegada a un cubo de hormigón, al borde de la pista que salía del pueblo. Los cercados encerraban montañas de chatarra, neumáticos y carrocerías de máquinas de todo tipo, o bien albergaban cabras u ovejas, e incluso caballos capones. Atravesó varios de ellos antes de llegar a un cobertizo en el que un hombre limaba la punta de una varilla de acero. Tenía cierto parecido con el Oso, pero era más canijo y se lo veía menos fuerte. Llevaba un deel azul de buriata con botones de asta de ciervo. Yeruldelgger fue directo hacia él, sin decir palabra, y cuando lo agarró, sorprendiéndolo en medio de su trabajo, vio el amuleto que colgaba de su cuello y supo que su intuición no lo había engañado.

Lo levantó, atravesó el taller mientras lo empujaba con un brazo y lo arrojó contra los estantes. El hombre se golpeó la espalda con las planchas de madera, que se desencajaron y le derramaron encima bidones de aceite, aceiteras, cajas de bombillas para coches, pastillas de freno y herramientas. Antes de que tuviera tiempo de pensar, Yeruldelgger lo agarró de nuevo y lo empujó hasta el otro extremo del taller. Un tipo salido de la nada acudió a socorrer al Chatarrero y el comisario lo dejó sin sentido de un solo revés de mano, sin siquiera prestarle atención.

El Chatarrero aprovechó esos pocos segundos de respiro para recuperar el equilibrio, cogió una palanca y la alzó para defenderse. Nunca recular en el combate, esquivar el ataque avanzando, golpear contra los apoyos... Yeruldelgger, por su parte, cogió al paso un yunque pequeño que estaba sobre una mesa de trabajo y también lo alzó. El Chatarrero levantó el brazo para protegerse la cabeza, pero el comisario había buscado su tobillo y el hombre cayó al suelo, del lado del pie roto, sin decir una palabra, resistiendo el dolor como su hermano. Sin embargo, en sus ojos brillaba el pánico.

—Una furgoneta UAZ azul, hace cinco años, ¿fuiste tú quien se la vendió al kazajo del mercado de coches?

—¿Qué furgoneta azul?

El comisario aplastó con el talón el pie herido del Chatarrero. Esta vez el hombre gritó y Yeruldelgger comprendió que era más de miedo que de dolor. Sin soltarlo, se inclinó para recoger con la mano el yunque y se lo puso sobre la nariz.

—Voy a romperte una articulación por cada mentira...

—¡Fue mi hermano, fue mi hermano! ¡Fue el Oso quien me dijo que la vendiera allí!

—Pero fuiste tú quien la vació antes, ¿no?

—¡Sí, fui yo! ¡El Oso me dijo que así la vendería mejor!

Yeruldelgger lo golpeó en el hombro y el tipo oyó aterrado cómo su clavícula se partía con un ruido seco.

—¡Mientes! La vaciasteis para borrar la sangre y las huellas del crimen, fue así, ¿verdad?

—¡Sí, sí! ¡Fue así! ¡No me pegues! ¡Te lo ruego, no me pegues! ¡Fue él quien me ordenó que lo hiciera!

—Dime, ¿crees que sus pobres víctimas lloraron como tú para suplicar que no les pegaran más? ¿Eh? Dime, ¿crees que suplicaron?

—¡Estaba obligado a ayudarlo! ¡Es mi hermano! ¡Me habría matado a mí también!

Yeruldelgger soltó al Chatarrero, que se hundió en gemidos a sus pies, con el hombro y el pie rotos.

—¿Qué hiciste con lo que sacaste de la furgoneta?

—No lo sé. Con el tiempo fui vendiéndolo todo, algunas cosas las desmonté para hacer reparaciones, otras las tiré...

—Dame algo que hayas conservado, o te trituro las dos rodillas.

—¡La cama! ¡La cama! ¡Guardé la cama! ¡Me la quedé para mis hijos! ¡Duermen en ella, en la casa de al lado, en su habitación! ¡Piedad, por favor!

—¿Guardaste para tus hijos la cama en la que esa pobre gente fue asesinada? ¿Eso hiciste? ¿Y pretendes que me apiade de ti? ¿Qué más conservas, pedazo de perverso?

El hombre bajó la cabeza, como dispuesto a recibir el golpe fatal, hundido ahora sobre sí mismo como un montón de trapos.

—Los juguetes... los juguetes de la niña... Yo también tengo una hija pequeña, los cogí para ella...

Yeruldelgger alzó el yunque con las dos manos y lo arrojó con rabia entre las piernas del Chatarrero. El yunque se quedó clavado en la tierra batida que formaba el suelo del taller. El hombre dio un respingo con el golpe y se orinó de miedo en los pantalones. El comisario lo agarró por el brazo que todavía tenía útil y lo levantó con mano de hierro. Lo arrastró hasta su coche, consciente de

que había miradas atemorizadas y cobardes que los espiaban desde las barracas circundantes. Condujo hasta la tienda de comestibles, arrojó al hombre dentro del cercado de las cabras, a salvo de las miradas, y lo ató a una estaca de la barrera, dejándolo sentado en medio del barro y de los excrementos de los animales. Dentro de la tienda encontró cinta adhesiva y regresó para amordazarlo. Pero el Chatarrero, conmocionado, no se encontraba en condiciones de pedir ayuda. Sólo podía gemir.

Antes de volver al campamento para prevenir a los paisanos de lo que les esperaba a su regreso, Yeruldelgger comprobó la cobertura del móvil e intentó llamar a Solongo.

69

...las sandalias de Kushi

Solongo había dejado que Billy se ocupara de las dos investigaciones, la de la niña y la de los chinos, mientras ella repasaba los datos sobre la muerte de Kushi. A pesar de la atmósfera enrarecida que reinaba en el departamento desde la muerte de Mickey y la detención de Chuluum, no tuvo ninguna dificultad para recuperar el expediente. Localizó también las bolsas selladas con todas las pruebas materiales, su propio informe de la autopsia y las actas de la audiencia. Decidió proceder siguiendo la lógica y estudió primero el informe de la autopsia, luego todos los informes de la investigación y de la audiencia para detectar posibles contradicciones, y por último las pruebas materiales para ver qué hipótesis corroboraban.

Durante la relectura del informe, Solongo no pudo apartar de su memoria el recuerdo de un Yeruldelgger roto, destruido, empujando la puerta de la morgue con el cuerpo de Kushi en los brazos. Cuando la ambulancia llegó a Urgencias, se negó a que pusieran a su hija dentro de un saco de plástico negro encima de una camilla cualquiera. A pesar de lo que marcaba el procedimiento y del riesgo de contaminar las pruebas, sacó el cuerpo de Kushi de su sudario sintético y lo tomó en brazos para confiárselo a Solongo. Nadie se atrevió a oponerse. Yeruldelgger era en aquella época el mejor poli del departamento. Los hombres y las mujeres de todos los servicios compartieron y respetaron su dolor. Los mismos que, unos meses después, lo hundieron con su desprecio, acusándolo de haber preferido llegar hasta el final en la investigación antes que salvar a su hija.

Solongo era forense, pero el departamento estaba tan carente de medios y de personal que ella misma tenía que cubrir también parte de las tareas que correspondían a la policía científica. Nada en las muestras tomadas a la niña permitía ubicar con precisión el lugar donde la habían tenido prisionera. En aquel momento ya lo habían analizado todo con sumo cuidado: los restos de polvo y de polen en su cabello liso, en la piel suave, en su bonito vestido. Nada de particular. No había testigos, salvo el conductor que la había encontrado al borde de la carretera, bien visible, como si la hubieran dejado allí para que la encontraran y así dar sentido a su secuestro. Solongo había preferido bajarlo todo a la morgue para trabajar con discreción. Ésa no era la clase de lugar en la que uno entraba sin avisar.

Había instalado sobre una mesa grande todas las pruebas materiales recogidas durante la investigación, y las observó un buen rato en silencio. Pero no se le ocurrió nada. Nada saltó a la vista. Ninguna pista, ninguna intuición. Quizá Yeruldelgger no había hecho hablar lo suficiente al matón de Erdenbat. Quizá les faltaban detalles. Si todo había sucedido como le había contado su amigo, ¿cómo podía ella relacionar aquellos elementos materiales con el rancho de Erdenbat, en el que Kushi había estado retenida? El coche era robado, no merecía la pena buscar la relación por ahí. ¿Y en el rancho?

Pasó revista a todas las plantas, las especies, los tipos de tierra que podrían ser propios de aquella región del Terelj, pero nada era tan singular como para establecer una relación directa entre el rancho y las pruebas que tenían. Para eso, debería haber estado presente en el lugar durante la investigación. Tendría que haber registrado todas las plantas, las flores, los tipos de tierra, los guijarros de la propiedad... para poder concluir que Kushi había estado secuestrada allí. Solongo cogió las sandalias de Hello Kitty, rosas y blancas, de Kushi y les dio la vuelta. En su momento no había tenido motivos para ir a investigar al rancho o para sospechar de Erdenbat.

Unas ranuras profundas y antideslizantes de las que ya había tomado muestras cruzaban las suelas de las sandalias. La tierra seguía compacta y Solongo había vaciado una ranura entera de cada uno de los zapatos para analizar su procedencia. Pero la tierra podía venir de cualquier lugar al norte o al nordeste de Ulán Bator. La forense sostenía en sus manos las sandalias de Kushi y un sollozo le cerró la garganta. La pobre criatura había muerto al borde de una carretera de montaña, como había contado el matón, se sentía indispuesta, había resbalado y caído al vacío por culpa de sus zapatos nuevos y...

El horror de lo que acababa de comprender le apretó la garganta con más fuerza que los sollozos. Se precipitó sobre su informe de la autopsia y lo hojeó con nerviosismo: «Cianosis y equimosis salpicadas por la cara, conjuntivas

inyectadas... Equimosis laterales redondeadas... Excoriación con forma de cicatrices ungulares... Infiltración hemorrágica en las partes blandas del tejido subcutáneo, en los conductos musculares y en el cuerpo tiroideo... Equimosis en la retrofaringe bajo la aponeurosis prevertebral... Lesión en las carótidas... Desgarro transversal de la capa interna...»

Solongo no había olvidado nada. La autopsia que hizo en su día era completa y concluyente, y lo que debía deducir de ella ahora le produjo un estremecimiento aterrador: sin duda, Kushi había muerto estrangulada, como ella había establecido científicamente hacía cinco años, y no a consecuencia de una caída.

Hojeó su informe de nuevo y miró al techo con los ojos llenos de lágrimas. La lividez y la ausencia de sangrados abundantes demostraban que las heridas y las llagas que se debían a la caída sólo podían haberse producido post mórtem. Si el hombre decía la verdad, el accidente se había maquillado como un crimen. Pero la pobre Kushi todavía estaba viva cuando la estrangularon, igual que la niña que había sido enterrada viva. El mismo horror. Salvo que las heridas post mórtem contradecían aquella hipótesis. Kushi había sido estrangulada antes de caer al barranco, todo hacía pensar que habían arrojado su cuerpo para simular un accidente. Pero ¿con qué propósito, si el de Erdenbat era hacer creer que la niña secuestrada había sido ejecutada por estrangulación?

Solongo controló su cólera para intentar imaginar la escena. El Tatuado conducía. Probablemente, Erdenbat iba en el asiento de atrás con la niña. Ella confiaba en él, era su abuelo, la tranquilizaba. Puede incluso que fuera jugando con ella. Al mismo tiempo, Erdenbat pensaba en la situación, en la obstinación de Yeruldelgger, en los avances de la investigación, que empezaba a señalar a sus cómplices, y decidió matar a Kushi. Así, por lógica. Se volvió hacia ella y la estranguló mientras el chófer, espantado, lo veía por el retrovisor. Eso era todo. No hubo accidente, ni caída, ni barranco, ni puesta en escena. Fue un simple asesinato. Brutal. Calculado. Después, Kushi pasó a ser sólo una muñeca de trapo en el asiento trasero y Erdenbat dejó de mirarla. Indicó al chófer adónde quería ir y cuando creyó haber encontrado un lugar adecuado, le ordenó que lo rebasara, que diera media vuelta, regresara al lugar, invadiera la cuneta para tomar una pista que discurría al lado de la carretera, y entonces arrojó el cuerpo de Kushi por la puerta abierta sin siquiera detener el coche. Las heridas post mórtem eran tan sólo la humillación que se sumaba al horror...

Solongo comprendió de inmediato que su intuición era acertada. El matón debía de haber intentado calmar la furia de Yeruldelgger inventando la historia del accidente maquillado como homicidio, pero no había podido mentir sobre lo esencial: Erdenbat estaba allí. Y él había estrangulado a la pequeña.

Solongo pensó en su amigo. ¿Cómo iba a anunciarle aquella abominación? Al hombre al que había amado tanto tiempo en silencio y que la amaba ahora... Semejante noticia lo destruiría...

Aún tenía las sandalias de Kushi en la mano. A la niña debían de encantarle. Era una estupidez, lo sabía, pero iba a hacerlo. De todas maneras, desde hacía varios días, en el departamento había tal desorden que nadie se daría cuenta. Quizá era un error, quizá Yeruldelgger no las querría, quizá aquello le haría sangrar más el corazón en lugar de apaciguárselo, pero Solongo decidió que le entregaría las sandalias de Hello Kitty de Kushi. Qué más daban las pruebas. El caso estaba muerto de todos modos, nada lo conducía hasta Erdenbat. Y si tenía que cerrarse en algún lugar, seguro que no sería delante de un tribunal. Si Yeruldelgger y Erdenbat terminaban siendo los dos últimos protagonistas de toda esa tragedia, el caso se cerraría con ellos lejos de todo el mundo.

Solongo se dirigió hacia una de las dos mesas de autopsia y cogió una de las duchas de mano que usaba para lavar los cuerpos. Dio la vuelta a las sandalias para limpiar la tierra seca todavía incrustada en las suelas, pero costaba que algunos de los restos se disolvieran. Subió la presión y empujó la tierra con el chorro de costado, con cuidado de no mojar el cuero de las sandalias. Oyó caer una piedrecita y cortó el agua de inmediato, en un acto reflejo, para inspeccionar la mesa. Una piedrecita podría ser mejor prueba que la tierra. Quizá fuera un guijarro identificable. La esquirra de una piedra particular.

Examinó la superficie de acero de la mesa, pero no encontró nada. Sin apartar la vista, agarró el gran reflector articulado que colgaba del techo y tiró de él para obtener una iluminación a ras de la superficie. Nada. Sin embargo, estaba segura de haber oído que algo caía sobre el metal. Algo pequeño. Examinó los desagües que recogían a cada lado los fluidos y la sangre de los cadáveres y encontró lo que buscaba en el filtro que impedía que el agua arrastrara hasta el sifón de evacuación posibles pruebas. Se inclinó primero sobre el filtro sin tocar nada, sólo para mirar. Era una perla minúscula de un color púrpura precioso, perfectamente esférica, de vidrio...

Solongo cogió unas pinzas largas, la atrapó con cuidado y la depositó en una caja transparente. Luego se volvió hacia las bolsas de las pruebas y comprobó si aquella pieza podía proceder de la ropa de Kushi. No encontró nada a lo que pudiera haber estado unida la perla. Ni un collar, ni un brazalete, ni una baratija...

Cogió otra vez la cajita, la observó de nuevo y se dio cuenta de que no era una perla, como había imaginado: la esfera de cristal, diminuta, no estaba agujereada. Se volvió hacia la mesa de autopsia, levantó el gran reflector, puso la

caja bajo su luz y acercó una lupa gruesa articulada. Era una esfera perfecta, de un cristal y un color de una pureza asombrosa. Era cristal, sin ninguna duda. ¡Por no hablar de la intensidad y la densidad de aquel púrpura...!

Solongo subió corriendo los dos pisos que llevaban a los laboratorios de la policía científica para pedir que le dejaran utilizar el espectrómetro de masa. Como los pocos agentes que allí había no le prestaron atención, procedió al análisis de la perla sin preguntar nada a nadie. El resultado, que apareció en la pantalla al cabo de pocos segundos, golpeó a Solongo en el pecho.

—¡Madre mía! ¡Cómo no he pensado en ello antes! La pesadilla de Yeruldelgger, los diecisiete dientes del collar de Kushi, las entrañas de la tierra... ¡Se me debería haber ocurrido! ¡Los minerales, cómo no pensé en ello!

La forense quiso prevenir de inmediato a Yeruldelgger, pero el móvil empezó a sonarle en la mano mientras marcaba su número.

—¿Solongo?

—¡Yeruldelgger! Es absolutamente necesario que...

—Yo primero —la cortó él—. He encontrado pruebas materiales del caso de la niña. Sé quién mató a sus padres. Dile a Billy que envíe a los policías de distrito más cercanos para que se lleven a un tipo al que llaman el Chatarrero. Al norte de Bayandelger, unos veinte kilómetros después de Möngönmorit, hay un pueblo con un campamento para turistas al que llaman «campamento del Oso». Encontrarán al sospechoso en el corral de las cabras de la tienda de comestibles. Lo he dejado atado. Que traigan dos coches. Hay que cargar con piezas que forman parte del cuerpo del delito, entre ellas una cama y algunos juguetes. Solongo, habla con ellos y explícales cómo deben embalar las pruebas para no contaminarlas y...

—¿Gantulga está contigo?

—No, ¿por qué?

—¡Porque estás hablando como cuando él imita a Horacio Caine!

—¡Solongo, por favor! Explícales también que pueden apretar un poco al Chatarrero. ¡Quiero todo lo que se haya quedado de la furgoneta UAZ azul de los padres de la niña! Que lo hagan rápido y se lleven al tipo y las pruebas a Möngönmorit sin entretenerse demasiado en el pueblo. Podría haber un linchamiento en ciernes.

—¿Has encontrado los cuerpos de los padres?

—No, pero tengo la certeza de que los mataron aquí y sus cadáveres no deben de estar lejos.

—¿Y el Chatarrero es el asesino?

—No, el asesino es su hermano, él sólo es cómplice.

—¿Vas a detener al hermano?

—No de inmediato. Ahora tengo que controlar una revuelta de campesinos y una invasión de coreanos.

—...

—¿Y tú?

—¡Los minerales raros!

—¿Qué minerales raros?

—En tu sueño aparecía el número diecisiete materializado en el collar de dientes de dinosaurio que llevaba Kushi, ¡eso simboliza los minerales raros!

—¿Por qué sales ahora con eso?

—Porque en la tabla de Mendeléyev, que identifica y cataloga el conjunto de los elementos químicos presentes en la naturaleza, hay un grupo muy particular de diecisiete elementos. Cosas raras hundidas bajo la tierra, como los dientes fósiles, y que sólo pueden ser explotadas si se excavan estepas enteras. Eso es lo que tu sueño intentaba decirnos. Los tres casos están relacionados con los minerales raros.

—¿Cómo que los tres casos? Quieres decir que...

—Sí, no sé aún cómo, pero la muerte de Kushi también está relacionada con los minerales raros.

—¿Por qué dices eso? ¿Has encontrado algo?

—Recuperé todas las pruebas materiales, retiré todos los sellos y encontré algo que se nos había escapado durante la investigación: en la suela de una de sus sandalias, incrustada en una ranura y oculta por un poco de tierra, había una perla pequeña de cristal.

—¿De cristal?

—Sí, una perla de cristal puro, perfectamente redondo y de un púrpura de una pureza rara. La he pasado por el espectrómetro de masa y ese color tan puro se debe a la presencia de neodimio en el cristal. ¡El neodimio es uno de los diecisiete minerales raros!

—...

—¿Yeruldelgger?

—¿Esos minerales raros son de gran valor?

—¡Valen miles de millones de dólares! Tienen propiedades extraordinarias y son indispensables para todas las nuevas tecnologías. Imanes superpoderosos para los nuevos motores eléctricos sin bobina, componentes indispensables para los paneles solares de última generación, para el reforzamiento del acero... Para que te hagas una idea, Deng Xiao Ping dijo un día: «Los árabes tienen petróleo, ¡nosotros, los minerales raros!» ¿Entiendes ahora el valor que tienen?

—¿Cada uno de esos diecisiete elementos es de un color específico?

—No —respondió Solongo, un poco sorprendida por la pregunta—. Pero

algunos sirven para colorear otros elementos...

—¿De verde?

—¡Sí, el praseodimio da verde, en efecto!

—¿Y rosa?

—Yeruldelgger, pero qué...

—¿Y rosa?

—Sí, rosa también, ¡el erbio da rosa! También se puede producir amarillo con...

—¡Paso del amarillo! —la cortó él.

—Espera, ¿en qué estás pensando?

—En el hombre del que voy a vengarme, Solongo...

—Yeruldelgger...

El comisario había colgado. Solongo permaneció inmóvil unos instantes, mirando el teléfono, ya mudo, en su mano. Luego llamó a Billy para informarle de las órdenes del comisario y volvió a bajar a la morgue para empaquetar cuidadosamente las sandalias de Kushi.

70

...otro borracho que estaba todavía más ebrio que él

Cuando llegó al campamento, Yeruldelgger descubrió con cierta alegría el buen ambiente que allí reinaba. El grupo de aldeanos abandonaba el campo rodeando a sus hijas como una manada protege a sus crías, las mujeres abrían ferozmente la marcha y los hombres, en la retaguardia, vigilaban de reojo por si el Oso estaba al acecho. La anciana y las dos jóvenes de la cocina habían abandonado sus pucheros y sus fuegos y miraban partir al grupo, con los brazos cruzados en signo de solidaridad, adivinó Yeruldelgger. De pie, cerca de la hoguera, que crepitaba y arrojaba al cielo sus llamas demasiado altas, los dos muchachos parecían no comprender nada de lo que estaba pasando. Burlones y tímidos a la vez, miraban partir a las chicas rodeadas por sus padres. El Oso, solo y apartado, observaba a Yeruldelgger.

El comisario se bajó del coche y se dirigió hacia los aldeanos. Los avisó en pocas palabras de que el Chatarrero estaba atado en el cercado de la tienda de comestibles y de que él mismo volvería para machacar a las cabras de quien se atreviera a ponerle la mano encima. El hombre era testigo en un caso de homicidio y los policías de distrito no tardarían en llegar para llevárselo. Los maldijo una vez más por haber dejado a sus hijas en manos del Oso, y los felicitó por haber tenido el coraje de recuperarlas. Les hizo jurar que cuidarían de ellas,

y les juró a su vez que regresaría para comprobar que mantenían la promesa. Luego se dirigió hacia su yurta, tranquilamente, sin mirar al Oso, dando la enhorabuena a los muchachos, cuando pasó junto a ellos, por su hoguera y saludando a las cocineras con una sonrisa amplia y un guiño de ojo coqueto. Estaba entrando por la puerta de su yurta cuando oyó el rugido del primer quad.

—A ver, dime, ¿eres tú el que ha montado todo este circo? —preguntó Colette, que había estado fumando en la cama mientras lo esperaba.

También se había cambiado y ahora llevaba un top minúsculo de tirantes rosa y verde que llevaba escrito «Mangueira já Chegou» y unos pantalones cortos de satén verde con las siglas del logo de la Estação Primeira da Mangueira, una escuela de samba de Río de Janeiro. Yeruldelgger se preguntó si era consciente de que estaban esperando la llegada de una manada de motoristas coreanos en celo. Prefirió no preguntárselo por miedo a oírla responder que sí...

—¡No se fuma en las yurtas! —se contentó con responder.

—¡Ay, sí, lo olvidé! ¡No es lo que dice tradición!

—¡No, no lo es!

—¿Y armar un circo allí por donde pasas, sí?

—Pues parece que en estos últimos tiempos sí, lo confieso —dijo él, sonriente—. ¡Y en mi opinión, teniendo en cuenta los que van a llegar, la cosa aún no ha terminado!

—Sí, pero ¿cuántos son ellos esta vez? Unos veinte, ¿no?

¿Y tú, cuántos tienes?

—¿Yo? Bueno, nosotros somos dos, ¿no? —dijo, sonriendo.

—Ah, no, no, no, querido, no cuentes conmigo: cuando se trata de trabajo, ¡cada cual que se ocupe de lo suyo! —dijo Colette, saltando de la cama para irse a fumar fuera.

—Tienes razón —dijo Yeruldelgger, burlándose—. ¡Caliéntamelos bien! Llevan veinte días montados a lomos de sus máquinas todoterreno, ¡seguro que vienen con ganas de montar otra cosa! ¡Me vendrá muy bien para mis negocios, eso seguro!

Los quads aparecieron rugiendo del bosque uno tras otro y se adentraron en el camino que se abría hasta el campamento. ¡No era raro que Park Kim Lee hubiera arrollado a la pobre niña del triciclo sin poder evitarlo! Los pilotos llevaban arneses de cuero y cascos como los de los héroes de un videojuego, y sus máquinas estaban salpicadas de barro y de pegatinas. La primera giró sobre dos ruedas para entrar en el campamento. El conductor casi rozó el suelo con la rodilla y se detuvo en el primer lugar que encontró tras derrapar de cualquier manera sobre la hierba espesa. Luego, el tipo se enderezó en la máquina, se bajó

tambaleándose, se quitó los guantes y el casco y se dejó caer con los brazos en cruz sobre el barro, como un campeón heroico al final de un maratón victorioso. El segundo a punto estuvo de aplastarlo y se le tiró encima riendo. El tercero se arqueó para estirarse sobre las mochilas que llevaba atadas en el alerón posterior de su quad, con las manos entrelazadas en la nuca, como si estuviera agotado y feliz a la vez. Luego, los otros fueron llegando en grupos pequeños, dejando petardear un buen rato los motores, que escupían un humo acre y azul de aceite recalentado. Se felicitaban los unos a los otros gritando por encima del ruido de las máquinas, anónimos bajo los cascos, o se congratulaban dándose palmadas bien fuertes en la espalda como campeones de Fórmula 1. Enseguida llegaron otros quads, más pesados, cargados de material y de víveres, y todos esperaron con impaciencia a los que transportaban el champán georgiano y el vodka ruso. Vacieron tres magnum rociándose con ellas y salpicando de lejos a las cocineras, que entraron a parapetarse en la cocina. Las cosas terminaron por calmarse y los pilotos se reagruparon charlando alegremente. Acababan mil kilómetros de carrera salvaje en plena naturaleza. Uno tras otro fueron quitándose los cascos y los guantes primero, y luego los monos de cuero con las iniciales de las marcas de los patrocinadores deportivos. Algunos se mostraron orgullosos de no llevar debajo más que unos calzoncillos y unos calcetines.

Colette aplastó el cigarrillo, que chisporroteó entre la hierba húmeda. Regresó a la yurta junto a Yeruldelgger en el momento en que sintió converger sobre sí las miradas de aquellos hombres medio desnudos.

—¡Será mejor que me cambie!

—No me atrevía a sugerírtelo —confesó Yeruldelgger, que agradeció que ella hiciera el esfuerzo de cruzar la puerta con el pie correcto y andar por la yurta en el buen sentido.

Él estaba sentado en el borde de la cama, al fondo de la yurta, vigilando de lejos a los coreanos a través de la puerta abierta. Cuando pasó a su lado, y rozó su rostro con sus muslos firmes, Colette le acarició la mejilla.

—Gracias por lo de las chicas. Está muy bien lo que has hecho.

—Gracias a ti por haberme avisado. Cuando veas lo que se prepara...

—¿Por qué me has traído aquí?

—Necesitaba una pareja, para dar el pego, ¡y a ti te había prometido unas vacaciones!

—¿Las vacaciones contigo son siempre así?

—No me acuerdo. Hace años que no hago...

—Desde que murió Kushi.

—...

—Yo también tuve un crío. En fin, casi. Aborté. Pero es como si hubiera

muerto, ¿no? Y vas a reírte... Bueno, no, no vas a reírte... Chuluum era el padre, ¿qué te parece? Decía que había sido por culpa del preservativo, que yo no iba a poder trabajar con un crío, que no era bueno para mi carrera y que a cambio él me convertiría en la reina del Altai. Luego me dio una paliza y me obligó a abortar. Desde entonces, cada vez que veo un bebé por la calle intento imaginar cómo habría sido el mío. Tú, por supuesto, tuviste a Kushi y sabes lo que perdiste. Yo perdí un sueño. Tú perdiste una niña, yo perdí un ángel. No sé quién es más desdichado de los dos. Puede que ambos seamos igual de desgraciados. ¿Quieres saber mi verdadero secreto, camarada?

—...

—Te lo voy a decir igual, porque de vez en cuando necesito decirlo. ¿Sabes por qué sigo en esto?

—...

—Porque desde el aborto ya no puedo tener hijos. Ya no soy un vientre, soy sólo un sexo, pero ya me está bien.

—¡Pues a mí no! —soltó Yeruldelgger, irritado, levantándose con brusquedad.

—Por supuesto. Tú, lo comprendo, Kushi...

—¡No estoy hablando de Kushi! —la interrumpió él—. Hablo de ti. Eres más que un vientre y un sexo. Deja de castigarte. Ya castigaré yo a Chuluum por lo que te hizo. Si tienes amor que dar, hay niños abandonados por todas partes y también hombres que están solos. ¡¿Por qué debemos acabar todos destruidos por estas vidas sin propósito?! Tenemos espacios inmensos, costumbres y leyendas ancestrales, ¡y mira en lo que nos hemos convertido!

—¡Es lo que la vida ha hecho de nosotros! —dijo con resignación la mujer.

—No, eso es falso, la vida no ha hecho nada de nosotros. La vida la hacemos nosotros, ¡a golpe de renunciadas, miedos, abandonos, trampas, ira! Nosotros impedimos que sea de otra manera.

—Eso es fácil de decir, Yeruldelgger, pero mírate: ¿tú controlas tu vida en este momento?

—No, ahora ajusto mis cuentas. Pero, cuando haya terminado, te prometo que construiré mi propia vida.

—Que los dioses te escuchen... —murmuró ella.

—Los dioses no tienen nada que ver con esto. Los dioses nos miran y punto, ¡eso es todo! Cuando esto acabe, haz como yo: corta con Chuluum y busca el amor en otra parte.

—Buen consejo. ¿Tú no estarás disponible, por casualidad?

—¡Lo siento! —dijo Yeruldelgger, sonriente, abriendo los brazos.

—¿Ni por una noche?

—¡Ni por una noche!

—Una sola noche, una noche a la que nunca siga otra —murmuró ella, con un tono que estaba al borde de la tristeza—. Sólo una vez, como un regalito, ¿sabes? Un recuerdo entre tú y yo, una pompa de felicidad con un poco de amor dentro, para acordarme de todo lo que acabas de decirme. Como esos recuerdos para turistas, esas bolas en las que nieva cuando las agitas. Así, en los días tristes, yo te sacudiría en mi cabeza para sentirme mejor. Sólo tú y yo, uno al lado del otro...

Yeruldelgger iba a responder y la mirada de Colette estaba pegada a sus labios cuando alguien llamó a la puerta abierta de la yurta. Era uno de los muchachos que habían encendido el fuego.

—¡La vieja quiere verte! —le dijo al comisario, apoyándose en el dintel para asomarse al interior, con el pie plantado en el paso de la puerta.

Yeruldelgger se dirigió hacia él suspirando y lo golpeó en la muñeca sin que el muchacho tuviera tiempo de vérselo venir. Desequilibrado por sorpresa, cayó al suelo.

—¿Nunca te han enseñado que no se llama a la puerta de una yurta, que uno no se apoya en el dintel, que no se pone el pie en el paso de la puerta?

—¿Qué? ¿Por eso me pegas? —respondió el muchacho, levantándose, furioso y asustado a la vez—. ¿Para qué sirve respetar esas cosas de viejos?

—Ésa no es la pregunta, hijo mío. La pregunta es: ¿qué me cuesta respetarlas? Esas cosas de viejos, como tú dices, son tu alma, lo único que te une a la de tu país...

—¿No me digas? ¡Todo eso son tonterías! —soltó el muchacho, intentando recomponerse un poco.

—Pues bien, tonterías o no, delante de mí, tú las respetas. Y a la vieja la llamas «abuela», también con respeto, ¿entendido?

—Sí. ¡Pues la abuela quiere verte! —rectificó el muchacho mientras se largaba.

Yeruldelgger vio cómo corría hasta el otro adolescente. Con sus camisetas de los Mets de Nueva York y los Lakers y sus gorras de béisbol, no cabía duda de que debían de estar llamándolo «viejo imbécil» entre dientes, mientras contenían la risa.

—¿De verdad crees en todo eso? —le preguntó la mujer, a su espalda.

—Creo en los vínculos que nos unen —respondió el comisario, cansado.

A través de la puerta abierta, entre los motoristas que alborotaban y bebían alrededor del fuego, reconoció a Adolf, a quien todos los coreanos saludaban para agradecerle el haberlos guiado hasta el campamento. Aún era de día, pero ya habían descargado varias cajas de vodka y todo el material del karaoke, y lo

habían instalado en previsión de una larga noche de borrachera. Adolf no podía verlo desde donde estaba. Yeruldelgger prefería reservarse la ventaja de la sorpresa. Fue hasta el lado opuesto a la puerta y levantó la tela que decoraba la yurta y el espeso fieltro que la aislaba, apartó dos listones del enrejado de madera, alzó la lona exterior y se deslizó hacia fuera. Se las apañó para que lo vieran desde la cocina, sin que pudieran hacerlo Adolf ni los coreanos. La anciana estaba allí, de pie, vigilando su yurta a la espera de que él respondiera a su mensaje. Yeruldelgger tiró un guijarro contra la pared de troncos de alerce para llamar su atención y le hizo una señal para que acudiera. Ella comprendió el mensaje, se limpió las manos con el trapo que llevaba colgado de la cintura y le hizo comprender por gestos que iría por la parte de atrás, para reunirse con él en la última cabaña.

—¡Lo has puesto furioso! —dijo ella en voz baja en cuanto se encontraron en el porche que daba a la laguna—. ¡Después de lo de las chicas, en cuanto te vayas, nos matará!

—¿Lamentas lo que he hecho?

—No, al contrario. Has hecho lo que nosotros deberíamos haber hecho hace mucho tiempo. Pero es que está loco. ¡Nos matará!

—Estará muerto antes de que yo me vaya —le respondió.

La anciana lo miró con su rostro fatigado por la vida, pero intrigada por su fuerza y su determinación.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—Poco importa eso. ¡Yo sé quién es él!

—Entonces, sabes lo de los extranjeros...

—¿Lo de la pareja a la que mató? Lo sospechaba, pero ahora lo sé.

—¿Y qué vas a hacer?

—Voy a ajustarle las cuentas.

—¿Por qué lo haces? ¿Conocías a esa pobre gente?

—No, pero fui yo quien desenterró el cuerpo de su hija y un viejo nómada me confió su alma. Para que ella descanse en paz, tengo que encontrar a sus padres, aunque estén muertos.

La anciana enmudeció durante unos instantes, con la mirada clavada en la del comisario. «Debió de ser guapa», pensó Yeruldelgger. Una de esas chicas de pueblo con rostro de luna, como las cuarenta especialmente hermosas que fueron sacrificadas a la muerte de Gengis Kan. Luego, su rostro se arrugó. Por los veranos tórridos, los inviernos despiadados, los mercaderes codiciosos, los amantes violentos, los niños enfermos, los rebaños desperdigados... También por las risas, seguro.

Apartó la vista y Yeruldelgger comprendió que no quería mirarlo a la cara

cuando dijera lo que iba a decir. Un poco más arriba, detrás de las yurtas, oyó relinchar a los caballos que el Oso había tranquilizado alejándolos de los motoristas. Volvió la mirada hacia la laguna pintada de rosa por el crepúsculo, bajo aquel cielo deshilachado en nubes malvas. Una garza, al levantar ligera su vuelo grácil, rizó una onda en el agua. Sombras azules trepaban desde las praderas profundas. Del otro lado, las lindes del bosque se hundían en penumbras, con sus liebres y patos, y las marmotas se encerraban para pasar la noche. Un salto solitario y repentino en un claro olvidado. Lobos a lo lejos, quizá una manada que ronda. Un zorro prudente, que los evita. Un lince al acecho. Y agazapado en la oscuridad profunda de los alerces, con el culo entre los arándanos violáceos, un oso bonachón y voraz...

—Lo supe cuando se fue a pescar —comenzó ella—. Llevaba varios días mirando con frecuencia hacia la furgoneta azul. Miraba a la mujer rubia en pantalones cortos, con sus pechos lindos y libres bajo la blusa. Cuando lavaba la ropa, arrodillada sobre su cubeta, cuando se inclinaba para peinar a su hija... veía que siempre intentaba verle los pechos desde lejos. Seguramente ya se le había acercado para echarle un ojo mientras se duchaba. Es muy capaz de haberla espiado por la ventanilla de la furgoneta. Ya lo había hecho con otras turistas, a través de huecos que abría en las yurtas. Pero cuando se fue a pescar, lo comprendí. El primer día, pasó delante de ellos con su caña, sin decir nada. Los tres estaban desayunando al sol. Desde la cocina, vi lo que hacía, cómo desaparecía por la cañada en dirección al río. Un poco antes del mediodía, subió con dos truchas cogidas por las agallas, dos truchas bien hermosas. Ellos se quedaron mirándolo un buen rato, señalaban con el dedo las truchas para que la niña las viera. Al día siguiente, volvió a hacer lo mismo y, tal como ese cerdo esperaba, el hombre se levantó para acercársele con su hija. Esa basura les tendió los peces para que ella se atreviera a acariciarlos con la punta de los dedos e intercambió algunas palabras con el padre. La mujer no se acercó. Estoy segura de que desconfiaba de él. Cuando vi que el hombre, emocionado, iba a decirle algo a su mujer, supe que ya tenía el plan listo. Al día siguiente salió con dos cañas, el hombre lo esperaba para ir con él de pesca. Vi que le proponía que la niña los acompañara. Él debió de asustarlo con orillas peligrosas, serpientes venenosas entre la hierba, cualquier cosa, y consiguió convencerlo para dejar a la criatura con su madre, que observaba la escena desde un poco más arriba, en el prado, con los brazos cruzados y la mirada sombría. Cuando bajaban hacia el río, con el hombre tan contento a su lado, me ordenó desde lejos que le preparara a la niña un desayuno con pan caliente, crema de leche y mermelada de arándanos. Con lo tacaño que es, y estaba dispuesto a pagarlo. Luego desapareció. La pequeña subió a su triciclo y la mujer la acompañó hasta la cocina. Su ruso era

malo, pero de todos modos nos entendíamos. Rechazó la crema y la mermelada, bromeando sobre sus curvas, y me dio las gracias por ocuparme de la pequeña. Me hizo comprender, al tiempo que se esforzaba en reír, que iba a aprovechar la ausencia de su marido para limpiar a fondo, y se alejó volviéndose de vez en cuando y haciendo señas con la mano a la niña, que jugaba ya con un cachorro sin fijarse en ella. Una vez en la furgoneta, abrió todas las ventanas, lo saco todo, limpió y lo volvió a meter. Ella seguía dentro cuando mi corazón se aceleró al ver que ese cerdo subía por el prado. Fue directo a la furgoneta, tan tranquilo, y entró como si fuera su casa. Sin dudar, sin cerrar siquiera la puerta, y supe que iba a violarla...

—¿Estás segura de eso? ¿Lo viste? ¿Oíste algo?

—Lo sé porque ya lo había hecho antes. A mí, a las otras mujeres de la cocina, a las chicas que contrata, ¡y también a turistas! Gente que reservaba para una semana y que partía de pronto, al segundo o al tercer día, sin decir nada, sin siquiera pagar, avergonzados y aterrorizados a la vez... Sé que entró en la furgoneta y que la dejó sin sentido de un golpe sin decir nada. Sé que le arrancó el pantaloncito y las bragas de un solo tirón, lastimándole los muslos, que le desgarró la blusa para sobarle los pechos, que le separó las piernas y las mantuvo abiertas con sus rodillas para verle el sexo. Sé cómo la penetró de golpe con el suyo, a través de la bragueta entreabierta, cómo le sujetó las muñecas por encima de la cabeza con una sola mano, cómo la asfixió con la otra para impedirle gritar... Sé que ella no comprendió nada. No lo vio venir, aturdida por la violencia del golpe que le perforó el oído, por la fuerza sudorosa y el apestoso peso de ese cerdo, aterrorizada por el hecho de que se atreviera a violarla así, a pleno día, a dos pasos de nosotras, a dos pasos de su pequeña, que jugaba, a unos cientos de metros de su marido, que seguía de pesca. Sé que le espantó su sexo de animal. Su silencio bestial, la ausencia de emoción en su rostro, en sus ojos muertos, sin remordimientos, sin miedo, sin la menor compasión. Al principio, una no lo entiende. Piensa que él se dará cuenta del horror de lo que está haciendo y que se irá corriendo, avergonzado de sí mismo. O que aparecerá alguien y le romperá el cráneo. ¿Cómo puede una ser un ser humano un segundo antes y no ser más que la presa sumisa de esa bestia inmundada un segundo después? Y sé que luego ella intentó resistirse, cuando él le dio la vuelta para sodomizarla. Sé que la inmovilizó con el brazo contra la ropa de la cama, para ahogar sus gritos. En ese momento, el dolor y la vergüenza se apoderan de ti y sucumbes a lo que él quiere, y te das cuenta y te detestas. Ya no queda nada de humano en ti, te sientes tan inhumana como él. No eres más que carne magullada, envilecida, profanada por la desdicha, y lo peor es que, al ceder por falta de fuerzas, por repugnancia hacia ti misma, provocas su cólera porque le

privas del disfrute de su potencia... Yo miraba esa furgoneta azul sobre la hierba verde del prado. En ella habían viajado la alegría y las vidas de aquella familia que había tenido el valor de asumir sus sueños nómadas, y ya no quedaría nada de esos hermosos días de inocencia. ¡Iban a ocurrir tantas otras desgracias dentro de aquella furgoneta azul! Dolores interminables, vergüenzas sin fondo, desgarros, renunciadas vertiginosas, traiciones, venganzas que se volverían contra ti y contra aquellos que amas. Deseos petrificados. Porvenires abortados. ¡Por culpa de un cerdo que es más fuerte que tú! Basta con unos pocos minutos para destruir toda tu vida pasada y toda la que está por venir. Sé que le susurró al oído que degollaría a la niña si hablaba. Sé que incluso había previsto regresar junto al hombre para seguir de pesca, como si nada. Pero cuando salía de la furgoneta, el hombre estaba allí, subiendo desde el río. Vio al cerdo salir trastabillando del vehículo en el que debía de estar descansando su mujer y le preguntó de lejos qué pasaba. El otro se detuvo y luego, sin decir nada, se dio la vuelta para enfrentarse a él. El hombre dudó, luego se precipitó hacia lo alto de la colina, como si un presentimiento horrible se hubiera apoderado de él. En cuanto estuvo a su alcance, sin aliento por la carrera y por la inquietud de lo que se temía, el otro cabrón lo agarró por el cuello y aprovechó su impulso para hacerlo girar e inmovilizarlo contra la puerta trasera. Vi a lo lejos cómo la espalda del hombre se quedaba bloqueada contra la rueda de repuesto y su cuello se distendía. Se dio con la cabeza en la carrocería, luego su cuerpo se desplomó sin fuerza. Debió de partirse la nuca con el choque. El otro se quedó unos segundos mirando el cuerpo a sus pies, luego lo cargó al hombro y lo arrojó al interior de la furgoneta, antes de entrar en ella. Entonces fue cuando debió de estrangular a la mujer, supongo, con su perversa conciencia tranquila, diciéndose que al haber muerto el hombre entre sus manos, estaba obligado a matarla también a ella. Él lo había obligado. No era culpa suya...

Yeruldelgger escuchaba con atención a la anciana, incluso durante sus largos silencios, pero adivinó que lo que le faltaba por contar iba a partirle el alma.

—¿Y la niña, mientras tanto?

—La pequeña jugaba con su triciclo a perseguir al cachorro, se reía. Cuando vi que había matado al hombre, corrí hacia él para impedir que matara también a la mujer. Dejé a la niña sola. No pensé que pudiera ocurrirle nada en el patio. Corrí hacia la furgoneta, que ya estaba en marcha, intenté alcanzarlo. No vi a la chiquilla seguir al perro hacia el camino. Oí que el motor se aceleraba y creí que se había atascado y que patinaba sobre la hierba. Tuve la esperanza de poder alcanzarlo, de parar aquello, pero el cerdo continuó su camino a través del prado. Entonces me quedé paralizada. Lo que oía rugir no era el motor de la

furgoneta. Eran los coreanos, que salían del bosque unas horas antes de lo previsto. No había nada preparado, nadie los esperaba tan pronto. La pequeña estaba allí, con su triciclo rosa, en medio del camino, cuando el primer quad apareció a toda velocidad...

La anciana lloraba sin pudor y lo miraba, implorante, para que le perdonara todo aquello que acababa de confesarle y que nunca se había atrevido a contar. Esperaba que comprendiera que ella había estado aguardando a alguien como él, tan fuerte como aquel cerdo, para por fin relevarlo y sobrellevar los remordimientos que la roían desde hacía cinco años.

Caía la noche. Las sombras subían desde el suelo y el bosque se hundía en el crepúsculo. Yeruldelgger adivinó que ella miraba en la dirección en la que había desaparecido la furgoneta. Permanecía en silencio, encerrada en la pesadilla muda que revivía, sin ninguna esperanza de ver reaparecer a las víctimas del Oso. Yeruldelgger la abandonó sumida en sus tristes pensamientos, atraído por el rumor de la fiesta que empezaban a preparar. Siluetas titubeantes danzaban bajo el resplandor de las llamas de la hoguera creciente. Alguien contaba en el micrófono en una lengua extranjera, para regular el eco. Un pitido agudo desgarró la noche, provocó una ola entre los borrachos y sacó a la anciana de la inmovilidad de su pesadilla.

—¡Tengo que volver! —dijo a Yeruldelgger, restregándose los ojos con las palmas de las manos para secarse las lágrimas—. Si no comen, lo romperán todo. Enviaré a alguien para que os sirva en vuestra yurta. Deberías decirle a tu amiga que no se deje ver mucho esta noche...

—Una cosa más, abuela, ¿volviste a ver la furgoneta después de que desapareciera en el bosque?

—La vi abajo, junto al río, tres horas más tarde. Ese cerdo la llevó hasta el pueblo. Su hermano es chatarrero. Creo que lo ayudó a deshacerse de ella...

—Y lo último: ¿vino algún policía a investigar la desaparición de aquella familia?

—Nunca, tú eres el primero.

—¿Cómo sabes que soy policía?

—No lo sé, pero lo espero, por el bien de lo que queda de este lugar maldito...

Yeruldelgger besó las manos húmedas de lágrimas de la anciana y la vio regresar a la cocina. Rodeó las yurtas, pasó delante de los caballos y se deslizó en la suya como había salido. Sentada en la cama, Colette miraba a través de la puerta abierta la fiesta que empezaban a preparar.

—¿Te lo puedes creer? —bromeó ella—. ¡Un montón de clientes fáciles y yo aquí, de vacaciones con un poli!

—¡Dentro de muy poco te alegrarás de estar conmigo! —replicó él.

—¿Ah, sí? ¡Pues si vas a salir a la carga tú solo, sin esperar a la caballería, no sé si estoy en el bando adecuado!

—No habrá caballería...

—¡Esto mejora por momentos! ¿Y cuál es el programa de festejos?

—Librarnos de todos esos coreanos borrachos, hacer pagar al dueño del lugar por el asesinato de toda una familia y echar mano al motorista nazi tarado que finge haberse acostado con mi hija...

—¡Ah, eso ya es más personal!

—No, todo es personal en este caso.

—¡Lo que tú digas! Pero sácame de dudas, cuando dices «hacer pagar»...

—Me refiero a «hacer pagar». En metálico. ¡Voy a ver morir a ese cerdo!

—Bien. ¿Y por dónde vas a comenzar? —dijo la mujer, como si estuviera hablando de ir de compras al centro comercial—. ¿Por atrapar a Adolf?

—¿Conoces a Adolf?

—¡Por supuesto! Es el esbirro de Chuluum. Mickey pertenecía al lado motorista de Adolf, pero Chuluum ¡es de su lado nazi!

—¿Cómo sabes tú eso?

—Los clientes que nos echan un polvo nos suelen tomar por bobas, ¡así que imagínate los que se nos tiran sin pagar! ¡Hablan delante de nosotras como si fuéramos peces de colores! Chuluum organizaba bacanales a las que de vez en cuando invitaba a Adolf, pero el guía, el pequeño führer, como ellos decían, era Chuluum. Él creó ese grupo nazi para que sirviera de fuerza de choque a un futuro partido nacionalista. Entre ellos se llaman los Soyombos, por el tatuaje que llevan en el hombro. Parece que hay gente que les encarga eso: sembrar el desorden para poder invocar el orden, vejar a los extranjeros para invocar la preferencia nacional, gangrenar los poderes para desacreditarlos, infiltrarse en la policía para manipularla. Chuluum siempre ha dicho que él es intocable porque está protegido por los verdaderos señores de Mongolia, los futuros señores del nuevo imperio mongol... Mickey, con su banda de motoristas, sólo es un pardillo.

—¿Cómo pueden creer en semejantes sandeces?

—Pues viendo que se puede asesinar a la hija de un poli para obligarlo a abandonar una investigación por corrupción, por ejemplo, ¡y volviendo a hacerlo cinco años más tarde con su otra hija!

—¿Chuluum estuvo metido en eso?

—En la muerte de Kushi, no creo, sólo lo oí decir que estaba al tanto. Pero después de que descubrieras el cadáver de la niña, Chuluum le dijo a Adolf que tenía luz verde para ocuparse de tu hija.

—Sigo sin entenderlo... —murmuró Yeruldelgger para sí mismo—. ¿En qué podía molestar mi investigación acerca del homicidio de la niña a un grupo nacionalista? En el caso del asesinato de los tres chinos, podría comprenderlo... pero ¿la pequeña?, ¿un accidente mortal seguido de un doble asesinato para ocultar una violación?

—¿Y el coreano que mató a la niña?

—¿Qué ocurre con el coreano? Mickey se pasó cinco años haciendo todo lo posible para protegerlo y enterrar el caso, ¡con la protección y el beneplácito de Erdenbat, además! ¡Sin duda, eso no es vejar a los extranjeros!

—Entonces, te queda Adolf. Lo tienes al alcance de la mano, sólo has de pedirle que te lo explique. Puedes llegar a ser muy persuasivo, si no recuerdo mal...

Yeruldelgger iba a responderle cuando una voz de mujer los llamó desde el exterior.

—¡Sujeta a tus perros si quieres comer!

—Entra sin miedo —respondió él.

Era una de las jóvenes de la cocina. Traía los humeantes y olorosos kuushuur en una cazoleta ennegrecida por el fuego de leña. Pero justo cuando Yeruldelgger se inclinaba para aspirar el aroma, fuera estalló un petardeo.

—¿Petardos? ¿Tienen la costumbre de hacer eso? —preguntó a la joven.

—No, es la primera vez. Los ha repartido Tuguldur. Dice que para burlarse de los chinos.

—¿Tuguldur?

—Es el nombre mongol de Adolf —precisó Colette.

Yeruldelgger se puso en pie de un salto y salió corriendo. Borrachos, los coreanos bailaban alrededor del fuego en la noche, tirando petardos. Algunos los arrojaban a la hoguera, para hacer saltar haces de brasas que quemaban las piernas de los bailarines mientras ellos se partían de risa. Un poco apartado, un tipo de piernas torcidas y cabello cortado a cepillo aporreaba sus acordes en un sintetizador, berreando en la noche una versión mala de Marvin Gaye. Unas manos agarraron a Yeruldelgger para que se uniera al baile. De un revés, mandó al tipo volando entre las botellas de vodka que estaban ya desparramadas por el suelo. El pie del comisario resbaló con una lata de cerveza y a punto estuvo de caer en la hoguera. A su alrededor, los hombres se tambaleaban y se divertían, pero Yeruldelgger buscaba a Adolf con la mirada, sin prestar atención al resto. El hombre al que había derribado se levantó y lo atacó en el momento en que al fin vio a Adolf, que estaba doblando la esquina de la casa y desaparecía en la noche. Yeruldelgger se precipitó a perseguirlo, apartando con los brazos a aquellos que, con la cólera de los borrachos, se le echaban encima con el ruido

de los petardos de fondo, que explotaban por paquetes.

En cuanto salió del círculo de luz de la hoguera, Yeruldelgger se detuvo para que sus ojos se habituaran a la noche. Luego se sacó el arma del cinturón y avanzó hasta la esquina de la casa. Adolf estaba un poco más lejos delante de él, al amparo de la oscuridad, mirando hacia el interior por una ventana. El comisario reparó en la Makarov que llevaba en la mano. Adolf dudó, se puso de puntillas para inspeccionar de nuevo el interior, luego volvió la cabeza hacia las letrinas, situadas un poco más lejos, a la derecha. Los petardos seguían explotando del otro lado de la casa. Algunos eran tan gordos que sus explosiones se reflejaban como los relámpagos amarillos de un flash contra el paisaje. Yeruldelgger también tuvo tiempo de ver al Oso entrar en las letrinas de la derecha, antes de que la noche volviera a cerrarse sobre ellos. Luego adivinó la silueta de Adolf, que se dirigía hacia los servicios, ya sin ocultarse, como si también él fuera a mear. Se detuvo a un metro de la puerta, inmóvil en medio del hedor, con el brazo en cuya mano sujetaba el arma extendido, a la espera de otra ristra de explosiones para ejecutar al Oso a través de la puerta de madera.

—¡Está ocupado! —gruñó éste desde el interior.

Antes de poder ver quién llegaba, Adolf estaba ya inconsciente y Yeruldelgger se arrodilló para que su cuerpo cayera sin hacer ruido sobre su hombro. Cuando el Oso empujó la puerta con un violento manotazo, en cuclillas sobre el inmundo agujero, no vio en la oscuridad más que a un borracho que doblaba la esquina de la casa llevando al hombro a otro borracho que estaba todavía más ebrio que él.

71

...pero no al ogro, que entretanto había sido devorado por una osa...

—¡Tus *kuushuur* se van a enfriar! —dijo Colette, que se relamía con los suyos.

Vio que Yeruldelgger entraba en la yurta esta vez por la puerta.

—¿Ya no te cueles por debajo de la lona?

—No hace falta, éste no está en condiciones de reconocerme —le dijo él, arrojando al suelo el cuerpo inerte de Adolf.

—¿Está muerto?

—Todavía no —respondió Yeruldelgger, siguiendo el tono de la conversación.

—¿Qué es lo que te ha hecho salir así detrás de él?

—Los petardos. Me ha parecido muy raro. Me ha hecho pensar en disparos,

en un montaje para poder matar a alguien con más facilidad. Y en efecto, ¿este cabrón de aquí quería aprovechar el petardeo para disparar al Oso!

—¿Y tú se lo has impedido? ¿Creía que lo que más deseabas era matar a ese pedazo de bestia!

—Sí, pero antes tengo que hacerle confesar dónde están los cuerpos de los padres de la niña...

—¿Y?

—¡Y quiero ser yo quien decida sobre su muerte!

—Entonces átalos bien y ven a comer antes de que se enfríe.

Con la punta de los dedos, Yeruldelgger sacó del caldo una empanada gruesa y la levantó por encima de la cabeza, echada hacia atrás, para comérsela a la manera de las focas de circo. Luego se limpió las manos en la ropa de Adolf, que seguía inconsciente, antes de atarlo de manera que no pudiera moverse cuando despertara. Iba a sentarse junto a Colette, que le había servido un plato de kuushuur, cuando la joven de la cocina regresó con el boodog de marmota. Al instante, el plato perfumó la yurta con un aroma delicado, pero la sirvienta parecía inquieta y asustada. Cuando la chica se inclinó para cruzar la puerta con el pie correcto, cayó hacia delante y el plato escapó de sus manos. Detrás de ella, un coreano peludo y eufórico se carcajeaba mientras la sujetaba con los dos brazos metidos bajo la falda levantada. Luego, otras dos cabezas borrachas aparecieron en la puerta y animaron al primero a sacar a la chica de la yurta arrastrándola por los pies.

Yeruldelgger salvó el plato de boodog caliente y chorreante de grasa y luego se puso en pie. El coreano que abusaba de la joven cocinera fue expulsado de la tienda por un golpe de tal violencia que su cuerpo inerte derribó a los otros dos. El comisario salió y partió con una patada la rodilla del primero que intentó levantarse. El otro tipo estaba demasiado ebrio para intentar nada.

Alrededor del fuego había muchos motoristas apoltronados, borrachos como cubas, mientras otros bailaban como dementes. Los más bebidos de los que aún se tenían en pie se pasaban el micrófono para berrear con voz ronca en el karaoke Thriller en versión coreana. Dos hombres la emprendieron a puñetazos disputándose el micrófono. Otros saltaban por encima de la hoguera, con el vodka en la mano, gritando como héroes kamikazes. Una botella se incendió y el tipo rodó por el suelo para apagar el fuego de su brazo. Nadie hizo el esfuerzo de prestarle ayuda, sino que todos se echaron a reír en respuesta a las risas del herido, que alzaba el miembro quemado como un trofeo. El suelo estaba cubierto de botellas rotas y de latas de cerveza aplastadas. Habían volcado los tazones de kuushuur y los boodog estaban reventados. Bajo el resplandor de las llamas crecidas con el alcohol, Yeruldelgger vio a la anciana cocinera, que

intentaba recoger lo que podía en medio de los borrachos tirados por el suelo. Cuando pasó entre dos coreanos incapaces de levantarse, uno de ellos la sujetó por el codo con una mano y la retuvo inclinándola sobre él. Con la otra, le agarró un pecho mientras gritaba lo que debían de ser obscenidades en su idioma. El segundo aprovechó la posición de la anciana para rebuscar bajo su falda.

Yeruldelgger le retorció el brazo con las dos manos y le desencajó el hombro de una patada, al son de una Macarena destrozada al sintetizador. El hombre dio un alarido mientras el otro intentaba levantarse, pero Yeruldelgger le partió la mandíbula de un codazo. Después atravesó el tumulto, se dirigió derecho al sintetizador, con el arma en la mano, y lo reventó disparando varias veces contra la caja de ritmos. Entonces se hizo el silencio. Inmenso. Grandioso. ¡Por fin!

Del otro lado del fuego, un hombre se puso a hablar. El comisario comprendió que estaba furioso, que preguntaba qué pasaba, que quién era él para disparar de esa manera, que si sabía con quién estaba tratando, que todo aquello iba a meterlo en un buen lío... A través de las llamas, Yeruldelgger disparó su última bala, que fue a clavarse en la hierba justo entre los pies del que protestaba.

—¿Hay un intérprete entre vosotros? —preguntó, insertando un nuevo cargador en su arma.

—Yo... —respondió con voz insegura una sombra que estaba algo apartada.

—¡Pues díles que se acabó!

El hombre tradujo y sus palabras fueron acogidas con algunos gritos, luego el tono subió bruscamente. El hombre del sintetizador sermoneó a sus compatriotas mostrándoles el material destruido.

—Dicen que pagaron por esta fiesta. Preguntan quién va a pagar lo que has destrozado...

—Bueno, si se lo toman así —respondió Yeruldelgger mientras sacaba su placa de poli y se la mostraba a la concurrencia—, díles que están todos arrestados por haber atravesado una reserva nacional protegida. ¡Quiero a todo el mundo contra la pared de la cocina con el pasaporte en la mano!

El hombre tradujo de nuevo y una voz provocadora le respondió como un eco. Yeruldelgger se volvió hacia el que había hablado.

—Dice que no te tiene miedo. Que ellos no necesitan autorización y que están protegidos por personas que te van a hacer pagar cara tu arrogancia.

—Entonces dile que si está pensando en Park Kim Lee, que sepa que ha regresado a Corea con el rabo entre las piernas, que Mickey está muerto y que Adolf está amarrado en mi yurta.

La traducción fue acogida con un silencio que volvió de golpe la noche

todavía más oscura y más fría más allá del fuego. Yeruldelgger hizo repetir su orden. Los coreanos que llevaban encima el pasaporte se reagruparon de inmediato formando una línea a lo largo de la pared de la cocina. Los otros fueron pasando de un quad a otro para recuperar sus documentos, haciendo gestos para que no pensara que estaban intentando huir. La adrenalina les había quitado la borrachera de golpe. Cuando estuvieron todos, Yeruldelgger les confiscó los papeles.

—Los recuperarán en Ulán Bator, en el Departamento de Policía. Entretanto, recojan el equipaje y váyanse a dormir lejos, más allá del pueblo. No quiero ver a ninguno por aquí. Quien esté aquí todavía dentro de una hora, o quien regrese mañana, recibirá un tiro en la rodilla. ¿Queda claro?

Permanecieron inmóviles, en una inquieta posición de firmes, el tiempo que duró la traducción, luego asintieron inclinando la cabeza como si estuvieran prestando juramento. Yeruldelgger les hizo entonces la seña de romper filas y se desperdigaron en silencio en la oscuridad. Habían vuelto a ser coreanos obedientes y atareados.

Antes de regresar a la yurta en la que había visto que se refugiaban las cocineras, Yeruldelgger buscó con la mirada al Oso, que no había aparecido durante su numerito. Iba a desistir cuando un rumor, a su espalda, precedió al martilleo de un galope. Se volvió y lo vio aparecer de la oscuridad, montado sobre un caballo capón nervioso y lanzado a galope tendido directo contra él. Se echó a un lado para evitar al animal enloquecido, su saliva hecha espuma en la boca, el olor frío de sus estribos, el sabor del cuero...

—¡Aquí! —gritó la anciana cocinera.

Yeruldelgger se dio media vuelta. La mujer había desatado a uno de los caballos que pacían detrás de las yurtas, y se lo envió con una palmada en la grupa. El animal, nervioso, con todos los músculos temblorosos, coceaba con las patas delanteras escarbando la tierra. Había sentido pasar al galope a la otra montura y no quería sino alcanzarla. Yeruldelgger aprovechó un momento de duda del animal, atemorizado por una nube de brasas expulsada por un tronco que se derrumbó en la hoguera, para agarrar la brida y montarlo a pelo. El caballo coceó de miedo y de impaciencia, luego el comisario lo lanzó al galope en persecución del Oso.

Por suerte, un agujero en las nubes dejaba filtrarse una tenue luz de claro de luna que perfilaba formas en la penumbra. Yeruldelgger vio al Oso a cien metros delante de él y se echó hacia la derecha mientras descendía por el prado. No quería que buscara refugio en el pueblo. Cuando el hombre comprendió que su perseguidor le cortaba el camino, cambió de dirección, rodeó la laguna y guió a su caballo hacia el bosque. Yeruldelgger lo alcanzó muy pronto; descubrió con

sorpresa que estaba disfrutando de aquella cabalgata nocturna, de aquel claro de luna sobre la hierba que subía hasta el bosque a lo largo de más de quinientos metros. Su caballo tenía un galope corto y suave, estable, sin sacudidas. Sentía los flancos del animal palpar entre sus muslos, como cuando, siendo niño, cabalgaba hasta perder el aliento, libre, feliz, orgulloso, para correr el naadam en la amplitud de las estepas. Mientras galopaba sin apartar la mirada de la sombra del Oso, Yeruldelgger sonreía para sí por aquellas carreras endiabladas. Las casacas de satén, los cantos en falsete de los amigos, los luchadores que los alentaban, los camiones que los seguían fuera de las pistas, los gritos, los ánimos y las advertencias para que tuviera cuidado con...

El caballo metió la pata anterior derecha en un hoyo de marmota, abortando en seco la carrera, y su grupa fue impulsada por encima del cuello. Sin silla ni estribos, Yeruldelgger salió volando en la oscuridad. Cayó de espaldas diez metros más adelante, con tanta brutalidad que tuvo la impresión de que se le soltaban los pulmones. Un cuarto de segundo después de aquel dolor, su cabeza golpeó contra la tierra y se hizo la oscuridad. Sólo tuvo tiempo de ver que el Oso se le acercaba al galope, antes de perder el conocimiento. Un halo enorme de luz intensa...

Yeruldelgger se despertó sentado en la hierba y apoyado en la rueda de su coche. El Oso estaba sentado con las piernas cruzadas, a unos metros de él, con las manos sobre la cabeza, bajo la luz de los faros. Colette lo apuntaba a la nuca con su Makarov. Yeruldelgger adivinó otra presencia a su izquierda y sintió que un perfume violento le incendiaba la nariz y chisporroteaba en su cerebro. La anciana cocinera estaba allí, a su lado, y le pasaba bajo la nariz un frasco con extractos de plantas.

—Los coches van mejor —se burló la chica—, uno no se mete en los hoyos de marmota.

—¡Menuda caída! ¡De verdad, creí que me moría! —respondió Yeruldelgger, intentando levantarse—. Incluso me pareció ver una luz grande y blanca al final del túnel...

—Eran los faros de xenón del todoterreno —dijo Colette.

—¿Cómo lo habéis cogido? —preguntó él, señalando al Oso con un movimiento de mentón que le acalabró toda la nuca.

—Espantando a su caballo. También él cayó. Cuando se iba a levantar, le metí una en el pie —dijo, mostrándole su arma.

—Aprendes deprisa —dijo él con una sonrisa mientras se ponía de pie.

—¡He visto cómo lo haces! ¡Lo más duro ha sido impedir a la abuela que lo machacara a golpes de manivela de gato!

—Ha hecho bien —dijo Yeruldelgger, mirando a la anciana—, de momento

sigo necesitándolo vivo.

—Sé lo que buscas —respondió, levantándose también para acariciar su cara—. ¡Y sé dónde están!

—¿Los cadáveres de los padres de la niña?

—Sí. Te conté que él se metió en el bosque. Ése es el dominio del oso. Del verdadero. Del oso y de los lobos. Estoy segura de que abandonó allí los cuerpos para que los animales los devorasen.

—¿Eso hiciste? —preguntó Yeruldelgger, conteniendo la rabia y volviéndose hacia el hombre.

Éste no respondió, siguió con la mirada clavada obstinadamente en la hierba entre sus rodillas. El policía tomó su silencio como una confesión y se dirigió a la anciana.

—Abuela, ¿podrías ponerle un vendaje? Necesito que al alba pueda caminar.

—Me llevo su caballo —dijo ella—. El tuyo se ha partido una pata. Tendrás que ayudarme a abatirlo. Vuelvo dentro de una hora.

En lo que tardó Yeruldelgger en recuperar el equilibrio para ayudarla a montar al animal, la anciana ya desaparecía al galope bajo la noche. En el maletero encontró correas con las que atar al Oso al parachoques del vehículo, luego invitó a Colette a protegerse del fresco nocturno en el interior. Permanecieron un rato largo en los asientos sin decir nada, después la mujer se lamentó de no haber traído cigarrillos y Yeruldelgger no le respondió. Apagó los faros para ahorrar batería y el claro de luna inundó de nuevo el paisaje. Las nubes habían desaparecido. A lo lejos, en la linde del bosque, en la penumbra de la noche, creyeron vislumbrar varias veces la silueta de un oso que rondaba, antes de convertirse en una sombra más entre las sombras.

—¿De verdad hay osos por aquí?

—Sí —respondió Yeruldelgger, pensativo—, es un lugar hermoso...

Una hora más tarde, la anciana regresó mientras ellos dormían. Colette se había rendido a la fatiga con la cabeza apoyada en el hombro fuerte de Yeruldelgger. La anciana admiró el rostro robusto, tranquilo, del comisario, que tenía los ojos cerrados, y echó de menos su juventud gastada por los vientos de la estepa. Les echó por encima las mantas calientes que les había llevado.

—Tapa también al Oso, que no se muera de frío —dijo Yeruldelgger sin abrir los ojos.

—¡Vaya! ¿Te divierte hacerte el dormido? —preguntó ella, fingiendo molestarse.

—¡Sólo cuando me mira una mujer bonita! —respondió él con los ojos cerrados.

—¡Y además mentiroso! —exclamó la anciana al tiempo que le palmeaba el hombro.

—¡Ay! —exageró Yeruldelgger, abriendo los ojos—. ¡Dedícate mejor a hacer sufrir al Oso! Pero sobre todo apáñatelas para que pueda caminar mañana.

—De acuerdo, pero ¡sólo porque me has prometido que lo matarás! Ven, te he traído esto, no has tenido tiempo de disfrutarlo.

Yeruldelgger salió del coche sin hacer ruido para no despertar a Colette. La anciana, que se había tomado el tiempo de enjaezar el caballo, se estiró para soltar una alforja que estaba atada a la silla y sacó de ella un tazón pequeño de kuushuur y un boodog de marmota entero. Antes de que él tuviera tiempo de darle las gracias, ella había encendido un fuego con un haz de leña seca que también había llevado. Él se sentó con las piernas cruzadas de cara al calor amarillo del fuego, dando la espalda al frío azul de la noche. El agua para el té salado con mantequilla ya se calentaba y el comisario sintió derramarse en su interior el amor sencillo de la gente de la estepa.

Sin que la oyera acercarse, Colette se despertó y fue a acurrucarse a su lado, con una manta por encima de los hombros. La anciana dejó el boodog humeante sobre un trapo delante de ellos y cortó con un golpe de cuchillo los hilos que lo mantenían cerrado. El vientre cocido de la marmota se abrió despacio en toda su longitud. La piel estaba un poco cocida y agrietada por fuera porque la anciana había tenido que recalentarlo, pero el interior estaba en su punto y humeante. Las piedras calientes habían fundido la grasa que impregnaba la carne tierna. Yeruldelgger metió la mano en las entrañas de la marmota y extrajo una primera piedra caliente, que ofreció con respeto a la anciana. Ésta la aceptó, con una sonrisa de felicidad y reconocimiento, haciéndosela pasar de una palma de la mano a otra para no quemarse. Ofreció la segunda a Colette, para que el calor y la grasa le aportasen, como a la anciana, fuerza y energía para los días venideros. La joven encajó la piedra entre las puntas de sus dedos y la contempló como si fuera una joya mágica. Yeruldelgger tomó la suya y la hizo rodar entre las manos como una pastilla de jabón ardiente para limpiarse de aquello que muy pronto iba a hacer. Luego pellizcó el interior de la marmota para extraer unos pedazos de carne tierna y caliente, que tendió a las mujeres. Ellas las sujetaron entre los dedos índice y pulgar, poniendo la otra mano debajo a modo de plato para no perder nada de grasa, y compartieron con él el boodog según la tradición: acampando bajo las estrellas, en la hierba, alrededor del fuego, con un caballo en la sombra y toda Mongolia extendida hasta donde se perdía el horizonte de la noche.

—Hacía tanto tiempo... —murmuró Colette, recordando su infancia con lágrimas en los ojos—. ¡Tanto tiempo! ¿Cómo he podido olvidar todo esto?

Luego, en su lengua suave y susurrada, que sonaba como un riachuelo bajo las hojas agitadas, hablaron hasta el alba de sus felices infancias, mientras se quemaban los labios con el té salado. Habían vivido la misma infancia, pese a lo diferentes que eran sus vidas ahora. En medio de la noche, Yeruldelgger preguntó si el hombre herido que estaba atado al coche se había sentido también alguna vez ebrio de espacio y de felicidad. Las dos mujeres se durmieron sin querer responder a su pregunta.

Un poco antes de que un alba blanca de nácar se alzara sobre el horizonte recortado por las copas de los alerces, a la hora de la cacofonía de los miles de pájaros sorprendidos por haber salido de nuevo de la noche, la anciana se levantó y lo recogió todo. Cuando lo hubo cargado en su montura, despertó a la joven con suavidad y le hizo una seña para que montara en la silla. Luego se aupó a la grupa y dirigió al caballo al paso hacia el campamento. Como Colette la miraba extrañada, ella le respondió en voz baja que las horas terribles que se avecinaban pertenecían a Yeruldelgger y sólo a él. Éste las oyó partir, pero prefirió no moverse, agradeciendo en silencio a la anciana el haber comprendido sus deseos.

Cuando hubieron desaparecido, lejos en la noche que enrojecía, se levantó, echó tierra al fuego y despertó al Oso, que sólo dormía a medias. Lo soltó del parachoques, le ató las manos a la espalda, le ligó los pies con una cuerda para que no pudiera correr y lo ayudó a levantarse.

—¿Puedes caminar?

—¡Puedo matarte! —vociferó el Oso con aire provocador, a pesar de las ataduras y de la herida.

—Eso lo veremos más tarde —respondió Yeruldelgger—. ¡Ya sabes lo que quiero!

No era una pregunta y el Oso no la tomó por tal. Una de sus mejillas se deformó con un rictus cruel y escupió a los pies del comisario antes de responder.

—¡No deben de quedar más que huesos rotos desperdigados por las bestias!

—¿Los abandonaste a las bestias? —dijo Yeruldelgger, enojado.

—Es lo que los mongoles han hecho siempre —replicó el Oso.

—¡No me hables de tradiciones porque te mato ahora mismo!

—Tú no me vas a matar —respondió el hombre con seguridad.

—¡Ya lo veremos! Ve delante, quiero encontrarlos.

—Es peligroso —dijo el otro—. Ésta es la hora de los osos...

—No tengo miedo.

—Yo sí.

Yeruldelgger comenzaba a vislumbrar su rostro bajo la luz naciente y descubrió en él una expresión extraña. Comprendió que aquel hombre cruel tenía

miedo de verdad por primera vez. Con un empujón en la espalda, lo hizo encaminarse hacia el bosque. Llegaron a la linde cuando el alba se había convertido en aurora y se adentraron en silencio en las sombras azules y oscuras del sotobosque. El hombre parecía reconocer el camino entre los árboles, a pesar de las ramas que le arañaban la cara. Yeruldelgger lo detuvo, hizo que se echara de costado y le ordenó pasar delante las manos atadas. El otro se contorsionó y soltó una maldición de dolor cuando su pie herido se enganchó con las cuerdas y volvió a sangrar. Luego, el comisario lo ayudó a levantarse y le hizo una señal para que reemprendiera el camino. Ahora podía protegerse de la vegetación con los brazos, pero Yeruldelgger iba prestando el doble de atención porque también podía sorprenderlo y golpearlo. Caminaba detrás, lo bastante lejos para evitar que el otro le azotara la cara con una rama flexible soltándola bruscamente y lo cegara.

La anciana había vuelto a ver la furgoneta tres horas después de que el Oso se marchara. A pesar de su fuerza, no podía haber transportado los dos cuerpos en brazos a la vez. Tenía que haber llevado el primero y haber regresado por el segundo, haberlo llevado al mismo sitio, regresar... No podía haberse adentrado más de media hora en el bosque. Yeruldelgger encendió la esfera luminosa de su reloj y controló el paso del tiempo. El hombre, sin embargo, siguió adentrándose en el bosque durante la media hora siguiente. Los primeros rayos oblicuos del sol aparecieron enseguida y motearon la vegetación de manchas de luz. El Oso se detuvo a la entrada de un claro.

—¿Es ahí? —preguntó Yeruldelgger.

—Ahí fue —respondió el hombre.

—Pasa los pies entre los brazos y vuelve a colocar las manos a la espalda.

El otro obedeció y apoyó la espalda en un árbol para no tropezar.

—¡Ahora tumbate!

—¿Qué vas a hacer?

—¡Échate boca abajo!

El hombre se arrodilló, vigilando de reojo al comisario, pero permaneció de rodillas sin tumbarse. Yeruldelgger se puso detrás de él y lo empujó al suelo con el pie. Luego se agachó a su lado, le plantó una rodilla en los riñones y anudó las cuerdas que le ataban las manos a la espalda con las que unían sus pies, levantándolos. El Oso no podría escapar. Ni siquiera erguirse. Con la cara de lado pegada a la tierra y el pie sanguinolento al aire, el tipo maldijo varias veces contra todas las generaciones de mujeres de la estirpe de aquel poli del demonio.

—¿Hacia qué lado? —preguntó Yeruldelgger.

—Detrás de los matojos, a la izquierda, por allí...

Yeruldelgger se dirigió a los matojos y de entrada no vio entre el humus

más que una piedra redonda. Le pareció lo bastante rara como para querer examinarla más de cerca. Cuando la cogió, supo de inmediato que no era una piedra. Era la articulación de un hueso grueso. Quizá un fémur. El muy cabrón tenía razón. ¡Los cuerpos estaban allí, lo había hecho! El comisario se alejó un poco más del claro para adentrarse bajo los árboles, en busca de otros indicios del horror. Abandonados a las bestias, los cuerpos debían de haber sido descuartizados y descarnados por los lobos, los osos o los zorros. Sus restos debían de estar desperdigados, quizá a lo largo de cientos de metros. Seguramente, algunas alimañas se habrían llevado a sus guaridas pedazos enteros, arrancados a los cadáveres para alimentar a sus crías. Yeruldelgger continuó buscando, dividido entre la necesidad de reconstruir los cuerpos y el horror de descubrir más restos. Pronto dio con un cráneo, que los gusanos y las hormigas habían blanqueado. Otros huesos esparcidos. Un costillar arrancado... Ya sabía lo suficiente. Tendrían que venir refuerzos a las órdenes de alguien como Solongo para recuperarlos, clasificar todas las osamentas e intentar reconstruir los cuerpos de la desdichada pareja.

En cierto modo, el Oso tenía razón: había dado a las víctimas una sepultura según las tradiciones más ancestrales. Los antiguos pensaban que al abandonar el cuerpo de un difunto a las bestias, éstas liberaban su espíritu cuando les trituraban los huesos. Pero había violado a la mujer, le había roto la nuca al hombre y dejado a la niña indefensa. Merecía ser castigado por eso y Yeruldelgger regresó hacia el claro dispuesto a aplastarle la cabeza.

Cuando vio al osezo, se quedó paralizado. Debía de tener un año, habría nacido en invierno y salido de su guarida hacía apenas unos meses. Cuatro, como mucho. Una bola de pelo negro saltarina y alegre, falsamente patosa, curiosa, asombrada, que daba vueltas alrededor del hombre atado, con torpeza, husmeándole el pie herido, rebuscando entre su vestimenta con la punta de la nariz, palpándole los brazos atados con el extremo de sus garras jóvenes pero ya afiladas. El hombre se hacía el muerto, inmóvil y aterrorizado, tumbado en la tierra.

El osezo no podía estar solo. A esa edad, las osas no dejan a sus crías alejarse mucho de ellas. Ni corretear delante. Son ellas las que abren el camino en prevención de peligros, y sus crías las siguen. ¿Dónde estaba? ¿Por dónde había entrado el osezo al claro y por dónde vendría la madre a buscarlo? Yeruldelgger no se atrevía a moverse. No había nada más furioso que una osa que protegía a su cría. Doscientos kilos de furia, garras mortales como cuchillos turcos, dientes capaces de destrozar a un lobo de un mordisco.

El osezo no lo había visto. Seguía intentando empujar al hombre para jugar con él. Olía que estaba vivo, pero no comprendía que siguiera inerte.

Comenzaba a impacientarse. El hombre se dio cuenta, a pesar de su terror. El animal debía desalentarse y abandonarlo. Salir del claro y adentrarse otra vez en el bosque. Pero, en lugar de hacer eso, pegó de nuevo el morro a sus costillas para que se moviera, le olfateó el pelo, le lamió la mejilla y luego se dejó caer de culo, pesadamente, al lado de él. Permaneció sentado, olfateando el aire, mirando a su alrededor, perplejo, decepcionado, luego se levantó sobre las patas, dudó un momento delante del cuerpo inmóvil y dio media vuelta dispuesto a abandonar el claro, volviéndose de vez en cuando, como un niño que echa de menos aquello que abandona. Cuando estaba a punto de adentrarse entre los árboles, se oyó a lo lejos a su madre, que lo llamaba al orden con un gruñido sordo e inquieto.

Los dos hombres comprendieron a la vez lo peligroso de la situación. El gruñido de la madre venía del lado opuesto al que se dirigía el oseño. Cuando la osa apareciera, los encontraría a ellos en medio y cargaría para salvar a su cría.

—¡Desátame! —gritó el hombre—. ¡Desátame!

Su alarido sólo consiguió asustar al oseño, que ahora balanceaba la parte delantera del cuerpo a derecha e izquierda, dudando entre huir a la espesura o atravesar el claro para reunirse con su madre.

Pero ¡entonces tendría que pasar por delante de aquella cosa que lanzaba gritos raros! El pánico lo venció. La osa, colérica, gruñó de nuevo en la lejanía para ordenarle que volviera. Las patas de la cría temblaban. No acababa de decidirse y se puso a chillar como un niño perdido en el bosque que gimotea y solloza.

Yeruldelgger salió de inmediato del claro y lo rodeó corriendo a través de los árboles para colocarse detrás del oseño. Desde donde estaba, la osa habría oído la queja de su cría en peligro y ya debía de acudir en su auxilio pisoteando el sotobosque. El comisario no quería cruzarse en su camino cuando irrumpiera en la explanada. De pronto, vio agitarse la maleza como si una tormenta violenta la azotara, y la osa apareció, enorme, furiosa, con los pelos del cuello erizados y las fauces abiertas de par en par, mostrando unos dientes amarillos. Entonces Yeruldelgger saltó gritando al claro para empujar al oseño hacia ella. El hombre atado estaba a punto de morir de miedo, pero permaneció inmóvil. El oseño, asustado, se precipitó al encuentro de su madre y se arrojó entre sus patas. Sin olvidarse de Yeruldelgger, la osa envió rodando a su cría detrás de ella para ponerla al amparo. El hombre, petrificado, no daba crédito a lo que veía. Yeruldelgger hacía frente a la bestia, que, rabiosa, lo amenazaba arrancando puñados de tierra. Él se había erguido sobre la punta de los pies, con los brazos alzados, y gritaba y vociferaba mientras se balanceaba sobre una y otra pierna para intimidar al animal. Su única posibilidad era hacer lo que estaba haciendo.

No intentar nada, resistir al deseo de sacar su arma. Sobre todo, no disparar. Con el arma sólo lograría herirla y desencadenar su furia.

Tenía que volver a poner a la cría entre ellos, obligar a la madre a buscarla, a volver a guardarla entre sus patas, hacerla dudar entre un combate incierto y la protección de su oseño, dejar que ganara por intimidación y, por una vez, contrariamente a todas las enseñanzas del Nerguii, recular teniéndola de frente.

Tal como esperaba, aunque no llegara a creérselo, la osa detuvo en seco su carga furiosa a unos metros de él y se alzó sobre las patas gruñendo. Durante unos segundos que se le hicieron eternos, Yeruldelgger y la osa bailaron, cara a cara, la misma danza de intimidación. Pero algo había cambiado en los gruñidos y en el balanceo del animal. Ya no cargaba. Aquello ya no era un ataque. Estaba organizando el repliegue con su cría. Ganaba tiempo para que el oseño se recuperara, para que olvidase el miedo y la obedeciera de nuevo. Cayó sobre sus patas y volvió la cabeza para ver cómo y dónde estaba el pequeño. Yeruldelgger se agachó también para no provocarla. Se miraban de lado, balanceando sus cuerpos como sumos que miden sus fuerzas, luego ella gruñó algo en dirección al oseño, que fue a pegarse a sus patas traseras, y atravesaron el claro reculando, empujándolo para alejarlo de Yeruldelgger. A dos metros de los primeros árboles, lanzó un último gruñido, se volvió y desapareció en la maleza.

—¡Hay que salir de aquí! —suplicó el hombre, presa del miedo—. Podría volver.

—Va a volver —remarcó Yeruldelgger—, ha olido tu sangre y eso hará que enloquezca. Una vez que la cría esté a buen recaudo, volverá a por ti.

—¡Qué dices! —dijo el tipo, espantado, sin atreverse a gritar.

—Que vas a morir aquí desgarrado por una osa enfurecida...

—¡No puedes hacer eso! ¡No puedes hacerlo! ¡No puedes dejarme aquí indefenso!

—¿Acaso las chicas a las que has violado no estaban indefensas también? Y la mujer a la que mataste, ¿no estaba indefensa? Y todos a los que has destrozado la vida, ¿no estaban indefensos?

—¡Te lo suplico! ¡Te lo suplico! ¡No lo hagas! ¡No lo hagas, maldito cabrón! ¡Pedazo de mierda! ¡Basura! ¡Te lo ruego, ten piedad!

—¿Piedad? Ya no me queda piedad. Algo de cólera, sí, pero no piedad. ¡Gente como tú ha acabado con mi reserva!

Yeruldelgger abandonó el claro por el lado contrario al que habían tomado la osa y su cría. Aún oía a la hembra resoplar sordamente a lo lejos entre el follaje; no se había alejado mucho. Merodeaba a una buena distancia, atraída por el hombre herido.

Tenía que alejarse deprisa, sin ruido ni agitación, evitando cruzarse en su

camino. Se puso en marcha para regresar al campamento, atento al menor sonido. Cada diez metros, rompía una rama sin desprenderla del todo. Solongo y su equipo necesitarían pistas para llegar al claro. Se acordó de un cuento que había leído en la Alianza Francesa en el que un niño, para poder encontrar de nuevo el camino, tiraba migas de pan, que los pájaros se comían de inmediato. Sonrió imaginando una historia más sangrienta en la que gracias al pan los refuerzos encontraban el camino, pero no al ogro, que entretanto había sido devorado por una osa...

72

«Desde hace ya mucho tiempo, demasiado tiempo...»

Yeruldelgger llegó al campamento al despuntar la mañana. Su coche avanzó dando sacudidas por el prado hasta la laguna, luego giró para remontar la colina. Cuando divisó a las mujeres, sentadas a la mesa en el porche de la primera cabaña, se detuvo y continuó a pie para reunirse con ellas. Mientras tanto, ellas observaban su silueta maciza, que subía caminando con pesadez. Colette se había unido a las tres cocineras. Habían sacado una mesa sencilla pero maciza para desayunar. Había un cesto con pan recién cocido, de miga bien amarilla, cortado en rebanadas anchas como una mano. Dos botes grandes de mermelada de arándanos casi negros empapados en azúcar. Una ensaladera llena de crema espesa de leche de yak, batida de la mañana, en cuyo centro se alzaba bien derecha una cuchara de madera. Y una tetera humeante de té salado con mantequilla. Yeruldelgger subió en silencio los pocos escalones del porche y se sentó a la mesa. De inmediato, una de las cocineras jóvenes empujó hacia él el cesto de pan, mientras la anciana se levantaba para servirle el té. Él se quemó los labios con el deleite de mil recuerdos de infancia. Cuando dejó la taza, la anciana puso una mano sobre la suya.

—¿Estás bien? —preguntó, como si su presencia respondiera ya a su pregunta.

—Estoy bien... —respondió él, volviéndose hacia ella—. He hecho lo que deseabas. Ahora puedes hacer de tu vida lo que quieras.

—¿Ha sufrido mucho?

—Puede que todavía esté sufriendo...

—¿No está muerto? —dijo ella, espantada.

—Tranquila, si no lo está, debe de estar rezando para estarlo. No hablemos más de eso, por favor. Ahora eres libre y este lugar es tuyo. Conviértelo en algo hermoso, para borrar todas esas desgracias. Y reza por mi alma y por lo que he

hecho por ti.

—Escucha, quiero...

—Reza por mi alma, abuela, con eso bastará.

Desayunaron sin decir palabra. Las mujeres del campamento acariciaron el paisaje con la mirada, con la suavidad con que uno pasa la lengua por el hueco que ha dejado un diente arrancado porque nos hacía sufrir. El dolor todavía late, pero ya no es el mismo. Es un dolor que sabemos que se difuminará y desaparecerá. Duele, sí, pero es un dolor de curación.

Un poco más tarde, Yeruldelgger subió a su yurta. Los coreanos se habían marchado. De su paso sólo quedaba en el paisaje un agujero ancho de brasas cubiertas de ceniza. Las mujeres debían de haber convertido en una cuestión de honor el recoger y hacer desaparecer los restos de botellas y otras huellas de su paso. Entró en la yurta sin mirar a Adolf, que seguía atado de pies y manos. Encontró la pila de pasaportes sobre un mueble bajo y volvió a salir para arrojarlos a las brasas.

—¿Puedes hacer eso? —le preguntó Colette, que lo había seguido.

—No —respondió Yeruldelgger—. Pero tengo ganas de complicarles un poco la vida. A ellos y a su embajada. Para que toda esta mierda se sepa y se divulgue.

Después hizo varias llamadas. Una a Solongo, para pedirle que acudiera con su equipo a recoger los restos de los padres de la niña. Otra a Billy, para recordarle que se ocupara del hermano del Oso y pedirle que acompañara a Solongo. Las demás llamadas fueron para intentar averiguar dónde podía estar Saraa, como venía haciendo cada vez que tenía un momento desde que no sabía nada de ella.

Pasó el resto de la jornada callado, disfrutando del campo. Viendo cocinar a las mujeres, embargadas de agradecimiento; arrancando ondas brillantes a las aguas de la laguna con el rebote de las piedras; caminando hasta el río para ver cómo las truchas que vagabundeaban se tensaban de pronto y desaparecían como una raya de plata. Mirando aquel paisaje, el pastizal en pendiente, el bosque, de golpe se dio cuenta de que se encontraba en el paisaje de su pesadilla. Le costaba creer que todo fuera a resolverse así, tal como él había imaginado inconscientemente. La niña que se queda sola porque un bestia había violado a su madre y matado a su padre sin más razón que la de complacerse de su fuerza. El coreano egocéntrico y repleto de dinero que sin querer mata a la pequeña en un accidente. El poli ambicioso y corrupto que se encarga de limpiarlo todo y envía a un imbécil a enterrar a la criatura lo más lejos posible. Y cómo por casualidad, ese mismo imbécil, manipulado por otro, participa en el asesinato de tres chinos...

Yeruldelgger casi había completado el esquema del accidente y de las dos series de asesinatos. Había puesto al día la relación entre todos aquellos horrores. Uno de los polis corruptos estaba muerto, el otro entre rejas, tenía al imbécil atado en su yurta y se había encargado del asesino de los padres de la niña. Había identificado a los ciervos, los lobos, las carpas y los osos de su pesadilla, no le quedaba más que echar mano al pastor. El que había hecho que aquellos dos polis corruptos se implicaran en los dos casos. El que había hecho que el imbécil participara en los dos crímenes. El que, estando detrás de esos dos casos, había intentado matar a su hija para alejarlo a él de la investigación, igual que había hecho cinco años atrás. El causante de que Oyun hubiera recibido una bala en pleno corazón. El hombre que traficaba con los coreanos y trataba con los chinos, que corrompía polis y manipulaba a grupos nacionalistas. Un hombre que sabía de su amor total por Kushi y Saraa. ¡Claro que Yeruldelgger sabía quién era el pastor de su pesadilla! ¡Su inconsciente lo sabía desde el principio, pero habían hecho falta tantos horrores, tantas desgracias, para que su mente lo admitiera al fin...!

—¡Un tugrik por tus sueños! —dijo Solongo.

Yeruldelgger estaba tirado sobre la hierba, boca arriba, con la mirada perdida en las nubes. Volvió la cabeza y la vio a dos metros de él. Ella lo miraba, de pie contra el cielo inmenso, y él sintió como si hubiera recibido un flechazo al pensar que hacía poco que se había autorizado a sí mismo a quererla. Se dijo también que merecía ser amada, inspiró profundamente el aire infinito de su gran país y suspiró hondo antes de responder.

—¡Yo no sueño!

—Lo sé —dijo ella, sentándose en la hierba, a su lado—. ¡Pones nombre a las nubes!

—No sé qué es lo que me contiene para no arrancarte lo que llevas puesto y hacerte rodar desnuda conmigo hasta la laguna para hacerte el amor en el agua fría.

—¡Quizá la docena de polis que nos miran desde ahí arriba esperando tus órdenes!

Yeruldelgger echó la cabeza hacia atrás y vio a unos polis suspendidos por los pies de un cielo de hierba verde por encima de un vacío azul. Soltó una maldición, se enderezó para sentarse, se frotó el rostro cansado con las anchas palmas y aceptó la mano que le tendía Solongo para ayudarlo a levantarse.

—¿Así que es verdad que compartes la yurta con una compañera de piso? —preguntó ella mientras subían al campamento.

—No, lo hacemos a lo salvaje, a veces en el coche, a veces bajo las estrellas.

—De todos modos, después de la noche que te espera, ¿no vas a volver a necesitar una compañera de piso, ni pagando!

—Oye, que es una buena chica. La mandé al campo porque me entregó a Chuluum y quería protegerla.

—Lo sé, bromeaba. ¿Cómo se llama?

—Se llama... se hace llamar Colette, pero ¡lo cierto es que no sé cuál es su nombre real!

—Yeruldelgger, ¿o te has comportado como un grosero con ella, o me estás mintiendo, pero de un modo adorable, a mí! ¿De verdad no sabes cómo se llama?

—Debí de leer su nombre en el expediente, pero lo he olvidado y no he vuelto a preguntárselo. Ahora mismo, soy sobre todo un hombre fatigado.

—No pasa nada, porque todos los casos están cerrados, ¿no? Sólo faltan algunas piezas pequeñas del rompecabezas por aquí y por allá. Podrías dejar que Billy y su equipo nuevo se ocupen de eso, ¿no?

—No, todavía no. Me falta Erdenbat, y sólo yo puedo encargarme de él.

—¿Erdenbat? ¡La última vez que fuiste a detenerlo, un poli corrupto estuvo a punto de matarte de un tiro en la nuca!

—Sí, pero las cosas han cambiado. Desde entonces me he enterado de que él fue el responsable directo de la muerte de Kushi y de la tentativa contra Saraa.

—Te creo, pero ¡eso no cambia nada respecto de los riesgos que corres si vas a detenerlo!

—Lo que cambia, Solongo, es que esta vez no voy a ir a detenerlo...

Continuaron en silencio hasta el campamento. Cuando estaban llegando a la yurta, Yeruldelgger vio salir a Colette con algunas de sus cosas.

—¿Adónde vas? —preguntó extrañado y mirando sobre todo a Solongo, que alzó los hombros y las cejas para expresarle que ella no tenía nada que ver con aquello.

—La abuela deja que me quede unos días en la cabaña que hay junto a la laguna —respondió Colette—. ¡Así tendréis más intimidad!

—¿Tanto se nota? —preguntó con asombro Yeruldelgger.

—¿El qué?

—Que estamos juntos.

—¡Se notaba incluso cuando ella no estaba aquí! —le respondió Colette, sonriéndole con ternura—. Por cierto, aunque no te interese demasiado, mi verdadero nombre es Altantsetseg. En fin, en la vida real, porque en el trabajo ya sabes que es Colette, a la francesa.

—¿Flor Dorada? ¡Te pega!

—Tú hablas un poco francés, me lo dijo Chuluum una noche de

confidencias. ¿Sabes lo que quiere decir Colette en francés?

—No —dijo Yeruldelgger—. Los nombres propios franceses no significan nada.

—Eso es imposible —replicó Altantsetseg, decepcionada—. ¡Algo debe significar!

—Ah, sí, tienes razón —dijo él, rectificando y acordándose del título de una novela de Colette, la escritora, que había visto en los estantes de la Alianza Francesa—. En efecto, significa «trigo verde».

La alegría orgullosa que iluminó el rostro de la joven lo impulsó a perdonarse su mentira piadosa.

La tarde tocaba a su fin. Yeruldelgger se reunió con Solongo y Billy en su yurta para recapitular. Les habló de su macabro descubrimiento en el bosque y de cómo el asesinato de los padres de la niña estaba relacionado con los dos casos. Ahora tenían el recorrido completo de la furgoneta, el lugar de la violación y el crimen, el traslado de los cadáveres hasta el bosque, el hermano chatarrero y cómplice que desmonta el interior y baja a vender la furgoneta a Ulán Bator, el Kazajo que la compra y se la revende a Khüan, que se la revende al chatarrero de Altanbulag. También tenían las pruebas materiales que habían encontrado en casa del hermano del Oso y las pruebas genéticas halladas en la carrocería, que se habían salvado del incendio en casa del chatarrero de Altanbulag.

En cuanto al homicidio de la niña, tenían el testimonio de Chuluum contra Mickey, las fotos de Mickey con Park Kim Lee, las pruebas materiales que relacionaban el quad implicado con el coreano y, atado en un rincón, al famoso Adolf, que había enterrado viva a la pobre criatura creyéndola muerta y que podría perfectamente ayudarlos a establecer el vínculo con Erdenbat.

Por último, acerca de la masacre de los chinos, tenían la identidad y profesión de las víctimas, y tenían de nuevo a Adolf y su banda de nazis, que terminarían por confesar su participación en ese asesinato racista y sexual. Les faltaba el vínculo directo con Chuluum, pero ninguno dudaba de que él era el organizador de aquel crimen, y muy probablemente el gatillo profesional que había abatido a los chinos antes de entregarlos a la histeria atroz de la banda de Adolf. Las confidencias de Colette no eran lo suficientemente precisas para establecer ese vínculo, pero sí lo bastante fiables como para empezar a trazarlo. De todas maneras, aunque la verdadera cara de Mickey no iba a tardar en aparecer al hilo de la investigación, Chuluum seguía siendo un poli que había matado a un poli, y estaba en manos de polis: acabaría hablando.

Yeruldelgger resumió también lo que había averiguado sobre la relación entre los dos casos y la tentativa de asesinato de Saraa y el asesinato de Kushi

cinco años atrás. Y por supuesto, sobre Erdenbat, al que unos cuantos indicios lo señalaban como el *deus ex machina* de todo aquello, aunque no hubieran conseguido una prueba material directa contra él.

—Solongo, ¿has traído la perla de la que me hablaste?

—Aquí está —respondió ella, sacándose del bolsillo una bolsita de plástico sellada que tendió a Yeruldelgger.

El comisario la cogió y la levantó a la altura de los ojos para examinarla mejor. La perla era perfecta y el color, de una profundidad y densidad notables.

—¿Qué es?

—Neodimio. Un mineral raro...

—Neodimio —murmuró él, observando la perla—. ¡Me la quedo!

Se metió la bolsita sellada en el bolsillo y pasó a otra cosa, sin que Solongo y Billy se atrevieran a recordarle que se trataba de una pieza clave en el asesinato de Kushi.

—Es demasiado tarde para adentrarse en el bosque y recoger las osamentas. Tampoco podéis ir mañana temprano. Es la hora favorita de los osos. Os recomiendo que vayáis a última hora de la mañana, haced una batida ruidosa y que os acompañen un par de cazadores del lugar. Aquí, quien más, quien menos debe de ser cazador furtivo. De la entrada del bosque en adelante, el camino está marcado con ramas medio partidas cada veinte pasos. No obstante, os advierto: puede que los osos estén un poco nerviosos a causa de su última comida. A estas horas, ya deben de haber devorado la mitad del hombre que violó y mató a los padres de la niña. Seguramente, lo que quede de él no será bonito de ver.

Miró a ambos a los ojos, primero a uno, luego al otro, para que no cupiera el menor equívoco sobre lo que acababa de insinuar.

—Billy, te dejo a cargo de toda la parte judicial y policial. Solongo, encárgate de la parte científica. Habéis hecho un buen trabajo juntos, casi lo tenemos. Mañana temprano, saldré para el Terelj. Ya es hora de que Erdenbat pague por lo de Kushi.

—Ah, a propósito de Erdenbat —lo interrumpió Billy—, movilicé a bastantes informadores para intentar localizar a Saraa. Dos de ellos dicen que está con él...

—¿En el rancho?

—No lo han precisado. Dijeron «con Erdenbat».

—Razón de más, entonces, para que vaya.

—¿Quieres refuerzos?

—No. Esto es entre él y yo. Desde hace ya mucho tiempo, demasiado tiempo...

Yeruldelgger se marchó con la primera luz del alba. Todos habían querido estar en pie para su partida. Las tres cocineras, Colette, Solongo e incluso Billy, que salió todo desgredado y soñoliento de la cabaña de Colette. El comisario bebió con ellos en silencio el té caliente que había preparado la anciana, que le metió en el bolsillo algunos dulces de leche en polvo. Cuando arrancó, con la ventanilla bajada para decirles adiós, vio dichoso cómo la abuela tendía a Solongo el tradicional cazo de leche. Ésta mojó en él dos dedos y salpicó algunas gotas en dirección a los cuatro puntos cardinales para que los espíritus protegieran su camino. El coche fue dando saltos hasta alcanzar la pista, luego se deslizó por los raíles de dos rodadas largas y descendió tomando velocidad hasta la primera curva del bosque.

Yeruldelgger condujo tres buenas horas esforzándose en no pensar demasiado en qué demonios hacía Saraa con Erdenbat, y cuando llegó a los alrededores del rancho, no tenía ningún plan preciso sobre el modo en que iba a enfrentarse al Turco. Llevaba un arma en el bolsillo del abrigo y otra a la espalda, encajada entre el cinturón y los riñones. Conocía todos los caminos y las pistas de la región y escogió la que rodeaba la propiedad por el oeste, a través de las colinas, porque ofrecía una mejor vista sobre el conjunto de edificios y yurtas.

Cuando empezó a adentrarse con el coche por un pasaje complicado, el resplandor de una luz lo deslumbró un segundo. Se detuvo y buscó con la mirada qué podía haberla reflejado, sin distinguir nada en particular. Entonces reculó despacio por el mismo camino hasta cruzarse de nuevo con el haz luminoso. Esta vez sí localizó el lugar: a través de los troncos de alerces que se recortaban sobre una cresta, a trescientos metros, al otro lado de un valle angosto. En cuanto salió del eje de la luz, el resplandor desapareció y no logró adivinar qué era lo que podía provocarlo. Conocía aquella cresta. Una pista abandonada, por la que pocos vehículos podían arriesgarse a pasar, llevaba hasta allí. Era necesario un todoterreno de verdad. De pronto tuvo la intuición de que aquella presencia no era ni anodina ni tranquilizadora. Abandonó su vehículo en medio de la pista y se dirigió a pie, a través de los pastizales, hasta la entrada del bosque. Luego, trianguló unos improvisados puntos de referencia con un peñasco, un árbol partido por la mitad y el lugar al que quería llegar, delante de él, y se lanzó al asalto de la colina bajo la oscuridad de los árboles.

Veinte minutos más tarde, llegaba a la cima, una decena de metros sobre el

punto al que se dirigía. Distinguió enseguida el todoterreno chino estacionado entre los alerces. Su retrovisor había reflejado la luz del sol matinal, todavía bajo. Eso lo había cegado durante una fracción de segundo mientras conducía. Un hombre hablaba en voz baja, del otro lado del vehículo, y el comisario se desplazó con precaución para observarlo mejor. El hombre parecía hablar consigo mismo mientras escrutaba con unos prismáticos el paisaje que rodeaba el rancho. Luego, Yeruldelgger se percató del cable del audífono y se dio cuenta de que estaba hablando por un micrófono. Vigilancia o comando, dedujo. Pero ¿estaba al servicio de Erdenbat o lo vigilaba? Se concentró en lo que decía y comprendió que hablaba en chino. Le pareció muy interesante la posibilidad de que aquello fuera una operación de represalia por la masacre en la fábrica, dado que se sospechaba que ésta había sido encargada por Erdenbat.

Sacó su arma y se coló detrás del todoterreno. El hombre, demasiado convencido de que estaba solo y demasiado concentrado en la vigilancia, no lo oyó llegar. El comisario se deslizó hasta él y, al tiempo que le agarraba el micro con la mano izquierda, con la derecha le puso la pistola en la sien. Cuando lo giró para inmovilizarlo contra el vehículo, lo reconoció, era el que le había buscado las cosquillas la noche que encontraron los cuerpos mutilados en la fábrica. El mismo que había interpretado el papel de diplomático ofendido en el despacho de Mickey y había reclamado sanciones contra él. Y, sobre todo, el mismo que había sido identificado como miembro del décimo o decimoséptimo consejo del Ministerio de Seguridad chino. Él, a quien creían castigado en un centro de rehabilitación, había regresado para corregir los daños de su fiasco, ayudado por una reducida unidad. Probablemente estaba al mando de no más de dos o tres tiradores sobre el terreno. Aquel hombre había vuelto para limpiar, no para negociar. Yeruldelgger decidió aprovecharse de ello y desconectó el micro.

Ahora tenía un plan.

74

«¡Yo también, cariño, por supuesto que yo también!»

Yeruldelgger regresó a su coche, dio una media vuelta tan peligrosa que a punto estuvo de volcar, y luego descendió hasta llegar a la carretera principal. Tomó el sendero que llevaba recto al rancho a través de los pastizales, para estar seguro de que lo vieran llegar desde lejos. Aparcó lo más cerca que pudo de la ancha terraza de madera, subió tranquilamente algunos peldaños y se dirigió hacia uno de los grandes ventanales para entrar en el rancho. Atravesó el recibidor, la sala de billar y la biblioteca y llegó al despacho de Erdenbat, que lo

esperaba de pie detrás de su mesa de trabajo.

—Hace falta valor —reconoció el anciano.

—¿Para qué? —dijo Yeruldelgger, fingiendo asombrarse.

—Para venir así, solo, sin refuerzos. ¡Muy propio de ti!

—He venido a detenerte.

—¡Sabes perfectamente que no te dejaré hacerlo! —respondió Erdenbat, dándolo por sentado.

—¡Entonces te mataré! —concluyó Yeruldelgger.

—¡También sabes perfectamente que no lo harás!

—Creo que no has comprendido lo que ha pasado en estos últimos días —dijo el comisario, sacando su arma para apuntar con ella al anciano—. Mickey está muerto. Chuluum está en chirona, Adolf ha sido arrestado y yo he matado al Tatuado. Y todas las pruebas que relacionan los cuatro casos conducen a ti.

—¿Los cuatro casos? —se extrañó Erdenbat, sin perder la calma.

—Sí, la muerte de la niña en el accidente con el coreano al que tú proteges, la violación y muerte de sus padres, que Mickey no investigó para no llamar la atención sobre el caso del accidente, y la masacre de los chinos, por la que Chuluum y Adolf están a la sombra.

Yeruldelgger adivinó lo que iba a suceder por la mirada satisfecha que el otro dirigió por encima de su hombro.

—¡Suelta el arma! —dijo la voz rabiosa de Saraa a su espalda.

—Ah, Saraa —respondió Yeruldelgger, sin miedo—, esperaba que estuvieras aquí...

—¡Suelta el arma!

—No cuentes con eso ni por un segundo —dijo él sin quitar ojo al anciano—. He venido a arrestar a Erdenbat, o a matarlo si se resiste.

—¿Matarlo, eh? ¿Matar otra vez? —vociferó Saraa aún a su espalda—. ¿También quieres destrozarlo a él? ¿Es que nunca vas a parar? ¿Has olvidado la lista de los que ya destrozaste? Kushi, mamá, a mí... y luego a Oyun, ¡y quizá a Gantulga!

—Yo no he matado a ninguna de esas personas —respondió su padre, conservando la calma—. Lo hizo él.

—¡Mientes! Él es mi abuelo, la única familia que me queda. ¡Nunca me ha hecho daño, siempre ha estado ahí para ayudarme y ahora se va a ocupar de mí en tu lugar!

—¿Ah, sí? Echándote a los brazos de Adolf y emborrachándote para quemarte viva a fuego lento, ¿así va a ocuparse de ti?

—¡Ése es otro de tus embustes! ¡Mientes!

—Lo hizo él, Saraa. Adolf te sedujo por encargo, ¡para que Erdenbat

pudiera manipularte!

—¿Manipularme? ¿A mí? ¡Eres todavía más paranoico de lo que pensaba! No soy nada gracias a ti, ¿te acuerdas? Sólo una adicta, una yonqui a la que su padre puso en la calle. ¡Dime por qué tendría necesidad el abuelo de manipular a una mierda como yo!

—Para presionarme. ¡Para obligarme a abandonar una investigación!

—¿Por qué coño voy a creerte? —masculló la joven entre dientes, agitando el arma que tenía en la mano—. ¡Incluso eso lo centras en ti! ¡Es a mí a quien han torturado y desfigurado, y resulta que eres tú el que está dolido! ¿Te das cuenta de lo que dices? ¡Sólo piensas en ti, siempre en ti! Tú eres quien hace daño, a todos los que están a tu alrededor. Suelta el arma.

—Saraa, no voy a soltarla.

—¡Te juro que te mato si no sueltas esa pistola!

—No, no vas a matarme...

—¡Voy a disparar, te lo juro!

—Sí, vas a disparar, Saraa, pero ¡no me matarás!

—¡Quién te crees que eres! El abuelo tiene razón, estás completamente loco. ¿De verdad piensas que no voy a atreverme a disparar después de todo lo que has hecho a las personas que quiero? ¿Después de fingir que te ocupabas de mí para desaparecer de nuevo y provocar la muerte de Oyun? ¿Qué te hace suponer todavía que no te mataré?

Yeruldelgger no apartaba los ojos de Erdenbat, que seguía su diálogo con aire satisfecho. A su espalda, sentía que Saraa estaba cada vez más nerviosa y dispuesta a disparar, con el arma apuntada entre sus omoplatos. Cambió de tono para resultar más firme.

—Responde tan sólo a esto antes de disparar, Saraa: ¿quién te ha dado el arma?

—¡Erdenbat! —respondió ella, sorprendida por la pregunta.

—Dime, ¿cuándo te la ha dado?

—Cuando te ha visto llegar. Sabía que venías a matarlo. Me la ha dado para que pudiera defenderme también de tu paranoia homicida.

—Pero te ha engañado, Saraa.

—¿Engañado? ¿Ah, sí? ¿En qué? No respecto a ti, al parecer, ¡porque eres tú precisamente quien lo está amenazando con un arma en este momento!

Yeruldelgger adivinó en la voz de su hija el ligero desconcierto que él esperaba. Tensó todos los músculos con soltura, controló la respiración, descansó su peso sobre la pierna de apoyo buena y respondió:

—Te ha engañado porque esa arma no está cargada.

—¿Qué?

—Esa arma no está cargada, Saraa...

Ella sólo podía reaccionar de dos maneras. La primera, apretando el gatillo para comprobar que el arma no estaba vacía, pero entonces debía estar decidida a matar. Una cosa era decirlo, pero hacerlo era mucho más difícil. Y si aquello no era más que una cólera ciega que la tenía enfurecida, ya habría disparado sin soltar tanta palabrería. La segunda, mirando el arma, sorprendida, para intentar encontrar en ella una respuesta a lo que acababa de decir su padre. En los dos casos, alguien como Saraa, inexperto y bajo el efecto de la emoción, perdería la concentración durante un par de segundos.

A Yeruldelgger le bastó uno para girar sobre sí mismo, apoderarse del arma, empujar a su hija a tres metros de él por el suelo y volver a enfrentarse a Erdenbat, que entretanto había sacado también un arma. El comisario apuntaba ahora con su mano derecha al anciano, que lo apuntaba a su vez, y con la mano izquierda, a Saraa, en el suelo, con el arma que acababa de arrebatarse.

—Lo conozco demasiado bien —dijo, dirigiéndose a Saraa—. Mira...

Sin apartar la vista de Erdenbat, extendió el brazo izquierdo en dirección a la muchacha y apretó tres veces seguidas el gatillo. Saraa gritó y se acurrucó protegiéndose la cabeza entre los brazos, a pesar del chasquido del percutor, que golpeaba en el vacío.

—¡Me has disparado! —gritó ella—. ¡Me has disparado! ¡Podrías haberme matado! ¡Podría estar cargada! ¡Estás loco! ¡Eres un asesino peligroso!

—No podría haberte matado porque el arma estaba descargada, ¿lo ves? —dijo él, apretando por última vez el gatillo sin provocar la menor detonación—. Conozco demasiado bien a este perverso, Saraa. Él quería que tú me dispararas. Sólo quería el gesto, para que el recuerdo nos persiguiera toda la vida, a ti y a mí, y nos destruyese lentamente. O peor, quizá esperaba que te disparase yo en un acto reflejo. Quedaras herida o muerta, ese recuerdo me habría perseguido hasta la muerte...

—¿Otra vez tú, eh? ¡Siempre tú! Yo estaría muerta, ¿y serías tú quien sufriría? Aunque lo que dices fuera cierto, todos sabemos lo que le has hecho para que te deteste tanto. Dejaste morir a su nieta y volviste loca a su hija. A mi hermana y a mi madre. Que lo que dices sea cierto no tiene ninguna importancia. Yo lo entiendo. ¡También yo me vengaría de un hombre como tú!

—Bueno, pues eso no es complicado —respondió Yeruldelgger con tranquilidad—. A la espalda, encajada en la cintura, tengo otra arma. Está cargada, puedes creerme. Cógela y mátame. ¡Si de verdad crees que yo he hecho lo que dices, entonces empuña esa pistola y mátame!

Saraa, aterrorizada por lo que acababa de vivir, se levantó despacio y se acercó a su padre por la espalda. Éste, sin dejar de apuntar a Erdenbat, se apartó

con una mano la chaqueta para que ella viese la pistola y la cogiera.

—Ya está, ahora vas a poder vengarte de mí de verdad, si es lo que quieres. Pero concédeme un momento para explicarte dos o tres cosas.

—¡Si bajas el arma! —respondió ella, recobrando un poco de confianza.

—Si bajo el arma, él nos matará a los dos por las razones que justamente quiero explicarte.

—No le escuches, Saraa —dijo entonces el anciano—. Va a intentar culparme de cosas que no he hecho para encontrar el pretexto para matarme, y no voy a dejar que lo haga.

—¡Sí, que hable, porque va a morir por lo que ha hecho!

—Erdenbat es el único culpable de todo lo que he dicho: la niña enterrada viva, los tres chinos, Oyun... Él está detrás de todo y hay pruebas materiales de ello en todos los expedientes.

—No hay ninguna prueba material contra mí, Saraa.

—Las hay contra hombres cuyo único punto en común es que todos trabajaban para él: Adolf, Mickey, Chuluum, el Tatuado...

—¡Ésas no son pruebas contra mí! —repitió Erdenbat, seguro de sí mismo.

—Llegarán, ahora que no tienes polis a sueldo para maquillar las investigaciones. Pero todo eso, Saraa, me trae ahora completamente sin cuidado. Sólo me interesa el último caso...

—Ah, sí —dijo el anciano, fanfarroneando—. ¡Hay un cuarto caso! ¡Un caso que me va a traer la desdicha, supongo!

—¿Por qué no sacas las bolitas para averiguarlo?

—¿Las bolitas? —replicó Erdenbat, sorprendido—. ¿A qué viene eso ahora? ¡Creía que, al contrario que yo, tú no eras supersticioso!

—Saraa, voy a moverme, pero no dispares todavía, déjame mostrarte una cosa...

Yeruldelgger se desplazó a la izquierda para forzar a Erdenbat a seguirlo con su arma. Se acercó al escritorio, agarró el juego de predicción que había encima y se lo enseñó de lejos a Saraa. Era una especie de bol de madera, precioso y muy liso, con el borde doblado hacia el interior. Saraa vio una peonza dentro y oyó el ruido de algo ligero, como bolitas que entrechocaban.

—Esto es una versión sudamericana del juego de los dados —explicó Yeruldelgger—. Haces girar la peonza y ésta proyecta las bolitas, a las que los rebordes mantienen en el interior del bol. Una especie de ruleta salvaje. En el bol hay ocho agujeros estrechos, del diámetro de las bolitas, cada uno tiene grabado un valor. Después de cada tirada, se suman los valores de los agujeros en los que se han encajado las bolitas... Pero este juego es diferente. Se ha adaptado a la versión coreana. En lugar de valores, están grabados los cuatro símbolos de la

bandera de Corea: Kun, el cielo, Kon, la tierra, Kam, el agua, y Yi, el fuego. Cuando tiras las bolitas, en función de los símbolos a los que vayan a parar, evalúas tu suerte. El problema, ¿ves?, es que en el juego sudamericano no importa el número de bolitas porque lo que cuentan son los puntos que sumas. Por el contrario, en el juego de predicción coreano se necesita siempre un número impar de bolitas para que la interpretación se haga en relación con al menos dos elementos diferentes. ¿Ves cuántas hay en este juego, Saraa?

Yeruldelgger sabía que había comenzado a captar su atención. A apartarla de su cólera. A forzarla a razonar de nuevo. Supo que existía una posibilidad de salvarla cuando ella se inclinó para contar las bolitas, en lugar de negarse a responder.

—Dos —respondió ella—, una verde y una rosa.

—Sí, una verde y una rosa, falta pues la tercera, la púrpura, o sea, ¡ésta! —dijo él, sacándose del bolsillo la bolsita con la perla que había encontrado Solongo.

—¡Vaya historia, la de la perla y el juego! —se burló el anciano, lo bastante inquieto como para apuntar de repente con su arma a Saraa.

—¿Qué haces, abuelo? ¿Por qué me apuntas con el arma? —preguntó la chica, confundida.

—Para hacer lo que siempre hace, hija —respondió Yeruldelgger en su lugar—. Para intentar dañarme a través de aquellos a los que más quiero.

—Abuelo... —suplicó ella.

—Saraa, esta bolita demuestra que tu abuelo mató a tu hermana —declaró Yeruldelgger, apuntando aún hacia Erdenbat.

—¡Bobadas! —negó el anciano—. Puede proceder de cualquier parte, incluso de un collar de pacotilla.

—No, Erdenbat. Esta perla es cristal puro coloreado con un metal extraordinariamente raro —explicó Yeruldelgger—. Neodimio. Las otras dos son cristales pintados con praseodimio y erbio. Son tres minerales raros. ¿Te suena de algo?

—Me lo regaló un amigo coreano... —dijo el otro, un poco desconcertado.

—¡A quién le importa! —lo interrumpió Yeruldelgger—. Lo importante es que eso establece sin ninguna duda que esta bolita viene de aquí, de tu casa.

—Sí, puede que pertenezca a este juego, ¿y qué? —dijo Erdenbat, provocándolo y controlando su preocupación.

—Pues que, reexaminando todos los indicios materiales del expediente de la muerte de Kushi, considerándolo todo de nuevo desde cero, encontramos esta perla incrustada en la suela de una de sus sandalias.

—¡Vaya cosa! Kushi venía al rancho con mucha frecuencia. ¡Pudo haberla

pisado en cualquier momento!

—Salvo que las sandalias eran nuevas, Erdenbat. Las sandalias estaban recién compradas. Uyunga, tu propia hija, mi esposa, la madre de Kushi y de Saraa, le regaló esas sandalias la misma mañana de su secuestro. ¿Te acuerdas, Saraa? Tú estabas allí cuando se las dimos, para que estuviera guapa cuando viniera a visitar a su abuelo...

—Lo recuerdo —murmuró Saraa, aterrorizada por el arma que el anciano seguía apuntando contra ella.

—¡Eso no demuestra nada! —protestó Erdenbat—. Ella podría haberla...

—¿Pisado ese día? —continuó por él Yeruldelgger—. Imposible. Fuiste tú quien nos dijo que ella nunca había llegado al rancho. Si Kushi tenía esa bolita de neodimio en la suela de su sandalia, fue porque estuvo en el rancho después de ser secuestrada. En otras palabras, demuestra que tú la secuestraste. Y que la mataste después.

—Abuelo... —suplicó de nuevo Saraa, con lágrimas en los ojos.

Yeruldelgger adivinó que Erdenbat iba a aprovecharse de la emoción que empañaba la mirada de la joven. El disparo sonó en el momento en que el abuelo apretaba el gatillo. La bala alcanzó la mano del anciano, desvió el tiro lejos de Saraa y proyectó la pistola al otro lado de la estancia. Saraa apretó el gatillo por instinto, gritando de miedo. El retroceso la sorprendió y el proyectil pulverizó la vitrina de la biblioteca detrás de Erdenbat. Yeruldelgger oyó pasos que se acercaban corriendo hacia el despacho. Recibió al guardaespaldas cuando éste franqueó la puerta. Le desarticuló la rodilla de una patada y cuando el otro intentó levantarse, le desencajó el hombro con un rodillazo. El antiguo luchador rodó por tierra aullando de dolor. Otros llegaron a la carrera, pero Yeruldelgger los espantó metiéndoles prisa para que se pusieran a salvo del tiroteo.

El comisario volvió a apuntar a Erdenbat y con una mano levantó a Saraa, que había caído de rodillas, golpeada por el miedo y la emoción.

—No te preocupes, cariño, estoy aquí, no te preocupes.

Ella se colgó de él como una niña asustada y se pegó a su espalda. Yeruldelgger ordenó al anciano que se sentara y colocara las manos encima del escritorio.

—Dime sólo por qué —preguntó Yeruldelgger.

—¿Qué? ¿No has comprendido nada entonces? ¡Este país me ha quitado tanto que me lo debe todo! Pasé mi juventud en los campos, en prisión, fui deportado a infiernos que, en comparación, los gulags rusos parecen campamentos de verano. Arruinaron mi vida, a mi familia, mi juventud. Me torturaron, me humillaron, me redujeron a un estado de bestia inmundada, me empujaron a matar para evadirme, a matar para sobrevivir. Me he alimentado de

camaradas muertos y luego he matado a otros yo mismo para alimentarme y sobrevivir. Nadie puede comprender hasta qué punto este país me ha robado mi libertad y mi dignidad, así que yo se lo quito todo, ¿entiendes? Todo lo que quiero. ¡Me sirvo de él y tengo derecho! Ahora se trata de los minerales raros, tienes razón. Esos diecisiete elementos que se han vuelto indispensables para cualquier nueva tecnología. No hay eólicas, ni motores híbridos, ni paneles solares, ni nuevas aleaciones sin ellos. China tiene el noventa y cinco por ciento de los recursos de minerales raros y acaba de decidir no exportarlos más. Está planeando lo que ya se denomina el «industrialismo de la escasez», en el que la demanda será tan fuerte que el precio dejará de ser el criterio de venta. El criterio será político. Permitir a tal o cual país desarrollar su industria o no permitirselo. Así que los recursos de minerales raros que quedan en el resto del mundo adquieren un valor que no puedes imaginar. Estados Unidos ni siquiera revela cuáles son sus reservas para que no se pueda especular con el porvenir de su industria. Yo he reunido miles de hectáreas de tierras que los contienen y he trabajado para que el país cambie de política. Ni hablar de que los chinos exploten aquí lo que se niegan a exportar en su tierra. Es la política de los «nuevos vecinos», que mis grupos de presión han impuesto al Gobierno. Retirarles las explotaciones y confiárselas a socios más fiables, menos golosos y más compradores: Europa, Canadá, Australia, los coreanos... Conseguí todo eso, con la expectativa de ganar miles de millones de dólares en pocos años, cuando tú viniste a meter la nariz en mis asuntos. Y ahora que protejo a mis socios coreanos y me deshago de los chinos, ¡vuelves otra vez a entorpecer mis planes por unos desdichados cadáveres!

—¡Cómo puedes defenderte así! ¡La niña no tenía nada que ver con eso, ni las chicas a las que asesinasteis junto con los chinos!

—Lo de la pequeña fue un accidente que simplemente intenté cubrir. ¡Y las dos mujeres no son nada comparadas con lo que la explotación de minerales raros va a traer a este país!

—¿Y la macabra puesta en escena con los chinos?

—Ésa es nuestra herencia mongola, Yeruldelgger, nuestra herencia. Nosotros llegamos a reinar sobre la cuarta parte del mundo porque nos temían. No por nuestra cultura, ni por nuestro arte, ni por nuestra forma de pensar: ocho siglos más tarde, se nos sigue recordando por el terror y la destrucción que impusimos a culturas que eran muy superiores a la nuestra. Sólo vencimos porque nuestra bestialidad sobrepasaba su racionalidad instruida. Somos el imperio que hirvió vivos en setenta calderos gigantes a todos los mandos del ejército de un hermano de sangre. El pueblo que, por venganza, masacró a un millón de inocentes para aterrorizar a los supervivientes a los que se iba a

esclavizar. La república que, hace apenas cincuenta años, quemaba a sus disidentes en las calderas de las locomotoras. Tú y yo pertenecemos a esa Mongolia. Que nadie se haga ilusiones por los nómadas que la miseria ha embrutecido ni por el turismo que recibimos. ¡Nuestro porvenir está en el terror, y los chinos deben ser los primeros en pagar el precio con sangre!

—¡Tú estás enfermo, mi pobre Erdenbat! ¿Por quién te tomas: por Gengis Kan? Si Gengis Kan viviera hoy, sería un Kim Jong-un. ¡Un dictador loco dispuesto a matar a sus propios hijos sólo para reafirmar sus quimeras asesinas!

—No entiendes nada, Yeruldelgger. Esto va más allá de nosotros. No somos nada en comparación con la historia. Los individuos no tienen el derecho a sobrevivir porque pertenecen a la sociedad. Esos minerales raros pueden volver a hacer que nuestro país ocupe un lugar en el mundo.

—¿Ah, no? ¿Kushi no tenía derecho a vivir? ¿Tu hija no tenía derecho a sobrevivir? ¿Ni yo, ni Saraa? ¿Tu propia familia? ¡Debería matarte!

—¡Hazlo! —dijo Erdenbat para provocarlo—. Mátame, que no moriré. Nunca muero, he sobrevivido a todo. ¡Venga, dispara, mátame! O dale el arma a Saraa, que lo haga ella. ¿Sabes, Saraa?, tu padre tiene razón, ¡yo maté a Kushi y quise matarte también a ti, así que mátame! ¡Mátame!

Yeruldelgger empuñaba su arma, pero no disparó. Sin darse la vuelta, empujó con suavidad a Saraa hacia la puerta. Salieron de la habitación reculando. En cuanto sobrepasaron la biblioteca, le dijo que corriera al coche, encendiera el contacto y estuviera lista para arrancar.

Regresó al despacho y, tal como esperaba, el anciano se lanzó contra él. Tenía una fuerza hercúlea y Yeruldelgger no supo si en verdad esperaba ganarlo o si quería obligarlo a que lo matara. Esquivó el ataque y lo golpeó en el talón. El coloso se derrumbó como una mole, con el talón roto, y antes de que llegara a tocar el suelo, el comisario le cortó la respiración con un golpe preciso en el plexo. Cuando Erdenbat estuvo en el suelo, lo registró para comprobar que no llevara otra arma, luego miró en los cajones del mueble. Cuando estuvo más o menos seguro de que no había más en la habitación, registró al guardaespaldas, que gemía en el suelo, le encontró una y se preguntó por qué no la había usado. La guardó en el escritorio y cerró el cajón con llave.

Le dijo al guardaespaldas que se levantara, lo ayudó a sentarse de lado en una silla, con el brazo desencajado por encima del respaldo y, sin avisarlo, le tiró con todas sus fuerzas de la mano. El hombre gritó cuando la articulación del hombro volvió a su sitio, pero el dolor desapareció de inmediato y Yeruldelgger se inclinó hacia él.

—Campeón, lárgate de aquí a toda prisa y llévate contigo a todos los que están ahí fuera. Deja a Erdenbat a su suerte. Esto ya no depende de ti.

Luego cruzó la biblioteca, la sala de billar y el recibidor, antes de reunirse con Saraa, que había dado la vuelta con el coche y lo esperaba, lista para partir.

—Conduce, cariño —dijo él—. Yo te indico el camino.

Trescientos metros después de haber llegado a la carretera, Yeruldelgger le dijo a su hija que se metiera por una pista estrecha que había a la derecha. Llevaba a un bosquecillo de sauces y alisos junto a un riachuelo. Saraa vio de inmediato un todoterreno disimulado detrás de los árboles y a un hombre que parecía esperarlos.

—Da un rodeo y pasa por delante de él despacio, pero no te detengas —dijo Yeruldelgger.

Ella obedeció. Cuando llegaron a la altura del hombre, se dio cuenta de que era chino y llevaba un auricular y un micro. Yeruldelgger bajó la ventanilla para dirigirse a él.

—He recuperado a mi hija —le dijo—. Estamos en paz, él es tuyo.

El chino aprobó con un movimiento seco de la cabeza. Cuando lo hubo dejado atrás, Saraa miró por el retrovisor y lo vio dar una orden breve a través del micro antes de volver a subir al todoterreno. No se atrevió a preguntar nada.

—¿Quieres que conduzca yo? —le preguntó su padre.

Saraa aceptó y pararon para intercambiar asientos. Cuando ella estaba instalándose en el del copiloto, oyeron ráfagas de armas automáticas y explosiones de poca intensidad que venían del rancho. Yeruldelgger arrancó y se alejó con rapidez.

—¿Quieres que te deje en alguna parte? —preguntó.

—¿Puedo quedarme contigo? —murmuró la joven sin atreverse a mirarlo.

—¡Por supuesto, cariño! —respondió él, acercándola a su hombro, con lágrimas en los ojos.

—¡Estás llorando! —exclamó Saraa, como si fuera un cumplido.

—¿Yo? ¡Jamás! —dijo Yeruldelgger, fanfarroneando.

—¡Pues yo sí! —respondió ella, abrazándose a él.

—¡Yo también, cariño, por supuesto que yo también!

75

«Ningún rastro de Erdenbat...»

Podría haber cortado por la montaña. La carretera partía de Ulán Bator hacia el oeste y atravesaba al norte las cimas de la reserva del Khustain Nuruu, por cuyas verdes colinas galopaban los caballos blancos de Przewalski, misteriosos y magníficos. Pero había preferido rodear la montaña por el sur,

siguiendo los meandros erráticos del valle del Tuul. A Yeruldelgger le encantaban los ríos, sus aguas lisas como mármoles negros, o agitadas de espuma y remolinos por las corrientes entre las piedras blancas. Las zancudas pescadoras, inmóviles y puntiagudas sobre las riberas musgosas, y los pájaros que volaban al ras como trazos verdes y azules, rozando las ondas plateadas. Las ciervas sorprendidas, inmóviles, temblorosas, que saltaban de pronto, asustadas, por encima de los matorrales escasos. El águila, suspendida de la punta de sus alas en el viento cálido, con el pico al acecho...

Se detuvo varias veces sobre el borde hundido de la pista de tierra amarilla para admirar a una rapaz inmóvil y paciente que vigilaba a una trucha en la corriente ligera de un río. Para espiar el juego espasmódico de las marmotas en los montículos de tierra. Para esperar el gesto ágil de una garza y verla deslizándose un pez plateado por su cuello largo y emplumado, alzado al cielo.

Sentada a su lado, Solongo compartía en silencio aquellas nostalgias de infancia. En el asiento de atrás, los chicos bromeaban con tranquilidad. Saraa reía con las burlas y los juegos de palabras de Gantulga. Éste comparaba cada animal con gente que conocían. Fingía explicarle el camino a Yeruldelgger, para hacer creer a las chicas que había vuelto a perderse. O le explicaba cómo meter primera para arrancar. Parecían una familia feliz de camino a un hermoso funeral. En la plataforma de carga de la parte trasera de la gran camioneta Toyota que Yeruldelgger había tomado prestada al Kazajo del mercado de coches, reposaba un féretro pequeño, el de la niña del triciclo rosa. Tal como había prometido al viejo nómada, Yeruldelgger había tapizado el interior con una tela verde, como la hierba de la estepa, y el reverso de la tapa con una sábana azul, como el cielo, decorada con siete bolas de algodón que representaban las estrellas de la Osa Mayor. Ése seguía siendo uno de los últimos misterios de aquel caso: que nadie hubiera reclamado los cuerpos de la chiquilla y de sus padres. Por eso Yeruldelgger había sentido que debía encargarse de darles sepultura, aunque sólo fuera de un modo provisional. Y a decir verdad, si se tomaba su tiempo para llegar al lugar que había escogido y que conocía bien, era para presentar al alma de la niña el país en el que iba a reposar.

Cuando hubo rodeado el espolón rocoso del Khustain Nuruu, que se hundía en las planicies herbosas del sur, Yeruldelgger remontó hacia el norte, donde ríos nerviosos se abrían paso a través de los contrafuertes de la montaña. Pasaron un puente ancho de tablas grises resecaídas por el sol, tendido sobre un río apacible que reflejaba un cielo desmesurado. Los troncos fijos que sostenían el puente se movieron al paso de la camioneta y Yeruldelgger exageró el peligro para hacer reír a Gantulga y a Saraa. Cuando una tabla crujió bajo el peso del coche, hizo

que todo el mundo se bajara para aligerar la carga del vehículo. Gantulga se tiró al río fingiendo entrar en pánico y olvidando que llevaba los yesos, que se le llenaron de agua. Yeruldelgger tuvo que detenerse y echarle una cuerda para sacarlo del agua. Saraa lo sostuvo, empapado y cojeando, hasta llegar al extremo del puente donde los esperaba Yeruldelgger, con la rueda delantera atrapada en un agujero entre dos tablas.

Cuando todo el mundo subió de nuevo a la camioneta y, tras conducir dos kilómetros más, Yeruldelgger se metió por una pista que subía directamente hacia el norte, hasta los contrafuertes de la montaña. Señaló con el dedo una yurta que se veía a lo lejos, delante de ellos.

—Llegaremos dentro de un cuarto de hora —dijo.

—¿Ésa es la yurta de los padres de Oyun?

—No exactamente —respondió él.

—Pero allí es donde está ella, ¿no?

—Sí, allí es.

—Me alegro de que la pequeña sea enterrada a su lado —dijo Gantulga, con lágrimas en los ojos—. Oyun la cuidará hasta que se reencuentre con sus padres. Van a enterrarlos ahí también, ¿verdad?

—¡Lo he prometido! —respondió Yeruldelgger.

Poner flores en las tumbas no había formado parte de las tradiciones de Mongolia, pero comenzaba a hacerlo. Gantulga había querido crear un ramo de peonías para la de Oyun, como en las series de televisión. Yeruldelgger se disponía a respetar la tradición con la niña. Un agujero directamente en la tierra, cerca de una colina o de una peña. El fondo tapizado por una piel de cordero y cerrado a la altura de la cabeza por una estola de seda azul. Una cajita de té para calmar su sed en el país de las almas, y excremento de cordero para simbolizar el rebaño y la prosperidad que se le deseaba allí adonde ella partía para ser más feliz de lo que había sido en la tierra. Él velaría para que ese cuerpo fuera transportado entre dos piras de leña y depositado con amor y respeto, con la cabeza orientada hacia el norte. Y nadie lloraría, porque el agua de las lágrimas dañaría la felicidad de la familia que le quedaba. Aunque la familia de la pobre niña estuviera destinada a unirse con ella en cuanto la investigación no requiriera ya de sus despojos como piezas clave.

Yeruldelgger se había prometido abrir dos sepulturas, a ambos lados de la de la niña, en cuanto pudiera. Ahí la tradición se volvía confusa. Un alma permanecía alrededor de la tumba hasta que el cuerpo se descomponía. Otra rondaba alrededor de la yurta durante cuarenta y nueve días. Y una última llegaba al país de las almas, donde se vivía como se había vivido sobre la tierra. ¿Eran tres almas diferentes, o una sola que cambiaba? ¿Y por qué vivir en el país

de las almas la misma vida que aquí abajo? Yeruldelgger había hecho con frecuencia esa pregunta al Nerguii.

—¿Por qué quieres saberlo? Ya lo verás cuando llegues. No debes vivir la vida que tienes aquí esperando otra vida. Sino transformando esta vida de aquí en promesa de vida en el más allá...

Llegaron a la yurta y el Nerguii había cumplido su palabra. Allí estaba, esperándolos. El lugar era magnífico. La yurta estaba en una colina redondeada, horadada de barrancos sombreados por alisos livianos y sauces plateados. Frente a ella, el océano de la estepa se extendía hasta perderse de vista.

Gantulga fue el primero en salir del coche, a saltitos, con su ramo de peonías en la mano, y buscó de inmediato la tumba de Oyun. Dio la vuelta a la yurta para buscarla detrás, regresó al coche, con la mano protegiéndose los ojos del sol, barriendo el paisaje a su alrededor.

—Yeruldelgger, ¿dónde está la tumba de Oyun? —preguntó Gantulga, impaciente.

—¡Vamos, compañero, después de que me tuvieran una hora metida en el frigorífico de la morgue no querrás que además me enterraran!

El chico dio media vuelta, estupefacto, y vio a Oyun, todavía cubierta de cicatrices y vendas, de pie delante de la yurta y apoyada en unas muletas. Un sollozo le cerró la garganta y sus ojos se humedecieron de lágrimas. Soltó las peonías y a saltitos se lanzó a sus brazos. Saraa, perpleja también por la aparición de la joven, estalló en llanto y corrió hacia ella gritando su nombre.

—Pero ¿qué haces aquí? ¿Cómo es posible que estés viva? ¿Por qué no estás muerta? —exclamó Gantulga—. ¿Por qué estos cabrones me han hecho creer que habías muerto?

—Eh, controla tu lenguaje, compañero: estos cabrones, como tú los llamas, me han salvado la vida. Mickey quería eliminarme. La única manera de protegerme era hacerle creer que había muerto. Hacérselo creer a él y a sus cómplices. Por eso Yeruldelgger y Solongo me mandaron al campo, como hicieron contigo cuando te enviaron al monasterio.

—Entonces, ¿ésta es la casa de tus padres?

—¡Por supuesto que no! Piensa un poco, compañero, si se hubiera descubierto el engaño, el primer lugar al que habrían ido a buscarme los asesinos sería a casa de los míos. ¡Ésta no es mi casa, sino la de Yeruldelgger!

—¿Cómo que vuestra casa? —dijo Gantulga, asombrado, volviéndose hacia Saraa.

—¡Primera noticia! —dijo la chica, ofendida—. ¿Ves?, la historia se repite: yo no estaba al corriente, ¡como de costumbre!

—¡Eh, no te repitas! —se burló su padre, apuntándole con el dedo—. ¡Aquí

nací yo y esperaba a que volvieras a dirigirme la palabra para hablarte de ello!

Solongo, que se había mantenido un poco apartada, al lado del Nerguii, contemplaba aquella dicha que iba reconstruyéndose. Sabía que ella también tendría allí su lugar y se sentía afortunada. Iba a unirse a aquellas personas que tanto quería y que, en pocos meses, se convertirían en su familia, cuando vio que Yeruldelgger metía la mano en el bolsillo y leía discretamente un mensaje en la pantalla de su iPhone. El comisario apartó la vista y miró hacia el rostro marcado de Saraa, que sonreía a Oyun, y luego la miró a ella, por encima del alegre grupito. La forense adivinó en sus ojos el reflejo de la inquietud. Como la sombra fugaz de una nube aislada que el viento empuja por delante del sol. Luego, su propio teléfono vibró y Solongo leyó a su vez el mensaje de Billy.

«Incendio en el rancho. Tres cuerpos identificados. Tres chinos. Ningún rastro de Erdenbat...»

Yeruldelgger, muertos en la estepa

Ian Manook

ISBN edición en papel: 978-84-16237-16-6

ISBN libro electrónico: 978-84-15631-49-1

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2016

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *Yeruldelgger*

Traducción del francés: José Manuel Fajardo

Ilustración de la cubierta: © Kesman

Copyright © *Éditions Albin Michel*, 2013

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra*, 2016

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info